

LA
CASA BLANCA,

NOVELA

POR PAUL DE KOCK.



MADRID.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE D. F. DE P. MELLADO,
CALLE DE SANTA TERESA, NÚMERO 8.

1852.

LA

CASA BLANCA

GOYA

FOR PAUL DE ROCK



MADRID

ESTABLIMIENTO TIPOGRAFICO DE D. F. MIRANO

CALLE DE CALATA 11, 1.º P.º

1853

LA CASA BLANCA,

POR

PAUL DE KOCK.

CAPITULO I.

Tres jóvenes.

Era á mediados de julio del año mil ochocientos veinte y cinco: acababan de dar las cuatro en el reloj del Tesoro, y los empleados, cerrando con presteza sus pupitres, volvian á colocar los legajos en las carpetas, y las plumas en las escribanías, y se apresuraban á tomar los sombreros y dejar el trabajo, para no pensar mas que en sus negocios ó en sus placeres.

Entre la multitud de personajes de todas edades que se veia circular por los dilatados pasillos, habia un caballero, que despues de colocar sus cortaplumas, lapiceros y raspador mucho mas metódicamente que lo que acostumbran á hacerlo los jóvenes de su edad, que era la de veinte y ocho años, y de limpiar con esmero su sombrero y su frac, se colocó debajo del brazo una gran cartera verde que desde lejos hubiera podido tomarse por la de un gefe de seccion, y dando á su fisonomía cierta espresion de honradez y amabilidad, siguió á la muchedumbre que se dirigia hácia la puerta, saludando á derecha é izquierda á sus compañeros, que le decian al pasar á su lado:—Buenos dias, Robineau.....

Mr. Robineau (pues ya sabemos su nombre), despues de haber andado como unos cien pasos desde su oficina, tomó de repente otros modales: aparentó cierta altivez, levantó la cabeza, y aceleró el paso con afectacion; á la amable sonrisa reemplazó un aspecto preocupado: apretó con fuerza en su brazo la grande cartera, mirando con aire de proteccion á las personas que pasaban junto á él: no era ya su talante el de un simple empleado con un sueldo de mil quinientos francos, sino por lo menos el de gefe de un negociado.

Sin embargo, á pesar de su marcha orgullosa y altanero ademan, Robineau se dirigia á una modesta hostería, en donde por treinta y dos cuartos le servian una comida que le parecia deliciosa, porque sus recursos no le permitian otra mejor: en esto al menos, Robineau obraba con prudencia: saber contentarse con lo que cada uno tiene es el medio de ser feliz; y pues que todos los dias oimos quejarse á los ricos, es necesario que los pobres se muestren satisfechos.

Mas al atravesar el jardin del Palacio Real para llegar á la hosteria, Robineau fué detenido por dos jóvenes muy elegantes, que riéndose, le interceptaron el paso. El uno, que podia tener veinte y cuatro años, era alto, delgado, y se inclinaba un poco hácia adelante, como acostumbran á hacerlo las personas de mucha estatura que no perte-

necen á la clase militar. A pesar de este ligero defecto su aire era bastante agradable, y se observaba en sus maneras y hasta en sus menores movimientos, un abandono que respiraba franqueza y una alegría seductora. Sus grandes ojos azules y sus cabellos de un rubio claro que caian con gracia sobre su espaciosa y altiva frente, contribuian á hacer de aquel jóven un hermoso caballero; pero la palidez de su rostro y algunas arrugas ya fuertemente pronunciadas por debajo de sus ojos, y hasta la espresion habitual de su fisonomía, anunciaban tambien un jóven que habia gastado mucho la vida, y que era viejo en sensaciones y placeres.

Su compañero no era tan alto, ni su figura era tampoco tan regular, pero quizá parecia mejor mozo: sus cabellos eran negros, sus ojos, aunque de un pardo muy oscuro, tenian una espresion de dulzura muy atractiva, y su voz y su sonrisa completaban lo que los ojos habian comenzado. No habia en sus maneras tanta alegría ni tanta vivacidad como en la de su amigo, pero no parecia como él desgastado ya con todos los goces de la vida.

Al ver á los dos jóvenes, el empleado recobró su aire amable, y se apresuró á estrechar la mano que le alargaba el alto y rubio, exclamando:

—¡Ah!... ¿es Alfredo de Marcey?... me alegro haberte encontrado... y vos Mr. Eduardo estais bueno segun veo... Sin duda vais como yo á comer.

El jóven á quien Robineau estrechaba todavia la mano, y cuya fisonomía noble y viva anunciaba una ligera propension á la burla, miraba sonriéndose á nuestro empleado con maliciosa espresion, de la que cualquiera un poco susceptible se hubiera incomodado, si en el mismo instante no hubiese dicho con su tono de jovialidad y franqueza.

—Buen Robineau... ¿qué te haces?... Amigo mio, ya no se llevan los sombreros de forma tan elevada. Vaya... es del año pasado: pero sin duda lo usas por parecer mas alto, ¿no es asi? ¿Y esos faldones del frac?... Bah... bah... pareces un hidalgo de un lugar... ¿Quién diablos te viste?... Estás atrasado lo menos medio siglo.

Robineau sufrió bastante bien todas aquellas chanzas, y soltando por fin la mano del jóven, respondió con aire de candidez:

—A vosotros, caballeros, que soy ricos y teneis cincuenta y cinco mil libras de renta, os es muy fácil seguir las modas, y estar al corriente de las menores variaciones que se introducen en el corte de un frac, y en la forma del sombrero; pero un pobre empleado que no tiene mas que sus cien luises de sueldo!... Debo ascender bien pronto; pero sin embargo, ya conoceis que es preciso tener orden y economia si no se quiere contraer

deudas. Además, nunca me he ocupado mucho en mi adorno, ni presumo de galán. Y sobre todo, en presentándose vestido con decencia, ¿qué importa que los falzones de un frac sean un poco más largos ó más cortos?..

—¡Estás hecho un filósofo Robineau!... ¿Y esos rizos que te haces á cada lado con tanta simetría y esmero?..

—Son naturales: jamás los toco...

—Pues apuesto á que no te acuestas sin recogerte el cabello.

—¡Ah! por ejemplo!...

—Te conozco... ¡con tu aire de indiferencia!... Lo mismo sucedía en el colegio... te importaba muy poco que nos sirvieran de comer lo que quisiesen... pero al día siguiente te fingías enfermo para que te dieran alimentos más sustanciosos...

Al decir estas palabras, el joven alto se volvió hacia su amigo que no podía contener la risa, mientras Robineau, para variar de conversacion, decía á este último:

—Y bien, caballero Eduardo, ¿cómo vamos de letras y de teatros? Siempre triunfos, ¿no es así? estás bien habituado á ellos...

Eduardo hizo un gesto, y Alfredo prorumpió á reír diciendo:

—En buena sazón te se ocurre hablarle de triunfos... ¿qué cuerda acabais de pulsar? ¿Cómo Robineau, en esa cara macilenta, en esa frente severa, no has descubierto un poeta que acaba de sufrir un accidente, de ser víctima de una intriga?... ¿En fin, estás mirando á un autor caído?...

—¿Cómo? ¿Caballero Eduardo, habeis sufrido de veras un percance?

—Sí, contesto Eduardo exhalando un profundo suspiro.

—¡Eso es una picardía!...

—¿Lo juzgas así?

—Quiero decir que es extraordinario... vos que habeis conseguido tan buen éxito algunas veces... ¿Con que vuestra composicion era mala, es decir, no ha agradado?

—¡Parece que no, pues la han silbado!

—A fé mia, yo no sé como era vuestra pieza, pero no podía ser peor que la que vi antes de ayer en Feydeau... figuraos un baturrillo... entradas... salidas... en fin, era tan pésima, que yo, que jamás silbo, no pude contenerme é hice como los demás... Silbé como una serpiente de cascabel.

Alfredo, que ya hacia algunos minutos tenia fuertes deseos de reír, se desasíó entonces del brazo de su amigo, y se abandonó á su alegría, mientras Eduardo decía á Robineau aparentando hallarse satisfecho:

—Os doy gracias, caballero, por haber ayudado á enterrar mi obra...

—Cómo, ¿era vuestra?... dijo Robineau abriendo cuanto podía sus pequeños ojos negros.

—Efectivamente, contesto Alfredo, su pieza es la que has silbado como una serpiente de cascabel.

—¡Dios mio!... ¡Cuanto lo siento!... Si hubiese podido adivinar... pero vos teneis la culpa: si me hubierais enviado una esquila no habria sucedido eso... Ahora recuerdo que tenia conceptos muy ingeniosos y escenas muy buenas... Estoy verdaderamente inconsolable, caballero Eduardo...

—Y yo os aseguro que no quiero de ningún modo que tengais ese disgusto. ¿Qué importan algunos silbidos más ó menos?... Soy de opinion que en el teatro vale más una buena caída, que sostenerse rastreando durante algunas representaciones.

—¿Segun eso, no me guardareis ningún rencor?

—No, contesto Alfredo, le has probado tu amistad: quien bien ama, bien castiga... El mejor general pierde batallas... ¿No es así, Eduardo?... Apuesto á que esto se ha repetido antes de ayer más de cien veces.

Eduardo se sonrió, pero aquella vez fué de buena gana, y volvió á tomar el brazo de su amigo, que comenzó á examinar de nuevo á Robineau, dejando asomar á sus labios una sonrisa burlona.

—¿Siempre estás muy ocupado, Robineau?...

—Siempre... tenemos una tarea de los demonios... Mi jefe descansa en mí... sabe que en los momentos de apuro estoy allí.

—¿Y qué llevas en esa cartera que tanto aprietas con el brazo? ¿desempeñas acaso esta tarde el papel de notario?...

—No es para representar lo que aquí llevo, sino para trabajar.

—¡Diablo!...

—Y trabajo muy urgente... algunas veces me paso en vela la mayor parte de la noche... pero también estoy seguro de adelantar.

Alfredo no contestó nada: se mordió los labios y dirigió una mirada á Eduardo; pasado un instante dijo:

—Robineau, ¿cómo van tus amores? ¿Cuántas queridas tienes ahora?

—Soy cuerdo, muy cuerdo: en primer lugar, mis medios no me permiten sostener mugeres; y en segundo, aunque mis recursos me lo permitiesen, no lo haría... no me gusta... Quiero que me amen por mí mismo...

—Seguramente, caballero, merecis que os adoren.

—No digo que me adoren positivamente; pero en fin, quiero encontrar esa simpatía... ese dulce abandono... ese... ¡Ah! ¿te ries? ¿tú no crees en el verdadero amor?...

—Yo creo todo lo que se quiera; y la prueba es, que creo amar á todas las mugeres bonitas que encuentro. ¿No es así, Eduardo? Pero ahora no se debe hablar de mugeres...

—¿Pues qué ha tenido también alguna caída con ellas? dijo Robineau sonriéndose con aire muy satisfecho por su chanza.

—No, pero su última pasión acaba de hacer una fuga con un inglés, y Eduardo jura que ya no se enamorará de las comerciantas de lienzo...

—¡Ah! con que vendia lienzo... Apuesto á que no la negabais nada... por que sois muy generoso... y os habrá dejado por algun villano inglés que la haya ofrecido un carruaje: ¿haced, pues, locuras con las mugeres?....

—¿Y con quién quieres que se hagan, Robineau? A mí me han engañado con frecuencia, y no por eso dejo de quererlas. Porque, en fin, si una querida nos abandona nos permite el que tomemos otra, mientras que muchas veces no sabemos como desembarazarnos de la que nos permanece fiel.

—He ahí el raciocinio de un inconstante, dijo Eduardo. ¡Ah! mi querido Alfredo, tú serás siempre venturoso en amor, porque jamás amarás.

—Es cierto, dijo Robineau, no es para el sentimiento, no busca más que el placer; y siendo, como es, rico, noble, hijo único, y con un padre que le deja hacer cuanto se le antoja, no le faltarán ocasiones para encontrarlo. Yo, señores, sé contenerme, y además, como os decía antes, mis gustos son sencillos; no tengo inclinación al lujo ni á los honores... ¿Qué ambiciono para ser feliz?... lo que tengo; un destino... un poco incómodo, es cierto, pero yo no rehuyo el trabajo; y cuando me case, una muger hermosa, sensible, amante, que no me cueste un cuarto y con cuya fidelidad pueda contar, porque soy horriblemente celoso.

—¿Y en dónde encontrarás ese tesoro, Robineau?

—Eso se encuentra fácilmente: yo no me dirijo á las modistas ni costureras... Pero perdonad, señores, conversando con vosotros se me olvidaba que me están aguardando para comer en una casa en donde me convidaron hace ocho días... no se sentarán á la mesa sin mí, y no quiero hacerles esperar demasiado.

Al decir esto, Robineau se habia aproximado á Alfredo para darle la mano. Este se aprovechó de aquel momento para apoderarse de la cartera que el empleado tenia debajo del brazo.

—¡Mi cartera!... ¡mi cartera!... gritó Robineau, demonio, basta de broma.

—Te apuesto á que no contiene más que papel blanco, dijo Alfredo reteniendo siempre la cartera. Vamos, Robineau, ¿quieres apostar una comida en casa de Very?

—Yo no apuesto comidas... estoy de prisa... devuélveme mi cartera... no quiero que se vea lo que hay dentro... son trabajos secretos...

Pero Alfredo, sin escuchar á Robineau, desató los cordones de la cartera, y enseñó á Eduardo tres cuadernillos de papel de cartas, tres barritas de lacre, un lapicero y dos papeles de alfileres.

—¿Y pasas la noche ocupado en esto? dijo Alfredo, mientras Eduardo se reía á carcajadas á espensas del que había silbado su pieza.

Robineau, aparentando sorpresa, exclamó:

—¡Dios mío!... me he equivocado... he tomado una cosa por otra: tengo tantos legajos en mi mesa... te aseguro que esto me incomoda sobremanera, y si no me estuviessen aguardando para comer, volvería á la oficina.

—Señor mío, os devuelvo vuestros trabajos secretos, dijo Alfredo presentando con ademan respetuoso la gran cartera á Robineau, que se la volvió á colocar debajo del brazo y trató de alejarse para librarse de las burlas de los dos jóvenes; pero el mas alto le detuvo diciendo:

—Robineau, espero que no te habrás incomodado....

—Yo incomodarme, y ¿por qué? Todos acostumbran á reirse y chancearse, y yo tambien cuando tengo tiempo para ello...

—Si, sé que en el fondo eres un buen muchacho: escucha, para probarme que me dispensas el haber tenido atrevimiento de dirigir mis miradas profanas á la cartera administrativa, es necesario que esta noche vayas á mi casa: mi padre dá un gran convite; no sé con que motivo; pero si que se bailará, se jugará y habrá jóvenes muy lindas. A pesar de tu pasioncilla cotidiana, tambien eres aficionado á ellas... es preciso que vayas. Eduardo será de los nuestros; así me lo ha prometido; le ganaremos el dinero al ecarté, y eso le hará olvidar su última derrota. Y quién sabe... quizá encontrará en la reunion una beldad, que borrará de su corazon el recuerdo de su ingrata... ¿Con qué irás?...

El semblante de Robineau se despejó durante la invitacion de Alfredo: volvió á tomar su mano, se la estrechó fuertemente y le respondió:

—Amigo mío... seguramente... soy muy insensible... ese atento convite me...

—Deja esas frases... entre nosotros no debe haber ceremonias... Quería escribirte convidándote, pero como sabes cuan aturdido soy, se me había olvidado. ¿Concurrirás?...

—Tendré ese honor, y soy...

—Vamos, está dicho; hasta la noche; procuraremos divertirnos, lo cual no siempre es fácil en las grandes reuniones.

Diciendo esto, el joven alto arrastró tras de sí á su compañero, ambos hicieron una inclinacion de cabeza al empleado, y se alejaron á buen paso, dejando á Robineau en el jardin del Palacio Real, tan preocupado con el convite que acababa de hacerle, y la noche que iba á pasar en casa del baron de Marcey, que si los bordes salientes del estanque no detienen sus pies, se mete en el agua, para dirigirse á su hosteria.

CAPITULO II.

La modista —El tocador de Robineau.

Robineau llegó á su modesta hosteria cuyas salas estaban como de costumbre llenas de gente; porque los bolsillos poco provistos, son mas comunes que las grandes fortunas, lo cual no quiere decir, que solo la gente rica sea la que vaya á las mejores fondas: pero lo que si es cierto, que en las casas en donde se sirven cubiertos de treinta y dos cuartos, se come con un apetito que no suele haber en los dorados salones: como el pan se encuentra allí á discrecion, los consumidores no le escasean, y el grito de ¡Mozo! pan, resuena á cada instante por los cuatro ángulos de la habitacion.

Robineau, que de ordinario no era de los menos con-

sumidores, tenia aquel dia muy poco apetito; tragaba su potage sin quejarse de que estuviese con mucho caldo ó demasiado salado, lo cual sorprendió en extremo al mozo, y cuando éste le preguntó qué queria comer despues, Robineau le contestó:

—Lo que querais, pero despachaos... tengo prisa... esta noche voy á casa del baron de Marcey, y me he de vestir con esmero.

—Entonces, caballero, un *beef steak* con patatas, dijo el mozo, á quien importaba muy poco que el parroquiano fuese por la noche á casa de un baron, mientras Robineau miraba con aire de importancia en derredor suyo para ver si alguien escuchaba con atencion lo que acababa de decir y si le miraban con mas consideracion. Pero en vano dirigió su vista por las mesas inmediatas: los que estaban á su lado se hallaban demasiado ocupados en hacer desaparecer lo que contenian sus platos, para entretenerse en examinar á sus vecinos: no es una hosteria de treinta y dos cuartos el sitio mas á propósito para hacer un gran papel.

Robineau que veia que nadie se ocupaba de él aunque habia pronunciado por segunda vez el nombre del baron se apresuró á comer los tres platos que le sirvieron, y cuando el mozo le llevó los postres, que segun costumbre de Robineau se componian de higos, pasas y avellanas, el empleado se levantó con viveza y volviendo á tomar su cartera, y dejando la mesa, dijo al mozo: eso es para vos, eso es para que bebais.

En seguida atravesó el salon con paso precipitado empujando á los que en él habia, y que murmuraban de su vivacidad, mientras el mozo miraba haciendo gestos el plato y los higos que acababan de dejarle para que echase un trago.

Robineau llegó á la calle de San Honorato, en donde estaba situada su casa: al acercarse á ella, en cuyo piso bajo habia un almacén de modas, fué conteniendo el paso, y sus ojos parecia que querian atravesar las cortinas de tafetan amarillo que ocultaban á las miradas de los transeúntes las señoritas que trabajaban en la tienda.

—¡Diablo!... dijo Robineau, no son mas que las seis, y Fifina aun tardará en salir del almacén.... Sin embargo, ahora me hace suma falta. Si ese aturdido de Alfredo me hubiese escrito con algunos dias de anticipacion, me hubiera preparado para su gran reunion, y no me faltaria nada. ¡Esas gentes ricas no piensan jamás que los demás no lo son!... ¡No sé si tengo chaleco blanco y medias de seda!... ¡Dios mío!... las medias se las presté á Fifina la última vez que fuimos al teatro y todavia no me las ha devuelto... esa muger concluirá de despojarme de todo... soy demasiado generoso... pero si las ha roto la echaré una reprimenda terrible... Con mil quinientos francos de sueldo para comer, vestir, pagar casa y hacer cierto papel en el mundo, no se pueden tener á docenas los pares de medias de seda... ¡es imposible!... Y luego hace tanto tiempo que no soy afortunado en el ecarté... ¡Dios mío! ¿cuándo seré rico?... Seguramente ya no haré impresion... no seré altivo ni insolente... Pero al menos, cuando reciba una invitacion para presentarme en la alta sociedad, no tendré que andar buscando recursos para proveerme de medias de seda.

Absorto en estas reflexiones, Robineau llegó en frente del almacén de modas, pero la puerta estaba cerrada: las cortinillas dejaban entrever una cabeza, un brazo y un perfil, pero en la tienda trabajaban seis oficiales, y cuando la dueña de ella estaba allí, no levantaban la cabeza de la labor ni se atrevian á mirar á los cristales. Robineau pasó y se decidió á entrar en el corredor de su casa, en el cual habia una puerta que daba á la trastienda. Cuando estuvo allí, comenzó á pasearse durante algun tiempo, y cuando pasaba por la puerta, tosia con fuerza, mirando con impaciencia su reloj de plata que llevaba en el bolsillo del pantalón, pendiente de una cinta de moaré azul.

Las seis jóvenes que trabajaban en el almacén de modas, dormian todas en la casa: dos en una pieza que

comunicaba con la habitación de la maestra, y las otras cuatro en un cuarto del quinto piso, encima del de Robineau. La señorita Fifina era del número de estas últimas. Robineau sabía muy bien, que para subir á su cuarto, Fifina tenía con precisión que pasar por el corredor, pero no subía hasta las nueve, y no podía aguardar á aquella hora para hablar á la joven. Era mucho mas sencillo entrar en el almacén y rogar á Mad. Fifina saliese un momento: pero eso sería indisponerse para siempre con la hermosa. Porque como todas las modistas, Fifina tenía muy buenas costumbres; si tenía un amante, era porque todas sus compañeras tenían sus amigos, y se burlarían de ella si no tuviese uno con quien pasear los domingos. Pero durante la semana, la señora, (nombre que dan al ama de la tienda) era muy severa con las oficiales, y respondía de su virtud desde las ocho de la mañana hasta las nueve de la noche.

Después de toser inútilmente en el corredor, Robineau se decidió á subir á su cuarto, para dejar su cartera y hacer los preparativos de su tocador: trepó los cuatro tramos de una escalera sucia y oscura, como muchas de la calle de San Honorato, y entró en su habitación que se componía de dos piecitas, de las que una servía de antesala, guarda-ropa y cocina, y la otra de sala y gabinete. La primera de aquellas piezas tenía muy pocos muebles, pero la segunda estaba adornada con cierta elegancia, y se veía en ella orden y limpieza: en fin, cada cosa estaba en su sitio, lo que es muy raro en la habitación de un hombre que vive solo.

Robineau abrió su cómoda, y de uno de sus cajones sacó el frac negro de ceremonia, el pantalón de baile, y un chaleco de piqué blanco, que encontró con sumo gozo. Lo extendió todo sobre la cama, y luego se miró con complacencia en un espejo que tenía encima de la chimenea, que le presentó como de costumbre un rostro abultado, unos ojos negros y pequeños, nariz gruesa y redonda, boca y frente pequeñas, cabellos castaños muy espesos, y labios delgados. A Robineau todo le pareció encantador, se sonrió, saludó con gracia y exclamó:—Estoy muy bien, y después de vestido y adornado debo de parecer mucho mejor.

Pasados algunos minutos en mirarse en el espejo, volvió á la cómoda, registró los cajones, lo revolió todo, y dijo: efectivamente no tengo medias de seda... en último extremo podría comprarlas porque tengo todavía veinte y tres francos de mi mesada... pero eso no me conviene, porque si quiero aventurar algo al ecarté, no podré... Sé muy bien que si pidiese prestado á Alfredo no me lo negaría, pero no quiero dar á conocer que me hallo escaso de dinero; y además, puesto que tengo muy buenas medias de seda no veo razón para comprar otras. Es preciso absolutamente que Mad. Fifina me las devuelva, sino, hemos concluido, y ya no la doy mas lecciones de guitarra. Ella lo pensará mas de una vez detenidamente, porque no se encuentra todos los días un amante que toque la guitarra, y que tenga la complacencia de enseñar á puntearla á su objeto amado.

Robineau tomó una guitarra que estaba colgada en un rincón de la habitación, se acercó á una ventana que estaba abierta y daba al patio; y cantó en voz baja un romance acompañándose con el instrumento. Cuando Fifina estaba en la habitación del quinto piso, la guitarra era por lo regular la señal que la advertía que Robineau la esperaba: pero desde el almacén no era posible oír la música.

Después de cantar algún tiempo, Robineau miró de nuevo al reloj, dió un golpe con el pie en el pavimento con impaciencia, é iba á bajar al corredor, cuando llamaron á la puerta.

—Ella es... me habrá oído... exclamó, y fué corriendo á abrir. Pero en vez de su hermosa encontró á un joven escribiente de procurador que reconoció por el amiguito de una de las compañeras de Fifina.

—¿Han subido?... dijo el joven sin entrar, asomando la cabeza para mirar en la habitación del empleado.

—¿Cómo si han subido?... ¿qué es eso?...

—Esas señoritas.... quería absolutamente hablar á Thenais: he subido á su cuarto, he llamado, y no me han contestado: pero al bajar he oído vuestra guitarra, y como sé que dais lecciones á Mad. Fifina, he creído que esas señoritas estaban en vuestra habitación.

—¡Ay! no; están todavía en el almacén, no subirán lo menos en media hora, lo cual me fastidia mucho, porque tengo que pedir algo urgente á Fifina.

—Pues bien, ¿no hay un medio para hacerlas saber que estamos aquí?

—Si fuésemos al almacén se incomodarian, está espresamente prohibido, y además yo no me cuido de eso... cuando se sirve en una oficina del Estado, hay que guardar cierto decoro... y sobre todo hay que tener moralidad, porque allá arriba se usa ahora mucha rigidez.

—¿Sin ir al almacén no se puede hacer salir á esas señoritas?

—Hace una hora que estoy aquí, y no sé como componerme.

—Escuchad, yo jamás me he embarazado por nada: ¿no hay portero en esta casa?

—No

—Tanto mejor; puede hacerse lo que se quiera... ¿Tenéis dos ó tres platos?

—No cómo en casa.

—No importa, una fuente, una sopera, cualquier cosa.

Robineau fué á buscar en su alacena, y volvió con una compotera y un plato.

—Escelente, dijo el joven escribiente tomándolo todo.

—¿Y qué vais á hacer con eso?

—Vais á verlo: seguidme y gritad como yo con toda vuestra fuerza cuando estemos cerca del almacén.

El joven bajó lentamente la escalera con el plato en una mano y la compotera en la otra. Robineau le siguió deseoso de ver lo que hacía. Cuando llegó al piso principal, el joven comenzó á gritar:

—¡Al ladrón!... y Robineau hizo otro tanto: luego el joven tiró con fuerza el plato en el corredor, y Robineau corrió detrás de él para detenerle diciéndole:

—¡Diablo!... ya es bastante: no tireis mi compotera.

Pero ya era demasiado tarde, el vaso había seguido al plato, se hizo mil pedazos, y al estruendo todas las señoritas salieron á informarse de que era lo que pasaba.

Al verlas, el escribiente se echó á reír á carcajadas, y dijo:

—Sabía muy bien que os haría dejar la labor.

—¡Ah!... es una broma, decían las señoritas riéndose, mientras Robineau miraba tristemente los restos de su compotera, y exclamaba:

—El medio es ingenioso, pero no volveré á confiar mi bajilla á ese caballero.

Las señoritas continuaban riéndose, el joven escribiente estaba en conversacion con Thenais, y Robineau iba á acercarse á Fifina, cuando el grito de, ¡la señora!... hizo que todas las modistas desapareciesen como una bandada de golondrinas, y los jóvenes volvieron á encontrarse solos en el corredor.

—Y bien, dijo Robineau, ya se han entrado...

—Pero yo ya he dicho á Thenais lo que quería, contestó el escribiente, y marchó complacido de su espediente, mientras que Robineau apesadumbrado por su plato y compotera, y sin haber podido hablar á Fifina, subía á su cuarto renegando de los escribientes y modistas. Dispuso de nuevo su ropa y se decidió á comprar medias de seda, cuando dieron dos golpecitos á la puerta, y Mad. Fifina entró por fin en la habitación de Robineau.

Fifina era una joven de veinte y cuatro años, gruesa, de colores un poco vivos, el pelo castaño, los ojos un poco salientes, y de estatura baja, pero su aire era tan decidido que anunciaba una muger de energía, y si llevara calzones se la habría tenido por un calavera.

—Y bien, amigo mio, que hay, ¿qué ocurrencia ha sido esa de romper vuestro vidriado para vernos? A mis compañeras les ha parecido muy galante...

Diciendo esto, Fifina fué á recostarse en un canapé que habia enfrente de la cama, y continuó comiendo unas cerezas que llevaba en el pañuelo.

—Si creéis que la invencion es mia, os equivocais mucho, respondió Robineau con dulzura, ese escribientillo ha sido quien sin prevenirme... pero os suplico que no arrojéis los huesos en mi habitacion.

—Se barrerán: el señor limpio quisiera que me tragase los huesos aun á riesgo de lo que pudiera resultar... ¿no es así amiguito?... ¿Qué tienes esta noche mas de lo acostumbrado?... ¿tienes disgustos secretos!...

—¡Oh! no es cosa de risa...

—Pues yo no tengo gana de llorar... si quieres que llore representame una escena de melodrama... representa á *M. Truquelin de Coelina*: cuando estés para matarte, te tiraré un hueso.

—Vamos, Fifina, os suplico que habeis con formalidad.

—Ven, siéntate nn poco á mi lado, que te pellizque... esta noche tengo un deseo irresistible de pellizcar á alguien.

—No tengo tiempo de representar.

—¡Dios mio!... que complaciente es mi amante...

—Esta noche voy á una reunion en casa de mi intimo amigo, Alfredo de Marcey, hijo del baron de este titulo... que tiene cerca de cien mil libras de renta.

—¡Ah!... ¿y por eso no te se puede mirar á la cara?... ¿y por eso has arrojado tus platos por la escalera?... Efectivamente, cuando se va á casa de un baron no debe comerse al día siguiente... ya has crecido dos pulgadas.

—Fifina, os suplico que me escuchéis.

—¿Vas á llorar?

—Para ir á casa del baron de Marcey es necesario que me esmere en el traje.

—¡Ah!... ya te veo venir... quieres que te ponga papelillos en los rizos...

—Me place... es cierto... porque vos los poneis con toda perfeccion.

—Ya se va amansando el leon.

—Pero hay otras cosas que necesito con urgencia, mis medias de seda negra que os presté el domingo último cuando...

—¿Vuestras medias de seda?...

—Sí, señorita.

—Se hallan muy lejos; están corriendo todavía.

—¿Qué es lo que quereis decir?

—Quiero decir, que las presté á Fedora para que representase en una comedia casera, y me ha confesado que al día siguiente se las dejó á su amigo para que fuese á una boda, pero como tiene las pantorrillas muy gruesas, al quitárselas, las rompió por cinco ó seis partes.

—¡Dios mio!... no puede prestarse nada.

—¿Y quién podia presumir que un amante pidiese lo que habia prestado?

—Señorita, yo no soy ningun capitalista ni comerciante de géneros de lujo... jamás he pretendido hacer el señor con vos...

—Se ve muy bien... allá va eso...

—Os suplico que no me arrojéis huesos... ¿cómo me he de componer?... Sé muy bien que á las grandes reuniones se va tarde, pero ya son las ocho.

—Si se va al otro día es mucho mas elegante.

—Pero en fin, yo contaba con esas medias...

—Es necesario comprar otras... ahí enfrente las venden.

—¡Comprar!... eso es muy fácil de decir... para eso no me debiais haber hecho gastar doce francos en la fonda el domingo pasado.

—El que viene gastaremos quince, amiguito...

—Siempre quereis lo mas caro...

—Es que para mí no hay nada bueno.

—Pues bien, si compro las medias, adios nuestra par-

tida de campo el domingo próximo... os lo prevengo.

—Eso ya principia á entermecerme. Vamos, tranquilizaos; sois muy afortunado en poseer una amante que tiene *imaginativa*... permaneced ahí: comenzad vuestro adorno por arriba.... yo me ocuparé de la parte de abajo...

—¡Ah! mi querida Fifina, cuan amable sois.

—Dame cinco ó seis cuadernillos de papel de cartas .. vitela...

—Hélos aqui; justamente los he traído de la oficina; ¿quieres tambien tres barras de lacre?...

—Sí, sí, dámelo, con eso me grango el favor de la señora... sin lo que no me hubiera dejado salir tan pronto... pero he dicho que tenia jaqueca, y como soy la favorita, me ha mandado á acostar...

Fifina tomó los cuadernillos de papel y la barras de lacre, y salió saltando de la habitacion de Robineau: entonces, este comenzó á desnudarse diciendo para sí:

—Verdaderamente, esta Fifina es una buena muchacha, y tiene talento... es un poquito vivaracha y glotona, pero en resumen, está loca por mí, y se arrojaría al fuego por complacerme. Por mí, ha despreciado marqueses, fabricantes de azúcar, de remolacha, agentes de cambio, y sin embargo, yo no hago mas que llevarla á paseo... No es como la comercianta de lienzos de Eduardo, que le ha abandonado por un inglés. ¡Ah!... ¡ah!... eso no me disgusta porque parece que le ha dejado un poco abatido... segun creo, tiene un millar de escudos de renta... eso no me importa tanto... Pero escribe piezas dramáticas, óperas-cómicas, vaudevilles... es decir *terceras ó cuartas* partes de vaudeville... ¡Dios mio! si yo tuviese tiempo, tambien haria piezas .. y me lisongo de que tendrian otro resultado que las suyas. Pero cuando hay que estar en la oficina desde las nueve hasta las cuatro, y trabajar siempre, ¿cómo se han de cultivar las musas? Cuando sea jefe, ó sub-jefe, ya es diferente: entonces podré disponer de tiempo. ¡Ese Alfredo si que es dichoso!... Hijo único .. un padre baron, cerca de cien mil libras de renta... Y ved como se le ha arreglado: Alfredo perdió á su madre en una edad muy tierna; su padre volvió á casarse algunos años despues, podia haber tenido otros hijos, pero no los tuvo: en vez de eso, su muger á quien adoraba murió al cabo de tres años de matrimonio, y el baron, inconsolable con la pérdida de su segunda esposa, juró no volverse á casar... y cumple su palabra, aunque todavía es joven. ¡Qué bien se le ha compuesto todo á Alfredo!... ¡Dios mio!... ¡jamás me sucederá á mi otro tanto!... Sin embargo, tengo un tio que anda corriendo el mundo, segun me dijo mi madre antes de morir; un tio que queria hacer fortuna y se fué á las Indias... al Perú... ó no sé á donde... pero en fin, habrá dado el salto del *Niagara*... Solo en las comedias se ven tios que llegan oportunamente al desenlace para impedir que la inocencia vaya á la cárcel... Y sobre todo, yo no soy ambicioso... soy filósofo... me contento con lo que tengo... Sin embargo, si tuviese medias de seda estaria mas contento. Pero si se me entra por la puerta la fortuna, ya verán con que calma y sangre fria la recibo... Mas estoy desnudo, y la señorita Fifina no vuelve... no puedo ponerme la corbata sin estar calzado y peinado... Felizmente estamos en el mes de julio y no contraeré reuma...

Para pasar el tiempo, Robineau, cansado de pasearse por su cuarto, vestido como el que va á amasar pan, se puso á tocar la guitarra. Estaba en la segunda copla del romance de *Belisario*, cuando fué interrumpido por unas fuertes risotadas: era Fifina, que habiendo dejado la puerta entreabierta, entró sin hacer ruido, y no pudo contenerse al ver á Belisario tan alijerado de ropa.

—Por Dios, amigo mio, que estás muy gracioso, dijo Fifina sin interrumpir la risa: me dan impulsos de llamar á esas señoritas para que vean el cuadro...

—Os suplico que no llameis á nadie, porque sin adularme, creo que tengo formas que no las asustarian ..

—Lo que pareces es un *Baco*.

—Veamos las medias si gustais...

—Tomad, trovador, ved ahí con que formar una buena pierna...

Fifina arrojó sobre las rodillas de Robineau unas medias de seda negras; éste las examinó algun tiempo, y luego dijo:

—¿Estas medias son de muger?...

—Efectivamente: me las ha prestado Adelina.

—Los hombres no llevan eso...

—¡Bah!... los hombres llevan otras cosas y no les impiden bailar...

—Pero...

—Pero, he ahí lo que he podido encontrar: me parece que debes estar contento.

Robineau se decidió á ponerse las medias, diciendo:

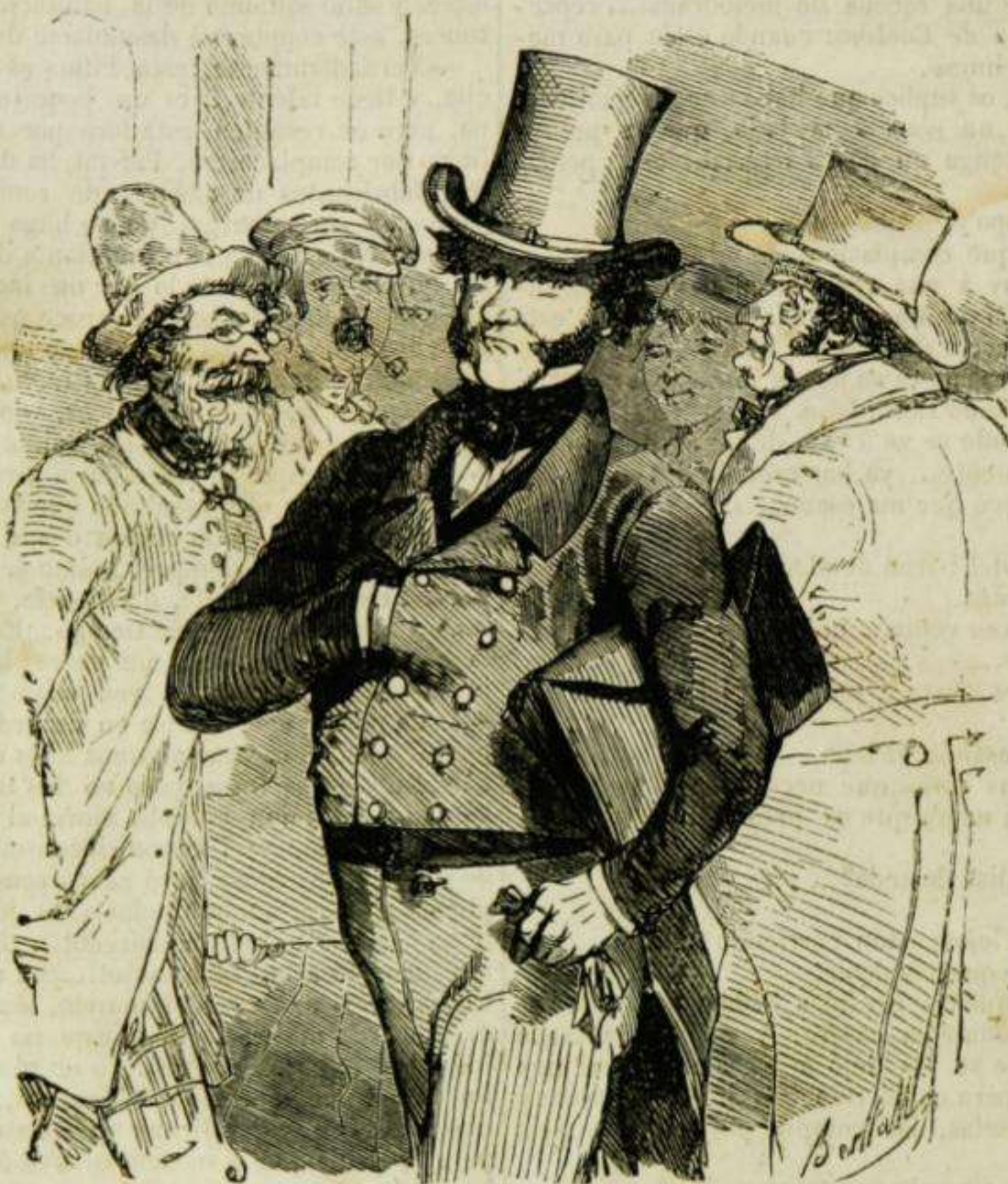
pósito, ¿no te he contado esa historia?... es muy bonita y graciosa...

—Querida mia, si me pusiérais ahora los papelillos, eso me...

—Las tenacillas no están aun calientes: se hallan arriba en la hornilla.... pero es igual; dame papel y te pondré como un falderillo.—¿Y por qué no treinta y seis? Vamos, no te muevas. Figúrate que el amante de Adelina se llama Fidelio y que tiene una agencia, á donde concurren niñeras y criadas muy lindas á quienes acostumbra á requebrar. Es tan conocido en el barrio, que á las muchachas que van á su casa, las dicen que sepan á que se han de atener.

—Los hierros...

—Vamos, déjame en paz con tus tenacillas... Adelina



Robineau tenía el aire de mayor de una oficina.—Pág. 3.

—Creerán que es una nueva moda que yo quiero introducir.

Mientras se vestía, Fifina, tomó la guitarra y se acompañó unas cancioncitas.

—¿Con que esta noche no tendré lección? amigo mio.

—Ya veis, querida, que me es imposible... Estas medias me están muy bien... magníficamente... es sorprendente... tengo una pierna que se presta á todo.

—A propósito, ¿te acuerdas de lo que hicimos ayer noche?... tuvimos una escena muy divertida, asombrosa... sabes que la señora no quiere que se la lea en la cama, porque teme se prenda fuego...

—En eso tiene razon; soy de la misma opinion.

—Si, pero nosotras quemamos la prohibicion: ayer despues que Fedora dictó un billete amatorio á Thenais, y cuando Adelina concluyó de contarnos el modo con que sorprendió á las traidoras de su amante... ¡Ah! á pro-

no sabia nada de eso... aquel bribon se habia presentado á ella con un nombre supuesto... ¡Ah! ¡los hombres son perversos!... en vez de ponerte papelillos deberia arrancarte los pelos uno detras de otro...

—Fifina, os suplico...

—No te menees: pero hay mas; no contento Fidelio con tener á su servicio una bonita rubia de veinte años, hacia la corte á una señora casada.... y ésta segun parece...

—No me tireis del pelo...

—Eso es muy malo... que una persona libre haga lo que quiera, pase... pero ó se respetan los lazos ó no.... yo no conozco mas que una razon que pueda hacer disculpable semejante proceder, cuando el marido es un tirano, un avaro, ó está lleno de laceria...

—Fifina, que ya son mas de la nueve...

—Pues bien, todavía tienes bastante tiempo para hacer conquistas. El criado observó que la señora iba con

frecuencia á la agencia de Fidelio, y que éste, en vez de ser amable con su criada como lo era antes, la regañaba continuamente... Pero como vemos todos los días, una persona que se halla reducida á la humilde condicion de servir, puede tener pasiones vivas. Para vengarse, la criada fué una mañana á buscar al marido de la señora y le propuso presenciar una cita que su muger habia dado al agente de negocios. El marido enfurecido, aceptó; mandó por un coche de alquiler, y subió en él con la rubita que debia prevenir al cochero parase cuando fuese necesario; pero en el camino... ¡esto es lo mas gracioso!... he aqui que el marido comenzó á encontrar á la rubia muy de su gusto, y quiso comunicarla su furor diciéndola:—A los dos nos engañan; pues venguémonos juntos. La criada no lo entendió y opuso alguna resistencia, pero el caballero insistió. Fastidiada de verse ostigada por aquel hombre que no pensaba absolutamente en su muger, mandó al cochero que se detuviese, abrió la portezuela y salió del carruaje; el caballero saltó detrás de ella pero cayó al suelo y se aplastó las narices. La criada para esconderse entró en la primera casa que encontró; era justamente la nuestra, ¿y qué fué lo que vió en el corredor?... á Fidelio en conferencia con Adeline... De allí explosion, esplicaciones, confusion y...

—Las tenacillas ya deben estar hechas ascua.

—Voy por ellas, pero si no están aun bastante calientes, no bajo.

Robineau fué á mirarse al espejo diciendo:

—Cuando Fifina se halla de humor de hablar, no hay medio de contenerla... pero pone los papelillos como un ángel.... voy á ser el que se presente mejor peinado en el baile.

Fifina volvió á bajar con las tenacillas humeantes en la mano.

—Vamos pronto; no están muy calientes.

—Me parece que su color es candente; mi querida amiga, te suplico que tengas cuidado de no abrasarme.

—¡Dios mio! cuando tiene miedo es un cordero. Pues volviendo á la escena de ayer, acabábamos de acostarnos y yo era la que leía, porque sin alabar me, soy la que leo mejor. Augusto nos habia prestado los *Barones de Felsheim*, y los devorábamos, como suele decirse, cuando á la mitad de un capitulo encantador, llamaron á nuestra puerta y oímos la voz de la señora que nos gritaba:—Señoritas, ¿por qué tienen vds. todavía luz? Con esto, el silencio mas profundo sucedió á nuestras carcajadas, y para ocultar la luz, porque no queríamos apagarla, ideé el poner sobre la palmatoria un... sillico. Perfectamente, ya no se veía nada, y aunque la señora continuaba llamando, no contestamos. Por fin se marchó y cuando calculamos que ya podia estar en su habitacion, levanto el vaso protector... y la luz se habia efectivamente apagado. Hémos, pues, aburridas, pero como no teníamos gana de dormir, y no queríamos quedarnos en la mitad de un capitulo muy interesante en que se trata de trufas... pero no teníamos una cajita fosfórica por no haber podido reunir la suma suficiente para comprar ese combustible, porque las oficiales de modista no acostumbran á tener fondos en la caja de ahorros. Sin embargo, estábamos resueltas á proporcionarnos luz, y por mi parte hubiera ido á descolgar el reverbero, mas bien que dejar sin concluir el capitulo. En aquel momento oímos tu guitarra y tu voz... ¡Ay! amigo mio, no puedes comprender el efecto que produjo en nosotras... eras un Orfeo, un semi-dios.... ¡Todavía no se ha acostado!... dijimos todas á la vez, y al punto salté de la cama y me puse una almilla y unas enaguas, porque la afición á la lectura no debe llevarse hasta el extremo de andar desnuda, y correr á abrir la puerta. Pero apenas habia andado dos pasos senti me agarraban del brazo, y la señora, porque era ella quien acechaba á la puerta, gritó: ¿Así dormis, señoritas?... Quiero saber quién es la que sale de ese modo á pesar de mi prohibicion, sin duda para encender la luz. Yo no la contesté, y la señora llamó á Julia para que trajese luz. Yo pude desasirme, y mientras la señora

se colocaba en la puerta para impedirme la entrada, corrí á su habitacion, apagué las bugias, y arrojé por la ventana los chismes de encender... Por lo cual la señora no ha podido averiguar quién era la que habia salido, y pasamos el tiempo en correr á tientas unas detrás de otras... Ya estás peinado, amiguito.

—Gracias á Dios.... ya recuerdo que armásteis gran zipizape... ahora tendré que esperar que se enfrien para quitarlas... ¡Esta Fifina es un diablo!... Es igual, yo te amo sinceramente... y si llegase á ser rico como Alfredo...

—Entonces veríamos muy buenas cosas, ¿no es así?

—Si, verías que la fortuna no me haria variar; es tan ridiculo hacer el altanero, porque se tengan algunas monedas amarillas de mas en el bolsillo... ¿Se tiene por eso mas mérito? ¿y qué te parece, Fifina?

—Es cierto que aunque llegases á ser millonario, no por eso tendrías los ojos mas grandes.

—¡Malvada!... ¡son bastante grandes para admirarte!... Concluye.



Robineau fué interrumpido por sendas carcajadas: era Fifina.
—Pag. 7.

—Jamás te he oido hablar de ese Alfredo á cuya casa vas esta noche.

—Es un amigo de colegio: jugaba siempre conmigo: despues nos hemos visto poco: él va á caballo ó en birlocho, y yo á pie.

—Eso es mejor para la salud.

—Pues bien, con toda su fortuna, Alfredo está triste: se le conoce que ya no sabe qué hacerse. Está cansado de placeres, porque es un hombre que no se fija y no puede amar de veras...

—Para ser tu amigo le haces muy poco favor.

—¿Mi amigo?... te he dicho únicamente que era un conocido de colegio.

—¿Es buen mozo?

—Si, pero tiene una figura ordinaria y ya está cansado, gastado.

—Pues proporcióname su conocimiento.

Robineau se levantó con enfado, y fué al espejo á quitarse los papelillos diciendo:

—Si supiese, señorita, que podia haceros feliz, segu-

ramente no vacilaria un instante... Pero dudo que encuentreis en Alfredo esa amistad sincera y profunda que yo os profeso.

—¡Ay Dios!..... como me adoras esta noche, amigo mio.

—Porque no tengo coche, hablas riéndote de abandonarme... Pero si llego á hacer fortuna, mi única venganza será regalarte una magnífica casa de campo.

—Y pondrás en ella conejos, lo oyes, porque á mi me gustan mucho guisados... Pero hasta tanto, mientras usted, caballerito, va á bailar, yo voy á componer mi capota...

—¿Allá abajo?...

—No, arriba.

—¿Está ya cerrada la tienda?

—Toma, á las nueve... No seas tú como esas malas lenguas de enfrente, que dicen que el fuerte de nuestro comercio empieza cuando se cierra la tienda... ¡Buenos mercaderes para hablar de los demás!... La que mas merece una plaza de acomodadora de teatro.

—¿Y qué te parece mi peinado?

—Lindísimo, amigo mio.... vas á asfixiar á todos tus rivales.

—¡Ah! solo deseo estar decente... no tengo ninguna pretension.

—Por eso te estás horas enteras al espejo ensayando sonrisas...

—Para vos sola, Fífina: ahora los guantes.

—Y dime, ¿donde vas habrá cena? traéme algo.

—¿Me he de guardar en el bolsillo helados?

—¿Pues qué no se sirven mas que sorbetes?... quiero que me traigas dulces y vino, no te vuelvo á poner papelillos.

—Está bien... veremos.

—¿Vais muy lejos, caballerito?

—A la calle de Helder.

—El cuartel de los millores... sin duda tomarás un coche...

—Seguramente; no iré á pié con este traje... Vamos, ya son las nueve y media: á las diez menos cuarto estaré en casa del baron de Marcey... Está bien.

—Eso no merece la pena de hacer el furibundo, amigo.

—Casi enfrente hay cabriolés... Si quisieses bajar conmigo y tener la complacencia de llamar uno.

—¿Tambien eso?... ya no falta mas que subir detrás: no importa; estoy en dia de bondades, adelante.

Robineau cerró su puerta, Fífina bajó con él é hizo que se acercase un cabriolé, en el cual se precipitó Robineau despues de estrechar con ternura la mano de la jóven modista, que al verle alejarse le gritó:

—Sobre todo, tráeme alguna cosa buena.

CAPITULO III.

Reunion en casa del baron de Marcey.—Cena de jóvenes y sus consecuencias.

El cabriolé paró delante de una hermosa casa; habia muchos carruages colocados en fila para entrar en el patio: se creeria que conducian á sus amos al teatro italiano ó á la comedia inglesa: no hay tanta afluencia en los teatros franceses cuando se representan en ellos piezas de Moliere ó de Racine, pero tampoco los actores han hecho un estudio particular de la agonía de un moribundo: no hacen que los espectadores presencien las convulsiones de un hombre á quien asesinan, ni escuchan los quejidos de una princesa que se muere de hambre: esas cosas son muy agradables, porque ponen en movimiento los nervios de esas gentes que necesitan semejantes cuadros para experimentar algunas sensaciones. Sin embargo, hay ciertas personas que pretenden que es mas difícil representar una escena del *Tartuffe* ó del *Misanthropo*, que imitar una de las de la plaza de Greve. Pero dejemos que cada uno siga su gusto, y contentémonos

con felicitar al que todavía se divierte en una pieza que no dura *cuarenta años*, ó que se entenece con una escena en que nadie muere.

Al ver el gran número de carruages y el resplandor de las luces que brillaban en los salones, Robineau dijo para sí:

—La concurrencia será muy elegante y numerosa.

Apresúrose, pues, á salir del cabriolé, correr hácia la escalera, componerse el cabello, ponerse el segundo guante, y subió al piso principal diciendo:

—Sobre todo, yo valgo tanto como estas gentes, y quizá mas que todas ellas... ¿por que tienen carruage?... ¿y eso qué importa?

Robineau dijo eso para no parecer embarazado, y para no intimidarse al entrar en los salones, lo cual no impidió que estuviese cortado y torpe al verse en medio de la reunion, en la que durante algun tiempo buscó con la vista á Alfredo. En fin, éste se acercó á él, y asiendo del brazo al recién llegado, comenzó á burlarse de varias personas de la sociedad, lo que dió á Robineau tiempo para reponerse: recobró su seguridad y sonrisa habitual, y dirigiendo sus miradas á las señoras, ya solo pensó en hacer conquistas.

—A propósito, ¿y tu padre?... el caballero baron de Marcey... no he tenido todavía el honor de saludarle... dijo Robineau, admirando unas señoras muy bellas que acababan de entrar.

—Mi padre ya te ha visto... no es necesario que te presente á él: ¿se ha de repetir cada vez la misma ceremonia?...

—Pero amigo mio, hace mucho tiempo que no me ha visto y...

—No importa; tú eres de esas figuras que nunca se olvidan.

Diciendo esto, Alfredo se alejó para recibir á unas señoras, y Robineau murmuró:

—Seguramente tengo una figura que... ¿si querria lanzarme algun epigrama? eso es muy propio de él... he aqui que llega el caballero Marcey.

Entonces pasaba junto á Robineau un hombre que podría tener como unos cuarenta y ocho años: su estatura era alta, y su modo de andar noble é imponente: sus facciones, fuertemente pronunciadas, eran todavía hermosas, aunque parecia que emociones muy vivas, mas bien que el tiempo, las habian alterado: su frente estaba un poco calva, aunque su cabello todavía se conservaba de color oscuro: en fin, su rostro era habitualmente serio y casi severo. Sin embargo, para las personas que leían mejor en su fisonomía, ó que le veian con frecuencia, lo que se notaba en sus miradas un poco sombrías, era mas bien una espresion melancólica: cuantas veces miraba á su hijo, sus ojos negros eran mas dulces, y asomaba á sus labios una ligera sonrisa. Tal era el baron de Marcey.

—Caballero Marcey... tengo el honor... y el gusto...

El baron miró algunos instantes á Robineau, y luego dijo:

—Ah!... segun creo sois el caballero Robineau.

—Sí señor, el amigo intimo de vuestro hijo que me ha invitado á venir, y yo he aprovechado...

—Caballero, los amigos de mi hijo serán siempre los míos, y me dan el mayor placer con venir á mi casa.

Al decir esto, Mr. de Marcey saludó á Robineau y fué á hablar á otras personas: el empleado se introdujo entre la multitud diciendo:

—Mr. de Marcey siempre es en extremo amable conmigo: me parece que lo es mas que su hijo porque no tiene ese aire altanero y sarcástico. Ya suena la música... van á bailar... bailemos, pero con una muger hermosa, por que no puedo llevar el compas con una fea...

La orquesta habia hecho la señal: al oír las deliciosas contradanzas de Tobeque, los bailarines corrian por todos lados, y se deleitaban los que no bailaban, porque al mirar la hermosura y la inocencia, oían con placer piezas sacadas de las mejores óperas de los mas célebres compositores. Robineau llegó demasiado tarde al lado de mu-

chas señoras que ya estaban colocadas, y se vió precisado á sacar una pareja que no tenia en su favor mas que su juventud y su adorno, de muy buen gusto. Robineau oyó que la llamaban señora condesa, y eso le dió deseos de distinguirse con ella; pero la bailarina hacia poco caso de sus gracias, y solo contestaba con monosílabos á los cumplimientos que la dirigia.

—¡Es una necia!... dijo despues de acompañar á la condesa hasta su asiento, y fué á invitar á una señorita muy linda con la que tambien quiso hacer el amable; pero la jóven se contentó con sonreirse de lo que decia y solo se ocupaba al parecer en el baile.

—Es una boba, dijo entre si Robineau, y fué á ofrecer sus homenajes á otra parte; pero viendo que sus sonrisas y su animacion no producian ningun efecto, dejó el baile murmurando:

—En resumen, entre todas estas hermosas damas, no hay ninguna que valga tanto como Fifina... y si tuviese un traje de tul... una corona en los cabellos... y unas pulseras con camafeos antiguos, ¿qué efecto haria?... Ea, vamos á acercarnos al ecarté... pondré en él con indiferencia una moneda de cien sueldos y... ¡Ah diablo!... ya llegan los helados: comencemos por tomar uno al paso...

Robineau se apoderó de un helado, y para tomarle con comodidad fué á sentarse detrás de dos caballeros de edad madura, que estaban hablando en una pieza que servia de paso desde el salon de baile al ecarté.

—¿Qué desmejorado está!... dijo uno de los que conversaban, mirando á Mr. de Marcey que atravesaba por el salon.

—¿Quién se ha desmejorado?

—Marcey.

—¿Pues qué le encontráis?

—Mi querido Dolmont, si hubieseis conocido como yo á Marcey hace veinte y cinco años...

—Pardiez, con qué hace ya veinte y cinco años, y os parece que era ayer, y que debe ser hoy lo que era entonces.

—No, no digo eso: Marcey y yo hemos hecho juntos la campaña de Austerlitz.

—¿Con qué os hallasteis en Austerlitz?

—Si, seguramente y me glorio de ello: despues me encontré en casi todas las acciones que se empeñaron. Ahora descanso.

Robineau dejó un momento su sorbete para mirar al caballero que acababa de hablar, y vió un hombre como de unos cincuenta años, cuyo semblante franco y animado llevaba el sello de algunas cicatrices, y adornaban su pecho las condecoraciones de varias órdenes: Robineau dijo para si:

—Efectivamente ese caballero ha ganado esas cruces.

Despues de un momento la persona que estaba conversando con el antiguo militar, dijo: Marcey no es todavía viejo: entró como vos en el servicio muy jóven; pero desde entonces han ocurrido tantas cosas, que me parece que han transcurrido siglos.

—Y cuando yo pienso en mis campañas, me parece que era ayer, y creo que todavía me hallo en ellas.

—Le sucede como á mi, dijo Robineau, cuando pienso en mi primera inclinacion... sin embargo, eso hace ya diez años... era una figuranta del teatro de la Puerta de San Martin, y el dia de nuestra primera cita, comimos en las *Vendanges de Bourgogne*, arrabal del Temple. Entonces no era un restaurador elegante como ahora, y no habia que atravesar el canal para llegar á él; pero se comian alli callos y manos de carneros excelentes... Me parece que todavía me encuentro allí... Tenia diez y ocho años... Como envejece uno sin sentir...

Y Robineau exhaló un suspiro, lo cual no le impidió el concluir de tomarse el sorbete.

—Cuando os digo, Dolmont, que encuentro á Marcey muy mudado, quiero hablar de su carácter mas bien que de su fisico. ¡Si le hubieseis conocido en otro tiempo!... era alegre y se reia y chanceaba como nosotros...

Amaba á las mugeres... ¡Oh! era un gran enamorado... pero muy celoso con sus queridas... muy celoso... Me acuerdo que en varias ocasiones, ese defecto le produjo disgustos; y por eso creo que á la edad de veinte y tres años le casaron con una señorita á quien amaba muy poco. Sus padres creyeron, que con su propension á los celos, si contraia un enlace por amor, seria desgraciado. Lo cierto es, que su matrimonio comenzó muy bien... Conoci á la primera muger de Marcey, y era muy amable: creo que hubiera hecho á su esposo feliz; pero desgraciadamente murió un año despues dejándole un hijo. Supe que pasados seis años Marcey volvió á casarse, pero entonces no estaba yo en París: el baron acababa de retirarse del servicio, y no conocí á su segunda esposa.

—No se casó Marcey por segunda vez en París; sino cerca de Burdeos: parece que la familia de su segunda muger tenia posesiones en aquel pais, y que alli se efectuó el matrimonio.... Creo tambien que no volvió á París con su esposa, hasta mucho tiempo despues de haberse casado.

—¿Y qué tal era su segunda esposa?

—Encantadora... una de esas figuras angelicales que nos suelen presentar algunas veces los pintores, y que es muy raro encontrar en el mundo.

—¡Diablo!

—Pero tenia un aire triste y melancólico: cuando se reia parecia que su sonrisa encubria un padecimiento. Jamás la vi bailar, á pesar de ser muy jóven, pues tendria diez y ocho años: huia de los placeres de su edad, y solo se presentaba en la sociedad por complacer á su marido.

—¿Y la amaba mucho Marcey?

—La adoraba... buscaba con afan las ocasiones de proporcionarle distracciones... se desvivía por agradarla.

—¿Y no tuvo hijos?

—No; pero la encantadora Adela, que así se llamaba, queria mucho al pequeño Alfredo, y le manifestaba toda la ternura de una madre. Murió al cabo de tres años, y Marcey experimentó un sentimiento tan violento, que durante largo tiempo temieron por su vida. En fin, la vista de su hijo... la razon... el tiempo...

—Si, el tiempo es el remedio mas eficaz... mas á pesar de eso, no dejo ahora de maravillarme de que su humor sea tan diferente del de otras veces... Puede uno hacerse superior á las pesadumbres mas profundas, pero siempre dejan huellas... Son como las heridas graves que se curan, pero quedan las cicatrices.

Al decir estas palabras, el veterano se levantó, su vecino le siguió y Robineau quedó solo en su silla, diciendo para si:

—Es muy divertido oír conversar á los demas, eso instruye: se aparenta no entender nada, y se escucha: mucho mas que cuando las gentes hablan alto no dicen nada que quieran ocultar: ¡oh! es necesario que oiga á las señoras, porque será mucho mas divertido, pues que las mugeres esparcen siempre mucha gracia en su conversacion... cuando digo siempre quiero aludir á las que tienen talento. Justamente he ahí dos damas que parecen engolfadas en una conversacion muy interesante, porque hablan con un calor!.. A su lado hay una silla desocupada.

Robineau fué á sentarse con aire de indiferencia junto á las dos señoras, y moviendo su cabeza como al descuido, pudo recoger algunos fragmentos de su conversacion.

—...Si, querida amiga, yo habia juzgado bien... Ya ves que tenia razon en desconfiar de sus protestas de amor... de sus solemnes juramentos... de sus profundos suspiros... Y sin embargo, no puedes imaginarte con que apariencias de buena fé me decia que queria ser en adelante prudente, fiel, y no amar mas que á mí... ¡Es horrible mentir de esa manera!...

Robineau volvió un poco la cabeza para ver las facciones de la persona que acababa de hablar, y vió una linda morena cuyo semblante vivo y gracioso espresaba

en aquel momento un sentimiento de despecho, que en vano intentaba encubrir con una sonrisa forzada.

—Mi buena Jenny, creo que estás un poco disgustada de haber puesto á prueba el amor de Alfredo...

—¡Disgustada!... por el contrario, estoy contentísima. No lo he creído un momento... su reputación entre las mugeres se halla bien establecida, para...

Aquí bajó la voz, y Robineau no pudo oír nada; pero dijo entre sí:

—Se trata de Alfredo... esto es gracioso. Sin duda esa señora es una de aquellas á quienes ha hecho la corte... ¡Qué cosa tan divertida!...

La otra señora, que también era joven y hermosa repuso al cabo de un momento:

—Creo que yo tendría mas confianza en su amigo Eduardo de Beaumont; porque parece menos frívolo y ligero que Alfredo: Eduardo tiene también una figura interesante.

—Por Dios, querida mía; apuesto á que no vale uno mas que otro... Debe desconfiarse del aire reservado y frío... No hay cosa peor para engañarnos que esa especie de hombres... Al menos con un perillan que se presenta tal como es, ya sabe una á que atenerse.

—¡Por eso tú te inclinabas á Alfredo!...

—¡Ah!... jamás... jamás... me reía de sus amorosos juramentos... quizá me divertía un poco oírle... es amable... tiene talento... pero amarle... ¡Oh! te juro que me habría guardado muy bien de ello. No pienses así.

—Si te defiendes con tanta tenacidad, Jenny, concluiré por creer que le adoras.

—¡Ah!... por ejemplo, yo...

La voz volvió á bajar. Robineau inclinó algo mas su silla para poder oír, pero durante algunos minutos las dos amigas hablaron con un tono que nada le fué posible percibir. En fin, la hermosa Jenny respondió mas alto:

—Has hecho bien... muy bien... estoy segura de que le tiene con zozobra el vernos en conversacion, porque creía que estábamos desunidas... ¿no te hablaba de mí algunas veces?

—No, solo me hablaba de mí.

—Es muy justo; te prometo, Clara, que permaneceré viuda, y no volveré á casarme...

—¿Y puedes tú asegurar eso? Piensa que no tienes mas que veinte y dos años.

—Pues esa es una razon mas para no aventurar la felicidad de toda mi vida. Lo que he conocido del matrimonio ha servido para que le mire con prevención. Mr. de Gerville se casó conmigo cuando yo tenía diez y ocho años, sin haberme obsequiado, sin saber si le amaba ó no, y me pidió á mis padres: era rico, y se efectuó nuestro enlace. Sin embargo, Mr. de Gerville era joven y estaba bien acomodado: hubiera podido amarle, si se hubiese tomado la molestia de procurar agradarme, y aun únicamente con hacerme creer que me amaba. Era entonces tan sencilla... creía todo lo que querían que creyese... Pero no, era su muger, y se habría creído deshonorado en hacerme la corte, y ser galante conmigo. Tenía dos ó tres queridas que le engañaban, y eso valía mas para él que amar á su esposa que no le embauca; pero ha muerto, y debo olvidar los pesares que me ha causado. Sin embargo, confieso que ese ensayo de matrimonio, me ha dejado un concepto muy desfavorable de los hombres. En general, los tengo por egoístas, inconstantes é injustos con las mugeres... no las disimulan nada, y es preciso perdonárselo todo: quieren ser infieles, y exigen en nosotras constancia: son amables mientras tenemos la fortuna de agradarlos, pero en cuanto suspiran por otro objeto, ya no se ocupan de nosotras: en vez de encubrir su infidelidad redoblando sus atenciones y miramientos, se vuelven ásperos, caprichosos y coléricos, y si tenemos la desgracia de manifestar algun disgusto por su mudanza, nos acusan de ser exigentes y celosas.

—¡Jenny!... ¡Jenny!...

—¡Ya verás que todo esto es cierto, mi querida Cla-

ra!... ¿Cuántos matrimonios felices me puedes citar? Únicamente aquellos en que las mugeres cierran los ojos para no ver las infidelidades de sus maridos... ¡Oh! cuando se los deja hacer lo que quieren, ir, salir, correr, sin preguntarles nunca ni pedirles cuenta de sus acciones, entonces es una lo que ellos llaman buena esposa, y se dignan darnos el brazo una vez al mes.

—Veo que la inconstancia de Alfredo te ha puesto muy severa.

—¿Qué me importa la inconstancia de Alfredo? Te repito que solo le escuchaba por reirme... jamás he tomado con seriedad su declaración de amor... Sin embargo estoy muy complacida de saber... de haber tenido la idea de...

Volvieron nuevamente á bajar la voz, y como llegaban á un pasaje interesante, y Robineau deseaba conocer la idea que la había ocurrido á Mad. de Gerville, ladeó un poco mas su silla con la esperanza de oír, pero el peso de su cuerpo la derribó, y sin darle tiempo para sostenerse, rodó á los pies de las dos amigas.

Las señoras, que no habían fijado la atención en su vecino, se sorprendieron algun tanto al ver caer aquel caballero casi sobre sus rodillas; pero Robineau se levantó con presteza, balbuceó algunas excusas y se alejó murmurando:

—¡Esto está tan escurridizo que apenas puede uno sostenerse!... no sé como los bailarines no caen unos sobre otros... pero es verdad que mas bien andan que bailan... ¡maldita silla!... Iba á saber la idea de aquella hermosa señora... Mad. Jenny de Gerville... retendré su nombre y haré rabiar á Alfredo. ¡Oh! eso debe ser muy divertido.

Robineau volvió al salón del baile, y buscó grupos que hablasen, oyó risas á su lado y volviendo la cabeza vió que eran dos señoras que no bailaban, y que precisamente detrás de ellas había una silla desocupada, Robineau se apresuró á colocarse en ella diciendo:

—Estas señoras se rien... se burlan: apuesto que es de algunas otras señoras de la reunion... Esto no debe desperdiciarse: no he tenido tiempo para mirarlas, pero cuando se vuelvan las examinaré... ¡atención!...

—¡Cuán gracioso debe ser ese caballero!... de buena gana hubiera bailado con él. Enséñamele cuando le veas.

—Si, tranquilízate: es bien fácil de conocer. No sé á donde ha ido á buscar eso Mr. de Marcey.

—Bueno, dijo Robineau, se burlan de alguno. Estaba seguro de ello.

Y se aproximó un poco mas, teniendo, sin embargo, cuidado de no ladear demasiado la silla.

—Figúrate, mi buena amiga, un hombrecillo pequeño, rechoncho, rudo, almidonado, con la nariz gruesa, ojos muy pequeñitos, una boca que hiere cuando habla, y cabellos empapelados y rizados hasta el punto de que parece un negro...

—¡Ah! ¡ah! ¡ah!...

—Y con esto una figura muy presumida... vino á invitarme á bailar... era la primera contradanza... acepté, y durante el baile, quiso hacerse el amable; pero no supo decirme mas que esos lugares comunes tan triviales, tan manoseados, que me daba compasión... Viendo que no contestaba nada á cosas tan lindas, al concluir de bailar se permitió apretarme la mano... ¡ah! ¡ah! ¡ah!...

Al decir esto, la señora que hablaba se volvió, y Robineau conoció á la condesa con quien efectivamente había bailado la primera contradanza. Púsosele encendido el rostro, y la señora, que también había reconocido al caballero de quien hablaba, pudo comprimir á duras penas la risa, y dió con la rodilla á su amiga. Pero antes que ésta se volviese, Robineau estaba ya lejos: ya no pudo contenerse, y dirigiendo en derredor suyo miradas furibundas, dijo: Es preciso que esa muger sea muy burlesca... yo no sé si era de mí de quien hablaba... en todo caso, me alegraré que encuentre muchos como yo. Pero es demasiado fea para que la obsequie nadie... ¡Decir que yo la apreté la mano!... eso no es verdad... Las mu-

geres feas hablan siempre mal de los hombres, enfurecidas porque no pueden encontrar amantes.

Robineau que no se cuidaba ya de escuchar las conversaciones, se dirigió hacia el ecarté, haciendo un gesto tan horrible, que Alfredo, que le encontró junto a una de las mesas en que jugaban, le detuvo y le dijo:

—¡Dios mío! querido Robineau, ¿por qué pones esa cara? ¿Has sido desgraciado en el juego?

—He perdido cien escudos.

—Eso no es nada: ya los volverás a ganar.

Alfredo se separó, y Robineau dijo para sí: es un buen muchacho... ¡no es nada!... Si hubiese yo perdido cien escudos no me consolara jamás... Pero estoy seguro de que no los perderé, pues no tengo mas que veinte y un francos... es necesario aventurarlos... procuremos ganar... pero suele decirse que en reuniones numerosas no es prudente jugar al ecarté... ¡Oh!... en casa del baron de Marcey no puede haber mas que personas honradas... es igual... voy a apostar por el que gana, y será lo mejor.

Robineau se acercó a la mesa de juego.

Desgraciadamente para él, cambió la suerte, y en un momento perdió los veinte y un francos. Haciendo entonces un esfuerzo para disimular su mal humor, se separó del ecarté diciendo: Adios partida de campo y fonda para el domingo... Fifina irá a comer en casa de su tía, y yo puntearé la guitarra... ¿Necesitaba yo acaso salir de mi método, ataviarme con esmero, y tomar un carruaje para venir a esta gran reunion?... ¡Y por cierto que es muy divertida!... Mujeres que se burlan de vos... hombres que os miden con la vista como si quisieran andar por encima de vos!... jugadores que os ganan sin daros tiempo para advertirlo... Fifina tiene razon: mas se distrae uno con Mad. Saqui ó en los volatines con la *Fantasma armada*. Vamos hacia el buffet... si no puedo guardar en los bolsillos sorbetes, podré al menos colocar en ellos naranjas y pastelillos.

Robineau se dirigió en efecto hacia el buffet; no habia ya naranjas, pero abundaban los pasteles: mientras que los criados llevaban refrescos, llenó los bolsillos: iba ya a tomar la escalera, cuando se encontró al joven autor Eduardo, y le detuvo.

—Buenas noches, caballero Robineau; todavía no os habia visto... ¡hay aqui tanta gente!...

—Es cierto; y aqui para entre nosotros, os confieso que esa barahunda no es nada divertida; estoy ya cansado de ella, y me marchaba...

—¿Ya?... pues no son mas que las dos... es necesario que os quedeis, porque como sabeis, Alfredo quiere que concluida la reunion cenemos con él, para decir sandeces.

—¡Ah!... no lo sabía; pero si se cena, eso ya es diferente: si lo hubiese sabido no hubiera comido tanto... es igual, me quedo.

—Paseémonos y veamos las graciosas bailarinas.

—En cuanto a pasear, convenidos; pero no estoy ya para bailar.

Robineau dió un golpecito en sus bolsillos para que no abultasen tanto, y siguió a Eduardo diciendo para sí: no me disgusta que me vean hablar con un autor, creerán que yo escribo alguna pieza con él. Voy a hablar del teatro.

—Apuesto a que preferís la comedia a las tertulias; ¿no es así, caballero Eduardo?

—Segun; hay reuniones divertidas, y representaciones muy fastidiosas.

—Indudablemente; pero quiero decir... es cosa muy lisongera ser autor... Será preciso que os comunique un plan... y cuando digo uno, es porque tengo mas de una docena en mi bufete... ¡Oh! ¡los tengo asombrosos!...

—Lo creo.

—Planes de óperas serias, óperas cómicas, vaudevilles, melodramas... ¡Oh! yo compongo de todo... tengo una imaginacion inagotable... ¡y si pudiese disponer de tiempo!...

—Si, siempre falta tiempo a los que no producen nada.

—¿No es así?... Ya os manifestaré eso; pero sobre todo, lo que me agradaría mucho seria tener entrada en el teatro... ¡Ah!... Concurrir a los coliseos, ver a las actrices de cerca... a las bailarinas, que segun dicen, hacen acompasados movimientos al daros las buenas noches.... Eso debe tener sus lances afortunados...

—No tantos como creéis: se habitua uno a los teatros como a las tertulias, y se habla con un turco ó una polaca sin reparar en su traje.

—Es exacto: la costumbre, ya lo concibo; pero dar una pieza, hacerla ensayar y representar...

—Es encantador, delicioso, cuando se obtiene un buen resultado, pero hasta llegar a ese punto, ¡cuántas inquietudes y sinsabores!... en los ensayos jamás se hace nada con exactitud; conversan en vez de declamar, lo cual hace que se repita cuarenta veces lo que se hubiera aprendido en quince: los actores que quieren reformar sus papeles, los directores que quieren arreglar vuestras comedias, las actrices que no están contentas con sus trajes, los bailarines que quieren todos los billetes, y en fin, el público a quien no gusta vuestra pieza, he ahí cual es con frecuencia el resultado de seis semanas de afanes y vigiliass...

—Todo eso lo dice por quitarme el deseo de componer, pensó Robineau. Todos los autores son lo mismo: procuran desanimar a los principiantes. No le daré mis planes; me robaria mis ideas, y en seguida diria que eran suyas.

—Ahora veis las cosas por su lado mas oscuro, caballero Eduardo, porque todavía estais fuertemente afectado con vuestra última caída...

—Os aseguro que no pienso en eso.

—¡Bah! Si a mí me silbasen una pieza estaria de un humor espantoso... Y a propósito, ¿habeis vuelto a ver a vuestra costurerilla? sin duda estará ya reemplazada.

—No, a fé mia; comienzo a cansarme de esas buenas fortunas, en que como dice La Rochefoucauld, hay de todo menos amor. Creo que preferiria un poco de cariño y menos placer.

—Os sucede lo que a mí; yo estoy por el sentimiento, pero un sentimiento puro. He adorado a todas las mugeres que he conocido, hasta a una figuranta del teatro de la Puerta de San Martin, y las mugeres por su parte, me han tratado con singular favor... soy su niño mimado...

—Sois muy dichoso, caballero Robineau; yo quisiera encontrar... yo no sé... pero me parece que una secreta simpatia debe obrar al mismo tiempo sobre dos corazones formados uno para otro...

—Os comprendo; eso es lo que me ha sucedido con mi primera inclinacion, que encontré en el baile del Coliseo; caímos walsando, y los dos a un mismo tiempo... En seguida vi en lo interior la simpatia.

Eduardo dejó escapar una ligera sonrisa, y se acercó a una contradanza en que habia mugeres muy lindas.

—¿Qué tal os parece esa rubita, caballero Robineau?

—Así, así; no tiene nada de extraordinario... hermosa tez... juventud, no saca mucho los pies.

—Sois descontentadizo; pues yo la encuentro muy buena; sus ojos son fascinadores, su compostura llena de gracia; no parece que ha hecho un estudio particular del baile, pero se conoce que la gusta. ¿Y aquella alta que está enfrente?

—No es hermosa... tiene la nariz demasiado larga... los brazos nunca concluyen... está muy mal peinada.

—Pues su fisonomia es muy animada, y sin ser bonita, me parece que esa muger debe agradar. Apostaria a que su conversacion es interesante... ¿y aquella morena gruesa que baila ahora?

—Es un verdadero fardo; se agita como una endemoniada...

—Pero ved cuán ligera es a pesar de estar tan gruesa... ¡qué vivacidad brilla en sus ojos!...

—Bueno, bueno, caballero Eduardo; ¡decís que estais cansado de aventuras y os gustan todas las mugeres!...

—Si estoy cansado de relaciones efímeras, no os he dicho que no quiero amar: por el contrario, procuro enamorarme seriamente.

—Pues lo mismo me sucede á mi, señores, gritó Alfredo que habia oido las últimas palabras de Eduardo, y que se reunió con sus dos amigos; tengo un corazón que colocar... que me lleve el diablo si sé qué he de hacer con él lo menos hace quince días... Sin embargo, aquí se ven mugeres hermosas...

—A fé mia, caballero, dijo Robineau poniéndose erguido, os protesto que veo todas esas damas con la mayor indiferencia... Soy filósofo... además, tengo lo que me hace falta, y me seria difícil encontrar otra cosa mejor.

—¡Ah Robineau!... es necesario que nos la enseñes... es necesario que nos hagas comer con ella...

—Pues que, ¿creeis que es una muger que se mezcla con los hombres?

—Sin duda vas á hacernos creer que es una duquesa.

—Pero escuchad... todavía se podría...

—¡Ah! ¡ah! ¡ah! ¿qué es eso que llevas en los bolsillos Robineau? ¿te has puesto caderas para agradar á tu Dulcinea?

Robineau se ruborizó y se metió las manos en los bolsillos diciendo: son unos papeles que se me ha olvidado sacar del frac.

—Si has bailado con esos bolsillos debes haber hecho un efecto furioso... ¿son también papeles ministeriales?

Robineau se apartó con cólera, y fué á sentarse en un canapé, sin pensar que aplastaba los pasteles, y allí permaneció hasta que se concluyó el baile. Entonces se acercó Alfredo á él diciéndole: subamos á mi cuarto, y vamos á concluir la noche en la mesa con algunos amigos fieles. ¿Quiéres ser de los nuestros?

—Si por cierto.

—Pues entonces, decidete á dejar el canapé, en donde parece que estás clavado como un bajá...

Robineau siguió á Alfredo: la habitación del joven Marcey estaba encima de la de su padre, y en ella se hallaba reunido cuanto puede inventar el lujo, la elegancia y la variedad; era una mansion que podia envidiar una hermosa.

Cuatro jóvenes tan locos y aturdidos como el dueño de aquella estancia, no tardaron en presentarse á invitación de su amigo: Eduardo y Robineau completaron la reunión.

—Señores, dijo Alfredo asiendo de la mano á Robineau, os presento un antiguo compañero de colegio, buen muchacho, aunque un poco irascible cuando se le habla de sus conquistas y trabajos. No hagais caso de lo abultado de sus bolsillos... cree que eso le agracia. Está un poco incomodado porque ha perdido su dinero al ecarté: pero vamos á achisparle, y se pondrá encantador.

Todos los jóvenes se echaron á reir, y Robineau hizo otro tanto diciendo:

—Ese Alfredo es un demonio... siempre tan alegre... pero en cuanto á achisparme os desafío, caballeros; tengo una cabeza muy sólida y jamás se me ha turbado.

—Alfredo, tu habitación es deliciosa, y se halla adornada con mucho gusto... está encantadora, dijo uno de los jóvenes paseándose por ella.

—Si está bien, señores míos, tanto mejor... pero yo no me mezclo en nada de eso; mi padre es quien vela en lo que me concierne, y últimamente ha hecho renovar todos mis muebles porque le parecia que no eran bastante elegantes; yo le dejo obrar.

—Es preciso convenir, Alfredo, en que tienes un padre muy amable.

—En cuanto á eso, señores, le hago justicia... su bondad es tal, que algunas veces tengo intenciones de reprehenderle por su estremada indulgencia para conmigo. Si contraigo deudas las paga; si quiero dinero, me lo dá, y si manifiesto temor de que mis locuras le incomoden, me abraza diciéndome:—Eres joven y es necesario que te diviertas, sé feliz, amigo mio, eso es cuanto deseo.

Así, pues, os juro que su bondad es tal, que muchas veces cuando voy á cometer alguna estravagancia me sue- lo contener, porque no tengo nada oculto para mi padre, y me desconsolaria el hacer algo que le apesadumbrase. Si, señores, su indulgencia me hará prudente, cuando si me contrariase, si fuese severo para mí, haria cien veces mas locuras.

—En fin, ambos os amais con ternura, dijo Eduardo, y me parece que siempre es bueno tener á un padre por amigo.

—Mi padre me amaba también, dijo Robineau; sin embargo, un dia me rompió el baston en las espaldas porque perdi un pañuelo... mi padre tenia mucho orden, pero me amaba tiernamente...

—¡A la mesa!... ¡a la mesa!... señores, y digamos tonterias... Despues de una reunion en que ha habido que contenerse, es muy agradable el hallarse á sus anchas.

Sentáronse á la mesa y acometieron á varias aves y un jamon cocido con zumo de grosella: los que habian bailado mucho tenian buen apetito; los demas siguieron su ejemplo, y Robineau se olvidó de que se habia atracado de pasteles, para engullir el azucarado jamon que le pareció delicioso: el Burdeos y otros vinos circulaban con abundancia, la conversacion se fué animando, y segun aumentaban las libaciones crecian las carcajadas: cada uno quiso regalar á sus amigos con una historieta ó una aventura galante: el capítulo de las mugeres era interminable, y los hombres siempre volvian á él con gusto, porque no hay ninguno á quien no escite agradables recuerdos.

—Señores, dijo un joven que parecia ser un calavera, hay una verdad incontestable, y es, que para ser querido de las mugeres, es preciso no amar á ninguna.

—Como por ejemplo...

—Apelo á Alfredo... Di, ¿no tengo razon?

—Me parece que pienso lo contrario á fé mia, porque soy muy afortunado con las hermosas, y sin embargo, las quiero á todas.

—Pues bien, si las quieres á todas, no amas á ninguna; siempre venimos á parar á lo que yo digo.

—Caballeros, añadió Eduardo, seria una fatalidad creer que un sentimiento profundo no puede tener correspondencia, y que en el momento en que estuviésemos verdaderamente enamorados, ya no nos querrian.

—Cuando uno está enamorado pierde todas sus ventajas, y es un animal destinado á ser despedazado con la cuchilla.

—Es cierto, dijo Robineau, se vuelve uno un animal.

—Aquella de quien estamos enamorados no nos conceptua de ese modo, cuando participa de nuestro amor.

—Eduardo tiene razon, dijo Robineau bebiéndose un vaso de vino; cuando participan de nuestro amor, ¡oh!... entonces es otra cosa... es muy diferente...

—Pero cuando no le comparten, replicó uno de los jóvenes, se burlan de nosotros y se rien de nuestros suspiros: nos volvemos verdaderos simples, y no lo conocemos.

—Ni aun lo sospechamos, dijo Robineau volviendo á llenar su vaso, y eso es lo mas gracioso.

—Señores, replicó Eduardo, una muger que se burla de un hombre porque está verdaderamente enamorado de ella es una coqueta, y me parece que esta clase abunda mucho en el mundo. ¿Cuántos corazones amantes y sensibles hay prontos á responder á nuestro amor? ¿Cuántas mugeres que no han podido evitar amar en secreto á un mal sugeto, y que ponen todo su esmero en ocultar lo que sienten?

—Innumerables, dijo Robineau.

—Coquetas ó sentimentales, sencillas ó embaucadoras, son encantadoras, dijo Alfredo, escepto cuando corren detras de nosotros, nos siguen y hacen espiar todas nuestras acciones.

—Quita allá... una muger que nos sigue es un horror... es de muy mal género.... ¡pero ya no se ven de estas!...

—¡Todavía se ven algunas veces!...

—Yo, señores, dijo Robineau, que quería siempre hablar aunque su lengua comenzaba á entorpecerse, cuando una muger me sigue... y lo descubro... porque cuando no lo veo cierro los ojos, cuando me sigue la digo: Querida amiga, me seguís y eso no me conviene... cuando quiera estar con vos... os lo diré... pero si quiero hablar á otra... no necesito vuestra presencia para hacer el galante... por el contrario, eso paraliza mis medios...

—¡Bravo, bravo! dijeron los jóvenes, eso es hablar como un Ciceron

—Caballeros, ahora Champaña, dijo Alfredo.

—Venga el Champaña...

—Sí, Champaña, gritó Robineau, y desafío á quien beba mas... yo jamás me achispo.

Destaparon las botellas, bebieron el liquido que contenían, y todos comenzaron á hablar á un mismo tiempo figurándose que eran escuchados. Pero en medio del ruido y la algazara, Robineau consiguió hacerse oír, porque gritaba mas que todos juntos, y cuanto mas se aturdió, mas quería razonar para probar que no se le subía el vino á la cabeza.

—Mi querido amigo, dijo dirigiéndose á Alfredo, tú no sabes que poseo el secreto de tus amores, de tus conquistas... es decir, una rubia pequeñita, viuda... no quiero decir su nombre porque es preciso tener discrecion... pero parece que tú la obsequiabas con ahinco... y que la susodicha Mad. de Gerville ha querido poner á prueba tu constancia...

—¡Mad. de Gerville!... ¿cómo sabes tú eso?... ¿cómo conoces á esa señora?...

—Yo no te he dicho que era Mad. de Gerville: no la he nombrado... ¿no es así, señores?...

—No, no, dijeron los jóvenes riéndose... es muy prudente... se conoce que no se achispa jamás...

—Yo, señores, dijo Robineau llevándose á los labios un vaso de Champaña; trago esto como si fuese leche... tengo una cabeza de hierro... Es igual, Alfredo, la viudita dice que eres un monstruo... un pérfido... parece que la gustabas de veras.

—Ignoro si agradaba á Mad. Gerville, pero confieso que estaba enamorado de ella, hasta el punto de creer por un momento que era con formalidad. Jenny es alegre, amable y de talento... pero un día encontré en su casa á una tal Clara... ignoraba que fuese su amiga; las mugeres se ven todos los días y no se aman. Esa Clara es tambien muy linda, y la dije que era encantadora; nada mas natural: pero parece que se lo refirió á madama de Gerville, y que ésta se incomodó. Poco me importa: vaya con mil demonios la constancia. Yo no conozco mas que el placer... Bebamos... á la salud de las hermosas...

—Señores, es necesario que viva todo el mundo, dijo Eduardo; á la salud de las mugeres en general...

—Sí, dijo Robineau alargando su vaso para brindar; á su salud en general... en particular... porque yo tengo una particular... ¡ah! ¡ah! ¡ah!... y una firme y completa... la virtud misma... con un aire socarron... y con mucha moralidad... disfrazado todo en una comerciante de modas...

—¡Ah! ¡ah! ¿con que la duquesa no es mas que una modista?... dijo Alfredo, ¿y no la querías convidar á comer con nosotros?

—Y bien, señores, ¿eso qué importa? ¿qué tiene que ver el rango con la hermosura?

—Tiene razon: ¿no se ha visto casarse reyes con pastoras? Los antiguos eran menos orgullosos que nosotros. El hijo del rey de Siche, ¿no se casó con Dina, hija del pastor Jacob? Un Faraon de Egipto, ¿no se enamoró de Sara, hermana de un pastor?

—Pues entonces... ¡vivan las grisetas!... no conozco otras que sepan mezclar la ternura con el baile... para zurciros los pantalones cuando se rompen... para calentarnos vuestro desayuno por la mañana y encenderos luz por la noche... Pero suplicad á una dama, á una elegan-

te como las que he visto esta noche, que os cosa un boton, ó que os componga un tirante... vereis que bien recibido sois... Vivan las grisetas... yo no salgo de ahí.

—¡Vivan! repitieron los jóvenes riéndose, é hicieron beber otra vez á Robineau, porque ya comenzaba á no saber lo que decia, y eso divertia mucho á aquellos señores, especialmente á Alfredo, que no le desagradaba oírle desmentir bebiendo, lo que habia dicho en su estado normal. Los embusteros no deberian achisparse nunca. El proverbio, *in vino veritas*, es muy exacto. ¡A cuántas personas haria el vino decir tonterias si no fuesen sóbrias!... Cuántas confesiones indiscretas y picarescas se oirían si... pero las señoras no se achispan nunca!

—Parece, Robineau, que tienes por querida una modista muy linda, dijo Alfredo volviendo á llenar el vaso de su amigo.

—¡Oh! sí, linda, señores... es decir, su figura no es un modelo de perfecciones... tiene algunos defectos en los contornos... pero el talle... si estuviese aquí, haria que se subiese sobre la mesa para que la admiráseis. En fin, es Fina... y con eso está dicho todo.

—¡Ah! ¿con que se llama Fina?

—Sí, señores. Es encantadora... un verdadero dragon, que jamás ha resistido un vasito cuando la acomoda. Sin embargo...

—¿Y tú la agradaste inmediatamente?

—Al instante... es decir, me ha costado algunos pasos y dinero, porque es aficionada á la música y las diversiones. Pero, en fin, es igual: á su salud, señores.

—A la salud de Fina, repitieron los jóvenes. Aquel brindis enterneció á Robineau, que quiso sacar el pañuelo para enjugarse los ojos, pero al extraerle del bolsillo, esparció por el suelo y sobre la mesa, los pasteles aplastados como galletas. Los jóvenes se reían á carcajadas, y Alfredo vació el otro bolsillo de Robineau, gritando: Señores, vean vds. un hombre previsor, habia colocado en su bolsillo un postre completo.

—Era para mi canario, balbuceó Robineau, que al ver los pastelillos enmudeció por un momento, es decir, para el canario de Fina... *besad pronto* como un estornino. Ademas ya comprendereis que no era mas que una chanza, una apuesta. Esto me importa un bledo; lo que siento considerablemente es la pérdida de mis veinte y un francos, pero...

—Creia que habias perdido mas de cien escudos, dijo Alfredo.

—¡Cien escudos un empleado con mil quinientos francos!... eso equivaldria á la paga de mas de dos meses.

—Te equivocas, te dan cien luises y vas á tener ascenso.

—¡Cien luises!... dejadme tranquilo... y en cuanto al ascenso, mi jefe, que es para mí la lluvia y el buen tiempo, me dijo ayer mañana, que si no escribia mejor se veria obligado á destituirme... ¿Qué le importa eso á él, que no hace mas que patas de mosca y gana seis mil francos?... Me parece que deberia escribir mejor que yo... Pues bien, señores, no vale mucho mas lo que hace: ¿pero no bebeis?... estaba seguro de que os venceria á todos.

Los jóvenes comenzaban en efecto á bostezar: en vano procuró Alfredo reanimar á sus compañeros; el sueño se iba apoderando tambien de él. Los jóvenes tomaron sus sombreros, y se despidieron aparentando que sus piernas estaban firmes.

Ya era muy de día, y los obreros circulaban por las calles para dirigirse á su trabajo: los aldeanos volvian del mercado en donde habian vendido sus hortalizas y regresaban á sus casas. Los frescos rostros del labrador y del obrero, contrastaban con los pálidos semblantes de nuestros jóvenes aturdidos; pero tambien los unos habian dormido, mientras los otros habian velado, y estos últimos iban á buscar el reposo, cuando aquellos se disponian á trabajar.

Robineau salió de casa de su amigo con los demas jóvenes. Cuando se encontró solo en la calle, le costó mu-

cho trabajo saber donde estaba; le pareció que los edificios mudaban de sitio y que la tierra se movía debajo de sus pies. Miraba despavorido á cuantos pasaban junto



Robineau en el baile de casa de Mr. de Marcey - Pág. 11.

á él, y sin duda tenía algo raro en su figura ó en su traje, porque al verle se reían. Sin embargo, deseando hacerse superior á lo que conceptuaba un aturdimiento, Robineau se caló el sombrero hasta los ojos, y procurando afirmarse en sus pies, marchó á paso redoblado hácia su casa, á donde llegó sin pararse un instante y casi sin aliento.

La primera persona á quien Robineau encontró en la escalera, fué á Fifina que iba por leche para desayunarse.

—¿Cómo!... dijo á Robineau que no acertaba á introducir la llave en la cerradura, ¿vuelveis solo?

—Sí, querida amiga, ahora se ha concluido la reunion.

—¿La reunion?... pues si ya hace mucho tiempo que es de día... ya han dado las seis... Y bien, ¿qué andais ahí trasteando en vuestra puerta?...

—No sé lo que tiene la llave, Fifina, pero no quiere entrar de modo alguno.

—Dádmela, que yo sabré abrir.

—Fifina abrió la puerta, y mirando con mas atencion á Robineau exclamó: ¡Dios mio! ¡qué cara traeis!... los ojos parece que van á saltar de sus órbitas.

—Querida amiga, no sé lo que tengo... pero lo cierto es que no me siento bueno.

—Ya veo lo que teneis... me parece que...

Robineau se dejó caer en una silla en donde exhaló profundos suspiros: Fifina le siguió y le miró encogiéndose de hombros. En fin, viendo que nada decia y que continuaba suspirando, dijo:

—¿Cuándo acabareis de sollozar?... he ahí un baile de que vuelveis muy alegre.

—Fifina, me parece una cosa bien fútil el baile. Esas grandes reuniones... el esmero con que hay que vestirse, todo contribuye al fastidio. ¡Ay! mejor hubiera hecho en guardar mi dinero para ir contigo...

—Ya veo, caballero, que habeis perdido vuestro dinero al ecarté, y...

—Si, mi tierna amiga, lo he perdido todo, ya no tengo nada.

—Quisiera que todos los jugadores de ecarté tuviesen ictericia, y vos tambien.

—Yo no sé si la tengo, pero mi corazon no se halla bueno.

—Ya lo creo, me parece que vuestra pesadumbre no os ha impedido comer y beber.

—Te aseguro que no he tomado casi nada, aunque la cena era opipara.

—¿Y me habeis traído algo?

—Me llené los bolsillos... pero no sé como ha sido, ya no tengo nada en ellos.

—Ya lo comprendo... sois muy amable...

—Fifina, si me reprendes, voy á ponerme peor.

—Es decir que lo que os ahoga es la cena... es por cierto muy gracioso que un amante como vos, que va á divertirse con los demas, vuelva con una indigestion...

—Fifina, te suplico que no me abandones.

—Ahora es preciso cuidarle, vamos, estaos ahí... tranquilizaos... voy á hacer té.

—¡Ah! sí, házme té; no quiero beber otra cosa.

La jóven modista bajó rápidamente la escalera, y fué á buscar todo lo que hacia falta á Robineau que tenía una indigestion complicada. Pero Fifina era muy lista y diestra: en un instante encendió lumbre, calentó agua y dió té al enfermo. Merced á sus cuidados se sintió aliviado al cabo de algun tiempo, y á cada taza de té que la jóven le presentaba decia: ¡Ah! Fifina, me acordaré de tus cuidados... solo volveré á gastar mi dinero contigo; quisiera poderte ofrecer una corona, y aun creeria que no pagaba tu cariño... Ya no iré á las grandes reuniones... el gran mundo solo será mi habitacion... ¡una choza contigo, he ahí la felicidad!

CAPITULO IV.

Fortuna inesperada.—Paseo á caballo.—Efectos del dinero.

Ocho dias habian transcurrido desde el baile dado en



El baron de Marcey.

casa de Mr. de Marcey. El baron habia marchado de Paris al dia siguiente del festin para ver una de sus posesiones, distante algunas leguas de la capital. Solia au-

sentarse con frecuencia para ir á casa de sus amigos, á recorrer sus propiedades, y á veces también únicamente con objeto de distraerse; pero sus ausencias nunca se prolongaban por lo regular mas que una docena de dias. Cuando Mr. de Marcey emprendia aquellos cortos viages, rara vez le acompañaba su hijo. Alfredo, por su parte, hacia cuanto se le antojaba: se iba á donde queria, permanecia en la capital ó marchaba al campo, sin que el baron lo incomodase en nada.

Alfredo estaba en su casa engalanándose, ocupacion muy importante para un elegante, pero lo hacia con indolencia, porque en aquel momento no tenia nadie á quien agradar. Visitaba de cuando en cuando á Mad. de Gerville, porque la vívaracha Jenny le gustaba mucho; pero á ella le disgustaba que Clara le hubiera parecido hermosa, y de que se lo hubiese dicho; pero Alfredo que no concebía que pudiera incomodarse por una cosa tan natural, no habia hecho nada por aplacar el despecho de Jenny, y segun se iba vistiendo decia: las exigencias de las mugeres son desmedidas... quisieran que solo nos pareciese bonita nada mas que á la que damos el brazo... ó lo que es lo mismo, quieren que nos parezcan hermosas las que son feas... con las feas tienen las señoras mucha consideracion, y se obstinan en asegurarnos que están bien, diciéndonos: sois muy descontentadizos, esa muger no parece tan mal: pero cuando nosotros decimos: he ahí una muger encantadora, esclaman: ¡Dios mio!... ¿en dónde teneis los ojos? creía que teniais mejor gusto... ¿qué encontrais bueno en esa muger? Por Dios, señoras, acordaos que nadie puede ser buen juez en causa propia. Direis cuanto querais, pero los hombres sabrán descubrir siempre en una muger lo que esparce en ella cierta gracia, aun cuando no encontréis en ella mas que una figura ordinaria: y por la misma razon debeis hacer mas justicia á los hombres que nosotros.

Alfredo fué interrumpido en sus reflexiones por un

zoz con tanta viveza que derribó en el pavimento un elegante palanganero en que se lavaba Alfredo.

—¡Querido amigo!... amigo mio... gritó Robineau, cu-



Vuestro tio os ha dejado todos sus bienes, que ascienden á cerca de quinientos mil francos.—Pag. 18.

yo semblante se hallaba desfigurado: estoy contentísimo... abrázame... no, á mi me toca abrazarte... ¿no sabes?... ¿no presumes?...

—Lo que sé es que entras como un loco, y que acabas de romperme una hermosa cofaina del mejor gusto, comprada en casa de Jacob.

—Amigo mio, eso importa poco, te daré otra igual, dos, tres, si quieres... te daré cuanto te agrade...

Alfredo examinó á Robineau y procuró leer en sus ojos; éste procuró calmarse un poco y hacerse comprender.

—Mi querido Alfredo, mi júbilo y mi turbacion te parecen extraordinarios, lo concibo muy bien... el mismo efecto ha producido en mí... y hay momentos en que me parece que sueño... pero, á Dios gracias, no es un sueño... cuando me separé de tí hace ocho dias despues del baile, ¿qué era yo?...

—A fé mia estabas achispado.

—No es eso lo que quiero decir... no era entonces mas que un simple empleado con mil quinientos francos....

—¿Y ahora, eres gefe de mesa?

—Mas que eso, amigo mio; he enviado á pasear la oficina, y sus dependencias con mil demonios... tengo veinte y cinco mil francos de renta.

—¿Veinte y cinco mil?

—Si, amigo mio; si, yo Julio Raoul Robineau... voy á tener carruaje... soy casi tan rico como tú... y aunque no tanto, eso puede llegar... cuando se está en camino de prosperidad... la fortuna... si... aguarda que me siente... no puedo mas... Desde que tengo veinte y cinco mil libras de renta siento palpitaciones... hay momentos en que no puedo respirar...

Robineau se dejó caer en un canapé, sacó el pañuelo, se limpió el rostro, se aflojó el pantalon y el chaleco para respirar con mas facilidad, y en fin, se fué poniendo completamente á su gusto: el dinero habia hecho ya



Indigestion de Robineau despues del baile.—Pag. 16.

gran ruido que se oyó en el salon, y casi al mismo tiempo abrieron bruscamente la puerta de su gabinete, y entrando Robineau como una bomba, se arrojó en sus bra-

su efecto, y no era el modesto empleado que repetía cortesmente los saludos, antes de atreverse á tomar una silla en casa de su amigo el baron de Marcey. La fortuna desde largo tiempo procura hacer pruebas para variar los ánimos, los caracteres, las personas, y las maneras, pero probablemente las lecciones de lo pasado serán pérdidas para el porvenir, porque los hombres no valdrán mañana mas de lo que valen hoy, y así sucesivamente.

Alfredo que pensaba que las veinte y cinco mil libras de rentas de su amigo no debían impedirle el asearse, continuó la operacion de vestirse tan bruscamente suspendida, y aguardaba tranquilamente que Robineau se explicase con mas claridad. En fin, éste, despues de colocar uno de los pies sobre un taburete, y de mirar si habia cerca alguna otra silla en que apoyar el otro, volvió á tomar la palabra.

—Amigo mio, ya me habrás oido decir en otro tiempo, que tenia un tio que habia marchado muy jóven á las Indias...

—¡Ah! sí. Jamás habias tenido noticias tuyas, y ahora vuelve inmensamente rico... así sucede en los vaudevilles...

—No se trata ahora de vaudevilles. Ese tio, hermano de mi padre, marchó efectivamente... Mis queridos padres no volvieron á oír hablar mas de él... Murieron sin dejarme otra cosa que una educacion, que me atreveré á decir bastante...

—Adelante, adelante; he estado en el colegio contigo, y sé que era preciso que otro te hiciese las *traducciones y composiciones*, pero en fin...

—Dejemos ahora el latin. Amigo mio, ayer al volver de la oficina, encontré en casa una carta: la abrí, y vi que era de un notario que me invitaba á que pasase inmediatamente á su oficio ó escribania, provisto de varios documentos, mi partida de bautismo, etc. No sabia que debía augurar de la carta de un escribano; sin embargo acudí sin dilacion á donde me indicaban. El escribano me preguntó si tenia parientes, y algunos otros pormenores acerca de mi familia, y en fin, querido Alfredo, cuando satisface á todas sus preguntas, y probé bien y cumplidamente que era Julio Raoul Robineau, hijo de Benito Esteban Robineau y de Cecilia Desboulloir, me dijo sin rodeos:

—Caballero, vuestro tio Graciano Robineau, acaba de morir en el Havre en donde acababa de desembarcar: habia reducido á metálico todos sus bienes, é iba á concluir sus días en Paris, cuando la muerte que habia arrostrado cien veces en remotos climas, le ha sorprendido en el puerto. Vuestro tio os ha instituido heredero de todos sus bienes que ascienden á cerca de quinientos mil francos.

—Quinientos mil francos...

—¡Ah, amigo mio!... Juzga cual seria mi sorpresa, mi pasmo... me puse malo, y el escribano tuvo que darme á oler vinagre, y...

—¡Cómo!... tú Robineau, un filósofo, un jóven que miraba con desprecio las riquezas, ¿te pusiste malo al saber que habias heredado?...

—Escuchame, amigo mio; es cierto que suele ser uno filósofo... es lo mejor que puede hacer cuando se ve obligado á vivir con privaciones... pero tambien tiene uno corazon, y es sensible... y quinientos mil francos... Al pronto creí que formaban un millon de renta, pero sin embargo, haciendo cálculos, vi que al cinco por ciento solo producian veinte y cinco mil francos... Con todo, cuando uno no es bobo y sabe manejarse, puede hacer producir á su dinero el seis, el ocho ó el diez. ¿No es así, amigo mio?

—Mi querido Robineau, yo sé muy bien como se gasta el dinero, pero ignoro absolutamente como se le hace producir.

—Es cierto... tú no has sido empleado en el tesoro...

—Pero puedo darte un consejo saludable, y es que niviertas sólidamente tus fondos en rentas ó en propie-

dades. Me parece que cuando se ha vivido con mil quinientos francos, se puede estar contento con veinte mil libras de renta... porque vale mas tener eso bien asegurado, que esponerlo todo á las eventualidades de los negocios. Este es mi parecer, querido Robineau, puede uno muy bien ser aturdido para sí, y previsior para los demas: así pues obrarás con cordura en...

Robineau, á quien el final del discurso de Alfredo parecia impacientar, se habia levantado y se paseaba agitadamente por la habitacion, y por último, interrumpió á Alfredo diciéndole:

—¡Bueno!... ¡bueno!... te doy gracias por tus consejos... pero me lisonjeo de que sabré manejar mi fortuna tan bien como cualquiera otro... Dejemos eso, y ocupémonos únicamente en placeres y fiestas... me parece que para el rico la vida debe ser un torrente de delicias y goces... Concluye de vestirme y vámonos á almorzar... Te convido al café Inglés... al de la Bolsa... á casa de Very... á donde quieras...

—Mi querido Robineau, llegas demasiado tarde, ya me he desayunado.

—¿Y eso qué importa?... volverás á repetir.

—No por cierto; ¿crees tú que por que uno sea rico puede comer á cada instante sin que le haga daño?

—¡Diablo!... ¿es eso perjudicial?... pues yo he tomado ya café y té, y quiero almorzar, que es de mejor género... ¡Ah! en cuanto al género seguiré tus consejos... Sé que sigues las modas... yo quiero imitarte y con todo rigor... veinte y cinco mil libras de renta... Concibes mi felicidad...

—Me alegro en el alma, porque en el fondo eres un buen muchacho...

—¡Ah! ¡si supiéseis cuántos proyectos formó en mi cabeza!... quiero hacer tantas cosas que no sé por donde comenzar... Pero te suplico que vengas á almorzar... me acompañarás aunque no comas...

Iban á salir los dos jóvenes, cuando entró Eduardo en casa de Alfredo. Robineau no le dejó tiempo para dar los buenos días á su amigo, se arrojó á su cuello, le estrechó entre sus brazos, y le participó la mudanza que se habia efectuado en su fortuna. Eduardo le felicitó tranquilamente, y Robineau no comprendia que aquella noticia no le causase mas efecto. Le parecia que cuantos le rodeaban debían participar de su delirio, al saber que tenia veinte y cinco mil libras de renta.

—Venia á que me dieras de almorzar, dijo Eduardo á Alfredo.

Sin dejarle tiempo para contestar, Robineau asió del brazo á Eduardo, diciéndole:

—Ven con nosotros, almorzaremos juntos... si teneis tiempo, comeremos tambien, y en la mesa os contaré mis ideas y mis planes... Mirad un frac que compré hecho ayer tarde... tenia deseos de uno nuevo... ¿no me está mal, eh?... bajemos y vereis mi cabriolé...

—¡Cómo!... ¿has comprado ya cabriolé y caballos?...

—No; le he alquilado hasta que pueda comprar uno: necesito otra habitacion, porque no puedo colocarle en un piso cuarto: voy á buscar una con cuadra y cochera... ¡Dios mio!... cuántas cosas tengo que hacer... no creia que la fortuna diese tantas ocupaciones.

Alfredo y Eduardo se miraron y sonrieron, y por último siguieron á Robineau que no podia estarse quieto, y corria por la habitacion, dando resoplidos como un búfalo.

Al bajar la escalera Robineau se adelantó, y mandó en voz alta á su lacayo que subiese detras del cabriolé.

—Vamos á derengar tu caballo, dijo Alfredo; podia mandar poner mi cabriolé para mi y Eduardo.

—No, no, contestó Robineau, quiero que vayamos juntos... mi caballo es vigoroso... y ademas, sino es bueno, mañana haré que me den otro. ¡Oh! yo me hago servir muy bien... Francisco, subid detras: yo guiaré.

Subieron en el cabriolé de Robineau que se colocó en medio, empuñó las riendas y quiso guiar, porque estaba persuadido de que el que está rico lo sabe todo. Co-

menzó á dar fuertes latigazos y á atormentar á su caballo que á cada momento rozaba con las aceras y los pasajeros, y mientras sus dos compañeros se reían de la mala maña que se daba para guiar, enganchó su rueda en la de un coche de alquiler, para apartarse de una carreta.

El cochero juraba y decia que era neceserio ser muy torpe para haberse ido á meter entre su rueda; Robineau juraba tambien que no era culpa suya, pero sus juramentos no eran suficientes para sacarle del atolladero, y viendo que jamás saldria de él, dió las riendas á Alfredo, diciéndole:

—Amigo mio, házme el favor de guiar, porque yo estoy tan preocupado en mis negocios, que puedo tal vez equivocarme el camino.

Gracias á Alfredo se desenredaron del coche, y llegaron sin tropiezo al Palacio Real. Fueron á la fonda de Beauvilliers, y Robineau pidió todo lo mas caro, y si sus compañeros no le hubiesen detenido, habria hecho servir un almuerzo para veinte personas, y dicho á voz en grito que tenia veinte y cinco mil libras de renta.

—A propósito, dijo Alfredo, ¿y Fifina?... ya no nos hablas de ella... debe estar muy contenta con lo que te sucede.

—¿Fifina?... contestó Robineau con aire distraido, no he tenido aun tiempo de verla desde que fui á casa de mi notario... ¡Mi notario!... qué bien suena esta expresion, señores...

—Pues qué, caballero Robineau, dijo Eduardo, ¿no habeis participado todavia vuestra ventura, á la que os era tan querida hace ocho dias?... Pensad que cuando una muger nos ha amado por nosotros mismos, debemos estarla reconocidos, y es el modo de que se resienta menos de lo que os ha ocurrido.

—Tiene razon Eduardo, dijo Alfredo, y me parece que cuando se ha logrado la dicha de encontrar una muger prudente, sensible y fiel, cuanto se haga por ella es poco.

—Señores, señores, replicó Robineau saboreando la pechuga de un ave, hablais á vuestro gusto... ¿quereis que haga esposa mia á Mad. Fifina?... eso estaria gracioso....

—Sabemos muy bien que no te casarás con ella, pero...

—Pero yo no puedo conservar por querida á esa modista... convendreis en que cuando se tiene cierta fortuna se puede aspirar á otra clase... á la distinguida... y luego, señores, acá para entre nosotros, la señorita Fifina no es de una virtud irreprehensible... ha faltado á ella; muchas veces he observado... ya me entendeis... pero aparentaba que no veia nada porque no estaba enamorado... ademas tiene un carácter violento... mala cabeza... es una verdadera harpia... A mi me gustan las mugeres apacibles... estaba acostumbrado á su figura, pero lo cierto es, que nada tiene de bonita: únicamente algun descaro... he ahí todo su mérito.

—Pues ahora no nos querrás decir que es mal hecha, porque la otra noche nos asegurabas que era una Venus...

—Sí... graciosa Venus... que me hacia gastar mi dinero, ó por lo menos las dos terceras partes de mi sueldo...

—¿Cómo!... ¿una muger que te amaba por tí solo?...

—Sí, me amaba; pero eso no la impedía el ser glotona y golosa como una gata. Por lo demas, señores, no trato de ofenderla ni hablar mal de ella: la compraré alguna cosa... soy demasiado generoso para... Pero dejemos ya á Fifina, y tratemos de mis proyectos... mis queridos amigos, ¿sabeis que idea bulle en mi cabeza...? pues bien, es la de un palacio...

—Un palacio, dijo Alfredo, pobre Robineau, ¿estás loco? Si compras un palacio no te quedará nada para sostenerte.

—¡Bueno!... ¡bueno!... yo sé calcular... hay palacios y palacios... ¿pues qué no puedo yo comprar en cien mil francos una buena posesion con su casa ó llámese

quinta... construida por el estilo antiguo?... Mi notario me ha asegurado que no seria difícil me la buscase, y entonces, queridos amigos, puedo tomar el nombre de ella... Esto lo vemos todos los dias... y, entre nosotros, cuando se tienen veinte y cinco mil libras de renta, el nombre de Robineau es bien feo...

—¿Cómo... caballero Robineau, dijo Eduardo, vos á quien los acontecimientos deberian encontrar invariable... vos que me recordabais con vuestros discursos á *Sócrates y Cincinato*?...

—Amigos míos, ya os lo he dicho; tengo mis proyectos, veo desde muy lejos... Compró una quinta ó una posesion, porque eso me importa poco, y tomo su nombre. Me ennoblezco, encuentro una rica heredera, me presento, la gusto, y me caso con ella, ¿eh?... me parece que en esto no hay necedad: sino me llamo mas que Robineau, jamás podré enlazarme con una familia distinguida. ¡Dios mio!... querido tío Graciano, ¡qué buen uso voy á hacer de vuestras riquezas!

—Y quieres comenzar por no llevar su nombre...

—Ya ves que es por cálculo. Está decidido, compro una posesion y tendré aldeanos y vasallos que me llamarán señor.

—No te lo llamarán, pobre Robineau, porque en el dia, el que posee prados, casas y granjas, no es dueño de disponer á su arbitrio de las buenas gentes que labran sus tierras, y ya no se conocen los derechos de pernada, sello, prelibacion y otras lindezas, que hacian la suerte de los vasallos peor que la de las bestias de carga, y envilecian la humanidad, abatiendo al hombre ante un semejante suyo: porque ahora se aprecia á un amo bondadoso, y nadie tiembla ante un señor altanero y disoluto; porque todos los hombres se hallan bajo la proteccion de las leyes, que prescriben la obediencia y no la humillacion: y en fin, porque ya no hay siervos mas que en Rusia, á donde te aconsejo vayas á comprar tu palacio si quieres que te llamen señor. Pero creo, en verdad, que si te dejasen hacer, Robineau, te convertirias en uno de esos tiranuelos antiguos, ó al menos, un señor lobo como el de la *Caperuza encarnada*.

—Oid, caballeros, era un derecho precioso el que permitia al señor dormir la primera noche con las recién casadas... pero en fin, yo daré dotes para que se casen, y viene á ser lo mismo.

—Hasta que hagas eso, paga la lista y vámonos.

—¿Ya?

—Pues que ¿quieres pasar la vida con los fondistas?

—No, indudablemente; pero, señores, no son mas que las doce y media... ¿en qué se pasa el dia cuando se llega á ser rico?...

—En sus negocios cuando los hay... y en divertirse cuando se presenta la ocasion... lo cual no ocurre siempre...

—Amigos míos, hoy no os dejo; os llevaré á donde querais... á el teatro Italiano... justamente hoy es dia de funcion... pero no es por la mañana... es el espectáculo de las gentes ricas, y no frecuentaré otro.

—Eduardo y yo vamos á montar á caballo, dijo Alfredo, y á dar un paseo por el bosque de Boloña.

—Montar á caballo, gritó Robineau, ¡diablo!... pero soy aficionado... voy con vosotros.

—¿Sabes sostenerte?

—Tranquilízate; ¡seria gracioso que un hombre que tiene veinte y cinco mil libras de renta no supiese sostenerse en el caballo!

—En ese caso ven con nosotros, te prestaré una yegua que tiene el trote muy suave.

—La llevaré al galope... amigos míos, todavia una palabra antes de salir... ¿quereis hacerme un favor?...

—¿Cuál es?

—En adelante no me llameis Robineau, llamadme únicamente por mi nombre de pila: Julio, es mas distinguido... suena mejor...

—Os llamaré si os place el caballero marqués Julio, dijo Eduardo riéndose.

—En cuanto á mi, dijo Alfredo, te llamaré como me se ocurra.

—Procura que no sea mas que Julio; te lo suplico...

Volvieron á casa de Alfredo á pie, porque á pesar de las instancias de Robineau, los dos amigos no estaban en ánimo de ahogarse en su cabriolé. El rico nuevo, se decidió á despedir su carruaje, y fué á pie con sus amigos, pero por el camino se daba una importancia que hacia reír mucho á los que le acompañaban. No se dignaba dirigir una mirada á la multitud, ni se quitaba el sombrero á nadie: le parecia que cuantos transitaban por la calle debían dejarle libre el paso, pero no era así; y como su aire de fatuidad prevenia bien poco en su favor, no solo no se apartaban, sino que le tropezaban, y Robineau recibió tantos empujones que por último tuvo que atravesar por entre la multitud diciendo: —¡Es muy necio ir á pie teniendo carruages!... mientras Alfredo y Eduardo se decían en voz baja: ¿has visto mentecato como ese?...

Llegaron á casa de Marcey. Los dos amigos estuvieron bien pronto en la silla, y German, criado de Alfredo, presentó á Robineau una hermosa yegua que pateaba y manifestaba su noble ardor. Robineau comenzó á fruncir el entrecejo, y dar vueltas al derredor del animal diciendo:

—Me parece que este caballo no ha de ser dócil.

—Por el contrario, es el mas manso que puede verse: es un caballo de señora.

—Entonces venga; pero ¿por qué dá con la mano en las losas?

—Porque está impaciente por correr.

—¡Diablo! está impaciente... va á desbocarse... no quiero ir como un loco.

—No tengas cuidado. ¿No sabes montar?

—Si tal, si tal; pero cuando uno concluye de almorzar es necesario ir despacio. Es un principio...

—Si no quieres venir puedes hacerlo... nosotros nos iremos solos.

—No por Dios... soy de los vuestros... ya vereis mi gracia, mi soltura...

—Pues entonces, monta.

—¿Por dónde se sube?

—¡Cómo! ¿no sabes por donde se monta?

—Ya lo he olvidado: hace mucho tiempo que aprendí.

—Querido Robineau, vas á caer.

—Julio... ya te he dicho que me llames Julio; ¿qué te cuesta? Vamos, German, tenedme el estribo; es así...

—Arriba... ¡ah! cuánto pesas...

Robineau llegó al fin á colocar su pierna derecha al otro lado de la silla: estaba ya á caballo, y dirigía miradas triunfantes en derredor suyo.

—Partamos, dijo Alfredo, y espoleó á su caballo, cuando Robineau que acababa de ponerse bien en la silla comenzó á gritar:

—¡Deteneos, deteneos!... ¡qué diablos! vosotros vais sin darme tiempo para colocarme bien... estos estribos se hallan muy largos, apenas puedo legar á ellos con la punta del pie.

—Pues así es mejor, con eso saltarás menos.

—Por poco caigo caigo por la cabeza del caballo. A mi me gustan los estribos cortos, porque así se tiene mas aplomo. German, acortad eso... mas... ahora está bien... Enhorabuena, ya estoy en la silla.

—¿Podemos ya partir?

—Sí, sí, podemos marchar.

Alfredo y Eduardo salieron seguidos de Robineau; éste á pesar de llevar los estribos cortos, y de agarrarse con la mano derecha al arzon de la silla, saltaba y se ladeaba. Como marchaban por las calles de París, los jóvenes iban al trote corto, y Robineau logró seguirles gritándoles de cuando en cuando: —Caballeros, no tan de prisa... está prohibido galopar por París...

—Pues me parece que no galopamos.

—Es igual; no tan de prisa os suplicó; es tan agradable el ir despacio...

Cuando llegaron á los Campos Eliseos, Robineau parecia que nadaba, y su sombrero, con el movimiento del caballo se habia caído tanto hácia atrás, que los cabellos flotaban libremente por su frente.

—Vamos, caballero Julio, dijo Eduardo, aquí un galopito; el terreno es magnífico.

—Sí, sí, el terreno es excelente, pero el almuerzo se me sube á la boca á cada salto de este maldito caballo: tu yegua tiene el trote muy duro.

—¡Bah! te chaceas... házla galopar.

—Un instante... mis estribos están todavía demasiado largos...

—No lo creas: tus rodillas están á la altura de las orejas del caballo.

—Es igual... yo he aprendido por principios.

—Tus principios son soberbios.

—Héme aquí.

—Adelante.

Los dos amigos partieron al galope: Robineau no pensaba correr de aquel modo, pero la yegua que montaba quiso seguir á los otros caballos, y el jinete tuvo que marchar al galope mal de su grado. Robineau, que jamás habia cabalgado de aquella manera, no sabia lo que se hacia, se echaba hácia atrás, hácia adelante, sujetaba las riendas, las soltaba de pronto, estaba persuadido de que el caballo no hacia caso del bocado, y comenzó á gritar con toda su fuerza: —¡Deteneos!... ¡deteneos!...

Pero Alfredo le contestó:

—No tengas miedo, Robineau, déjate llevar.

—Y Eduardo le decia: vamos, caballero Julio, manteneos firme, poneos derecho... un poco mas de gracia...

El novel escudero no respondia ni por Julio ni por Robineau, no oia nada; habia perdido su sombrero, y por fin cayó al suelo: Alfredo que iba muy adelante con Eduardo, vió llegar la yegua sin jinete.

Los jóvenes creyeron que habia ocurrido alguna desgracia á su compañero, y volvieron atrás llevando de la brida el caballo de Robineau. Este se habia levantado solo con algunas contusiones, y despues de buscar su sombrero habia entrado en un café: allí le vieron sus amigos.

—¡Cómo! ¿has caído? dijo Alfredo riéndose al observar que no estaba lastimado.

—Sí, señores, ¿es extraño? ¡ibais tan ligeros como el viento!... mi caballo quiere seguiros y se desboca... Me dijiste que me dejase llevar, y lo hice tan bien que rodé por el camino... ¿no os habia dicho que montaba tan bien como *Franconi*, como *Paul*?

—Ya lo hemos visto; y bien, ¿vuelves á montar?

—No, gracias: bastante es por hoy. Además me he lastimado en un lado. Continuad vuestro paseo, yo os aguardaré aquí, y mientras galopais leeré los anuncios, que como pienso comprar una propiedad, ya comprendereis que me importa mas que el bosque de Boloña.

Los amigos ataron la yegua, volvieron á marchar, y Robineau tomando un vaso de agua con azúcar para reponerse de su caída, pidió el Diario de avisos y leyó todos los anuncios de ventas de propiedades, se encogía de hombros y murmuraba: —Es bien poca cosa, veinte mil francos, diez mil... son bicocas... Quiero una cosa mejor... Son palomares... huertas... ¿de qué me sirven?... ¡voy á comprar una posesion para comer pichones y ciruelas!... ó para que me llamen señor de... ó señor de la... en fin, el nombre de mi finca... ¡Ah diablo!... ochenta mil francos... esto ya va siendo mejor... pero se reduce á prados, granjas... no puedo dar bailes ni ser señor en mi quinta. ¡Ah! ¡ah!... un palacio, dos casas de campo, doce habitaciones... esto puede convenirme. Veamos los precios, ciento sesenta mil, doscientos cuarenta mil francos. Es ridiculo subir las casas de campo á ese precio: me parece que se deberían arreglar algo mas.

Robineau habia ya aprendido de memoria el Diario de avisos, cuando los dos jóvenes volvieron de su paseo. Como se negaba abiertamente á montar otra vez á

caballo, Alfredo llevó la yegua, y Robineau los siguió en un cabriolé de plaza. Llegaron á casa de Marcey á las tres y media, y no debiendo comer hasta las seis, Alfredo se retiró á su gabinete para escribir algunas cartas. Eduardo fué á hacer visitas, y Robineau que no sabía que los días son mucho más largos cuando no se trabaja, se dirigió á casa de su notario para pasar el tiempo.

A las seis, los tres jóvenes estaban otra vez juntos, y se encaminaron á la fonda. Alfredo y Eduardo que estaban de acuerdo, persuadieron á Robineau, que era de buen tono comer poco, y dejar la mayor parte de los platos que se pedían casi sin tocarlos. Robineau hizo, pues, que se llevasen intactos muchos manjares que tenía grandes deseos de comer, pero sacrificó su apetito á lo que creía una exigencia de la moda.

Por la noche fueron al teatro Italiano. Robineau, que oía la música sin que le produjese sensación alguna, disimulaba cuanto era posible los bostezos que le acometían exclamando: ¡bravo! ¡bravo! ¡bravísimo!... y después miraba al reloj para ver si el espectáculo concluiría pronto. Terminada, en fin, la función, Alfredo y Eduardo regresaron á sus respectivas casas, y Robineau volvió á subir á su cabriolé que le esperaba á la puerta, y le condujo á su habitación de la calle de San Honorato.

Robineau se hallaba ya enfrente de su casa en donde esperaba permanecer poco tiempo porque le parecía muy fea y la entrada horrible, y aunque con repugnancia le fué forzoso dormir todavía en ella. Pero antes de entrar, mandó á Francisco, su nuevo criado, que al día siguiente muy temprano fuese á buscarle con el cabriolé.

—¿Mañana muy temprano con el cabriolé? dijo una persona que se hallaba en el corredor en el momento en que Robineau entraba, y éste reconoció á Fifina, á quien no había visto desde su mudanza de fortuna.

Fifina estaba parada, con una vela encendida y envuelta en un papel de estraza, y aguardó á Robineau que no se daba mucha prisa á avanzar.

—¿Cómo? ¿eres tú, amiguito?

—Sí, yo soy.

—¿Y qué has hecho desde antes de ayer que no te se ha visto? ¿y ese traje?... ¿y ese cabriolé?... ¿te has hecho duque y par paseándote?...

—Subamos, Fifina, subamos, no puedo sufrir hablar en la escalera: eso es de muy mal gusto...

—¡Dios mío!... no se comprometa su alteza... ¡ah!... ¡ah!... ¡ah!... perdonad, señor excelentísimo. Si hubiese sabido la hora de vuestro regreso, hubiera partido en cuatro trozos mi vela para iluminar la escalera.

Robineau subió y entró en su habitación seguido de la joven modista, que llevaba siempre su vela en la mano. Robineau se sentó con indolencia en una silla, y Fifina le aproximó la luz diciendo:

—¡Calla!... ¿qué frac es ese?... yo no sabía que tuvieses mas que el negro...

—Pues bien, ahora ya veis otro, y hélo ahí todo.

—¿Y esa cadena de oro?... esas joyitas... aquí por fuerza ocurre algo...

—Sí, Fifina, desde antes de ayer se ha efectuado una gran mudanza en mi posición.

—¿De veras?... te han aumentado cien escudos de sueldo...

Robineau dejó escapar una sonrisa de compasión diciendo: ¿Cien escudos?... ¡Dios mío! qué miseria...

—¿Cómo qué miseria?... pues házme el obsequio de darme una docena de esas miserias y me elevaré en un globo mañana.

—Fifina, escuchadme con atención.

—Espera que me siente, porque lo que vas á decirme quizá me haga efecto.

Fifina puso la vela en un candelero, y fué á sentarse enfrente de Robineau, que antes de hablar, procuró tomar un aire importante.

—Señorita, yo...

—¿Cómo señorita? ¿es á mi á quien hablas?

—Seguramente

—¿Y me llamas señorita?... Procura ante todo ser un poco mas llano.

Pues no es mala necesidad eso de señorita.

—Pues bien, Fifina, debo deciros que no veis ya delante de vos al joven con mil quinientos francos de sueldo, que componían toda su fortuna: las esperanzas de que me habeis oído hablar varias veces, se han al fin realizado... Sabia muy bien que mi tío concluiría por enriquecerme... Mi querido tío Graciano ha muerto, y me ha dejado veinte y cinco mil francos de renta.

—¡Bah!... ¿de veras? ¿ó es una broma?...

—No, Fifina; es cierto, soy inmensamente rico... y tendré bien pronto una hermosa quinta con su palacio, porque lo deseo mucho.

—¿Cómo?... eres rico, y no me lo dices de seguida... y me haces desfallecer dos horas... pues bien, vamos á divertirnos... bailemos, saltemos. ¿Eres rico y permaneces tan tranquilo?...

Fifina asió del brazo á Robineau, y le obligó á dar un paseo por la habitación, pero al fin pudo desprenderse y volvió á sentarse, mientras Fifina continuaba saltando y se subía encima de las sillas y de los muebles.

—Ciertamente, Fifina, continuó Robineau balanceándose en la silla, deseo que os distraigais... tendré suma complacencia en seros útil cuando se presente la ocasión, y podeis contar con mi protección; pero lo que es continuar en... ser mi querida, ya comprendereis que es imposible... y que mi posición social no me permite ya el veros... como antes...

Fifina, que estaba en aquel momento subida en la cómoda en la que se mantenía como una Psiquis, se puso de un salto junto á Robineau exclamando:

—¿Qué habláis entre dientes... de vuestra posición social... y de que ya no me podeis ver como antes?... espícadme eso un poco mejor.

—Me parece, querida Fifina, que me explico con bastante claridad... os profeso siempre mucha amistad, y aun pienso daros una prueba de ello, regalándoos mañana un bonito chal... del color que querais... porque eso me es igual... Pero digo que ya no puedo ser vuestro amante ni salir con vos, porque las circunstancias y mi nueva situación en el mundo se oponen á ello.

Fifina, que había oído muy bien á Robineau, permaneció algunos momentos sin moverse, pero luego fué á la chimenea, quitó la vela del candelero, y antes de alejarse se detuvo enfrente del que continuaba meciéndose en la silla.

—¡No os tenía mas que por un estúpido, pero veo que sois ingrato!... dijo sonriéndose con amargura. No quereis verme ya porque habeis adquirido algunos bienes... eso es magnífico... es una resolución digna de vos... En cuanto al regalo que quereis hacerme, guardadle para las que os sacarán el dinero burlándose de vos... jamás tendreis bastante para ellas...

—Señorita, dijo Robineau levantándose con cólera, lo que me decis es muy insolente... Pero eso no me asombra, pues perteneceis á una clase...

—Callad, malvado... dijo Fifina volviéndose bruscamente hacia Robineau, que fué á atrincherarse detras de un sillón, mereciéndose que os hiciese tragar esta vela encendida...

—Señorita Fifina!

—Callad, me dais lástima... idos con vuestras duquesas y princesas; mantened bailarinas y miladis, pero cuando esteis achispado, aguardad que os den té y remedios, y podeis morir de indigestión.

Diciendo esto, Fifina hizo una graciosa cortesía á su antiguo amante, y salió de la habitación dejándole en la mas completa oscuridad.

—¡Mirad la bribona!... dijo Robineau cuando Fifina se había marchado; ni siquiera me ha querido encender la luz... ¡Oh! las mugeres... será preciso que un hombre que tiene veinte y cinco mil libras de renta haga

uso del eslabon... No, prefiero acostarme á oscuras. Esa Fifina, que se permite él... He aquí lo que sucede... cuanto mas se hace por las mugeres, mas abusan... Pero ahora, ya no me sucederá eso, porque me haré valer terriblemente, y para que me conquisten será necesario algo mas que una buena nariz.

Robineau se acostó, y olvidando á Fifina se durmió pensando en su palacio futuro.

CAPITULO V.

Adquisición de una quinta.—Partida para la Auvernia.

Robineau no durmió mucho, porque cuando se tiene la imaginación ocupada en palacios, tierras, títulos, carruages y lacayos, debe necesariamente producir agitación. Hay insomnios mas agradables que los que causan los deseos de ambición y de grandezas: es muy dulce pensar en el silencio de la noche en la que se ama, acercarse á ella en recuerdos, en idea, y en esperanzas: cuando uno se halla separado del objeto amado, se deja llevar de las mas tiernas ilusiones, sueña con ellas, y teme dormirse, porque el sueño no nos ofrece siempre las imágenes mas queridas á nuestro corazón. Pero Robineau que no tenia semejantes pensamientos, cansado de revolverse en su lecho y de buscar un palacio á derecha é izquierda sobre su almohada, se levantó muy temprano, y se vistió diciendo:—Quizá me están ya aguardando allá abajo mi cabriolé y mi criado: tengo muchas cosas que hacer para perder el tiempo en la cama...

Robineau se vistió y salió sin meter ruido de su cuarto, para que no le oyera Fifina, que era muy madrugadora, pero no encontró á nadie en la escalera, y llegó á la calle en donde en vano buscó el cabriolé.

—¡Diablo!... todavía no ha llegado... dijo Robineau sacando el reloj; no son mas que las seis... es igual... si quiero pasearme en carruaje á las seis puedo hacerlo.

Robineau volvió á entrar en el corredor y no sabia si debía ir á pie ó esperar su cabriolé; pero oyó ruido en la escalera, y temiendo fuese Fifina, se decidió á salir.

Robineau se dirigió á casa de su notario, en donde únicamente estaba levantada la portera, y atravesó con rapidez el portal gritando:—Voy á la escribanía.

—No hay nadie, contestó el portero. En efecto, Robineau encontró cerrada la puerta, y volvió á la portería diciendo:—¡Cómo!... todavía no han venido los pasantes, los escribientes, ni los oficiales...

—Caballero, es demasiado pronto: los escribanos no abren su oficio tan temprano.

—¿Y el escribano está en casa?

—Creo que no ha salido. Seguramente duerme aun.

—¡Ah!... pues dejarle dormir... ya hace dos horas que estoy levantado... voy á subir á su habitación...

—Pero, caballero, á las seis de la mañana no se sube.

—Cuando se va á comprar una quinta, puede subirse á cualquiera hora...

El portero que creía se trataba de un negocio muy importante, dejó subir á Robineau, que comenzó á dar campanillazos á la puerta del notario.

Pasados algunos minutos salió por fin á abrir una criada con bastante sobresalto diciendo:—¡Dios mío!... ¿qué ha sucedido?...

—Soy yo, querida, contestó Robineau, que quiero hablar á vuestro amo.

—¿Y para qué, caballero? preguntó la criada que todavía pensaba habia ocurrido algun suceso grave.

—¿Para qué pudiese?... para el palacio, para la finca que le he encargado me busque.

La criada se tranquilizó, miró á Robineau, y dijo:

—Mi amo duerme todavía, y no acostumbra á ocuparse de negocios tan temprano.

—Querida, id y decidle que está aquí su cliente Julio Raoul Robineau, que acaba de heredar de su tío Gracia-

no veinte y cinco mil libras de renta: eso le hará despertar en seguida.

—Caballero, no lo creo así. Además el señor y la señora hace poco que se han casado, y no sé si les gustará ó no que entre.

—¿Queréis que vaya yo?

—De ningún modo, caballero; esperad, voy á ver.

La criada se decidió á desempeñar el mensaje que la encargaban, y mientras tanto Robineau se paseaba por un espacioso comedor diciendo:—Cuando el notario sepa que soy yo, estoy bien seguro de que se levantará en seguida.

Pero la criada no tardó en volver y con tono burlon le dijo:

—El amo me ha enviado á pasear, y me ha dicho que vuelva...

—¿Pero le habeis dicho mi nombre?

—Si señor, pero no ha hecho caso.

—¡Ah! ¡con qué no ha hecho caso!... pues volveré.

Robineau se marchó de bastante mal humor diciéndole entre sí: si ese hombre me hubiese entregado ya todos mis fondos, mudaría de notario inmediatamente... Vamos á casa de Alfredo.

Robineau se trasladó á casa de Marcey, y llegó á ella antes de las siete: los criados se estaban paseando por el patio. El ayuda de cámara de Alfredo detuvo á Robineau diciéndole:—Caballero, mi amo duerme.

—¡Vaya, es igual!... no le incomodará verme... me aguarda respondió Robineau, y subiendo la escalera, atravesó las habitaciones y penetró en la alcoba de Alfredo que dormía profundamente: le empujó y le sacudió gritando:

—¿Amigo mío, no te levantas hoy? Vamos, perezoso.

Alfredo abrió los ojos, miró á Robineau y dijo:—¿Qué quieres?

—Vengo á hablar contigo de negocios: me parece que me dijiste ayer habias visto á un lado de Mantes una propiedad encantadora...

—Llévete el diablo y á tus posesiones tambien... tenia el sueño mas hermoso... bajaba por una montaña rusa con Mad. Gerville... se rompió nuestro carro, pero en vez de lastimarnos, estábamos tan bien abrazados, y caíamos tan suavemente... sentia todas sus formas... las tocaba...

—Amigo mío, te pido me disimules el haberte despertado, pero...

—Y yo, dijo Alfredo volviéndose del otro lado, te pido me dispenses el que me duerma.

Alfredo no contestó ya á Robineau que le gritaba: ¡Cómo amigo mío!... por un sueño... por necedades... montañas rusas... ¿vas todavía á dormir?...

Viendo que le hablaba en vano, Robineau se decidió á salir de la casa de Alfredo, y dijo para sí: vamos en casa de Eduardo Beaumont. Un poeta, un autor, debe levantarse temprano: el ingenio debe ser madrugador... Además, le convidaré á almorzar conmigo... y segun dicen, los autores son sensibles á semejantes convites.

Robineau tomó, pues, el camino de casa de Eduardo en donde jamás habia estado; pero sabia las señas, y logró encontrar la habitación. El joven poeta no vivía en un palacio ni en un cuarto principal; pero si en una bonita casa de la calle de Enghien, y el portero no detuvo á Robineau, por el contrario, le dijo:—Subid al piso cuarto.

Robineau subió diciendo: ¡muy alto está un piso cuarto!... es verdad que la escalera es muy hermosa, y la tienen muy limpia... ¡Ah!... ¡un poeta!... no está obligado á ser rico... Sin embargo, yo he oido decir á Alfredo, que Eduardo se encontraba bien, y que tenia cerca de cuatro mil francos de renta... ¡Ah! en otro tiempo, eso me parecia una fortuna.

Cuando llegó á la habitación, Robineau llamó una y dos veces, infatigable y tenaz en su propósito; volvió á llamar la tercera: por fin se oyó la voz de Eduardo que preguntaba: ¿quién es?

—Yo, Julio... ya lo sabeis... que viene á buscaros para almorzar... abrid...

—Os pido mil perdones, caballero Robineau, pero he estado trabajando la mayor parte de la noche, y deseo dormir un poco. Hasta la vista...

Se alejó, y Robineau permaneció inmóvil algunos instantes junto á la puerta diciendo:—¿Qué diablos han comido todas estas gentes para tener semejante gana de dormir?... ¡es extraordinario!...

Bajó la escalera, miró su reloj, y eran poco mas de las siete y media: creyó que su cabriolé debía estarle esperando, y volvió á la calle de San Honorato; al ver parado el carruaje al frente de su puerta, lanzó una exclamación de alegría. Redobló el paso y vió á las modistas con Fifina á la puerta de la tienda. Pasó con altivez por delante de ellas, y entró en el cabriolé, entre el ruido de las carcajadas de aquellas señoritas, diciendo para sí: se rien ¡eh!... está bien... yo procuraré salpicarlas de lodo.

Robineau se hizo pasear durante una hora por las calles de Paris, y al cabo de aquel tiempo volvió á casa de su notario. Este, que ya estaba cansado de verle cuatro veces al día, y que no queria le volviese á despertar, pensó que para deshacerse de aquel importuno era necesario buscar cuanto antes una finca. En cuanto le vió le dijo: tengo lo que buscáis...

—¿Podrá ser?... ¿una posesion?...

—Mejor que eso. Una quinta con su pequeño palacio.

—¿Una quinta?... sois excelente.

—¿Y tiene torres y almenas...!

—Tiene almenas... permitidme que os abrace...

—Fosos en seco... ¡Es verdad!

—Yo haré que tengan agua.

—Muchas habitaciones para el dueño, bastantes piezas, y cuadras para veinte caballos.

—Pondré en ellas asnos.

—Un parque, bosque, é inmensos jardines en donde puede uno perderse.

—Perderse... eso es delicioso.

—Terreno en donde se puede cazar.

—No haré mas que eso.

—Un riachuelo abundantemente provisto de pesca.

—Justamente soy muy aficionado á ella.

—En fin, el palacio está amueblado, un poco á lo antiguo, es cierto, pero escepto la ropa blanca, se encontrará en él todo lo necesario para habitarle inmediatamente.

—Mi querido notario, eso es encantador: muebles á lo antiguo... eso es mucho mas noble...

—Por los títulos de pertenencia os enterareis mas minuciosamente de todo cuanto contiene la quinta.

—Todo eso está muy bien, pero temo que esa deliciosa posesion sea demasiado cara.

—Ochenta mil francos.

—Ochenta mil francos... es de valde: la compro.

—Debo advertiros que no produce gran cosa: parece que las tierras que dependen de ella no están bien cuidadas.

—Eso me es igual.

—Y aun habrá que hacer algunas reparaciones en el edificio...

—Se harán cuantas sean necesarias.

—En fin, está un poco lejos de aquí.

—¿Qué me importa... yo no he de ir á pie... en fin ¿dónde se halla situada?

—En Auvernia, cerca de Saint-Amand Talende y de Clermont... noventa leguas de Paris, poco mas ó menos.

Robineau reflexionó algunos momentos diciendo para sí: ¿en Auvernia?... ¿á noventa leguas de aquí?... Diablos, no podré ir á almorzar al café Inglés y volverme por la noche á mi palacio.

—Pero pensad tambien, caballero, que una posesion en las inmediaciones de Paris, llega á ser muy costosa por el gran número de visitas que se reciben: uno va á pasar á vuestra casa ocho dias, y otro quince; jamás os veriais libre: es necesario una fortuna considerable para hacer frente á los gastos que esto ocasiona.

—Es cierto... y en Auvernia no irán á pedirme de almorzar paseándose... no conozco la Auvernia: ¿es bonita?

—Es un pais muy curioso, muy pintoresco: la poblacion de Saint-Amand y sus cercanias, componen uno de los cantones mas notables de la Limagne de Auvernia... Allí vereis montañas que se pierden de vista, y praderas cubiertas de verde. La naturaleza es fértil en accidentes de una belleza rara...

—¿Hay accidentes?...

—Os hablo como artista; quiero decir, que os quedareis asombrado, cuando al salir de una cadena de montañas, veais los collados cubiertos de viñedos, valles en donde crecen con abundancia excelentes árboles frutales, y legumbres y hortalizas muy nutritivas.

—¿Lo que es no haber viajado!... me figuraba que en Auvernia no habia mas que marmotas.

—La aldeita de Talende está regada por un manantial de agua viva de los mas notables y abundantes: Julio César llamaba á Talende el lecho de los dioses...

—Pues entonces sus habitantes deben tener buenas camas.

—En fin la Auvernia ha sido patria de varios hombres célebres: en Aigueperse nació el canceller de l'Hopital, y en Riom Ana Dubourg; Issoire vió nacer en su seno al cardenal Duprat, y el pueblecito de Channonat al amable poeta Delille...

—Todo eso está muy bien... ¿pero cómo se llama ese castillo ó palacio?... porque yo aprecio en mucho los nombres.

—Esa propiedad lleva el nombre de la Roca Negra.

—¿La Roca Negra!... magnifico... ¿y cuando sea mia, podré tomar su nombre?

—Nadie os lo impedirá.

—¿El señor de la Roca Negra! ¡Julio de la Roca Negra!... eso es soberbio... Hemos concluido, señor notario: compro esa posesion.

—Antes de concluir el convenio podiais ir á verla, y...

—No, no; podria ser vendida á otro durante mi ausencia, y se me escaparia el nombre de la Roca Negra... Está decidido y concluido: compro el palacio... ¿Cuándo podré tener los títulos?... ¿cuándo estendereis la escritura?... estoy impaciente por ver mi palacio...

—Tengo que escribir á mi compañero de Saint-Amand, luego las escrituras... es negocio de ocho dias á lo mas.

—¿Ocho dias! ¡ah! eso es muy largo... No importa: arreglad todo lo necesario de modo que no puedan disputarme mi propiedad. Si escribis á Auvernia, no me desagradaria que supiesen en mi quinta que llegaré á ella pronto... y que me dispusiesen un recibimiento decoroso... ¿Sin duda habitará alguien en la Roca Negra?...

—No hay mas que el conserje y un jardinero.

—Es igual: no seria malo hacerles saber que su nuevo amo va á visitarlos bien pronto... eso les dará tiempo de hacer algunos preparativos para recibirme... ¿no es así, señor notario?...

—Es cierto que si quieren hacerlo.

—Un nuevo señor... me parece que es de rigor.

—Si, en la Opera cómica...

—Pero en Auvernia mucho mas, porque esas gentes deben tener todavía costumbres patriarcales. Vamos, os dejo, y os suplico que apresureis mi adquisicion: pensad que mi vida, mi felicidad, todas mis esperanzas, se hallan concentradas en mi quinta.

Robineau se separó de su notario, sin poder contener su alegría, y como la felicidad, lo mismo que el dolor, necesitan expansion, volvió á casa de Alfredo á quien encontró ya levantado, y le gritó desde la antesala.... Esto es hecho... soy propietario... tengo un palacio... el de la Roca Negra... torreones, almenas, fosos, y tal vez cañones... no falta nada. Mi querido Marcey, soy el mas dichoso de los hombres.

Alfredo se sonrió de la exaltacion que la posesion de una quinta producía en el nuevo propietario: le hizo

sentar á su lado, le invitó á que se tranquilizase, y le preguntó en donde estaba situada su finca.

—En Auvernia, contestó Robineau, país soberbio.... patria de las montañas y de los grandes hombres.... de los accidentes mas pintorescos... el lecho de los dioses, segun decia Julio César, que debia entenderlo, porque los romanos eran muy voluptuosos cuando querian tomarse el trabajo...

—¿Pues cómo es que los naturales de tan hermoso

—Calla, burlon, estoy seguro de que te has formado una idea muy inexacta de mi palacio...

—Te aseguro que me alegro mucho le tengas, pues al menos me dejarás dormir tranquilo.

—¡Ah! amigo mio.... querido mio.... una idea deliciosa..

—¿Vas á comprar algun otro palacio?

—No; me basta uno, no soy ambicioso. Acabas de decir que no conoces la Auvernia... magnifica ocasion para



El hombre de Clermont-Ferrand. — Pág. 27.

país vienen en tropel á Paris para hacer calderas, y llevar agua á las casas?

—¿Y eso qué prueba?... ¿los hombres no han tenido siempre afición á viajar?... los pueblos mas antiguos, los judios, los caldeos, los fenicios, nos dan un ejemplo de ello; y cuando un patriarca como Abraham iba con su familia, sus criados y sus rebaños desde las orillas del Eufrates á la Palestina, y luego á Egipto, me parece que un auvernés puede hacer sin molestarse el viage de Paris.

—Es cierto; yo no conozco la Auvernia, pero he oido decir que es un país muy curioso. Pero pienso que antes de comprar ese palacio irás á verle.

—No por cierto; le compro en seguida y despues iré á visitarle. Quiero hacer mi entrada en él como señor, como propietario... ¡El estado de la Roca Negra!.. ¡y por ochenta mil francos!.. Convendrás, amigo Marcey, en que es una ganga... un hallazgo.

—Di mas bien algun antiguo edificio gótico muy ruinoso y deteriorado en que tendrás que gastar muchísimo sólo para repararle.

—No repararé nada; á mi me gustan las ruinas... y un parque... un bosque... la caza... la pesca...

—Pues como caces tan bien como montas á caballo.

verla. Te llevaré conmigo á ver mi propiedad... te obligo á convenir en que he hecho una buena adquisicion... me darás algunos consejos sobre el modo de amueblar mi casa... me enseñarás á cazar... daremos fiestas... y tú las dispondrás. ¿Qué dices? ¿no te agrada esto?

—A fé mia, no me disgustaria el ir á Auvernia... pero reflexiono que este verano debo recorrer la Suiza con Eduardo: así lo tenemos decidido.

—En vez de ir á Suiza, vendreis á Auvernia que es la Suiza de la Francia... Allí vereis tantas montañas y nieve como en Suiza... Eduardo nos acompañará.

—¿Con que quieres llevar á todo el mundo?

—No, pero Eduardo me complacerá porque es poeta, y un hombre de esa clase suele ser útil, especialmente cuando se trata como yo de dar banquetes, recibir señoras, y ser galante.

—¡Ah! ya lo entiendo; quieres que Eduardo vaya para hacer los versos de circunstancias...

—No hará mas que lo que guste, pero me parece que un autor, un poeta, no debe despreciar el visitar un país pintoresco... un país en donde hay rocas y precipicios... formará sobre eso diez poemas.... Nieve, montañas y torrentes, son cosas muy á propósito para escitar el ingenio. Estoy seguro de que Eduardo celebrará en sus

versos mi palacio, ó escribirá una tragedia que titulará la Roca Negra. Alfredo, te suplico que le hagas venir...

—Te prometo proponérselo, y si acepta está decidido; marcharemos contigo, é iremos á instalarte en tu palacio.

Robineau dejó á Alfredo para ocuparse de los preparativos de la marcha, y éste último, reflexionando en la proposición que acababan de hacerle, pensó que aquel viage á Auvernia podía ofrecerle muchas ocasiones de divertirse. La idea de ver la quinta de la Roca Negra, y á Robineau haciendo en ella el señor, distraía ya á Alfredo; y como él y Eduardo solo habían formado el proyecto de ir á Suiza para distraerse de la residencia y de los placeres de París, creyó que su amigo aceptaría como él la proposición de Robineau.

Era muy raro que trascurriesen mas de dos dias sin que Alfredo y Eduardo se vieran: sin tener los mismos gustos ni el mismo carácter, se querian y congeniaban: la simpatía que arrastra á dos seres uno hácia otro, no nace siempre las relaciones de genio y de talento. Suele verse unirse la alegría y la melancolía, y á las personas mas serias y graves buscar la sociedad de las mas chistosas y burlonas. El perezoso necesita algo que le avive, y el talento tiene necesidad de contrastes. ¿Cuántas gentes no se encuentran bien si no con aquellos con quienes disputan sin cesar? Puede muy bien congeniarse sin amarse: para este último pensamiento, á pesar de las diferencias aparentes, es necesario que haya en el fondo del alma esa relacion secreta, que se experimenta, pero que no puede definirse.

Alfredo era mas frívolo, mas aturdido, y quizá mas alegre que Eduardo; sin embargo, éste no era mas sabio que los jóvenes de su edad; pero como no era tan rico como Marcey, no llevaba tan lejos sus locuras, y era bastante racional para no querer contraer deudas. La costumbre de gastar menos y de reflexionar antes de aceptar alguna partida de placer, habia hecho que su amigo le diese el epíteto de Prudente, y sin embargo, Eduardo no lo era mas que Alfredo, cuando su corazón estaba ávido. Ambos eran amables. Alfredo diciendo cuanto se le ocurría, y cuantas chanzas le sugería su jovialidad, y Eduardo diciendo únicamente lo que sentía: sus pensamientos no siempre carecían de exactitud. En fin, Eduardo se reía de las locuras de Alfredo, y éste aplaudía las reflexiones de su amigo.

La misma tarde del dia en que Robineau los habia despertado á los dos, Eduardo se encontraba con Alfredo, y éste le participó la proposición del nuevo propietario de la quinta de la Roca Negra.

Eduardo reflexionó algunos momentos, y Alfredo se impacientaba ya y le instaba á que se decidiese:

—Ir á casa de Mr. Julio Robineau... contestó por fin Eduardo, ¿sabes que el tal amigo es muy necio?

—Seguramente lo sé; ¿pero qué importa?... ¿no se va diariamente á casa de gentes bien insensatas?

—Si no fuese mas que eso, poco valdria... pero está lleno de pretensiones...

—Tanto mejor; eso es lo mas divertido... piensa, pues, en el aturdimiento que va á producir en su palacio... en el ruido que hará en el país... y en las graciosas escenas que de ahí resultarán... Tu, autor, vas á encontrar una porción de cuadros de costumbres, de pormenores cómicos.

—Está muy bien; pero no podemos acompañar á ese pobre muchacho, con solo el objeto de divertirnos á sus expensas...

—Vamos, ¿vas á poner reparos á eso? ¿pero no ves que al mismo tiempo que nos divertamos prestaremos un verdadero servicio á Robineau? necesitará nuestros consejos en mil ocasiones... quiere dar festines... bailes... y que tú le hagas versos...

—¡Pues es circunstancia para decidirme!...

—En fin, cuando nos cansemos, nos volveremos... no pienso pasar mi vida en la Roca Negra...

—¿Y cómo hemos de hacer ese viage?

—Como quieras; presumo que en posta y á gastos comunes: eso no hay que decirlo... De ningún modo quiero que Robineau pague por nosotros en el camino: pero no gastaremos mas que en ir á Suiza... ¡Qué reflexionas!... vé tu sabiduría en eso algun escollo... con tus cuatro mil libras de renta y tus economías, concluirás por ser mas rico que yo.

—No deseo riquezas... solo busco la felicidad.

—No eres muy exigente: solo quieres lo mejor... Vamos, ¿qué decides?

—Lo que quieras; vamos á Auvernia y visitemos la quinta de Robineau.

—Ya está dicho. ¡Pobre Robineau! va á llenarse de júbilo cuando sepa que le acompañamos... En el fondo es buen muchacho: temo se arruine con su quinta, y procuraremos impedirselo, á menos que no se obstine en ello. Vamos á ver la Auvernia... las auvernesas... Yo no sé, pero voy con la idea de que allí encontraremos buenos palmitos.

—¿Ya piensas en mugeres?



Mr. Benito.

—Haz el apóstol cuanto quieras.... pero, amigo mio, un país en donde no hubiese mugeres, y por consiguiente ni esperanzas de amorios, aunque fuese tan hermoso como el Eden, tan rico como el llorado, y tan suave y apacible como la Arabia Feliz, no seria á mis ojos mas que una triste soledad... Asi que, siempre he compadecido á ese pobre *Robinson* que no tenia una muger que le acompañase.

Robineau no dejó de volver al dia siguiente á saber la decision de los dos amigos, y al oír que le acompañarian á su quinta, se puso en extremo gozoso. Habia comprado una silla de posta para hacer el viage, y queria comprar tambien caballos. Mucho trabajo le costó á Alfredo hacerle comprender que era mas ventajoso tomar caballos de posta hasta Clermont-Ferrand.

—¿Y por qué no hasta mi palacio? dijo Robineau.

—¿No me has dicho que tu propiedad dista una ó dos leguas de esa poblacion?

—Si.

—Pues bien como vamos á Auvernia para ver el país, creo podemos muy bien andar dos leguas paseándonos.

—Pero, sin embargo...

—Sin embargo, si nos contradices siempre, te dejaremos marchar sólo.

Robineau cedió, aunque le parecía mucho más noble llegar en posta hasta el patio de su palacio: pero pensó que en Clermont le sería fácil encontrar otros caballos para concluir el camino y conducir su equipage, porque había hecho una abundante provision de trages y objetos de adorno, pues quería llevar á Auvernia las últimas modas de París.

A fuerza de idas y venidas á casa de su notario, Robineau hizo concluir prontamente sus asuntos, y á los seis días se hallaba ya pronto para partir con su nuevo criado llamado Francisco, que guiaba su cabriolé, y á quien había hecho su ayuda de cámara, porque éste, que conoció inmediatamente su flaco, le hablaba siempre con los ojos bajos y el sombrero en la mano.

Alfredo no creyó necesario llevar á nadie con él; pero como en el momento de su partida, el baron de Marcey no había regresado todavía á París, dejó á su criado German una carta, en que sólo decía á su padre: «Voy á hacer un viagecillo con Eduardo y Robineau... estoy muy disgustado por no haber podido abrazarte antes de marchar... pero á la vuelta me indemnizaré. Consérvate bueno y procura distraerte... yo voy á divertirme.»

El atolondrado ni aun señalaba el país á que se dirigía, pero pensaba que aquello era igual para su padre, y además se proponía escribirle, si permanecía algún tiempo en casa de Robineau.

El día prefijado para la marcha, Robineau entró en la silla de posta antes de que enganchasen los caballos, y envió tres veces á Francisco á buscar á Alfredo y Eduardo: llegaron por fin sus dos compañeros, y colocadas las maletas, el postillon hizo oír los chasquidos del látigo, y partieron para la Auvernia. Robineau dijo entonces, «hénos aquí en camino para mi palacio.»

CAPITULO VI.

El hombre de Clermont-Ferrand.

Acababa de salir el sol, é iluminaba la bonita ciudad de Clermont-Ferrand: sus laboriosos habitantes habían comenzado sus tareas. Delante de la fonda de las Postas se veían varias criadas pelando aves, criados aechando grano, muchachos que llevaban caballos á un abrevadero, algunos viajeros y comerciantes que acostumbraban á pernoctar en Clermont trincaban con el dueño de la fonda, y los postillones abrazaban á las criadas que aparentaban resistirse pero que los dejaban hacer, como es costumbre en todos los países.

A cosa de unos doscientos pasos del parador, un hombre sentado negligentemente en un banco de piedra, contemplaba aquel cuadro con fría indiferencia, dirigiendo miradas en derredor suyo: parecía que su ánimo estaba más ocupado de los recuerdos de lo pasado, que poseído de las impresiones de lo presente. Aquel hombre, cuyo traje anunciaba la pobreza y la vagancia, podría tener como unos cuarenta y cinco á cincuenta años: pero el desorden que reinaba en todo su vestido, una barba de más de un mes, y sus cabellos negros en desorden que le cubrían el rostro por algunas partes, no permitían adivinar fácilmente su edad. Sin embargo, á pesar de lo descompuesto de su peinado, y del mugriento sombrero que cubría su cabeza, se descubrían facciones que debían haber sido hermosas: nariz bien formada, boca mediana, casi enteramente sin dientes, cejas negras bien arqueadas, y ojos garzos cuya espresion habitual era irónica, y convenían en un todo con la sonrisa burlona que de cuando en cuando solía asomarse á sus labios: su estatura era alta: en fin, aunque vestido con un pantalon de mezcla, un chaleco encarnado lleno de manchas, y un ancho redingote de color de avellana con remiendos que no eran iguales; aunque calzado con unas botas agujereadas y hechas pedazos, y que llevaba por corbata un pañuelo azul sucio y

colocado de mala manera, había en la fisonomía de aquel hombre cierta cosa que no anunciaba un origen común, y en todas sus maneras un aire de soltura y casi de altivez, que contrastaba estrordinariamente con su traje.

Después de permanecer sentado todavía algunos minutos en el banco de piedra, el extranjero se levantó, colocó entre el sombrero su cabeza, y tomando un baston grueso y nudoso que tenía á su lado, se dirigió con paso firme hácia el parador, en donde entró con la cabeza erguida y como un hombre que viaja por recreo. Penetró en la sala baja común á los viajeros, se sentó junto á una mesa cubierta con un encerado, y dió con fuerza en ella con su baston.

Acudió una criada, y aunque en las posadas están acostumbrados á recibir gentes de todas clases y condiciones, el traje del viajero prevenia muy poco en su favor: como jamás suele guardarse consideraciones con los desgraciados, la criada comenzó por preguntar al extranjero por que llamaba de aquel modo y metia tanto ruido golpeando con su baston.

—Porque me agrada, contestó el recién llegado con voz fuerte, dirigiendo á la moza una mirada amenazadora.—Hubierais acudido más pronto á servirme, y no habría tenido necesidad de llamar tan recio. Me habeis visto entrar en la casa pues estabais á la puerta; ¿por qué no habeis venido inmediatamente á preguntarme qué quería?

La criada que no esperaba verse tratada de aquel modo por un hombre tan mal vestido, se turbó y contestó arrollando el delantal.

—¡Señor!... por que... por que...

—¡Pardiez! ¿por que no he venido en carruage y mi peinado no es esmerado!... ¿Qué os importa? en pagandoos lo que pida no teneis que hablar una palabra: vamos, traedme pan, queso, un jarro de vino, y que sea con presteza, porque tengo hambre.

La criada salió murmurando: y aunque no la gustaba mucho la particion del pan y el queso, se apresuró á servir al extranjero, que almorzaba con apetito, y colocó su pedazo de queso como si fuese un pavo trufado: los demás viajeros que estaban almorzando opiparamente en el mismo comedor, no se permitían el mirar con demasiada frecuencia al recién llegado, porque en su fisonomía se conocía que no aguantaría chanzas: hay una especie de miseria que sabe hacerse respetar, así como hay una opulencia que jamás es respetable.

La criada refirió á su amo qué clase de viajero les había llegado, y el huésped, personage muy curioso, muy charlatan, y que se preciaba de inteligente, aunque no lo era tanto como su muger, fué al comedor y dirigió la palabra á varios viajeros, mirando de reojo al forastero: después de dar tres vueltas en derredor de éste, se decidió por fin á acercarse á él, y se apoyó en la mesa en que comia diciendo:—y que, ¿no os parece ma'o el vino, no es verdad?

El extranjero dejó vagar por sus labios una de aquellas sonrisas burlonas que le eran tan familiares, y sin mirar al posadero respondió pasado un momento:—Que me parezca bueno ó malo, ¿no he de beberlo?

—Sin duda... pero es decir que si quisieseis otro mejor, se podría...

—Si quisiese otro, no hubiera aguardado vuestro permiso para pedirle.

—Es cierto, pero...

—Pero yo no soy descontentadizo.

—¡Ah! ahora no lo sois... ya entiendo... eso quiere decir que lo habeis sido... ¿eh?...

El desconocido fijó la vista en el posadero, y después de mirarle con atencion algunos instantes le dijo:—Vos habeis sido, sois, y probablemente sereis siempre un.....

El huésped fijó entonces sus ojillos en los del forastero para procurar comprender lo que quería decir, pero después de examinarle en vano, le dijo: ¿decis por acaso la buena ventura?

El extranjero se encogió de hombros, no contestó y continuó comiendo el pan y el queso.

—¿Venís por mucho tiempo á nuestra ciudad? prosiguió el posadero pasado un momento.

—No lo sé... si me agrada permaneceré.

—Es cierto... Aquí vereis cosas muy buenas... un jardín botánico magnífico... un colegio soberbio... y nuestro puente formado por los depósitos ó acarreos calcáreos de las aguas de una fuente... no os hablo de nuestro dulce de albaricoque, porque no me pareceis aficionado á golosinas. Pero en cuanto á la belleza del país y de las cercanías, os quedareis sorprendido, asombrado.

—Ya nada me sorprende ni me maravilla.

—¡Ah! eso es muy diferente... á propósito, ¿pensáis pasar aquí la noche?

Sin contestar á la pregunta, el extranjero se pasó la mano por la frente como si reflexionase, y por fin, dijo al posadero.—¿No ha quedado ya aquí nadie de la familia Granval?

—¿La familia Granval?... dijo el huésped con asombro; ¡cómo!... ¿la habeis conocido?... ¡Los Granval eran gente muy rica!... gente de mucha suposición, y..

—Sé lo que eran: os pregunto si queda todavía alguno de ellos en este país.

—No, ninguno. Mr. Granval, padre, murió hará unos cinco años y dejó un hijo y una hija. El hijo gozaba poca salud: fué á tomar las aguas del Mont d' Or, y no por eso se robusteció: pensó en casarse, se estenuó y murió hace dos años. La hermana casó con un comerciante y ha marchado á Italia.

El extranjero escuchaba al huésped, puestos los codos en la mesa y la cabeza apoyada entre las manos. Cuando el posadero concluyó de hablar, dejó escapar un juramento muy enérgico, y luego murmuró: Unos han muerto y otros han abandonado su país; ¡cómo ha cambiado todo en pocos años!... todo se dispersa...

—¿Traéis alguna comision para la familia Granval? continuó el dueño del parador, sentándose en frente del viagero, que sin responderle una palabra, dijo pasado un momento:—Y sobre todo, aunque hubiera encontrado á éste, no valdria mas que los otros... Cada uno para sí... eso es natural... Tanto peor para los que hacen necesidades... que se dejan despojar... tienen razon para burlarse de ellos... Pero ahora los desafío... soy superior á todo... los desprecio... sabré pasarme sin ellos...

—¿Os pasareis sin ellos?... dijo el posadero que creia que el viagero aludía á él; ¡Ah!... si podeis... pero no he oido bien de quien decis que...

—¿Qué os debo? dijo el extranjero levantándose bruscamente.

—¿Cuánto debeis?... pronto estará ajustada la cuenta... pan, vino, queso... total veinte y cuatro cuartos.

El extranjero sacó aquella cantidad de uno de sus bolsillos, y la echó sobre la mesa: luego sacó una pipa y tabaco para fumar, y dijo al huésped: ¿en dónde hay lumbre?...

—¿Para encender la pipa?

—Justamente.

—En la cocina la hay... pero no me habeis dicho si...

El extranjero no le escuchó, entró en la cocina, encendió su pipa, se la puso en la boca, y saliendo lentamente del parador, volvió á sentarse en el banco de piedra, en donde fumó tranquilamente como un musulman muellemente recostado en sus almohadones.

—¡Es un buen perillan!... dijo el posadero al ver alejarse al desconocido. Fuma... me inclino á creer que es un militar antiguo. ¿Qué diablos querria á los Granval?... ha concluido por decir que se burlaba de ellos... Es igual, he obrado bien en hacerle compañía... Si vuelve, todavía le haré hablar.

El extranjero, despues de pasar toda la mañana en el banco de piedra, volvió efectivamente al parador á cosa de las dos. Pidió pan y queso, pero aquella vez no bebió mas que agua. El posadero volvió á andar al derredor suyo y le dirigió algunas palabras para entablar conversacion; pero el desconocido no parecia dispuesto á complacerle: comió sin responderle, pagó su frugal comida,

llenó su pipa, la encendió y se alejó; pero aquella vez siguió la calle abajo, y no fué á sentarse en el banco de piedra.

—¡Es mal parroquiano!... dijo el posadero cuando el desconocido estuvo lejos.—Y lo peor es, añadió la criada, que manda como si fuese un marqués, y con un tono tan imperioso... en vez de atracarse de queso, haria mucho mejor en afeitarse.

—¿Maria!... ¿está todavía en el banco de piedra de ahí enfrente?

—No señor, ha bajado la calle.

—Pues entonces es probable que no le volvamos á ver.

—Vaya una pérdida.

El posadero se equivocaba: á las ocho de la noche volvió á entrar en el comedor el extranjero mal vestido, con su baston nudoso.

—Vamos, ¡otra vez el hombre del queso!... dijo en voz baja la criada; pero su amo la hizo seña de que callase, porque temia disgustar al viagero. Este se sentó á una mesa, y pidió pan, queso, y un vasito de aguardiente. Sirviéronle con prontitud, comió sin decir nada, pero cuando preguntó cuánto debia, el huésped que tenia vehementes deseos de preguntarle, se adelantó hácia él, y quitándose la gorra, le dijo: pues que, ¿no pensais acostaros aquí?

—¿Acostarme aquí? no, no es necesario: se duerme muy bien en el prado... y no cuesta nada... cuando si me acostase en vuestra casa tendria que pagar; ¿no es asi?

—Pues... asi se acostumbra: ya comprendéis que no podemos serviros como...

—Bueno, está bien: ¿os he pedido algo de valde?...

—No señor, no digo eso, pero...

—Pues entonces, callaos y dejadme en paz.

El posadero volvió á ponerse su gorra de algodón con muy mal humor, y el extranjero salió despues de haber pagado.

—Principio á sospechar que el caballero del queso no es mas que un vagabundo, dijo el huésped cuando estuvo seguro de que el desconocido se hallaba ya lejos. Un hombre que se acuesta en las praderas... es un poco sospechoso... Siento no se haya quedado en casa, pues entonces hubiera tenido que decirme su nombre...

—¡Oh! ¡está en regla!... dijo un caballero pequeño que entró en el comedor cuando el desconocido salia. En cuanto llegó á la ciudad presentó sus papeles al señor maire.

—¿Con qué conoceis á ese hombre, caballero Benito? dijo el posadero acercándose al recién llegado. El señor Benito se pasó la mano por la barba, meneó la cabeza para darse importancia, y respondió:

—Si, ya le he encontrado varias veces en la ciudad: hace lo menos ocho dias que llegó.

—¿Cómo se llama?

—Ignoro su nombre, pero creo que ha sido rico, que se lo ha comido todo, y ya no tiene nada.

—¿Y qué hace ahora?

—Ya lo habeis visto, se pasea, descansa, fuma y habla poco.

—Yo no tengo que pedirle nada; me ha pagado todo lo que ha tomado en mi casa... Pero está muy mal vestido... Señor Benito, convendreis en que su traje no corresponde á un hombre que tiene rentas...

—Yo no os he dicho que tiene rentas... os he dicho que presumo ha sido rico, y eso es muy diferente.

Hablaron todavía algun tiempo del desconocido, y luego la llegada de nuevos huéspedes hizo olvidar al hombre de las frugales comidas.

Al dia siguiente, al rayar el alba, el extranjero estaba todavía echado en el banco de piedra, enfrente de la fonda ó posada: menos ocupado al parecer en sus pensamientos, examinaba á los viageros que llegaban, y mas de una vez hizo movimiento de acercarse á algunos de ellos: pero volvía á dejarse caer en el banco, y se pintaba en su semblante un sentimiento penoso.

Al medio día entró en el parador, é hizo una comida tan modesta como la vispera, y apoyando luego su cabeza en las manos, se quedó como sumergido en sus pensamientos. Ya hacia mucho tiempo que estaba en aquella postura, y el huésped no se atrevía á perturbarle, cuando se oyó un gran ruido, y llegó una silla de posta. Apeáronse de ella tres jóvenes y un criado, y las criadas y el posadero corrieron á recibir á Robineau y sus compañeros de viaje, porque ellos eran los que acababan de llegar á Clermont.

—¡Ay!... estoy molido, exclamó Robineau... tienen razón en decir que van como por la posta... las ciudades, los pueblos, huían detrás de nosotros...

—Eso es decir que nosotros huíamos delante de ellos...

—Es magnífico... es divertido el ir tan de prisa... ¡Ay! mi pantorrilla... Francisco, ten cuidado de mis maletas y de mis efectos.

—Vamos, señor posadero, preparadnos una buena comida... lo mejor de que podáis disponer... tengo un hambre... ¿y tú, Eduardo?...

—Yo también: el aire de este país me parece muy bueno.

—Y tú, Robineau, ¿no tienes apetito?

Robineau tiró á Alfredo del brazo, diciéndole á media voz:

—No me llamo ya Robineau, amigo mío, sabes muy bien que no es ese mi nombre... sino el de Julio de la Roca Negra.

—¡Diablo!... en eso estoy pensando... en fin, caballero Julio Robineau de la Roca Negra, ¿no estais dispuesto á sentaros á la mesa?...

—Amigo mío, hasta que no llegue á mi quinta, no tendré apetito.

—He ahí un palacio que te hará contraer una enfermedad, ¡pobre joven!...

Los tres amigos habían entrado en el comedor: el ruido de su conversacion hizo levantar la cabeza al extranjero, que los miró sin moverse.

—¡Señores!... ¡señores!... gritó Robineau que acababa de ver al desconocido, no podemos permanecer en esta sala... una gente como nosotros... no veis... la compañía es graciosa...

Alfredo se levantó diciendo:

—Cuando viajo soy filósofo, y con tal que la comida sea buena...

Robineau gritó, llamó y metió tanto ruido, que el huésped acudió con la gorra en la mano:

—Dadnos una habitación particular... me parece que debíais ser mas atento, señor posadero, y no mezclarnos con... todo el mundo...

—Os están preparando la mesa en el piso principal, caballeros. ¡y si queréis subir!...

—Si por cierto.

—¿Pernoctarán vds. aquí?

—No, no; vamos á dormir á mi posesion de la Roca Negra.

Al oír el nombre de la Roca Negra, el extranjero levantó los ojos, y miró con atención á Robineau que prosiguió:

—¿Conoceis esa quinta, señor posadero?

—La *Roca Negra*, no señor; conozco la aldea de la *Roca Blanca*, que está situada cerca de dos leguas de aquí.

—Sin duda, dijo Alfredo riéndose, ha habido equivocación, y de lo que eres señor, es de la Roca Blanca.

—Tengo mis títulos, y estoy muy seguro de que es *Negra*... ¿Qué tal son las propiedades en la Roca Blanca?

—Caballero, la mayor parte de los habitantes viven en cuevas, en una especie de cavernas abiertas en la peña.

—Ya veis señores, que esto no se asemeja: cuevas... cavernas... y yo tengo un palacio magnífico... ¿Espero que conoceréis la ciudad de Saint-Amand?

—¿A Saint-Amand Talende? Si señor: dista cuatro leguas largas de aquí.

—Pues bien, mi quinta está en las inmediaciones... debe verse desde lejos, por que...

—¡Por Dios!... gritó Alfredo, vamos á sentarnos á la mesa... ya se me ha indigestado la quinta antes de llegar á ella.

—Si, si, no permanezcamos aquí: y al decir esto, Robineau dirigió una mirada de desprecio al extranjero, que lejos de bajar la cabeza, frunció las cejas, y siguió con la vista al señor de la Roca Negra. Este se apresuró á salir del comedor y dijo al posadero:

—¿Por qué teneis ese especie de gente en vuestra casa?...

—¿Cómo quien, caballero!...

—¡Pardiez!... como ese mendigo que estaba sentado en vuestro comedor, y que ni aun siquiera se ha levantado cuando hemos entrado.

—No es un mendigo, caballero, es un viajero.

—Pues bien, el viajero es decente... su aire es además muy insolente, y si no hubiese tenido miedo... de comprometerme, le hubiera enseñado que no se mira así á un hombre como yo.

—Robineau, te suplico que no hagas el malvado, dijo Alfredo sentándose á la mesa: desde que tienes una quinta, todo lo quieres avasallar... ¿crees que las riquezas dan derecho para hacer el amo en todas partes?...

—No se trata de eso: quiero únicamente que guarden atenciones conmigo... me parece que no es exigir demasiado...

—Pero vos, caballero Julio, dijo Eduardo, ¿habéis sido comedido con ese pobre hombre?... En cuanto le habéis visto, habéis querido salir del comedor... habrá notado las miradas de desprecio que le habéis dirigido... Los desgraciados son mas susceptibles que los demás, porque á cada momento temen humillaciones.

—Vamos, no nos ocupemos mas de ese hombre. Yo tengo en mi cabeza demasiadas cosas para fijar la atención en semejantes personas. Comamos pronto, para llegar cuanto antes á mi casa.

—Ahógate, si quieres; yo voy á comer tranquilamente. Piensa que no son mas que las dos, y tenemos tiempo...

—¡Y por qué hemos de ir á pie!... conservemos el carruaje, y que nos busquen otros caballos.

—Estamos ya cansados de carruaje: ¿no es mucho mas agradable andar las dos ó tres leguas que nos faltan paseándonos, admirando el país... las aldeanas?... porque al fin bueno es saber con qué gentes tenemos que entendernos...

—Entonces, dejaremos mi silla y los equipages aquí, y mañana enviaré por ellos á mis criados... á pesar de eso, señores, voy á hacer que se adelante Francisco, para que nos tengan preparadas las habitaciones...

—Envíale si quieres.

Robineau se levantó de la mesa, fue á buscar á su criado, y llamándole aparte le dijo: —Francisco, vas á adelantarte á mi quinta.

—Si señor: —¿Por dónde se va?

—Toma el camino de Saint-Amand, y allí pregunta: debe ser muy conocida.

—Si señor. Yo la buscaré.

—Dirás al conserje que su nuevo amo va á llegar con dos señoritos amigos suyos.

—Si señor.

—Le dirás que lo tenga todo preparado para recibirnos... dignamente.

—Si señor... le diré que haga las camas...

—Le harás entender... como si saliese de ti, que yo no soy insensible á los cumplidos... y que debería dirigirme una arenga...

—Si señor, le diré que me habéis dicho que sereis sensible á una arenga.

—No, imbécil, no le digas que yo lo he dicho, sino que tú lo has adivinado.

—Ya lo entiendo, señor.

—En seguida, Francisco, irás á las inmediaciones á casa de todos los aldeanos... les participarás también mi llegada... y les harás comprender que soy muy rico... muy grande...

—¿Es preciso decir que sois grande?
—Es decir generoso... que tengo intencion de dar dotes.

—Si señor, les diré que quereis hacerles hacer coronas para dotar las jóvenes.

—Y que si me llevan ramilletes... me salen á recibir con danzas, aclamaciones, y disparando tiros al aire, eso me complacerá en extremo.

—Bien, señor, voy á decirles que quereis un festejo, sin saberlo.

—Sí, eso es: en fin, Francisco, pon á todo el mundo en movimiento.

—Si señor, estad tranquilo: quedareis contento.

Francisco salió para dirigirse á la Roca Negra, y Robineau, encantado de su idea, volvió á subir frotándose las manos á donde estaban sus compañeros, y tanta prisa les dió, que al fin dejaron la mesa, y bajaron al patio del parador: el extranjero se hallaba allí arreglando su pipa.

—Marchemos, dijo Robineau; señor posadero, os dejamos mi silla de viage, nuestras maletas y equipages. Francisco, mi ayuda de cámara, volverá mañana á buscarlo todo con un caballo para llevar el carruaje: estos cabaleros quieren ir paseándose.

—Vais á ver un pais hermoso, señores...

—Sí, pero ahora necesitamos saber por donde debemos ir.

—Hay en las montañas un buen camino de travesía que conduce á San Saturnino, que solo dista media legua de Saint-Amand... en seguida se encuentra la carretera de Issoire y Saint-Flour.

—No, no, nada de caminos reales, dijo Eduardo, deseamos sitios pintorescos, variados y hasta terribles...

—Un instante, señores: yo no quiero andar por el borde de precipicios... seria mas prudente tomar un guia que nos condujese por ese pais que no conocemos.

El extranjero que oyó las últimas palabras de Robineau, se acercó bruscamente á los tres jóvenes, y sin quitarse el sombrero les dijo:—Si os hace falta un guia, puedo servirlos, caballeros, porque hace ocho dias no hago mas que pasearme por estas inmediaciones, y comienzo á conocerlas.

Alfredo y Eduardo se quedaron indecisos, pero Robineau á quien la figura del extranjero desagradaba en extremo, se apresuró á contestar.

—No, no, no queremos á nadie; me chanceaba, somos ya grandecitos para buscar el camino por nosotros mismos.

—Como gusteis, contestó el extranjero, y poniéndose la pipa en la boca, se alejó del parador. Los tres jóvenes, despues de recomendar sus efectos al posadero, dejaron á Clermont, y tomaron el camino de travesía que les habian dicho conducía á Saint-Amand.

CAPITULO VII.

Viage por las montañas.

Los viajeros salieron de Clermont y siguieron primero el camino que les habian indicado, y que debia conducirlos á la ciudad de Saint-Amand: mas apenas habrian andado media legua por las montañas, cuando el deseo de gozar de un hermoso punto de vista y de trepar á una roca, ó de tomar un sendero mas pintoresco, les hizo desviarse insensiblemente de la direccion que debian seguir. En vano Robineau, que no participaba del entusiasmo que aquellos hermosos sitios inspiraban á sus compañeros, se detuvo con frecuencia y les dijo: Señores, no es por aqui, os apartais de la senda... perdemos el camino... andaremos cien veces mas de lo necesario.

Alfredo y Eduardo no le escuchaban, continuaban avanzando á la carrera, y deteniéndose luego con éstasis en la cima de un monte exclamaban:—¡Qué pais tan pintoresco!... ¡qué naturaleza tan variada!... Aquí pe-

ñascos escarpados, montañas áridas, un terreno calcaroso, productos volcánicos... á nuestros pies praderas cubiertas de verde, viñedos, tierras de labor, árboles cargados de frutas...

—Subamos, dijo Eduardo, á la cima de esa montaña, me parece ver las espigas del trigo...

—Seria muy curioso...

—Es necesario verlo, dijo Alfredo siguiendo á Eduardo, y ambos treparon por los peñascos corriendo, saltando y riéndose, mientras Robineau, que se habia quedado abajo, hacia un gesto espantoso, y decia:—Me parece, señores, que mi palacio no está situado tan arriba... Cuando estamos establecidos en mi casa, tendreis todo el tiempo que gustareis para hacer escursiones por las cercanías... no es cómodo ni prudente trepar á tan grande altura...

Los dos amigos proseguian subiendo: llegaron á la meseta, que tendria como una legua de estension, y que efectivamente se encontraba sembrada de trigo. Sumamente complacidos con tan magnífica situación, Alfredo y Eduardo se pararon; ¡eran dichosos!... cuando se experimenta una sensacion de felicidad, se procura prolongarla el mayor tiempo posible, y conservarla en el alma... Es tan raro que uno sea feliz con lo presente... casi siempre todas nuestras ilusiones tienen por objeto el porvenir...

Robineau se sentó triste y pensativo en la punta de un peñasco, y miró á sus compañeros que se hallaban á mas de ciento cuarenta pies por encima de él. Alfredo le hizo seña de que fuese á reunirse con ellos, y le gritaba: ¡sube!... ¡sube!... esto es magnífico... se descubre todo el pais...

—¿Y se vé mi palacio? contestó Robineau.

—Vemos una docena de ellos.

Estas palabras decidieron al novel señor á trepar por la montaña: llegó sudando y miró en derredor suyo enjugándose la frente.

—Y bien, le dijo Alfredo, ¿no estás contento de haber subido?

—Decid, caballero Julio, ¿no merece esto el trabajo de fatigarse un poco?

—Señores, es bonito... convengo en ello... se descubre mucho... pero en el *Diorama* de los señores Daguerre y Bouton, he visto tanto como aqui.

—Amigo mio, el *Diorama* es seguramente una cosa sorprendente, es imposible llevar mas lejos la ilusion y la perfeccion de los pormenores, pero el arte no debe impedir el que se admire la naturaleza.

—Direis cuanto querais, señores, pero yo prefiero el diorama; al menos me esplican lo que veo, pero aqui, no sé lo que miro... allá abajo se descubre una aldea... pues no sé cual es.

—¡Mira!... ¡mira!... aqui llega un buen aldeano que será nuestro cicerone.

Acercábase, en efecto, un aldeano con la azada al hombro. Disponíase á bajar la montaña: Alfredo le llamó, y el labrador acudió haciéndoles un saludo. Son mucho mas corteses en Auvernia que en las cercanías de Paris.

—Buen hombre, ¿quereis tener la bondad de decirnos que pueblecito es ese que se vé ahí abajo... entre dos rios?

—Es Saint-Amand... poblacion muy bonita... ese riachuelo que veis por aqui, es el Veyre que nace en Pagnia, aldea que está mas abajo: se reúne con el Mone, y ambos desaguan en el Allier. El Mone viene de San Saturnino, á una media legua de Saint-Amand. Mirad á la punta de mi dedo.

—¿Es aquello San Saturnino?

—Es pueblo grande... antiguamente fué ciudad... y aun estuvo fortificada...

—¿Y hay por alli algun castillo ó palacio? preguntó Robineau.

—Sí, señor, Pagnia tiene castillo.

—Que se llama la Roca Negra...

—No señor, no; es el castillo de San Saturnino.

—¿Y la Roca Negra en dónde está?

—La Roca Blanca, querreis decir sin duda... es una aldeita situada allá abajo.

—No os hablo de vuestra Roca Blanca... Estos auverneses son extraordinarios... quieren que lo negro y lo blanco sean una misma cosa...

—Pues señor, entonces no conocemos...

—¿Y por ese otro lado?

—Ese, señor, es el lugar de Chanonat.

—¡Chanonat!... ¡en donde nació Delille!... exclamó Eduardo.

—¡Delille! contestó el labrador, ¡no os podemos, decir señor!... ¿Que hacia ese Delille?... ¿tenia viñas?... ¿hacia vino?...

—No, buen hombre, hacia cosas mejores que esas... era poeta... amaba el campo, y cual nuevo Virgilio, en hermosos versos cantó la agricultura...

—No le hemos conocido, señor.

Robineau se volvió encogiéndose de hombros y diciendo:—¡Qué necias son las personas de talento! Ir á hablar de poetas á ese aldeano que no conoce mas que sus gallinas, su muger y sus hijos!... Jamás haré yo una sandez semejante.

Acercándose luego al labrador le dijo:—Querido amigo, estos señores os han hecho nombrar todas las cercanías, lo cual está muy bien: pero no piensan en lo mas esencial, que es preguntaros por el camino mas corto para llegar á Saint-Amand, y por consiguiente á mi palacio que se halla en sus inmediaciones.

—Señores, vuestro camino es bajar primero; seguireis luego á la izquierda... vereis el Crest, y de allí Saint-Amand, no está lejos.. Buenas tardes, señores.

—Gracias, buen hombre.

El aldeano se alejó, Robineau miró su reloj y dijo:—Vamos, señores, en marcha; ¿sabeis qué hora es ya? las cinco y media.

—Ahora dura el dia hasta mas de las ocho.

—Segun los caminos..... además, todavia no hemos llegado.

—¡Adios, sitio encantador!... dijo Eduardo suspirando: ¡con cuánto placer hubiera visto desde aquí ponerse el sol!...

—Eso es... y nosotros dormiríamos al raso...

—Verdaderamente este sitio me inspiraba... hubiera hecho algunos versos sobre él.

—Otra vez hareis un poema, mi querido Eduardo: volvereis aquí y mirareis el sol, la luna y todo lo que os agrada: mas por el pronto os suplico que vayamos á buscar mi palacio, por el cual comienzo ya á inquietarme.

Diciendo esto, Robineau asió del brazo á Eduardo y le llevó detras de sí: llamó á Alfredo y quiso tambien darle el brazo.

—¿Y por qué diablos nos hemos de agarrar así? dijo Alfredo desprendiéndose del brazo de Robineau.

—Amigo mio, porque yendo tres unidos, no es tan fácil el deslizarse y caer.

—¿Pues qué te parece que ha helado?... Di mas bien que temes nos escapemos.

—¿Y aun cuando así fuese, señores, no es natural que tenga impaciencia por conocer mi propiedad?

—¿Qué importa que sea algunas horas mas pronto ó mas tarde?

—Querido Alfredo, hablas como quien tiene cien mil libras de renta y está habituado á la fortuna... y aun fastidiado de los goces que proporciona: pero yo soy todavía nuevo en ese estado, anhelo ser dichoso, y para mi, los mejores sitios, los puntos de vista mas maravillosos, no tendrían el encanto que me hará experimentar el aspecto de la finca que acabo de comprar.

—Comprendo muy bien todo eso, dijo Eduardo; vamos, caballeros, adelante.

Marcharon sin detenerse algun tiempo, pero no tardó en presentarse un sendero tortuoso, entre rocas que parecían cortadas á pico, sobre las cuales se veían algunas cabras que atravesaban rápidamente de un salto un espacio considerable, y se quedaban por un momento

inmóviles al borde del precipicio: Eduardo no pudo menos de detenerse para examinar aquel cuadro.

—Señores, dijo, es necesario convenir en que esto es soberbio... que este agreste sitio tiene algo de magestuoso... Se cree uno aquí bien distante del mundo...

—Lo estamos, en efecto, porque no veo á nadie ni descubro ninguna habitacion, dijo Robineau, mirando tristemente en derredor suyo.

—Este sendero estrecho entre esos peñascos tiene un no sé qué de grandioso... de antiguo... me traslada á otros siglos... me parece que voy á ver á Edipo y á Laio encontrarse en este fatal camino...

—¡Ah! si tropezamos con los griegos, no nos libraremos tan fácilmente de ellos, dijo Robineau golpeando el suelo con el pie, con la mayor impaciencia.

—Yo, señores, dijo Alfredo, creo que seria muy delicioso pasearse por aquí con una muchacha hermosa.... hace ya un cuarto de hora que no hemos encontrado á nadie... Eso es encantador. Cuando se llega á un sitio que deleita, se puede parar, abrazarse y estasiarse con las bellezas de la naturaleza, sin temor de ser sorprendido como en los campos inmediatos á París, en donde los malditos lugareños salen de un terreno sembrado de patatas cuando menos lo esperais. Dime, ¿no eres de mi opinion, Robineau? ¡Si tuvieras aquí á Fífina!...

—Si tuviese á Fífina, al menos la haria andar, y no se detendria á cada instante para mirar un poco de musgo ó una piedra desgajada que amenaza caer y aplastarnos las narices.

—¿Con que Fífina no es romántica? Sin embargo, amigo mio, á las señoras por lo general, las gusta mucho conversar de amor al aire libre... el cespéd, las hojas, un sitio frondoso, sombrío, inspira, conmueve y enternece; á mí el aire del campo me hace enamorar de un modo prodigioso.

—¿Qué niños sois, señores!...

—¡Y ojalá pudiéramos serlo largo tiempo!... las sensaciones mas dulces son siempre las que nos recuerdan nuestra edad juvenil...

—Avancemos, señores, avancemos os suplico.... no veo nada interesante en este sendero pedregoso. Y bien, caballero Eduardo, ¿qué es lo que mirais en el aire?

—¿Pues qué, no veis aquella cabra colocada en el borde del precipicio?... parece que apenas toca el suelo con sus pies... y alargando la cabeza examina sin temblar el espacio inmenso sobre el que parece se halla suspendida...

—Señores, eso ya es demasiado... Como si no hubiésemos visto jamás cabras... Perder el tiempo en mirarlas... ¡Pardiez! pues no son distintas de las que hay en el jardín de las Plantas... y aun no son tan hermosas... y por fin, si viérais un oso ó un leon no me estrañaria que os admiráreis.

—Estoy seguro de que tú no te pararias á mirarlos.

—¡Maldito camino! ¿cuándo concluirá? ¿si el aldeano nos habrá engañado, y dado mal las señas?... ¿Concluirémos por perdernos en estas montañas?... Ahora siento no haber tomado un guia.

—Tú tienes la culpa; ¿por qué rehusaste los ofrecimientos de aquel hombre que nos queria servir?

—¿De quién?... ¿de aquel mendigo... de aquel miserable... que ni siquiera se quitó el sombrero para hablarnos?

—¿Y un guia necesita haber recibido buena educacion?

—Al menos necesita no tener las apariencias de un bandido. No observáteis las miradas de reojo que nos dirigia... y luego aquel baston tan grueso que llevaba en la mano...

—¡Cómo!... éramos tres, y has tenido miedo de aquel hombre...

—No, no se trata de miedo. ¿Pero quién os asegura que aquel hombre no tiene compañeros en las montañas? Nos habria llevado á donde hubiera querido, y de repente nos hubiéramos visto acometidos por otros doce individuos de su misma catadura, ó quizá peor.

—¡Ah! ¡pobre Robineau!... ya veo que no darás tú la vuelta al mundo paseándote.

—Confieso, á fé mia, que me gusta mas viajar en carruaje que á pie, al menos se adelanta camino... pero con vosotros es preciso detenerse á cada instante... y á todo esto, yo no veo mi palacio; van á dar las siete, y comienzo á sentir cansancio.

—Y yo hambre, dijo Alfredo: ya veo que el aire de estas montañas es bueno para la digestion.

Los dos amigos no pudieron menos de reirse de la cara de Robineau, que exhalaba suspiros en derredor suyo. Sin embargo, aceleraron el paso, salieron del desfiladero, vieron un lugarcillo á la orilla de un lago, y se dirigieron hácia él.

—Vamos á ese pueblo á informarnos de mi palacio, dijo Robineau.

—Y tambien á comer, añadió Alfredo, porque el paseo que hemos dado me ha escitado el apetito.

—Bueno está el paseo; lo menos hemos andado seis leguas con los rodeos.

Acercáronse á la orilla del lago junto al cual se hallaba situada la aldea: habia varios hombres sentados á la puerta de las chozas, las viejas hilaban, las jóvenes cosían, y los chiquillos jugaban y se revolcaban por el suelo.

—Son un poco morenas, dijo Alfredo examinando á las jóvenes, pero á pesar de eso no me parecen mal; sus ojos son muy vivos, y los dientes blancos; su adorno y su peinado es original: con ese sombrerillo de paja caído hácia atrás, se asemejan á las inglesas. Vamos, señores, avancemos; no creo haya ahí posadas; es, pues, preciso, como hacian los caballeros antiguos, pedir hospitalidad á esas buenas gentes... con la diferencia, de que nosotros pagaremos lo que tomemos, lo cual no será quizá tan caballeresco, pero me parece mas natural.

Entraron en una casita de las que tenían mejor apariencia, y los habitantes miraban á los tres jóvenes con una curiosidad mezclada de benevolencia y honradez.

—¿Podeis darnos alguna cosa que comer? dijo Alfredo; por supuesto pagándola.

—Si señor, al momento; y aun cuando no la pagáseis seria igual.

—Caballeros, dijo Eduardo, ya veis que todavía se ejerce la hospitalidad... estas buenas gentes no nos conocen, y nos darian de comer gratis...

—Porque ven muy bien que pagaremos; dijo Robineau.

—Pues segun eso, caballero Julio, ¿no creéis en la virtud de los antiguos patriarcas?

—Señores, creeré todo cuanto queráis en cuanto vea mi palacio. Buenas gentes, decidme si os agrada en donde nos hallamos.

—En Ayda, señor.

—¿Y está muy lejos Saint-Amand?

—Dos leguas largas, señor.

—Lo cual prueba, que á pesar de lo que hemos andado, no hemos avanzado mucho... á la mesa, señores....

Pusieron en la mesa huevos, cuajada, queso, leche, y frutas: los tres jóvenes se sentaron en unos banquillos, y los aldeanos permanecieron en pie alrededor suyo; en vano Alfredo les invitó á sentarse; los buenos auverneses no quisieron obedecerle, y Robineau dijo para sí: eso es muy bueno; estas gentes tienen mucho respeto; estoy contentísimo de haber comprado mi propiedad en Auvernia.

Dos jóvenes de quince á diez y seis años servían á los viajeros, les echaban de beber, y se apresuraban á presentarles frutas, pan y leche, con la sonrisa en los labios, y haciéndoles una reverencia.

—Son muy garbosas, dijo Alfredo, y me parece que es mucho mejor tener detrás de sí tan amables niñas, y encontrar sin cesar una sonrisa en sus amables fisonomías, que el ver asomar por encima de los hombros una docena de criados curiosos y charlatanes. Mira, Robineau, te aconsejo que solo admitas en tu casa mucha-

chas como estas; te verás servido como un sultan...

—No mirais las cosas mas que superficialmente.... yo no puedo tener por cochero, jokey, y ayuda de cámara á una muger. ¡Estaría gracioso un cochero con jubon!...

—Pues vistelas de hombre.

—Ay, no, dijo Eduardo; ¡están tan bien así!....

Solo lo verdadero es hermoso, solo lo verdadero es amable.

—Lo que seria mucho mejor, dijo Robineau tomando un cuenco de leche, seria haber llegado ya. Decidme, señor auvernés, conoceis en estas inmediaciones la posesion de la Roca Negra?

El aldeano á quien Robineau se dirigió, reflexionó algun tiempo, y luego contestó:

—Si, señor... la Roca Negra... la conocemos bien....

—La conoce, exclamó Robineau, y en su trasporte de júbilo, alzó las manos hácia el cielo y roció la cara de Alfredo con la mayor parte de la leche que contenia el tazon que tenia en la mano.

—Lleve el diablo á ti y á tu palacio... gritó Alfredo levantándose de la mesa para quitarse la corbata empapada en leche, mientras Eduardo se reía á carcajadas.

—Amigo mio, te pido perdon, dijo Robineau: pero verdaderamente comenzaba á inquietarme ya por mi palacio. Este buen hombre me ha vuelto la vida.

—¿Pues qué temías que tu casa hubiese volado?

—Te daré otra corbata, Alfredo. Y decidme, respetable aldeano, que conoceis la Roca Negra, ¿es buena propiedad?

—Si, señor, es bien grande: es una especie de castillo, segun dicen, que tiene todavía torreones: se dice que en tiempos antiguos se defendieron en él y le sitiaron...

—¿Le pusieron sitio?... exclamó Robineau levantándose y derribando el banco para colocarse junto al labrador:—amigo mio, he ahí un escudo de cien sueldos; decidme, os suplico, cuanto sepais acerca de la Roca Negra.

—Seguramente sois bien generoso, señor...

—Soy algo mas que eso, soy el propietario, el nuevo señor del castillo á que me asegurais pusieron sitio... Os prometo que todavía se harán en él cosas extraordinarias... daré justas, torneos, y... Pero volvamos á mi posesion: ¿se vé desde lejos?

—Si, señor, se halla en una altura.

—¿Con que está situado en una altura?... eso es encantador... ¿y el parque... y los jardines?...

—El parque es todavía grande, segun dicen... yo no le conozco, pero he entrado una vez en los jardines.... ¡Oh! ¡es magnífico!... tiene fuentes de mármol, que están un poco deterioradas, pero es igual... y luego soberbias *estátuas* de hombres y mugeres enteramente desnudas, que causan miedo...

—¿Con que hay *estátuas*?... y Robineau apretó la mano al aldeano, y le habria abrazado si no hubiera temido comprometer su nueva dignidad. Procuró calmarse y replicó: ahora, buen aldeano, vamos á lo mas esencial: ¿hácia qué lado está mi palacio?

—La Roca Negra, señor, está cerca de una legua de Saint-Amand.

—Pues hallándose este lugar á dos leguas de esa poblacion, no estaremos mas que á una de mi posesion.

—Perdonadme, señor... estais mucho mas lejos... porque la Roca Negra no está por este lado. Si venis de Clermont, no habeis tomado el camino mas recto para llegar á ella.

—Ya estaba yo persuadido de eso... ¡nos hemos perdido!... ¿lo ois, caballeros?

Robineau se volvió hácia sus compañeros, pero estos habian salido de la casa mientras hablaba con el aldeano.

—Vamos... apuesto á que han ido á pasearse... se han propuesto hacerme morir de disgusto... pero al menos, ya estoy un poco mas tranquilo en cuanto á mi propiedad... en fin, buen hombre, ¿á qué distancia nos encontramos de la Roca Negra?

—A unas tres leguas, señor.

—Todavía tres leguas.... ¿y qué camino debemos tomar?

—Ahora por las trochas... es necesario llegar á Chadrat; luego vereis á Saint-Amand, y despues encontrareis lo que buskais.



Alfred de Marcey y Eduardo de Beaumont, amigos de Robineau.

—Si lo encontramos antes de la noche, seremos muy afortunados. Ahora vamos á buscar á esos caballeros, y en marcha.

Robineau salió de la casa, preguntando á los aldeanos la direccion que habian tomado sus compañeros: indicáronle que hacía las orillas del lago; corrió á ellas, y no tardó en ver á Eduardo, sentado y escribiendo con un lapicero en su libro de memorias, mientras un poco mas allá, Alfredo bailaba con una jóven, al son de un pífano que tocaba un muchacho.

—En marcha, señores, gritó Robineau, bien pronto será de noche; pero Alfredo continuó bailando, y Eduardo escribiendo.

—¡Tienen el demonio en el cuerpo!... dijo Robineau, que se acercó á Eduardo y le dió un golpecito en el hombro, en el momento en que volvía á leer lo que habia escrito.

—Caballero Eduardo, es preciso proseguir nuestro camino. Eduardo levantó los ojos, miró á Robineau y exclamó:

«¡Cuánto amo esta mansion, junto á su onda pura, cuán dulce es al anochecer, admirar la naturaleza!...»

—Os digo que va á hacerse de noche.

«Nacido bajo un humilde techo, el habitante de estos sitios vé con indiferencia esos soberbios montes.

—Tenemos que andar todavía tres leguas por los soberbios montes, caballero.

«Mas para un corazon sensible á la melancolia, este sitio romántico se halla lleno de poesia. Esos riscos escarpados, esos cristalinos arroyuelos, esos senderos tortuosos, esas flexibles cañas...

—Van á dar las ocho, y nos romperemos la cabeza en los senderos tortuosos.

«Todo me agita, me conmueve, y este sitio agreste

habla un nuevo lenguaje á mis sentidos asombrados.»

—¡Ah!... por ahora, si los arroyuelos os hablan, es una mala chanza, caballero Eduardo.

—Pues bien, querido Julio, ¿qué decis de estos conceptos?... le replicó Eduardo levantándose, y guardando el librito en el bolsillo.

—Digo que son deliciosos, admirables... pero con ellos nos haremos pasar la noche en estas montañas, lo que de modo alguno me divertiría...

—¿Quereis que os los vuelva á leer?

—No. Quiero marchar; ¿y ese Alfredo que baila como un loco?... Un hombre de su rango, un baron, dar cabriolas con una sucia auvernesa... Alfredo... Alfredo...

—Un minuto: me enseña un paso, dijo Alfredo continuando el baile, y sosteniendo á la jóven entre sus brazos. En fin, concluyó la danza, Alfredo abrazó á la aldeana, y volvió á donde estaban sus compañeros diciendo:—Señores, la danza auvernesa no es ligera ni aérea, pero os aseguro que tiene su mérito. Asi es, querido Robineau, que prometo hacer saltar á todas tus vasallas.

—¿Habeis concluido, señores?

—Si, estamos prontos á seguirte.

—¡Oblemos el paso os suplico: este camino debe conducirnos á Chadrat, y desde alli, si Dios quiere, iremos á la Roca Negra.

Los tres viajeros saludaron á los habitantes de la aldea, y volvieron á emprender la marcha: Alfredo repitiendo los pasos del baile, Eduardo leyendo en su librito, y Robineau mirando á cada instante su reloj.

CAPITULO VIII.

La Casa Blanca.

Ya hacia largo tiempo que caminaban por las montañas, y se veia á lo lejos un pueblecillo, pero comenzaba á cerrar la noche: Alfredo se veia precisado á suspender el baile por no esponerse á caer en un barranco, Eduardo no podia ya leer, ni Robineau mirar la hora en su reloj: bien pronto no les fué posible distinguir ni aun el lugarejo á que se dirigian. Entonces Robineau se desesperó, Alfredo reia, y Eduardo declamaba.

—Habia previsto lo que nos sucede, dijo Robineau exhalando un profundo gemido. ¡Ya se ha hecho de noche, y nos hallamos en medio de las montañas en un pais que no conocemos! A cada paso corremos riesgo de caer en un precipicio, ó por lo menos á rodar por una pendiente demasiado elevada... en vez de encontrar mi palacio, quizá nos vamos alejando de él... ¿y eso os hace reir, señores? en verdad que no lo concibo.

—¿Quereis que llóremos, Robineau? ¿te gustaria eso? Vamos, castellano de la Roca Negra, recobra tu noble valor... cuando se vá á habitar un antiguo castillo, es necesario el corazon de un pa'adin: ¿no es asi, Eduardo?..

Eduardo solo contestó declamando:

«Todo reposa en las tinieblas y so'o Idamora, de los muros de Benarés se aleja antes de la aurora; ¿cual es ese antiguo bosque á donde vuestros pasos me han conducido? pero ya diviso un templo, y el astro de la noche...»

—¿Veis un templo? dijo Robineau; ¿en dónde está? yo no descubro nada absolutamente.

—¡Ah! ¡ah! ¡ah! ¿pues qué, Robineau, no reconoces los hermosos versos de Casimiro Delavigne? ¿no ves que Eduardo te declama el *Paria*?

—A fé mia, señores, que no pensaba el que ahora se os ocurriese el representar tragedias... Está eso bueno por cierto... no sabeis lo que perdeis con no llegar esta noche á mi posesion... ¿Creeis que el conserje nos habria recibido sencillamente? Pues hubiérais visto lo contrario... ¡y los ramilletes... las danzas... las felicitaciones que nos aguardaban!... todo eso nos va á faltar.

—Pero cómo sabeis que nos recibiria de ese modo? dijo Eduardo.

—Efectivamente, ya lo adivino, contestó Alfredo. Francisco no se ha adelantado, solo por anticiparse.... Lo comprendo... Robineau ha mandado que se le haga un recibimiento espontáneo... y que le sorprendan con los gritos de *viva monseñor*, y con petardos, á imitación de los festejos populares...

—No, señores, no; yo no he mandado nada; pero conozco el celo de Francisco, no habría ocultado que iba á llegar, y me parece muy natural el creer que eso debe producir alguna sensación en el país.

—Pues bien, consuélate; si no llegamos hasta mañana la fiesta no por eso se habrá suspendido, antes por el contrario será mejor, pues tendrán mas tiempo para prepararla, ensayar cumpimientos y lavarse y afeitarse: es verdad que si hay fuegos artificiales lucirán menos con la luz del sol, pero así se acostumbraba en la China, y para el señor de la Roca Negra, no puede serle desagradable el asemejarse en algun modo á un gran mandarin.

—¡Pobre Francisco! Qué inquietud experimentará al ver que no llegamos... ¿No pensais así, señores?

—Querido Robineau, no es por Francisco por lo que te hallas tan disgustado... pero en fin no está perdido todo; á alguna parte llegaremos...

—Sí, á alguna parte, á alguna sima en donde caeremos sin encontrar una raíz ó rama á que asirnos: ya no se ve nada.

—Viajar de noche por las montañas es mas romancesco; no conoces lo hermoso de nuestra situación.

—No me parece tan lisonjera; ¡y por fin, si tuviésemos armas!... pero os habeis dejado las pistolas en mi silla de posta.

—Solo nos falta un lanzon para parecer caballeros andantes.

—Ni aun tenemos un baston, lo cual valdria mucho mas... caballero Eduardo, ¿en dónde estais? No vayais tan de prisa que os perdereis... no faltaba mas que eso... llegar unos sin otros... yo no puedo andar de prisa cuando no veo claro... ¿eh? caballero Eduardo...

Eduardo se detuvo pronunciando con tono lamentable:

.....¿En dónde estoy?... ¿qué noche cubre con espantoso velo la claridad que huye de nosotros?... ¡esos muros se hallan teñidos de sangre!... veo á las Euménides agitar sus antorchas vengadoras de los parricidas. Parece que el rayo se precipita sobre mí... el infierno se abre...

—¡Caballero Eduardo!... os suplico no tengais chanzas como esa... ¿Qué veis? Al decir esto Robineau alcanzó á Eduardo, y se agarró á su brazo.

—Yo no veo nada absolutamente, os aguardaba; respondió Eduardo con la mayor calma.

—Robineau, el miedo te quita la memoria, ¿pues que no recuerdas lo que tantas veces has oído?

—¡El miedo!... sois muy raros señores... ¿llamais miedo al no querer pasar la noche al raso?... yo no tengo una complexion de hierro... Estoy seguro de que eso me haria daño.

—Pues estás bien gordo y robusto.

—Ese no prueba nada; puede muy bien ser uno grueso y estar delicado. Mirad, agarrémonos los tres del brazo, yo me colocaré en medio y os guiaré.

—¿Tiemblas Robineau?

—Es que tengo frio.

—¡Frio á principios de agosto!...

—En las montañas hiela todo el año.

—¡Ah! ¡ah! eso es muy gracioso.

—Sí, lo es en efecto: ¿por qué me habré fiado de vosotros para llegar á mi palacio?...

—Caballero Julio, *San Gregorio* ha dicho: cuando te suceda una desgracia, examina con cuidado y verás que siempre ha habido falta por tu parte.

—Tenia razon *San Gregorio*... ¡Dios mio!... me parece oír un rugido cerca de nosotros...

—¡Bah! ¡querrás decir un balido!... nos vamos aproximando á una granja.

—O á una caverna...

—¡Victoria!... señores: veo una luz, pequeña en verdad, pero al cabo es una luz.

—Pues yo no veo nada.

—Mira donde señala la punta de mi dedo.

—Tampoco veo tu dedo... ¡ah!... sí, ya la descubro... dirijámonos por ese lado.

—¿Si llegaremos á la casa de algun mónstruo que se alimente con carne humana?...

Robineau que no perdía de vista la luz, grito:—Dos, tres, cuatro, diez luces... nos hemos salvado... es una aldea... es Cha... Cha... ¡Dios mio! ¿cómo han dicho que se llama?



Un poco mas lejos Alfredo baila con una jóven al son de un piano que tocaba un muchacho. —Pág. 32.

—Chadrat.

—Eso es: adelante.

Pasados cinco minutos, los viajeros se encontraban junto á las casas de donde salían las luces, pero no eran mas que unas casucas de tierra y paja, comparadas con las cuales, las casitas de Ayda podían pasar por palacios. Robineau se detuvo y miró con terror á sus compañeros, diciendo en voz baja:—¡Dios mio! ¿en dónde estamos?...

—Ya lo ves, en una aldea.

—¡Pues es bonita la aldea!... mas bien parece que nos encontramos entre salvajes.

—Es cierto que este lugarcillo no me parece rico, pero sus habitantes pueden ser muy buenas gentes.

—Tambien pueden ser otra cosa unas gentes que viven en unas madrigueras como esas...

—Llamemos, pues todavía no duermen, porque se ve luz.

—Un momento, señores, dijo Robineau, deteniendo á Alfredo que se dirigia hácia la mayor de aquellas cabañas, un momento. consultemos primero... ¿es prudente entregarnos de ese modo á los que habitan ahí?...

—Vamos, Robineau, déjanos en paz.

—Al menos, señores, os suplico que guardéis las cadenas de los relojes, y no digais que llevais dinero... la ocasion hace al ladrón.

Alfredo llamó á una puertecita baja y mal ajustada, encima de la cual habia un ahujero que servia de ventana. Tardaron algun tiempo en responder, mas por fin una voz fuerte y bronca preguntó ¿quién es?

—Di que nadie, murmuró Robineau, á quien la voz no tranquilizó en manera alguna.

—Somos tres viajeros que nos hemos extraviado en estas montañas, contestó Alfredo.

—Somos tres mendigos que no tenemos con que cenar, añadió Robineau...

—Robineau, si no callas, te hago rodar por esa colina, le dijo Alfredo incomodado. Como no respondían en la choza, Eduardo se acercó a la puerta y gritó: abridnos, buenas gentes, que os pagaremos vuestro trabajo, y el guía que nos diereis.

—Es decir, que rogaremos a Dios por vosotros, añadió Robineau, porque se nos ha olvidado la bolsa.

Abrióse la puerta, y salió un hombre vestido con pieles de cabra, como los pastores de la Suiza, y miró con aire estúpido a los tres jóvenes.

—¡Dios mío!... ¿qué es eso?... dijo Robineau colocándose detrás de sus compañeros, ¿es un orangután, ó un monedero falso?

El aldeano, después de examinar a los jóvenes en silencio, les señaló la entrada de su cabaña diciendo:—¿Queréis entrar en mi casa, señores?

—Con mucho gusto, contestó Alfredo, y penetró en la choza a donde le siguió Eduardo: entonces Robineau, que no quería quedarse solo, entró también en la morada del pastor.

Lo interior de aquella choza era mas espacioso de lo que se hubiera creído por la parte exterior. Aquella habitación rústica terminaba en punta y recibía la luz por arriba. La habitación estaba dividida en dos, por medio de un tabique formado con maderos y tablas, pero tan mal unidas, que mas bien parecían destinadas a impedir que las paredes cayesen a tierra, que para servir de separación.

En un rincón de la primera pieza había encendida lumbre, y en ella una olla: una mujer como de unos cuarenta años, estaba sentada, ó mas bien acurrucada delante de la lumbre, meneando lo que contenía la olla con una cuchara de madera: cerca de ella había tres muchachos ya crecidos y robustos, puestos de rodillas contemplando lo que había en el fuego: mas lejos, un anciano todavía vigoroso, estaba sentado sobre unos haces de paja y acariciaba a un macho cabrío que tenía a su lado. Una candileja, colocada sobre una mesita de madera, iluminaba débilmente aquel cuadro, porque el humo producido por la lumbre formaba nubes, que se iban disipando lentamente por la abertura que había en la parte superior de la habitación.

Entraron los viajeros y se detuvieron para examinar el cuadro singular que se ofrecía a su vista: los habitantes de la cabaña los miraban también con asombro, pero sin moverse.

—Esto es muy original, dijo Alfredo a sus amigos.

—Es muy feo, añadió Robineau.

Es en extremo pintoresco, y tiene un excelente colorido de localidad, dijo Eduardo.

—Yo no sé si tiene colorido, murmuró Robineau, pero este interior pintoresco huele muy mal.

—Buenas gentes, dijo Alfredo, decidnos si gustais donde nos encontramos.

—En Chadrat, respondió el anciano.

—¡En Chadrat!... exclamó Robineau, hemos llegado ya a Chadrat... ¡y se atraven a llamar pueblo a esto!... no le querría ni aun para mis caballos.

Sin que al parecer oyese a Robineau, el pastor que había entrado con los forasteros hizo una señal imperativa a los muchachos que estaban sentados junto a la lumbre: entonces éstos se decidieron a levantarse, aunque de mala gana, y acercaron a los viajeros, una especie de banquitos de madera.

Sentaos y descansad, señores, dijo el auvernés. Alfredo y Eduardo se sentaron, pero Robineau se quedó de pie, mirando con terror a los tres mozos que se habían levantado, y de reojo la entrada de la cabaña: pero sus compañeros despreciaron las señas que les hacía, y por último, se decidió a sentarse también.

—Hubiéramos deseado llegar esta noche a una pose-

sion llamada la Roca Negra, dijo Alfredo, ¿la conocéis?

Los aldeanos se miraron y menearon negativamente la cabeza.

—¡Pardiez!... ¡pues no quiere que esos rústicos, esos idiotas, tengan noticia de mi palacio! dijo Robineau.

—¿Y a la ciudad de Saint-Amand, la conocéis? preguntó Eduardo.

—¡A Saint-Amand Talende!... Si señor.

—¿Y estamos muy distante de ella?

—No mucho, aunque todavía hay un buen trecho de camino.

—Decidme, buen hombre, ¿esos tres mozos son hijos vuestros?

El aldeano hizo un signo afirmativo.

—Pues bien, como deben conocer a palmos estas montañas, hacenos el favor de dejarnos uno de ellos por guía... ó los tres si quieren, los pagaremos bien.

—Si, dijo Robineau, los pagaremos en la ciudad... allí tenemos mucho dinero...

Los aldeanos se miraron algun tiempo en silencio, y luego el padre dijo a sus hijos: ¿quereis ir muchachos?

Los mozos vacilaron un poco, y por fin, el mayor dijo en voz baja:

—Hay que pasar junto a la Casa Blanca.

—¿Qué es la Casa Blanca? preguntó Alfredo, ¿es alguna posada?

Los aldeanos hicieron señal de que no.

—¿Es una granja, una venta? dijo Eduardo.

Los aldeanos callaron, y Robineau murmuró entre dientes:

—¡Qué avestruces son estos rústicos!...

El anciano se acercó a los viajeros, y los dijo con aire misterioso:

—La Casa Blanca es un sitio por donde no queremos pasar de día, y mucho menos de noche... es un sitio peligroso... siempre ocurren por allí desgracias... es un sitio hechizado... en fin...

—¡Ah! ¡ah! ¡ah!... ¡Cómo!... ¿pues que, buenas gentes, creéis en brujerías? dijo Alfredo, mientras que los aldeanos, sorprendidos de ver que se atreviesen a reír cuando hablaban de la Casa Blanca, dieron algunos pasos hacia atrás, y miraron a los viajeros con una especie de asombro mezclado de espanto.

Robineau que conoció que las gentes de quienes había tenido miedo eran también muy timidas, se levantó bruscamente, y paseándose con paso firme, dijo:

—Pobres aldeanos, ¿cómo llega vuestra necesidad hasta ese punto? ¿Creéis cuentos de magia y de diablos? ¡unos mozos como vosotros de cinco pies y seis pulgadas!... ¡os tengo lástima!... eso me... ¡ay!...

En el calor de su improvisación, Robineau por poco deja caer la olla, y acababa de observar que tenía puestos los pies en los tizones.

—Señores, dijo Eduardo, no me parece sorprendente que los habitantes de una pequeña aldea, situada en medio de las montañas, lejos de los caminos frecuentados, y que todavía conservan las costumbres de la edad primitiva, crean en unos errores de que no hace tanto tiempo nos hemos curado nosotros mismos... ¿y lo estamos aun radicalmente?... En París mismo, en esa ciudad, centro de las luces y de la civilización de nuestro tiempo, la señorita Le Normand ha hecho fortuna, y los que echan cartas, los nigrománticos, reciben numerosas visitas de las clases mas elevadas de la sociedad: los hombres tienen una inclinación decidida al error; los romanos tenían arúspices ó agoreros y sibilas; los griegos, oráculos y pithonisas; los galos, druidas; los egipcios, sus misterios de Isis, de Eleusis, de Apis y de Anubis; y los profetas judíos son muy superiores a todos los mágicos de la edad media. En fin, señores, hombres muy grandes, gentes de talento han sido supersticiosos: y sin creer como Platon en la existencia de los hechiceros, no veo nada de extraordinario en que los habitantes de un miserable lugarejo tengan una debilidad a la que tanta propensión muestran los hombres mas civilizados.

—Mi querido Eduardo, yo no culpo á estas buenas gentes de su ignorancia, ni procuraré curarles de su superstición, porque conceptúo que esto podría dilatarse mucho, pero te haré la observación de que no se trata de saber si todos los pueblos han creído en la magia, sino únicamente de si esos jóvenes que me parecen tener de catorce á diez y seis años, quieren servirnos de guías para que lleguemos esta noche á la ciudad inmediata.

—Si, eso es, dijo Robineau, no se trate de hacer muestra de erudición. Es necesario ir directamente al hecho... Vamos, jóvenes auverneses, queréis conducirnos hasta Saint Amand?... soy el señor de la Roca Negra y os recompensaré magníficamente.

Ni los ruegos, ni las promesas de Robineau pudieron decidir á ningún habitante de la cabaña á servir de guía á los viajeros. El miedo que los infundía la Casa Blanca, por junto á la cual tenían que pasar, era mas fuerte en ellos que su deseo de complacer.

—Pues que estos montañeses, dijo Alfredo, están resueltos á no guiarnos hasta que haya amanecido, solo podemos tomar un partido, y es el de pasar aquí la noche.

—Pasémosla, dijo Eduardo:

«Tengo la placentera promesa de que á media noche el amor me abrirá sin ruido; la puerta de la alcoba de mi querida.»

—Si, si, contestó Robineau, si encontrais aquí una alcoba, sereis bien diestro. A mí, señores, me parece que antes de decidirnos á acostarnos en esta ratonera en donde nos ahogamos, deberíamos buscar otra habitación en la aldea: quizá sus moradores no serán tan pusilánimes ni poltrones como estos.

—Querido mío, ¡todos son tan supersticiosos!... ya ves que esa Casa Blanca es para ellos lo que la Dama Blanca para los habitantes de Flendearg, en el *Monasterio* de Walter Scott.

—No se trata de novelas; no estamos en Escocia: yo no quiero acostarme aquí, y voy á mostraros que sé manejar en lances apurados.

Diciendo estas palabras, Robineau se dirigió hacia la puerta de la cabaña, la abrió, y sacó la cabeza; pero asustado de la profunda oscuridad que reinaba en las montañas, porque no las iluminaba la luna, y no descubriendo ninguna luz en las demas chozas de la aldea, cerró con presteza la puerta, y volvió tristemente á donde estaban sus compañeros diciendo:

—Vamos, puesto que os agrada pernoctar aquí, lo haré yo también. Alfredo preguntó al jefe de la familia si les permitía pasar la noche en su casa. El auvernés, su muger, su padre, y sus hijos, manifestaron á los jóvenes que estaba á su disposición. Nuestros viajeros observaron que si los habitantes de Chadrat eran torpes y estúpidos, parecían en cambio bondadosos, humanos y hospitalarios: virtudes que no siempre se encuentran entre gente fina, de talento, y bien educada.

En cuanto los jóvenes viajeros decidieron pasar la noche en la morada de los auverneses, no pensaron ya mas que en acomodarse del mejor modo posible, y conducirse como si fuesen de la familia. Alfredo y Eduardo tomaron alegremente su partido: reían, cantaban y hablaban con los aldeanos: solo Robineau ponía mal gesto, y todo lo miraba con disgusto.

—¿Cuál es vuestro nombre? preguntó Alfredo al pastor.

—Yo, señor, me llamo Claudio, y mi muger Claudina...

—Y apuesto á que los hijos se llaman Clauditos, dijo Robineau encogiéndose de hombros.

—¿En qué os ocupais?

—Soy pastor...

—¿Y vuestros hijos?

—Cultivan la tierra: labran una pequeña heredad que tenemos cerca de aquí.

—¿Y vuestro padre?

—¡Oh!... ya no hace nada, descansa... mi muger compone la comida y nos la lleva al campo...

—¿Estais contentos con vuestra suerte?

—¡Cómo!... ¿qué decis, señor?...

—Os pregunto si sois felices.

—¿Para qué nos hace falta mas? ¿Tenemos con que comer y vestirnos, una buena choza en que habitar; ¿no es esto bastante?

—Amigo mío, dijo Eduardo á Alfredo; he aquí al hombre en su condición primitiva, sin ambición, sin envidia: la naturaleza no le ha dado mas que inclinaciones sencillas y puras, no vislumbra la felicidad mas allá del lugar en donde ha nacido, y sus deseos jamás pasan de las cimas de las montañas que rodean su habitación. Sostengo que este era el hombre que Diógenes quería encontrar, pero que buscaba en vano en un pueblo entregado á los placeres, refinado en sus gustos, y esclavo de sus pasiones.

—Si es el hombre de Diógenes, dijo Robineau mecándose en su banco, es por cierto pulcro y elegante....

—¿Qué hay en esa olla? preguntó Alfredo; sin duda será vuestra cena.

—Si señor, es la cena.

—Pues bien, amigos míos, la comeremos con vosotros: ya hemos cenado en Ayda, pero es igual; cenaremos otra vez, ¿no es verdad, Eduardo?

—Seguramente: haremos compañía á nuestros huéspedes... y luego esa comida tiene para mí un no sé que de picante...

—¡No están disgustados!... dijo Robineau...

Preparada ya la cena, pusieron una cazuela en el suelo, porque siendo la mesa pequeña para que se colocasen todos, los montañeses encontraron mas sencillo sentarse en el suelo. Alfredo y Eduardo hicieron otro tanto, y solo Robineau permaneció en su sitio, diciendo á sus amigos:

—¿Cómo, señores, os poneis en el suelo?...

—¿Y por qué no? dijo Alfredo, es necesario hacer como estas buenas gentes.

—Es el asiento mas natural, dijo Eduardo.

—¡Pareceis salvajes!...

—Amigo mío, los salvajes son los hijos de la naturaleza, y solo nosotros somos los preocupados.

—Entonces, señores, mañana saldré de aquí sin calzones, y diré que es el traje mas natural.

—¡Robineau, es muy diferente!... la decencia ha sido de todos los tiempos... Las hojas de higuera datan de tiempos muy remotos... Además eres muy dueño de enseñar tu trasero á los habitantes de Chadrat, y aun á los de tus estados, si te agrada: como acabas de comprar ese castillo ó palacio, creerán que es un uso antiguo que quieres renovar, y es posible que se decidan á imitarte, lo cual seria en extremo gracioso, particularmente los dias de grande concurrencia.

Durante esta conversación, la dueña de la casa distribuía á todos horteras y cucharas de madera. El abuelo cortaba pedazos de pan negro. A pesar de su repugnancia, Robineau aceptó una hortera, y concluyó por comer como los demas, aunque murmurando que le parecia el caldo muy grueso y salado, y que el vino era muy ágrido. Pero los montañeses no advertían su mal humor, y á cada instante añadían mas cucharadas de sopa á su hortera, á pesar de que gritaba: ¡tengo bastante!... El anciano partió su ración con el macho cabrío que tenía á su lado, y que parecia ser amigo antiguo de la familia.

Durante la cena, Eduardo hizo girar la conversación sobre la Casa Blanca, porque lo poco que de ella habían dicho, excitaba su curiosidad.

—Contadnos, buenas gentes, lo que sepais acerca de ese sitio que tanto os atemoriza, dijo á los montañeses. ¿Desde cuándo esa Casa Blanca es el terror del país?

—Si, contádnoslo, añadió Alfredo; á mí me gustan las historias de aparecidos... eso hace estremecerse... es encantador...

Robineau no dijo nada, pero acercó su banquillo al sitio en donde todos los de aquella reunión formaban círculo.

—Señores, dijo el viejo, no hace mucho tiempo que la Casa Blanca nos hace temblar. Pero antes debo decir que no está muy distante de aquí; se halla situada al pie de la montaña, según se baja por la izquierda. Entrase en un vallecillo muy hermoso en donde hay viñedos, alfalfa, y muy buenos nogales: en medio se ve la Casa Blanca.

—Al menos parece que no ha hecho estéril el terreno... ¿Y á quien pertenece esa casa?...

—Señor, eso es justamente lo que no se sabe... por que desde una veintena de años que hace se encuentra construida, jamás ha sido habitada mas que por el diablo... Figúraos señor, que á unos trescientos pasos de la Casa Blanca, hay una casita muy bonita, una especie de granja, que pertenecía en otro tiempo á uno llamado Andrés Sarpiotte. Este Andrés estaba muy bien, tenía mucho ganado y dinero: tan bien, que edificó esa casa que llamamos la Casa Blanca, porque de recién construida estaba muy bonita, muy blanca, y era mucho mas hermosa que todas las de las inmediaciones. Aunque Andrés Sarpiotte hizo construir la casa con objeto de venderla á quien quisiese comprarla, como es muy grande y tiene una espaciosa huerta con sus tapias, era demasiado cara para nosotros... Andrés tuvo que quedarse con ella, pero se consolaba con su muger, porque Andrés es casado, y su muger acababa justamente de darle un hijo...

—Pero, excelente hombre, me parece que todo eso nada tiene que ver con los terrores de que ese sitio es objeto...

—Sí, señor, sí, todo tiene contacto, y ya llegamos al caso. Una hermosa mañana, se supo en la aldea que la muger de Andrés acababa de tomar un niño para criarlo con el suyo. Era una niña: nadie en el país había visto á sus padres, pero Andrés decía que eran de un poco lejos y que no eran ricos; sin embargo, se observó que la muger de Andrés iba mucho mejor puesta, y que Andrés se cuidaba mas y trabajaba menos. Como estaba en su época de suerte, vendió su Casa Blanca á un extranjero que viajaba por este país: la escritura se otorgó ante el notario de Saint-Amand. Aquel caballero se llamaba Gervais, según dicen, eso es cuanto se pudo saber; pero escuchad lo mas asombroso: aquel caballero trajo muebles y cuanto hacia falta en la casa, pero jamás la habitó: se marchó al momento y no se le ha vuelto á ver... lo cual hace pensar que el diablo se había apoderado de la maldita casa, y que el pobre comprador viendo eso se propuso no volver á ella.

Sin embargo, todavía no se notaba nada en el país, solamente se extrañaba que el dueño de la casa no viniese nunca á habitar en su propiedad. Trascurre el tiempo, y la niña que Andrés y su muger habían tomado para criar, continuaba siempre con ellos. Al cabo de dos años dijeron que sus padres habían muerto y que la adoptaban por su hija: pero aquella buena acción no les acarreó la felicidad. Murió su propio hijo, y un año después, Andrés, que tenía el defecto de beber con exceso, cayó al volver de las fiestas de Saint Gall, en un barranco, de donde le sacaron sin vida.

Quedaron, pues, solas en la granja, la viuda de Andrés y la pequeña Isaura, que así se llama la niña que habían adoptado. Entonces se comenzó á observar que pasaban en la Casa Blanca cosas extraordinarias. En la casa no había nadie, pero varias veces al pasar junto á ella por la noche, se vieron entrar y salir luces en las habitaciones, y luego se oyeron en la huerta pisadas como de caballos... Ya comprendéis que eso es espantoso. Si hubiese sido que había llegado el dueño de la casa se le habría visto, no se hubiera escondido ni venido de noche... Todo esto comenzó á dar que hablar... á hacer concebir ideas... y luego aquella casa cuyas puertas y ventanas estaban siempre cerradas, pero en la que se oían ruidos sordos y se veía luz, ya conocéis que no era cosa muy clara...

—¿Pero la viuda de Andrés que vivía junto á la

Casa Blanca, debía tener mas miedo que los demás?...

—Nada, señor, y eso era lo que mas nos confundía: cuando se hablaba á la viuda Sarpiotte de aquellos ruidos, de aquellas luces, nos contestaba que éramos unos imbéciles, y que eso no nos importaba.

—¿Parece que la viuda Sarpiotte era animosa?...

—No lo sabemos, señor, pero eso no la impidió ir á reunirse con su marido... doce años mas tarde, es verdad...

—¡Ah!... ¿con qué la dueña de la granja ha muerto también?...

—Sí señor, murió hace unos tres años, dejando por testamento su granja, sus tierras, sus vacas, sus cabras, y en fin, todo cuanto tenía, á la pequeña, Isaura que se hallaba en la edad de quince años...

—¿Y esa joven continúa habitando cerca de la Casa Blanca?

—¡Dios mío!... sí señor, y con tan poco miedo como si viviese en la aldea, y sin embargo, después de la muerte de la viuda de Andrés, se observó que las apariciones eran mas frecuentes en la casa abandonada. Antes solían pasar seis meses sin oír nada: pero ahora, no pasan dos sin que se tenga la seguridad de que por la noche hay gente en la casa: últimamente, Jacabo que pasó por ella la vispera, y que observó que las puertas de los balcones y ventanas estaban cerradas, al volver á atravesar por aquel sitio al día siguiente poco antes de anochecer, vió distintamente que estaban abiertos dos balcones del piso principal. Ya conocéis que no se abrían por sí solos. Al otro día por la tarde ya se hallaban cerrados. Y esa jovencilla, que á nuestro entender no cuenta aun diez y ocho años, se atreve á habitar sola en un paraje tan espuesto y espantoso... en un sitio por donde los hombres no nos atrevemos á pasar después de anochecer... ¡Oh!... seguramente es muy oscuro... Así es que los ancianos del país, y yo entre ellos, hemos ido combinando todas las circunstancias, y hemos convenido en que esa niña no es una joven de la clase ordinaria.

—¿Cómo?... ¿pues qué creéis que es algun muchacho? dijo Alfredo riéndose.

—No señor, no es eso: pero como veis, hemos observado que desde su llegada á casa de Andrés datan todos los sucesos extraordinarios que están acaeciendo. La venta de la Casa Blanca á un hombre á quien no se ha vuelto á ver: la casa cerrada siempre pero en la que se ven luces algunas veces... y luego como una fantasma negra que suele verse andar por acá y por allá dando vueltas en derredor de la granja...

—¡Ah!... ¿con qué hay una fantasma? dijo Eduardo.

—¿Hay una fantasma?... repitió Robineau, que durante la narración del viejo había ido acercando su banquillo poco á poco y de tal modo, que se encontraba en medio del círculo formado por los oyentes.

—Sí, señores, sí, hay una fantasma... ó un duende que se presenta de tarde en tarde en el valle.

—¿Le habeis visto, buen anciano?

—No, señor, no; pero Claudio sí le ha visto.

—Tampoco le he visto yo, respondió Claudio, sino Pedro, mi hijo mayor.

—No fui yo, dijo Pedro, fue José.

—Yo tampoco le he visto, replicó José; ha sido Nicolás, con quien estando reunido en una ocasión, me dijo que le parecía haber visto alguna cosa.

—Pues según eso, dijo Alfredo, la existencia de la fantasma no puede estar mejor probada: pero volvamos á la pequeña Isaura, que según decís, no es ni varón ni hembra, lo cual la dará cierto punto de semejanza con los duendes.

—Pues bien, señor, volviendo á ella, nosotros creemos que para no tener miedo al diablo, es necesario estar bien con él, y decimos... pero en voz baja, que esa joven puede estar hechizada... ó por lo menos tener tretas que nosotros no conocemos para burlarse de los

demonios .. En fin, ya veis, ya veis... en la familia en donde la reciben, todos mueren...

—Si, en el espacio de quince años. .

—¿Pero esa joven, vive ahora completamente sola?..

—Si, señores, sola... cerca de la Casa Blanca... en donde gentes como nosotros no querrian hacerla compañía... Eso es muy sorprendente, y luego, ya veis, la joven Isaura no se parece á las muchachas de nuestras montañas; y sin embargo, puesto que ha sido criada en ellas, no deberia saber mas que nosotros... porque aunque Andrés y su muger estaban bien acomodados, no eran mas sabios que nosotros.

—¿Cómo!... ¿pues qué esa joven es mas instruida que los habitantes de estas montañas?

—Yo lo creo; sabe muchas cosas... sabe leer libros impresos... y aun dicen que lee de corrido. Sin embargo, Andrés Sarpiotte no estaba muy ducho en eso... ¿cómo es que sabe mas que su maestro?...

—Eso suele verse todos los dias, buen anciano...

—Ademas, canta muchas canciones que no conocemos ni son del pais... Y ahora os pregunto, señores, ¿quién puede haberla enseñado eso?... Cuando habla tiene unas maneras... y hace unas reverencias que parece una señorita de la ciudad.

—Padre mio, dijo Claudina que hasta entonces habia dejado hablar al anciano con el mayor respeto, no lo decis todo: Isaura entiende mucho de plantar árboles, cultivar flores, sembrar granos, y su capacidad para todas estas cosas es asombrosa... Es necesario para creerlo ver la huerta de la granja... todo prevalece en ella maravillosamente... ¡Y cuántos remedios sabe para curar los animales...!

—¿Con que posee remedios para los animales? exclamó Robineau estupefacto.

—Si, señor, últimamente ha curado su vaca, que parecia iba á reventar, haciéndola comer yo no sé que yerba; y la cabra de Juanita que tenia un tumor en el vientre, con yo no sé que drogas que la hizo tomar.

—¿Cómo! ¿con que ella es la que ha curado la cabra de Juanilla? exclamó el pastor.—Pues por mi parte te aseguro que dejaria morir todas mis cabras antes que consentir que las tocara Isaura. Me parece, señores, que todas esas cosas prueban bastante bien que esa joven se halla en inteligencia con Satanás.

—Es cierto, murmuró Robineau, que si cura las vacas y las cabras... es porque sabe mucha gramática parda.

—En fin, señores, para ser una joven criada en estas montañas... no tiene nuestro modo de andar, y á veces cuando habla, usa unas palabras que no comprendemos; por último tiene un lenguaje dorado y suave, que no es el de nuestras cabreras.

—¿Pardiez! dijo Alfredo, tendria mucho gusto en ver esa joven.

—Y tambien yo, añadió Eduardo.

—Pues os aseguro á fé mia, dijo Robineau, que eso no me inquieta de modo alguno.

—Pero vamos á lo mas interesante, prosiguió Alfredo, ¿cómo es esa Isaura? no nos la habeis pintado. ¿Tiene en su figura ó en sus facciones algo de diabólico?

—En cuanto á eso, señores, dijo el pastor, debemos convenir en que no es mal parecida, y aun algunos en el pais pretenden que es bonita.

—¡Ah! si, si, padre mio, dijeron los tres hijos de Claudio: Isaura es en extremo gallarda, y tiene una sonrisa muy dulce ..

—Vamos, callad muchachos, dijo Claudina, vosotros no lo entendeis. Yo digo que en sus ojos azules se encuentra cierta malicia que encubre la falacia y la traicion... que su suave voz no es mas que una astucia para engañar á las gentes. Ademas, ¿cómo puede ser bonita una hechicera como ella? ..

—No, dijo Robineau: soy de la opinion de la auvernesa; una hechicera siempre es horrible.

—Hermosa ó no, dijo el pastor, lo que hay de cierto es que todos en el pais huyen de ella en vez de desear

estar á su lado. Cuando la ven por un lado, se van por otro. Cuando lleva á pastar sus cabras á la montaña, todos los pastores se bajan precipitadamente á la llanura, y tienen razon, porque seria capaz de hacerlos desgraciados ..

—Si, si, dijo Claudina, y si la oveja de Bastian se ha muerto, estoy segura de que ha sido porque el otro dia la acarició Isaura.

—Madre, dijo uno de los jóvenes auverneses, la oveja de Bastian cayó rodando desde mas de cincuenta pies de altura.

—¿Es posible! contestó Claudina ¿pero por qué rodó? Porque la habia tocado Isaura: á no ser por eso, ¿creéis que se la hubieran deslizado les pies?

—Es cierto, dijo el anciano.

—He aquí los raciocinios de la ignorancia, dijo Eduardo: las cosas mas sencillas llegan á ser sobrenaturales á los ojos de estas buenas gentes... no quieren buscar las causas, y todo lo refieren á la idea de que se hallan imbuidos: una joven, quizás graciosa y amable, llega á ser objeto de terror para estos montañeses porque permanece tranquilamente en un sitio que se les figura debe estar habitado por el diablo .. pero al menos estos aldeanos no dejan sus cabañas... son disimulables... ¡Cuántas personas hay en las ciudades en quienes la educacion no ha podido desarraigar la supersticion!...

—Oyes, Eduardo, tú que tienes los sentimientos de un antiguo paladin (escepto la fidelidad), deberias hacer aqui, como en el *Castillo del Diablo*, antigua comedia que se representó ya hace algun tiempo, un viaje á esa casa encantada, y librar á la joven Isaura, que sin duda es una princesa disfrazada, del encanto que la retiene con sus vacas y con sus cabras... Por lo que á mi respecta, prometo ver mañana á la joven: me alegraria fuese una hechicera, porque no habiendo visto todavía ninguna, tendria mucha complacencia en saber cómo están formadas. Robineau, mañana vendrás con nosotros á ver la Casa Blanca, ¿no es así?

—¿Mañana, señores?... es necesario aguardar que esté en mi palacio: entonces podeis recorrer cuanto querais: pero que me lleve el diablo si os acompaño .. Me acordaré durante largo tiempo de nuestro viaje por las montañas...

Los jóvenes se rieron del mal humor de su compañero. Terminada ya la cena, los auverneses se dispusieron á entregarse al reposo.

—Señores, dijo Claudio á los viajeros, quisiera tener camas que ofreceros, pero nosotros nos acostamos buennamente sobre paja... eso es lo que puedo daros... y ademas, pellejos de carnero que guardamos para el invierno.

—De cualquier modo estaremos bien, dijo Alfredo: una noche se pasa pronto.

—Al menos, dijo Robineau poniendo mal gesto, si no teneis cama dadme las pieles de carnero: eso estará mas blando que vuestra paja.

—Si, señor, voy á arreglarlo.

El aldeano hizo un camastro en un rincon de la cabaña con pieles de oveja: pero Alfredo y Eduardo prefirieron acostarse en la paja, sobre la que se revolvian riéndose mientras los tres jóvenes auverneses se echaban en la suya, colocada un poco mas allá. El anciano habia imitado á sus hijos, y tendidose con su macho cabrio al lado, Claudio y su muger fueron á acostarse al otro extremo de la cabaña, en una division formada por una cortina de tela muy basta. Pero antes de retirarse con su muger, Claudio apagó el candil, y la cabaña quedó alumbrada únicamente por el débil resplandor que despedia el fuego del hogar.

—¿Por qué apagais la luz? gritó Robineau.

—Señor, seria muy espuesto conservarla por la noche: si se llegase á prender la cabaña, arderiamos todos como carbones.

Y diciendo esto, el montañés echaba agua en la lumbrera para acabar de apagarla.

—¡Es por cierto divertido el acostarse sin luz!... decía Robineau: yo que en París tengo siempre una lamparilla... Decidme, montañés, ¿habeis tenido cuidado de cerrar bien la puerta de la cabaña?

El pastor no contestó; fué á reunirse con su muger, con la cual se acostó, y bien pronto unos ronquidos prolongados á los que se unían los del viejo y los tres hijos, anunciaron que toda la familia disfrutaba de un apacible y profundo sueño.

—¡Pues es gracioso!... dijo Robineau echándose muy incomodado sobre los pellejos de carnero, dormir con un ruido como este: me parece que asisto á un entierro y que tengo seis serpientes junto á mis oídos.

—Decidme, señores, ¿podeis dormir?

Alfredo y Eduardo por toda respuesta fingieron roncar tambien.

—¡Duermen!... ¡cuán dichosos son!... pero ese aldeano no me ha contestado nada acerca de la puerta... vamos á convencernos de si estamos ó no en seguridad.

Robineau se levantó, se dirigió á tientas hácia la puerta, alzó el picaporte, la abrió y vió con terror que por la parte de afuera podia tambien abrirse.

—¡Qué imprudentes son estos aldeanos!... exclamó; una puerta que puede abrirse por afuera... Estamos tan seguros como en medio de un camino. ¡Hola!... señor Claudio... mozos... abuelo... respondedme.

A los gritos y al alboroto que armaba Robineau, se despertó el viejo diciendo:

—¿Qué teneis, señor?

—¡Cómo qué tengo!... Me parece muy mal que no tengais siquiera un cerrojo en la puerta... cualquier ladrón puede entrar y asesinarnos.

—Señor, en este pais no hay ladrones... ademas nosotros no tenemos nada que puedan robarnos.

—¡Ah! nosotros... eso es... véase el egoismo... no piensan mas que en ellos... pero yo, viejo aldeano, sentiria en extremo que me llevasen aunque no fuese mas que el sombrero... ¿No respondeis, abuelo?

El anciano habia vuelto á dormirse, y Alfredo dijo á Robineau:

—¿Quieres dejar descansar á esa buena gente? ¿Cuándo acabarás de alborotar?

—¿Con qué tampoco duermes tú?

—Pues al cabo armas poco ruido...

—Es que no ha ocurrido todavia á nadie que tenga sentido comun, acostarse á merced de los pasajeros.

—¿Pues acaso pasa alguien á estas horas?...

—No lo sabemos: en fin, voy á poner la mesa detrás de la puerta: siempre ofrecerá alguna resistencia.

—¿Por qué no te pones tú mismo?...

—Eso es, para servirlos de caballo de frisa... ¡Dios mío!... ¡qué noche voy á pasar!... si consigo encontrar la mesa...

Robineau buscó á tientas la mesa, y habiéndola encontrado la colocó detrás de la puerta de la cabaña: luego, un poco mas tranquilo, volvió á echarse en las pieles de carnero, diciendo con profundos suspiros:

—Por cierto que merece la pena el comprar un palacio, ser rico, y heredar á mi tío Graciano para acostarme sobre pellejos de animales como un indio... Puedo decir que he conocido las vicisitudes de la fortuna... Me ahogo en esta maldita choza... ni aun una almohada para colocar la cabeza. ¡Dios mío!... ¡Cómo me indemnizaré mañana en la Roca Negra!... me acostaré sobre algo... jamás podré dormir en esta maldita cama... huele malísimamente... Alfredo, Alfredo, dime, ¿te hallas bien en la paja?

—Mi querido Robineau, contestó Alfredo bostezando: la novedad de la situacion es lo que constituye sus delicias... me parece tan bueno acostarse sobre paja... solamente siento no tener á mi lado una auvernesa... por qué... ¡ah!...

—¿Por qué?... dijo Robineau, vamos, se ha dormido. Decidme, caballero Eduardo, ¿dormis vos tambien? ¿eh? parece que el poeta duerme: procuremos hacer otro tanto.

Si pudiera soñar con mi pobre palacio á donde tanto trabajo me cuesta llegar... Con tal que esa hechicera no venga esta noche á embrujarnos... ella y su Casa Blanca serán causa de que tenga yo malos sueños...

Sin embargo, el cansancio triunfó del miedo, y Robineau se quedó tan profundamente dormido como sus compañeros.

El nuevo propietario disfrutaba un sueño feliz; estaba ya en su palacio, le hacian festejos, le llamaban monseñor, y le cumplimentaban, cuando una cosa muy pesada que se colocó sobre su pecho le despertó sobresaltado.

—¿Quién va?... gritó Robineau, procurando deshacerse de lo que sentia sobre sí. Pero nadie contestó, y sintió apoyarse sobre su hombro un nuevo peso. Un sudor frio corrió por su frente, ya no tuvo ánimo para gritar, y solo pronunció balbuceando: ¿quién... quién va?... por piedad, ¿qué quereis de mí?...

Tampoco contestaron; el peso continuaba inmóvil apoyándose en el pecho y el hombro del viajero. Pasaron de este modo algunos minutos. Robineau ya no tenia fuerzas para gritar, y esperó que le dejaran libres los movimientos, dirigiendo mentalmente sus oraciones al cielo. Pero al cabo de algun tiempo viendo que permanecian encima de él sin moverse, levantó suavemente la cabeza para procurar desprenderse, y tropezó con una larga barba que le cubrió casi toda la cara. Robineau lanzó un grito horroroso creyendo tener al diablo encima de él, y en su terror, se volvió de lado; se encontró desembarazado de lo que le oprimia, y se salvó en medio de la cabaña: mas le pareció oír pasos, y se persuadió de que el diablo le perseguia. En su espanto anduvo al azar, tropezó en la cortina que formaba la separacion, se enredó los pies en la paja, cayó, se agazapó dentro y se estuvo quieto, rogando al cielo le protegiese.

Restablecida la calma, Robineau pensó que el diablo habia perdido sus huellas, y que habia ido á atormentar á uno de sus compañeros; despues de permanecer un cuarto de hora debajo de la paja en donde se ahogaba, se volvió un poco para procurar que se renovase el aire.

Al volverse, el rostro de Robineau tropezó con alguna cosa que alguna vez no parecia una barba, porque era un objeto gordo, liso, muy palpable, y que despedia un suave calor. Robineau apartó la cabeza y alargó la mano para asegurarse de si sus sospechas eran fundadas, pero en el mismo instante, la persona á quien pertenecia el rollizo objeto se volvió, y alargando luego un brazo y una pierna, enlazó á Robineau, que viéndose nuevamente sujeto, no se atrevió á menearse.

Aquella vez, Robineau tuvo menos miedo, porque reconoció con quien tenia que habérselas: conoció muy bien que la señora Claudina era la que estaba sobre él, y mas queria sufrirla á ella que al diablo. Sin embargo, pensó que si permanecia allí, podia encontrarle el pastor, y que no le agradaria mucho el verle escondido debajo de su muger: si se iba, temia volver á caer en las garras del individuo de barba larga que le habia despertado: el miedo al diablo era mas fuerte en Robineau que el que tenia al pastor. Se decidió, pues, á continuar debajo de Mad. Claudina, hasta el rayar el dia, hora en que los demonios ya no son peligrosos.

Era bastante difícil permanecer quieto en semejante posicion. Robineau recordaba, aunque involuntariamente, que la auvernesa era todavia bastante regular, si bien un poco morena, pero de noche todas las mugeres son blancas, si asi place, y Robineau, siempre involuntariamente, alargaba los brazos y pasaba las manos por encima de cuanto encontraba: poco á poco se iba disipando su temor, y sus ideas eran menos tétricas.

A fuerza de tocar á la auvernesa, Robineau concluyó por despertarla: ésta, creyendo era su marido, le echó los brazos al cuello: Robineau no quiso desengañarla, le parecia aquello muy gracioso, y ya cruzaban por su mente algunos pensamientos vagos, cuando el mismo objeto que le habia hecho huir de su cama, llegó dando brincos por la paja, y saltó sobre los que no dormian. Robineau sin-

tió de nuevo la barba larga, y dió un grito, creyendo era el demonio. La muger de Claudio también gritó, conoció que no era su marido el que la había despertado, y el pastor gritó á su vez preguntando que era lo que sucedía.

Aquel alboroto despertó á los demás que estaban en la cabaña. Alfredo y Eduardo se levantaron para saber lo que era, y el anciano pudo encontrar un poco de lumbré y volvió á encender el candil. Los tres muchachos eran los únicos que continuaban roncando.

Fueron todos con la luz á informarse de la causa de los gritos, y vieron que el marido y la muger tenían agarrado á Robineau, que pugnaba por meterse entre la paja, mientras el macho cabrio daba saltos por encima de todos.

Robineau miraba con rostro azorado al pastor y al macho cabrio. Alfredo y Eduardo comenzaron á reírse de su figura, y el anciano dijo en voz alta,

—¿Qué os pasa?... ¿qué teneis? ..

—Claudina me ha despertado dando gritos como una endemoniada, respondió el pastor.

—Gritaba, dijo Claudina, porque sentía alguna cosa... es decir, á alguien... y quería saber quien era.

—¿Por qué estais ahí tan cerca de mi muger? preguntó el pastor á Robineau; ¿quién os ha hecho abandonar vuestras pieles de carnero?

—A fé mia, amigos, dijo Robineau, saliendo de entre la paja completamente, no sé en verdad cómo ha sido... pero he sido despertado por una cosa... he sentido una barba larga... han puesto los pies sobre mí...

—¡Ah! ¡ah! el macho te ha despertado, Robineau, y apuesto á que le has tomado por el diablo ó por la hechicera...

Robineau abrió los ojos cuanto pudo, miró al macho cabrio, y dijo:

—¿Cómo?... ¿habrá sido este maldito animal?... ¡he ahí lo que tiene el acostarse en un arca de Noé!...

—Vamos, vamos, dijo Claudio, en todo esto ya vemos que no ha habido gran mal... Habeis tenido miedo, y eso ha sido todo.

—Absolutamente todo, dijo Robineau, echando una mirada á Claudina, que añadió:

—Por tan poca cosa no era necesario despertar á todos los de la casa. Pero otra vez, señor, procurad no venir á echaros tan bruscamente sobre nosotros, porque eso ya veis que sorprende.

Robineau se escusó de nuevo, y se volvió á sus pellejos, muy gozoso de haber escapado tan bien: los auverneses se volvieron á acostar, Alfredo y Eduardo hicieron otro tanto, riéndose de la aventura del macho cabrio, y Robineau aquella vez se rió con ellos.

Pasó el resto de la noche sin otro acontecimiento, y al rayar el alba, todos estaban en pie; los jóvenes aceptaron una jarra de leche y se prepararon para continuar su marcha. El mismo Claudio quiso servirles de guía, y enseñarles la Casa Blanca, porque de día se sentía con ánimo para acercarse á ella.

Nuestros tres viajeros dejaron la cabaña después de recompensar á los auverneses su hospitalidad: y Robineau, al saludar á Claudina, la dirigió una sonrisa que no hubieran desconocido las damas de una ciudad.

CAPITULO IX.

Isaura.

Los tres amigos caminaban alegremente admirando la venida del día, que en las montañas es mucho más admirable que vista desde los balcones de París ó desde el enarenado paseo de un jardín. Claudio iba delante para guiar á los viajeros, y Robineau, á quien la certeza de ver bien pronto su palacio hacia dichoso, se frotaba las manos y se sonreía por varias ideas que ocurrían á su imaginación, Alfredo y Eduardo se chanceaban con su compañero acerca de la sonrisa que al despedirse había recibido de la auvernesa, y recordando la extraña si-

tuación en que le habían encontrado á media noche, deducían de ella ciertas conjeturas. Robineau se defendía riéndose, y aparentando gravedad, señalaba al pastor que iba delante y decía:—Señores, os suplico que calleis: vais á comprometerme.

De repente el pastor se paró y gritó: ved allí la Casa Blanca. Bajaban entonces por la falda de una colina, y desde el sitio en que el montañés se había parado, en que el camino formaba una revuelta, se descubría un hermoso valle con viñedos y praderas, al que árboles muy frondosos daban sombra y variedad.

Alfredo y Eduardo corrieron á colocarse al lado del pastor. Vieron en el centro del valle una casa construida por el estilo moderno, con solo piso bajo y principal, y tejados algo planos á lo Mansard. Una tapia que arrancaba desde el lado izquierdo de la casa y se extendía á bastante distancia, formaba la cerca de la huerta, que parecía ser muy grande.

—¿Cómo! ¿allí está la casa encantada?... dijo Alfredo al pastor: pues en verdad que nada tiene que pueda producir miedo... La posición es excelente, el valle delicioso, y si el diablo habita allí, es preciso convenir en que no tiene mal gusto.

El pastor nada contestó, y miró la Casa Blanca con cierta especie de temor: Robineau que se había quedado detrás, gritó: mas quisiera yo ver la Roca Negra, que todas esas casuchas de los aldeanos.

—¿Y la habitación de la joven Isaura, en dónde está? preguntó Eduardo.

—Allá abajo, señores, después de la Casa Blanca... ¿Mirad, la veis á la derecha?...

—Sí, en efecto... una casa rústica... rodeada de hermosos árboles, de agradable vista, con las ventanas llenas de flores... ¿Vive allí la hechicera?... Pero avancemos, bajemos al valle, y lo veremos todo mejor desde mas cerca.

Concluyeron de bajar la colina, pero el montañés ya no iba delante: marchaba al lado de los viajeros, y estos observaron que los conducía por un camino que atravesaba el valle, pero que no los llevaba cerca de la Casa Blanca.

—Ahora soy yo el que voy á servir de guía, porque veo, buen hombre, que nos apartais del sitio que queremos ver.

—Señores, yo os conduzco por el camino de Saint-Amand, y para llegar á esa población, no hay que pasar por junto á la Casa Blanca.

—Tiene razón el buen Claudio, dijo Robineau, porque en fin, señores, no es en esa casa en que nadie habita donde tenemos que hacer: es en mi palacio.

—Y yo te digo que no quiero pasar por este valle junto á esa casa famosa, sin examinarla de cerca. Ven, Eduardo, adelante por la derecha...

Alfredo y Eduardo se dirigieron á buen paso hacia la Casa Blanca; el pastor les siguió con planta poco segura, y Robineau cerraba la marcha, dando al diablo sus compañeros.

Llegaron junto á la casa, de que los montañeses no podían hablar sin terror. Claudio se detuvo á diez pasos de ella, y no quiso moverse de aquel sitio: Robineau se quedó con Claudio, y se sentó sobre la yerba diciendo: ea, señores, satisfaced vuestra curiosidad... aunque yo no veo en esa casa nada digno de llamar la atención... Eso no merecía la pena de habernos separado de nuestro camino... os portais como unos estudiantes.

Sin escuchar á Robineau, Alfredo y Eduardo llegaron hasta el pie de las paredes de la casa. Las ventanas del piso bajo estaban cerradas con sus correspondientes puertas de madera, pero las del principal únicamente con persianas. Los jóvenes lo examinaron todo con curiosidad, y cuando llegaron enfrente de la puerta de entrada que tenía un llamador de hierro, Alfredo gritó:—¡Par-diez! es necesario asegurarnos de si efectivamente no habita nadie en esta casa...

Al decir esto, Alfredo agarró el llamador é iba á gol-

pear, cuando el pastor, que no le perdía de vista, exclamó con el mayor terror:—Señor, señor, no llameis... no vayais á hacer una cosa como esa...

—¿Y por qué no, amigo mío?... dijo Alfredo riéndose: si no hay nadie dentro, ¿qué importa que llame? y si hay gente, conoceremos al propietario que perdonará á unos viajeros esta pequeña indiscreción.

—Es igual .. dijo Robineau, es intempestivo el llamar... es hasta ridículo. . y...

La frase de Robineau fué interrumpida por el ruido del llamador con que Alfredo golpeó la puerta. Al oír aquel sonido, el pastor retrocedió asustado, como si esperase ver franquear la entrada de la casa por unos seres espantosos. Robineau se puso pálido: Alfredo y Eduardo escuchaban; pero el ruido del llamador se prolongó largo tiempo por lo interior de la casa, y concluyó por desvanecerse sin que nadie respondiese.

—No hay nadie... dijo Eduardo

—Ensayemos otra vez, replicó Alfredo, y volvió á dar dos golpes con mayor fuerza, pero fueron seguidos del mismo silencio.

—Ya veis, señores, que perdeis el tiempo... dijo Robineau levantándose: bien podeis estar llamando hasta mañana... no hay nadie.

—O no quieren responder, murmuró el pastor que se habia aproximado un poco.



La pastorecita de cabras de la Casa Blanca.

—Lo siento, dijo Alfredo; hubiera querido que saliese una legión de fantasmas, únicamente por ver la cara que ponía el señor de la Roca Negra.

—Mi rostro no se habria demudado, señores: no creo como vosotros en cuentos de viejas, y por eso me parece una necesidad el llamar á una puerta, cuando sé que en la casa no hay nadie.

—¿No seria necesario llamar de ese modo á media noche?... dijo el pastor moviendo la cabeza: estoy seguro de que contestarian...

—Vamos, dijo Alfredo, pues que no podemos penetrar en la Casa Blanca á menos de escalar sus paredes, dirijámonos hacia la casita: quizá allí seremos mas afortunados.

—Señores, dijo Claudio, tampoco encontrareis á nadie,

porque á estas horas lleva Isaura sus cabras á pacer en la montaña.

—Entonces, dijo Robineau, me parece que podemos dispensarnos de dar porrazos en todas las puertas...

Alfredo y Eduardo dejaron que su compañero dirigiese sus reflexiones al pastor, y marcharon hacia la casita que estaba rodeada de hermosos árboles y de unos cuadritos de terreno en donde se veían flores cultivadas con esmero.

—Esto tiene el aspecto de un palacio comparado con la cabaña en donde ayer pasamos la noche, dijo Alfredo, y la casita puede pasar por el alcázar de Chadrat.

—Sí, este sitio es encantador, dijo Eduardo deteniéndose para examinar la casa rústica. Estos frondosos árboles cuya sombra parece que protege ese modesto retiro... esas flores... ese césped... Querido Alfredo, con gusto pasaria aqui mi vida...

—Oh!... la vida .. eso es demasiado largo: pero ocho dias con una muger bonita... no digo que no... Sin embargo, veamos si la dueña de esta casita corresponde á la idea que me he formado de ella.

La puerta de la habitacion estaba cerrada. Alfredo llamó varias veces, miró á las ventanas, pero nadie parecia. Unicamente se oían detrás de la puerta los ladridos de un perro que parecia preguntar á los viajeros.

—Al menos, dijo Alfredo, la casa está guardada.

—¿Qué es eso? preguntó Robineau.

—Es el perro de Isaura, contestó el pastor; ¡oh! es muy grande... estoy seguro de que dos hombres no podrían conseguir .. escuchad, es un perro de Terra... ¿cómo se llama eso?...

—De Terranova, querreis decir.

—Sí, señor, justamente; de Terranova.

—¿Y cómo tiene esa jóven un perro de raza tan rara en este pais?

—Señor, esa es otra de las cosas misteriosas que prueban que aqui hay mas de lo que parece... Isaura tiene ese hermoso perro desde la muerte de la viuda de Andrés: varios le han preguntado de donde le habia traído, y siempre ha contestado que se le regaló un viajero á quien dió hospitalidad. Yo os pregunto ahora, si es probable que un viajero fuese á deshacerse de un compañero tan fiel...

—No, no es de suponer, dijo Robineau, y comienzo á creer como el pastor, que esa jóven... es muy extraordinaria...

—¿Sabeis cómo llama al perro? preguntó Eduardo al aldeano.

—Sí, señor, como sale muchas veces con su ama, se la oye decirle: *Valiente* por aqui, *Valiente* por allá.

Eduardo se acercó á la puerta y dió en ella un golpecito llamando á Valiente. El perro no tardó en ladrar, pero con menos fuerza: parecia mas bien que preguntaba qué le querian, que no amenazar á los extranjeros.

Los dos amigos escuchaban al perro con interés, y el pastor con atencion: pero Robineau que iba y venia, dando patadas en el suelo con el mayor enfado, decia:

—Señores, yo no sé si habeis venido á Auvernia para tener conversacion con perros y llamar á todas las puertas: en cuanto á mí, que tengo otro objeto, voy á tener el honor de saludaros, si no quereis proseguir el camino.

—Tranquilizate, Robineau; vamos á marchar, pero confieso que hubiera deseado mucho ver á esa jóven...

—Y yo tambien, añadió Eduardo.

—Mas puesto que está ausente y tú no te sientes con fuerzas para dar una vuelta por la montaña, vamos á seguirte, con la reserva de volver sin tí á visitar á la hechicera...

—Héla ahí.... héla ahí.... gritó en aquel momento el pastor señalando con el dedo la montaña. Los viajeros volvieron inmediatamente la vista hacia aquel lado, y descubrieron una jóven que bajaba precipitadamente hacia el valle, llevando delante de si unas cabras.

Alfredo y Eduardo se quedaron inmóviles y siguieron

á la jóven con la vista. Su marcha era viva y ligera: tan pronto corria detrás de sus cabras, como se volvía para llamarlas: cuando bajaba una cuesta demasiado pendiente, parecia que sus pies apenas tocaban el suelo, y saltaba jugueteando por encima de profundas escavaciones. Llegó por fin al valle, y pudieron distinguir mejor sus facciones: sus grandes ojos de un azul oscuro, sombreados por largos párpados medio bajados, añadían mucho atractivo á la dulzura de su mirada, cuya espresion era candorosa y tierna. La nariz era pequeña y bien hecha: la boca un poco grande, dejaba ver al sonreirse unos dientes blanquissimos: sus cabellos, de un rubio claro, caían en rizos sobre su frente, y estaban peinados con mas gracia y esmero que lo que acostumbraban las montañesas: en fin, su tez no estaba mas que lijamente tostada por el sol, porque un grande sombrero de paja la preservaba de sus rayos. Su estatura era mediana, su talle esbelto y airoso, los pies y las manos pequeños: un jubon de color oscuro, un corpiño de la misma tela y un delantal encarnado y blanco, componian todo su atavío: pero habia en su modo de llevar la ropa una gracia, que en nada se amejaba al aspecto pesado y poco agradable de las auvernesas.



Mr. Cheval, veterinario-mariscal del país.

—Es encantadora... dijo Alfredo.

Eduardo no dijo nada, pero sus ojos siguieron todos los movimientos de Isaura.

—Si, dijo Robineau, para aldeana tiene demasiada gentileza.

La cabrerita se iba aproximando hácia su habitacion, pero bien pronto se detuvo con sorpresa, é hizo un movimiento que indicó acababa de ver á los estrangeros. Volvió á continuar su marcha, y se dirigió á ellos alegremente: Alfredo y Eduardo dieron tambien algunos pasos para salirla al encuentro.

—¿Sois vosotros los que habeis llamado en mi casa, señores míos?... preguntó la jóven con voz muy dulce y haciendo una cortesía á los viajeros.

—Si, hermosa niña, respondió Alfredo.

—No me habia equivocado... me pareció oír á Valiente... ¡oh! bien pronto me advierte cuando viene alguien;

pero quereis descansar... tomar algun refrigerio... Venid, señores, voy á abrir...

—Sois demasiado bondadosa, dijo Eduardo, sentimos el haberos hecho volver.

—¿Y por qué? ¿pues no tengo tiempo para sacar al pasto á mis cabras?... ¿No es un placer el ser útil á los viajeros?

Y diciendo esto, la jóven corrió á abrir la puerta de su habitacion.

—Amigo mío, ¡qué linda es!... dijo por lo bajo Alfredo á Eduardo.

—Si, todo en ella es interesante y embelesa.

—Muy bestias deben ser estos montañeses para tener miedo á una muchacha tan graciosa.... En cuanto á mí no tendria inconveniente en entregarme al diablo con ella.

—Y bien, señores, ¿vais á entrar todavía ahí? dijo Robineau acercándose á sus compañeros.

—Querido Robineau, convendrás en que no podemos rehusar la invitacion de esa amable niña... ademas, desde esta mañana solo hemos tomado un poco de leche, y me parece que no nos vendrá mal alguna fruta...

—Pero, señores, en mi quinta tendreis aves y...

—Estoy bien persuadido de que habrá en ella gansos y pavos, pero hasta que gocemos de su compañía, hagamos conocimiento con esta jóven. Vamos, Robineau, todavía esta complacencia: será la última.

—¡Dios mío! tengo tantas complacencias desde ayer... Bien caro me haceis comprar mi palacio.

—El caballero Julio os hará los versos de instalacion.

—Vamos, puesto que lo quereis, entremos un instante en casa de esa niña... pero, sobre todo, cuidado con el perro.

Isaura habia ya abierto la puerta: un hermoso perro de pelo largo, blanco y sedoso comenzó á acariciarla, y luego fué á olfatear á cada uno de los viajeros, ceremonia que gustó mucho á Robineau. En el momento de entrar en la casita, Alfredo se volvió y exclamó: ¿y nuestro guia? ya no le veo.

El pastor se habia marchado en cuanto vió acercarse á la jóven.

—Parece que nos ha abandonado, dijo Eduardo.

—¿Todavía otro retraso para llegar? murmuró Robineau.

—Nos pasaremos sin él, y respondo de que antes de dos horas estaremos en tu casa. Hasta tanto, entremos en la mansion de esta hechicerilla, cuyos lindos ojos me han trastornado ya la cabeza.

Los jóvenes entraron en una sala baja, cuyos muebles eran vastos pero de estremada limpieza: desde ella se veia un patio pequeño que precedia á la huerta.

—Mientras voy á prepararos el almuerzo, señores, dijo Isaura, ¿quereis ver mi huertecito?

—Con mucho gusto; contestó Alfredo.

—Vamos, Valiente, conduce á estos señores al huerto.

El perro comprendió la seña de su ama, comenzó á andar delante, los jóvenes le siguieron y Robineau decia para sí:

—Parece que el perro es quien hace los honores de la casa.

Atravesaron un patio en donde habia gallinas y palomas, y luego Valiente condujo á los viajeros á un huerto, pequeño, pero arreglado con gusto, en que se veian mezcladas, pero sin confusion, frutas, legumbres y flores. Eduardo lo miró todo con interés y Alfredo con asombro. No comprendia que una jóven tan linda habitase sola en la casita, en donde todo parecia anunciar el orden y el bienestar. El perro marchaba siempre delante de los jóvenes, y cuando estos se paraban, Valiente hacia lo mismo, volviendo la cabeza para mirarlos: en seguida continuaba su camino, y de cuando en cuando volvía la cabeza para ver si le seguian: así hizo recorrer á los viajeros todos los senderos del huerto, y despues los condujo á la casa.

—Este perro es asombroso, dijo Eduardo: un aldeano no nos hubiera guiado mejor.

—Es soberbio, añadió Alfredo, es un verdadero perro de Terranova... todavía parece joven... apuesto a que no se encuentra otro igual en todo el país... vale más de seiscientos francos...

—Convendréis, señores, dijo Robineau, en que es asombroso encontrar tan hermoso animal en casa de una aldeana... Yo soy de la opinión del pastor: es muy extraordinario que un viajero se le haya dado... á menos que en cambio la jovencilla, que también es muy linda, no le haya dado en cambio lo más precioso que tenía...

—¿Qué ideas!... caballero Robineau, dijo Eduardo con enfado... Al instante suponer el mal... ¡ajá la virtud de esa joven...

—A fé mía, amigo, replicó Alfredo, Robineau podría no equivocarse... no conocemos á esta joven... vive sola y...

—Y eso es muy sospechoso, prosiguió Robineau: pero estos poetas son muy extraordinarios: quieren encontrar en todas partes inocencia, prodigios...

—No señor, los poetas menos que nadie se alimentan de quimeras, porque todas las ficciones están ya desgastadas para ellos: saben cómo se compone una novela, y van con frecuencia entre bastidores, en donde es muy difícil encontrar ilusiones: pero esto no es una razón para no creer jamás en la virtud, y no creo que una joven inocente sea un prodigio en esta comarca.

En aquel momento apareció Isaura en la puerta de la sala baja, y dijo á los jóvenes:

—Caballeros, cuando gustéis almorzar todo está pronto.

Volvieron á entrar en la casita, en donde encontraron una mesa con frutas, manteca, leche, dispuesto todo con un gusto y limpieza que embelesaban la vista.

—Esto es más apetitoso que la cena de los habitantes de Chadrat, dijo Alfredo sentándose á la mesa con sus compañeros.

—¿No os sentáis con nosotros? dijo Eduardo á Isaura.

—No señor, yo he almorzado ya: permaneceré aquí para servirlos y ver si os hace falta alguna cosa.

Diciendo esto, Isaura se sentó á alguna distancia de la mesa: sacó una labor y se puso á coser. Al punto Valiente se echó junto á los pies de su ama, con la cabeza vuelta á los viajeros á quienes no perdía de vista ni un solo instante, como un centinela colocado en un puesto importante que se mantiene constantemente con vigilancia para defenderle si fuese atacado.

Al mismo tiempo que comían los viajeros, miraban con frecuencia á la joven. Las facciones de Isaura tenían mucha dulzura y sensibilidad, y su mirada, llena de candor y de franqueza, las daban un encanto indefinible. Pasado un momento, Alfredo dijo á sus amigos: ahora soy de la opinión de Eduardo; creo que Robineau ha pensado mal.

—¿Habitaís sola en esta casa? preguntó Eduardo á la joven.

—Sí señor, sola; hace tres años que murió mi buena madre.

—¿Era vuestra madre la viuda de Andrés?

—Hacia las veces de tal, porque jamás he conocido á mis padres, que murieron hace ya largo tiempo: pero el buen Andrés y su mujer me adoptaron por hija... cuando él murió, era yo todavía muy pequeña... pero su mujer... solo hace tres años que la he perdido, y todos los días pienso en ella...

La voz de la joven estaba alterada y había inclinado la cabeza sobre su labor: los jóvenes vieron que de sus hermosos ojos se escapaban algunas lágrimas. Valiente había notado la mudanza que había sobrevenido en el tono de su ama: alzó la cabeza, se levantó, miró á Isaura, y luego volviendo, sus ojos hacia los extranjeros, dejó oír un murmullo sordo, como para pedir es cuenta de las lágrimas de la joven: pero ésta le pasó al punto la mano por el lomo, le acarició, y el perro volvió á quedarse tranquilo y á echarse á sus pies.

—Perdonadnos el haber renovado vuestro sentimiento con nuestras preguntas, dijo Alfredo, pero los viajeros son curiosos... y verdaderamente sois tan interesante... Debeis fastidiaros de vivir sola...

—¿Fastidiarme!... no, señor, no tengo tiempo para ello... me rodean tantas ocupaciones... mi huerto exige muchos afanes y cuidado... y luego, no tengo más sociedad que mi perro, mis gallinas, mis cabras y mi vaca.

—¿A eso llama sociedad? dijo Robineau sonriéndose, y dirigiéndose luego á Isaura, añadió: debeis tener miedo aquí.

—¿Miedo!... no señor, no hay ladrones en las montañas, y si alguien quisiese hacerme mal ¿no tengo á mi fiel Valiente...? ¡Oh! me defendería bien.

—Es cierto: yo no querría batirme con él, dijo Robineau.

—Sí, dijo Alfredo, teneis un perro magnífico y de una raza preciosa... esos son los que en el monte Cenís y el San Bernardo ayudan á los buenos religiosos á buscar y descubrir los viajeros extraviados, y muchas veces medio muertos debajo de la nieve.

—¡Ah!... estoy segura de que Valiente haría otro tanto.

—¿Y le habeis pagado muy caro? añadió Robineau dejando escapar una sonrisa irónica. La joven permaneció algunos instantes sin responder, bajó la cabeza, y por fin dijo:

—Me le han dado... no me ha costado nada. El que me hizo ese regalo me dijo que no podía darme un guarda más fiel.

—En su lugar, dijo Eduardo, yo hubiera hecho lo mismo... vuestra situación no carecía de peligro... y la fidelidad debía ser la salvaguardia de la inocencia y de la belleza.

Isaura miró á Eduardo y pareció darle gracias con una sonrisa, mientras Robineau meneaba la cabeza atascándose de pan y manteca.

—Pero habitais, añadió Alfredo, demasiado cerca de un sitio en que toda la vigilancia de Valiente podría no ser suficiente, si se ha de dar crédito á los rumores que circulan por este país.

—¿Ah! ¿quereis hablar de la casa próxima?... dijo Isaura sonriéndose, á donde los habitantes de las montañas pretenden que acuden los espíritus...

—Justamente. ¿Y no os dan miedo?

—No señor. Sé muy bien que esos son cuentos. En tiempo de mi buena madre, los montañeses nos decían algunas veces que debíamos huir de este valle peligroso... pero eso nos hacía reír... sabíamos muy bien que no había riesgo... porque jamás nos sucedió nada.

—¿Y no veis algunas veces por la noche luces en la Casa Blanca, dijo Robineau, no oís ruido... no veis la fantasma negra?...

Una maligna sonrisa asomó á los labios de la joven, que contestó:

—Jamás he visto nada extraordinario, caballero.

—Pues nosotros, dijo Alfredo, hemos tratado de informarnos si la casa está en efecto deshabitada, y antes de venir á la vuestra, hemos estado llamando, con grande escándalo y asombro del montañés que nos acompañaba.

—¿Con que habeis llamado á la Casa Blanca?... preguntó con viveza Isaura; ¿y no os han contestado?...

—No, porque sin duda no hay nadie.

La joven pareció experimentar una secreta emoción, pero se repuso y respondió:—seguramente, llamabais en vano.

Eduardo miró con atención á Isaura, y procuró leer en sus ojos, cuando Robineau levantándose dijo: señores, me parece que ya habeis comido bastante, y que es tiempo de proseguir nuestro camino.

Alfredo y Eduardo se levantaron con disgusto, pero conocieron que no era aquel el momento de detenerse más. Alfredo sacó el bolsillo é iba á tomar una moneda

de plata, cuando la joven se lo impidió diciéndole:—No me debéis nada, caballeros, jamás mis padres adoptivos han hecho pagar á los extranjeros que se detenían en su morada, y yo creeria faltar á su memoria sino obrase como ellos.

—Vamos, amable niña, dijo Alfredo, es preciso obedecerlos: pero durante algun tiempo voy á habitar en esta comarca, y os prevengo que volveré á pedirlos de almorzar.

—Cuando gustéis, caballeros, dijo Isaura haciendo una reverencia, durante la cual el joven quiso agarrarla la mano, pero Isaura la apartó con presteza, dirigiendo una sonrisa á los tres viajeros.

Robineau ya habia salido de la casita, y Eduardo esperó á que Alfredo hiciese otro tanto para alejarse de ella. No dijo nada á Isaura, pero sus ojos la siguieron largo tiempo, y le costó mucho trabajo el separarlos de ella.

CAPITULO X.

Entrada de Robineau en su posesion.

Los viajeros volvieron á tomar el camino que el pastor queria seguir, y que debia conducirlos á Saint-Amand: aquella vez, Robineau fue el que marchó delante: avivaba á sus compañeros, corría, y luego volvía hacia ellos. Alfredo y Eduardo no decían nada; hacían poco caso de las evoluciones de Robineau. Pensaban en Isaura, y el recuerdo de la pastorcilla les hacía olvidar el objeto de su viaje. En fin, Alfredo rompió el silencio y dijo:—¿En verdad que es encantadora!... y jamás hubiera creído que en estas montañas... en una choza... se encontrasen tantas gracias y atractivos... El pastor tenía mucha razón: no se parece á las demas auvernesas que hemos visto hasta ahora... y sin embargo, con la que yo bailé en Ayda no era malita... pero era pesada... torpe... era una montañesa... en vez de que esta joven... ¿no eres de mi opinion, Eduardo?

—Sí, esa joven... me parece muy bien.

—¿Muy bien?... ¿y cómo siendo un poeta lo dices con tanta frialdad? Di que es adorable, encantadora... que en París haría furor...

Eduardo no contestó nada: parecia que el entusiasmo de Alfredo le disgustaba.

—Señores, dijo Robineau, ¿os volveis locos por esa pastorcilla? en mis posesiones vereis otras muchas... He oído decir que cerca de mi palacio hay aldeanas muy sólidas.

—Mi querido Robineau, no me gustan las mugeres sólidas

—Quiero decir, bien hechas... robustas.

—No me gustan las mugeres robustas.

—Ya entiendo, de formas redondas... y...

—No me gustan las formas redondas.

—Pues véte á pasear.

—Precisamente es lo que hacemos mucho tiempo.

Los jóvenes iban atravesando hermosos collados plantados de viñedos: el paisaje era delicioso; por todas partes se veían tierras labradas, praderas y vergeles. Bien pronto divisaron enfrente de ellos una poblacion situada en un parage muy ameno, por delante de la cual serpenteaba un riachuelo. Algunos labradores les dijeron que se hallaban cerca de Saint-Amand.

—¿Y la Roca Negra? preguntó Robineau.

—No está muy distante, señor, pero no hay necesidad de pasar por Saint-Amand; subid por ese lado... por San Saturnino... y la encontrareis fácilmente.

—Vamos, dijo Robineau, ya veo que por aquí es conocida mi posesion: adelante, señores.

—Pero, Robineau, vas como un ciervo... déjamos respirar un poco...

—Yo no respiraré hasta que esté en mi casa.

Y Robineau comenzó otra vez á andar aunque el sudor corría por su frente, y estaba encarnado como un

cangrejo cocido. Marcharon todavía un cuarto de hora, y al cabo de este tiempo, los jóvenes se encontraron dos aldeanos que llevaban delante un asno.

—¿A dónde vais, amigos?... les preguntó Robineau.

—A casa, señor.

—¿Y en dónde vivís?

—A media legua de aquí, cerca de la Roca Negra.

—¿Cerca de la Roca Negra?... exclamó Robineau con delirio, estos son dos vasallos míos...

—Un poco sucios son tus vasallos, dijo Alfredo.

—¡Pardiez!... por la mañana... Pues yo los encuentro encantadores. Escuchad, amorcitos...

Los dos aldeanos que no creían era á ellos á quienes llamaban amores, continuaban arreando su burro, pero Robineau corrió á ellos y los detuvo:—Escuchad, hijos míos... ¿habitáis cerca de la Roca Negra?

—Sí señor.

—Por consiguiente conoceis el palacio.

—Sí señor.

—¿Es hermoso?

—Sí señor que es bien hermoso... es como una cárcel: tiene torres, ventanas con rejas...

Alfredo se reía á carcajadas, pero Robineau prosiguió su conversacion.

—Pues, amigos míos, bueno es que sepais que yo soy el propietario de esa magnífica posesion...

Los aldeanos miraron á Robineau con aire estúpido, y continuaron dando vueltas á las varas que tenían en la mano. Alfredo dijo entonces riéndose; es extraño, eso no les hace ningun efecto.

—Hijos míos, prosiguió Robineau, sin duda no habeis comprendido lo que os he dicho, que soy el propietario de la Roca Negra...

—Sí señor, lo entendemos bien... pero os aguardaban ayer noche, señor.

—¿Me aguardaban!... ya lo ois, señores: ¡me aguardaban!... estaba seguro de ello. Pobres muchachos... sin duda me habeis preparado un festejo...

—Yo no sé, señor, pero ayer llegó á nuestra casa uno diciendo en alta voz que iba á llegar su amo, y que era preciso bailar y divertirse, porque nos regalaría bien. Entonces mi hermano y yo fuimos al frente del castillo á tocar la gaita, y allí esperamos á que llegase el que debía regalarnos, pero no vino nadie: y nuestro padre, que estaba enfadado porque habíamos ido al castillo, cuando volvimos no nos quiso dar de cenar, diciéndonos que así aprenderíamos á no creer necedades.

—¡Hijos míos, esta noche cenareis dos veces, os lo prometo, y vuestro padre verá con que leña me caliento!... Pero es necesario que me hagais un favor. Vosotros que no estais cansados, adelantaos; llegareis al castillo antes que nosotros y preguntareis por Francisco, mi ayuda de cámara, y le direis que voy á llegar... id, dejadme vuestro asno... voy á montar en él y descansaré un poco... no es una cabalgadura muy noble, pero cuando hace veinte y cuatro horas que uno está paseando, se toma lo que se encuentra: marchad.

Los aldeanos se miraron y no se movieron: ¿no me habeis entendido? les preguntó Robineau.

—Sí señor, pero no podemos dejaros nuestro asno: ¡no faltaba mas que os fuérais con él, y no os volviéramos á ver!...

—¿Cómo, bribonzuelos!... tomáis á vuestro señor por un ladrón...

—Pobre Robineau, dijo Alfredo, estos muchachos tienen razón en no abandonaros de ese modo su asno, porque al fin no te conocen, pero tú no entiendes de hacer el señor. Crees que se trata únicamente de decir, ¡yo soy esto!... Pruébalo: saca el bolsillo, con eso hay que hacerse reconocer siempre.

—¡Ah! es verdad, no pensaba en ello dijo, Robineau, y sacó del bolsillo del pantalón una moneda de cien sueldos que dió á uno de los muchachos. La vista de la moneda hizo mas efecto en los aldeanos que todos los títulos posibles. El mayor consintió en adelantarse al pa-

lacio, y el menor cedió su asno á Robineau, con condición de que él iría detrás para hacerle andar.

El asno era grande y fuerte, no tenía albarda, y el nuevo propietario se vió obligado á montar en pelo; y á falta de estribos, á agarrarse á la crin, aunque solo iba al paso: Robineau se colocó noblemente en el jumento, y encargó al muchachuelo que no le agujonease demasiado. Alfredo sostenía que Robineau no podía encontrar un animal mas hermoso para hacer su entrada en su palacio.

—Seguramente, dijo Robineau, yo no entraré montado en el asno en mi palacio, pero hasta llegar, no me desagrada aprovecharme de él... me habeis hecho andar bastante desde ayer, señores. ¡Chico!... no me avives el asno, déjale andar despacio: ya no tengo tanta prisa... no importa que tu hermano llegue algun tiempo antes.

El aldeanillo se apartó entonces del asno, y le dejó que anduviese á gusto del que le montaba. Alfredo y Eduardo no podían menos de reirse cuantas veces miraban á Robineau, que de cuando en cuando les gritaba:—Señores, nos vamos acercando á mi palacio... lo conozco en los latidos de mi corazón.

—Yo no percibo mas que olor á estiércol, dijo Alfredo.

—¡Ah! es de casa de Mr. Cheval, que tiene vacas y bueyes, dijo el muchachuelo.

—¿Quién es ese Mr. Cheval, chico?...

—El veterinario-mariscal del país, que tiene casa de vacas, y cura las bestias.

—¡Diablo!... ese debe ser alguna autoridad local...

—Señores... señores, gritó Robineau, sacando el pañuelo y limpiándose los ojos, creo que ya le veo...

—¿A quién, á Mr. Cheval?

—No, á mi palacio... á mi posesión... mirad... allá abajo... sobre aquella colina... chico... ¿es aquel mi palacio?...

—Si señor, es la Roca Negra...

—Señores, que placer... veis una torre... dos... almenas... muchacho, pára un poco el asno... amigos... escuchad... el júbilo... el enternecimiento... creo que me voy á caer...

Rodearon á Robineau que estaba próximo á ponerse malo. En fin, se quitó la corbata, tomó un polvo, y volvió en sí para dirigir otra vez sus miradas al castillo, exclamando:

—Señores, esto me agrada muchísimo... ¡Dios mío!... ¡qué grande!... ¡qué hermoso me parece!... ¡qué noble!...

—Pues á mi me produce el efecto de unas ruinas antiguas, dijo Alfredo.

—Esto me recuerda las novelas de Ana Radcliff, añadió Eduardo.

—Señores, ¡qué estension tiene!... es un edificio magnífico... y las ventanas... ¡Dios mío! ¡cuántas ventanas!... ¡Es como el palacio de Chambor!...

—En cuanto yo alcanzo á ver, ninguna de las ventanas tiene vidrieras...

—Amigo mío, eso quizá no se usaría antiguamente... Además, ya me advirtieron que habría que hacer algunas pequeñas reparaciones. Pero avancemos, señores, avancemos, ya no puedo resistir mas... me parece que mi palacio me alarga los brazos... ¡Ah! sobre todo, os suplico que aquí no pronuncieis la palabra Robineau, no respondo ya por ese nombre... Ea, muchacho, aviva un poco el burro para que lleguemos mas pronto á aquel hermoso prado que se vé allá abajo.

El muchacho dió un palo á su asno, que conociendo iba á entrar ya en su cuadra, comenzó á trotar. Robineau, un poco sorprendido de aquella marcha rápida, dejó no obstante trotar al burro, porque el deseo de aproximarse á su palacio le daba ánimo para sostenerse sobre el animal.

Llegaron á la pradera que estaba enfrente del palacio, y á derecha é izquierda de él, vieron unas cuantas chozas, y unas casitas de regular apariencia. Bien pronto estuvieron bastante cerca del edificio, para distinguir mu-

chas personas que estaban como apostadas á la entrada de la Roca Negra. Era Francisco, que advertido por el aldeanillo, había reunido á todos los que quisieron dejar su trabajo para presenciar la llegada del nuevo propietario. El número de los curiosos no era grande: limitábase á tres aldeanos y cinco aldeanas, á quienes se agregaron Mr. Cheval el veterinario, que esperaba la asistencia de la quinta, y Mr. Ferulus que disfrutaba una pensioncilla en las cercanías, y esperaba también ser preceptor de la familia del recién llegado. A estas diez personas hay que agregar una veintena de muchachos, la mayor parte pequeños, que Francisco pudo reunir fácilmente, porque los chicos no son raros en las aldeas; para que fuesen útiles, el ayuda de cámara dió á cada uno de ellos una trompetilla, único instrumento que se hallaban en disposición de tocar. Francisco quería que los aldeanos disparasen tiros al aire cuando llegase su amo, pero no se encontraron ni en el palacio ni en las inmediaciones escopetas en estado de poder usarse. A falta de armas de fuego, los auverneses habían tomado sus gaitas. Mr. Cheval descolgó su tambor, en cuyo instrumento era muy hábil, y que tocaba en todas las fiestas y ceremonias de las inmediaciones: en fin, Mr. Ferulus, que no tocaba ningún instrumento, pero que cantaba como si le hubiesen echado del teatro de la Ópera, compuso un coro que se vió obligado á cantar solo, porque las cinco aldeanas se obstinaron en no salir de su canción acostumbrada. Francisco hizo que el conserje y el jardinero se pusiesen de centinela en las ventanas de sus habitaciones que daban á la calle, para que le advirtiesen la llegada y él pudiese hacer la señal convenida á su gente. En fin, el conserje, que tenía la costumbre de estar siempre medio achispado, y que desde la víspera lo estaba completamente, para recibir con mayor decoro á su nuevo amo, gritó:

—¡Viene gente!... ¡el primero un asno!...

—Es monseñor, dijo Francisco: vamos, amigos míos, vamos todos juntos y meted el mayor ruido posible.

Al momento se oyeron los sonidos de las gaitas, el tambor, las trompetillas y las voces, á las que Francisco, el conserje y el jardinero mezclaban las de: ¡Viva monseñor!... El asno, portador del que de aquel modo festejaban, continuaba marchando al trote largo por la pradera, porque veía á la izquierda su cuadra, situada junto á una choza, delante de la cual una vaca y dos gansos parecían aguardar también al nuevo señor. Pero el bullicio infernal que se armó de repente, hizo enderezar las orejas al poilino, que no era aficionado á la música, y tomó el galope para llegar mas pronto á su casa. Robineau quiso detenerle, pero bastante hacia con sostenerse: en vano gritaba á Francisco y los aldeanos que parasen al asno: el ruido de los instrumentos impidió oír su voz. El jumento pasó como una flecha por en medio de los aldeanos, que se pusieron en fila con respeto, y saludaron al nuevo propietario, que hizo su entrada al galope agarrándose á la cola y á la crin de su cabalgadura. Pero en vez de dirigirse al palacio, el burro se fué á su cuadra, y no se detuvo hasta que entró en ella, en donde comenzó á revolcarse con monseñor que pedía socorro, mientras el burro rebuznaba para tomar parte en el concierto que se daba en la pradera.

Sin embargo, sorprendidos de que monseñor prefiriese entrar en el establo de uno de sus vasallos en vez de echar pie á tierra en el patio de su palacio, Francisco y algunos aldeanos fueron á buscarle, y solo con mucho trabajo consiguieron sacar al señor de la Roca Negra de debajo del asno. En fin, puesto en pie Robineau, vió que había caído sobre estiércol de vaca, pues tenía llenos de él los cabellos, un ojo, y todo un lado de su vestido: pero el placer que experimentaba por haber llegado, y por el aparato con que le recibían, le impidió manifestar el desorden de su peinado y de su trage. Salió altivamente del establo y se dirigió cojeando un poco hacia los aldeanos, saludó á derecha é izquierda, y se extasió algunos instantes con el sonido de las trompetillas: le pa-

reció que Mr. Cheval tocaba la caja como el salvaje del Palacio Real, y que las aldeanas tenían voces de sochantre. Mr. Ferulus se adelantó hacia él, hizo una seña con el brazo izquierdo, Francisco otra con el derecho, y todos callaron: entonces Mr. Ferulus, después de saludar como si quisiese bailar un minué, pasó la lengua por los labios, y dijo á Robineau:

—Señor de la Roca Negra... ¡*Albodies notanda lapillo!*... Los romanos señalaban con piedras blancas y negras los días felices y desgraciados.... nosotros haremos una cruz sobre el que os ha traído entre nosotros... hace largo tiempo que esta posesión estaba desierta... Vosotros sereis el sol que es mas que perfecto, sereis el porvenir que es indefinido, y estos aldeanos gozarán de una felicidad que no será condicional..

Alfredo y Eduardo que estaban detrás de aquel á quien cumplimentaba Mr. Ferulus, se mordían los labios por no reírse en sus barbas y se apartaron del nuevo señor cuyo vestido exhalaba un olor poco suave. Pero Mr. Ferulus tomó un polvo y prosiguió su arenga:

—Señor de la Roca Negra, *vitum impendere vero*; jamás he declinado adulaciones ni lisonjas, pero me es muy dulce saludar al nuevo propietario de este palacio. Ojalá podais decir en ese castillo, *inveni portum*, ó si gustais, venir á estableceros en Auvernia. Si he de creer á la fama, que me hablad por conducto de vuestro ayuda de cámara, vos reunis en una sola y misma persona, la sabiduría de Sócrates, la justicia de Aristides, la grandeza de Temistocles y la elocuencia de Cicerón: ójala podais reunir la felicidad de Polícrates, las riquezas de Creso y la vida de Matusalem...

Mr. Ferulus calló, volvió á tomar tabaco, y se enjugó la frente. Robineau, que habia escuchado aquella arenga con delicia, le hizo una cortesía profunda, y le dijo:

—Caballero, ciertamente... perdonad... vuestro nombre si gustais...

—Ferulus.

—Pues bien, señor Ferulus, os agradezco .. por lo que á mi hace viviré el mayor tiempo posible... podeis venir á comer al palacio cuando querais... y desde hoy....

—Con mucho gusto, señor de la Roca Negra, respondió con viveza Ferulus, que jamás habia rehusado un convite para comer. Robineau, volviéndose hacia sus amigos, les dijo á media voz.

—Es muy sábio ese hombre... diablo... está muy versado...

Francisco que vió que Mr. Ferulus habia concluido su discurso, hizo que volviese á comenzar la música. Mr. Cheval, que no sabia improvisar discursos, pero que tambien queria tener un parroquiano mas en el recién llegado, dejó por un instante su tambor y entró en su casa, de donde volvió á salir con una jaquilla que fué á ofrecer á Robineau diciéndole:

—Tomad, caballero, este gallardo y dócil animal, que no os atrojará por el suelo como el asno de Nicolás: montadla si quereis, la he herrado á las nueve de la mañana.

Robineau hubiera preferido hacer su entrada á pie; pero no se atrevió á desairar á Mr. Cheval: saltó, pues, sobre la jaquilla con condicion de que habia de ir al paso. Dirigiéronse hacia el castillo, en cuyo alderredor se descubrian todavía algunos vestigios de fosos, en donde los muchachos jugaban y se revolcaban. A derecha é izquierda habia dos torreones que amenazaban ruína, pero las habitaciones del centro parecia que se encontraban en mejor estado. Delante de las habitaciones habia un espacioso patio cubierto de yerba, con una puerta bastante grande, junto á la cual se veian dos pabellones que eran los cuartos del conserje y del hortelano. Estos señores permanecian en las ventanas y aguardaban la entrada de su amo, para sorprenderle agradablemente con otra invencion de Francisco.

Llegó, por fin, el propietario: oíase el sonido y confuso rumor producido por los gritos, las trompetillas, el tambor y las gaitas: precedianle los chicos, y los aldeanos le seguian. Alfredo y Eduardo fueron riéndose á car-

cajadas á aumentar el acompañamiento, y Mr. Ferulus marchaba respetuosamente al lado de la jaquilla. En el momento en que Robineau iba á entrar en el patio del palacio, el jardinero arrojó la corona de flores que tenia preparada para su amo, pero en vez de caer sobre éste, fué á colocarse en las orejas de la jaca: en el mismo instante, el conserje sacó el cuerpo fuera del antepecho de la ventana, para presentarle las llaves del castillo, que á falta de bandeja estaban colocadas en una fuente, que alargaba con una mano, mientras en la otra tenia un vaso lleno de vino, que levantaba gritando:

—¡Viva monseñor!... ¡Viva nuestro amo!...

El señor no preguntó que era lo que contenia la fuente que le presentaban por la ventana, pero como era curioso, dijo al conserje: Dame, amigo mio. El conserje, que estaba achispado y que suponía que su amo queria beber, le alargó el vaso rociándole la cabeza con una parte del vino que contenia. Mr. Ferulus exclamó entonces:

—¡Oh día tres veces dichoso! .. creo asistir á las ceremonias de las *Corybantas*... me parece que entro en el templo de Cibeles... el sonido de los instrumentos... las flores... las libaciones... nada falta...

—Si, nada absolutamente, dijo Robineau, enjugándose el rostro; pero no queriendo recibir nuevas libaciones, avivó su jaca coronada, y cubierto de vino y de estiércol de vaca, hizo su entrada en la Roca Negra, en medio de las aclamaciones y de los gritos de todos los muchachos de las inmediaciones.

Robineau echó pie á tierra, y como todavía experimentaba cierta dificultad para andar, á consecuencia de su caída del asno, no se encontró en disposicion de visitar desde luego sus dominios. Después de arrojar noblemente un puñado de monedas á los chicos que reñian y se golpeaban por recogerlas, lo que segun Mr. Ferulus daba una idea de los antiguos torneos, Robineau indicó al conserje queria diese de refrescar á todo el mundo, y saludando luego á la concurrencia, siguió á Francisco, que le condujo á la alcoba, en donde se tendió en una cama, exclamando:

—¡Dios mio! .. ¡qué cosa tan buena es el ser señor!... verse arengado .. ¡ay!... cumplimentado .. ¡Hola!... los riñones... esto es un poco incómodo... pero ya me acostumbraré á ello .. Francisco, mientras descanso un poco haz que preparen una comida espléndida, y preven á los aldeanos que esta noche habrá baile en el palacio: he sido demasiado bien recibido para que no les manifieste mi reconocimiento.

CAPITULO XI.

El palacio de la Roca Negra.—Fiesta aldeana.

Alfredo y Eduardo hicieron lo mismo que Robineau; fueron á descansar de la fatiga del viage. Francisco los condujo á unas espaciosas habitaciones en donde habia catres y colchones, y solo faltaban mantas en las camas que se hallaban en el palacio. Pero Francisco habia enviado ya gente á Clermont para que trajesen el carruaje, los equipages y cuanto hacia falta.

Después de tres horas de descanso, Robineau se despertó. Estaba acostado bajo un pabellon sostenido por columnas: unas cortinas viejas de seda de color carmesi rodeaban el lecho, que era algo duro, pero Robineau se levantó diciendo. Yo mandaré hacer los colchones. En seguida dirigió sus miradas á la antigua pieza en donde se encontraba y que le servia de alcoba. Las cornisas eran doradas, en el cielo raso habia pintados cupidos, cuyos rostros ya no podian distinguirse bien: en fin, toda la habitación estaba colgada con unos tapices viejos que representaban la historia de la casta Susana.

—Esto es magnifico, dijo Robineau; se halla por el estilo de Versailles y de San German... varillas doradas sobre las puertas... por todas partes molduras... hermosos espejos... hay, es cierto, por acá y por allá algunas resquebrajaduras en las paredes, y varios agujeros en el

suelo.... pero yo lo compondré todo. Mañana traeré albañiles.

Robineau vió un cordon que pendia junto á la chimenea: tiró de él, sonó una campanilla y Francisco acudió diciendo:

—¿Ha llamado el señor?...

—Sí, aunque sin objeto alguno. Pero es igual. ¿En dónde están esos caballeros, Francisco?

—Se han echado en la cama, pero creo que se hayan ya despertado.

—Francisco, es necesario que para esta noche tengamos lechos mas cómodos y completos. No sería decente que en la Roca Negra nos acostásemos sin sábanas ni colchas. Llama comerciantes y compra cuanto haga falta. Te nombro mi *fac totum*, mi intendente.

—Está muy bien, señor.

—No me disgustaría ver á mis criados: ¿cuántos hay aquí contigo?

—Señor, nada mas que el conserje y el hortelano.

—No son suficientes. Necesito una servidumbre considerable... Es igual: di á mis criados que se me presenten... voy á darles órdenes.

Salió Francisco, y Alfredo y Eduardo fueron á reunirse con Robineau que se habia asomado á una ventana que daba á la huerta, y examinaba con delicia su propiedad.

—Y bien Robi... y bien Roca Negra... ¿estás contento? dijo Alfredo al entrar: ya te hallas en tu palacio.

—Señores, convenid en que estas habitaciones son magestuosas...

—Sí, son espaciosas. ¿Pero no vamos á ver el edificio?

—Dentro de un momento. Espero á mis criados; tengo que darles órdenes: en seguida recorreremos el palacio desde los sótanos hasta los graneros.

Presentáronse el conserje y el hortelano; ambos estaban achispados, pero particularmente el conserje apenas podia sostenerse en pie, porque ya se habia embriagado antes de que su amo mandase dar de beber á los aldeanos, y quiso tambien acompañarlos.

—¿Qué nos manda nuestro amo? preguntó el hortelano que hablaba muy despacio para no balbucear, mientras el conserje se apoyaba en el respaldo de un sillón viejo para no caerse.

—Ved aquí mi servidumbre, dijo Robineau.

—No me parece muy sólida, contestó Alfredo.

—¿Qué puesto ocupais aquí? preguntó Robineau al hortelano.

—¿Qué puesto, señor amo?... ¿quereis decir qué es lo que hago?...

—Justamente.

—Pues soy Vicente, el hortelano y jardinero del palacio... con vuestro permiso... y á Dios gracias... no falta trabajo... Ya vereis la huerta... no está conocida...

—¿Y es grande?

—Yo lo creo: tan grande, que hace mucho tiempo no puedo cuidar mas que la mitad, porque como conocereis muy bien, yo solo no puedo hacerlo todo.

—Señor hortelano, dijo Alfredo, ¿por qué dejais que el patio se llene de yerba?

—Señor, yo no puedo hacerlo todo, y ademas el patio no es la huerta.

—Tiene razon, dijo Robineau; debe limitarse á sus funciones... Y vos que estais detrás, ¿qué haceis en mi casa? adelantaos.

Obligado el conserje á abandonar el sillón que le sostenia, se adelantó con paso poco seguro, sacó un pañuelo encarnado lleno de tabaco para limpiarse su rostro de color amoratado, y comenzó á reirse diciendo:

—Yo soy... yo soy el que os guarda, nuestro amo... aquí teneis un mozo que come y bebe como seis.

—Si tuvieses otros diez criados como éste, dijo Alfredo, pronto quedarias arruinado, Robineau...

—¡Ah! ¿con que sois mi conserje, amigo mio?

—Sí, mi amo, digo monseñor... porque vuestro ayuda

de cámara nos ha dicho que os agrada que os llamen monseñor... y á mi, ya comprendereis que eso me es igual... os llamaré de tú si quereis...

—Me parece que este perillan está achispado, dijo Robineau. ¿Cómo os llamais, conserje?

—Mi amo, me llamo Cunette, con vuestro permiso...

—Pues señor Cunette, me parece que habeis bebido mucho.

—Siempre á vuestra salud, mi respetable señor... y estoy pronto á volver á comenzar cuando os agrade...

—¿Y quién es aquí el encargado de arreglar la comida?... no veo cocinero.

—Yo no puedo hacerlo todo, murmuró el hortelano, la cocina no está en la huerta.

—Para mí eso es igual, balbuceó el conserje, agarrándose otra vez al sillón: iré á la cocina y os haré cualquier guiso como para mí.

—Querido amigo, dijo Alfredo á Robineau, espero que mandarás á acostarse á los señores Vicente y Cunette, y que no se encargarán de tu cocina, porque si no fuese así, yo no cómo aquí.

—Es un fastidio... dijo Robineau con cólera, y corrió hácia el cordon de la campanilla, del cual tiró con violencia. Francisco acudió con una escoba y un plumero en la mano.

—Francisco, ¿qué haces? dijo Robineau.

—Señor, estoy barriendo y limpiando el comedor... se halla lleno de polvo y de arañas... ¡Dios mio!... cuántas arañas he muerto...

—¿Y quién se ocupa en preparar la comida?

Francisco miró á Vicente y éste á Cunette, que nada miraba porque ya no veia.

—Truhanes, ¿quereis responder? gritó Robineau con cólera; ¿pensais hacerme comer con las arañas?

—Querido amigo, dijo Alfredo, has querido venir á habitar tu palacio sin prevenir nada, sin tomar criados ni mandar hacer lo que fuese necesario en esta antiquísima posesion; no debias, pues, esperar que se arreglase inmediatamente el servicio... Sin embargo, como es necesario comer, y como ademas has convidado á Mr. Ferulus, que seguramente no dejará de venir, es indispensable buscar una cocinera, lo cual no me parece imposible. Vamos, señor Vicente, decidnos en donde es donde comen mejor por aquí.

—Señor, en todas partes comen bien, pero sobre todo en casa de Mr. Cheval, el veterinario... tiene una hija que ha estado sirviendo en Clermont en casa de un comerciante muy rico.

—Pues bien, eso es lo que nos hace falta. Francisco, corre á casa de Mr. Cheval, y suplicad á su hija venga á encargarse de la cocina por ahora, que me parece no lo rehusará. Pedid provisiones por todas partes por donde paseis, enviadlas á buscar á Talende, pues que no dista mas que legua y media: en fin, haced de modo que esta noche no nos veamos obligados á acostarnos sin luz y sin sábanas.

Francisco corrió á ejecutar las órdenes de Alfredo, y Robineau dijo al hortelano y al conserje:

—Volved á vuestras faenas y no os presenteis jamás delante de mí en semejante estado.

—Monseñor, vamos á volver á beber á vuestra salud, dijo Cunette.

—No, bastante habeis bebido ya.

—Es igual, y para festejar vuestra llegada no nos quedaremos mirando á los demas... y esta noche que todo el mundo viene á bailar...

—No quiero que vengan esta noche, otra vez será.

—Has convidado á esas buenas gentes que te han obsequiado con tan excelente música y debes recibirlas, dijo Alfredo; has querido hacer el señor y es necesario que sufras las consecuencias. Ahora vamos á ver el palacio.

—Voy á guiaros, mi amo, dijo Cunette.

—Idos á acostar, beodo, y hareis mucho mejor.

—Monseñor, conozco mis deberes.

Robineau y sus amigos salieron de la habitación: pero Mr. Cunette, que cuando estaba achispado era muy obstinado, y que creía que el conserje debía presenciar la visita del palacio, siguió á su amo apoyándose en las paredes.

Recorrieron las largas y antiguas galerías iluminadas por unas ventanas en forma de ogiva, pero por las cuales penetraba la luz con dificultad, porque los vidrios estaban llenos de polvo: entraron en unos grandes salones adornados con el mismo gusto que la habitación de Robineau, en los que la vista apenas podía descubrir el techo.

—Este palacio debía ya existir en tiempo del rey Pepino, dijo Eduardo.

—Todo esto es soberbio, decía Robineau que se quedaba admirado, al ver los paisajes pintados sobre las puertas y los espejos.

—Di mas bien que esto podía ser muy hermoso hace dos siglos... pero ahora...

—Mi querido Alfredo, los espejos siempre son espejos.

—En buen hora, pero los dorados ya no lo son, y las pinturas parecen países de abanicos viejos.

—Para ser baron no conoces el precio de lo que es noble. Estoy seguro de que el caballero Eduardo comprende mejor que tú las bellezas de este palacio.

—Me parece, dijo Eduardo, que se presta, en efecto, á lo novelesco, á lo vaporoso...

—No es así... esto es magnifico... se puede acuartelar aquí un regimiento.

—Y en el piso segundo hay otras tantas piezas, mi amo, murmuró Cunette que se mantenía á la puerta de la habitación en donde se hallaban los jóvenes. Son idénticamente iguales, con solo la diferencia de que los techos son mas bajos y las pinturas no son tan bonitas como aquí.

—En ese caso es inútil que veamos hoy el segundo piso.

—Señores, esta galería tiene una puerta que da á la azotea, desde donde se descubren todas las inmediaciones.

—En mal estado se encuentra la azotea...

—¿Qué son esas hendiduras ó rajaduras que se ven en la pared?

—Son buhardas, dijo Eduardo, y segun me parece divisar, las aberturas de aquellos ángulos salientes son saeteras.

—¡Diablo! exclamó Robineau; esto era una fortaleza... estoy seguro de que habrá sostenido sitios... pero es extraño no tenga puente levadizo.

—Monseñor, hace algunos años existía todavía uno, pero como el último propietario había hecho un plantío de remolachas para extraer azúcar... allá abajo en la huerta, yo que me fastidiaba de alzar y bajar el puente levadizo solo para que entrasen remolachas, imaginé cegar el foso; el amo me dijo que tenía razón, y mandó hacer una puerta.

—Indudablemente no descendía de los antiguos propietarios de este castillo, cuando tenía ideas tan poco elevadas.

—Yo no sé con exactitud de donde descendía, señor, pero si que había comprado el castillo para establecer en él una fábrica, un comercio, en fin... pero luego, segun parece, no le iba bien, pues volvió á ponerla en venta.

—¿Pues á quién pertenecía antiguamente este castillo?

—¡A quien!... escuchad... no sé á fé mia el nombre, pero era á una viuda ya de edad avanzada y de una familia antigua. La anciana señora que habitaba el palacio, segun dicen, no quería hacer ninguna reparacion en él, por temor de echarle á perder. Así es, que como veis, no se ha tocado á nada.

—Apuesto á que esa viuda vieja, dijo Alfredo, prefería dejar que se arruinase el edificio, á que una mano profana tocara sus antiquísimas paredes.

—Yo no la he conocido, porque me colocó aquí el fa-

abricante de azúcar de remolacha, que me ha dejado solo con mi amigo Vicente.

—Ahora vamos á ver esa torre... al bajar, señores, tened cuidado con la escalera, porque todos los escalones están medio destruidos... mi querido Robineau, perdonad... quería decir, señor de la Roca Negra, si sigues el sistema de la viuda, bien pronto será difícil el que se pueda dar un paso en tu palacio, sin peligro de romperse la cabeza.

—Yo le haré reparar, señores, porque no quiero que mi palacio se desplome sobre mí... Conserje, ¿á donde se vá por este largo corredor?

—A la torre del Norte, mi amo; ¡ah!... ¡vais á ver una cosa soberbia!... tiene trampas, tiene... ¿cómo se llama eso?... esos sitios en donde se cae...

—Calabozos ó mazmorras, querreis decir.

—Si señor, calabozos.

—No quiero ir por donde se cae: marchad delante de nosotros, conserje, y guiadnos.

Cunette se adelantó tropezando siempre en las paredes. Llegaron á la puerta de la torre: una escalera estrecha, oscura y en espiral conducía á las habitaciones.

—Me parece que me encuentro en el castillo de Udolfo, dijo Eduardo al subir la escalera.

—Espero encontrarme un caballero armado de punta en blanco, añadió Alfredo.

Robineau no decía nada: examinaba aquellas antiguas paredes ennegrecidas por el tiempo, y que habían visto desaparecer tantas generaciones. El conserje abrió la puerta del primer piso, giró sobre sus goznes, y un ruido sordo se prolongó por las habitaciones del antiguo edificio.

—Conserje, dijo Robineau, será necesario dar con aceite á todas esas puertas: no me agrada ese ruido... ¿En dónde estamos?... ¿hay trampas debajo de nuestros pies?... tened cuidado de advertirnoslo.

—No señor, este era el cuarto del caballero, segun dicen.

—¿De qué caballero?...

—Del caballero... del sobrino de la viuda, segun he oído decir.

—No la haré mi habitación... tiene muy poca luz.

En el segundo piso Cunette enseñó el sitio en donde estaban los calabozos: pero el fabricante de azúcar había hecho tapar todas las trampas, y aquella vez Robineau creyó que había obrado muy bien. Encima estaba la armería del castillo, pero no quedaban allí mas que algunas corazas enmohecidas, algunos sables sin puño, algunos fusiles sin llave y varias lanzas sin hierro. Por último, llegaron á la plataforma de la torre, desde donde se disfrutaba una vista muy hermosa. Los jóvenes admiraron el aspecto de las montañas inmediatas y de la bonita ciudad de Saint-Amand rodeada de agua. Mientras miraban el pais, Cunette se sentó prudentemente en el suelo en medio de la azotea, diciendo:

—Yo no puedo mirar desde tanta elevacion, se me va la cabeza.

Iban ya á salir de la torre, cuando Eduardo dijo: Alfredo, mira á aquel montecillo... allí á la orilla de los fosos... ¿no ves aquel hombre que mira con tanta atencion el castillo?... ¿le conoces?...

—Si, es el hombre que estaba en el parador de Clermont-Ferrand, y que se ofreció á servirnos de guia... tiene una figura y un traje que no es fácil desconocerle.

Robineau se acercó diciendo: —¡Cómo!... aquel hombre de tan mala traza por aquí... Si, á fé mia, es él... reconozco el baston grueso en que se apoya... ¡Cómo examina mi palacio!... no se mueve... parece una estatua... Quisiera saber porque mira de ese modo mi propiedad...

—En efecto, hay algo de extraordinario en la mirada y en toda la persona de ese hombre, dijo Eduardo.

—¿De extraordinario?... sois demasiado comedido, decid mas bien de siniestro... de maligno... ¿es que no quita la vista de mi castillo!... Ea, conserje.

El conserge se estaba ya durmiendo en la azotea, levantó la cabeza, y contestó:—¿Qué quieres?

—¿Cómo, bribon!... ¿a quién habláis?... gritó Robineau encolerizado.

—Perdonad, monseñor y amo, dijo Cunette levantándose, creía que estaba hablando con mi compañero Vicente, y he ahí porque...

—Procurad no volver á tener esas distracciones, y venid á decirme si conocéis á ese vagabundo que está plantado como una estaca delante de la torre, y que no cesa de mirar aquí.

Cunette se adelantó tambaleándose: Alfredo y Eduardo le sostenían cada uno por un brazo para que no cayese por encima del antepecho, y el conserge sacó la cabeza para mirar al hombre que le decían.

—¿Y bien?... dijo Robineau despues de un momento.

Bajaron de la torre del Norte, que segun parecia no debía ser el sitio favorito del nuevo propietario. Cunette propuso á los señores visitar los calabozos que estaban debajo, pero Robineau no quiso. Trasládaronse á la otra torre, cuyas habitaciones, mejor conservadas, no tenían un aspecto tan triste. Encontraron allí una biblioteca, una pieza para bañarse, un salon de música, y varias camas en bastante buen estado. En fin, salieron de allí para pasar á la huerta.

Robineau vió con dolor que el fabricante de azúcar habia hecho plantar remolachas en las tres cuartas partes de sus jardines. Vicente, que segun habia dicho no cultivaba mas que la mitad, dejaba que creciesen la cizaña y el cardo en las paseos y bosquecillos. Las frutas, las flores y las hortalizas estaban mezcladas en los cuadros que habian podido librarse de las remolachas. Las



Llegada de Robineau al palacio de la Roca Negra.—Pág. 44.

—¿Y bien qué? contestó Cunette volviendo sus vinosos ojos en derredor suyo.

—¿Conoceis á ese hombre?

—Lo mismo veo yo ahora un hombre, que una botella.

—¿Cómo!... avestruz... al pie de la torre... ¿no le ves?

—Soy un bestia... salvo vuestro respeto: señor, le tomaba por una cepa.

—Pues bien, ahora le veis ¿conoceis á ese hombre?

—Escuchad... ¿no es Vicente?

—No, imbécil...

—Pues entonces podrá ser Mr. Flutanus, el maestro de escuela...

—Seguramente este tunante no vé claro, dijo Robineau: vamos, señores, dejemos esta torre: todavía tenemos que ver otra.

estátuas que se encontraban de trecho en trecho, tenían el mismo ó peor estado que los jardines. Hércules ya no tenía su clava, á Venus la faltaba un brazo, Mercurio estaba cojo, las Gracias mutiladas, Apolo sin nariz, Hebe con solo una oreja, únicamente el amor estaba intacto: este Dios resiste algunas veces los esfuerzos del tiempo.

Robineau exhalaba un suspiro delante de cada estatua, diciendo: ¡qué lástima!... una pieza tan hermosa... Ese maldito fabricante no apreciaba las cosas buenas.

Concluidos los jardines seguía el parque que era muy grande, pero en donde las zarzas crecían con abundancia. En fin, cansados de pasearse, los jóvenes volvieron al castillo: visitaron las cuadras, los invernáculos, la lechería, y luego fueron á descansar en un salon del piso bajo:—Y bien, señores, dijo Robineau, ¿qué os parece mi propiedad?

—Tu propiedad es muy grande, dijo Alfredo, pero si me crees, lo que debes hacer es mandar derribar ese antiguo castillo, que sería muy ruinoso conservar, y con sus materiales construir una buena casa á la moderna, que no necesites tres horas para recorrer, y en seguida podrás sacar partido del terreno que pertenece á esta posesion.

—Mi querido Alfredo: yo no he comprado un palacio para hacer una mala casa... sería un vándalo si siguiese tu consejo.

—Pues te arruinarás si no le sigues.

—Me arruinaré si quiero, pero conservaré mi palacio.

—Consérvale cuanto te acomode... pero no me pidas consejo.

—Y vos, caballero Eduardo, dijo Robineau acercándose al joven poeta que estaba entregado, al parecer, á sus reflexiones, ¿qué pensais de mi castillo?

—Este pais me agrada, contestó Eduardo con aire distraido.

—¡Eh! Roca Negra, me parece que desde esta mañana no hacemos mas que hablar de tu palacio, y eso va haciéndose ya empalagoso: son cerca de las cinco: ¿no se come en tu casa?

—Perdonadme, amigos míos... ¡Ola!... ¡Francisco!...

Acudió Francisco en traje de marmiton, porque se veia obligado á acumular los empleos.

—Francisco, ¿nos das por fin de comer?

—Si señor.

—Quien es esa.

—La señorita Cheval, que tiene sumo gusto en ser útil al señor. Su padre queria venir tambien con ella para ayudarla.

—¡Cómo!... el veterinario, dueño de la casa de vacas, y médico de las bestias, entiende tambien de cocina... dijo Alfredo.

—Mr. Cheval entiende de todo, y segun dice sabria preparar á un mismo tiempo un guiso de liebre y una medicina... pero no ha podido venir porque le han llamado para que vea una yegua que tiene torozon.

—Ha sido una suerte para nosotros, contestó Alfredo, porque á mí no me agradaria mucho comer un plato compuesto por mano del veterinario.

En aquel momento, Mr. Ferulus, vestido de negro de pies á cabeza y con un sombrero debajo del brazo, que ya no tenia ninguna forma, entró en la habitacion en donde estaban los jóvenes, y se inclinó profundamente, pronunciando un *saluten omnibus*.

Robineau se adelantó hacia su convidado y le estrechó con fuerza la mano; todavia se acordaba de la arenga de la mañana.

—Señor de la Roca Negra, acudo á vuestra honorífica invitacion, dijo Ferulus, que tampoco soltaba la mano á Robineau.—Caballero Ferulus, me causais un gran placer. Hoy tendremos una comida muy sencilla; todavia no me ha sido posible arreglar mi casa.—Caballero de la Roca Negra, la ventaja de comer con vos será la salsa mas suave... Señor Ferulus, espero que vengais con frecuencia...—Todos los dias si os place, Caballero de la Roca Negra; sería posible, señor de la Roca Negra que yo renunciase á una sociedad como la vuestra; que me privase de vuestra conversacion, y que no correspondiese á vuestras finezas... No, señor de la Roca Negra, *lapides clamabunt*, antes que yo rehuse comer con vos.

Jamás se habian dado tantos Roca Negra á Robineau, y al pronunciar aquel nombre Mr. Ferulus abria la boca como si quisiese tragarse el palacio. Asi es, que Robineau continuó estrechándole la mano: Ferulus hizo otro tanto, y ni uno ni otro trataban de desasirse. Felizmente para aquellos señores, Francisco anunció que la comida estaba pronta, lo cual les permitió soltarse.

Fueron al comedor en donde se hallaba puesta la mesa. Francisco colocó junto á ella un sillón viejo con ruedecillas, que tenia un pie mas alto que los otros asientos. Aquel sitio pertenecia á la viuda que sin duda era muy pequeña: Robineau creyó que correspondia á su

dignidad el ocuparle, y se sentó en él, desde donde dirigia sus miradas por encima de las cabezas de los convidados. Mr. Ferulus exclamó: *sic itur ad astra*. Pero desde su gran sillón era imposible que Robineau sirviese, porque se hallaba muy distante de los platos. Despues de comer la sopa, se decidió á tomar una silla como los demas, diciendo á Francisco:—Guardad ese sillón: le usaré en los dias de gran ceremonia.

La comida, que en su mayor parte se componia de aves, no parecia mal condimentada: los nuevos habitantes del palacio habian abierto el apetito visitándole, y Mr. Ferulus comia como si hubiese andado veinte leguas.

—Caballero Ferulus, dijo Robineau, ¿hace mucho tiempo que habitais en este pais?

—Una docena de años, señor de la Roca Negra.

—¿Habeis conocido al último propietario... el fabricante de azúcar?

—Muy poco: era un ignorante... un necio... jamás recibia ni convidaba á su mesa. No tenia relaciones mas que con las remolachas.



Mr. Cunette, conserje del palacio de la Roca Negra, se halla siempre dispuesto á beber á la salud de monseñor.

—¡Oh! pues yo quiero tener mesa franca... quiero recibir... ¿hay gentes de distincion en estas inmediaciones?

—Muy pocas... hay algunos caballeros de lugar... entendimientos *obtusos*, que ni aun envian sus hijos á mi colegio.

—¡Ah! ¿con qué teneis un colegio?

—Si, señor de la Roca Negra, un colegio masculino: admito niños desde la edad de dos años hasta la de veinte y cinco, y se lo enseño todo indistintamente... Cuando salen de mis manos abrazarian el mundo, derribarian por el suelo á sus adversarios por la fuerza de su lógica... Bellas letras, filosofia, fisica, filologia, química, matemáticas, lenguas muertas, lenguas vivas, letra inglesa, redonda y bastardilla... todo eso enseño á mis alumnos esternos por seis francos al mes.

—Eso no es nada.

—Pues bien, señor, á pesar de todo, los auverneses prefieren que sus hijos se vayan á jugar á enviármelos. ¡O tempora ó mores!...

—Y en Saint-Amand, preguntó Robideau, ¿es escogida la sociedad?

—Señor de la Roca Negra, en Saint-Amand, como en

todas las poblaciones pequeñas, hay gentes amables y originales: todos los sábados hay mercado, y se comercia en vino, cáñamo, papel, y queso... no he tenido en mi colegio mas que dos niños de esa ciudad, pertenecientes á las mejores familias.—Traigo una carta para el escribano, dijo Robineau; iré á verle mañana, y le suplicaré me presente en las casas mas ilustres.

Alfredo y Eduardo, que sin habérselo manifestado mutuamente pensaban en una misma cosa, procuraron hacer que la conversacion tomase otro giro.

—¿Conoceis la aldea de Chadrat? dijo Alfredo.

—¿Chadrat?... si, es una aldehuela miserable... no he tenido ningun niño de Chadrat en mi colegio... Sus habitantes viven sumidos en la mayor ignorancia como los tártaros. No saben ni aun deletrear.

—¿Habeis oido hablar de la Casa Blanca? preguntó Eduardo.

—¿La Casa Blanca?... no es un colegio femenino...

—No, es una casa deshabitada que difunde el terror por sus inmediaciones.

—¡Ah!... si, ya creo acordarme... Hablé de ello con mis discípulos, y fuimos al valle, en donde no vimos nada de extraordinario... Por otra parte, señores, os pregunto: unas personas alimentadas con la ciencia, pueden creer en los espíritus... *Non est hic locus*... Creo que hay necios, imbéciles, ignorantes... tengo el honor de beber á la salud del señor de la Roca Negra... pero en los espíritus... *retro Satanas*... Eso no entra en mi sistema de educacion.

—Lo mismo me sucede á mí, dijo Robineau, lo tengo por necedades, y por cuentos...

—Señor de la Roca Negra, pensais como *Tácito*, y os espresais como *Tito Livio*... tengo el honor de beber á vuestra salud.

Todavía habia algunas botellas de buen vino en los sótanos del castillo. Cunette no se habia atrevido á beberlas porque las habian contado antes de confiarle la custodia del edificio. Robineau mando subir algunas, los jóvenes brindaron, y Mr. Ferulus continuamente estaba alargando y vaciando su vaso. Como la comida habia gustado, á los postres se hizo la proposicion de dar las gracias á la señorita Cheval, que Robineau pensaba en conservar como cocinera del palacio. Se le ordenó á Francisco la llamase, y al momento se presentó á saludar á la reunion una moza alta, robusta y molletuda.

—Señorita Cheval, dijo Robineau, estoy sumamente satisfecho de vuestra habilidad culinaria... Os retengo en mi casa, si os conviene.

La señorita Cheval tosió, saludó, se enjugó la frente, y contestó: ¡Pardiez!... si yo no supiese de cocina, estaba adelantada... yo que he servido en casa de un señor que tenia veinte mil libras de renta *vitalicia*, y que no bebia mas que vino generoso... ¡Dios mio!... ¡estaba allí tan bien!... Siempre con vestido de lana fina... allí estaria todavia sino me hubiese enamorado de un soldado suizo...

La cocinera iba á referir la historia de sus amores, cuando el sonido de la gaita y del tamboril, anunció la llegada de los aldeanos. Robineau conoció que debia salir á recibir á los que habia convidado á bailar. Dejó la mesa con gran disgusto de Mr. Ferulus, que parecia pensaba en pasar allí toda la tarde. Todos acudieron al patio en donde estaban los auverneses. Robineau procuró tomar aire de señor al saludar á las gentes sencillas que se prestaban á bailar en su casa. Alfredo y Eduardo se acercaron á las aldeanas mejor parecidas para distraerse un momento: porque es necesario distraerse cuando uno está enamorado, y sobre todo, cuando ignora si es ó no correspondido. Los dos jóvenes no se encontraban todavia en este caso; pensaban mucho en Isaura, es cierto, pero no querian confesar que en el deseo que tenian de verla, habia algo mas que curiosidad. Cuando se principia á amar, se burla uno del sentimiento que experimenta... y cuando se quiere dominar, se ve que ya es demasiado tarde...

Fueron al jardin, escogieron el sitio en donde habia menos remolachas, y allí se estableció una orquesta sobre toneles vacíos, lo cual no era muy noble: pero como no asistian al baile las notabilidades del pais, pudo prescindirse del rigor de las reglas de la etiqueta. Las gaitas, pifanos y tambores formaban la orquesta. Los aldeanos ocuparon alegremente sus puestos: Robineau pensó que debia abrir el baile; sus dos amigos habian ya invitado á las aldeanas mas bonitas; él se dirigió á la que estaba mejor puesta, y Mr. Ferulus, que vió que monseñor iba á bailar se apresuró tambien á sacar pareja, para figurar enfrente de Mr. de la Roca Negra.

Comenzó el baile: la música de los auverneses no es melodiosa, pero si estrepitosa, y los bailarines y bailarinas tienen la costumbre de acompañar sus pasos con gritos y palmadas. Seria difícil permanecer indiferente en medio de aquel bullicio. Alfredo y Eduardo hacian saltar y dar vueltas á sus parejas, y golpeaban riéndose en las gruesas manos que los presentaban las aldeanas. Mr. Ferulus repetia sin cesar á la que bailaba con él:—*Etais delante de Mr. de la Roca Negra*... *Llebad bien el compás*... *teneos derecha*... *bajad los ojos*... y mirad vuestro bailarín.

La auvernesa sigue su danza golpeando siempre con pies y manos, y como dura largo tiempo, Robineau á la media hora ya no podia mas. Mr. Ferulus sudaba en abundancia, pero no le parecia politico suspender el baile antes que Mr. de la Roca Negra. Afortunadamente para aquellos señores, el hortelano y el conserge llegaron con vino, y la orquesta cesó espontáneamente para refrescar.

Bebieron, luego bailaron, volvieron á beber, y comenzaron otra vez á saltar. Duraba aquello ya hacia cuatro horas. Los auverneses son bebedores y bailarines infatigables. Sin embargo, eran ya mas de las once de la noche, y el baile, que hasta entonces habia estado mas ó menos bien alumbrado con hachas de viento comenzaba á no estarlo mas que á medias. Alfredo y Eduardo llevaron á pasear sus parejas por el jardin, y las aldeanas volvieron al baile un poco estrujadas y descompuestas. Ya algunos papás y mamás se dormian en los bancos. Monsieur Ferulus hacia mucho tiempo que se habia marchado, y Robineau, que deseaba acostarse, de buena gana habria puesto á la reunion en la puerta de la calle, cuando de repente se oyeron grandes gritos y juramentos entre los concurrentes.

Vicente y Cunette no bailaban pero no habian cesado de beber desde el principio del baile. El conserge se habia acabado de embriagar, y el hortelano poco menos: éste tenia mal vino y se necesitaba muy poco para incomodarle, y entonces queria golpear á todo el mundo. Acababa de armar disputa con un auvernés, y ya menudeaban los puñetazos. Cunette, como buen compañero, tomaba el partido de Vicente, cuando Robineau, que le desagradaba mucho el que riñesen en su casa, se puso en medio de los combatientes, no dudando que su presencia seria suficiente para restablecer la calma.

—¿Cómo!... ¡mi conserge y mi hortelano son los que arman este alboroto! dijo Robineau acercándose á ellos, ¿por qué reñis, tunantes?...

—¡Vete á pasear, déjanos en paz!... dijo Cunette que no conocia á su amo, defendiendo á mi amigo Vicente...

—¡Bribon! así te atreves á hablarme á mí.

—¡A tí!... si das un paso mas te rompo la cabeza, dijo Vicente golpeando á derecha é izquierda, y ya el nuevo señor, que se hallaba en medio de los contendientes, iba á recibir una granizada de golpes, cuando la señorita Cheval consiguió atravesar por entre la multitud, y agarrando á su amo como si fuese un niño, se le colocó debajo del brazo, se le llevó distribuyendo puñetazos á derecha é izquierda, para abrirse paso.

Francisco, Alfredo y Eduardo acudieron con un palo de escoba en la mano cada uno, y echaron fuera á todos los concurrentes. Cunette y Vicente se fueron á acostar, y se restableció la calma en el palacio.

—Tu fiesta ha sido excelente, dijo Alfredo que volvía

riéndose con Eduardo, de poner á los auverneses en la calle.

—Si, contestó Robineau poniéndose las manos en los riñones; siempre conservaré memoria de este baile... Si alguna vez vuelvo á bailar con esas... ¡Ufl... que ruido tan infernal... por poco me sacuden el polvo... y mis criados me han faltado al respeto... mañana los echo de mi casa...

—¡Querido!... estaban achispados y es necesario perdonarlos...

—¡Y pueden volverse á achispar!...

—Todos los dias no has de dar fiestas á los aldeanos ni distribuirles vino.

—No por cierto, ¡Dios me libre!...

—Has querido comenzar con prodigalidad, y en todo se paga el apredizaje.

—Buenas noches, caballero Julio, dijo Eduardo.

—Buenas noches, señor de la Roca Negra, añadió Alfredo y siguió á su amigo.

Robineau se quedó solo; era cerca de media noche, y su habitacion estaba alumbrada por una sola luz: las tres cuartas partes del salon se encontraban á oscuras. Robineau llamó á Francisco para que le ayudase á desnudarse, y le mandó se acostase en la pieza inmediata para estar pronto cuando le llamase.

En fin, Robineau se metió en la cama, despues de prevenir le pusiesen junto á ella una lamparilla. El hombre de Clermont-Ferrand ocupaba constantemente su pensamiento: su alcoba comenzaba á parecerle sumamente grande, las colgaduras le parecian sombrías, y la figura de Susana que habia admirado por la mañana, le causaba miedo por la noche. Robineau no estaba ya tan apasionado por lo antiguo, y antes de quedarse dormido, se propuso desde el dia siguiente dar un aspecto mas moderno á su castillo.

CAPITULO XII.

Visita á Isaura.

Eduardo se levantó al rayar el alba; no le agradaba mucho pasar otro dia en visitar el castillo de la Roca Negra: se prometia disfrutar un placer mas dulce, queria volver á ver á la pastorcilla, y queria ir al valle en donde habitaba Isaura: el recuerdo de la jóven no se habia apartado un momento de su imaginacion, y aunque hablaba de ella menos que nadie, era indudablemente el que mas se ocupaba de ella. En amor, lo mismo que en politica, los hombres que hablan poco son mas temibles que los charlatanes.

Eduardo bajó al patio y encontró en él al hortelano y al conserje, que completamente despejados, aguardaban se levantasen su amo para darle sus disculpas. Sin escuchar las seguridades y protestas de arrepentimiento de aquellos individuos, Eduardo salió del castillo, atravesó la pradera, y al primer aldeano que encontró le preguntó cual era el camino mas corto para ir á Chadrat: en seguida emprendió la marcha trepando con ligereza por las montañas y colinas, y en una hora atravesó el espacio en que el dia anterior habia empleado doble tiempo. No tardó mucho en reconocer el terreno, ver el valle, la Casa Blanca y la habitacion de Isaura: hasta entonces no se paró un poco para tomar aliento: luego bajó con mas lentitud al valle, mirando en derredor suyo.

Eduardo se detuvo á algunos pasos de la casita, que examinó cortos instantes diciendo para sí:—Ahí... lejos del mundo... vive sola... es tan linda como nos pintan á los ángeles... parece sabia... candorosa como la inocencia... Pero es imposible que deje de tomar bien pronto inclinacion á algun montañés... ¡Imbéciles!... la tienen miedo... pero los viajeros... las personas de la ciudad que la vean... No es prudente dejar espuesta de este modo á esa jóven á mil peligros... ¡Mas por qué me inquieto!... no he visto á esa muchacha mas que una vez... apenas la he hablado... No imite yo á Alfredo que se in-

flama con la primera mirada... ¡Oh! no; yo soy mas racional... Seria una atrocidad el tratar de seducir á esa amable criatura... se puede muy bien venir á verla sin enamorarse de ella instantáneamente... Veamos si está en su casa.

Eduardo se aproximó á la casita, pero la puerta estaba cerrada, y solo los ladridos de Valiente respondieron al jóven, que se desconsoló de no encontrar allí al ama de aquel hermoso animal. Se acordó de que llevaba á pacer sus cabras á la montaña, y se dirigió hácia aquel lado. Bien pronto descubrió á Isaura sentada en un ribazo, leyendo mientras sus cabras pastaban en derredor suyo.

—Estos montañeses no han pensado del todo descabelladamente, dijo entre sí Eduardo al mirar desde lejos la pastorcilla que no le habia visto. No es comun el ver leer á las que guardan cabras... y esa jóven se espresa demasiado bien para que se la pueda confundir con las demas aldeanas... Alguien la ha enseñado lo que los demas ignoran en estas montañas... y no han podido ser los que han estado encargados de su infancia... En todo lo que tiene relacion con esta jóven, hay algo de misterioso y de extraordinario.... Sin duda por eso me interesa.... ¡Cuán hermosa está con la cabeza inclinada sobre el libro, y apoyada en una de sus manos!... Si fuese pintor, ¡con qué gusto copiaría ese cuadro!...

Despues de mirarla todavia algunos minutos, Eduardo se acercó, por fin, á Isaura. Andaba muy despacio y con precaucion para no distraerla, pero tropezó en un guijarro: al ruido, Isaura se volvió con presteza, hizo un movimiento de sorpresa al ver al jóven junto á ella, pero al reconocerle dejó asomar á sus labios una ligera sonrisa. Sin embargo, viendo que Eduardo se acercaba mas, se levantó:

—No os movais... no quiero incomodaros, dijo Eduardo bastante aturdido, y acercándose a la pastora, porque es muy frecuente el ser torpes cuando menos lo queremos parecer. Me paseaba... por estas montañas... os he visto... y me he acercado... Mas segun veo leéis.

—Si señor me gusta mucho leer.

—Es un placer que no conoce la mayor parte de los habitantes de estas montañas...

—Es cierto, caballero, y doy mil gracias al cielo por saber mas que ellos: pues estando siempre sola, cuando me canso de trabajar, me distraigo con un libro.

—¿Me permitireis saber lo que leéis?...

—¿Por qué no, caballero?...

Isaura alargó el libro á Eduardo, que vió era las obras de Florian. Miró á la jóven con sorpresa, y la devolvió su libro diciéndola:

—Verdaderamente no sois una aldeana como las demas.

—¡Porque sé leer! respondió Isaura sonriéndose.

—No es solo por eso: vuestras maneras son tan finas... vuestro modo de espresaros...

—Hablo como todo el mundo, caballero.

—No como el que os rodea... hasta la eleccion de ese libro...

—No le he escogido yo, me le han dado.

Eduardo estuvo á punto de decir:—¿Quién? pero no se atrevió; calló porque pensó que conocia muy poco á Isaura para hacerla semejante pregunta. Esperimentó interiormente cierto disgusto, le pareció que si Robineau estuviese allí, no dejaria de decir que aquella jóven recibia muchos regalos.

—¡Dios mio!... ¡tal vez no os habreis desayunado!... exclamó de repente la pastorcilla: ¿quéreis venir á la casa, caballero?... ¡yo que no esperaba!...

—No, no, no necesito nada, dijo Eduardo conteniendo á la jóven, no quiero mas que conversar con vos, si no os desagrada.

—¡Desagradarme!... por el contrario, caballero; ¡hablan tan pocas veces conmigo!... Los pastores llevan sus rebaños muy lejos de los míos... las pastoras huyen de mí... y sin embargo, jamás he hecho mal á nadie. ¿Tengo fisonomia de malvada, caballero?...

—No, al contrario... exclamó Eduardo pronto á asir la mano á Isaura y á estrechársela con ternura: pero tambien se contuvo.

—Desde la muerte de mi buena madre he observado que en el pais buyen de mi, y que apenas me hablan. Al principio me apesadumbré... en mi edad, me parecia muy triste estar sola en el mundo... pero desde que tengo á Valiente ya no estoy sola... me quiere mucho... cuando le acaricio no se aparta de mí.

Habia en el acento y en el lenguaje de Isaura una mezcla de candor y de gracia, en que era muy difícil no deleitarse: sus espresiones eran de una jóven bien educada, con el tono franco é ingenuo de una montañesa. Eduardo, al escuchar á Isaura, sentia que se iban desvaneciendo sus primeras sospechas. —¿Luego no llevareis á mal, la dijo, que venga algunas veces á conversar con vos?

—Cuando gustéis, caballero. ¿Vivis cerca de aquí?

—Sí... en la Roca Negra... á dos leguas cortas...

—Dos leguas... me parece bastante lejos... Yo jamás he pasado de la cima de estas montañas.

—¿No habeis estado nunca en la poblacion inmediata?... en Saint-Amand?

—No señor. Me han prohibido el que salga de estas montañas.

—¿Y quien os prohíbe eso, pues que estais sola en el mundo y ya no teneis padres?

Isaura permaneció algunos instantes sin responder, mas al fin dijo: Mi buena madre fué quien me lo prohibió...

—¿Pero ahora que ya no existe, no sois dueña de obrar segun vuestra voluntad?

—Sin duda, caballero, pero no tengo deseos de ir á la ciudad... ¿Qué iria á buscar en ella?... ¡Ah! no; jamás dejaré la casa del buen Andres, en donde he pasado mi infancia!

Eduardo guardó silencio por un momento. Isaura corrió detrás de una de sus cabras que se alejaba: la miró subir con ligereza por los peñascos, y luego se sentó junto al sitio en donde estaba la jóven esperando que volviese. La hermosura del parage, la tranquilidad que reinaba en aquellas montañas que el sol comenzaba á iluminar, la soledad en que se encontraba con aquella pastorella, todo concurría á hacer que naciesen en el alma de Eduardo mil pensamientos: su corazon latía con mas fuerza, su respiración era mas corta, y su imaginación se hallaba turbada por deseos de amor ó mas bien de placer... pero volvió Isaura y se colocó á su lado sonriéndose y diciéndole: Ya estoy aquí... en aquella accion, en aquella mirada habia tanta confianza y candor, que Eduardo se ruborizó interiormente de los pensamientos que le habian ocurrido... su cabeza se tranquilizó, su corazon no estaba tan agitado, y solo entonces se atrevió á mirar á Isaura.

—Mis cabras me hacen correr algunas veces y alejarme un poco, prosiguió la jóven: sé muy bien que podria traer á Valiente conmigo, y que sabria guardarlas, pero es necesario que alguien quede en la casa.

—¿Pues qué no viene nunca ningun montañés de las inmediaciones á hablar con vos, Isaura?

—No, señor jamás...

—¿Y entre los viajeros que pasan por el valle, no ha habido ninguno que como yo haya vuelto á buscaros á las montañas?

No, señor... es muy raro que vengan viajeros por aquí, porque el valle no está situado junto á ningun camino frecuentado, y los montañeses que guían á los caminantes evitan siempre el pasar por cerca de la Casa Blanca.

Un instante de silencio reinó todavia entre los dos jóvenes. Eduardo examinó con atencion á la jóven: ésta miraba como corrian sus cabras por la montaña, y cuando alguna vez volvia sus ojos hacia Eduardo se sonreria candorosamente: aquella sonrisa no era la de una coqueta que procura seducir, era la de la inocencia que no ve ningun riesgo en el placer que hace producir.

—Me han dicho en Chadrat, que la lectura no era vuestra única habilidad, dijo Eduardo; ¿cantais tambien?...

—Sí señor, canto con frecuencia, cuando no tengo nada que hacer, pero muy mal, segun creo.

—¿Y quien os ha podido enseñar canciones desconocidas en estas montañas?

Un ligero rubor coloreó las mejillas de Isaura que respondió bajando los ojos:—Un viajero que se detuvo algun tiempo en nuestra casa.

—¿Y vivia todavia vuestra madre?

—¡Oh! si señor.

Eduardo calló: á pesar suyo cruzaron por su mente unas sospechas vagas. Para disiparlas, miró á la jóven cuyas facciones espresaban la inocencia. Despues de pasar algunos instantes de aquel modo, le pareció que debia regresar al palacio, porque queria que no notasen su ausencia, ó por lo menos poder ocultar que habia estado cerca de Chadrat. Se levantó, pues, diciendo á Isaura: Ahora me es forzoso dejaros...

—¡Ya, caballero!... dijo con toda naturalidad la pastorella.

—¿Pues qué!... exclamó Eduardo, ¿mi presencia os causa algun placer?...

—¡Ya os lo he dicho, caballero, en estas montañas es tan rara la ocasion de poder hablar con alguien!

—Es cierto, replicó Eduardo con mas frialdad; ¿y es únicamente por eso?...

Y se detuvo diciendo para sí: ¿Querria acaso que esta jóven estuviese ya enamorada de mí?... Verdaderamente yo predico á Alfredo y no soy mas prudente que él.

—Voy á bajar la montaña con vos, dijo Isaura; ya es tiempo de que vuelva á la casa, mi pobre Valiente ya debe estar desasosegado.

Inmediatamente corrió á reunir su rebaño y le dirigió hacia el valle, riéndose á cada brinco que daban las cabras. Eduardo la siguió diciendo entre sí: su corazon se halla en calma y tranquilo... esa alegria tan natural, ese dulce abandono, no anuncia que la ocupe ningun pensamiento de amor. ¡Pobre niña!... ojalá pueda ignorar por su ventura, esa pasion que causa mas pesar que placer.

Eduardo suspiró: parecia que alguna cosa le inspiraba el deseo de hacerla conocer ese pesar y ese placer...

Llegaron á la casita: Isaura abrió la puerta, y el perro corria á acariciarla: luego miró á Eduardo, dió vueltas en derredor suyo, pero no manifestó ninguna aspereza.

—Me parece que ya os coroce, dijo la jóven.

Eduardo se acercó á Valiente, le hizo una fiesta, y el animal se estuvo quieto, mirando siempre con atencion á su ama, como para preguntarla si el jóven era uno de sus amigos.

—Vamos, dijo Eduardo, me parece que dentro de poco nos encontraremos muy bien juntos. Adios, amable Isaura... hasta mañana por la mañana.

—Hasta mañana, caballero. ¡Ah! perdonad... no sé vuestro nombre.

—Me llamo Eduardo.

—Pues bien, hasta mañana, caballero Eduardo, puesto que no quereis descansar hoy en mi casa.

Diciendo esto, la jóven hizo á Eduardo una graciosa cortesía y entró alegremente en su habitacion. Entonces el jóven volvió á tomar el camino de la Roca Negra, pensando en la pastorella. Decia entre sí á cada momento: es encantadora... sus maneras... su voz... su naturalidad... todo es arrebatador... ¡Oh!... no me enamoraré de ella... eso seria una locura... pero es tan interesante que quisiera que ya hubiese llegado mañana... No diré á Alfredo que he venido á verla; seria capaz de hacer otro tanto. Alfredo es un aturdido; inmediatamente vendria á requebrarla... eso seria horrible, pero seguramente no lo consentiré.

¡Pobre Eduardo!... ¡no quiere amar y ya tiene celos?... ¿Y por qué se habia de obstinar en resistir una

pasion tan natural en su edad? solo cuando llega la edad de la razon es necesario prevenirse contra el amor, que como las viruelas hace mas daño cuanto mas tarde acomete.

CAPITULO XIII.

Todavía el mendigo.

Eduardo estaba de vuelta en el castillo de la Roca Negra, y no habia advertido lo largo que era el camino que habia andado. Los enamorados están tan preocupados, que jamás se molestan ni se fastidian, y esto al menos es una pequeña indemnizacion de los tormentos que algunas veces causa el amor.

Eduardo encontró á Alfredo en el patio del palacio.

—Has salido muy de mañana, dijo el jóven Marcey mirando fijamente á su amigo: al levantarme pregunté por ti y me respondieron que ya hacia mas de una hora que te habias marchado... ¡Diablo!... estás muy madrugador.... yo confieso que el baile de ayer me tenia un poco cansado... esa danza es interminable y las auvernasas no son nada ligeras. Apuesto á que adivino de donde vienes... has ido hacia la Casa Blanca.... ¿has querido volver á ver á Isaura?...

—No, no he ido por ese lado... me he paseado por estas cercanías que son deliciosas... y luego á qué conduce el volver á ver á esa jóven... me parece por lo menos inútil...

—¡Inútil el ver á una muchacha linda como el amor! pues por el contrario, yo creo que es como mejor puede emplearse el tiempo.

—Pues precisamente porque es bonita puede ser peligroso... Tú particularmente, Alfredo, que con tanta facilidad te exaltas, serias capaz de enamorarte de ella... es decir, de tener un capricho por esa aldeana.... Sin embargo, no pienso tengas intencion de seducirla....

—No lo piensas... no lo piensas... ¡ah! mi querido Eduardo, vas á explicarme un curso de moral... No tengo todavía ningun proyecto... pero en fin, esa pastorcilla es muy bonita... quiero volverla á ver... y si la agrado... suceda lo que quiera... sobre todo, ¿qué gran mal podia sobrevenirme?...

—Esa jóven es prudente, inocente, y quereis turbar su tranquilidad... quereis inspirarla un sentimiento que no experimentaréis ocho dias... y en seguida abandonarla á su dolor... eso seria horroroso.

—Eduardo, usas un language novelesco... dices que esa jóven, es prudente y eso no está suficientemente probado.... su situacion extraordinaria.... lo que cuentan acerca de ella... la diferencia que existe entre sus maneras y las de las demas montañesas, deben dar lugar á mil conjeturas. Pero, en fin, doy por supuesto que es prudente: el momento menos pensado algun rústico aldeano se enamorará y la agradará; ¿pues por qué no quieres que yo pruebe á ver si soy tan feliz como uno de esos estúpidos? Además, amigo mio, si siempre hiciésemos esas reflexiones, nunca tendríamos ningun amorcillo, y tendríamos constantemente los ojos bajos por temor de encontrar una hermosa y concebir malos pensamientos. Eso seria magnifico, convengo en ello; pero ¿qué quieres! la perfeccion no se encuentra en la naturaleza humana.... nuestros primeros padres sucumbieron á la tentacion, y yo no tendré jamás la fortaleza de ser mas sabio que ellos.

Eduardo no dijo nada: hubiera deseado poder ocultar el disgusto que experimentaba, é iba á separarse de Alfredo cuando se presentó Robineau seguido de muchos obreros que Francisco habia ido á buscar á la ciudad.

—Hijos míos, les dijo Robineau, se trata de ponerme nuevo este castillo ó poco menos. Las habitaciones son algo oscuras, las colgaduras demasiado viejas, los vidrios pequeños y las escaleras están muy malas. Reparad, raspad, pintad, restaurad, pero sobre todo, prontitud. Os

pagaré como señor... Francisco, lleva esos operarios... ya sabes mis intenciones...

—¿Cómo!... amigo mio, dijo Alfredo; ¿vas á hacer reparar todo el castillo?

—No todo, pero al menos la parte en donde habite y reciba... la torre del Norte puede permanecer como se halla: jamás iré á ella... Además es necesario volver á plantar y arreglar el jardin. Acaso puedo recibir la mejor sociedad de Saint-Amand y hacerla pasear por cuadros sembrados ó plantados de remolachas... Daré una idea aventajada de mi gusto... Voy á gastar dinero, es cierto, pero un buen enlace me lo devolverá.

—¿Con que ya piensas en casarte?

—Si, á fé mia: me parece que el matrimonio da aplomo, consideracion... en fin, veremos... Pero voy á Saint-Amand y espero vendreis conmigo.

Alfredo titubeó; tenia otro proyecto. Eduardo que lo observó se apresuró á contestar: Si, si, iremos á Saint-Amand... Dicen que es una poblacion muy bonita... es necesario que conozcamos á sus habitantes.

Despues de un momento de reflexion, Alfredo aceptó. Cunette se adelantó haciendo cortesias á su amo hasta tocar al suelo, cuyos pies parecia estaba pronto á besar, y anunció que el cabriolé estaba ya preparado.

—¿Con que tienes ya cabriolé?...

—Si, es decir, una especie de calesin... me lo ha proporcionado Mr. Cheval... es muy decente y vale mas que ir en una silla de posta estando tan cerca.

—¿Y dónde has encontrado caballo?

—Mr. Ferulus me ha prestado el del padre de uno de sus discipulos.

—Es decir, que es el padre del discipulo el que te le presta.

—Pienso comprar caballos inmediatamente. Vamos, señores, almorcemos pronto y en marcha para Saint-Amand. He hecho prevenir mi visita al escribano, y estoy seguro de que toda la ciudad nos aguarda.

Almorzaron, subieron en el calesin que tenia muy mal movimiento, pero el caballo era vigoroso y no tardaron en divisar los restos de fortificaciones que hay en derredor de Saint-Amand, y entraron en la ciudad sin que sus habitantes estuviesen á la puerta, lo cual sorprendió mucho á Robineau.

Mientras el nuevo propietario iba en casa del escribano, Alfredo y Eduardo fueron á recorrer la poblacion, á que dieron bien pronto vuelta. Robineau fué á reunirse con ellos en la Plaza mayor: llevaba el semblante muy alegre. El escribano le habia dicho que se hablaba mucho de él, y le convidó á comer al dia siguiente para que conociese á las personas mas distinguidas de la ciudad. En fin, tenia los bolsillos llenos de cartas de recomendacion, y como ya habia dicho al escribano que pensaba casarse, éste les prometió tres bailes y cuatro grandes tertulias para la semana siguiente.

Robineau concluyó diciendo: no os he olvidado, amigos míos.

—Pues qué, ¿quieres tambien casarnos? dijo Alfredo.

—No es eso... ¡aunque si quisiésemos!... Parece que en las provincias se casan mucho: pero yo he dicho que habia traído conmigo de París dos jóvenes; uno muy rico y otro que tiene mucho talento...

—Eso quiere decir que el rico es un animal...

—No, no es eso.... si no que me han preguntado si érais tambien solteros, y oida mi respuesta afirmativa, me han invitado á que os lleve conmigo, y...

—Caballero Julio, sois muy amable, pero no queremos representar ningun paso cómico: ireis á comer sin nosotros.

—Como gustéis, caballeros.... Pero puesto que nada os detiene aqui, volvamos á mi palacio para acelerar las obras. Ya he prevenido al escribano que dentro de poco dará un gran convite, comida, baile, fuegos artificiales, luces de Bengala... á imitacion del Tivoli de París... Vamos á hacer que arranquen las remolachas.

Volvieron á subir al calesin y á tomar el camino del

castillo. Robineau estaba estasiado, no pensaba mas que en bailes, fiestas y matrimonios. Veía á todas las mugeres de la ciudad disputarse su conquista. Mientras veía todo eso, no observó que sus dos compañeros no le escuchaban, y que entregados á sus reflexiones, Alfredo y Eduardo pensaban en otra cosa que en los festejos que proyectaba y en que se proponía no dar de comer ni de beber á los aldeanos de las cercanías.

Hallábanse ya cerca del palacio, cuando Robineau prorumpió en una exclamacion que sacó á sus compañeros de sus reflexiones.

—Todavía ese hombre... siempre ese hombre... es un animal montaraz... no sé por qué mejor quisiera ver un lobo, que á ese galafate...

Los jóvenes alzaron los ojos y vieron al pobre viagero sentado á corta distancia del palacio, que parecia examinar con tanta atencion como la vispera.

—¡Ah! ese es el hombre del baston nudoso, dijo Alfredo sonriéndose.

—Es ese pobre diablo de Clermont; añadió Eduardo.

—Si, ese caballero tan feo... mirad como examina mi palacio... con qué afectacion... se diria que quiere armar camorra con los obreros que ve... yo haré que echen á ese perillan de junto á mis fosos.

—Caballero de la Roca Negra, no creo que vuestra señoría tenga ese derecho... Mr. Ferulus te diria que ese hombre está *extramuros*, y que por consiguiente ese sitio es libre.

—Pero en fin, ¿por qué mira de ese modo mi posesion?... me choca mucho.

—Ve y preguntaselo.

—Ir á hablar á ese vagabundo... comprometerme con él... no por cierto. Sin embargo, quisiera saber qué viene á hacer en este pais.

—Pues bien, dijo Eduardo, yo que no temo comprometerme, voy á procurar conversar un poco con ese hombre... tengo la idea de que es un desgraciado que busca ocupacion.... ¿no podiais darle algun empleo en vuestro palacio, pues que estais arreglando vuestra servidumbre?

—¡Introducir ese hombre en mi casa!... no por cierto; temeria me robase.

—¿Pues qué, caballero, se ha de juzgar siempre por la apariencia? Porque el vestido de ese pobre diablo sea mas malo que el de estos aldeanos, ¿se le han de negar los medios de ganar su vida?... Asi se obliga á los desgraciados á que se hagan criminales...

—Lo que decis es bastante juicioso. Pues bien, id y preguntadle qué es lo que sabe hacer... Podré emplearle en arrancar las remolachas, en cuidar los caballos que pienso comprar... en fin, veremos... pero antes, procurad saber lo que es, porque no quiero en mi servicio mas que gente distinguida.

El calesin acababa de entrar en el patio. Mr. Ferulus que ya habia llegado para comer, salió á recibir á los viageros. Eduardo los dejó entrar á todos en el castillo, y se dirigió hácia el sitio en donde habian visto al hombre de Clermont-Ferrand.

El desconocido estaba todavía sentado á poca distancia de la torre del Norte, á que sus miradas se dirigian con mas predileccion que á las demas partes del edificio: tenia colocado el baston entre sus piernas y apoyada la cabeza en una de sus manos.

Eduardo se acercó al extranjero, pero éste no le miró y continuó en la misma postura. Eduardo vió que era preciso que él fuese quien entablase la conversacion, y colocándose casi enfrente de él, le dijo con aire indiferente:

—¡Parece que examináis con mucho interés este antiguo castillo, caballero!

—El extranjero alzó los ojos, miró un momento á Eduardo con mal gesto, y despues respondió con tono brusco:—¿No soy dueño de mirar á donde mejor me parezca?

—Nadie os niega ese derecho: pensaba únicamente

que la vista de ese castillo os escitaba antiguos recuerdos... que tal vez habriais conocido á alguien en él en otro tiempo.

El desconocido dirigió una mirada penetrante al joven, una sonrisa amarga se asomó á sus labios, pero no contestó nada.

Despues de un momento de silencio, Eduardo prosiguió:—Este pais es encantador... me hallo sumamente complacido de haber venido á él: ofrece una mezcla de sitios agrestes y de sitios alegres y pintorescos: ¿sois de este pais, caballero?

El extranjero miró fijamente á Eduardo, y despues le contestó:—¿si yo os preguntase de donde sois, lo que habeis hecho, y lo que venis á hacer aqui, os pareceria decoroso y me responderiais?

—Talvez, caballero: ademas yo puedo tener para preguntaros motivos que vos no tendriais.

—¿Es decir, que porque yo estoy mal vestido, porque parezco un pobre diablo, vos, que estais muy elegante, y que sin duda llevais oro en vuestro bolsillo, pensais que teneis una grande superioridad sobre mí, y que eso os dá derecho para interrogarme?...

—Os equivocais, caballero, y si vuestro exterior ha podido hacerme pensar que erais poco afortunado, de ese pensamiento ha nacido el deseo de serviros, de seros útil, y eso es lo que me ha impulsado á dirigiros esas preguntas.

El extranjero miró algunos instantes á Eduardo, y luego meneó la cabeza diciendo:—Seriais muy diferente de los demas hombres...

—He venido á este pais con la persona que ha comprado esa finca, y que podeis haber visto conmigo.

El desconocido dejó escapar una sonrisa burlona, murmurando:—si... si, yo la he visto... y parece que quiere ya trastornarlo todo en el castillo:

—Ese edificio necesita reparaciones: quiere hacer mas moderna la parte que tiene ánimo de habitar... quiere tambien arreglar sus criados... no tiene bastantes... piensa dar ocupacion á algunos... como mirábais el palacio con tanta atencion, he creido que tal vez os agradaria...

El desconocido frunció las cejas y dijo:—¿Venis á ofrecermeser lacayo del nuevo propietario?...

Asombrado de la espresion singular que notó en el semblante del extranjero, Eduardo respondió titubeando: lacayo... ó cualquiera otra cosa... no conozco condicion deshonrosa para el que la cumple con probidad.

El viagero permaneció algunos instantes reflexivo, y luego dijo con tono de ironia:—efectivamente... eso seria muy gracioso... si... sé que Jacob fué criado de Labau, que Apolo fué mozo de labor, que David guardó ovejas, que Cincinato aró, y que el hijo pródigo se vió reducido á guardar puercos... y sobre todo que importa la posicion en que uno se halle constituido con tal que sea feliz... un hombre con un vestido bordado es mas apreciable que otro con chaqueta y galochas... no: pero el que está ricamente vestido puede proporcionarse todos los goces de la vida, puede satisfacer todos sus deseos, sus pasiones y he ahí la ventaja que tiene sobre el otro. La forma varia, el fondo siempre es el mismo... para convenceros dad oro y riquezas á cualquier pobre diablo cuya sencillez de vida y pureza de costumbres os hayan alabado: no tardará en hacer necedades como los demas... no conozco mas que una clase de hombres sabios y son los que no se dejan albardar...

Eduardo escuchaba al extranjero con tanta sorpresa como interés. Los discursos del desconocido acababan de probarle que no se habia engañado al suponer que aquel hombre no se habia encontrado siempre en tan miserable situacion. Sin que al parecer fijase la atencion en la persona que estaba á su lado, el extranjero sacó del bolsillo una pipa y un esclavon, y golpeando el pedernal para tener fuego continuó sus reflexiones.

—Que cosa mas rara es la vida... cuando uno es feliz, está rico y considerado, la espone temerariamente... tiene por un juego y aun por un honor el arrostrar los

peligros... es cierto que la mayor parte de las veces solo se hace eso por amor propio... viene luego la adversidad, la miseria y la vejez, y entonces es cuando mas tiembla por la existencia... no tenemos sentido comun... y en cuanto á mi, he adoptado el mejor partido... no me aflijo por nada; me hago superior á todo... todavia tengo algunas monedas en mi bolsillo, y cuando no me quede ninguna veremos... no es la primera vez que me he encontrado en situaciones muy dificiles... hay algo de picante en las reflexiones que esto nos produce. Ademas los auverneses son muy buenas gentes, me darán un pedazo de pan, y con eso me encuentro en libertad de pasearme desde la mañana hasta la noche... esto ya es algo... si estuviésemos en Atenas ó en Esparta se podría criticar mi modo de vivir; ya lo sé. Las leyes de Solon permitian á todo ciudadano denunciar al que no tenia ocupacion... pero á otros tiempos otras costumbres...

El extranjero encendió su pipa, se la puso en la boca, se volvió hacia Eduardo dejando escapar una sonrisa burlona, y luego le envió una bocanada de humo.

—Caballero, dijo Eduardo, es fácil de notar en vuestros discursos que habeis recibido una educacion esmerada, y que no habeis nacido de una clase oscura de la sociedad. Desgracias que no procuro averiguar os habrán hecho caer en la adversidad... parece que estimais en poco á los hombres, porque sin duda teneis motivos para quejaros de ellos, pero el infortunio nos irrita y algunas veces nos hace injustos... en cuanto á mi, deseo sinceramente seros útil y sacaros de una situacion, que segun veo, no debia ser la vuestra.

—¿No debia ser la mia?... pues ya veis que si, pues me encuentro en ella... Por lo demas, ¿os he pedido algo?... ¿Quién os ha dicho que yo no me encuentro bien como estoy?...

—Puede uno conformarse con sus desgracias... con su miseria... pero por mas fortaleza de alma que tenga, es imposible borrar enteramente del pensamiento el recuerdo de tiempos mas felices.

El desconocido se tendió indolentemente sobre la yerba, y miró á Eduardo diciendo:—¡Ah! ¿creeis eso?... ¿y quién os ha dicho que yo no he merecido las desgracias de que me suponeis victima? ¿que no ha sido mi mala conducta y mis pasiones las que me han reducido al estado en que me encuentro?

—Aun cuando asi fuese, yo no veria mas que un motivo mas para procurar serviros... Debe ser uno mucho mas desgraciado cuando ha llegado á serlo por su culpa.

—¿Pues qué creeis que yo sigo el culto de *Loroastro*, que me alimento con la lectura del *Sadder*, y que opino que debe hacerse un rigido exámen de conciencia al fin de cada dia? No por cierto... hace mucho tiempo que mi conciencia y yo somos los mejores amigos del mundo, y esto por la sencilla razon de que jamás nos hablamos... ¿Teneis rapé?

—No, no lo uso.

—Pues es lástima... aquí no se encuentra. Vamos, me pasará sin el... se habitúa uno á todo... En otro tiempo jamás hubiera creido que se podia dormir tan bien en medio del campo como en una cama, y ahora me encuentro en él muy comodamente... Sin embargo, convengo en que el pan de los montañeses es un poco áspero... no es tan bueno como un pavo trufado ó un faisán asado... pero es preciso ser sóbrios cuando no se puede hacer otra cosa.

—Y cuando yo os ofrezco los medios de ser mas feliz, ¿por qué los rehusais?... Una plaza de criado os humillaria; pero sin que sea eso, podría proporcionaros una ocupacion que no fuese nada penosa...

—No, no es el nombre de criado lo que me ofende... os lo repito, veo á todos los hombres de un mismo modo... pero servir en este palacio... no me es posible...

—¿Por qué razon?

—Porque no puede ser, os digo; al pronunciar estas palabras el extranjero se levantó bruscamente, y luego

prosигuió sonriéndose.—Convenid en que el nuevo propietario tiene trazas de un famoso imbécil...

Eduardo se sonrió tambien y respondió: pues en el fondo es un buen muchacho.

—Si... buen sugeto... he conocido muchos que lo parecían... tomaban prestado mi dinero y no me lo volvían... despues yo he hecho lo mismo; eso es natural: pero es mucho mas difícil vivir con los necios que con los hombres de talento... la riqueza hace á los primeros mucho mas ridiculos, porque les dá un aplomo y una suficiencia de que hacen ostentacion y con que os abruma... Mi estómago me advierte que ya es hora de comer... el estómago sirve de reloj... ¿lo veis?... Buenas tardes, caballero.

—¿Y no podría al menos saber vuestro nombre? Si se me presentase alguna ocasion de serviros que os fuese mas agradable que el entrar en el castillo, desearia poder encontraros.

—¿Encontrarme?... es muy fácil, por ahora no resido en ninguna parte. Sin embargo, me parece que durante algun tiempo mi domicilio será en estas montañas. En cuanto á mi nombre no tengo ánimo de manifestaros el que me pertenece; pero os diré como me llaman los auverneses que me encuentran, y ya comienzan á conocerme, me llaman el vagabundo. No es tan sonoro como señor de la Roca Negra... pero en fin, es un nombre como otro cualquiera. Buenas tardes, caballero.

Al decir estas palabras, el extranjero se alejó silvando, y Eduardo volvió á tomar el camino del palacio, pensando en el extraño personaje con quien acababa de conversar.

Esperaban á Eduardo para sentarse á la mesa; Mr. Ferulus estaba disgustado porque la comida se enfriaba, pero Robineau tenia mucha curiosidad por saber quien era el hombre del baston nudoso; asi fué, que en cuanto vió á Eduardo desde lejos, le gritó:—¿Habeis hablado con él?

—Si, hemos tenido una conversacion bastante larga.

—Cuéntanosla.

—¿No podría ese caballero referirnosla al tiempo de comer? dijo Mr. Ferulus.

Sentáronse á la mesa, y Eduardo refirió el resultado de su conversacion con el extranjero.

—¿Con qué no quiere entrar en mi servicio? dijo Robineau.

—No, se opone á ello.

—Pues no me importa.

—Es necesario que ese hombre se halle falto de juicio, dijo Mr. Ferulus, para preferir el pan de los montañeses á la cocina del señor de la Roca Negra.

—No soy de vuestra opinion, le contestó Eduardo; ese hombre ha recibido buena educacion, ha tenido un rango en la sociedad, y no puede resolverse á servir á otro, esto me parece que es bastante concebible.

—¿Y en qué os fundais para suponer que ese vagabundo ha sido admitido en el gran mundo? dijo Robineau: yo no he encontrado nada distinguido en su persona.

—Si le hubieseis oido hablar, os convenceriais de que no siempre ha llevado un traje miserable.

—Mi querido Eduardo, dijo Alfredo, eres un poco novelesco, todo lo que ofrece algo de singular y de extraordinario te agrada, y en ese vagabundo te ha parecido ver uno de los personajes misteriosos que suelen encontrarse en las novelas.

—Señores, dijo Mr. Ferulus echando de beber á todos, el caballero Eduardo es literato: ha podido, diré mas, ha debido complacerse al oír salir de boca de un personaje grosero algunas palabras *escolásticas*... Pero eso ¿qué prueba?... ¿que ha recibido buena educacion?... no soy de esa opinion... ¿no vemos que en la antigüedad hablaron los animales?...

—Eso todavia se ve en nuestro tiempo, dijo Alfredo.

—¡Ah! si, los papagayos; estos han sido enseñados: pero Tito Livio refiere que un buey gritó en un merca-

do, ¡Roma, guárdate!... Plinio cuenta que un perro habió cuando Tarquino fué arrojado del trono; y si hemos de creer á Suetonio, una corneja gritó desde el Capitolio cuando iban á asesinar á Domiciano, *es muy bien hecho*; uno de los caballos de Aquiles, llamado *Xantho*, predijo á su amo que moriría al frente de Troya: en fin, el carnero de Phryxus, habló, como las vacas del monte Olimpo, y sin embargo, señores, todos esos animales no habían recibido educación. Un hombre puede muy bien hacer otro tanto. Concluyo, pues, que ese vagabundo habrá servido á algún sabio, y ha conservado algo en la memoria: porque nosotros, los maestros en artes, somos como el sol, cuyos rayos penetran en los palacios y en las chozas... el salmorejo de la señorita Cheval es excelente... tengo el honor de beber á la salud del señor de la Roca Negra.

Alfredo y Eduardo no tomaban parte en la conversación; ambos estaban ocupados en sus pensamientos, pero Mr. Ferulus, que parecía se había propuesto comer,



La señorita de Cheval agarró á su amo debajo del brazo. — Pág. 50.

beber y hablar por todo el mundo, la sostuvo, mezclando en ella algunas alabanzas y cumplimientos para Robineau, que los recibía con delicia, y encontraba á Mr. Ferulus mucho mas amable que sus dos amigos. El maestro de escuela tenia su objeto: el palacio le gustaba mas que su colegio y al fin de la comida exclamó con efusión de corazón:

—Señor de la Roca Negra, os tengo una fuerte dosis de adhesión...

—Caballero Ferulus, dijo Robineau inclinándose, os ruego creais que por mi parte...

—Señor de la Roca Negra, ese sentimiento se apoderó de mí en el momento en que os vi venir montado en el asno. Entre los hombres grandes existe una secreta simpatía... y si sois grande por el nacimiento y por las riquezas, yo me congratulo de serlo por las ciencias... soy un verdadero pozo en materia de ciencia... Debeis tener una biblioteca en vuestro palacio.

—He encontrado una en la torre del medio día.

—Pues entonces os hace falta un bibliotecario.

—Pero es que no hay libros en la biblioteca.

—Es igual... se traerán... yo pondré en ella los míos, todos libros clásicos: ya conoceis, señor de la Roca Negra, que un palacio sin bibliotecario, es como una comida sin salsa, como un hombre hermoso que no tiene mas que un ojo, como una muger bonita que cojea... Pues bien, señor de la Roca Negra, ¡ya sabeis lo que soy capaz de hacer por vos! Tengo el honor de beber á vuestra salud.

Robineau estuvo pensando un rato, y luego dijo:—A fé mia; no adivino...

—Si no lo adivinais, yo debo explicároslo... así contestaban siempre las Sibilas á los que iban á consultarlas, y cuando ya habían explicado el oráculo, por lo regular se entendía menos. Pero volvamos á nuestro asunto; os hace suma falta un bibliotecario...

—Pero yo creía que antes...

—No os hace falta uno desde luego, para ser el depositario de las ciencias que debe encerrar el palacio de la Roca Negra: os hace falta un hombre erudito, sabio, profundo y modesto. Pues bien, aunque busco en diez leguas á la redonda, no encuentro absolutamente ninguno que reúna estas cualidades como yo, *consequentia consequentium*, yo seré vuestro bibliotecario...

—¡Qué! caballero Ferulus...

—Tengo el honor de brindar á la salud del señor de la Roca Negra. Si, lo abandono todo... dejo mis discípulos á mi pasante... á pesar de que ahora tengo cinco... Es igual; el dinero no es nada para mí. Por otra parte, he concebido la idea de conducirlos á la inmortalidad... y llegareis á ella... haré en vuestro honor versos griegos, latinos, hebreos y franceses... sereis mi Mecenas, mi Augusto; yo seré vuestro Horacio, vuestro Virgilio: y para haceros arribar al templo de la inmortalidad, no os pido mas que cuatrocientos francos de sueldo, mesa y casa.

A Robineau no le pareció caro immortalizarse por cuatrocientos francos al año: dió la mano á Ferulus, y el negocio quedó concluido. El nuevo bibliotecario prometió instalarse en el palacio desde el día siguiente. Repitieron los brindis por el placer que ambos experimentarían en su sociedad mútua, y aquellos señores, á fuerza de discutir sobre las ventajas de la ciencia, y de beber á la salud de los grandes hombres de la antigüedad, concluyeron por no saber ya lo que decían. Alfredo y Eduardo ya hacia mucho tiempo que se habían retirado, y Robineau pensó en imitarlos: pero al levantarse de la mesa, notó con asombro que estaba aturdido y que le flaqueaban las piernas. Llamó á Francisco para que le condujese á su habitación, y decía:—Es extraño, creerian que estaba un poco achispado.

—Señor de la Roca negra, dijo Ferulus, procurando buscar su sombrero: no es malo ponerse un poquito alegres: Alejandro el Grande se achispaba algunas veces, y nuestros antepasados bebían bien... En Alemania les parecia que no habían obsequiado á su huésped y tratándole como amigo, si no le despedían embriagado... en fin, en Rusia, los moscovitas amaban el vino con tanto furor, que cuando ya no podían tragar mas, hacían echar lavativas con él... Cuando sea vuestro comensal, espero que pondremos en vigor algunas de las costumbres de la antigüedad... Hasta mañana, señor de la Roca Negra.

Mr. Ferulus salió del palacio casi en el mismo estado en que Cunette y Vicente habían dejado el baile: Robineau se acostó atolondrado, pero contentísimo con tener alguna semejanza con Alejandro el Grande.

CAPITULO XIV.

El amor daña á la amistad.

El deseo de volver á ver á Isaura hizo madrugar á los jóvenes. Robineau dormía todavía profundamente, cuando Eduardo abandonó su habitación, y bajó con presteza la escalera que conducía al patio. Hacia el menor ruido posible: temia despertar á Alfredo y aun encontrar-

le: no pensaba que aquella vez el joven baron se le habia anticipado, y que ya hacia media hora habia salido del castillo.

Cuando llegó al patio, Eduardo fué detenido por Francisco, que no se atrevia á despertar á su amo, ni sabia qué responder á los obreros que le pedian órdenes para emprender su trabajo. Eduardo fué á examinar las obras, dió su dictámen y logró desembarazarse de todos. Mas apenas se habia separado de Francisco, cuando el hortelano se adelantó hacia él, y le rogó fuese un momento á reconocer las mejoras que pensaba hacer en los jardines. No habia medio de deshacerse de Vicente; Eduardo fué á los jardines, todo lo encontró magnifico, admirable, delicioso, y mientras el hortelano hablaba todavia, le dejó, salió del jardin, y llegó al patio. El conserje le esperaba allí: Cunette no estaba achispado, pero ya habia almorzado y se hallaba en disposicion de hablar: queria absolutamente enseñar á Eduardo los subterráneos del castillo, pero tenia las llaves en la mano, y ya habia encendido su linterna.

—No quiero ver vuestros subterráneos, dijo Eduardo rechazando á Cunette: enseñadlos á vuestro amo cuanto gusteis... no tengo deseos de recorrerlos.

—¿Pues qué el señor ha variado de pensamiento? dijo el conserje, volviendo á guardarse las llaves en el bolsillo.

—¿Cómo!... ¿qué es eso de mudar de pensamiento?

—Sin duda... esta mañana... vuestro amigo Mr. de Marcey nos ha dicho que deseabais ver los subterráneos... los jardines... las obras... y nos ha encargado os lo enseñásemos todo.

—¿Qué!... ¿habeis visto ya á Alfredo?... ¿en dónde está?...

—Ya debe estar muy lejos, si sigue corriendo.... Ha tomado el caballo que se enganchó ayer en el calesin... ya sabeis... ¡Dios mío!... ¡cómo le hacia galopar!...

Eduardo comprendió que Alfredo era quien le habia enviado á todos los del castillo para que le detuviesen; adivinó el motivo, y ya su corazon latia con violencia.... Alfredo queria tener una entrevista con Isaura, y temia que Eduardo fuese á buscarle. ¿Qué secretos tenia que decir á aquella joven? Eduardo lo adivinaba demasiado, y hubiera dado con gusto cuanto poseia por hallarse en aquel momento cerca de la Casa Blanca.

—¿No hay medio de encontrar otro caballo? dijo al conserje que estaba apagando la linterna.

—Un caballo, ¿para ponerle al calesin?...

—No, para montarle...

—¡Ah!... ya sé lo que es... quereis alcanzar á vuestro amigo... Trabajo os costará... porque os lleva mucha delantera... é iba al galope...

—Os pido un caballo....

—Solo Nicolás tiene una yegüecilla, pero está coja... pero es igual, todavia tiene tres patas que mueve lindamente...

—Id y traedla... tomad dinero, pero sobre todo, daos prisa.

—¿Con que segun eso no quereis ver los subterráneos hoy?

—No; por Dios, traedme un caballo.

Salió el conserje, y Eduardo se paseaba con agitacion por el patio. Conocia cuán difícil le seria impedir que Alfredo fuese sin él á ver á Isaura: no tenia ningun derecho ni ningun motivo para estorbárselo, y sin embargo, se le oprimia el corazon y su cabeza se exaltaba al pensar que otro se encontraba junto á la linda pastorcita y la hacia la corte.

En fin, Cunette volvió con la yegua de Nicolás, y Eduardo montó en ella de un salto. En el momento en que iba á salir del castillo entró en él Mr. Ferulus con un lio debajo del brazo que contenia sus efectos, y en el otro, unos veinte volúmenes atados con un cordel, con los que se proponia formar la biblioteca del palacio.

—Ya á caballo, mi querido colega... dijo Mr. Ferulus parándose delante de Eduardo; ¡oh! ¡oh! muy temprano vamos á buscar la rima...

Oh vosotros, los que animados de un peligroso ardor recorreis la espinosa carrera del ingenio, no vayais...

—¡Apartaos!... Mr. Ferulus, apartaos os suplico; tengo mucha prisa.

—Queria únicamente enseñaros un libro muy precioso que traigo debajo del brazo... Le he encontrado entre unos libracos.... es una perla para un sabio.... Pero es preciso saber: *aurum extircore Enni*.

Eduardo ya no escuchaba á Mr. Ferulus, espoleó á su cabalgadura, y dejó al erudito desatar sus libros en medio del patio. Estimulada vigorosamente por el ginete la yegua de Nicolás, marchaba con mucha lijereza: cuanto mas se iba ca'entando menos cojeaba, y Eduardo no la dejaba que se enfriase. El camino era ya muy difícil para un caballo, pero el valle estaba muy inmediato y no debia tardar en descubrirse la habitacion de Isaura: aquel pensamiento calmó un poco la agitacion de Eduardo. Quisiera saber cómo habia recibido la joven á Alfredo, y si le manifestaba mas amistad que á él. ¿Mas cómo habia de enterarse de lo que habian dicho? De repente oyó un



El perro se dejó acariciar por Eduardo, mirando á su ama como para preguntarle si el joven era uno de sus amigos.—Pág. 52.

ruido, volvió la cabeza y vió que era el caballo del calesin que estaba atado muy cerca del sitio por donde pasaba. Eduardo ató tambien su yegüecilla, y luego se dirigió hacia el valle con el corazon oprimido y pensando con amargura cuán poco habia durado la felicidad que el dia antes habia experimentado en aquellos parages.

El joven bajó al valle y dirigia sus inquietas miradas en derredor suyo. Todavía no habia divisado á los que deseaba y temia ver. Fué á la montaña en donde el dia anterior estuvo sentado junto á Isaura, pero estaba desierta, la pastorcilla no habia conducido á ella su rebaño: quizá se encontraban en la casita. Eduardo, en estremo agitado, se dirigió hacia la habitacion en donde la vispera no se habia atrevido á entrar, porque no le parecia conveniente, siendo como era aquella la primera vez que se encontraba solo con Isaura. Pero Alfredo no habria tenido tanta delicadeza... estaba tal vez en casa de la joven ya hacia largo tiempo.

Eduardo llegó bien pronto á la casita, corrió á la

puerta, que cedió al primer impulso, y entró bruscamente. Isaura estaba sentada trabajando, Valiente á sus pies y á corta distancia. Alfredo sentado á una mesa con frutas á que no habia tocado, fijando los ojos con ternura en la jóven, que bajaba los suyos.

Al ruido que hizo Eduardo al entrar, la pastorcita levantó la cabeza y una amable sonrisa embelleció su fisonomía; Valiente comenzó á dar vueltas alrededor de Eduardo sin gruñir, pero las facciones de Alfredo se contrajeron y sus ojos brillaron con cierta espresion de despecho.

—Perdonad, dijo Eduardo deteniéndose junto á la puerta, he entrado bruscamente.... pero venia buscaba...

—¿A qué conducen todos esos rodeos? dijo Alfredo; veniais aqui, buscábais á la dueña de esta casa, y habeis caminado con toda celeridad porque no sospechais que yo me encontraba á su lado.

Eduardo no respondió, pero Isaura se levantó y le presentó una silla diciéndole con la gracia mas encantadora:

—Vais á desayunaros aqui, ¿no es así?

—Con mucho gusto, contestó Eduardo, haceis vuestras ofertas de un modo que no pueden menos de ser aceptadas.

Diciendo esto se colocó enfrente de Alfredo que entonces se decidió á comer. Isaura, despues de llevarles lo mejor que tenia en su huertecito, volvió á emprender su labor. Parecia menos alegre que de ordinario, y aunque Eduardo lo advirtió, no se atrevió á preguntarla. Alfredo los miraba á ambos, y así pasaron algunos minutos en aquel estado de violencia reciproca: los dos jóvenes se observaban mutuamente.

Por fin Alfredo dijo:—¿Por qué no me confesásteis ayer la verdad cuando os pregunté donde habiais estado?.... ¿No sois dueño de venir aqui?.. ¿por qué me lo ocultais con misterio?... ¿Habiais prometido guardar el secreto á esta señorita?.... en ese caso ha sido menos discreta que vos.

—¿Desde cuando estoy obligado á daros cuenta de todas mis acciones? dijo Eduardo con muy mal humor; ¿qué os importaba que yo hubiese venido ó no á este valle?... Un amigo debe recibir nuestras confianzas, pero no procurar penetrar lo que queremos ocultarle....

—Un amigo.... dijo Alfredo con ironia, ese nombre es tan comun, que es muy raro el que sea merecido.

—En efecto, no es amigo nuestro el que trata de hacernos ver las consecuencias de nuestras pasiones... ó de impedirnos que hagamos alguna nueva locura....

—Es por cierto muy gracioso que dé consejos á los demas el que los necesita para si mismo...

Los jóvenes volvieron á guardar silencio; Isaura los miraba alternativamente con un asombro mezclado de inquietud, pero no se atrevia á dirigirlos la palabra.

Al cabo de algun tiempo, Alfredo comenzó á reir á carcajadas, y mirando á Eduardo, dijo:

—Verdaderamente, mi querido Eduardo, somos unos niños... Indisponernos, guardarnos rencor... y todo por una linda figura... por unos ojos hermosos... en fin, por esa amable jóven que quizá no nos hará caso ni á uno ni á otro....

—Alfredo, contestó Eduardo, ¿te parece conveniente ni decoroso hablar de ese modo delante de ella?

—¿Y por qué no?... Si, yo no oculto lo que pienso.... Preguntala si quieres á Isaura... La he dicho que la adoro, que estoy loco por ella, que quiero hacer su felicidad... que tengo siempre presente ante mi vista su encantadora imágen... ¿No es así, Isaura, no os he dicho todo eso?...

La jóven se ruborizó, y sin levantar los ojos contestó á media voz:

—Ya no me acordaba de lo que me habeis dicho, caballero.

—¡Diablo!... pues segun eso, parece que mi declaracion no ha hecho grande impresion en vuestro corazon.

—Alfredo, ¿podeis hablar con tanta lijereza á esta jóven?... Siempre creéis que estais tratando con vuestras coquetas de Paris... La soledad y el aislamiento en que vive Isaura, es un deber que nos obliga á respetarla mas... Pensad que estamos en su casa, que nos recibe con confianza y que seria altamente criminal el abusar de ella.

—Estás predicando la moral, y vienes á exhalar suspiros y lanzar lánguidas miradas.... Querido Eduardo, cada uno tiene su manera de hacer la corte, y junto á una niña inocente, me parece que la tuya es la mas peligrosa; yo no ando con rodeos, digo inmediatamente lo que siento... ¿Qué inconveniente hay en que Isaura me parezca encantadora... en amarla?... ¿no es dueña de si misma?... ¿no puede disponer de su corazon?... ¿pues por qué no he de procurar grangearme su cariño?... Además, Isaura se halla mas segura de lo que tú crees... He tratado de abrazarla y darla un beso... me parece que esto no es exigir mucho... pero, ¡diablo!... por poco me cuesta cara la tentativa... la señorita se defendia, y su perro que lo vió, se arrojó sobre mi y crei me devoraba. Pardiez, si llego á casarme he de tener siempre al lado de mi muger un perro como este...

Isaura inclinó la cabeza sobre su labor y no dijo nada. Eduardo se levantó incomodado y se paseó algunos instantes por la habitacion; pero al mirar á la jóven vió que caian por sus mejillas dos gruesas lágrimas, aunque bajaba la cabeza para ocultarlas.

—Mirad vuestra obra, Alfredo... dijo Eduardo; apenas la conoceis y ya la haceis derramar lágrimas...

—¿Qué dices?... ¿llora?... y yo soy la causa... Isaura, querida Isaura, decidme que me perdonais...

Al decir esto, Alfredo se arrojó á los pies de la jóven y se apoderó de una de sus manos, aunque Valiente levantaba ya la cabeza y dejaba escapar un gruñido de muy mal agüero.

—¿Cuánto siento el haberos disgustado!... prosiguió Alfredo; os juro ser mas prudente en lo sucesivo.... Eduardo tiene razon, soy un atolondrado... no sé lo que me hago... pero sois tan linda... me trastornais de tal modo la cabeza... seguramente no es culpa mia...

—Alfredo, ¿vas á volver á comenzar?... dijo Eduardo á quien aquella escena no agradaba en manera alguna.

—No, no; déjame, es necesario que me disculpe; es necesario que procure obtener mi perdon.

—Levantaos, caballero, dijo Isaura con tono triste y dulce... no os culpo... no sois vos el que me haceis llorar. Pensaba en mi situacion... pensaba que no tengo padres... que he perdido á mi madre adoptiva... cuando estaba conmigo... nadie trataba de abrazarme...

—Pues bien, ya veis que yo soy quien ha dado lugar á que hagais esas reflexiones... dijo Alfredo levantándose. Conozco que he obrado mal, pero ya no os apesadumbraré mas... Escuchad, para mayor seguridad de ser prudente, lo que no siempre es fácil, no os volveré á ver solo. Eduardo vendrá conmigo... Espero que aprobaréis mi resolucion.

—Muy bien pensado, dijo Eduardo.

—Si, perfectamente, pero con la condicion de que tú, querido amigo, tampoco vendrás sin mí á ver á esta amable niña.

A Eduardo ya no le gustaba tanto el proyecto de Alfredo: pero Isaura le miró, parecia temer que no aceptase, y contestó á su amigo suspirando:

—Pues bien... si... consiento en ello... solo vendremos juntos.

—Vamos, continuó Alfredo, he aqui una resolucion digna de nuestros antiguos paladines. Pero creo que por hoy ya es tiempo de decir adios á la señora de nuestros pensamientos... Volvámonos al palacio, Eduardo... hasta mañana, amable niña... espero que esos hermosos ojos no verterán ya lágrimas.

Isaura dirigió una dulce sonrisa á los dos jóvenes, que salieron de la habitacion y fueron á buscar sus caballos.

—¡Ah!... ¡ah!... dijo Alfredo, has hecho como yo, has tomado un caballo... á fé mia, que tan bien montados estamos uno como otro... Seguramente todo va haciéndose comun entre nosotros... hasta que la muchacha haga su eleccion, lo cual no puede tardar... Seria una diablura que siendo tan amables y tan amaestrados, y habiendo hecho tantas conquistas en Paris, no consiguiésemos uno ú otro agradar á una aldeana...

Eduardo no participaba de la alegría de Alfredo, no juzgaba con tanta lijereza como éste el sentimiento que experimentaba por Isaura.

—Amigo mio, le dijo, me disgusta verdaderamente el que pienses en esa jóven.

—¿Y por qué piensas eso?

—Porque tengo acerca de ella ideas muy diferentes á las tuyas.

—Mi querido Eduardo, por mas que te afanes, no me harás creer que has concebido el pensamiento de casarte con esa pastorcilla. Tal vez tratarás de suponerlo, para que respetando un amor tan puro, no vaya á requebrar á la jóven... eso no me parece descabellado...

—Alfredo, juzgas muy mal á tu amigo...

—Sé muy bien que no hay amigos cuando llega á mezclarse entre ellos el amor. En fin, puesto que pretendes que amas con seriedad á esa niña, ¿por qué no crees que yo puedo amarla tambien?

—Escucha, Alfredo, una señora de mucho talento me decia últimamente en Paris: hay una gran diferencia entre desear y amar... tú deseas poseer á Isaura, pero no la amas verdaderamente.

—Mi querido Eduardo, esa señora no te ha dicho nada nuevo: hace mucho tiempo que sé que desear y amar no son sinónimos, pero el amar no es una razon para no desear, y el que se desee no prueba que no se ame. Díselo de mi parte á esa señora cuando la veas. Además, ¿quién te ha dicho que Isaura no me preferirá á tí?

—Nadie, nadie... dijo Eduardo comprimiendo un suspiro. Luego guardó silencio durante todo el camino; Alfredo hizo otro tanto, y los dos jóvenes volvieron pensativos al palacio.

CAPITULO XV.

Que promete algo.

Trascurrieron muchos dias, y Alfredo y Eduardo no dejaron todas las mañanas de ir á visitar á Isaura. Fieles á su convenio, salian juntos del palacio y regresaban del mismo modo. Sin embargo, era fácil advertir, que aquel tratado los disgustaba á ambos, pero ninguno se habia atrevido todavía á romperle. Cada uno queria acompañar á su rival cuando iba á la montaña, pero deseaba volver despues solo á buscar á la jóven.

Habituada Isaura á ver todas las mañanas á los dos amigos, recobró con ellos su confianza y alegría. Se reia y corria con Alfredo, cuya locura y atolondramiento parecian divertirla, y en seguida volvía al lado de Eduardo y le decia con candor:—¿Por qué no jugais con nosotros? Pero Eduardo callaba y se esforzaba en reir: cuanto mas alegre estaba Alfredo, menos dispuesto se manifestaba á participar de su placer. Sufria en secreto; le parecia que Isaura preferia á Alfredo, y que le miraba y se sonreia con frecuencia. Queria ocultar los tormentos que experimentaba, pero los celos desgarraban ya su corazon.

Aquella situacion no podia prolongarse. Alfredo se li-songeaba de agradar, pero queria tener una seguridad: Eduardo se desesperaba, pero queria confiar sus penas á la que las habia hecho nacer, y saber de sus mismos labios si debia renunciar á la esperanza de ser amado. Solo Isaura permanecia tranquila entre los dos jóvenes, que ya no la hablaban de amor, y volvía á verlos todos los dias sin pensar en lo peligrosas que eran para ella tan frecuentes visitas.

Muchas veces al salir del valle, los jóvenes habian visto al vagabundo, que sentado unas veces en la punta

de un peñasco, ó parado otras en medio de los campos, les dirigia una mirada burlona, y luego volvía la cabeza, como si no deseara trabar conversacion con ellos.

—He alli al hombre singular con quien tú has hablado, dijo un dia Alfredo á Eduardo al salir de casa de Isaura: ¿qué diablos hace por aqui? .. Comienzo á pensar como Robineau, que ese tuno tiene malas intenciones... Pero la jóven debe conocerle, y deseo saber si le ha hablado... quiero tambien que ese miserable me diga por que se rie al mirarnos... su mirada tiene algo de burlon de que yo le pediré esplicacion.

—Ese hombre es desgraciado, dijo Eduardo, y es necesario disimularle extravagancias, que quizá son consecuencia de los pesares que ha sufrido.

—¡Pesares!... no aparenta tenerlos; rie, silba, canta...

—Pero en medio de todo eso, Alfredo, se descubre cierta espresion de amargura, que anuncia que su alegría no es verdadera.

Al dia siguiente los jóvenes preguntaron á Isaura si conocia al hombre que vagaba por las montañas. Por la pintura que de él hicieron, la jóven recordó haberle visto algunas veces, pero jamás le habia hablado, ni tampoco entrado en su casa.

—Pues si se presentase, dijo Alfredo, os aconsejo que esteis con cuidado.

—¿Por qué? dijo Isaura, ¿ese hombre seria malo?

—Yo no sé, pero estoy muy poco prevenido en su favor... Si se permitiese el menor insulto...

—¿Y por qué me ha de querer hacer mal?... yo no le he causado jamás á nadie...

—Esa no siempre es una salvaguardia; pero espero que Valiente os defenderia. Me acuerdo de la manera con que recibe á los que quieren abrazaros.

Al decir esto Alfredo, se sonrió y agarró la mano de la jóven que se ruborizó: Eduardo estaba separado algunos pasos; calló, pero sus facciones anunciaban las angustias de su alma. Isaura lo observó, y retirando al momento su mano de la de Alfredo, corrió al lado de Eduardo, diciéndole con un acento que penetró hasta su corazon:—¿Qué teneis?... parece que os aqueja algun pesar... ¿Soy yo quien os le causa?...

Aquellos acentos tan dulces y tiernos, y la manera con que Isaura le miró, volvieron la esperanza al alma de Eduardo, mientras producian un efecto enteramente contrario en Alfredo: frunció las cejas, hizo algunos movimientos de impaciencia y luego dijo:—Partamos, ya es tiempo, y arrastrando en seguida á Eduardo, que todavía hubiera permanecido alli con gusto, salió con él de la casita, mucho menos satisfecho de lo que habia entrado. Una mirada, una palabra, una sonrisa de la belleza, basta para hacernos felices ó destruir nuestras esperanzas.

Al dejar la casita, los jóvenes vieron al extranjero sentado á algunos pasos de ella. Segun su costumbre, los miró, y una espresion sardónica se manifestó en su semblante. Alfredo soltó el brazo de Eduardo y se dirigió hácia el vagabundo que permaneció sentado en su sitio tranquilamente. Cuando llegó enfrente de aquel hombre, le dijo con tono imperioso:

—Parece que espiais todas nuestras acciones... y nos mirais con una espresion que me desagrada... no quiero insolentes ni curiosos, os lo advierto.

El extranjero se echó un poco hácia atrás, y se contentó con responder:

—Soy como vos... jamás he querido á los insolentes ni á los curiosos. He huido siempre de éstos últimos, y he sabido castigar á los primeros.

—¿Me desafiáis?... dijo Alfredo, mirando con desprecio al desconocido.

—No, á fé mia.... no me divierto en eso.... á otros tiempos otros cuidados... En cuanto á vuestras acciones... no es necesario observarlas largo tiempo para conocerlas, como tambien vuestros proyectos...

—¿Qué quereis decir?

—¡Pardiez!... cuando unos jóvenes van en casa de una

muchacha, es bien fácil conocer lo que puede resultar... no se necesita ser muy astuto para adivinarlo. Pero sobre todo, os aseguro que eso me es indiferente... no veo en ello nada que no sea muy común y ordinario.

—Sois demasiado atrevido en permitir semejantes reflexiones. Si no nos siguiérais continuamente, ¿cómo sabríais donde vamos? ... Si volvéis á nombrar á esa joven... sabré castigar vuestra insolencia.

Por toda respuesta, el vagabundo se tendió en la yerba, sonriéndose maliciosamente, sacó una caja de tabaco, y después de introducir en ella sus dedos, se la presentó tranquilamente á Alfredo diciéndole:

—¿Lo usais? está fresco, lo he comprado esta mañana en Saint-Amand...

La calma del extranjero desconcertó todas las ideas de Alfredo, se aumentó su cólera é iba á arrojarle á cometer un acto de violencia, pero Eduardo le contuvo y se interpuso entre él y el desconocido diciendo:

—¡Mi querido Marcey!... ¿en qué piensas!... ¿por qué esa colera contra ese desgraciado?...

Alfredo se detuvo como avergonzado de no haber sabido dominar sus impulsos. Al oír el nombre de Marcey que acababa de pronunciar Eduardo, el extranjero se quedó como si le hubiese herido un rayo; en toda su fisonomía se advirtió una alteración repentina. No eran ya la indolencia y la ironía lo que expresaba su semblante, sino un sentimiento de sorpresa, de interés y de inquietud. Se levantó con presteza, se acercó á Alfredo, le miró con ansiedad, y dijo:

—Perdonad, caballero, decidme vuestro nombre si gustais...

La voz del desconocido no era ya la misma: al acento ronco y duro, que parecía serle habitual, sucedió una expresión nueva, y el tono del extranjero se convirtió de repente en el de un hombre acostumbrado á la alta sociedad.

Alfredo y Eduardo se quedaron absortos al ver la mudanza efectuada repentinamente en el pobre diablo. Sin embargo, como repitió su pregunta, Alfredo le contestó:

—Mi nombre... acabais de oírle... Alfredo de Marcey.

—¿Sois hijo del baron de Marcey, que fué coronel de cazadores?

—Sí, es mi padre... ¿cómo sabéis!... le habeis conocido....

—Sí.... es decir,.... he oído hablar muchas veces de él... ¿Qué edad teneis?...

—¡Mi edad!... dijo Alfredo sorprendido, veinte y cuatro años.

El desconocido pareció reflexionar y reunir sus recuerdos, y luego murmuró en voz baja:

—¡Veinte y cuatro años!... ¡ah!, sí, ya me acuerdo... Tenía un hijo de su primera esposa... me lo dijeron. ¿Y teneis hermanos ó hermanas?

—No, no los tengo, respondió Alfredo cuya curiosidad se había escitado fuertemente. ¿Mas podré saber, caballero, que puede haber de interesante para vos en conocer mi familia?

El extranjero procuró volver á recobrar su aire de indiferencia y contestó:

—Os he preguntado eso, por... hablar y nada mas. ¿Y vuestro padre vive!...

—Sin duda.

—¿No se halla en este país?...

—No, está en París... ¿Habeis servido en su regimiento?...

—En su regimiento precisamente, no, pero servi en otro tiempo.

—¿Habeis defendido á vuestra patria, y ahora vivis errante, y sois desgraciado!... exclamó Alfredo. Perdonad, caballero... os he hablado con demasiada ligereza, soy un atolondrado... suelo cometer faltas, y después me arrepiento; pero Eduardo os dirá que mi corazón no es malo... Mirad, probadme que no estais resentido aceptando este bolsillo... y tenga yo al menos el placer de ser útil á un antiguo soldado...

Y Alfredo presentaba al desconocido un bolsillo lleno de oro; éste lo miraba con ojos ávidos, pero sin embargo, su mano rechazó la que le alargaban, y contestó con una especie de acrimonia.

—No, no quiero vuestro oro... no necesito nada...

—Me despreciais, ya lo veo, dijo Alfredo, no me perdonais mi impetuosidad de hace un momento. Pues bien, puesto que habeis conocido á mi padre... os ofrezco en su nombre este ligero socorro.

—¡En su nombre!... exclamó el desconocido, y un sombrío furor brilló en sus ojos. Mas dominándose bien pronto, prosiguió. Os lo repito, ahora no necesito nada... mas adelante puede que vuestro oro me sea útil... Adios, joven; volveremos á vernos.

El vagabundo se alejó entonces, dirigiendo á Alfredo una mirada, cuya expresión era muy singular. Los jóvenes fueron á recoger sus caballos, y volvieron al castillo, hablando de aquel encuentro, que por un momento los había hecho olvidar á Isaura y su rivalidad.

CAPITULO XVI.

Preparativos de fiesta.

Mientras los dos amigos van á hacer la corte á la linda pastorcita, mientras Mr. Ferulus coloca sus rudimentos y sus diccionarios en los empolvados estantes de la biblioteca, mientras la señorita Cheval se afana en la cocina, Cunette en la bodega, el jardinero revuelve el jardín y los obreros componen el antiguo edificio de la Roca Negra, Robineau pasaba el tiempo en diversiones y convites en Saint-Amand á donde iba todos los días. Aquella población, como todas las de provincia, contenía gentes originales, simples, con pretensiones, particularmente entre los padres de familia que tenían señoritas que casar. Robineau era rico, acababa de adquirir un palacio, y trataba de elegir esposa: aquel era un motivo mas que suficiente, para que le obsequiasen y convidasen en todas partes.

Robineau hacia sensación en cuantas casas le presentaban; decían, es el señor de la Roca Negra, el nuevo propietario... es rico y quiere casarse; lo ha dicho á su escribano, que se lo ha referido á sus clientes, y éstos lo han contado á toda la ciudad. Todas las señoritas miraban á Robineau, y ponían un semblante muy risueño y gracioso, para agradar á aquel caballero, que no era muy seductor: pero es tan malo el quedarse soltera, y tan dulce el ser llamada señora de la Roca Negra, que era muy disimulable el que aquellas jóvenes procurasen agradar al recién llegado. Las mamás le guardaban también muchas consideraciones, aplaudían lo que decía, y se sonreían de lo que hacía. Hasta las viuditas dirigían al nuevo propietario miradas vivas y tiernas, acompañadas de suspiros ahogados; porque á muchas viudas no les disgustan las segundas nupcias para distraerse de su dolor, si han tenido buen marido, y si fué malo, para indemnizarse; y en fin, para juzgar de la diferencia si han tenido uno pasadero. En medio de todas aquellas caricias, Robineau no sabía donde se hallaba; se creía un Apolo y un Voltaire; le parecía que las tertulias de Saint-Amand eran infinitamente preferibles á los bailes de París, y no comprendía que sus veinte y cinco mil libras de renta eran las que le hacían aparecer gracioso para muchas gentes, entendido y discreto, aunque en el fondo fuese tan idiota y tan necio como antes.

Robineau, obsequiado y adulado, y sin saber á que lado tirar el pañuelo, quiso sin embargo, corresponder á las atenciones y obsequios que había recibido en la ciudad: daba prisa á los obreros cuando estaba en el palacio, y cuando salía de él, encargaba á su bibliotecario acelerase los trabajos. Al bibliotecario, que todavía no había podido reunir mas que veinte y tres volúmenes en la biblioteca, no le disgustaba el acumular los empleos, y el ser director de los negocios de monseñor. Por indicación de Mr. Ferulus, fueron agregadas á la señorita

Cheval, dos jóvenes auverneses, para desempeñar bajo sus órdenes el empleo de marmitones, porque el sabio quería empezar las mejoras por la cocina: en seguida visitó la bodega é hizo le entregasen la llave con gran disgusto de Cunette. Pero Mr. Ferulus había leído que los grandes señores tenían gentiles-hombres de boca, y pretendía que los despenseros no eran otra cosa; en su consecuencia, se confirió también aquel cargo; hizo venir dos nuevos criados que debían desempeñar el servicio de cochero y lacayo: mandó comprar á Robineau una jaca y un carruaje, en que fuese diariamente á la ciudad, y en fin, dió por ayudante á Vicente, que repetía no podía hacerlo todo, una rolliza moza de veinte años; la nueva jardinera debía también, cuando se la mandase, calentar la cama y los pies al señor de la Roca Negra. Esta cláusula la puso terminantemente Mr. Ferulus en el ajuste de la aldeana; porque según él decía, en otro tiempo las criadas tenían esta obligación; y el señor de la Roca Negra y yo, hemos prometido restablecer las buenas costumbres de la antigüedad.

La moza, que se llamaba Juanita, después de conformarse con las condiciones espresadas, fué instalada en el palacio, por el bibliotecario-mayordomo, y gentil-hombre de boca.

Al cabo de algunos días, el palacio había mejorado mucho; podían subirse las escaleras sin riesgo de caer; las paredes estaban pintadas, y papeles nuevos reemplazaban á las deslucidas colgaduras; las ventanas tenían vidrios, las maderas y puertas ajustaban bien, y ya no penetraba el aire por todas partes. Robineau creyó que ya podía celebrar el festín que había prometido á las personas distinguidas de la ciudad. Tenía arreglada su casa, la bodega provista, los criados llevaban su librea, el jardín estaba en gran parte limpio de remolachas, y adornado con nuevas flores; en fin, Mr. Ferulus había compuesto versos para la fiesta. Robineau fijó el día, hizo el convite, y todo se dispuso en el palacio para aquella gran solemnidad, en que el nuevo propietario quería ostentar su gusto, elegancia y suntuosidad.

Al regresar del valle de Chadrat, Alfredo y Eduardo se quedaron muy sorprendidos al ver el movimiento que había en el palacio; por todas partes iban, volvían, y corrían; en el patio colocaban unos maderos sobre los cuales ponían candilejas: en los paseos del jardín estaban cuerdas de las cuales pendían vasos de colores, y en medio de todo, Mr. Ferulus con un libro en una mano y un sacatapon en la otra, iba de una parte á otra, daba órdenes, y se limpiaba la frente con la vuelta de la manga, porque probablemente no había obtenido todavía el departamento de los pañuelos.

—¡Dios mío!... ¿qué va á haber aquí? dijo Alfredo.

—¿Se casa el caballero Julio de la Roca Negra?... dijo Eduardo.

—Señores, dijo Ferulus, he leído en este autor italiano, y señalaba el saca tapon; *Lontano dagli occhi, Sontano dal cuore*. Vosotros estais todo el día fuera del palacio, y por consiguiente no podeis saber lo que se prepara en él... Pero ahí teneis al señor de la Roca Negra que os enterará de todo.

En efecto, Robineau llegaba á donde estaban los jóvenes.

—En verdad, señores, les dijo, sois demasiado amables... os vais desde muy temprano para ir no sé á donde... Si yo no tuviese á Mr. Ferulus, ese apacible sabio, que ha montado mi casa bajo un pie soberbio, no hubiera podido salir del apuro: espero, sin embargo, que mañana os dignareis no ausentaros. Doy una gran fiesta, comida, baile y juegos de todas especies. Las diversiones comenzarán precisamente á las doce en punto: ¿no es así, Mr. Ferulus?

—Sí, monseñor, á medio día el cañon... es decir, tres arcabuces disparados espontáneamente darán la señal de la fiesta.

—¡Dios mío! dijo Alfredo, lo mismo sucede en el Tivoli de París.

—Primero, prosiguió Ferulus, carreras á pie por los jardines... homenaje á las damas...

—¿Y cuál será ese homenaje á las damas? caballero Ferulus.

—Monseñor, será ofrecer un ramillete á cada una de ellas, en el que habrá versos compuestos por mí.

—Eso es muy galante.

—Y para que no haya celos pondré el mismo cumplimiento en todos los ramilletes: en seguida paseo por las habitaciones del palacio.

—Señor Ferulus, dijo Alfredo, debíais haber dispuesto que ese paseo fuese á caballo y estaría mas gracioso y elegante.

—En seguida, refrescos de toda especie... que consistirán en agua envinada... distribuidos á toda la sociedad... después, un concierto de armonía, ejecutado al pie de los balcones...

—Señor Ferulus, dijo Robineau, no quiero gaitas, ni zampoñas. Los aldeanos de las inmediaciones son muy amables, pero todavía me acuerdo de mi primera fiesta, y no quiero que bailen aquí.

—Tranquilizaos, monseñor, no bailarán, solo entrarán en el patio á ver el árbol de cucaña...

—¡Ah!... con que tendremos cucaña...

—Sí, monseñor, tendremos dos, me ha parecido que sería mas galante poner dos, una para los caballeros y otra para las señoras...

—¡Pardiez! dijo Alfredo, todavía no he visto á las mujeres trepar por las cucañas; debe ser una cosa agradable y digna de verse... Las dareis probablemente calzoncillos, señor Ferulus.

—No me he ocupado de esos pormenores, caballero; mas para que las señoras tengan mas facilidad para llegar al premio, me ha ocurrido una idea, á mi entender bastante feliz, el árbol de los caballeros estará untado con jabon, pero el de las señoras con miel, de arriba abajo para que suban como por una escalera.

—Eso es completamente nuevo, dijo Robineau: ¿y cuáles serán los premios?

—Magníficos, monseñor: una sintáxis y *De vivis illustribus* para los hombres, y la explicación de los participios, y un arte de cocina, para las señoras.

—Los auverneses que ganen eso quedarán muy satisfechos, dijo Eduardo.

—¡Y después! mi querido Ferulus, dijo Robineau.

—Después, monseñor, para reemplazar los torneos que no podemos dar por falta de caballeros, he creído que no os desagradará una imitación de los juegos gimnásticos, como se celebraban en otro tiempo en las fiestas de Eleusis, y aun á presencia de los emperadores romanos... por consiguiente, unos auverneses á quienes ya he dado mis instrucciones, ejecutarán en el patio los juegos del disco, de la carrera, y del pugilato.

—Pero sobre todo, no los deis de beber antes.

—No, monseñor. En seguida, unas tocatas ejecutadas por tres músicos que he ajustado en la ciudad, os anunciarán que la comida ya está servida. A los postres cantaré versos en vuestro honor... y tendreis la complacencia de pedirme que repita el último, porque siempre se hace así...

—Bien, convenidos.

—En seguida, monseñor se trasladará al salón del baile, que estará adornado como los griegos adornaban antiguamente los sitios consagrados á las reuniones; por todas partes habrá flores, guirnaldas y divisas con sus motes.

—Las pondreis en francés, ¿no es así, Mr. Ferulus?

—No, monseñor, en latín y en griego es mas noble...

—Es igual; hacedme el obsequio de ponerlos en francés, porque de otro modo si las señoras me ruegan se los explique, me encontraré en un grande compromiso...

—Si os empeñais absolutamente en ello, monseñor...

—Sí, lo exijo, ¿y en seguida?...

—En seguida, monseñor, un petardo incendiado en el patio, anunciará que van á dar principio los fuegos artificiales, que terminarán tan hermoso día con una lluvia de fuego...

—¡Una lluvia de fuego!... ¿Diablo? tened cuidado que no llueva sobre los concurrentes

—Respondo de todo, monseñor; yo mismo dirigiré los fuegos, lo entiendo como si fuese el inventor de la pólvora.

—Y bien señores, ¿qué pensais de esta fiesta... dijo Robineau estrechándose las manos con aire de satisfacción.

—Espero que harás distribuir programas, contestó Alfredo. ¿Pero á quién recibes mañana?

—A lo mas escogido de Saint-Amand: nobles, gentes muy ricas, hombres de gran mérito... Ya vereis, señores, que no es únicamente en vuestro París en donde se encuentran personas amables... ¡Y las mugeres!... ¡Dios mio, las mugeres!... las vereis de todos colores.

—¡Bah!... ¿nos vas á traer africanas y mulatas?...

—No es eso: quiero decir que vereis beldades de todos géneros... y de talento... y de una modestia... Es lástima que no hayamos adoptado los usos de Turquía, en vez de una muger, me habria casado con doce... porque verdaderamente las conquistas que he hecho pasan de ese número... Sin embargo, la señorita de la Pincerie, me parece que es la que ha recibido el mayor flechazo en su corazón, y por su parte, exalta considerablemente mi imaginación.

—¿Y quién es esa señorita de la Pincerie?

—Una joven encantadora, alta, de buenas formas... y que baila como una cierva... en fin, es la señorita Cornelia de la Pincerie, hija del señor marqués de la Pincerie, de una de las familias mas antiguas del Poitou, que ha venido á establecerse en Auvernia, porque les parece que la manteca está mas barata. El padre me ha contado todo esto; es un hombre profundo... un gran economista... hace cuarenta y tres años que se ocupa en un proyecto filantrópico, que tiene por objeto probar que puede ponerse la olla con solo manos de vaca, lo que produciria una grande economía en el cocido.

—¡Diablo!... pues los bueyes deben sentir que no haya concluido todavía su trabajo.

—También tiene otra hija, viuda, bien parecida, pero es un poco coqueta, segun tengo entendido... Sigue luego un hermano del marqués... ¡oh!... es la probidad personificada... En fin, mañana vereis toda la familia, que pienso invitar á que pase algunos días en mi palacio.

Los jóvenes iban á salir del patio, cuando Mr. Ferulus que habia desaparecido un momento, volvió y detuvo á Robineau diciéndole:

—Monseñor de la Roca Negra, ya sabeis que he completado vuestra servidumbre, pero aun no habeis tenido tiempo para ver todos vuestros criados: he creido oportuno y conveniente darles nombres mas análogos á su profesion, que los que tenian antes. Acabo de reunirlos á todos en la galería grande: ¿quereis pasarlos revista?

—Me parece conveniente en efecto, dijo Robineau: al menos conoceré á los que pago. Vamos á revistar mis criados.

Trasladaronse á la galería en donde se hallaban reunidos todos los criados. Mr. Ferulus que era muy aficionado á las ceremonias, hizo que se colocasen todos ellos en fila teniendo en la mano, algun atributo de su empleo. El conserje tenia las llaves, el hortelano la azada, Francisco una varita para sacudir la ropa, el cochero la fusta, el jockey un látigo de montar, los marmitones unos asadores, la señorita Cheval una cacerola, y Juanita que no habia encontrado calentador en el palacio, tenia debajo del brazo un anafre ó braserillo.

—Está muy bien... dijo Robineau... esto presenta muy buen aspecto... nueve criados... sin contar los caballos ni los perros... es magnifico.

—Permitid monseñor, que os enseñe los nuevos nombres de cada uno de ellos, dijo Mr. Ferulus: y ponién-

dose delante, y señalando á cada persona con la punta de una varita, como si enseñase figuras de cera, comenzó su explicación por el conserje.

—Este, monseñor, es vuestro conserje. En vez de Cunette, nombre impropio, y que se presta al equivoco, le llamaremos, si lo permitis, *Custos*, lo que como sabeis muy bien, significa en latin custodio ó guarda. ¡Lo ois! os llamais *Custos*.

—Yo me llamo Cunette, respondió el conserje, y sostengo que es un nombre mas propio que vuestro...

—Os llamo *Custos*, ignorante.

—Pero...

—¿Silencio?... Este, monseñor, que es vuestro jardinero, se llama *Olitor*, verdadero nombre de su ejercicio. *Olitor*; ¡presentad vuestro azada!...

—¿Qué estais ahí hablando? dijo el hortelano con ceño: me llamo Vicente... ¿qué encontrais que decir de este nombre?... creeis que á mi edad voy á poder acostumbrar mis oidos á otro nuevo?...

—*Olitor*, querido amigo, es bien fácil.

—Ya voy respondiendo á eso... es un nombre de perro...

—Es un nombre de hortelano... mirad el diccionario.

—Dejadme en paz... ¿se crían diccionarios en la huerta?

—Os digo que os llamais *Olitor*, por orden de monseñor...

—Y yo os digo que nuestro amo no puede mandar una bestialidad como esa...

—Una bestialidad... el fruto de mis largas investigaciones...

—Mi querido Ferulus, dijo Robineau adelantándose con frialdad, hago justicia á vuestra erudición... pero seguramente no daré nombres nuevos á mis criados, porque eso podria embrollarme; así pues, los llamaré sencillamente por sus funciones, es decir, el conserje, el hortelano, el ayuda de cámara... prefiero esto.

—¡Viva monseñor! dijo Cunette arrojando su sombrero al aire, mientras Ferulus se volvia murmurando entre dientes: «Afanaos en formar una servidumbre con gusto... he aquí como se alienta á la ciencia... *Stultorum numerus est infinitus...*»

Robineau, despues de examinar detenidamente á todos sus criados, llegó á Juanita, que era la última de la fila, y que presentó el braserillo á monseñor.

—¿Qué es eso, querida?... preguntó Robineau mirando el braserillo.

—Monseñor, es un *atributo* como dice ese señor vestido de negro, que me ha ajustado para vuestro servicio.

—Cómo ¿habeis entrado en mi casa solo para darme la lumbre?... me parece que en el verano podriais hacer otra cosa.

—Monseñor de la Roca Negra, dijo Ferulus adelantándose, es una figura: esta joven se halla en vuestra casa para cuanto la mandeis... y principalmente para calentar la cama cuando os plazca... pero no habiendo encontrado calentador en este instante, os presenta el emblema de sus funciones.

—Si, monseñor, dijo Juanita haciendo una reverencia.

—Monseñor, prosiguió Ferulus, Abraham tenia para desempeñar este cargo á Agar, Booz, á Ruth, y David á Betsabee: no veo porque vuestra señoría no ha de tener del mismo modo á Juanita.

—Ni yo tampoco, dijo Robineau, y por lo tanto apruebo la creación de ese empleo en mi palacio. Ea, muchachos, celo y actividad, especialmente mañana, y cuidado con achisparse.

Al decir esto Robineau se alejó con sus dos amigos, los criados volvieron á sus ocupaciones, y Mr. Ferulus, despues de dar en voz baja á Juanita instrucciones, sobre el modo de calentar las camas en la antigüedad, se retiró también enredando con su saca-corchos que tenia en la mano, dejando como asombrada á Juanita, que le saludó con una reverencia.

CAPITULO XVII.

La joven y el desconocido

Mientras en el palacio de la Roca Negra todo el mundo se ocupaba en la gran fiesta que debia celebrarse el dia siguiente, la calma mas profunda reinaba en derredor de la morada de Isaura. En cuanto marcharon los jóvenes, la pastorcita condujo sus cabras á la montaña. Segun iban marchando volvía sus miradas hacia la Casa Blanca, parecia que la contemplaba y la interrogaba: proseguía luego su camino; y de cuando en cuando se escapaba de su pecho un ligero suspiro. Sin que lo advirtiese, Isaura estaba pensativa desde que recibia las visitas de Alfredo y Eduardo: pensaba con frecuencia en los dos jóvenes. Sola en su casita ó en las montañas, Isaura tenia tiempo suficiente para sus recuerdos, y cuando el amor hace palpitár el corazón, la mujer mas ocupada encuentra oportunidad para pensar en el que ama, ó mas bien piensa en él de continuo: aun en medio del mundo y de las sujeciones á que nos condena, la imagen querida nos sigue por todas partes. Es nuestra verdadera sílfide, ó nuestro ángel custodio.

Alfredo y Eduardo estaban formados para ser amados, y ambos procuraban agradar á Isaura. Un corazón todavía virgen debia rendirse mas fácilmente, y recibir mas pronto las impresiones del amor. La joven de que huían los montañeses y los pastores de las inmediaciones, experimentaba un placer nuevo, al lado de los que por el contrario, parecían felices junto á ella; pero aquel placer no estaba exento de peligros, y ya tiernas ilusiones anunciaban á Isaura la aparicion de un sentimiento hasta entonces desconocido.

La lectura ya no era una distraccion suficiente para la pastorcita: sin embargo, se llevó un libro á la montaña, pero le abria, miraba y no leia; buscaba con ojos distraídos el camino por donde los jóvenes bajaban al valle. «Mañana los volveré á ver, decia; ¡esos no me tienen miedo... no huyen de mi vista... no me creen mala! ¡Ah! comienzo á conocer que es muy triste vivir sola y no tener consigo un amigo. Sin embargo, antes no pensaba en eso... me conceptuaba feliz... ¿qué me falta ahora?»

Isaura inclinaba la cabeza sobre su pecho, y abandonaba el libro; una dulce ilusion llenaba su alma: ¡soñar en tantos encantos cuando una imagen adorada se mezcla á todos nuestros pensamientos!... y sin embargo, ¡cuántas gentes viven y mueren sin haber conocido las dulces sensaciones del amor!...

De repente la joven levantó la cabeza, apartó con la mano los rizos de sus rubios cabellos que caían sobre sus rasgados ojos, y luego mirando con inquietud á la Casa Blanca, inclinó un poco la cabeza en ademán de escuchar y esperar.

Pero nada turbaba la tranquilidad que reinaba en las inmediaciones, y aquella casa, objeto de terror para los crédulos montañeses, parecia estar como de costumbre enteramente abandonada.

Isaura cesó, en fin, de mirar hacia aquel lado, pero despues de echar una ojeada en derredor suyo, para asegurarse de que nadie la veia, sacó del pecho un medalloncito, le llevó á sus labios, le besó con ardor, y algunas lágrimas que humedecían sus párpados, cayeron sobre aquel objeto á que prodigaba tantas muestras de amor.

Pasados algunos minutos estrechó con cuidado aquella alhaja contra su seno, se enjugó los ojos, se levantó, reunió sus cabras, y volvió á la casita lentamente.

Valiente acariciaba y hacia fiestas á su ama. — ¡Pobre Valiente! dijo Isaura pasando la mano por el cuello de su fiel compañero; no estás contento de mí... ya no juego contigo tan á menudo... te acaricio menos... y sin embargo, siempre te quiero... eres mi compañía fiel... pero no sé lo que tengo, Valiente, y verdaderamente es-

toy incomodada conmigo misma, por no hallarme tan contenta y alegre como solia.

El perro enderezó las orejas y miró á la joven como si quisiese distraerla. Trascurrieron algunos instantes, y Valiente, gozoso con verse acariciado por su ama, no se movió de su lado. Pero de improviso se alejó de Isaura, fué á colocarse junto á la puerta de la casa, y por fin dió un ladrido sordo y prolongado.

— ¿Qué es eso Valiente?... ¿qué tienes?... dijo la joven llamando á su perro; pero este se quedó junto á la puerta sin querer separarse de ella, y continuó gruñendo mientras sus ojos espresaban su mal humor, y una curiosidad inquieta.

— ¿Hay alguien ahí? prosiguió Isaura; vendrán á verme... ó bien uno de ellos solo...

Un vivo rubor coloreaba las mejillas de la joven. Sin embargo, corrió á la puerta, la abrió con presteza, y en vez de sus jóvenes amigos, vió parado á algunos pasos de la casa al hombre que vagaba por las montañas.

El extranjero estaba inmóvil apoyado en su grueso báculo: parecia examinar todas las partes de la casita, y hacer al mismo tiempo profundas reflexiones: cuando abrieron la puerta y el perro se acercó á él, no se movió, y sus negros y penetrantes ojos dirigieron sus miradas á la joven que se habia quedado en el umbral de su casa.

El aspecto del desconocido y la espresion de su rostro tenia en aquel momento cierta cosa de triste, que unida á la pobreza de su vestido, inspiraba una especie de desconfianza. Isaura no se habia encontrado jamás tan cerca de aquel hombre, solo le habia visto á lo lejos, pero en aquel momento se hallaba á algunos pasos de ella, y sus miradas, atravesando la cierta distancia que entre ambos mediaba, parecia querian penetrar hasta el fondo del alma de la joven.

Al vivo rubor que coloreaba el rostro de la pastorcita, habia sucedido una palidez repentina. Isaura sintió que se la oprimia el corazón, un ligero temblor la agitaba... Jamás habia experimentado la opresion que sentia al mirar al extranjero. Sin embargo, abochornada de haber cedido á un movimiento de terror, procuró reponerse, y le dijo con voz, que se esforzó en aparentar firme y tranquila:

— ¿Caballero, deseais alguna cosa?

El vagabundo la miró largo tiempo, y por fin contestó:

— No; no queria nada á fé mia... mas puesto me hallo en vuestra presencia, tomaré un bocado, si es posible...

— Si, señor, es muy fácil... entrad.

Desde aquel instante Isaura ya no vió en el desconocido mas que un desgraciado, y el placer que experimentaba en hacer bien, disipó muy pronto su temor. Con todo, mientras el extranjero entraba y se sentaba en la sala baja, Isaura que iba y venia para buscar lo que queria ofrecerle, se hizo continuamente acompañar por el perro, y su voz, que de cuando en cuando dirigia algunas palabras de amistad á su fiel guardador, parecia recomendarle que velase por ella con mas esmero que nunca.

El extranjero se sentó en una silla, puso á un lado su sombrero y su baston, y despues examinó con curiosidad el interior de la casita. Cuando la joven volvió á la sala, la miró otra vez, y cuanto mas la contemplaba, mas grande y manifiesto era su asombro.

Isaura colocó las provisiones en una mesita que arrió á su huésped, y le dijo con gracia:

— Tomad, caballero, es lo único que puedo ofreceros, pero de muy buena voluntad.

— Hay mucho mas de lo que he menester... y es una comida deliciosa comparada con las que he tenido de algun tiempo á esta parte, dijo el extranjero sentándose á la mesa. Pero os prevengo, niña, que no puedo pagaros lo que tome en vuestra casa.

— ¿Pagarme, caballero?... no acostumbro á que me recompensen los pequeños favores que puedo hacer...

—No es una ventura el poder algunas veces ser útil á sus semejantes?

—Son unos pensamientos muy hermosos, amiguita, dijo el extranjero con aire burlon; pero dudo que vuestros semejantes participen de ellos si llega la ocasion. Sois demasiado jóven, y conviene que aprendais desde luego á no contar jamás con el reconocimiento de aquellos á quienes favorezcais.

—No necesito su reconocimiento para encontrar un placer en hacer bien... mi recompensa está en mi corazón.

Al decir estas palabras, Isaura levantaba sus ojos azules con candorosa ternura, y parecia mucho mas hermosa: el extranjero la miraba continuamente sin dejar de comer.



No, no quiero vuestro oro, dijo el vagabundo, no necesito nada.
Pag. 60.

—Jóven, la dijo, con vuestras cabras y rústicos montañeses no habeis aprendido á espresaros así.

Isaura se ruborizó y balbuceó:

—¿Pues qué, caballero, creéis que los habitantes de nuestras montañas no son tan hospitalarios como yo?

—¿Hospitalarios!... si por cierto... pero hay muchos modos de serlo. Pero en vuestro tono... en vuestro modo de hablar... Si, si, me conozco muy bien, y me parece que es muy difícil engañarme... Vamos, sentaos... hacedme compañía... espero que no os causará miedo...

—No señor, respondió con timidez la jóven sentándose á algunos pasos de la mesa y procurando que Valiente estuviese á su lado.

—Después de comer y beber durante algun tiempo, el desconocido apoyó los codos sobre la mesa, apoyó la cabeza entre sus manos, miró fijamente á Isaura y la dijo:

—Hablan mucho de vos por estos contornos.

—¿De mi, caballero?

—Si... de vos... Los montañeses pretenden que sois una hechicera...

—¿Una hechicera?...

—Si... eso os hace sonreír y con razon... ¡los imbéciles no merecen mas que compasion!... sin embargo, semejante reputacion hubiera podido seros funesta en otro tiempo. Cuando los hombres no se tomaban la molestia

de raciocinar, quemaban á sus semejantes acusados de hechiceria: eso se hacia mas pronto. Las niñas y criadas no dudaban que el sábado se podia ir al aquelarre montado en un palo de escoba, y habia gentes interesadas en que las tres cuartas partes del género humano fuesen tan ignorantes é idiotas como ellas. Ya no estamos en esos tiempos... no os quemarán. Pero me parece que esos aldeanos han podido asombrarse natural y fácilmente de la diferencia que hay de vos á ellos, aunque yo solo lo atribuyo á una causa muy sencilla... Me diréis que esto no me importa, ¿no es así?... y que si os espresais mejor que los montañeses proviene de que vuestra educacion ha sido mas esmerada... Está muy bien, pero convendréis, niña, en que era inútil que os hiciesen algo mas que una pastora, para dejaros después ejercer semejante oficio en estas montañas.

Isaura no contestó, bajó los ojos: la intimidaba el tono del extranjero, cuyas miradas, fijas constantemente en ella, la causaban un embarazo á que no podia hacerse superior.

—Niña, prosiguió el vagabundo, sois muy linda... muy linda á fe mia... mucho mas de lo que pensaba antes de haberos visto tan de cerca... pero esa misma belleza os producirá riesgos... Los hombres adoran á las mugeres hermosas, ó por lo menos, si no las adoran de veras, las tributan continuos homenajes... En esto no veo nada que no sea muy justo... es mas natural incensar á una hermosa, que adorar bueyes, machos cabrios, cocodrilos, monos, gatos y hasta cebollas, como hacian en otro tiempo los egipcios, el mas antiguo de los pueblos, y que como veis, no por eso era el mas sensato. Os adorarán, ¡mas qué digo!... quizá sucede ya... ¿Os ruborizais?... ¡qué diablo! pues eso es una cosa muy ordinaria...

—¿aballero, no sé lo que quereis decir, replicó Isaura con un candor que hubiera persuadido á cualquiera otro que al hombre que estaba enfrente de ella.

—¿No lo sabeis!... murmuró el extranjero encogiéndose de hombros. Hé ahí su lenguaje... jamás saben nada... siempre son inocentes y puras... Y cuando tenemos pruebas de su perfidia, cuando las presentamos ante su vista, nos responden tambien con aire de buena fé, que no saben cómo puede ser eso...

Una amarga sonrisa vagaba por los labios del desconocido, frunció las cejas, y parecia dominado por recuerdos penosos. Isaura temblando apartó su silla: sus ojos espresaban el terror que acababa de apoderarse de ella; el vagabundo la miró y adivinó lo que sufría, volvió á tomar su aire de indiferencia habitual, y la dijo:

—¿Por qué os apartais de mí de ese modo?

—Caballero... es que... me parecia estábais encolerizado...

—¿Encolerizado!... nada menos... ¿por qué quereis que me incomode?... Volved en vos, niña... acercaos y no tembleis.

Isaura cedió, como á su pesar, á los deseos de su huésped: el tono familiar con que la hablaba, la ofenderia si no fuese porque al parecer se encontraba sumido en la miseria; pero le creia desgraciado y atribuia á compasion la sumision que le manifestaba.

—Ya os he dicho que sois linda... esto no debe haceros que apartéis vuestra silla, porque á otros se lo habreis oido antes que á mí... y entre ellos los dos jóvenes que os visitan diariamente.

Isaura se ruborizó mucho y balbuceó:

—¿Los dos jóvenest!... ¡Ah!... ¿con que sabeis... los conoceis, caballero?...

—Si, ahora los conozco muy bien... ¿y vos?... ¿sabeis quiénes son?...

—Sé que se llaman Eduardo y Alfredo: que residen en el palacio de la Roca Negra... que son muy amables y atentos conmigo.

—¿Y es eso todo lo que sabeis?

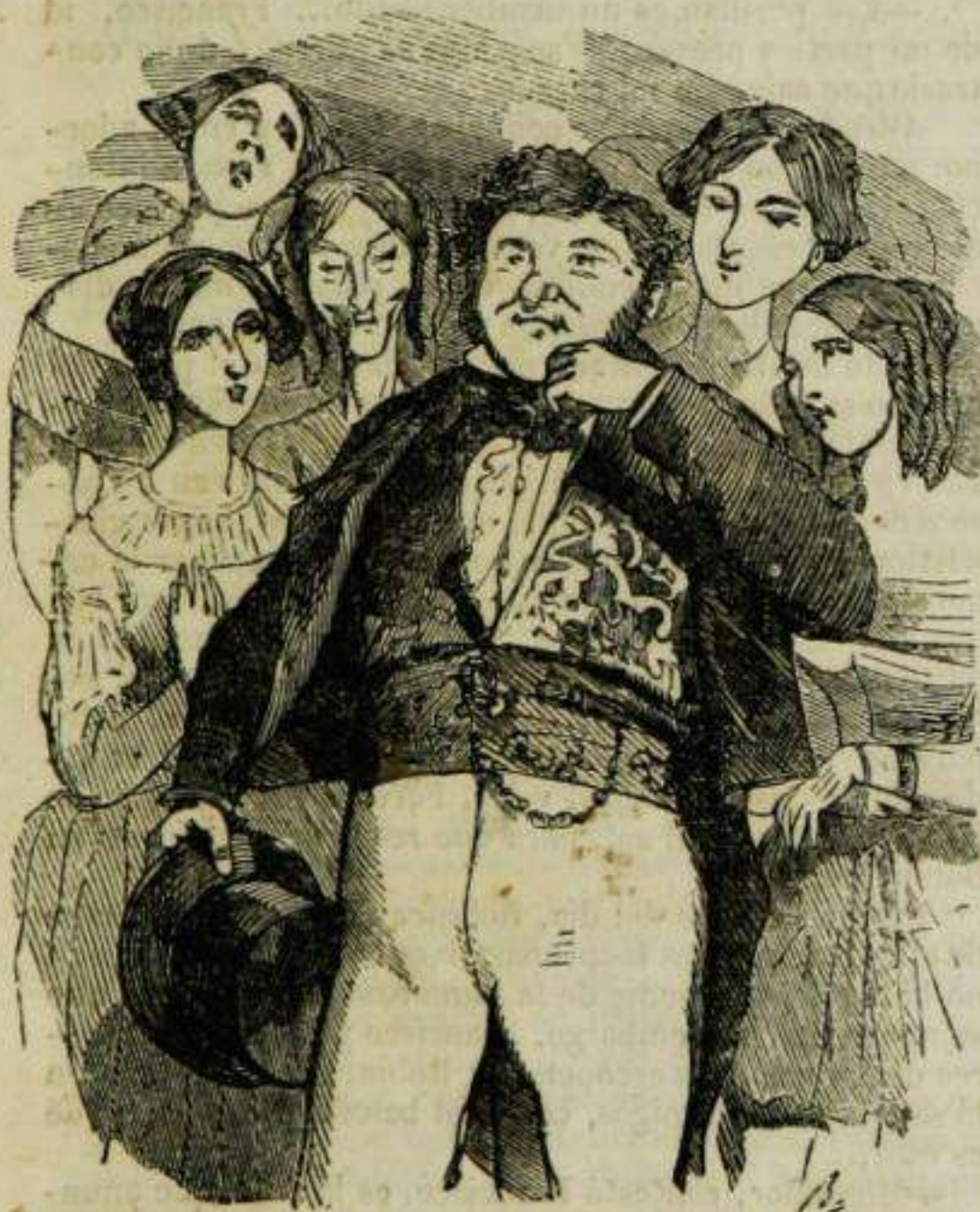
—Si, señor.

—Mentís, jóven, sabeis ademas que los dos están enamorados de vos.

Isaura quiso levantar los ojos, pero las miradas del extranjero se los hicieron bajar al momento, y respondió con voz conmovida:

—Esos caballeros han podido decírmelo chanceándose... pero yo no debo creerlos.

—¿Si?... pues en chanza ó de otro modo hay mil medios de hacerse comprender... La mujer mas sencilla lo entiende cuando la agrada, y con mucha mas razon, la que como vos no es necia ni necesita que otro le explique las cosas... Figuros, querida, que yo conozco mejor á las mugeres que vos á vuestras cabras y gallinas... He tenido mi época.... fué corta, es cierto, pero la empleé bien... Me encontraron tan amable y tan seductor, como á vos os pueden parecer Alfredo y Eduardo... pero yo manejaba las intrigas con mas presteza que ellos. ¡Cuántas beldades seducidas y abandonadas, para seducir otras nuevas!... ¡Cómo sabia tomar todos los tonos y todos los matices del sentimiento para sujetar á mis victimas!... Aparentaba amor, dolor, desesperacion... derramaba lágrimas, pero mi corazon estaba seco y me reia interiormente de los suspiros que enternecian á aquellas damas.



Habiendo declarado Robineau que queria casarse, hace sensacion en todas las casas en donde es presentado.—Pag. 60

¡Oh! si, puedo decir que he tenido un momento muy brillante... ¡lástima que haya concluido mal! ..

Isaura escuchaba al extranjero con asombro y sin atreverse á interrumpirle: éste permaneció algunos instantes sumergido en los recuerdos que acababan de despertarse en su alma, inclinó la cabeza sobre su pecho, y prosiguió:

—Si... todo eso ha huido... el amor... la amistad... la opulencia... ¡ya no conoceré nada de eso .. me hallo solo... en la miseria... y no tengo un amigo!...

Al pronunciar estas palabras, el acento del desconocido era lento y triste. Isaura se sentia conmovida y enternecida: se levantó, se acercó á aquel hombre que ya no la daba miedo, y le dijo con el mayor interés:

—¿Con que habeis sido tan desgraciado?...

El extranjero levantó la cabeza, la miró fijamente, y prosiguió:

—¡Es extraordinario!... no lo habia observado tan bien como ahora.

—¿El qué, caballero? preguntó Isaura.

—Nada... nada... era sin duda efecto de mis recuerdos... ¿Por qué diablos pienso en eso?... No, ahora no hay mas que un solo sentimiento que pueda reanimar mi corazon... pero conozco que todavía puede proporcionarme goces muy dulces.

Los ojos del extranjero acababan de centellejar de nuevo, y se retrataba en ellos una alegría bárbara. Isaura se apartó de él, se apresuró á colocarse en su sitio, y apoyó su mano en el cuello de Valiente.

—Niña, continuó el vagabundo despues de beberse un vaso de vino, os decía que los dos jóvenes que vienen á veros con tanta frecuencia, están enamorados de vos... En esto no hay ningun mal... ya conoceis que por ver siempre este valle ó los hermosos ojos de vuestras cabras, no madrugan tanto esos dos jóvenes de París.... Pero yo tengo mis razones para saber á cual de los dos preferis... á menos que no los ameis á ambos... lo que puede presumirse... pero no, no os creo tan adelantada para eso... veamos, hablad, responded.

Isaura se levantó con dignidad, ya no tembló; se sentia ofendida, y mirando á su vez al que acababa de recibir en su casa, le contestó:

—Vuestras preguntas me estrañan, caballero... ¿quién os ha encargado dirigirmelas?...

—¿Quién?... yo que os las hago... yo que os pregunto... ¿se necesitan tantos rodeos para decir amo á éste mas que á aquel?...

—¡Jamás me ha hablado nadie de ese modo, caballero!... y cuando mi buena madre vivia!...

—No se trata de vuestra buena madre... Si viviese, es probable que no recibiriais todos los dias á esos jóvenes. Veo que sabeis aprovecharos de vuestra libertad; no hagais, pues, la remilgada... los gestos para nada valen conmigo... vamos, ¡por vida de!... responded.

El extranjero se levantó bruscamente y se adelantó hácia Isaura, que poseida de un sentimiento de terror al ver acercársela aquel hombre, retrocedió y dió un grito. Al punto Valiente creyendo atacaban á su ama, se levantó, y con la celeridad del rayo acometió al extranjero, mordiéndole en una pierna.

—Detened á vuestro perro con mil demonios, no veis que va á despedazarme...

Isaura llamó á Valiente, que solo con mucha dificultad soltó la pierna que tenia asida, y volvió al lado de su ama gruñendo, y mirando siempre al extranjero con ojos chispeantes.

—Perdonad, caballero, dijo Isaura, pero este fiel animal ha creído sin duda... que me amenazábais ..

—Voto á... ¿por qué gritais? ¿porque me acercó á vos? pensais que voy á comeros... ¡Qué necias son estas muchachas!... ¡Diablo! teneis un guarda que no sufre chanzas... ¡Bribon!... me ha atarazado... Si recibiese lo mismo á vuestros jóvenes, me parece que no vendrian con tanta frecuencia... Pero no gritais cuando se os acercan... ¿no es así? ... Adios, hermosa discreta.... Bien pronto sabré lo que ahora os negais á decirme... Si, sabré todo cuanto os concierne... No creo que seais hechicera, pero tampoco que sea natural que habeis como las señoras de la corte, que solo vivais con vuestras ovejas, y que seais bastante rica para dar de comer gratis á cuantos llegan á vuestra morada... Aqui hay algun misterio, y yo le descubriré, niña; porque ya os lo he dicho, á mí no me engaña nadie, y no creo ni en la inocencia que corre las praderas y los campos, ni en el amor platónico, ni en la ciencia infusa. Adios.

El desconocido volvió á tomar su sombrero y su báculo, y salió lentamente de la casita, despues de dirigir á la joven una mirada de desprecio. Isaura comenzó á respirar con mas libertad al ver alejarse de su casa á aquel hombre; y Valiente, que no habia cesado de gruñir desde su lucha con el extranjero, salió á la puerta para seguirle con la vista, y no volvió á entrar hasta que estuvo muy distante.

CAPITULO XVIII.

Nuevos personajes.—Gran fiesta en la Roca Negra.

Llegó por fin el anhelado día en que Robineau quería desplegar la magnificencia de un califa, aunque su fortuna no se aproximaba ni aun á la del mas pequeño bajá de su alteza. Pero despues de haber vivido con la mayor estrechez y economia, llegar á ser poseedor de un castillo ó palacio, oirse llamar monseñor ó señor de la Roca Negra, tener á sus órdenes nueve criados, verse obsequiado, buscado y adulado por los hombres, y acariciado por las mugeres, era mas que suficiente para perder la cabeza, especialmente cuando falta talento y sobra vanidad: así es que Robineau casi habia perdido la suya, no calculaba, no reflexionaba que el boato que queria tener era muy superior á su fortuna. Pero nadaba en la alegría, y era feliz... eso siempre es algo. ¡Cuántas gentes con muchas riquezas no pueden jamás conseguirlo!

Robineau se levantó muy de mañana pensando en su adorno, punto importantísimo, sobre todo, cuando se trata de encontrar muger; y una muger que haya recibido buena educacion, jamás querrá tomar por marido á un hombre que no sepa vestirse con gusto. Las primeras impresiones suelen ser muy dificiles de desarraigar: un hombre que lleve el cuello de la camisola muy alto ó las mangas del frac muy cortas, hará desde luego muy mal efecto en una concurrencia. He aquí al menos lo que decia entre sí Robineau, y no le faltaba del todo razon: sin embargo, si las señoras quisiesen reflexionar un poco, observarían que los que mejor se ponen la corbata no son siempre los que tienen mas talento.

Francisco acababa de llevar á su amo los vestidos nuevos que habia encargado á Paris, y los estendió sobre la cama: Robineau fluctuaba entre si elegiria un frac negro y pantalon blanco, que eran mas de la estacion, cuando entró en la habitacion Mr. Ferulus: el bibliotecario, contador-mayordomo y gentil-hombre de boca, iba ya de gran gala, aunque llevaba siempre el mismo vestido: mas para realzarle un poco le habia hecho poner unos botones de acero del tamaño de un peso duro, que cuando Mr. Ferulus estaba al sol, despedían un brillo que impedia ver su persona: ademas habia hecho colocar en los hombros una especie de cordones negros, cuyas puntas trenzadas le caían por la espalda á manera de cola.

A pesar de su grande uniforme, Mr. Ferulus tenia la cara mas larga que de ordinario, y los ojos encarnados y soñolientos.

—¡Pardiez!... mi querido Ferulus, llegais á buena sazón, dijo Robineau, vais á aconsejarme en la eleccion del traje; ¿debo adoptar uno completamente negro, ó ponerme chaleco blanco?

—Lo negro completo es de rigorosa etiqueta, monseñor; vestiros de otro modo seria un crimen de lesa-ceremonia... Considerad, monseñor, que este día formará época... representais en vos solo todos los antiguos castellanos que han poseido este castillo... Si estuviéseis en China podiais vestiros de amarillo, ó en Inglaterra de encarnado... en Austria de blanco; en Prusia de azul; en Africa podiais estar enteramente desnudo pintándoos lindas figuritas en el cuerpo, las piernas y los brazos... pero como la nacion francesa es la mas alegre, ha adoptado especialmente el color negro para las bodas, los bailes y los entierros.

—Francisco, ¿lo ois?... preparadme el traje negro... ¡Mr. Ferulus, estais brillante!... teneis unos botones muy hermosos...

—¿Os gustan, monseñor?... Los heredé de un hermano del abuelo de mi padre, que los llevaba cuando bailó un minué á presencia de Mad. de Maintenon: ya conoceréis cuanto los apreciaré... es la mejor herencia que me han dejado mis abuelos. No los usomas que en las grandes circunstancias, como por ejemplo, en la distribucion de premios... no daba otra cosa á mis discipulos, pero con

condicion de que me los habian de volver al día siguiente.

—¿Y que son esas cintas que llevais en los hombros?...

—Monseñor, es una insignia de dignidad... esto quiere decir que soy digno de comer en vuestra mesa... con la sociedad mas noble... Los pages usaban este distintivo en tiempo del rey Dagoberto.

—Pues entonces habeis hecho muy bien en ponérosela... ¿pero qué teneis, Ferulus? estais hoy muy pálido...

—Monseñor, es que anoche hice me calentasen la cama!...

—¿Qué, ya!

—Mi habitacion es un poco húmeda, monseñor, pero no me ha probado tan bien como esperaba... me parece que el almuerzo me repondrá... Acaban de traer la librea de vuestros criados... es magnífica... de color verde oscuro... con pantalon de color de melocoton y franjas de color de naranja.

—Sí, es invencion mia... debe verse desde lejos.

—Desde muy lejos, monseñor; sin embargo, debo decir que ese rústico de *Olitor*, es decir, vuestro hortelano, no quiere ponérsela á pretesto de que va á parecer un papagayo.

—Ese perillan es un insubordinado... Francisco, id de mi parte y prevenidle se ponga su librea, ó de lo contrario que salga de mi casa.

Alfredo y Eduardo se ocupaban tambien en su adorno: aunque no tenían como el dueño de la casa la intencion de hacer conquistas, los dos jóvenes parisienses querían presentarse con ventaja ante la numerosa concurrencia que iba á reunirse en el palacio: nunca disgusta el agrandar, aun cuando no se piense en amar.

Todo estaba preparado para la fiesta: en el patio del castillo se habian colocado los árboles de cucaña, en cuyas puntas estaban atados la *Sintaxis* y los *Rudimentos*. Los vasos de colores se hallaban ya en su sitio en los paseos del jardin, preparada la arena para los juegos gimnásticos, y los tres músicos que debían componer la orquesta, cuyo director era ciego, acababan de llegar con dos violines y un clarinete. Los criados corrían de una parte á otra, y su nueva librea les daba, en efecto, el aspecto de las aves de que habia hablado Vicente. Este, para no ser despedido, se decidió á ponerse aquel vestido como todos los demas, y Mr. Ferulus tuvo cuidado de ponerse siempre al sol, para que resplandeciese mas su botonadura.

Dieron las doce del día, Robineau estaba con su traje de etiqueta, y todos los preparativos concluidos, pero aun no habia llegado nadie de la numerosa concurrencia que se aguardaba. Sin embargo, Francisco y los dos marmiteros dispararon tres escopetas, y Robineau, que estaba en el salon con sus amigos, corrió al balcon diciendo: ¿Qué es eso?...

—Monseñor, contestó Francisco, es la señal que anuncia que comienza la fiesta.

—¡Imbecil!... ¿pues que ha de principiar la fiesta sin que venga nadie?

—Monseñor, Mr. Ferulus nos ha dicho que disparásemos juntos al medio día.

—¡*Non errabis!*... exclamó Ferulus presentándose en el patio: os he mandado que hicieseis fuego á las doce en punto, pero debia sobreentenderse, que era *coram populo*, es decir, delante de los convidados... por consiguiente, volved á cargar vuestras armas, y hareis una señal iterativa.

Mientras los criados volvían á cargar sus armas, se oyeron gritos que salían de uno de los extremos del patio: acudieron todos hácia aquel lado para saber la causa, y encontraron al director de orquesta en la escalera de la bodega, por la que habia caído al huir de los tiros que creía iban dirigidos á él. Levantaron al pobre hombre que solo habia recibido algunas contusiones, y volvieron á conducirlo al tablado de la orquesta que habian levantado en el patio, y mandaron á sus dos compañeros que no se separasen de él, lo que solo prometieron con condicion de que les pusiesen allí seis botellas de vino.

Trascurrió media hora y nadie parecía; Robineau se impacientaba, Ferulus corrió á repetir á cada uno lo que tenía que hacer, y al mismo tiempo que hablaba se miraba los botones. Robineau mandó que le llevasen un antejo, y subió con sus amigos á lo alto de la torre del Mediodía desde donde se descubría el camino: Mr. de la Roca Negra daba á cada momento el antejo á sus amigos, diciéndoles como la muger de Barba-Azul, ¿no veis venir á nadie?...

En fin, se divisó un ginete que se dirigia hacia el palacio; Robineau le miró y dijo: viene á aquí... le conozco... es Mr. Berlingue... hombre de una amabilidad y una memoria extraordinarias... ya me ha referido todas las historietas escandalosas de la ciudad... es un personaje agradable... va á todas partes, aun á donde no le convidan.

El caballo de Mr. Berlingue marchaba al trote corto, pero en fin, avanzaba: Robineau bajó de la torre con sus amigos para recibir al recién llegado, y al verle, Francisco y los marmitones se encararon las escopetas creyendo que era llegado el momento de hacer fuego, pero Ferulus los contuvo á tiempo, y Mr. Berlingue echó pie á tierra y entró en el palacio, mirando en derredor suyo con maligna curiosidad.

El recién llegado era un hombrecillo como de unos cincuenta años, de figura poco elegante, pero cuyo rostro picaresco parecía que buscaba continuamente algo de que burlarse. Se adelantó hacia Robineau, le alargó la mano dirigiendo sus miradas á los dos jóvenes que estaban en el salon, y preguntando por el estado de su salud al dueño de la casa, ya habia pasado revista á toda la habitacion.

—Caballero Berlingue, dijo Robineau, sois muy amable: al fin venis... pero los caballeros y las señoras no vienen y ya es cerca de la una... Les habia suplicado vienesen temprano... tenia preparadas algunas sorpresas agradables para esas señoras.

—Señor de la Roca Negra, dijo Mr. Berlingue con voz chillona, que alzaba sobremanera, como si toda su vida no hubiese tratado mas que con sordos, tengo por principio el ser exacto y el cumplir mi palabra... ¿esos señores son vuestros amigos de París?... Tengo una satisfaccion en conocerlos... Pero señor de la Roca Negra, si queriais que la concurrencia viniese al medio dia, debiais haber citado para las nueve de la mañana, porque aquí... habeis mandado pintar esta parte del palacio: ya lo veo... aquí, señor de la Roca Negra, llevamos al extremo las modas; en París hacen esperar una hora, en provincia cuatro. ¿Es esa vuestra librea?... es de un género nuevo... y luego esas señoritas... ¿creeis que hayan concluido su tocador al medio dia?... Todavía tenéis algunos muebles un poco antiguos... será necesario variarlos... Las mugeres son mas amigas de componerse en las provincias que en París... Vuestro frac está perfectamente hecho... Aguardais á las señoritas Brettonneau, á las señoras Moulinet, á la familia de la Pincerie, á la muger del fabricante Gerard, y á la del escribano... ¡Pardiez!... si esas señoras llegan dentro de dos horas será una fortuna... ¡Calla!... árboles de cucaña en el patio... Eso es encantador... es una idea nueva...

A pesar de la prediccion de Mr. Berlingue, la concurrencia no tardó en llegar; las tartanas y calesas conducian porsonages muy distinguidos, porque no habia coches de alquiler ni omnibus en Saint-Amand, y todos no podian tener brillantes trenes. Sin embargo, entre aquellos carruages habia algunos muy bonitos, y las personas que se bajaban de ellos dirigian á las demas miradas de proteccion: la vanidad es de todas las fiestas y todos los paises, pero en provincia, sobre todo, es en donde produce vértigos á los míseros humanos.

La familia de la Pincerie llegó en un carruaje bastante mediano: era un espacioso cabriolé que podia pasar por el de un mercader de Poissy: pero Mr. de la Pincerie aseguraba que no le cambiaria por el landó mas moderno, porque habia pertenecido á sus abuelos, y al ver lo

flaco que estaba el único caballo que llevaba, pudiera creerse que habia servido tambien á los ascendientes del marqués.

Mr. de la Pincerie era un hombre de sesenta años, de cerca de seis pies de estatura, y sumamente delgado, y llevaba coleta y la cabeza con polvos: su rostro amarillento y arrugado tenia una espresion de altivez y desprecio casi continua: era muy raro que estuviese dos minutos sin toser y sin gargajear, pero con una gravedad, que hacia creer á los que le rodeaban, que no era dado á todo el mundo escupir como él.

Un caballerito de ojos vivos, cabello rojo, nariz amaratada y orejas coloradas, fué el segundo que salió del carruage: aun no habia puesto el pie en el suelo y ya se sonreía enseñando unos dientes mayores que los de un caballo. Aquel señorito, de que todavía no habian podido hacer nada, y que procuraban colocar aunque tenia entonces cerca de cincuenta años, era hermano del marqués. llamábanle el Niño, nombre que le daban en la infancia, y que segun parecia queria llevar toda la vida.

Despues de sonreirse como un jabali, mientras su hermano escupia á un árbol de cucaña el Niño se adelantó para dar la mano á una señorita que saltó del carruage diciendo: no hay necesidad, prefiero bajar sola.

La joven que bajaba con tanta ligereza era la hija menor del marqués, la señorita Cornelia: tenia veinte y siete años, era alta, bien formada, y toda su figura bastante regular y distinguida, pero su aire era imperioso, y sus miradas, que rara vez bajaba, parecian exigir los homenajes y no recibirlos sino como un tributo que la era debido.

Despues de Cornelia se apeó del carruage su hermana, que era viuda y se llamaba Mad. de Hautmont, ó simplemente Eudoxia: podia tener cinco ó seis años mas que la señorita Cornelia. Era bonita, pero desfiguraba sus atractivos á fuerzas de gestos y de pretensiones; su peinado era de tan estremada elegancia, que rayaba en ridiculo: iba llena de perfumes y llevaba continuamente en una mano un ramillete y en la otra un frasquito: la menor cosa la hacia daño y la desmayaba. Lejos de bajar sola del carruage necesitó tres personas para que la ayudasen, pero en el momento en que puso el pie en tierra vió á Francisco y los marmitones, que apuntaban con las escopetas hacia aquel lado.

—¡Dios mio!... exclamó Mad. de Hautmont arrojándose en los brazos de su padre. ¿Van á hacernos fuego?... es una perfidia... no puedo ver esa especie de armas.

Robineau salió á recibir á la familia de la Pincerie, saludó con respeto al papá, estrechó la mano al tío, se sonrió con la señorita, y tranquilizó á su hermana gritando:—Ferulus, decid á mis criados que no apunten hacia nadie.

No temais nada, señoras, es una sorpresa... es para la fiesta...

—Cómo, caballero, ¿pues que van á disparar tiros en vuestra fiesta?...

—Se disparará todo lo que sea posible, señoras mias, pero no habrá ningun muerto... solo se trata de haceros reir y de divertirlos.

Despues de conducir á la familia Pincerie al gran salon, en donde Alfredo y Eduardo le ayudaron á hacer los honores, Robineau se multiplicó para recibir con gusto y delicadeza á toda la concurrencia; al escribano que bajó con su esposa de un elegante cabriolé; á un rico fabricante de papel que llevaba en su tartana á su esposa y tres hijas, dos hijos y dos sobrinas; eran estos personajes los esposos Gerard que ocupaban los dos solos asientos de un lado de su carruage, y que al andar no podian darse el brazo, porque las caderas de ambos no lo permitian: el caballero de Tantignac que no podia hablar dos palabras sin mentir, y que llegó á pie con calzones de paño de seda, espuelas en los zapatos, y un látigo de montar, para hacer creer que habia ido á caballo: en fin, gentes de suposicion, ricos comerciantes y personas de mucha consideracion en su poblacion. Todos aceptaron

el convite del señor de la Roca Negra, porque como en las provincias son muy raras las ocasiones de divertirse, se aprovechan cuantas se presentan.

Reunida la sociedad en el espacioso salon del piso principal, todos se miraron unos á otros, y se examinaron de pies á cabeza; se pasó revista á todos los peinados, se dijeron al oido mil picantes agudezas, y se dirigieron en a ta voz reciprocos cumplimientos. Robineau iba y venia de una á otra parte, hacia el galante con las señoras, y se sonreia con todo el mundo: pero sobre todo á quien dirigia con mas frecuencia sus homenajes era á la señorita Cornelia de la Pincerie, aunque ésta, desde su entrada en el salon, atendia mas á Alfredo que al dueño de la casa, mientras que Eudoxia lanzaba á Eduardo lánguidas miradas.

Al entrar en el salon el señor marqués de la Pincerie se sentó en una silla poltrona, en donde se colocó como si quisiese dormir, estirando sus largas piernas, de modo que los concurrentes tenian que dar un rodeo para pasar. Mr. de la Pincerie comenzó á toser y á escupir desdenosamente en medio del salon, mirando á todos como un sultan puede mirar á sus esclavos.

El hermano, por el contrario, se habia sentado modestamente detrás de su sobrina Cornelia, cuyas mangas componia, porque se habian chafado un poco en el carruaje. Los demas convidados fueron colocándose por grupos, ó miraban desde las ventanas los preparativos de la fiesta. Mr. Berlingue se paseaba por el salon examinando á todo el mundo con aire maligno, escuchando lo que hablaban, y procurando adivinar lo que no decian. En fin, el caballero Tantignac, que llegó el último, se colocó de modo que enganchó con las espuelas el vestido de una señora, para tener la satisfaccion de esclamar:

—¿Qué atolondrado soy!... se me ha olvidado quitarme las espuelas... Disimulen vds, señoras... pero la costumbre de montar á caballo...

—¿Y qué habeis hecho de vuestro corcel?... dijo monsieur Berlingue: no le he visto cuando entrásteis en el palacio.

—Me he apeado á diez pasos de la entrada para evitar desgracias, porque mi caballo cocea horriblemente; luego, como tengo de costumbre, le he dado dos latigazos en las ancas, y al momento ha vuelto á tomar el camino de la cuadra... está enseñado á eso... le ha adiestrado *Francóni*... voy á desembarazarme de este atavio ecuestre.

—Tío... subidme un poco el cinturon... Bien... ponédme ahí un alfiler... Esos carruages nos lo descomponen todo de una manera espantosa.

Al decir esto, la señorita Cornelia miraba á Alfredo, y parecia pedir un cumplimiento, que provocaba lo que acaba de decir, mas como Marcey no pensaba de modo alguno dirigirse á él, Robineau recogió el guante y dijo: Pues á pesar de todos los carruages, estais encantadora.

La señorita Cornelia medio se sonrió con Robineau, y siguió con la vista á Alfredo, que estaba ocupado con otras señoras.

—Es cierto, dijo Mad. de Hautmont ajando su ramillete, deberia inventarse otro medio de transporte que el de esos carruages... una señora no puede bajar de ellos sin *impresionarse* de arriba á abajo... ¡Tío!... dadme una banqueta para poner los pies...

El tío dejó las mangas de su sobrina Cornelia para correr en busca de una banquetilla para Eudoxia, mientras Mr. de la Pincerie decia muy incomodado.

—Me parece, señoras, que mi carroza está perfectamente colgada y que no teneis por qué quejaros...

—¡Oh!... ¡oh!... llama carroza á su carrucho, dijo Berlingue inclinándose al oido del fabricante de papel, mientras Mr. Gerard decia: vamos, señoras, segun veo pronto os hareis conducir en palanquin como en Asia.

—Debe irse en ellos muellemente, contestó Eudoxia mirando á Eduardo.

—Estoy tambien por los palanquines, añadió madama Gerard.

—Si alguna vez se colocase en ellos, dijo por lo bajo Berlingue, con dificultad encontraria quien la llevase.

—Por lo general, dijo una señora que todavia no habia hablado, los hombres de Levante tienen invenciones muy felices.

—Son unos mónstruos, contestó otra, tienen muchas mugeres á un mismo tiempo...

—¿Qué estais hablando de los hombres de Levante? dijo Mr. Tantignac que entraba entonces en el salon; eso me pertenece á mi; he estado mucho tiempo en Turquía... me lo mandó mi médico... Tenia tal superabundancia de salud, que mi doctor me dijo:

—Amigo mio, id á Turquía... comprad un serral o, si no sois hombre perdido...

Las señoras se cubrieron la cara con el abanico para reirse del caballero, que no tenia de modo alguno la apariencia de turco, cuando Mr. Ferulus entró en el salon para preguntar á Robineau si era ya tiempo de comenzar la fiesta. Al ver á Ferulus, Mad. de Hautmont lanzó un grito, y se apoyó sobre Eduardo diciendo:

—¡Dios mio!... ¿qué es eso!...

—Es el director de la fiesta, señora, dijo Eduardo.

—Pues me ha ofendido considerablemente la vista... me pareció que entraba el sol ó la luna... ¿qué es lo que lleva puesto ese caballero?...

—Lo que resplandece tanto, señora, son los botones.

—Pues al menos convendreis en que cuando se usan semejantes botones se debe prevenir antes á las gentes...

—Es cierto, dijo Mr. Berlingue, que no se le puede mirar sin lastimarse los ojos.

Mr. Ferulus volvió á marchar como una flecha, y bien pronto los tiros de las armas de fuego anunciaron que iba á principiar la fiesta. Al oir las detonaciones, Eudoxia medio se desmayó, pero tuvo cuidado de caer en los brazos de Eduardo, á quien ya comenzaba á fastidiar, pero que sin embargo no pudo eximirse de dar el brazo á la viuda. Todos corrieron á los balcones para ver los juegos que iban á efectuarse en el patio. Solo el tío se quedó atrás, porque tenia que buscar dos alfileres para su sobrina Cornelia y un vaso de agua para hacer que volviese en sí la otra sobrina.

Los aldeanos de las inmediaciones á quienes se habia permitido asistir á la fiesta, estaban colocados á los dos lados del patio. Los criados estaban debajo del balcon, la señorita Cheval habia dejado la cocina para asistir al espectáculo de los juegos, y sobre todo para ver que era lo que hacian con los árboles de cucaña, que escitaban en gran manera su curiosidad. La orquesta, que debia ya dajarse oir, no comenzaba, porque el ciego, que temia mucho á los tiros, se habia metido debajo de su banco durante la detonacion, y se obstinaba en no salir de allí, á pesar de que Ferulus se esforzaba en probarle que no corria ningun peligro.

La concurrencia aguardaba; Robineau se apoyó en la barandilla del balcon, y llamó á Ferulus gritando:

—¿Comenzais?... Mr. Ferulus que estaba dispuesto á empezar á puñadas con el primer violin, contestó:

—Ya sabeis que comienza por el paseo en el jardin...

—Id á dar un paseo con esas señoras, monseñor.

Pero las damas estaban cansadas del camino y no queria pasear, y ademas estaban impacientes por gozar del espectáculo de los juegos. Francisco corrió á ayudar á Ferulus á sacar al ciego de debajo del banco, sonó, por fin, la música, y seis robustos auverneses, desnudos desde la cabeza hasta la cintura, se presentaron en la arena preparada en medio del patio.

Las señoras hicieron un movimiento de sorpresa al ver el extraño trage de los combatientes, y Mad. Hautmont estaba aun muy débil. Ferulus subió unos escalones de la grada, y gritó:

—Juegos gimnásticos á imitacion de los de Grecia y Roma.

—Señoras, dijo Robineau, es á imitacion de los antiguos, y por consiguiente no hay nada que pueda ofender vuestra delicadeza.

—¡Sin duda es un torneo! dijo Mr. de la Pincerie.

—Justamente, un torneo griego y romano.

—Un torneo!... dijo el tío poniéndose de puntillas. ¡Diablo!... ¿esos señores medio desnudos son los caballeros?.. ya comprendo... ya comprendo...

—Tengo deseos de pedir garantías para el resto del cuerpo, dijo Mr. Berlingue á uno de sus vecinos, mientras Mad. Gerard, que contemplaba á los seis auverneses abriendo cuanto podía los ojos, dijo: esos mozos son muy bien formados... Caballero Gerard, debíais ponerlos alguna vez de gladiador; estaríais soberbio.

Ferulus dió la señal golpeando con una varita en la barandilla de la escalera, y gritando: *incipimus* por los ejercicios del disco... Ea, que toque la orquesta una sonata belicosa.

La orquesta comenzó la canción del Marlborough, que era lo mas belicoso que conocía el ciego, y tres auverneses avanzaron, llevando cada uno en la mano un queso que representaba el disco que debía ser lanzado, y que desde lejos imitaba bastante bien al tejo antiguo. Los atletas lanzaron sus quesos con mucha facilidad; el blanco estaba colocado debajo de la grada en donde Ferulus se mantenía gravemente. Los tres quesos dieron cerca del sitio señalado para ser vencedor, pero no le tocaron, y á los convidados que ocupaban los balcones y ventanas les parecía que el juego del disco esparcía un olor que no tenía nada de balsámico.

Presentóse el cuarto atleta, de mucha mayor talla que los anteriores: llevaba en la mano una cosa que llamaban disco, de una anchura y grueso formidables, y mirando con compasión á los que ya habían lanzado el suyo, gritó:

—Vosotros no habeis dado mas allí... voto á... voy á hundiros...

—El combatiente tiene un lenguaje bien enérgico, dijo Mr. Berlingue; y Robineau, apoyándose en la barandilla del balcon, gritó á Ferulus: prohibídes que hablen; que hagan únicamente la pantomima, con eso basta....

—Mousséñor, dijo Ferulus, en todos tiempos los gladiadores se han provocado y estimulado con injurias; hasta los mismo paladines se prodigaban epítetos durante el combate.

—Señoras, dijo Robineau, es el lenguaje de los paladines; no hay que asustarse.

El último atleta levantó la mano en cuya palma tenía el disco, se echó hácia atrás, le despidió con toda su fuerza, y el queso, pasando el blanco, fué á dar en la cara de Mr. Ferulus.

Las señoras prorrumpieron en gritos y decían:

—¡Dios mío!... ¡le ha herido!... ¡quizá le ha muerto!... ¡le ha dado el tejo en la cabeza!...

El bibliotecario quedó un momento atolondrado con el golpe, pero el queso se había partido por la mitad, dejando en el rostro algunos fragmentos de su paso: Mr. Ferulus se repuso bien pronto, sacó el pañuelo, se limpió la cara, pasó la lengua por los labios y gritó:

—Es vencedor; ha pasado el blanco... el que puede lo mas, puede lo menos... que toque la música.

Los violines comenzaron á tocar, y los auverneses á dar gritos de alegría que aturdián: las señoras sacaron sus frasquitos, y Mr. de Tantignac, dijo:

—¡Ah!... ¡con que los discos eran quesos!... ¡vaya un chasco gracioso!... yo apuesto á poner uno en la luna.

—Tío, buscadme un poco de agua de Colonia, dijo Eudoxia, apoyándose en el brazo de Eduardo: ese juego huele demasiado á estiércol.

—Señoras, dijo Robineau, que creía había gustado mucho lo que acababan de presenciar, vais á ver otros; y agarró delicadamente la punta del dedo pequeño á la señorita Cornelia, que se le abandonó, aparentando que ni aun advertía el delirio con que se le apretaba.

Mr. Ferulus, que no había notado que todavía le quedaban algunos fragmentos de queso en la frente y las orejas, volvió á ocupar su puesto, y golpeó con su varita, gritando:

—*La carrera*... á imitación de Hipómenes y de Atalanta... con bastones á manera de manzana de oro, lo que es infinitamente mucho mas natural.

Al punto los auverneses comenzaron á correr en círculo por el patio, y los que se quedaban detrás arrojaban sus paños á las piernas de sus compañeros para dejarlos caer y llegar al blanco antes que ellos: aquel juego terminó sin ningún accidente: el caballero Tantignac dijo:

—No encuentro nada de particular en correr como esos aldeanos: yo ando seis leguas á la pata coja, ó con solo un pie.

La lucha y el pugilato, gritó Mr. Ferulus, y al punto los auverneses se dispusieron á derribarse; pero los aldeanos, que estaban mas acostumbrados á este ejercicio, tenían en él mayor interés, amor propio y obstinación: todos procuraban derribar á su antagonista. En semejantes juegos, los ánimos se exaltaban fácilmente; de los esfuerzos se pasa á las injurias, de las injurias á los golpes: ya se habían recibido algunos chichones y aplastado algunas narices que chorreaban sangre.

—¡Basta!... ¡basta!... gritaron las señoras; este espectáculo no nos divierte... Señor de la Roca Negra, mandad que separen á esos infelices..

—Señoras, gritaba Ferulus, cuando en Roma se batían los gladiadores, siempre quedaban la mitad lo menos en el sitio.

—Caballero, nosotras no somos romanas, gracias á Dios, y no nos complacemos en ver á los hombres magullarse á golpes.

Para satisfacer los deseos de las damas, Robineau mandó que separasen á los combatientes, aunque monsieur de la Pincerie aseguraba que aquello le recordaba las corridas de toros que había visto en Madrid. Dos auverneses, mas obstinados que los demas, no quisieron desasirse, mas, por fin, Francisco y los otros criados consiguieron echarlos á la pradera, en donde los dejaron golpear á su gusto.

Mr. Ferulus gritó que se iba á pasar del género grave á otro mas agradable, y en efecto, entraron los criados con unas cestas llenas de ramilletes para las señoras.

—Sea en buen hora, dijo Mad. Hautmont; esto es ya mejor.

—Y no huele á queso, añadió Mr. Berlingue.

—En mi ramillete hay un papel, dijo Mad. Gerard.

—¡Un papel!... dijo Mr. Gerard acercándose á su esposa cuanto se lo permitía su obesidad.

—Yo tengo otro, dijo Eudoxia.... y yo tambien.... y yo, repetía cada señora. Cornelia abrió el papel que contenía su ramillete, y leyó:

«Vuestros atractivos encantan el alma; teneis gracia y hermosura, y debe tenerse por una dicha el amaros siempre.»

—Eso está muy bien, dijo Mr. de la Pincerie, escuchando sobre los aldeanos que se hallaban en el patio.

—Y perfectamente dirigido, dijo Alfredo á la señorita Cornelia, que le miró de un modo que le obligaba á decirlo á go.

—Yo tambien tengo versos.. dijo Eudoxia; veamos... son lo mismo que los de mi hermana... Tomad, caballero... mirad.

Eduardo leyó los versos que le presentaban, y dijo: —Señora, sin duda han creído que en una familia debían encontrarse los mismos atractivos.

—Sois muy galante; pero me parece que mi fisonomía es de otra especie que la de mi hermana.

—Veamos los míos, dijo Mad. Gerard; tengo mucha curiosidad de saber lo que dicen.

«Vuestros atractivos encantan el alma; teneis gracia y hermosura»

—Seguramente es una circular, dijo Mr. Berlingue.

—Es en extremo lisonjero recibir el mismo cumplimiento que Mad. Gerard... dijo la señorita Cornelia encogiéndose de hombros, mientras las demas señoras leían sus versos.

—Es asombroso que en todas partes se encuentre lo

mismo, dijo el tío de Cornelia, corriendo de una á otra señora. Esto es como un juego de naipes en que no vi mas que ases de copas.

—¿De quién son esos versos tan lindos? dijo el caballero burlándose.

—De mi bibliotecario, respondió Robineau.

—¿Quién?... ¿ese caballero vestido de negro que lleva unos botones como unas coberteras?...

—Justamente; es un erudito de primera clase.... un hombre que todo lo sabe.

—¿Qué lo sabe todo?... pues yo apuesto á que le hablo de cosas que ignora.

—¿Y esos árboles de cucaña?... ¿no vá á subir nadie á ellos?...

—Ahora mismo, señora... Ferulus... haced que inmediatamente comience el ataque de los árboles de cucaña.

—¿Pardiez! dijo el caballero, no es muy difícil subir á estos... yo que he viajado mucho por mar, he visto otros... Trepaba por el palo mayor como un mono, y cuando llegaba á la punta, me ponía en ella de cabeza.

—Pues subid un poco por estos; dijo Mr. Berlingue.

—No puedo porque los calzones me están muy ceñidos y temo un accidente. A no ser por eso, estaría en lo alto antes que pudierais verme subir.

Ferulus mandó á la orquesta que tocara una cosa mas alegre para el asalto de las cucañas. Algunos auverneses trataron de trepar por uno de los árboles, mas apenas se elevaban algunos pies, volvían á dejarse caer, y no manifestaban muchos deseos de ganar los libros que estaban colocados en lo alto. En vano los animaba Ferulus desde el patio y Robineau desde el balcon, los auverneses ya no querían trepar.

—Pues bien, dijo el bibliotecario, las mugeres van á daros ejemplo y á enseñaros como se sube... adelante señoritas.

—¿Con que van á subir las mugeres? dijo Mr. Berlingue, eso será muy interesante.

—¿Suben las mugeres?... dijo Mr. de la Pincerie, ¡hum! ¡hum! eso es una nueva innovacion.

—Lo hemos previsto todo, prosiguió Robineau; el mástil está untado con miel.

—¿Enmielado?... dijo el tío de Eudoxia, ya comprendo... eso es para la decencia.

Presentáronse algunas mozas robustas, dieron vuelta al árbol y no se atrevieron á aventurarse, pero monsieur Ferulus se quedó al pie para ayudar á las que quisiesen subir. En fin, una aldeana se decidió, subió un poco, pero se paró y gritó que estaba atada. Mr. Ferulus que estaba abajo, la gritaba, subid, no desmayéis... ese es el camino de la vida... espinas para recoger rosas... *quid femina pos t...*

La aldeana volvió á bajar lamiéndose las manos: otra la siguió pero no fué mas feliz, aunque Mr. Ferulus que permanecía siempre al pie del árbol alentaba á las aldeanas en sus esfuerzos; Mr. Berlingue sostenía que el puesto que ocupaba el bibliotecario era el mejor, y preferible al de los demas concurrentes.

No se presentaba nadie mas, á pesar de que Ferulus gritaba: el *Tratado de los Participios y el arte de la cocinera* se van á quedar colgados allá arriba. cuando de repente la señorita Cheval, que desde un rincon del patio veía los juegos, acudiendo de cuando en cuando á dar una vuelta á la cocina, se adelantó erguidamente hacia Mr. Ferulus, y le dijo:

—¿Es un arte de cocina lo que se va á ganar? entonces me pertenece: dejadme subir, señor Desinus; voy á descolgaros los objetos... ¡Oh! yo sé jugar á todos los juegos.

Y al punto, rechazando al gentil-hombre de boca que quería ayudarla, la señorita Cheval alargó los brazos, rodeó con ellos el mástil, y movió y apretó las rodillas con tanto vigor que se la veía subir con rapidez.

—Llegará al cabo, dijo Mr. Gerard; es una jóven muy sólida.

—Tiene una fuerza extraordinaria, añadió Robineau; en una ocasion me levantó como una pluma.

—La pantorrilla es excelente dijo Mr. Berlingue.

Al mover las piernas, la señorita Cheval descubría efectivamente las pantorrillas y las ligas: hasta allí, todo iba bien, y Mr. Ferulus, que desde el pie del mástil no la perdía de vista, la animaba con las palabras, *macte animo...* que la cocinera tomaba por injurias, y á las cuales respondía:

—Subid vos, ¡animal! ..

En fin, la señorita Cheval llegó á la punta en donde estaban los dos volúmenes, los desató y los arrojó al patio.

Encantado el bibliotecario de que hubiese ganado el premio, mandó tocar á la orquesta, la concurrencia aplaudió, y la señorita Cheval, en la alegría de su triunfo, quiso dejarse escurrir rápidamente hasta el suelo, pero sus vestidos, pegados á la miel, no pudieron desprenderse, y el rostro de Mad. Cheval desapareció bien pronto entre sus faldas.

Dejóse oír un murmullo; las señoras, tapándose con los abanicos, abandonaron el balcon; los hombres tomaron sus lentes é hicieron reflexiones sobre lo que veían: Robineau dijo:

—Desprendedla: pero Mr. Ferulus que no advertía la causa del tumulto, gritaba con todas sus fuerzas:

—Honor á la que ha vencido ..

Los aldeanos se reían, y Juanita dijo con la mayor naturalidad: ¡toma, que tiene eso de particular!... son cosas irremediables.

Sin embargo, haciendo el último esfuerzo, madama Cheval consiguió desprenderse, en el momento en que Francisco llegaba con una escalera; volvió á poner el pie en el suelo, hizo una cortesía, y se fué á la cocina entre las aclamaciones de los aldeanos. La concurrencia entonces dejó las ventanas, y Robineau propuso recorrer los jardines, lo cual fué aceptado sin contradicción alguna, por distraerse hasta la hora de comer. Los caballeros ofrecieron el brazo á las señoras, pero Eduardo se ahorró este trabajo, porque la lánguida Eudoxia no había soltado el suyo, sobre el cual se apoyaba, como si no hubiese hecho otra cosa durante diez años. Cornelia miraba continuamente á Alfredo, pero éste dirigía sus obsequios á dos jóvenes muy graciosas y lindas, y la señorita la Pincerie se decidió á aceptar el brazo que la ofreció suspirando el dueño del palacio.

Marcharon sin direccion fija, y cada uno siguió con su pareja el camino que mas le agradó: en las grandes fiestas es en donde las personas comienzan á conocerse, á hablar y á entenderse.

—¿Que os han parecido los juegos que acaban de ejecutarse? dijo Robineau á Cornelia tomando una de las calles de árboles mas frondosas del jardín.

—Muy bien... me han agradado bastante... era una cosa original... ¿Por que nos separamos de esas señoritas y de esos caballeros?

—Ya los encontraremos... soy tan dichoso en poder una vez .. en estar un momento... en procurar ..

—¿Quién es ese jóven alto que llamais Alfredo?

—Mi amigo íntimo .. un baron que tiene mas de cien mil libras de renta. Pero os decia, señorita, que en este momento disfrutaba la felicidad mas pura .. y que si...

—¿Es casado ese Alfredo?

—No, soltero, y Eduardo Beaumont tambien... en fin, puesto que ahora nos hallamos solos... circunstancia bastante rara... quisiera espresaros... haceros comprender ..

—Me parece que veo á vuestros dos amigos; vamos un poco mas de prisa.

—Tranquilizaos: el marqués vuestro padre, y vuestro tío están muy ocupados en hablar de política con Mr. Moulinet y no observarán que...

—¿Se trata acaso de mi padre y de mi tío? me tienen en muy buena opinion, caballero, para dejarme pasear con quien me plazca.

—Señorita no lo dudo... no era eso lo que queria decir... pero cuando me hallo cerca de vos, la agitacion... la turbacion que experimento... hacen que á pesar mio...

—Está muy bien: ese caballero Alfredo... su amigo tampoco me parece mal...

—No conozco mayor ventura... no sé, señorita, si habeis advertido los secretos sentimientos de mi corazon... la otra noche, bailando con vos en casa del recaudador de contribuciones, me pareció que habia sido bastante dichoso para...

—¿Permanecerá algun tiempo en este pais vuestro amigo Alfredo?...

—Si, no tiene prisa... no tiene nada que hacer... y bien, señorita, os acordais de aquella contradanza en que os confesé vuestros encantos... vuestras gracias...

—¡Dios mio!... caballero, estoy tan habituada á semejantes cumplimientos y declaraciones, que las tres cuartas partes del tiempo no hago ningun caso de ellas...

—Lo comprendo perfectamente; eso forma el elogio de vuestro pudor. Pero en fin, vuestro corazon debe ser sensible algun dia... y si yo fuese el mortal afortunado que...

—Perdonad, veo á mi hermana, tengo que hablarla.

La señorita Cornelia se escapó corriendo y se colocó al lado de Eudoxia que paseaba con Eduardo, Alfredo y algunas señoras. Robineau la miró alejarse y dijo para si:

—Es encantadora... su figura es magnífica... y segun he observado en esta conversacion, tengo motivos para creer que no la disgusto.

Los convidados se pasearon durante algun tiempo por la huerta y jardin. Vicente estaba sentado en un banco con apariencias de mal humor, y se divertia en echar agua y tierra sobre su calzon amarillo. Mr. de la Pincerie participaba sus planes de economia á un antiguo censalista, audando por encima de los cuadros de fresa: Mr. Gerard cogia flores para las damas: el tio de Cornelia buscaba alfileres para sus sobrinas. Alfredo decia por costumbre cosas agradables á las jóvenes á quienes acompañaba. Eduardo hablaba poco, pero de cuando en cuando suspiraba sin dejar de pasearse con Mad. Hautmont, y la viuda, que presumia que pudiese suspirar por otra muger que ella, hacia *coro* con Eduardo, apoyándose con mas fuerza en su brazo. Mr. Berlingue examinaba con aire burlon los vasos de colores y las estatuas medio rotas: el caballero Tantignac decia una mentira á cada persona que encontraba, y Ferulus hacia huir á todos, porque despedia un olor á queso que recordaba el juego del disco.

La señorita de la Pincerie habia recibido muy bien en Saint-Amand los homenajes de Robineau, porque Cornelia se aproximaba á los veinte y ocho años, y aunque de familia noble, como la fortuna del marqués no consistia ya mas que en sus planes de economia, la señorita observó que las galanterias que le dirigian terminaban siempre en cumplimientos, y comenzaba á desear vivamente que la llamasen madama. Para poner á cubierto su amor propio, habian convenido en decir á los que se maravillaban de que la señorita Cornelia no estuviese ya casada, que por razones de familia trataban de colocar primero al tio. Pero el tio era tan difícil de colocar como la sobrina de casar, y Cornelia no era ya tan esquiva con sus admiradores: por eso habian recibido tan favorablemente al propietario del palacio, que si no era de una familia antigua, tenia al menos una fortuna con que se podia brillar y presentarse con mas ventaja. Pero habian enviado con prudencia al tio á casa del escribano, á que se informase acerca de los bienes de Robineau: el escribano de Saint-Amand no conocia al nuevo propietario mas que por la compra que acababa de hacer de la posesion de la Roca Negra, y por las sumas que cada dia le pedia Robineau, y que se reembolsase por conducto de su compañero de Paris. Segun el boato del nuevo señor, podia suponersele doble de lo que en realidad tenia: así fué que el notario contestó que era un hombre que debia tener cincuenta mil libras de renta.

El tio volvió á referírsele á la sobrina dando saltitos y enseñando los dientes, porque opinaba tambien que un sobrino muy rico le serviria en gran manera para conseguir un buen empleo, y la familia de la Pincerie aceptó con gusto el convite de Robineau.

Pero á la señorita Cornelia la habia parecido Alfredo mucho mas interesante que Robineau: las maneras fáciles y la viveza del joven Marcey habian hecho que el señor de la Roca Negra pareciese mas torpe y pesado: y cuando supo que el joven era baron, y que tenia cien mil libras de renta, ya no pensó mas que en hacer su conquista, porque ademas de las ventajas fisicas, se podia ganar con él un ciento por ciento.

Por eso dejó el brazo de Robineau para correr al lado de Eudoxia que acababa de sentarse en un bosquecillo, en donde estaba tambien Alfredo con algunas señoras y señoritas de la concurrencia.

Cornelia llegó haciendo mil melindres, con la mano puesta sobre el corazon, y dijo:

—No sé lo que tengo... ya estoy cansada.

Apresuráronse á traer una silla á la señorita, que miró de arriba á abajo á las jóvenes que estaban con Alfredo y á quienes habia dado el brazo.

—Estos jardines son inmensos, dijo Eudoxia, pero me parece que se podian haber distribuido de una manera mas misteriosa.

—Señoras, dijo Eduardo, esa es la intencion de Julio, pero aun no ha tenido tiempo para llevar á cabo las reformas que tiene proyectadas, es preciso disimularle si se nota algun desarreglo en su propiedad: el vivo deseo que tenia de recibiros no le ha permitido aguardar á que todo estuviese concluido.

—Ese caballero es muy amable... dijo una de las jóvenes, se afana tanto por distraernos...

—Ademas, señoras, añadió Alfredo, es necesario piensen vds. que se encuentran en casa de un soltero, y esta cualidad debe hacer que se le disimulen muchas cosas.

—¡Esa cualidad!... dijo Cornelia mordiendo los labios; ¿pues qué llamais á eso una cualidad, caballero?...

—Al menos es un titulo para que se disimulen muchas ligerezas...

—Abusais de él con frecuencia, caballeros, dijo Eudoxia, fijando sus ojos con tierna expresion en Eduardo, que estaba mirando las hojas.

—Ademas, prosiguió Alfredo sonriéndose, creo que nuestro amigo no tiene ánimo de conservar mucho tiempo ese titulo á que hacen vds. la guerra, señoras.

Todas las señoritas callaron y bajaron los ojos: hubo un momento de silencio, que rompió al fin Eudoxia, diciendo:

—Seguramente el caballero de la Roca Negra es muy galante... la fiesta es deliciosa... con tal que no haga que se golpeen esos aldeanos... porque es un espectáculo que no puedo soportar.

—Yo hubiera querido subir á un árbol de cucaña.... dijo una niña de diez años á su hermana mayor.

—Habria estado gracioso, contestó la hermana, para hacer como esa moza gruesa, enseñarnos vuestro...

La joven se detuvo, poniéndose encarnada como una guinda, y todas las señoritas volvieron á bajar los ojos. Nuevo silencio que divertia mucho á los dos jóvenes.

—Vds., caballeros, dijo Cornelia, no fueron con el señor de la Roca Negra á las últimas reuniones que celebramos en la ciudad.

—Señorita, contestó Alfredo, como no conocemos á nadie en Saint-Amand, nos pareció una indiscrecion el hacer que nos comprendieran en una invitacion, dirigida únicamente al nuevo propietario de esta posesion.

—¿Y por qué eso caballero? Mi padre tendrá suma complacencia en conocer mas particularmente al señor baron de Marcey...

—Y al caballero Eduardo de Beaumont, añadió Eudoxia.

—No es de Beaumont, señora, replicó Eduardo inclinandose, sino sencillamente Beaumont.

—He ahí la modestia de un literato... solo quiere deber su nombre á su talento...

—Este caballero se parece algo en las facciones á nuestro primo el vizconde, dijo Cornelia mirando á Alfredo, ¿no es así, hermana?... en los ojos y en la boca... pero este caballero es todavía mejor...

—Me han hablado mucho de vuestras poesías, caballero, dijo Eudoxia á Eduardo, y tengo un gran placer en hallarme al lado del autor de unas composiciones de tanto mérito.

—Estas mugeres son *fastidiosas* en extremo, dijo Eduardo al oído á Alfredo: felizmente para los jóvenes, llegó Robineau y dijo:

de una divinidad? y aquel nombre era el que indicaba al jefe de la cocina el gasto que debía hacer... Bastaba que Lúculo nombrase el salón en donde quería comer, para que se supiese el número de platos que habían de servirle. Queriendo Neron sobrepasar á Lúculo hizo construir la famosa casa de oro para dar banquetes en ella. *Heliogábalo* escedió á Neron en la magnificencia de las comidas, en donde había tantos platos como letras tiene el alfabeto... Caballero, en vista de esto, convendréis en que ahora no sabemos comer... ¿Y qué diremos del emperador Claudio Albino, que se comía para almorzar quinientos higos, cien albérchigos, diez melones, cien becafigos, cuarenta ostras, y muchos racimos de uvas?... ¿Y



Mr. Ferulus dió en voz baja á Juanita instrucciones sobre el modo de calentar las camas. — Pág. 62.

—Señoras, si vds. gustan pueden pasar al comedor.

Cornelia se acercó á Alfredo y le alargaba el brazo como si estuviese distraída, pero Alfredo, sin observar la distracción de la señorita de la Pincerie, dió el suyo á las jóvenes con quienes había paseado. Entonces Cornelia tomó bruscamente el brazo que la presentaba Robineau: la cólera que la dominaba la hacía que se le estrechase con fuerza, y Robineau, trasportado de júbilo la fué diciendo por todo el camino:

—Soy el mas afortunado de los mortales.

Llegaron todos á la sala del banquete, que estaba adornada con festones, guirnaldas y divisas.

—Esto es muy bueno... dijo Mad. Gerard.

—Se asemeja á la casa de Berthelemont, añadió monsieur Berlingue.

—Este es el salón de Apolo, decía Ferulus con aire de satisfacción al introducir los convidados.

—¿El salón de Apolo? ¿qué quiere decir eso?... preguntó Mr. Berlingue, yo creía que Apolo no presidia los festines.

—¿Ignorais, caballero, que Lúculo tenía para sus banquetes muchos salones que cada uno llevaba el nombre

del emperador Maximino I, cuya ración diaria era sesenta libras de carne y doce azumbres de vino?... así fué que llegó á ponerse tan gordo, que los brazaletes de su muger le servían de sortijas...

Pero Mr. Ferulus observó que estaba hablando solo, porque todos se habían sentado á la mesa. Entonces corrió á ocupar el sitio que se reservara, entre el hermano del marqués de la Pincerie y Mr. Moulinet, en donde había encargado á los criados pusiesen los platos mayores, porque según dijo á Robineau, se encargaba de trinchar.

Habían llevado al comedor el gran sillón destinado para las solemnidades, pero Robineau se le cedió á monsieur de la Pincerie, que se colocó en él, lo que unido á su elevada estatura le hacía sobresalir por encima de las cabezas de los demás convidados.

—¡Dios mío!... ¡qué bien está mi padre ahí! dijo Eudoxia que había encontrado medio de sentarse junto á Eduardo; mientras Cornelia, sentada entre Robineau y Mr. Berlingue, ponía muy mal gesto durante toda la comida, porque Alfredo hablaba y se reía con dos señoritas entre quienes se hallaba colocado.

—Señora, dijo el caballero de Tantignac que estaba al lado de Eudoxia, yo asisti en una ocasion á un convite en que cada uno ocupaba un asiento proporcionado á su mérito: yo tocaba con la cabeza al techo: los criados tenían que servirnos con zancos.

—¿Quién quiere sopa?.... decia Mr. Ferulus como si hablase á sus discípulos; quién no tiene sopa...

—Ese es digno de Heliogábalo, dijo Mr. Berlingue.

—Señores, dijo Mr. de la Pincerie despues de haberse engullido dos platos llenos; espero haceros comer otra cosa mejor... Cuando haya concluido mi plan económico en que pruebo que ni para el caldo ni el cocido hay necesidad de carne, os haré comer sopas asombrosas.

—Espero que hoy no comeré en su casa, dijo Mr. Berlingue á su vecino.



Mad. Eudoxia de Hautmont.

—¿No tomáis nada, hermosa Cornelia? dijo Robineau mirándola con ternura.

—No tengo apetito, caballero.

—¡Ah!... lo mismo me sucedia á mí antes de ayer.

—Vuestro amigo Alfredo está muy alegre...

—Si, es muy chistoso... ¿quereis un poco de pechuga?...

—Bien.

—Mr. Ferulus, un pedazo de pechuga para la señorita de la Pincerie.

Ferulus tenía un modo de servir, que siempre se quedaba con los mejores bocados.

—¿Quién es ese caballero que trincha tan bien y que nos sirve tan mal? dijo un jóven á quien Ferulus no habia puesto todavia mas que patas, pescuezos y alones.

—Es un sabio.... un filólogo.... él es quien lo dirige todo en el palacio.

—Y segun parece, el que tambien se lo come todo...

—Posee diez lenguas.

—¡Ah! pues entonces no me estraña que engulla con tanta presteza.

—¿Quién ha colocado los convidados de este modo?... dijo la señorita Cornelia; me parece que asi no está bien arreglado.

—Mi bibliotecario se ha encargado de la distribucion: pero le previne me colocase á vuestro lado... sin eso to-

do me hubiera parecido fastidioso y malo... ¿no bebeis? he aqui un...

—¿Pues debe beber una señora y entender de vinos?

—Esa señorita tiene razon, dijo Ferulus llenando su vaso; el vino no conviene al bello sexo. *Mecenius* mató á su muger porque habia bebido vino; en tiempo de *Rómulo*, una muger que fracturó la cerradura de una bodega, fué condenada á morir de hambre...

—Caballero, dejadnos tranquilas con vuestros romanos, dijo Mad. Gerard: eran unos impertinentes si impedian á las mugeres hacer su gusto.... dadme de beber, caballero Gerard.

—Esa muger tiene las maneras de un hombre poco delicado, dijo Eudoxia volviéndose hácia Eduardo... tio, buscádmel el pañuelo que he dejado en el salon.

El tio abandonó á pesar suyo la mesa para buscar el pañuelo á su sobrina, y cuando volvió, Cornelia le envió á buscarla su ridiculo. Durante aquel tiempo, Mr. Moulinet se estasiaba con todo lo que comia, y decia:

—Teneis un cocinero escelente, señor de la Roca Negra...

—Es una cocinera, contestó Robineau: una muchacha de gran mérito... la que ha ganado el premio en el árbol de la cucaña.

—Ya conocemos una parte de su mérito, dijo Mr. Berlingue.

—En otro tiempo, esa jóven no hubiera quedado en la cocina, añadió Mr. Ferulus: el sultan *Osman* hizo vi-rey á un jardinero que plantaba muy bien las coles: *Antonio* dió la casa de un ciudadano romano á un cocinero, y *Enrique VIII*, rey de Inglaterra, elevó á un puesto honorífico á un marmiton que le habia asado en buen punto un javato.

—Seguramente, dijo por lo bajo Mr. Berlingue, este hombre se ha propuesto hacernos tragar la historia antigua.

—En materia de cocina, sin que parezca jactancia, dijo Tantignac, tengo una habilidad prodigiosa.... Vais á juzgar de ella. Un dia tres amigos míos vinieron de improviso á pedirme de comer, en una quinta aislada en donde yo habitaba: todos los criados se hallaban fuera, y no habia provision alguna en mi despensa: pues bien, ¿sabeis lo que imaginé?... tenia unos calzones viejos de ante que ya no me servian, y me propuse hacérselos comer á mis amigos. Los raspé, los limpié, los puse á cocer, é hice un guiso tan delicado, que mis convidados y yo tuvimos una comida escelente.

—No veo en eso nada de extraordinario, replicó Eduardo, que ya comenzaba á cansarse de las mentiras de monsieur de Tantignac: una vez, caballero, di de almorzar á un amigo pergamino viejo compuesto como pepitoria.

—Caballero, dijo burlándose Tantignac, permitidme que haga la observacion de que eso es un poco duro: el pergamino no se puede digerir.

—Caballero, contestó Eduardo, yo os he dejado comer unos calzones de ante, me parece que me debiais permitir desayunarme con pergamino.

La sociedad se rió mucho, y el caballero de Tantignac no volvió á hablar una palabra durante toda la comida.

Cornelia estaba muy disgustada, é incitaba en voz baja á Robineau para que acelerase la comida, bajo pretesto de que no era de buen tono el estar mucho tiempo en la mesa: pero Mr. Ferulus siempre encontraba alguna cita ú otro medio cualquiera para que los criados no se llevasen los platos. Sin embargo, llegaron los postres, y las señoras, que estaban impacientes por bailar, hablaban de marchar al salon. Ferulus se levantó, y dijo con tono solemne que todavia faltaba que recitar algo sobre un asunto que no podia menos de agradar á la concurrencia.

Guardaron todos silencio: el bibliotecario se bebió un vaso de vino de Madera para darse tono, y comenzó un elogio de Robineau, en que le comparaba á Saturno, á Sófocles, á Ciceron y á Bayardo. Los convidados se mi-

raban unos á otros y se mordían los labios. Solo el tío de las señoritas Pincerie se atracaba de bizcochos, para aprovechar aquel momento en que sus sobrinas le dejaban descansar.

Como Ferulus llevaba traza de no concluir tan pronto, se levantó un ligero murmullo. Robineau, que creía era una señal de aprobacion, bajaba los ojos con modestia, y decía á Cornelia:

—Se ha empeñado en cantar esos versos.... seguramente si yo hubiese sospechado que trataban de mí... no lo habria consentido.

—Pues bien, caballero, mandadle que calle, y pedid pronto el café.

En vez de pedir el café, Robineau pensaba en como podria pedir que se repitiese, como se lo habia prometido á Ferulus, pero ya una parte de las señoras se habia levantado de la mesa, las demas hicieron bien pronto otro tanto, los hombres se daban prisa á tomar el café para reunirse con ellas, y Ferulus advirtió que solo cantaba para el hermano del marqués, y aun éste fué llamado al instante por sus sobrinas para que las compusiese y no sé qué cosa.

—He aquí el fruto de una mala educacion, dijo para sí Ferulus: esas gentes se dan tono y no saben vivir... Vamos á cantar mis versos á Juanita... ésta los escuchará... ó dirá por que.

El salon de baile estaba adornado como para una distribucion de premios. Los músicos, sentados en unas gradas, tocaban de un modo que desgarraban los oídos, pero cuando se trata de bailar, las damas son indulgentes. Robineau abrió el baile con Cornelia: Alfredo estaba enfrente de ellos, lo cual dió emulacion á la señorita de la Pincerie, que marcaba todos los pasos con tanta exactitud, que Robineau exclamó: baila como un geómetra...

Eduardo no se cuidaba de bailar, porque en medio de tanta gente, de aquel bullicio, y de aquella animacion, tenia su pensamiento ocupado fuera del palacio, pero se vió precisado á hacer como los demas. La lánguida Eudoxia tampoco bailaba; la parecia aquella diversion demasiado viva para sus nervios, y con grande asombro suyo, Eduardo la dejó para invitar á una señora.

A pesar de la exactitud de sus pasos, Alfredo no convidó á la señorita Cornelia para la contradanza siguiente. La señorita de la Pincerie estuvo á punto de quedarse sin bailar, porque Robineau creyó que aquella vez debia sacar á otra: pero el tío estaba siempre allí para los casos urgentes: su sobrina le llamó, y bien pronto fueron los dos á colocarse en frente de Alfredo, delante del cual, Cornelia no hizo entonces mas que piruetas.

Estaban en la cuarta contradanza, cuando el ruido de un petardo anunció que iban á comenzar los fuegos artificiales.

—¡Cómo, ya!... dijo Robineau, es demasiado pronto. Francisco, id y decid á Ferulus que no principie todavía.

Pero Mr. Ferulus, para vengarse de que no habian querido escuchar su cancion, se propuso que el baile no durase mas que la comida, no aguardó el mensaje de Francisco para prender fuego á los soles y girandolas, y cuando el ayuda de cámara le comunicó las órdenes de su amo, le contestó: lo siento mucho, pero ya ha prendido el fuego y no puedo detenerlo.

Cuando los convidados vieron que continuaban los cohetes y demas fuegos, se decidieron á abandonar el salon y trasladarse al sitio del jardin, en donde aquellos estaban colocados. En el tumulto que produjo aquella precipitacion, cada uno se llevó las señoras que tenia á su lado: Eduardo fué uno de los primeros que se escabulleron para no verse obligado á dar el brazo á Eudoxia. Alfredo ofreció el suyo á una de las sobrinas de Mr. Moulinet: la señorita Cornelia, obligada á dejarse conducir por Robineau, y observando al fin que todos sus melindres no hacian ningun efecto en el jóven que poseia cien mil libras de renta, creyó que no era prudente dejar que Robineau fuese á ofrecer á otra sus homenajes: aceptó,

pues, su brazo con una sonrisa forzada, y se dejó llevar al jardin, fingiendo no observar que tomaba un camino diferente del que seguian los demas, y solo cuando llegó á un parage muy frondoso, le dijo:

—¿A dónde me llevais, señor de la Roca Negra?... sois verdaderamente un hombre cruel.

Al oir las palabras de hombre cruel, Robineau se arrojó á los pies de Cornelia, y la dijo:

—No sé lo que soy... pero si que os adoro... vuestras gracias... vuestro talento, vuestro modo de bailar, todo me subyuga... pero pongo á vuestros pies mi fortuna y mi corazon...

—Pues bien... veremos... pienso que... decidsele á mi padre...

—Pero vos, deliciosa Cornelia, ¿qué decis?...

—Yo... ¡Dios mio!... los fuegos continúan, y no estamos allí.

En efecto, los concurrentes solo llegaron para verlos concluir, pero en compensacion, la cocinera Cheval, Juanita, Cunette, Vicente y los marmitones, vieron los fuegos desde el principio y ocuparon los mejores puestos. Mr. Ferulus se frotaba las manos diciendo:

—Esto les enseñará á no marcharse cuando yo canto.

—Hubiéramos hecho muy bien en no dejar el baile, dijeron las señoritas.

—Parece que esos fuegos artificiales han sido únicamente para los lacayos, dijo Mr. Berlingue. El marqués de la Pincerie, que llegó con su hermano cuando todos se volvian, no queria comprender que la pólvora se habia quemado sin hallarse él presente, y para convencerle fué necesario que su hermano recogiese algunas varetas de cohetes y papeles quemados y se los llevase. La concurrencia volvió al palacio para comenzar otra vez el baile, pero cuando llegaron al salon ya habia desaparecido la orquesta. Al oir el ruido del petardo y de los cohetes, el ciego echó á correr y sus dos compañeros le siguieron. No era posible bailar sin música, y la fiesta tuvo que concluirse mucho antes de lo que se habia pensado.

Cada familia volvió á ocupar su carruaje. Como el caballo de Tantignac no habia vuelto todavía á buscar á su amo, el caballero pidió permiso para ocupar el décimo asiento en la tartana del fabricante de papel. La carroza de Mr. de la Pincerie recibió nuevamente á la noble familia: Mad. de Hautmont subió en ella de muy mal humor porque Eduardo no la habia dado la mano, ocasion que creia aprovecharia para pedirla el permiso de visitarla: en cambio Robineau casi llevó en brazos á Cornelia, y la dijo al oido: preparad á vuestro padre para que me escuche.

En fin, todos los carruages dejaron el palacio. Cunette cerró las puertas diciendo: Dios os bendiga: Vicente arrojó sobre la cama su librea. Alfredo, cansado del baile, del paseo y de las conversaciones de aquel dia, estaba contentísimo porque se iba á acostar: Eduardo deseaba quedarse solo y poderse entregar á sus pensamientos, y Robineau se volvió á su habitacion diciendo á Mr. Ferulus.

—Me parece que la fiesta ha sido bastante buena, y que hablarán de ella mucho tiempo...

—Dentro de cien años, monseñor, la citarán como un modelo que debe seguirse... solo que hemos estado pocas horas en la mesa...

—Y el baile ha concluido demasiado pronto... ¿sabeis cómo se han escapado esos canallas de músicos durante los fuegos artificiales?... ¿Quién diablos ha podido enseñar el camino al ciego?...

Mr. Ferulus no contestó nada, pero se volvió para ocultar una ligera sonrisa, y despues dió las buenas noches á Robineau que pensando en la soberbia Cornelia se decidió por fin á acostarse, porque siempre concluyen de ese modo, lo mismo los dias de placeres y de ventura, que los de penalidades y de trabajo.

CAPITULO XIX.

Amor y misterio.

Después de la visita del vagabundo, Isaura se había quedado triste y pensativa: lo que aquel hombre acababa de decirle con respecto á Alfredo y Eduardo, la hacía reflexionar en su situación. Creía que quizá habría obrado mal en conversar todos los días con los dos jóvenes, ¿pero podía impedirles que fueran al valle y que descansasen en su casa? La manifestaban una amistad tan tierna, y hacía tanto tiempo que no la hablaban de amor!... Es cierto que Alfredo había tratado algunas veces de abrazarla... ¿pero es acaso raro ver en el campo, el que un aldeano dé un beso á una joven?... Es verdad, también, que Eduardo la miraba con mucha ternura, que suspiraba y la apretaba la mano... pero probaba todo esto que estuviese enamorado de una simple aldeana...

Pasó la noche en aquellas reflexiones: al menor ruido que oía en el campo Isaura escuchaba con atención... temía una visita del extranjero: aquel hombre la inspiraba un sentimiento que no podía comprender; conocía que no tenía lo que ordinariamente suele interesar en un desgraciado: tenía ya miedo en su misma casa: las miradas que dirigía en derredor suyo no la tranquilizaban como antes: las tinieblas de la noche la producían cierta especie de terror: en fin, subió muchas veces á la parte mas alta de la casita, y abriendo la ventana que daba hacia la Casa Blanca, miraba largo tiempo aquel edificio sobre el que la luna esparcía una pálida claridad.

Después de pasar algunas horas en la ventana, Isaura fué á descansar, y al rayar el alba, condujo, según su costumbre, sus cabras á la montaña, diciendo para sí: —Sin duda vendrán... ¿Les contaré lo que me ha dicho el extranjero?... No... no debo hacerlo. ¡Me ha dicho que esos caballeros están enamorados de mí!... ¡Unos jóvenes de la corte, pueden amar á una montañesa!... No... solo por reírse aparenta Alfredo que le inspira amor... ¡Y Eduardo!... jamás me ha dicho que me ama...

Pero ya hacía mucho tiempo que había pasado la hora en que los jóvenes acostumbraban ir al valle, y no parecían: Isaura miraba con frecuencia el camino, y permaneció hasta mas tarde en la montaña: en fin, regresó tristemente á la casita, y allí aguardó todavía á los que la manifestaban tanta amistad.

—Ya no vendrán, dijo la joven mirando á la puerta. No... ya no vendrán hoy... y quizá mañana tampoco... No debo sentirlo, pues que hago mal en hablar todos los días con esos caballeros.

Y sin embargo, las lágrimas corrían por las mejillas de la joven, la parecía que estaba otra vez enteramente abandonada:

—Quizá han marchado de este país... decía; han marchado sin decirme adios... sobre todo él, que parecía sentía tanto dejarme... qué se sonreía conmigo... ¿Por que me habrá habituado á verle todos los días?...

La joven tenía razón: porque acostumbrar las gentes á la felicidad para apenarlas en seguida... Esto debería reflexionarse antes de seducir el corazón... pero entonces se piensa en otra cosa.

Trascurrió el día sin que los jóvenes llegasen: Isaura hacía cuanto podía por distraerse; iba de una parte á otra de la casita, y hablaba á sus gallinas, á su vaca y á Valiente, mas á pesar de todos sus esfuerzos tenía oprimido el corazón. La parecía que el tiempo trascurría con suma lentitud, y durante la noche, no siempre cerraba sus párpados el sueño.

Apareció, por fin, la aurora: la joven estaba ya levantada é iba á salir de la casita para dirigirse á la montaña, cuando oyó ruido á lo lejos... poco á poco se sentía mas cercano... la esperanza y el placer brillaron en los ojos de Isaura... Si, lo que se oye es el galope de un caballo... ya está mas próximo... la pastorecita mira al camino... acércase un hombre al escape... le reconoce... es él... el que se asombraba de no haber visto la víspera...

¿Puede engañarse una mujer cuando se trata de amor?...

Eduardo no había dormido la noche que siguió al día de la fiesta, y antes de rayar el alba ya estaba levantado y tenía ensillado el caballo. Alfredo dormía, y Eduardo no deseaba despertarle: sin embargo, era faltar á su promesa el ir sin él á ver á Isaura; pero el amor hace que se olviden los juramentos tanto como se olvida de sí mismo.

Pasados pocos minutos, Eduardo echó pie á tierra, ató el caballo inmediato á la casa, y corrió al lado de Isaura, que no pensó en ocultarle el placer que la causaba su presencia.

—¿Ya estais aquí?... le dijo, ¡ah!... creí que no volveriais mas...

—¿No volver mas, Isaura?... ¿no volveros á ver?... ¿puedo existir lejos de vos?...

Diciendo esto, Eduardo tomó las manos de la joven, las estrechó con ternura entre las suyas, y luego los dos se sentaron al pie de un árbol y se miraron largo tiempo en silencio. Pero es tan elocuente el lenguaje de los ojos...

—Ayer no vinisteis... dijo por fin la joven.

—No me fué posible... Había fiesta y mucha gente en el palacio que habitamos. Pero el día me pareció muy largo en medio de todo aquel bullicio, de aquellas personas que me eran de todo punto indiferentes; de aquellos placeres en que no podía tomar parte, pues que no pensaba mas que en vos... solo en vos, á cuyo lado me encuentro tan bien...

—También me ha parecido á mí muy largo el tiempo... he estado disgustada, y mirado muchas veces al camino por donde venís... me habeis acostumbrado á veros... y habeis hecho muy mal... porque al fin no permaneceréis siempre en este país... no os volveré á ver, y me parece que no seré tan dichosa como en otro tiempo....

—¡Querida Isaura!... soy yo... es Alfredo el que os causa esa zozobra... Hoy he venido sin él... arrostró su cólera, porque deseo saber lo que he de esperar. Si, os amo, Isaura: experimento por vos el amor mas vivo y verdadero... durante algun tiempo he procurado combatirle, pero conozco que me es imposible; conozco que este amor forma ya parte de mi existencia... ¿Por qué, pues, he de temer entregarme á él?... Soy libre, puedo disponer de mi voluntad, y si me amáis ¿quién pudiera oponerse á nuestra felicidad?... Mas para esto es necesario que me améis, y que me prefirais á Alfredo... Hablad... confesadme francamente lo que pasa en vuestro corazón... Isaura... vos ni quereis ni podeis engañarme...

Isaura bajó timidamente los ojos, y retiró su mano de entre las de Eduardo balbuceando:

—¿Con qué es verdad!... ¿con qué me amais!... no me ha engañado...

—¿Quién?...

—Ese pobre, ese extranjero que anda errante por nuestras montañas.

—¿Le habeis visto?...

—Si, antes de ayer, después que os marchasteis, vino á mi casa... le ofrecí que descansase, y permaneció largo tiempo... Me miraba de una manera tan extraña... ¡Ah!... no era como vos... porque en vez de causarme placer, me daba miedo...

—¿Os ha insultado ese miserable?...

—¡Oh! no... no... solamente me dijo... lo que acabais de decirme... que el amor era lo que os conducía á mi lado... después me preguntó á cual de los dos prefería...

—¿Y quién le ha facultado para preguntaros acerca de vuestros mas secretos sentimientos?... En cuanto le encuentre, sabré castigar su insolencia...

—Os suplico que no os incomodeis con él; ese hombre es desgraciado... dice que todo el mundo le abandona... es necesario no causarle nuevas penas... Sin duda me preguntaba por divertirse, porque no insistió en cuanto vió que me desagradaba.... No le direis nada, ¿no es así?...

—Cuán bondadosa sois... teneis razon; olvidemos á ese hombre... Querida Isaura, ¿me contestaréis á mi?... ¿me dejaréis leer en vuestra alma?...

—¿Y qué quereis que os diga?

—Que á quien preleris, si á Alfredo ó á mi

—¡Dios mio!... tengo suma complacencia en veros... á los dos.

—¿A los dos igualmente?...

La jóven se ruborizó, no sabia cómo confesar lo que sentia. Eduardo se aproximó á ella, la pasó suavemente el brazo en derredor de la cintura, y la dijo tiernamente:

—Si Alfredo no volviese á veros ¿lo sentiríais mucho?

—Me acordaria algunas veces de él... hablaríamos juntos de él... nada mas.

—Y si yo soy el que no vengo, ¿os consolareis del mismo modo conversando con él?

—Jamás... jamás... exclamó la jóven con un acento que salia del alma.

—¡Querida Isaura!... luego me amais...

Isaura levantó dulcemente sus hermosos ojos azules, miró á Eduardo con una espresion en que se retrataba toda su alma, y que no podia dejar la mas leve duda de que era él el dueño de su corazon. En su delirio, Eduardo la estrechó entre sus brazos y estampó un beso en sus labios... Al momento se oyó una risotada burlona. Los dos amantes volvieron la cabeza, pero no vieron á nadie.

—¿No habeis oido?... dijo Isaura con inquietud.

—Si... me parece... sin embargo, no veo á nadie por aqui... ¿Y qué nos importa el mundo?... ¿qué me hace el universo?... Me amais, querida Isaura... ¡Ah! esa seguridad es para mí el colmo de la felicidad... Me amais, sois huérfana, no dependeis de nadie... tambien yo puedo disponer de mi persona, y seré vuestro esposo... Si, seré digno de tantas gracias, de tanto candor... ¡Ah! conozco demasiado el mundo para estar persuadido de que no puedo encontrar nada que os sea comparable... y ademas vuestra educacion, vuestras maneras, no son las de una aldeana: cuando quiera presentaros en la sociedad, sereis su adorno... Pero, no, viviremos entre nosotros y para nosotros... para ser dichosos no necesitaremos de esos placeres estrepitosos que no conoceis... Mi fortuna es mas que suficiente para satisfacer todos nuestros deseos... Compraré una casa en una risueña campiña, y tendré sumo gusto en enseñaros yo mismo la música, el dibujo... de leer con vos esos autores célebres que iluminan nuestro entendimiento y estasian nuestro corazon: en fin, si mi inclinacion á las letras y al teatro me llevan otra vez á Paris, volveré á descansar en vuestros brazos de las fatigas de la ciudad. Este plan de existencia me promete la suerte mas venturosa... decidme que tambien hará vuestra felicidad...

Despues de escuchar algunos instantes á Eduardo, Isaura se quedó pensativa; sus ojos perdieron la espresion de placer que los animaba; parecia que cruzaban por su mente nuevos recuerdos y tristes reflexiones: Eduardo observó aquella mudanza, porque los menores sentimientos que experimentaba la jóven, se pintaban al momento en sus facciones.

—¿Qué teneis?... la dijo con inquietud; ¿os pesa que haya leído en vuestra alma... que sepa que me amais?...

—¡Ah! no, no es eso, contestó la jóven suspirando. ¿Por qué os habia de ocultar lo que sentia?... Siempre debe decirse lo que se piensa, ¿no es así?...

—Si, siempre.

—Pero quizá he hecho mal en amaros... Hubiera debido antes saber... sin embargo, no he procurado precaverme... ¡era tan dulce el placer que experimentaba al veros!...

—Pues bien, Isaura, ¿por qué ese pesar ahora que os juro amaros toda la vida, y cuando quiero daros el nombre de esposa?...

—De vuestra esposa... respondió tristemente la jóven dirigiendo sus miradas hácia la Casa Blanca. ¡Ah! si, entonces seria muy feliz... pero quizá eso no será posible.

—¿Y por qué no? ¿No sois huérfana?... ¿no estais sola en la tierra desde que perdisteis á los que os adoptaron?

Isaura permaneció algun tiempo sin responder, mas al fin dijo bajando los ojos:

—Si, soy huérfana, ya no tengo padres.

—Pues bien, ¿quién ha de oponer obstáculos á nuestra felicidad? ¿quién puede impediros el ser mia, el no separaros de mí?

Isaura parecia vivamente agitada: despues de mirar en derredor suyo con temor, alargó la mano, señaló con el dedo la Casa Blanca, y dijo en voz muy baja á Eduardo: no puedo alejarme jamás de ahí.

Eduardo se quedó como petrificado, y miró con sorpresa la casa que le señalaban: fijando luego sus inquietos ojos en la jóven, parecia aguardar una esplicacion, pero Isaura callaba.

—Pues qué, dijo al fin Eduardo, ¿jamás podreis alejaros de esa casa abandonada?... ¿qué poder irresistible os obliga á permanecer cerca de esa habitacion?

—No puedo decirlo, respondió Isaura á media voz.

—¿Qué misterio, que obstáculos son esos que me ocultais?... teneis conmigo secretos... cuando quiero consagraros mi vida y unirme á vos con lazos indisolubles.... ¡Ah! por piedad os suplico que no me oculteis nada... hablad...

—No puedo hablar... perdonadme os dé este disgusto... sino dependiese mas que de mí...

—Querida Isaura, ¿es alguna promesa, algun juramento que habeis hecho á vuestra madre adoptiva?... Quizá os mandó que no abandonaseis jamás estas montañas... ¿pensais que si vuestros padres existiesen desaprobarian mi amor?... Esa casa que me señalais de una manera tan misteriosa, se halla deshabitada hace largo tiempo... no os pertenece, pues si he de creer á lo que me han referido, vuestro padre adoptivo la vendió poco tiempo despues de haberos llevado á la suya, y segun decis, no podeis alejaros de ella... Vamos, convenid en que en eso hay alguna niñeria, alguna promesa inconsiderada... Confesádmelo todo, y bien pronto os probaré que sois dueña de disponer de vuestra suerte.

—¿Dueña de disponer de mi suerte! respondió con viveza la jóven: ¡ah! no, no lo soy...

—¿Pues de quién dependeis? la dijo Eduardo; ¿quién tiene derecho sobre vos?

Isaura guardó silencio y bajó los ojos. Eduardo se puso encarnado; mil sospechas acababan de renacer en su ánimo; al amor que brillaba en sus ojos, sucedió la desconfianza y el despecho. El jóven se levantó, se apartó algunos pasos de la pastorcita, que permaneció sentada al pie del árbol, y despues dijo con un tono que procuró hacer indiferente:

—Pues bien, señorita, puesto que no me juzgais digno de vuestra confianza, no me permitiré ninguna pregunta. Creia poseer vuestro amor... esperaba hacer vuestra felicidad... me he equivocado... procuraré olvidar todos mis proyectos...

La jóven no contestó nada. Eduardo se alejó de ella algunos pasos mas, pero sorprendido de su silencio volvió la cabeza para mirarla otra vez... El hermoso rostro de Isaura estaba bañado en lágrimas que brotaban con abundancia sus ojos... Al verlas, Eduardo volvió con presteza á su lado, se arrojó á sus pies y la cubrió las manos de besos diciéndola:

—Llorais... ¿y yo soy la causa de vuestro llanto?... Perdonadme, querida Isaura, disimuladme unas sospechas injustas...

—¿Pensais que no os amo?... respondió la jóven sollozando.

—¡Os he afligido!... ¿no soy demasiado feliz con ser amado de vos? ¡Cuánto me arrepiento de haber hecho correr vuestras lágrimas!... ¡Ah! en adelante no procuraré conocer vuestros secretos... ya no os volveré á hacer ninguna pregunta... ¡Me amais!... ¿qué mas puedo ya pedir?

—¡Oh! si... contestó Isaura dejando escapar una son-

risa que brillaba entre sus lágrimas, os amaré siempre... porque yo no creo que se pueda variar. Perdonadme que no os diga todo lo que me concierne.... Bien quisiera, pero ese secreto no me pertenece. Algun día no los tendré para vos, y de aquí á algun tiempo sin duda... sabré si puedo ser vuestra esposa. . si me es permitido seguir por todas partes... En cuanto á mi corazón, es vuestro... sabéis muy bien que no puedo ya quitárosle.

La amable niña estrechó con ternura la mano de Eduardo, y no temió manifestarle todo el placer que experimentaba en amarle: Eduardo no pensó en abusar de su confianza, porque la amaba de veras. Los momentos pasan con rapidez suma entre amantes que todavía no se lo han concedido todo; Eduardo advirtió que ya era tiempo de regresar al palacio, y se arrancó con harto disgusto del lado de la que amaba, diciéndola con ternura:

—Hasta mañana.

—Hasta mañana, respondió Isaura, pensad que me habeis acostumbrado á veros, y que lejos de vos el tiempo me parece muy largo: ahora que ya os he confesado que os amo, quisiera repetiroslo á cada instante.

Eduardo tomó la mano de la joven, la colocó sobre su corazón, y la dijo:

—Plegue á Dios que dentro de poco no me vea obligado á dejaros.

Volvió á montar á caballo, dirigió con la mano el último adiós á Isaura, que estaba en el umbral de la puerta de la casita, y volvió á tomar el camino del palacio. Mas á pesar suyo, no pudo menos de mirar á la Casa Blanca: aunque habia prometido á la joven no molestarla acerca de lo que le ocultaba, ni concebir injustas sospechas, su corazón se oprimía al mirar aquella habitación abandonada, y decia entre si suspirando:—¿Cuál es el motivo que la impide alejarse de estos sitios?...

CAPITULO XX.

Proyectos de himeneo.

Al levantarse al día siguiente de la fiesta, Alfredo fué á buscar á Eduardo á su cuarto, y no encontrándole en él, como tampoco en el palacio ni en el jardín, no dudó, que con desprecio de su convenio habria ido á ver á Isaura. Estaba furioso, maldecia su sueño, y estaba resuelto á montar á caballo é ir á buscarle á las montañas. Pero pensó que estaba ya muy avanzada la mañana, y que Eduardo, que haria mucho tiempo habia marchado, volveria pronto: decidióse, pues, á aguardarle para entrar en esplicaciones con él cuanto antes.

Mientras Alfredo se paseaba con impaciencia en la galeria que daba al campo, Robineau, que acababa de levantarse, se esmeraba en componerse, y luego, adelantándose con aire de satisfaccion hácia el joven baron, le dijo sonriéndose:

—Buenos días, querido Alfredo.

—Buenos días, le contestó éste bruscamente continuando su paseo con precipitados pasos.

—¡Pardiez!... me alegro mucho de encontrarte ahora, lo cual es muy raro, pues tú y el poeta por lo regular os levantais antes que *Fébo*. ¡Eh!... ¡eh!... con ese diablo de Ferulus se adquiere la costumbre de no hablar mas que por imágenes... pero vamos á lo que quiero decirte... ¿me escuchas, Alfredo?...

—Si, si, ya te escucho, habla.

—Pues bien, amigo mio, te diré que en el día de ayer, he... á propósito, ¿qué tal te pareció el día de ayer? No me has dicho nada de mi fiesta: estuvo bien, ¿eh?...

—Si, excepto los versos de Mr. Ferulus, el queso de los gladiadores y el trasero de tu criada Cheval, estaba muy bien.

—¿Qué quieres!... esos son accidentes imprevistos.... Sin embargo, Mr. Berlingue me aseguró que eso habia hecho la fiesta mas picante. En fin, querido Alfredo, en ese día he fijado definitivamente mi eleccion.

—¿Para qué?

—¿Cómo que para qué? para casarme; nada mas que para eso. Seguramente me hace falta una muger. Cuando uno ocupa cierto rango... y posee un palacio... y luego mi corazón ha hablado... ¡oh! ha hablado de una manera extraordinaria. Jamás he estado enamorado de ese modo; verdad es que jamás he encontrado á mi disposicion un objeto tan seductor... Apuesto á que lo has adivinado, Alfredo, y advertido nuestra inteligencia: te confieso que no podia contenerme... Dime, Alfredo, ¿qué estás mirando por la ventana?

—Te escucho, te atiendo... habla.

—Pues bien, querido amigo, la señorita Cornelia de la Pincerie es la que me ha fijado; será mi esposa, si como espero, su padre, el señor marqués, no pone algun obstáculo á este himeneo.

Alfredo se apartó de la ventana, y se aproximó á Robineau diciéndole:

—¿Es con la señorita Cornelia, aquella joven alta, con quien abriste el baile, con la que te quieres casar?

—Justamente, amigo mio.... es encantadora, ¿no es así?...

—Si, no me parece mal.

—¿Y cómo baila!... ¿eh?...

—Si, pero uno no se casa para estar siempre bailando: escucha, Robineau...

—Ya te he dicho que no contesto por ese nombre.

—Pues bien, Julio, Roca Negra ó como quieras. Escúchame. Eres un buen muchacho, aunque la fortuna te haya vuelto un poco la cabeza y quieras hacer el señor, hemos estado juntos en el colegio, y verdaderamente sentiria verte algun día desgraciado...

—Qué diablos de preámbulos...

—Gastas mas de lo que tienes de renta... tu herencia vuela... pero, en fin, pues que te diviertes, te lo perdono... mas créeme, amigo mio, no te cases con Cornelia, porque entonces no te divertirás mucho tiempo.

Robineau se mordió los labios con disgusto, y respondió:

—Querido Alfredo, no se necesitaban tantas frases para venir á parar á eso. ¿Qué no me case con la señorita de la Pincerie?... Confieso que por el contrario crei que ibas á felicitarme por mi buen gusto. ¿Y por qué no debo casarme con ella?...

—Porque esa muger no te conviene de modo alguno.

—La prueba de que me conviene, es que la adoro.

—¿Lo piensas así?... tambien adorabas á Fifina, y la dejaste sin pesar...

—Fifina... ¿de quién diablos me hablas?... amigo mio, te suplico que no vuelvas á pronunciar ese nombre.... Si la familia de la Pincerie supiese... Comprendo muy bien que un joven es dueño de divertirse.... pero es igual... Es una familia de costumbres muy severas... y eso podria perjudicarme.

—Veo que amas á la señorita Cornelia, pero ella no te corresponde... si se casa contigo es por tener marido... y nada mas.

—¡No me ama! exclamó Robineau; querido Alfredo, te creia con mas tacto y discernimiento. ¿La señorita de la Pincerie no me ama?... no, me adora... y á Dios gracias, ayer me dió pruebas de ello... el mas amable abandono... los apretones de manos... los suspiros... movimientos nerviosos... está loca por mí.

Alfredo se encogió de hombros, y dijo:

—Puesto que aseguras te adora, sea en buen hora; me habré equivocado: pero esa muger es de tanta edad como tú: lo menos tiene veinte y ocho años.

—No, no, solo tiene veinte y siete y medio; los cumplió el mes pasado.

—¿Y la fortuna?... eso es importante; ¿qué dote tiene?...

—¿Dote! tiene mil cosas... en primer lugar, esperanzas magnificas: en segundo, lo que su padre consiga de gobierno por los planes de economia rural que debe enviar inmediatamente al ministerio: ademas todo lo que la deje su tío, que debe ser nombrado sub-prefecto este

año y el que viene, lo cual no se le puede escapar; y en fin, un bueno y lucrativo empleo que el marqués promete conseguir á su yerno.

—¿Y hace cincuenta años que no puede colocar á su hermano!...

—Eso no prueba nada: además, amigo mío, te confieso que no me ocupo del dote como un comerciante de la calle de San Dionisio... registrar una muger... ¡y una muger como la señorita la Pincerie!... Quitá allá... Me parece que el honor de entrar á formar parte de semejante familia debe apreciarse en algo.

Alfredo tomó la mano de Robineau, y le dijo con grande sangre fría:

—Amigo mío, te lo repito, si llevas á efecto ese enlace, harás una tontería.

Robineau se puso encolerizado como un pavo, y soltó la mano de Alfredo diciendo:

—Amigo mío... en materia de tonterías no tengo necesidad de tus consejos... Yo no cortejo pastoras, pero me casaré con quien mejor me parezca.

—Cásate con el demonio, si quieres... dijo Alfredo sacudiendo bruscamente de la galería.

—No me casaré con el diablo, pero sí con la señorita Cornelia, dijo Robineau, dirigiéndose con aire resuelto hacia el patio. ¡Ah! con que no me ama... con que voy á hacer una necedad... dijo entre sí, corriendo á la cuadra. Ya comprendo lo que es... pardiez... bien fácilmente se adivina. El caballero Alfredo quiere quitarme á la señorita de la Pincerie y por eso procura disuadirme del himeneo... pero la astucia es demasiado grosera. Para quitarle toda esperanza, corramos á casa del marqués, y no le dejemos hasta que me haya prometido la mano de su hija.

Robineau llamó al cochero y al jockey, y los mandó pusiesen el carruaje: Mr. Ferulus llegó entonces á informarse de la salud del señor de la Roca Negra, y á prevenirle que el desayuno estaba preparado. Robineau reflexionó que sería conveniente almorzar antes de ir á pedir al marqués la mano de la señorita Cornelia, y acompañó al bibliotecario al comedor: mientras almorzaba le dijo:

—Mr. Ferulus, voy inmediatamente á casarme.

Mr. Ferulus hizo un gesto, porque la vida que se pasaba en el palacio le gustaba mucho, y preevió que una ama perjudicaria en gran manera la importancia de sus funciones, y que ya no podría arreglar los pormenores de la cocina, ni fijar el tiempo que habian de durar las comidas. Sin embargo, como Robineau lo habia dicho con tono decidido, y se leía en sus ojos que aguardaba plácemes, Mr. Ferulus procuró convertir su gesto en sonrisa, y dijo con voz meliflua

—Monseñor, el matrimonio es una institucion que se remonta á los tiempos mas remotos de la antigüedad: siempre ha habido bodas aunque no se conocian vicarias ni notarios. El casarse es seguir la voluntad de Dios, y porque no querian casarse, fueron quemados los habitantes de Sodoma. Casaos, pues, monseñor; los grandes hombres siempre han tenido una inclinacion decidida al himeneo. Hércules se casó en una sola noche con las cuarenta y nueve hijas de Thespias, rey de Beotia... y si hemos de creer á Dion Casio, César mandó expedir un decreto que le declaraba marido de todas las mugeres de Roma, cuando lo tuviese por conveniente. ¡Qué hombres César y Hércules!... Ahora no se permite casar mas que con una muger, y bien meditado, me parece suficiente. Puedo saber, monseñor, ¿cuál es la afortunada en que habeis fijado los ojos?...

—La hija menor del señor marqués de la Pincerie, joven alta y esbelta, que se llama Cornelia, y que en la mesa estaba á mi lado.

—¡Ah!... ya sé, monseñor; ya sé... una figura antigua... un perfil griego... una estatura de Antigone... posturas académicas... y un modo de espresarse elegante y gramatical... Os felicito, monseñor, es la mas hermosa de la fiesta.

—Querido Ferulus, dijo Robineau estrechando afectuosamente la mano á su bibliotecario; sea en buen hora éste me dice lo que piensa, porque la pasion no le ciega.

—Apruebo vuestra eleccion, monseñor; haré mas, la cantaré en versos *jámicos*, *hexámetros* y *pentámetros*.

—Está muy bien, querido Ferulus; voy á avistarme con el señor marqués de la Pincerie, porque ya conoceréis que no quiero dilatar este negocio... Pudiera otro anticipármese, y no encontraria consuelo... el caballo está enganchado, y marchó á Saint-Amand: espero decir á la familia á que venga á pasar aqui algunos dias antes del matrimonio.

—Id, monseñor, dijo Ferulus, acompañando á Robineau hasta el carruaje; y cuando le vió alejarse añadió, id á buscar una muger, pues que tanto os urge el casaros... Sin embargo, me parece que la casa está montada bajo buen pie, y que no nos falta nada de lo que necesitamos. Es igual, aparentemos que nos complace en extremo ese himeneo, y hagamos versos para toda la familia de la Pincerie.

Alfredo habia dejado á Robineau para ir á la pradera, en donde se paseaba con agitacion esperando á Eduardo. En fin, llegó éste, y Alfredo le salió al encuentro.

Eduardo dejaba sueltas las riendas sobre el cuello del caballo. Ocupado enteramente en Isaura, en su amor, y en la Casa Blanca, que ya oponia obstáculos á sus planes de felicidad, no miraba en derredor suyo ni se creia tan cerca del palacio. De repente oyó una voz que le gritaba: Deteneos, echad pie á tierra, quiero hablaros...

Eduardo se estremeció al oír aquella voz que no le era desconocida, pero en aquel momento parecia alterada por la cólera. Levantó la cabeza y vió enfrente de él á Alfredo, pálido, inmóvil, aunque se advertia su agitacion en sus facciones. Eduardo se apeó del caballo, y le dejó suelto para que se fuese, como lo hizo, á su cuadra. Los jóvenes se hallaban á la entrada de un camino con árboles en sus orillas: Alfredo salió de él, é hizo señas á Eduardo de que le siguiese: Alfredo se detuvo en un sitio un poco mas apartado, y su amigo guardó silencio esperando que su compañero comenzase la conversacion cuyo objeto adivinaba.

—¿Venis de ver á Isaura?... dijo por fin Alfredo.

—Sí, la acabo de dejar en este momento.

—¿Así cumplis vuestra promesa?... ¿No os acordais ya de nuestro convenio?... Yo tambien he tenido deseos de ir cien veces sin vos á la montaña, y encontrarme solo con la joven... pero he sabido resistir á mis impulsos por temor de faltar á mi palabra... y vos...

—Alfredo, he hecho mal, lo confieso... pero el amor que tengo á Isaura es tan violento, que no he sido dueño de resistir...

—Decid que menos delicado que yo os habeis burlado de mi buena fé...

—Alfredo, te suplico que me escuches... no creas que es un simple capricho el que experimento por Isaura...

—¿Y quién os ha dicho que no la amo tanto como vos?... para haceros amar empleais los suspiros, la melancolia... Yo obro mas francamente: me declaro... no oculto mi amor...

—Pero, en fin, Alfredo, esa joven no puede amarnos á ambos... y si... no te prefiriese...

—Os entiendo, contestó Alfredo con despecho... Esta mañana hallándoos solo con ella habeis aprovechado el tiempo, y no habeis omitido nada para adquirir ventaja sobre mí... y pensais que con solo esa confesion voy á retirarme y á cederos mi conquista... permitidme que dude un poco de vuestro triunfo, y que pruebe á ver si soy tan afortunado como vos... Iré á ver solo á Isaura, y quizá esa altiva belleza se muestre menos desdeñosa conmigo.

—No sé cuales son vuestros proyectos, caballero, mas puesto que me obligais á deciroslo, si, Isaura me ama, me prefiere... acaba ahora mismo de confesármelo.

—En verdad que me haceis el mismo efecto que Robineau, cuando un momento hace vino á decirme que le

adoraba la señorita de la Pincerie. Estos caballeros se persuaden que todas les adoran... Sin tanto amor propio, me permitireis que piense que también puedo agradar... Veré á Isaura, que es mas coqueta de lo que me habia figurado... y os prevengo que me esforzaré en hacerme adorar.

—Por mas que digais, yo no confundo á Isaura con las coquetas que hemos conocido... y no temo que olvide sus juramentos.

—¡Ah! con que os habeis hecho juramentos... Cuando yo decia que habiais aprovechado el tiempo... He ahí que esa rara virtud se rinde á la primera conferencia...

—¿Qué se rinde?... pues que, Alfredo, ¿podriais creer?...

—No penseis ya engañarme.

—Alfredo, os juro...

—No creo los juramentos de un hombre que acaba de faltar á la delicadeza.

—Alfredo...

—Si, si, lo repito, y si esto os ofende, decid una palabra, estoy á vuestras órdenes.

Eduardo y Alfredo guardaron silencio por algunos instantes. Pero Eduardo pensó que era mas feliz que su amigo, pues le amaba Isaura: pensó en la pesadumbre que debia sufrir el que no habia sabido conmover el corazón de la joven montañesa: entonces se aplacó su cólera, compadeció á su rival, y acercándose á Alfredo le agarró la mano, se la estrechó con ternura, y le dijo:

—¿Podrias batirte conmigo?

Alfredo estaba conmovido, pero procuró dominarse y respondió:

—Cuándo se ha ofendido á uno, ¿no debe dársele una satisfaccion?

—¿Pero yo podria ofenderme por una palabra que te inspiró la cólera y que tu corazón desapruueba? ¿No debe perdonarse algo á un amigo?... ¿Para qué serviria la amistad, si no para ser indulgentes con aquellos á quienes amamos?

—¡La amistad!... ya no creo en la vuestra...

—Alfredo, no tengo que deciros mas que una cosa.... quiero que Isaura sea mi esposa.

—¡Vuestra esposa!... exclamó Alfredo con sorpresa, vuestra esposa... esa joven aldeana...

—Si, estoy firmemente resuelto á ello... ¿Me perdonarás ahora la preferencia que me concede sobre ti?...

—Si en efecto quereis hacerla vuestra muger, respondió Alfredo, despues de un momento de silencio, debeis llevárosla, porque te confieso que yo jamás he tenido esa intencion... Pero se me hace muy difícil creer... en fin, yo sabré asegurarme de la verdad.

Alfredo volvió á tomar el camino del palacio, y Eduardo hizo lo mismo, pero ya no se hablaban.

CAPITULO XXI.

Conversacion de criados.—Alfredo y el vagabundo.

Al dia siguiente, al rayar el alba, reinaba cierta agitacion entre los criados del palacio; estaban reunidos en el patio y hablaban con mucha animacion: uno de los que peroraban era el conserge, que al parecer arengaba á los demas.

—Os repito que eso no puede ser nada, decia Cunette gesticulando de una manera dramática: hace quince años que soy conserge de este palacio, y jamás ha pasado en él nada extraordinario.

—No sé si es extraordinario, contestó el jockey, pero os digo que he visto una luz... Ya sabeis que volvimos tarde de la ciudad con el señor: luego limpié el caballo, coloqué el carruaje y cené: en fin, ya era muy tarde cuando me acosté. Como hacia buena noche y no tenia ganas de dormir, me asomé á la ventana, y miré por casualidad á la torre de enfrente, que llamais del Norte...

—Nadie habita en ella, contestó Cunette, porque mon-

señor ha creido que se encuentra en mal estado, y que no merecia componerse puesto que hay suficientes habitaciones.

—Pues bien, si nadie habita en ella, yo os digo que anoche á las once, es decir, muy cerca de media noche... he visto una luz en una de las ventanas mas altas.

—¡Dios mio!... dijo Juanita, ¡á media noche!... esa es la hora de los aparecidos, ¿no es así, señora Cheval?

—Pues qué, respondió la cocinera, os parece que yo creo en aparecidos. Esas son invenciones para causar miedo... en caso de que fuese algo, serian ladrones que vendrian á llevarme las gallinas.

—¡Cómo! dijo Francisco acercándose á los otros criados, ¿hay tambien espíritus en este palacio?..

—No, señor Francisco, respondió el jockey, no se trata de espíritus, si no de una luz que vi á noche en la torre en donde nadie habita.

—Seria un rayo de la luna que tuvisteis por una luz, dijo Cunette; yo, como conserge, respondo de que no ha entrado nadie sospechoso en el palacio.

—Pues, si es un aparecido, dijo Juanita, ¿habia de entrar por la puerta?

—Observad, prosiguió el conserge, que Benito dice que vió la luz en lo alto... en aquella ventana... justamente en donde están las armas... ¿Qué habia de ir á buscar allí un ladrón, pues no hay mas que unas cuantas espadas llenas de orin?

—Pero ¿y si no es un ladrón?

Vicente que hasta entonces no habia hablado, se acercó con aire misterioso, y dijo:

—Hijos mios, todo eso me recuerda alguna cosa de que ya no me acordaba... y que podia tener relacion con lo que Benito ha visto.

Todos los criados se agruparon en derredor de Vicente, y le miraban con curiosidad: el hortelano prosiguió:

—Hace cinco ó seis dias... no me acuerdo á punto fijo cuando fué, pero si que era de noche é iba acostarme; recuerdo que al dia siguiente necesitaba el azadon grande para trabajar en la huerta. Ya sabeis que yo guardo mis herramientas en una choza que está al extremo del paseo grande á mano izquierda.

—Si, si.

—Pues bien, dije para mí. Vamos por el azadon: salí de mi cuarto y me dirigí al jardín: me hallaba á la mitad del paseo, cuando sentí pasos delante de mí...

—¡Dios mio! me da miedo, dijo Juanita acercándose á uno de los marmitones.

—Yo, prosiguió Vicente, creí que seria alguno de los señores de casa, y me paré para dejarle pasar quitándome el sombrero: pero nada, se detuvieron tambien, y en vez de venir hacia mí, retrocedieron. Aquello no me pareció bien, y grité: ¿quién anda ahí? Pero no me contestaron y comenzaron á andar mas de prisa... quise seguir al que huía, pero tropecé con un tilo, y despues buenas noches, ya no oí nada.

—¡Eso es asombroso!...

—¡Bah! quizá seria nuestro amo que se paseaba.

—Jamás va solo por la noche á los jardines.

—Será preciso preguntárselo mañana á esos caballeros.

—Pues dormi muy bien, y no me he vuelto á acordar de semejante cosa.

—Es necesario preguntar qué es eso á Mr. Ferulus, que es un sabio, un hombre que lo sabe todo, y nos dirá si debemos ó no tener miedo.

Mr. Ferulus atravesaba justamente por el patio con unos versos en la mano, que acababa de componer para la futura de Robineau, y que pensaba presentar á éste al tiempo de desayunarse. Se acercó para saber el motivo de aquella reunion, y entonces le participaron lo que Vicente y Benito acababan de contar.

Mr. Ferulus escuchó con atencion meneando á menudo la cabeza: cuantas veces fruncia las cejas, Juanita y el jockey decian:

—Mirad, tambien se asusta.

En fin, Mr. Ferulus despues de reflexionar largo tiempo, dijo á Benito.

—¿Estás seguro de que era una luz la que viste en la torre?

—Si señor; en primer lugar iba y venia; para que fuese la luna, hubiera sido necesario que viese... que viese... que... que...

—Que yo viese... atiende al plusquam perfecto del subjuntivo.

—Señor, yo no os digo que he visto un plusquam perfecto, si no una luz.

—¿Qué fatalidad es el tener que tratar con ignorantes! dijo para sí Ferulus. Y vos, Vicente, ¿estais seguro de que habia un hombre en el jardin?



La hermosa Cornelia de la Pincerie acompañada por su tío.

—Seguro... es decir, un hombre ó una muger, no puedo afirmar el sexo... pero era alguien, pues que andaba y corria delante de mí.

—Quizá seria un conejo.

—Un conejo, con clavos en los zapatos.

—Eso me parece bastante singular, dijo Mr. Ferulus.

—¿Os parece que eso es extraño, dijo Juanita, y qué debemos tener miedo?

—No digo eso; las cosas que nos parecen maravillosas desde lejos, suelen ser muy naturales examinadas de cerca... Las hay tambien que pierden mucho si se ven de cerca. Pero antes de decidir acerca de esto, seria conveniente que yo mismo me persuadiese de la verdad, porque *pluris est oculatus quam auriti decem...*

—Ya lo veis, dijo Cunette, eso quiere decir que son tonterias, y que vosotros lo habeis soñado.

—No, no quiere decir eso, respondió Ferulus: queriendo Cunette, no traducis literalmente. Creo, que *primo* ó hay algo ó no hay nada. He ahí mi principio, y parto de él, porque siempre es necesario partir de alguno.

—Pues bien, dijo la señora Cheval, yo aseguro que no hay nada, y que tendrán miedo de su sombra...

—Señora, respondió Juanita, el señor, que es un sábio y que ya me ha enseñado á mí muchas cosas...

—Bueno, Juanita, eso es para *inter nos*, dijo Ferulus tirando del brazo á la jóven; no os salgais de la cuestion.

—Pues bien, señor, decidnos claramente si hay aparecidos ó no.

—Si, eso es, dijeron los demas criados; así sabremos á qué atenernos.

—Hijos míos, contestó Ferulus despues de sacar el pañuelo y sonarse: la pregunta que me haceis es espionosa. *Hipócrates* dice si, y *Galeno* dice no.

—No preguntamos la opinion de *Pozrates*, dijo la de Cheval, la que queremos oír es la vuestra.

—Mi querida cocinera, no me interrumpais si gustais: quereis saber si ha habido, si hay, y si debe creerse en aparecidos. Ya está sentado el principio y parto de él. Embarco mi respuesta en la galeota de mis labios para surcar el proceloso mar de vuestra atencion, y llegar por fin al afortunado puerto de vuestros oídos.

—Bien, señor, si no hablais en otra lengua, jamás os comprenderemos, dijo Juanita.

—Es cierto, Juanita; me dejo arrastrar por mi elocuencia, y olvido que debo descender á vuestros alcances. ¿Debe creerse en los aparecidos?... San Agustin pretende que es temeridad negar el enlace intimo de los demonios con las mugeres; pero Montaigne dice que es necesario dar á los mágicos *elébora* y no *cicuta*... Por lo que á mí hace, no creo en las cosas sobrenaturales.... pero, si embargo, no soy pirrónico, ni de esas gentes que dudan de todo... Segun ellos, Jérges no entró en la Grecia con cinco millones de hombres, ni azotó al mar: una loba no fué la nodriza de Rómulo y Remo: Mucio Scévola no puso su brazo altivamente para ser quemado: no creen en el fantasma que se apareció dos veces al segundo Bruto, ni en el *labarum* que el grande Constantino vió en los aires... Sé muy bien que todo esto es extraordinario.... pero en el momento en que pertenece á la historia... ¡oh! entonces, como dice Virgilio: *Felix qui potuit rerum cognoscere causas!* He aquí, amigos míos, mi opinion acerca de los aparecidos: os invito á que os arregleis á ella. Por lo demás, no me parece conveniente inquietar todavía á monseñor por eso.

Y diciendo estas palabras, Mr. Ferulus se alejó para ir á presentar sus versos á Robineau: los criados, que nada comprendieron, se separaron conservando cada uno su opinion.

Eduardo no tardó mucho en dejar su habitacion. Ya hacia largo tiempo que habria salido del palacio, si no hubiese creído oportuno aguardar á Alfredo para ir con él á ver á Isaura. Esperaba probarle de aquel modo que no pensaba influir en los sentimientos de la jóven, y que solo seguia los impulsos de su corazon. En fin, aunque venturoso con la preferencia que habia conseguido, Eduardo, que profesaba á Alfredo la mas tierna amistad, quisiera que su triunfo en amor no le hiciese perder su amigo.

Trascurria el tiempo, y Eduardo, que ardía en deseos de volver á ver á Isaura, se admiraba de la lentitud de Alfredo. Presentóse éste al fin, mas al ver á Eduardo se arrugó su frente y se pintó en sus facciones una expresion de disgusto.

—Te aguardaba, dijo Eduardo saliendo á recibir á Alfredo y alargándole la mano; pero éste la retiró al momento contestando con frialdad: ¿para qué me aguardabais?

—Para marchar contigo... para ir juntos á ver..... á Isaura.

—¿Juntos!... dijo Alfredo con tono irónico, me parece que ya no hay necesidad... y que cada uno es dueño de hacer lo que quiera... marchad, no os detengais... yo iré solo al valle.

—Alfredo, todavía estás resentido conmigo.... dijo Eduardo entristecido.

—No, lo sentiria muchísimo... sois tan franco en vuestra conducta... ¿Y cuándo os casais con Isaura?

Eduardo calló y se quedó como embarazado.

—¿Con que no contestais?... prosiguió Alfredo con ironia: cuando uno está enamorado y seguro de ser amado, no veo un motivo para que dilate su dicha... los dos sois

libres, nadie se opondrá á que forméis esos dulces lazos... ¿Teneis ánimo de ocultar ese himeneo, de hacer de él un misterio?... vos que despreciais las preocupaciones del mundo...

—No, señor; si me caso con Isaura, no lo ocultaré... no temeré en llamarla en alta voz mi esposa...

—¡Si os casais con ella!... Parece que hoy ya no estais tan decidido como ayer... Verdaderamente, Eduardo, me suponeis bien necio ó demasiado crédulo para que yo creyese en vuestra astucia, que habeis empleado con el objeto de alejarme enteramente de la niña... Si, es



He estado mucho tiempo en Turquía: mi médico me lo mandó: Tantignac, me decía, tienes demasiada salud: cómprate un serrallo, si no eres hombre perdido. — Pág. 68.

muy linda, convengo en ello, pero sabeis como yo, que no está uno obligado á casarse con todas las mugeres bonitas, y cuando se trata de una aldeana sencilla á quien es tan fácil trastornar la cabeza... jamás creería...

—Tanto peor, caballero, si pensais que no es posible fijarse en la que reúne todo lo que puede hacer nuestra felicidad. Os he dicho francamente cuales son mis intenciones... no puedo obligaros á que me creais... pero espero que bien pronto os convencereis de que no os he engañado.

Eduardo se separó entonces de Alfredo, y montando á caballo salió solo del castillo.

Alfredo se quedó algunos momentos pensativo: no sabia qué partido tomar. Isaura le parecia encantadora; su amor propio estaba picado, y le costaba mucho abandonar tan fácilmente la esperanza de triunfar de la pastorcita. Sin embargo, si adquiria la certeza de que Eduardo queria casarse con ella, estaba resuelto á renunciar inmediatamente á sus proyectos.

Se decidió, pues, á ir tambien á ver á Isaura: queria asegurarse por sus propios ojos de la preferencia que daba á Eduardo, y saber si éste le habia engañado. Tomó, pues, el único caballo que habia en el castillo, y salió de él un cuarto de hora despues que Eduardo. Aquella vez no aceleraba mucho el paso, iba reflexionando en los medios de descubrir la verdad. Quisiera, sin ser visto, oir á su rival: y sin embargo, la idea de espiar, de vigilar á nadie, repugnaba en extremo á la franqueza de su carácter, para que se fijase en ella ni un momento.

Alfredo se hallaba á corta distancia de la casa de Isaura, cuando saliendo de repente un hombre de detrás de una peña, detuvo su caballo de las riendas, diciéndole:

—Llegais demasiado tarde; se os han anticipado.

Alfredo reconoció al vagabundo, que apoyado en su palo, fijaba en el jóven sus ojos resplandecientes.

—¿Sois vos?... dijo Alfredo, ¿qué quereis decir?

—Que os poneis en marcha demasiado tarde: vuestro rival es mas madrugador... y aprovecha el tiempo.... Ayer no vinisteis, pero él si, y se volvió bien contento...

Una sonrisa burlona acompañaba á aquellas palabras. Las facciones del desconocido tenian una espresion de malicia y perversidad mas marcada que de costumbre.

—¿Cómo sabeis todo eso? dijo Alfredo.

—¿Cómo lo sé?... pardiez... no es muy difícil... Los amantes se creen siempre solos, y no se precaven... he tenido tiempo para contar sus besos.

—¡Sus besos!.... repitió Alfredo temblando de cólera.

—Si, ¿y eso os asombra? . vuestro amigo no va mal... con esas maneras dulces y apacibles, adelanta sus negocios... lo que me estraña es que, vos, que pareceis tener mas mundo, no hayais avanzado mas que él.

—Mas puesto que es á Eduardo á quien prefieren.... contestó Alfredo reprimiendo un suspiro.

—¿Que prefieren!... dejadme en paz: ¿acaso esas muchachuelas prefieren á nadie?... aman á todos los que las obsequian... lo mismo os hubiera amado si no llegáseis siempre el último... Si quereis, todavia podeis triunfar de ella... ¿No sabeis que con tiempo y con dinero se consigue todo?...

—Teneis, dijo Alfredo mirando con sorpresa al vagabundo, unos principios de honor que no hubiera creído encontrar en un antiguo soldado.

—Soldado!... ¿y quién os ha dicho que yo he sido soldado?... replicó con altivez el desconocido.

—Vos mismo, la otra mañana despues de haber oido el nombre de mi padre, que tanto os chocó.

El extranjero frunció las cejas, guardó silencio algunos instantes, y al fin prosiguió:

—No se trata ahora de eso: ¿teneis ánimo de dejar que vuestro rival os arrebatase esa jóven, cuando solo depende de vos el poseerla? . Confieso que eso me sorprende por parte del baron de Marcey...

—Por mas atolondrado y emprendedor que haya sido, siempre he respetado la felicidad de mis amigos.... He podido sobreponerme á Eduardo cuando solo se trataba de un capricho ó de una buena fortuna... mas puesto que esa jóven le ha vuelto la cabeza hasta el punto de quererle casar con ella...

—¿Casarse con ella!... exclamó el extranjero riéndose irónicamente, por de pronto eso seria muy duro. Si amais al caballero Eduardo, procurad disuadirle de que haga semejante tontería.

—Hablais con mucha seguridad: ¿qué es lo que os hace pensar tan mal de esa jóven?

—Tengo ojos y experiencia... y vos que conoceis las mugeres ¿cómo no veis que esa es una zorruela, á pesar de su aire sencillo y candoroso?... ¿Qué puede ser una jóven cuyos padres no se conocen, y á quien los que la adoptan dejan todos sus bienes, que recibe generosamente á cuantos la piden hospitalidad, que vive sola en esas montañas y habla con tanta pureza como una señorita educada en córte? Ademas, hay otras circunstancias ocultas; yo las descubriré...

Alfredo reflexionó sobre lo que acababa de oir, y no pudo menos de pensar, que en efecto la posision de Isaura daba lugar á sospechas.

El hombre que estaba parado delante de Alfredo lo examinaba mientras reflexionaba, y se conocia que procuraba leer en sus ojos y adivinar lo que pasaba en el fondo de su alma. Despues de un silencio bastante largo, continuó por fin:

—¿A qué vienen esas vacilaciones?... he ahí un tiem-

po y unos suspiros perdidos, por una jóven que nada vale... y que no desea mas que ser seducida. Aunque fuese la heredera de un gran nombre, una señora ilustre y rica, no se podría obrar con mas respeto... Hemos vuelto á los tiempos de Reinaldo y de Amadis... Casi me inclino á creerlo... Deberiais celebrar torneos en obsequio de esa beldad... romper algunas lanzas para probar su virtud... y hendir algunos cascos en favor de su inocencia... Felices tiempos aquellos en que para ser reconocida como la mas prudente y hermosa, la bastaba á una señorita el escoger el campeador mas valiente y vigoroso...

Alfredo escuchó con atencion las últimas palabras del hombre que le hablaba. Le examinó á su vez con mas curiosidad, y dijo:

—¿Pero quién sois vos, que me dais unos consejos que no os pido?... Veo que me he equivocado en cuanto á vos... No, no sois un antiguo soldado... Eduardo lo ha adivinado mejor que yo... lo veo, cuando me dijo que debiais haber ocupado un rango en la sociedad... y en efecto... vuestro lenguaje... aunque afectais á veces un tono comun y maneras toscas... vuestro lenguaje descubre educacion y conocimientos. ¿Qué sucesos os han podido conducir al miserable estado en que os encuentro?

—Que haya sido rico, considerado, y que ya no lo sea, ¿qué encontrais en eso de particular? eso se vé todos los dias... ¿No estamos en el mundo sujetos á mil reveses de fortuna?... y sobre todo cuanto mas encumbrados nos hallamos, ¿no estamos mas espuestos á caer? Que esos reveses sean culpa de otros ó mia, no tengo necesidad de deciroslo... he tenido las pasiones muy vivas, convengo en ello, y he procurado satisfacerlas... pero esa es la historia de todos los hombres...

—Convendreis, dijo Alfredo sonriéndose, en que la situacion en que os veis, no debe inspirar deseos de imitaros.

—¿Y cuántos otros que han obrado mucho peor que yo se hallan todavia en el pináculo?... Y sobre todo ¿qué veis de desgraciado en mi posicion?... Soy libre... nadie manda en mí... puedo hacer lo que me agrada desde la mañana hasta la noche... mi traje no es elegante, pero me cubre, y esto me basta: no envidio la opulencia de los demas, porque estoy harto de goces: cuando uno se embriaga con vinos esquisitos, no le disgusta beber agua.

—Pero he creído observar en vuestros discursos que teneis muy mala opinion de las mugeres... ¿os han tratado tan mal para que las aborrezcais tanto?...

—¿Tratado mal?... no del todo... por el contrario, era su favorito, su Benjamin... mas bien pueden ellas quejarse de mí... Sin embargo, hubo una á quien amé mas verdaderamente que á las demas... solo esa, me parece hubiera podido domar mi carácter... dominar mis pasiones... con ella, en fin, hubiera sido prudente, conservado una posicion, y ahora no andaria errante por las montañas...

—¿Pues por qué no os casasteis con ella?...

—¿Por qué?... contestó el desconocido, y un sombrío furor brilló en sus ojos, que dirigió entonces á Alfredo: porque otro mas feliz que yo me la arrebató... y ese otro...

—¿Pues bien, ese otro?...

—No habia podido encontrar la ocasion de vengarme de él... pero espero ha larla dentro de poco, y ya podeis comprender que no la dejaré escapar...

—Jamás he conocido el placer de la venganza.

—¡Ah! sois muy jóven todavia... sin embargo, conoceis el amor... y os dejais arrebatarse la que os agrada... cuando solo dependia de vos...

—¿Cuando no dependia mas que de mí?... Hablais con mucha ligereza del honor... Isaura es mas severa de lo que creéis.

—No lo era ayer con vuestro amigo.

—Tiene á su lado un guarda que no es fácil romper.

—Pero se la puede alejar de ese custodio fiel.

—¿Cómo?

—No se puede atraer á esa jóven lejos de su morada para llevarla á otra parte... á un sitio en donde se pueda hacer lo que se quiera, y volverla á llevar á su casa si no quiere ceder...

—¿Y quién se encargaria de semejante empresa?...

—¿Quién?... pardiez... yo.

—¿Vos!

—Sí, yo, cuando querais, decid una palabra, y os prometo que mañana vuestro rival no encontrará á la jóven en su habitacion.

Alfredo miró algunos instantes al vagabundo, y despues dijo:

—Sois un miserable... apartaos... no me hablais mas... me ruborizo de haber podido escuchar semejantes proposiciones...

El extranjero prorumpió en una risa sardónica y respondió:

—¿Cómo! el rapto de una jóven que no desea otra cosa... una simple travesurilla os causa miedo... Os creia mas avanzado que eso, señor baron... pero como gustéis. Dejad á vuestro amigo que se divierta á vuestras espensas... dejad que la jóven se ria de vuestros respetos... Y sobre todo, ¿á mí que me importa?... pero apuesto á que muy en breve mis consejos os parecerán buenos... entonces... si me necesitais, todavia me encontrareis... porque yo no guardo rencor por una palabra. Hasta la vista.

El extranjero volvió la espalda á Alfredo, y desapareció por un sendero entre los peñascos: el jóven Marcey, despues de algunos instantes de reflexion en vez de proseguir su camino, volvió bridas y regresó al castillo.

CAPITULO XXII.

La familia de la Pincerie en el palacio.

Los discursos y las proposiciones del vagabundo produjeron en el ánimo de Alfredo un efecto diferente al que aquel hombre parecia esperar. Indignado de las odiosas ofertas de aquel desgraciado, Alfredo reflexionó en la injusticia de su conducta con Eduardo: conoció que no debia imputarle como un crimen el haberse sobrepuesto á él, y si en efecto le amaba Isaura, resolvió no perturbar la felicidad de su amigo.

Mas contento de sí mismo, despues de tomar aquella resolucion, Alfredo, al volver á ver á Eduardo, lejos de manifestarle la misma frialdad que por la mañana, le habló como antes de su rivalidad. Eduardo, tan sorprendido como complacido al observar aquella mudanza en su amigo, se sintió mucho mas dichoso por haber recobrado su amistad.

Al dia siguiente Alfredo acompañó á Eduardo á la montaña. Los jóvenes no hablaron de Isaura, parecia que temian igualmente pronunciar su nombre. Sin embargo, se acercaban al valle, iban á verla. Eduardo se sentia oprimido, compadecia á Alfredo: volvia á hallarse al lado de la que adoraba... cuando somos felices, quisiéramos que todos los que amamos participasen de nuestra dicha.

Desde que la jóven habia dicho á Eduardo que le amaba, no temia manifestar el placer que la causaba su presencia: ahora aguardaba su llegada en el umbral de la puerta: porque alli estaba mas cerca del camino, y mas pronto en los brazos de su amante.

Los dos ginetes no tardaron mucho en descubrir á Isaura: echaron pie á tierra, y ella se adelantó algunos pasos para recibirlos. La presencia de Alfredo, lejos de incomodar á Isaura, pareció por el contrario agradarla, le recibió con igual gracia, le manifestó la misma amistad, pero delante de él tampoco temia dejar ver el sentimiento mas tierno que la inclinaba á Eduardo. Amante por la vez primera, y amando con el candor propio de

su edad, no creyó que debía hacer un misterio de su amor, sobre todo al amigo de su amante.

Alfredo contestó bastante bien á las atenciones y señales de amistad de Isaura. Le fué muy fácil ver que Eduardo le habia dicho la verdad, y que él era el que poseia el corazon de la jóven, pero procuró dominar el sentimiento que experimentaba. Sin embargo, los dos jóvenes permanecieron menos tiempo al lado de Isaura, porque Eduardo no era tan feliz en presencia de Alfredo, delante del cual no queria hablar de su amor, y éste, á pesar de sus esfuerzos, no podia recobrar su alegría habitual.

—Mi querido Eduardo, dijo Alfredo á su amigo al volverse al castillo, en adelante te dejaré venir solo á ver á Isaura; á ti te ama... si, ya lo veo... no procura ocultarlo... pero ¡qué linda es... qué seductora... aun con el que no procura complacer!... á pesar de la amistad y del cariño que te profeso, si la viese con frecuencia, no responderia de hacer cualquiera tontería... y en seguida estaria inconsolable... vale, pues, muchomas que yo deje de ver á esa jóven, ó que aguarde al menos que su vista no haga tanta impresion en mi corazon... aseguran que soy ligero y veleidoso... ojalá pueda serlo como dicen... y olvidar pronto... vamos... está concluido, te ama... y en adelante no quiero pensar en ella sino como en una hermana.

Eduardo estrechó con ternura la mano á Alfredo, y dijo:

—Un amigo como tú... una amante como ella... ¿no deben hacerme el mas feliz de los hombres?...

Y sin embargo, al decir esto, Eduardo suspiraba, por que pensaba en el secreto que le ocultaba Isaura, y en los obstáculos desconocidos que se oponian á que fuese enteramente feliz. Pero Isaura no amaba á nadie mas que á él, sus labios no podian pronunciar la mentira, se lo habia repetido cien veces, y el misterio que le encubria, quizá no tardaria en aclararse: ella misma le habia dado esperanzas: no debia pues ver mas que un porvenir halagüeño... de este modo se consolaba Eduardo; ver la felicidad en el porvenir, es mucho, aun cuando jamás deba alcanzarse.

Cuando llegaron al palacio, los jóvenes observaron que reinaba en él un movimiento que anunciaba algo nuevo. Robineau habia regresado ya de la ciudad, y le encontraron en el salon, escuchando los versos que declamaba Mr. Ferulus.

—Felicítadme, amigos míos, gritó en cuanto divisó á los jóvenes, mis votos han sido admitidos... triunfo de mis numerosos rivales... en una palabra, el señor marqués de la Pincerie me ha prometido solemnemente la mano de su hija, y me ha autorizado para que me mire ya como miembro de su ilustre familia.

—Querido amigo, dijo Alfredo, pues que quieres te felicitemos, vamos á felicitarte; y en efecto, ahora que ya estás decidido es lo mejor que se puede hacer.

—¡Cómo! ¿os casais, caballero Julio? dijo Eduardo, ¿y con quién? habia tantas personas en vuestra fiesta, que no recuerdo...

—Es la hermana de la linda señora, á quien entre paréntesis, dabais siempre el brazo, caballero hijo de las musas.

—¡Ah!... ahora ya me acuerdo.... ¿la señorita Cornelia?...

—La misma... debe haberos llamado la atencion... es tan notable... Os confieso que estoy estasiado...

—¡Y seguramente hay por qué estarlo!... dijo Alfredo. Pero que ¿piensas dar otra fiesta en tu palacio?... todos tus criados están tan afanados...

—Es para preparar las habitaciones á mi futura familia, que viene á pasar aquí el tiempo que falta para mi enlace. Yo hubiera querido casarme en seguida, pero el marqués, que es escrupuloso observador de las formas, dice que eso no debe hacerse tan bruscamente. En fin, hay que arreglar papeles y que hacer compras... el regalo de novia, yo le mandaré traer de París: y para que

el tiempo nos parezca menos largo, vienen á pasarlo en mi palacio, y á disfrutar los placeres del campo. Hoy aguardo á toda la familia, y espero, señores, que en lo sucesivo permaneceréis mas tiempo aquí, y que no saldréis por la mañana para no volver hasta comer.

—Te prometo acompañar á esas señoras, dijo Alfredo, y seré con ellas lo mas galante que pueda.

—Yo no puedo prometeros otro tanto, dijo Eduardo; conozco que soy un huésped muy incómodo, y pues que viene tanta gente, permitid que os deje.

—¡Dejarnos!... ¡marcharos antes de mi matrimonio, sin asistir á mi boda!... No por cierto; no os lo permito; ademas eso disgustaria á las señoras, que me han preguntado si mis dos amigos permanecian aun aquí, y suplicado que no os dejase marchar. Vamos, está arreglado... os quedais. ¡Cómo vamos á divertirnos!... bailaremos... el señor marqués me ha dicho que le gusta la caza... me enseñareis á cazar, señores, porque confieso que nunca me he ensayado... mi futura dice que un hombre debo saber tirar, y por consecuencia, voy á hacerme cazador.

—Monseñor, dijo Ferulus, la llegada de estos caballeros nos ha interrumpido: si lo permitis, volveré á comenzar la lectura de mi composicion poética, escrita para vuestro matrimonio. He tomado por texto un bonito texto de Proporcio:

Nec domina ulla meo ponet vestigia lecto.

Esto es á la par que galante voluptuoso. Parto.

—Perdonad, señor Ferulus, pero nosotros partimos tambien: leyéndonos vuestros versos de antemano, nos quitariais el placer de la sorpresa. Ademas, van á venir huéspedes y señoras, y es necesario asearnos un poco.

—Es cierto, dijo Robineau; y yo que estoy con mi vestido de camino. Francisco... venid á vestir á vuestro amo.

Alfredo y Eduardo salieron por un lado y Robineau por otro. Ferulus se quedó solo, pero resuelto á leer sus versos á cualquiera, corrió detrás de Juanita, á la cual vió en el patio, y obligó á la pobre muchacha á que oyese hasta el fin ciento cuarenta alejandrinos: luego pasándola la mano por la cara:

—Y bien... ¿qué te parecen?... ¡Dios mio! ¡qué *lapsus linguae*!... ¿Qué tal os parecen, Juanita?...

—Señor, me gusta mas el romance de *Angélica y Medor*.

—Sois una necia, Juanita, y no sois verdaderamente buena mas que para calentar camas.

—A propósito de eso, señor, mandad comprar un calentador, porque si en llegando el otoño hay que calentar muchas camas de ese modo, es demasiado molesto.

—Callad, os he hecho dar el empleo mas agradable, desempeñadle con gracia y no murmuréis.

La familia de la Pincerie habia prometido llegar al palacio á comer: á las cuatro entró en el patio el carruaje, y bajaron de él las dos señoritas, el papá y el tío: luego sacaron una porcion de lios, cajas y la escopeta del marqués, que por lo larga parecia una pica: Robineau quiso salir á recibir á los recién llegados, pero al ver á su futura, su emocion fué tan fuerte, que se dejó caer en un sillón, diciendo:

—Esa muger me ha quitado el uso de las piernas.... ¡qué será cuando llegue á ser su esposa!...

Alfredo y Eduardo fueron á ofrecer el brazo á las señoras, mas al ver á Alfredo, tomando Cornelia su aire de altivez habitual, se apresuró á presentar el suyo á Eduardo. La lánguida Eudoxia, que no habia quedado satisfecha del comportamiento del jóven poeta, parecia que tenia ánimo de trasladar á Alfredo los sentimientos que manifestara á Eduardo.

El señor marqués no se ocupaba mas que de su escopeta. El tío tenia el encargo de cuidar del trasporte de las cajas, para que los adornos de sus sobrinas no se estropearan. Robineau, que habia recibido el uso de sus piernas, salió á recibir á sus huéspedes, y los condujo al salon del piso bajo, diciendo á la señorita de la Pincerie:

—Venid á embellecer esta mansion de que bien pronto sereis dueña y señora.

Pero las señoras no quisieron detenerse en el salon, sin estar antes en la habitacion destinada para su tocador, y sin arreglar su vestido y peinado, que les parecia algo descompuesto por el viage. Entonces Mr. Ferulus, que habia tomado un aire melifluo con cada persona de la familia, se adelantó diciendo:

—Voy á tener el honor de acompañar á estas señoras

—¿Vos, caballero? .. dijo Eudoxia, esto es indudablemente muy galante: pero un criado nos convendria mas ahora, porque podemos necesitar mil cosas para nuestro tocador, y concebis muy bien que no seria decoroso el que nos dirigiésemos á vos.

—Eso es perfectamente lógico, respondió Ferulus inclinándose.

Entonces Robineau llamó á Francisco, y le dijo:

—Tened el honor de acompañar á estas señoras á su habitacion.

—¿Cómo!..... nos dais un hombre por doncella, dijo Cornelia encogiéndose de hombros. Eso es no tener sentido comun: ¿quereis que ese mozo nos ponga el corsé, nos vista y nos peine?

—Perdonad, señoritas, soy un necio... Francisco, llamad á la criada Cheval...

—¿A la señora Cheval!... contestó la viuda sobresaltada. ¡Dios mio!... jamás confiaré mi cabeza á esa joven...

—Me parece os complacerá. Es mi cocinera, pero tiene habilidad para todo: os pondrá el corsé perfectamente...

—¿Qué horror! dijo Cornelia; darnos una cocinera por doncella... nos oleria el pelo á guisado... Os declaro, caballero, que no consiento que vuestra cocinera se acerque á mi.

—Monseñor, dijo Ferulus, teneis lo que hace falta á estas señoras ahí está Juanita que ha entrado en la casa para hacerlo todo, y que tiene siempre los cabellos rizados como un negro...

—Es verdad: soy tan feliz... estaba tan aturdido, que no pensaba en ello. Mandad venir á Juanita.

—Al menos, dijo Mad. de Hautmont, esta tiene un nombre humano.

Llegó Juanita, pero como Francisco la habia dicho que tenia que trabajar, tomó el braserillo.

—Juanita, la dijo Robineau, quedais á las órdenes de estas señoras.

—¿Qué trae en la mano? dijo Eudoxia, me parece que es una estufilla... ¿creeis que somos algunas viudas reverendas, que nos traeis ese mueble tan agradable á las viejas?...

—No es eso, señora... dijo Juanita haciendo una cortesía, sino que... como estoy aqui para calentar...

Mr. Ferulus, que estaba al lado de Juanita, la pellizcó para que callase. Felizmente Cornelia la interrumpió diciendo:

—Está bien: vamos, andad delante de nosotras... Tío, ¿han traído las cajas?

—Si, contestó éste enseñando sus enormes dientes, y he puesto alfileres en los acericos.

Las señoras se fueron á su habitacion. El marqués, que habia escupido en todos los ángulos del salon, quiso tambien ir á visitar la suya: y el hermano, que estaba encargado de todo, fué á ver si habian colocado bien el carruaje y acomodado el caballo en la cuadra.

—La presencia de las señoras da vida y animacion á una casa, dijo Robineau. La llegada de la familia de la Pincerie va á hacer que varie de aspecto esta mansion... y á propósito, señores, al marqués le gusta jugar todas las noches al whist, ¿quién le acompañará?...

—No seré yo, dijo Eduardo, porque no le sé.

—Yo si, añadió Alfredo, pero no me gusta y no lo jugaré.

—Monseñor, yo le juego correctamente, dijo Ferulus.

—Muy bien, vos, el tío y yo, aunque no sé muy bien, pero me enseñarán. Además, la señorita Cornelia me indicó que la agradaria mucho jugase con su padre. ¡Qué lástima que no tengamos aqui un piano!... mi futura lo toca, y su hermana canta como un Orfeo... Pero ni siquiera tenemos el menor instrumento para acompañar á las cantoras...

—Podrias hacer venir á Mr. Cheval con su tambor.

—Alfredo, esas burlas tienen muy poca gracia.

—Monseñor, yo toco bastante bien el pito, dijo Ferulus, y si eso pudiera agradar á las señoras...

—Veremos, lo propondré... ¿pero no vienen?... ¿está preparada la comida?

—Si, monseñor, y temo que se enfrie.

—Tú no lo entiendes, querido, dijo Alfredo: apuesto á que esas señoras no bajan todavia en un hora... ¿Sabes tú lo que son dos peinados cuando no hay mas que una doncella?... Pero ya viene el tío... no le he oído decir todavia mas que «si, sobrinas mias,» y tengo curiosidad de ver si sabe alguna otra frase.

El tío, despues de ver comer un rato al noble corcel de su hermano, iba á reunirse con la sociedad. Saludó al entrar sonriéndose, y despues no pronunció ni una sola palabra.

Pero Alfredo, dirigiéndose á él, le dijo:

—Me han dicho que al señor marqués le gusta mucho la caza; vos sereis tambien aficionado...

—Si, si, suelo ir á caza... contestó el tío rascándose la nariz.

—¿Sereis buen tirador?...

—¿Tirador!... no, jamás tiro.

—Pues entonces, ¿qué haceis en la caza?

—Llevo las sombrillas de las señoras.

—¿Pues qué tambien cazan esas señoras?

—¡Oh! si, si... Cornelia mata algunas liebres.

—¿Y su hermana?

—Eudoxia no tira, pero nos acompaña á la caza, porque el movimiento del caballo es muy bueno para sus nervios... Disimulad: me parece que me llaman mis sobrinas... sin duda habré olvidado alguna caja.

El tío salió precipitadamente del salon, y Robineau dijo á sus amigos:

—Convendreis, señores, en que es muy difícil encontrar un tío que sea mas solícito y cuidadoso... Asi es que Cornelia me ha dicho que le tome por modelo.

—Tranquilizate, Robineau, te prometo que te enseñarán tan bien como á él.

Despues de una hora larga, durante la cual Mr. Ferulus no hizo mas que ir desde el comedor á la cocina, se presentaron por fin las señoras, conducidas por el tío y seguidas del marqués. El peinado de las damas no tenia nada de extraordinario. Eduardo se maravilló de que hubieran podido emplear tanto tiempo para hacer tan poca variacion en su trage, pero Eudoxia comenzó por decir:

—No nos mireis, caballeros, debemos estar horribles, espantosas.... esa muchacha gruesa no sabe peinar: y además no queriamos hacernos esperar... Nos hemos dado prisa y lo hemos sacrificado todo.

—¿Pues cuánto dura su peinado cuando tienen tiempo? dijo en voz baja Alfredo, mientras Ferulus exclamaba:

—Me parece ver á Venus y á Psiquis...

Sentáronse á la mesa, y aquella vez tocó á Alfredo colocarse al lado de Eudoxia. Eduardo no le envidiaba: se hallaba junto á la altiva Cornelia, que alguna vez se dignaba mirarle con agrado.

—Mi palacio no es todavia lo que será dentro de poco tiempo, dijo Robineau dirigiendo una amorosa mirada á su futura, sin embargo, procuraré haceros agradable vuestra mansion en él. Mis amigos me ayudarán en cuanto les sea posible. Merced á vuestra presencia, señoritas, creo que los veremos mas aqui, porque desde que hemos llegado no han hecho grande estancia: esos caballeros salian por la mañana y no volvian hasta la hora de comer.

—¿Les gusta pasear á esos caballeros? preguntó Eudoxia.

—El ejercicio es muy saludable, contestó el marqués, pero es lástima estropear el calzado y los pantalones. Hace mucho tiempo que busco una cosa mas económica que pueda reemplazarlos.

—¿Para reemplazar los pantalones, señor marqués?...

—No, las botas solamente. Me parece que he encontrado el antiguo calzado de los focenses, y eso sería muy ventajoso para los que tienen buena pierna...

—No era únicamente por el placer del paseo por lo que estos señores corrian los campos por las mañanas, prosiguió Robineau con tono maligno.

—Cazarian, dijo el marqués.

—No... no... es decir, si se quiere cazaban muy bien, pero era una caza que... que...

—Explicaos, caballero, dijo Cornelia, no os comprendemos.

—Me parece, señor de la Roca Negra, dijo Eduardo, que á estas señoras les interesa muy poco saber donde íbamos.

—Señoras, lo veis... exclamó Robineau riéndose; el poeta ya se ruboriza. Pues bueno será que sepais que tenemos una hechicera en las cercanías...

—¿Una hechicera!... repitió Eudoxia con espanto, mientras su tío soltaba el tenedor y miraba á Robineau.

—¿Una hechicera!... dijo Cornelia con desprecio, no creo en ellas.

—Advertid, señoras, que es un modo de hablar...

—Es igual, dijo Eudoxia; si echa las cartas iré á consultarla. ¿En dónde habita?

—Cerca de dos leguas de aquí, en un delicioso valle rodeado de montañas, cerca de la aldea de Chadrat.

—Debe tener un buho, un mochuelo y un gato negro, dijo el hermano del marqués.

—No la he visto nada de eso, respondió Alfredo sonriéndose; pero en cambio tiene los ojos mas hermosos del mundo, unos dientes blancos como la nieve, y una voz sumamente dulce.

—¿Dios mio! ¡qué retrato!... exclamó Cornelia con despecho: parece que ese caballero la ha mirado mucho.

—¿Con qué es una jóven?... dijo Eudoxia.

—Si señora, es una joven bastante linda, respondió Robineau, aunque yo no la encuentro nada de extraordinario... una aldeana... una pastora... que segun dicen los demas pastores de las cercanías, causa daño á los animales, y yo creo que ha hechizado á esos señores.

—¿Con qué es una jóven?... repitió Eudoxia mirando á Alfredo: y hacia su casa dirigian estos caballeros sus pasos... ya comienzo á comprender.

—No comprendo qué gusto puede producir el hablar con pastoras, dijo Cornelia con desprecio.

—Si hubieses oído á hablar á ésta, dijo Eduardo, nos disimulariais, señorita... No es una aldeana como las que se encuentran en las montañas; es una jóven de modales muy finos y graciosos, de mucho talento y de voz tierna y dulce; ademas, se espresa tan bien como una persona que haya recibido la educacion mas esmerada.

—Caballero, mucho os exaltais... dijo Cornelia con tono burlon; segun voy viendo sois el amante de esa jóven extraordinaria.

—Señorita, solo la hago justicia.

—Permitidme, caballero, dijo Eudoxia: si esa pastora es como decís, será efectivamente una hechicera, porque ¿quién la ha de haber enseñado á espresarse de distinto modo que las demas campesinas?... á menos que no haya habitado siempre en las montañas, y sea una Ariadna abandonada.

—La consecuencia es en extremo juiciosa, dijo Ferulus: no puede haber aprendido sin maestro... y escepto mi colegio, donde no ha estado, no se halla ningun otro en estas inmediaciones.

—Confieso, señoras, dijo Alfredo, que hay algo inexplicable en lo que concierne á esa jóven, pero creo que eso aumenta los atractivos de su persona.

—Los atractivos de una que guarda vacas... deben ser muy seductores... dijo Cornelia sonriéndose con ironía.

—Señorita, la contestó Eduardo, sed un poco mas indulgente con una persona á quien no conoceis.

—Señores, veo que sería imprudencia decir nada acerca de ella delante de vosotros... os dejo vuestra pastora... pero confieso que jamás hubiera creído que dos jóvenes de tan buen tono hubieran podido prendarse de una cosa tan rústica.

—Pues á mí me parece que es preciso verla para juzgarla bien: iré á cazar por ese lado.

—El señor marqués tiene razon, contestó Ferulus, no se debe hablar sin conocer. Todos hablan de la hermosa *Helena*, pero pocos saben que tuvo cinco maridos: *Teseo*, *Menelao*, *Paris*, *Deifobo*, y *Aquiles*: que fué ahorcada en la isla de Rodas por las criadas de *Pobixo*, y que en la guerra de que fué causa, murieron ochocientos ochenta y seis mil hombres por parte de los griegos, y seiscientos setenta y seis mil troyanos.

—¿Dios mio!.. ya ha entrado en la historia... dijo Eudoxia á Alfredo.

—Caballero, le dijo Cornelia, los nombres griegos y romanos me desgarran los oídos: habladnos de cosas mas modernas.

Ferulus se inclinó y bebió un vaso de vino para tragar aquella pildora. Mientras tanto Robineau, para probar su pasion á su futura, puso el pie sobre el suyo, pero la señorita Cornelia dió un grito diciendo: quien me pisa, ¿sois vos, caballero?...

Robineau se puso encarnado como la escarlata, y balbuceó: si... soy yo que he querido haceros comprender...

—Caballero, no me gusta que me pisen... me habeis hecho un daño horrible... Os suplico no lo repitais.

Robineau confuso bajó los ojos, y no sabia si ponerse de rodillas para pedir perdon á Cornelia: en fin, para salir del apuro hizo, que la conversacion girase sobre Isaura.

—Señora, volviendo á la jóven de las montañas, lo mas sorprendente es, que habita sola junto á un sitio que es el terror de los vecinos de la aldea inmediata. Este sitio es un edificio llamado la Casa Blanca.

—¿Y que pasa en esa Casa Blanca? preguntó Eudoxia.

—¿Qué pasa?... contestó Robineau, no se sabe nada, pero parece evidente que sucede algo. Está deshabitada, y suelen verse en ella luces... se oye ruido... y no se ve á nadie. Es muy extraordinario... ¿no es así?

—Es espantoso, dijo el tío.

—Eso es carecer de sentido comun, contestó Cornelia.

—En fin, señoras, la susodicha pastora es la única que no tiene miedo á la Casa Blanca, y vive próxima á ella. ¿Es extraño para una jóven... eh?...

—¿Escelente supercheria!.. dijo Eudoxia, su amante vivirá allí, y sabe muy bien que no es el diablo.

—¿Su amante!.. exclamó Eduardo, que afectado con la idea de la viuda, se puso pálido y tembloroso.

—¿Dios mio!.. caballero, me habeis asustado, creí que os daba un ataque de nervios: dijo Cornelia.

—Dispensad, señorita... no sé... pero he sentido un calor...

—Pues no se os advierte, porque estais sumamente pálido.

—Vamos, querido Eduardo, dijo Alfredo, que notó la turbacion de su amigo; dejemos la Casa Blanca, que no merece nos ocupemos de ella, y bebamos este champaña á la salud de las señoras.

Alfredo procuraba tranquilizar con la vista á Eduardo: éste se repuso al fin, pues conoció que hacia mal en afectarse por una palabra dicha casualmente por una persona que jamás había visto á Isaura. Sin embargo, aquella palabra cruel le habia lacerado el corazon.

Para hacer que cesase una conversacion que le era tan penosa, y vengarse de Robineau, Eduardo le dijo:

—Pero vos, señor de la Roca Negra que tan enterado os hallais de lo que pasa en vuestro al derredor; ¿sabeis lo que encierra vuestro palacio?

—Mi palacio... ahora encierra una familia ilustre, y unas señoras adorables.

—Está muy bien: pero según veo ignorais que en este antiguo castillo hay también una fantasma... un aparecido...

—¡Una aparición en mi casa!.. dijo Robineau, que á su vez mudó también de color.

—¡Un aparecido!.. exclamaron todos los individuos de la familia la Pincerie: y el tío, aterrorizado, dejó caer sobre sus rodillas la taza de café que se llevaba á los labios.

—A fé mía, tampoco yo sabia nada, dijo Alfredo.

—Vamos, es una chanza del caballero Eduardo, contestó Robineau procurando sonreírse.

—No por cierto, al menos si debe creerse á vuestros criados, porque yo no he visto nada; pero vuestro jockey asegura que una fantasma visita por la noche la torre del Norte; y vuestro hortelano Vicente pretende haber encontrado también de noche en los jardines un personaje misterioso que huyó al acercársele. He aquí lo que me ha referido Francisco, vuestro ayuda de cámara, preguntándome si había salido yo á pasear de noche por el jardín.

Robineau, al ver que Eduardo hablaba con seriedad, no pudo ocultar la emoción que le causaba aquella noticia.

—¡Cómo!... dijo, mis criados han visto todo eso y no me han dicho nada... y vos que sabeis tantas cosas, señor Ferulus, ¿cómo no habeis sabido eso?

—Monseñor, bien sabia esos rumores vagos; pero me parecia que hasta no tener seguridad de que ocurría algo extraordinario, era inútil hablarlos de ellos.

—¿Por qué inútil?... ¿no soy el dueño de este palacio?... ¿no debo saber antes que nadie lo que pasa en él?...

—Recte dicis, monseñor; pero no ha entrado ningún ladrón en el castillo, pues que nada han robado. Luego sería un espíritu el que habría visto... ¿pero hay espíritus? He aquí la cuestión: los egipcios, los galos, los vándalos, los ostrogodos afirman que...

—Señor Ferulus, no se trata de ostrogodos... quiero que se me explique lo que ha parecido extraordinario á mis criados. Francisco, llamad al jockey, al jardinero, al conserje... llamadlos á todos, y será mejor.

Mientras Francisco fué á buscar á sus compañeros, Cornelia dijo á Robineau.

—Caballero, poneis en eso un interés, una vivacidad... me parece que no creereis en aparecidos... ¡Dios mío!... un hombre cobarde... me da lástima...

—Seguramente, señorita, mi valor es bien conocido... mis amigos podrán deciros que hemos pasado la noche en las montañas... en una mala choza, cuya puerta no podía cerrarse bien...

—Sí, señorita, dijo Alfredo, y aquella noche Roca Negra hizo cosas que no hubiera hecho yo.

—Seguramente, contestó Robineau, mordiéndose los labios, y en cuanto á las fantasmas, creo en ellas menos que nadie... pero quiero saber por qué mis criados se permiten divulgar esos rumores tan necios.

—Si señor, dijo Eudoxia, es preciso saber lo que es, porque yo tengo miedo á todo; y sería una perfidia hacernos venir á un palacio habitado por espíritus.

—Eso sería una infamia, dijo en voz baja el tío, siguiendo á los demás que se habían levantado de la mesa para dirigirse al salón, á donde llegaron bien pronto todos los criados según la orden de su amo.

—¿Quién de vosotros es el que ha visto por la noche algo en la torre del Norte? dijo Robineau recostándose con gracia en un sillón, mientras las señoras y los jóvenes conversaban un poco más allá en un canapé.

Los criados se miraron unos á otros durante algún tiempo; por último, se adelantó Benito, y dijo:

—Creo que soy yo, monseñor.

—Veis, ya no está cierto, dijo Ferulus, *Oculos habent et non videbunt*.

—Señor Ferulus, dijo Robineau con impaciencia, ¿por

qué hablais latin á mis criados? Pardiez, si yo quisiese también les hablaria latin, y latin de cocina que se acomodaria mejor á sus alcances.

—Monseñor, citaba un pasaje de la Sagrada Escritura.

—Sois un hombre terrible con vuestros pasajes.... Cuando hay señoras, no debe hacerse jamás uso de una lengua muerta.

Ferulus se inclinó y fué á sentarse en un rincón del salón desde donde miraba á Juanita. Robineau prosiguió su interrogatorio.

—Y decidme, Benito, ¿qué es lo que os ha causado miedo.

—¿Miedo?... no señor, yo no he tenido miedo... no ha hecho más que parecerme extraño.

—Miente como un sacamuelas, dijo la cocinera Cheval: tuvo tanto miedo, que al referirnos el suceso al día siguiente estaba pálido como un cadáver.

—Sí, dijo Cunette, que se hallaba detrás de sus compañeros porque había comido, y no tenía los pies muy firmes, lo que sentía mucho observase su amo, pero que sin embargo no le impedía hablar. Si, ha tenido miedo... quiere hacer el valiente y...

—Callad vosotros y dejad hablar á Benito: ¿qué habeis visto por la noche?

—Monseñor, contestó Benito, estaba en la ventana porque no dormía...

—Debias estar durmiendo, dijo Cunette: Robineau hizo un gesto amenazador, y el conserje calló.

—Miré por casualidad á la torre en donde nadie había, y vi una luz en las ventanas de lo alto...

—En la parte más alta de la torre no hay ventanas, porque solo se encuentra la azotea, dijo Cunette á media voz.

—¿Y qué hacia aquella luz? preguntó Robineau con vivo interés.

—¿Qué hacia?... iba y venia: después no la volví á ver, monseñor.

—¿Cual de vosotros ha pasado la noche en vela y encendido luz?

—Yo no, respondieron todos los criados.

—Pues entonces es extraño, dijo Robineau. Y vos, Vicente, ¿a quién encontrasteis en los jardines?

El jardinero se adelantó con el aire brusco que le era natural, y con la librea tan llena de manchas y de tierra, que no se podía distinguir de que color era...

—¿A quién he encontrado?... Pardiez, si lo supiese, no hubiera andado con rodeos, pero no sé quien...

—Debieris haber llamado á los compañeros, y detener á la persona que sin mi permiso se atrevía á pasear de noche por mis jardines.

—¡Ah! debia... pues yo solo no puedo hacerlo todo.... Además no podía correr... este vestido me embaraza demasiado para eso...

—¿Cómo habeis echado ya á perder vuestra librea de ese modo?...

—Señor amo, no convenia darme un color tan manchadizo para plantar, regar y cavar... y he ahí porque...

—Pues que no sabeis con certeza lo que os ha causado miedo, prosiguió Robineau dirigiéndose á sus criados, quiero que esto se quede así por ahora: pero en cuanto oigais algún ruido ó veais algo sospechoso en el palacio, os prevengo que procureis averiguar inmediatamente lo que es... bajo la pena de ser despedidos, porque no quiero en mi casa gente que tenga miedo. Idos.

Fuerónse los criados, y Robineau se dirigió hacia las señoras diciendo:

—Me parece que les he hablado con firmeza.

—Creo, caballero, que habeis armado mucho ruido por nada... le contestó Cornelia.

—Yo no soy tan intrépida como mi hermana, dijo madama de Hautmont, y estoy segura de que á pesar mío, soñaré esta noche con duendes, fantasmas, y malhechores... Y luego este palacio tiene un aspecto tan gótico... Por favor, señor de la Roca Negra, no nos coloquéis lejos de estos caballeros... porque si de noche... oyese alguna

cosa... tendria miedo... y ¿quién habia de acudir en mi socorro?..

—Tranquilizaos, señora, dijo Alfredo: mi habitacion da tambien á la galeria grande... mi puerta está casi enfrente de la vuestra... al menor ruido iré á ofreceros mis servicios.

—Tanto mejor, caballero. Me acojo á vuestra salvaguardia... me pongo bajo vuestra proteccion ..

Cornelia miró de reojo á su hermana y Alfredo, y dijo á media voz:

—¡Cuán cómodo es tener miedo!...

Para distraer agradablemente á la sociedad, Ferulus se adelantó con su composicion poética, y propuso su lectura. Pero la comida habia durado mucho, y la familia de la Pincerie estaba cansada. El marqués comenzaba ya á roncar en su sillón, y se creyó mas conveniente hacer que se acostase. Todos se retiraron cada uno con su bugia, cuya luz solo parecia un punto en los largos corredores del palacio, y despues fueron desapareciendo unos detrás de otros: todos aquellos rayos luminosos se extinguieron, y volvió á quedarse el edificio en la mas completa oscuridad.

CAPITULO XXIII.

Inquietud.—Celos.

Ya hacia quince dias que la familia Pincerie se hallaba en el castillo de la Roca Negra, y Robineau procuraba proporcionar cuantas distracciones le eran posibles á sus huéspedes, mas á pesar de todo el tiempo se pasaba de una manera uniforme. Las señoras, que se levantaban tan tarde como en la ciudad, no salian de su cuarto hasta la hora del desayuno, y en seguida volvian á él para peinarse y vestirse, operacion que duraba hasta el medio dia. Entonces se reunian todos en el salón, y hablaban ó se paseaban por los jardines. Muchas veces Robineau propuso un paseo á las montañas, pero si el tiempo estaba bueno, Eudoxia temia el calor, la lluvia y la humedad si estaba nublado. Sin embargo, estaba resuelta á arrostrar los elementos, pero Cornelia no queria salir, porque no dudaba que Alfredo seria el caballero de su hermana, y no tenia mucho afán por dar el brazo á su futuro, con quien pensaba tendria suficiente tiempo de hallarse sola.

En cuanto á Eduardo, la presencia de la familia la Pincerie, no le impidió el ir todas las mañanas á ver á Isaura, solo que volvía un poco antes al palacio; pero nunca le vieron á la hora del desayuno, lo cual era un motivo de continuas chanzas para Robineau, mientras las damas, escandalizadas de que pudiera preferir el paseo ó una pastora á su sociedad, le trataban con mucha frialdad, y le lanzaban epigramas que el jóven escuchaba con la mayor indiferencia y delicadeza, lo que aumentaba el despecho de las hijas del marqués.

Este, que tan buenas disposiciones habia anunciado para la caza, y que todas las mañanas empleaba una hora en reconocer su escopeta, todavia no se habia encontrado con el vigor y la actividad necesaria para entrar en campaña; y aunque Robineau habia comprado una buena escopeta, tampoco tenia mucha prisa por usarla. En cuanto al tío, estaba siempre pronto á hacer lo que quisiesen, porque tanto se habia habituado á eso, que el buen hombre se hubiera creído enfermo si tuviese por un momento voluntad propia.

Las señoras se subian por lo regular á su habitacion una hora antes del almuerzo para hacer algunas variaciones en su adorno. Ferulus hacia cuanto podia porque el desayuno durase mucho, en lo que le secundaba perfectamente el tío de las señoritas. Cuando volvian al salón, ya estaba preparada la mesa para el whist, y el marqués no dejaba cinco minutos de intervalo entre la comida y el juego. Su hermano, Ferulus y Robineau componian la partida. Como Robineau lo hacia muy mal todo el juego duraba la reprension, y si por casuali-

dad dirigia alguna palabra á las señoras, que un poco mas allá conversaban con los jóvenes, Mr. de la Pincerie le decia con enfado:

—Caballero, estad en lo que haceis... no jugais con las damas, sino con nosotros.

Entonces Robineau se inclinaba con aire sumiso y balbuceaba: Perdonad: teneis razon, ha sido una distraccion... Mas como principiaba á fastidiarse de jugar todas las noches al whist, y de ser reprendido desde las siete á las diez, Robineau apresuró el momento de su enlace, porque entonces esperaba divertirse un poco mas.

No habia vuelto á oírse hablar de aparecidos ni de ruidos nocturnos, y Robineau bromeaba y se burlaba con la viuda cuando decia que todavia tenia miedo. Sin embargo, hacia ya algunos dias que Eudoxia parecia estaba mas tranquila y que contaba mucho con el apoyo de su vecino. Es cierto que Alfredo, que en cumplimiento de su promesa no iba á casa de Isaura, hacia cuanto podia por tomar inclinacion á la lánguida viuda, que deseaba encontrar alguien con quien cambiar sus suspiros.

Era á mediados de setiembre: los dias comenzaban á ser cortos y las madrugadas frescas. Eduardo solia llegar á la habitacion de Isaura antes que pensasen en levantarse en el palacio. Dichoso únicamente cuando se hallaba con la jóven, volvía á verla siempre con nuevo placer, y la dejaba con disgusto. Cada dia encontraba Eduardo una nueva cualidad en la que le habia agrado. El alma pura y candorosa de Isaura no tenia nada reservado para su amante: así es, que se manifestaba feliz en amarle, y parecia que aquel amor mútuo se aumentaba á cada instante, sin embargo, cuando Eduardo dijo á la jóven:

—Pues que tanto nos amamos ¿por qué no ser enteramente el uno del otro? por qué separarnos cada dia.

Isaura callaba y suspiraba, pero sus ojos, dirigiéndose á la Casa Blanca, indicaban que de allí procedia aquel obstáculo que se oponia á su felicidad.

Aquel misterio atormentaba á Eduardo: le era muy penoso el pensar que Isaura tenia secretos para él: no podia dudar que le amaba, y sin embargo los celos penetraban en su corazón. ¿De quién estaba celoso? Isaura era incapaz de engañarle: estaba bien persuadido de ello cuando se encontraba á su lado, pero en cuanto se separaba, le asaltaban mil pensamientos, y á pesar suyo recordaba lo que Eudoxia habia dicho.

Muchas veces, despues de haberse despedido de Isaura, Eduardo retrocedia con mucho silencio, y ocultándose detrás de los árboles tenia fijas sus miradas en la habitacion de la jóven. Cuando esta salia de la casita, Eduardo la veía desde lejos, y la observaba horas enteras, pero siempre la veía sola guiando sus cabras, ó sentada tranquilamente sobre el césped, sonriéndose sencillamente al verlas saltar, y dirigiendo su vista al camino por donde se habia alejado su amante. Si se volvía á mirar á la casa misteriosa, entonces se notaba en su semblante una espresion de tristeza y de inquietud: mas no por eso dejaba el sitio en que acostumbraba á descansar, y nadie salia de la Casa Blanca para ir á hablarla.

Avergonzado de haber cedido á sus celos, Eduardo tenia intencion de correr á arrojarle á los pies de Isaura, pero se contenia, la veía volverse á su habitacion: despues se dirigió misteriosamente hácia la Casa Blanca, y cuando llegó junto á la puerta, aplicó el oído para enterarse de si se oía algun ruido en lo interior.

Aunque hasta entonces nada justificaba sus secretas inquietudes, Eduardo no podia hacerse superior á ellas: conocia que no podria estar tranquilo hasta que descubriese el obstáculo que le impedia ser esposo de Isaura. Todos los dias la suplicaba le dijese que era lo que la retenia junto á la Casa Blanca, y la hacia titubear en entregarle su mano, pero Isaura callaba, ó decia á su amante:

—Pardonadme... no puedo hablar... ese secreto no es mío... aguardad aun .. ademas, ¿no somos ahora felices,

pues todos los días podemos repetirnos que nos amamos?.....

Una joven puede contentarse con esta felicidad; satisface su alma, y llena todos los deseos de su corazón; pero no sucede así a un amante: la seguridad de ser amado, el placer de estrechar entre sus brazos a su amiga, no es suficiente para él, no se contenta con miradas y juramentos. Eduardo conocía demasiado bien que no podría dominarse mucho tiempo; comprendía todos los peligros de su situación, mas, sin embargo, no quería marchitar aquella naciente flor antes de que le fuese permitido cortarla.

Una mañana, después de haber reiterado sus inútiles instancias a la joven para saber que la impedía disponer de su voluntad, Eduardo salió muy triste de la casita, y



Los esposos Gerard no podían darse el brazo porque las cadenas de ambos lo impedían. — Pag. 67.

dirigió sus miradas a la Casa Blanca con sombría inquietud.

El tiempo estaba malo: una espesa niebla cubría el valle, e Isaura no debía salir de su habitación. Después de aparentar que tomaba el camino del palacio, Eduardo retrocedió, dió un rodeo y llegó otra vez a las paredes de la casa abandonada.

Los celos se deslizaban en su corazón: no sabía que partido adoptar para descubrir si alguien habitaba secretamente la Casa Blanca: miraba a las ventanas: las del piso bajo tenían postigos de madera, pero en las del principal solo había persianas.

Eduardo dió vuelta a la casa y a las tapias del jardín. De repente pensó que penetrando en él, quizá podría descubrir el secreto que le ocultaban. Desechó al principio esta idea como indigna de él: introducirse en una casa escalando las paredes era un medio que repugnaba a su delicadeza. Sin embargo, aquel edificio estaba abandonado, y nadie sabía que había cedido a un movimiento de curiosidad. Dirigió involuntariamente sus miradas en derredor suyo: la niebla que había en las montañas no permitía ver la casa de Isaura, y por consiguiente era imposible que tampoco la joven pudiera verle. Se acercó a las tapias del jardín: tenían seis pies de alto, pero en muchas partes se hallaban muy deterioradas: ha-

bíanse desprendido de ellas algunas piedras, y otras que sobresalían hacían fácil la subida.

Eduardo fijaba la vista en aquel cercado: las sospechas que no podía desechar, el secreto que con tanto tesón le ocultaban y que parecía encerrar aquella casa, todo le incitaba a acometer la empresa. Volvió a mirar en derredor suyo, pero estaba solo. No se sentía ningún ruido... en algunos segundos trepó por la pared, saltó al otro lado, y estuvo en el jardín de la casa.

Eduardo no pudo contener la emoción que naturalmente se experimenta cuando se hace algo malo: se paró un momento y miró en derredor suyo otra vez.

El jardín era grande pero estaba inculto: las zarzas y otras yerbas silvestres crecían en los paseos, en donde parecía que hacía largo tiempo no había pisado persona alguna: los árboles, enteramente descuidados, habían entrelazado sus ramas unos con otros, las flores se habían podrido en sus ramas.

Eduardo se dirigió con precaución por el primer sendero que se le presentó, y a cada paso se le enredaban los pies en las yerbas. Todo anunciaba que aquel jardín estaba abandonado desde largo tiempo. En un bosquecillo poco menos lleno de maleza vió un banco que no estaba cubierto de hojas ni de polvo, y el camino que conducía a él parecía mucho más frecuentado que el resto del jardín.

Eduardo se dirigió hacia la casa y llegó a un patio: la verja que le separaba del jardín no estaba cerrada, y pudo acercarse a las habitaciones. Por aquel lado las ventanas no tenían cerradas las maderas, y la puerta del piso bajo que daba al jardín solo tenía unas vidrieras con su correspondiente falleba.

Eduardo escuchó algún tiempo pero no oyó el menor ruido en la casa. A un lado del patio había una cuadra en donde todavía se veía paja y arena, lo cual anunciaba que habían estado allí caballos: pero lo que el joven deseaba con ansia reconocer era lo interior del edificio. En una de las ventanas del piso bajo faltaba un vidrio, lo que permitía introducir por él la mano fácilmente, abrir y penetrar en la habitación. Eduardo vaciló un instante, mas por fin cedió al deseo de descubrir lo que ocultaba Isaura: abrió la ventana y bien pronto se encontró en lo interior del piso bajo.

Cuando estuvo en las habitaciones, Eduardo apenas veía, porque el tiempo estaba muy oscuro y las ventanas que daban al campo perfectamente cerradas: por el lado del jardín entraba poca claridad; pero poco a poco se fué acostumbrando a aquella luz y pudo examinar todo lo que había en derredor suyo.

Los muebles eran antiguos, pero parecía que casi habían servido: estaban llenos de polvo: sin embargo, sobre una mesa se veían restos de comida, platos, un vaso, y una botella que todavía tenía vino.

—Si esta casa no se halla constantemente habitada, al menos es seguro que vienen a ella algunas veces, dijo para sí Eduardo: ¿pero es un hombre ó una mujer la persona que acude aquí con tanto misterio?

Eduardo atravesó un vestibulo que separaba las dos piezas del piso bajo, y que tenía dos puertas, una que daba a lo exterior y otra al jardín: entró en la segunda habitación, estaba mal amueblada pero había en ella un estante lleno de libros. Eduardo tomó uno, y examinando la encuadernación, le pareció exactamente igual a la de los volúmenes que había visto en manos de Isaura.

—¡Si, de aquí vienen los libros que tiene en su casa!... dijo Eduardo que a cada momento sentía redoblar-se su curiosidad. Esa biblioteca es para ella... Ahí se ven gramáticas... compendios de historia, de geografía, y tratados de cultivo y de botánica: seguramente no tendrían esto en una biblioteca sino hubiese de servir para la instrucción de alguien... Si, la persona que viene aquí es la que ha educado a Isaura... todo lo que sabe más que las aldeanas, indudablemente se lo habrá enseñado ella... Y el joven amante exhaló un suspiro, porque temía hubiesen enseñado demasiado a la que amaba.

Eduardo salió de aquella habitación y subió por una escalera que daba al vestíbulo ó portal, y conducía al piso principal. Todas las llaves estaban colocadas en sus respectivas cerraduras. Entró en una alcoba, y una cama sin levantar indicaba que habían pasado en ella la noche. Eduardo, con el corazón oprimido, miró con cuidado en derredor suyo: vió una cómoda con llave, y sobre una mesa un par de pistolas de bolsillo: las tomó, las examinó, y se cercioró de que estaban cargadas.

—¡Pistolas!... dijo entre sí Eduardo, las mugeres no suelen usar esta especie de armas.. sin embargo... algunas veces en viage... ¡Ah!... no... no... Un hombre es el que viene secretamente á esta casa... un hombre... é Isaura no quiere separarse de esta mansion... Todavía, dice, no puede entregarme su mano... ¡Si este hombre

entrado en él. Echando entonces una ojeada en derredor suyo, y persuadido de que nadie le había visto, se alejó á paso largo de la Casa Blanca, mas inquieto y atormentado de lo que estaba antes de haberla visitado.

CAPITULO XXIV.

El aparecido.—La torre del Norte.

Dos dias habían trascurrido desde la visita de Eduardo á la Casa Blanca, y á pesar de las sospechas que le atormentaban, al volver á ver á Isaura sentía siempre disiparse su inquietud: le manifestaba una inclinacion tan verdadera, y le decia con tanto candor cuán contenta es-



Robineau con su suegro el marqués de la Pincerie.

fuese su padre!... pero esta mañana misma me ha dicho que no ha conocido á sus padres... No, no es su padre... ¿pues quién es ese ser misterioso que tanto imperio ejerce sobre ella?...

Eduardo se dejó caer sobre una silla: su emoción era tan fuerte, y su corazón latía con tanta violencia, que tuvo necesidad de reponerse un poco. Miró á todas partes, y suspiró diciendo entre sí: ¡ah!... ¡si yo pudiese saber todo lo que ha pasado en estos sitios!...

Volvió á poner las pistolas en donde estaban, entró en otras dos habitaciones inmediatas, y no viendo en ellas nada que pudiese disipar sus sospechas, creyó que ya era tiempo de dejar la casa abandonada. Volvió á cerrar las puertas y á bajar la escalera, salió por la ventana, del piso bajo, y se encontró en el patio que estaba antes del jardín.

Después de dirigir la última mirada á la casa, Eduardo atravesó el jardín, y salió del mismo modo que había

taba de haberle inspirado amor, que se ruborizaba de haber podido ceder á un movimiento de celos.

Sin embargo, Alfredo observaba que Eduardo no parecía tan feliz como debiera serlo, y mas de una vez había preguntado á su amigo la causa de su melancolía é inquietud, pero Eduardo le respondía siempre:

—No tengo nada, mi querido Alfredo, pero sabes muy bien que los amantes nunca están completamente satisfechos... Si tuviese algún motivo fundado para apesadumbrarme, ¿á quién se le podría confiar mejor que al que me ha hecho el sacrificio de su amor?

Un dia mas, y la señorita de la Pincerie debía ser la esposa de Robineau. Todas las diligencias estaban concluidas, comprados los regalos, el himeneo debía celebrarse en la ciudad, y los esposos tenían decidido el regresar inmediatamente al palacio, en donde estaba ya preparado el banquete nupcial. Hubiera estado mas en el orden que la familia de la Pincerie se trasladase á su

casa, y que allí fuese el novio á buscar á su futura, pero uno de los planes de economía del marqués era el no tener ya casa, y habitar constantemente en el palacio de su yerno: por eso permanecía en él toda la familia. Como el marqués sostenía que solo la gente de poca valía era la que bailaba el día de boda, se convino en que se suprimiese el baile, pero Robineau obtuvo de su futuro suegro el permiso de no jugar al whist aquella tarde.

A poco mas de la una, todos los que habitaban en el palacio se retiraron á descansar. Robineau, que se persuadía que estaba muy enamorado, y que se creía muy honrado con entrar en la familia de un marqués, pensaba que al día siguiente conduciría al altar á la altiva Cornelia, que toda la población acudiría probablemente á la iglesia para ver la ceremonia, y que se hablaría de su enlace durante largo tiempo. Cornelia solo pensaba en los trages y adornos que se pondría, y en la envidia y el despecho que experimentarían todas las señoritas que se lisonjearan de ser preferidas por Robineau: pensaba también que iba á ser señora y dueña del palacio, y se proponía hacer uso de los derechos que la daban semejantes títulos. Eduardo no se ocupaba en manera alguna del himeneo que se preparaba: todas sus ideas y afectos estaban concentrados en el vallecillo en donde se encontraban Isaura y la Casa Blanca, y estaba muy desvelado para gozar del reposo. El marqués y su hermano dormían profundamente: soñaba el uno que había descubierto el medio de hacer crecer á los niños con el vapor: y el otro que buscaba alfileres en un montón de heno. En cuanto á Alfredo y Eudoxia, no os diré positivamente que hacían.

De repente se oyeron grandes voces en la parte del edificio ocupada por los criados. Era Benito que acababa de despertar á los marmitones, la cocinera y el conserje. Los llamaba gritando con cuanta fuerza le permitía el miedo:

—Levantaos.... mirad á la torre.... allá abajo.... allá arriba... Es el aparecido... ahora no direis que lo he soñado. .

La cocinera Cheval se asomó á su ventana, y vió, en efecto una luz en las de la torre abandonada: entonces unió sus gritos á los de Benito, diciendo:

—Es cierto... allí hay algo... Tal vez será un ladrón... es necesario apoderarse del que tiene aquella luz...

Todos los criados estuvieron bien pronto en pie, y como el señor de la Roca Negra les había dicho que les despediría si no descubrían lo que les causaba miedo, creyeron que era conveniente despertar á su amo, y contarle lo que pasaba.

Corrieron, pues, á la galería principal en donde estaban las habitaciones de los señores. A los gritos de los criados, Robineau se despertó soñando; creyó había un incendio en el palacio, llamó á Francisco, y la primera palabra que le dijo en cuanto le vió fué ¡los bomberos!... ¡pronto los bomberos!...

—¿Bomberos para el aparecido, señor? le contestó Francisco con sorpresa.

—¡El aparecido!... exclamó Robineau volviendo á colocar sus piernas en la cama, de que se preparaba á salir; ¡cómo! ¿habeis visto algo espantoso?..

—Se vé una luz en la torre del Norte, señor.

—¿Una luz?... ¡diablo!... Francisco, vé en seguida y despierta á esos caballeros... despierta á todo el mundo; voy á levantarme al instante.

Francisco llamó á la puerta de Alfredo, pero nadie contestó. Sin embargo, no tardaron en abrirse las demás puertas, excepto la de Eudoxia. Eduardo se puso el pantalón y fué á informarse de la causa de aquel alboroto: Cornelia en almilla, sobre la que se puso aceleradamente un chal de seda, salió con una palmtoria en la mano: Mr. Ferulus llegó también seguido de Juanita, que se había colocado sobre la camisa un chaleco negro viejo, que en nada se parecía á una almilla, mientras Ferulus en su precipitación se había puesto en la cabeza una enagua: pero entonces se hallaban todos demasiado preocupados para observar semejantes pequeñeces. Preguntá-

banse unos á otros: ¡Ahí está el duende de la torre! decían todos los criados: entretanto la señorita Cornelia no cesaba de llamar á su hermana, y de repetir:

—Y el caballero Alfredo, ¿por qué no se levanta?....

Robineau se presentó en calzoncillos, en cuya prentina se había colgado un par de pistolas; debajo del brazo izquierdo llevaba su escopeta, y en la mano izquierda una navaja de afeitar.

Eudoxia abrió por fin un poco su puerta diciendo con voz apagada:

—¿Por qué llaman de ese modo á mi habitación?... es horrible despertarme tan bruscamente.... voy á estar mala quince días... seguramente yo no he de perseguir al aparecido... Os suplico me dejéis descansar... tengo jaqueca.

—Hermana mía, dijo Cornelia, guardad vuestra jaqueca para otra noche, y pues que todo el mundo se levanta debeis hacer como los demás.

Eudoxia se incomodó mucho, pero al fin salió de su cuarto, cubierta con una paletina que se echó por los hombros, pero no se separó de la puerta. En aquel momento todos los criados prorumpieron en alaridos espantosos, diciendo: ¡Héle ahí!... viene hacia aquí... y todos echaron á correr empujándose unos á otros hasta el extremo opuesto de la galería, mientras por el otro avanzaba magestuosamente una grande figura blanca, que no era otro que el marqués de la Pincerie, quien con su elevada y descarnada estatura, su camisa ondulante, y su gorro de algodón podía pasar muy bien por un espectro.

Robineau había ya apuntado á su futuro suegro, cuando éste tosiendo y escupiendo se dió á conocer.

—¡Es el marqués!... exclamó Robineau: creo que esos tunantes se han vuelto imbéciles.

—Efectivamente soy yo, dijo Mr. de la Pincerie que se paseaba en camisa con tanta altivez como si vistiese de grande uniforme. ¿Qué ha sucedido?... ¿asaltan el castillo?...

—¿Qué ocurre?... preguntó Alfredo que en medio de la confusión producida por la llegada del marqués, se presentó de repente entre todos, sin que nadie supiese por donde había venido.

—¿Ya estais aquí, caballero?... dijo Cornelia con tono burlón: para ser tan galante habeis tardado mucho en acudir en socorro de las damas.

—Ha sido, señorita, porque ante todo me ha parecido conveniente ponerme el vestido necesario.

—Si, dijo Mr. Ferulus adelantándose, la decencia y las buenas costumbres antes que nada, por que...

No concluyó la frase, acababa de observar que Juanita llevaba un chaleco negro muy conocido, y la condujo á un sitio oscuro de la galería: allí, mientras Juanita le quitaba la enagua, él la despojó del chaleco con la mayor presteza, diciendo:

—*Errare humanum est*, Juanita...

—En fin, ¿por qué esos gritos?... ¿por qué ese alboroto? preguntó Eduardo.

—Caballero, es el aparecido, el espíritu que se pasea á estas horas por la torre, contestó Benito.

—Todos hemos visto una luz, añadieron los criados.

—Pues bien, dijo Alfredo, es necesario ir á reconocer la torre: á eso se ha reducido todo.

—Justamente, dijo Robineau, es necesario enviar á todos esos pusilánimes á registrar la torre.

—¿Pero en dónde está mi tío? dijo Cornelia, solo él no se ha levantado.

—No ha querido salir de debajo de las mantas, respondió el marqués, por mas que le he llamado... jamás ha manifestado tanta firmeza.

—Dejemos á ese caballero entre sus sábanas, dijo Eduardo, y vamos á la torre, conserje, vos que sabeis el camino, guiadnos.

Cunette no era tan incrédulo desde que había visto la luz, manifestó mucha repugnancia en conducir á los jóvenes á la torre, y los demás criados tampoco se hallaban muy dispuestos á acompañarlos.

—Pero á nosotras, caballeros, ¿quién nos guardará? dijo Eudoxia, porque, en fin, no os seguimos á la torre.

—Yo me vuelvo á acostar, dijo el marqués, porque este vientecillo fresco es muy dañoso para mi reuma, y si hubiese sabido que no se trataba mas que de duendes habria hecho como mi hermano; no me hubiera movido de la cama.

—Señoras, yo os guardaré, dijo Robineau, no me moveré de vuestro lado, no quiero dejaros un minuto.

Las señoras no quedaron muy satisfechas con la presencia de Robineau: querian que las acompañase Alfredo ó Eduardo. Pero Alfredo ya habia marchado obligando al conserge á que fuese delante: fué, pues, preciso que Eduardo se quedase con ellas: Robineau entretanto decia á sus criados:

—Seguid á Alfredo, y al menor peligro llamadme... En vispera de boda es muy desagradable el no dormir tranquilamente.

Los criados fingieron obedecer, pero en cuanto llegaron á lo último de la galeria, tomaron el camino de la cocina en vez de continuar el de la torre.

Sin embargo, Alfredo con una luz en una mano y en la otra una pistola que habia quitado á Robineau, bajó con Cunette la escalera que conducia á la torre.

—Vamos, abrid esa puerta, dijo al conserge.

—¿Que abra esa puerta?... ¿pues qué, caballero, queréis entrar absolutamente?...

—Si por cierto.

—Pues mirad que nos hallamos solos: esos cobardes no han querido seguirnos.

—No importa; somos bastantes para aprehender á un malhechor, si efectivamente le hay.

—¿Pero y si hay mas de uno, caballero?

—Entonces llamaremos.

—Si, pero antes que vengan en nuestro auxilio...

—Abrid, Cunette.

—No encuentro la llave, caballero... me la he dejado en mi cuarto.

Impaciente Alfredo, dió un fuerte golpe con el pie en la puerta, y se abrió enteramente con gran sorpresa del conserge. Mientras que hacia reflexiones acerca de aquel suceso, Alfredo subió la escalera en espiral, y cuando Cunette vió que el jóven subia sin él, en vez de seguirle fué á reunirse con sus compañeros.

Alfredo entró en las antiquísimas habitaciones del piso principal, y no encontró en ellas á nadie: todo estaba lo mismo que cuando las visitó con Robineau. Al salir, observó que el conserge le habia abandonado, mas no por eso suspendió sus indagaciones, y subió al otro piso, pero tampoco encontró á nadie: prosiguió hasta lo mas alto, y al llegar á la pieza llamada de la Armeria, oyó distintamente en ella ruido de pasos.

Alfredo se detuvo, preparó su pistola y escuchó: habia cesado el ruido. Abrió bruscamente la puerta de aquella habitacion en donde reinaba una profunda oscuridad. Sin embargo, le pareció divisar en un rincon del salon alguna cosa inmóvil: marchó hácia aquel objeto con la luz por delante, y bien pronto descubrió al vagabundo sentado tranquilamente en un sillón viejo.

Alfredo hizo un movimiento de sorpresa, y el extranjero se sonrió diciendo:

—No era á mí á quien pensabais encontrar aquí, ¿no es así?

—Efectivamente, dijo Alfredo, colocando su luz á un lado. ¿Pero qué haceis en esta torre?... ¿Cómo habeis entrado de noche en este edificio?... y en fin, ¿qué venis á buscar en él? Respondedme, y no trateis de engañarme....

—Lo que hago en esta torre, ya lo veis... descanso. ¿Cómo he entrado?... muy sencillamente, por la puerta: porque yo no tengo la facultad de pasar por los agujeros de las cerraduras, como creen los imbéciles que habitan allá abajo. Lo que vengo á buscar en estos sitios es á vos, á quien quiero hablar en secreto, y como ya no os

encuentro en las montañas, porque no salís del palacio, ha sido preciso que venga, y tenia intencion de ir esta noche á llamar suavemente á la puerta de vuestro cuarto.

La calma y sangre fria con que el extranjero respondia á Alfredo, aumentaron la sorpresa de éste: no podia suponer que un malhechor, un hombre que hubiese ido con intencion de robar, le hablase con tanta tranquilidad: por otra parte, en la torre no habia nada que pudiera escitar la codicia, y recordaba que aquel hombre poco tiempo antes habia rehusado una bolsa llena oro que le ofrecia.

El desconocido, que parecia adivinar los pensamientos del jóven, le dijo: no podeis suponer que me he introducido en este palacio con intencion de cometer ningun robo... Desde que le habitais con el nuevo propietario, muy pocas han sido las noches que he dejado de venir á descansar en esta torre: pero jamás he querido ir á ninguna otra parte del edificio, lo que me hubiera sido muy fácil... No, solo me gusta este sitio... me recuerda mi infancia... he habitado este palacio en tiempo de la viuda de que ya habreis oido hablar... he observado que no ocupaba nadie esta torre, que estaba completamente abandonada, y no me ha parecido una mala accion el venir á pasar en ella la noche... en otro tiempo dormia aqui tambien...

Al pronunciar estas últimas palabras, el acento del extranjero era sumamente triste, y ocupado en los recuerdos que le escitaba aquella antigua habitacion, dirigia sus miradas á las paredes ennegrecidas por el tiempo, y á las armas tomadas del orin, que todavia se veian en los rincones. Un suspiro se le escapó del pecho, humedeciéronse sus ojos... y todas sus facciones espresaban claramente su desgracia presente y sus pesares de lo pasado.

Alfredo no pudo evitar la secreta emocion que le causaba aquel hombre extraordinario:

—Mas por último, dijo despues de algunos instantes, ¿por dónde entraís en el palacio?

—Es muy sencillo: en el jardin, cerca del pabellon pequeño, detrás de la estatua de Marte, hay una puertecita que parece está condenada, pues jamás entran ni salen por ella: casualmente tengo la llave de esa puerta que da al campo. Por ella he entrado en el jardin, y desde alli no es muy difícil llegar hasta aquí, siguiendo el paseo principal, despues el terraplen... y sin pasar por la puerta que habeis abierto, se puede, atravesando los subterráneos, entrar en el salon del piso principal.

—Veo que en efecto conoceis perfectamente el edificio, mucho mejor que el que le ha comprado.

—¿En mi infancia he recorrido con tanta frecuencia todos estos sitios... Amaba tanto esto... entonces era yo novelesco! Este castillo gótico me parecia á propósito para aventuras maravillosas, como las que leia en los libros de caballeria: y hubiera tenido suma complacencia en encontrar un fantasma en los subterráneos de esta torre: pero jamás he logrado ese gusto.

—Pues bien podiais conocer que si encendiais luz, necesariamente os habian de descubrir...

—Solo dos veces me ha ocurrido el encender esta pequeña linterna. Pensaba que todos dormian, y que por consiguiente no podrian ver la luz en la torre. No podia resistir al deseo de volver á ver y de examinar todavia diversos objetos que otras veces me han... que servian á las personas que habitaban este palacio, y como no siempre hay luna, convendreis en que sin luz era difícil satisfacer mi curiosidad.

—Sabeis que si cualquiera otro que yo os hubiera encontrado de noche en este sitio, habriais sido detenido, y tal vez conducido á un encierro.

—Cuando se ha llegado al estado en que me encuentro, ¿qué se puede temer?... ademas, sabia muy bien que nadie en el palacio, escepto vos y vuestro amigo, se atreveria á venir de noche á esta torre, y si hubiera querido hacerlos huir á todos del castillo, no necesitaba mas que

pasearme por la noche con un trapo blanco en la cabeza por el lado de las habitaciones; estoy seguro de que el propietario actual habria sido el primero que emprendiese la fuga: pero os lo repito, jamás he tenido ánimo ni de asustar, ni de quitar nada á nadie: si una vez causé miedo al viejo jardinero, fué involuntariamente; no creia encontrarle en el jardín.

—Os creo, dijo Alfredo, pero vamos á lo que me concierne: ¿decís que hoy habeis venido á buscarme?... ¿Qué teneis que decirme? hablad.

La fisonomía del extranjero perdió la espresion que al parecer la daban los recuerdos de lo pasado, y volviendo á tomar la que le era familiar.

—Si, respondió sonriéndose con ironía, vamos al asunto... Lo presente debe ser mas importante que todo lo que ya no es ni puede volver. Me parece que cediendo á vuestro amigo lo que os habia agradado, habeis renunciado completamente á la conquista de la jóven pastora, pues ya no vais á verla.

—¿Y qué os importa?... ¿debo yo daros cuenta de mis sentimientos?... Si deseais hablarme con objeto de renovar vuestras odiosas proposiciones: perdeis inútilmente el tiempo... y os prohibo...

—Vaya... vaya... tranquilizaos, señor baron: no trato de modo alguno de seduciros: pero me complazco en convencerlos de que no me habia equivocado en el juicio de la jóven, cuya inocencia temeis marchitar... ¡Pobre angelito!... que quiere casarse con vuestro amigo... Sabia muy bien que habia algo oculto...

—¿Y qué sabeis de nuevo acerca de Isaura?... explicaos.

—Ha llegado su amante.

—¿Su amante!...

—O por lo menos el hombre que cuida de ella.

—Llamadle como querais.

—Estaba bien seguro de que unos rústicos aldeanos no podian haber enseñado á esa jóven las maneras graciosas y delicadas que os han hechizado... En fin, la educacion que ha recibido... las comodidades que disfruta no pueden provenir mas que de un hombre que ama á esa jóven, y que sin duda por celos, la tiene oculta en estas montañas, en donde espera no será descubierto su tesoro. Pues bien, os lo repito, ese hombre ha llegado esta noche.

—¿Le habeis visto en casa de Isaura?

—¿En casa de Isaura?... no, es prudente... No va en casa de la jóven: temeria sin duda comprometerla, ó encontrar allí gente: y segun las precauciones que toma ese misterioso personaje, parece que teme mucho que le vean.

—Concluid.

—Pues bien, la Casa Blanca es el lugar de la cita de los amantes.

—¿La Casa Blanca?

—Si, ignoro si ese desconocido es su propietario, pero lo cierto es que tiene las llaves. Ha llegado indudablemente esta noche, y al punto ha brillado una luz en una de las ventanas de la casa. Inmediatamente, la jóven que hacia mucho tiempo estaba en acecho, ha salido precipitadamente de su habitacion, y se ha dirigido corriendo á la Casa Blanca. Un hombre, á quien he visto muy bien, porque estaba yo escondido cerca de allí, la ha abierto la puerta, y la jóven ha entrado... lo que despues han hecho, no puedo deciroslo: pero hasta pasada una hora ó mas, no ha vuelto á abrirse la puerta, y la señorita ha regresado á su casa, despidiéndose tiernamente del que se separaba. He aquí aclarados todos los misterios... he aquí la causa bien natural que asusta á los montañeses de las inmediaciones... y en fin, he ahí porque solo la niña no tenia miedo á la Casa Blanca... Casi siempre sucede así... mucho ruido por nada... lo maravilloso, si se examina de cerca, suele ser muy comun.

Alfredo escuchó con atencion al vagabundo. Le era muy duro creer que aquella Isaura que les habia parecido tan candorosa, tan franca, hubiera podido engañarles hasta aquel punto.

—¿Estais cierto de lo que acabais de referirme? dijo mirando fijamente al hombre que tenia delante.

—Si no me creéis, aseguraos por vuestros propios ojos... no es probable que el hombre que yo he visto venga á este pais solo por un dia... entonces os convenceréis de que os he dicho la verdad, y quizá os arrepentiréis de no haber seguido mis consejos: sentireis el haber guardado tantas consideraciones con una truhanzuela que se estaba burlando de vos y de vuestro amigo... pero os repito que cuando querais será fácil resarcir el tiempo perdido.

Diciendo estas palabras, el extranjero volvió á tomar su linterna, y pasando por una puerta secreta, desapareció antes que Alfredo, que estaba absorto en sus reflexiones, notase su ausencia. Hasta pasados algunos minutos en que el jóven Marcey miró en derredor suyo, no observó que se encontraba solo en la torre. Entonces pensó que los habitantes del palacio estarían inquietos por no verle volver: con todo hubiera querido hablar todavía al desconocido, y especialmente prohibirlo que visitase de nuevo por la noche aquellos sitios: pero aquel hombre ya no estaba allí, y Alfredo se decidió á dejar también la torre.

Todos estaban reunidos en la habitacion de Cornelia: las señoras estaban inquietas, Eduardo queria ir á buscar á Alfredo, Ferulus citaba autores que niegan la existencia de los aparecidos, y Robineau que todavía, tenia en la mano la navaja de afeitar, repetía:

—Una vispera de boda, es muy cruel fatigarse de este modo: ¿no es así, futura mia?

La futura nada respondia ó hacia un ligero gesto, y Robineau decia entre sí:—no la gustan las palabras de doble sentido... es el pudor mismo.

En fin, volvió Alfredo y le abrumaron á preguntas.

—¿Hay algo?

—¿Es un aparecido?...

—¿Un ladrón?

—Eso es espantoso...

—No hay nada de eso, contestó Alfredo, he encontrado la torre y cada cosa en su sitio. Por lo que debe creerse que la luz que se ha visto no era mas que un efecto de la reverberacion de la luna en los vidrios...

—Amigo mio, esta noche no hay luna, dijo Robineau.

—No, pues entonces será lo que querais: pero os aseguro, señoras, que podeis dormir tranquilas, y que ningún duende vendrá á tiraros de los pies.

Fué preciso contentarse con lo que dijo Alfredo: sin embargo observaron que estaba mucho menos alegre que cuando fué á la torre, pero insistió en decir que no habia visto nada, y todos se decidieron á acostarse: Eudoxia quejándose de que la habian despertado por nada; Cornelia siguiendo con la vista á Alfredo para cerciorarse de si entraba en su cuarto, y esté mirando tristemente á Eduardo, á quien no sabia si debía comunicar lo que acababa de decirle el vagabundo: en fin, Robineau llevándose su navaja, como si hubiese jurado hacer la barba á todos los aparecidos de su palacio.

CAPITULO XXV.

Matrimonio de Robineau.

Alfredo pasó el resto de la noche pensando en lo que le habia dicho el vagabundo: no sabia si debía turbar la dicha de Eduardo refiriéndole lo que acababa de saber acerca de la conducta de Isaura. Antes de darle tan terrible golpe, antes de hacer experimentar á su alma todos los tormentos de los celos ¿no debía asegurarse por si mismo de la verdad? Alfredo se proponia no permitir que Eduardo formase unos lazos indisolubles sin haber aclarado aquel misterio: pero no tenia valor para afligir á su amigo: además aquel día estaban demasiado ocupados con el matrimonio de Robineau, para tener espacio de hablar sin testigos.

Eduardo mismo tenia que hacer un sacrificio muy cos-

toso para él: no iría á casa de Isaura, porque Robineau le habia suplicado que no se ausentase: le habia elegido para dar el brazo á su cuñada, porque el órden de las ceremonias estaba marcado ya hacia mucho tiempo. Quería que todo el mundo asistiese, y le parecia que aun no habia bastantes testigos de su felicidad. Eduardo conoció que seria faltar á la delicadeza consu patron el no acceder á sus deseos, y se resolvió á pasar un dia sin ver á Isaura, aunque le pareciese muy largo. Pero cuando uno camina por el mundo, es necesario muchas veces hacer el sacrificio de los mas dulces placeres.

A las diez debia reunirse toda la sociedad para tomar el desayuno, al cual estaban convidados como testigos el caballero de Tantignac, Mr. Berlingue y un antiguo arrendatario amigo del marqués. Los tres carruages que habia en el palacio, es decir, la silla de posta, la tartana de Robineau y la carroza del marqués, debían trasportar á todos á Saint-Amand, en donde habia de celebrarse la ceremonia: en seguida debían regresar al palacio á donde habian sido convidadas unas cuantas personas, únicamente á comer, pues por la noche no se bailaria porque era demasiado plebeyo.

Los lacayos vestían de gala: Ferulus habia hecho que le cosiesen los botones grandes, y en cada bolsillo llevaba una composicion poética. Robineau iba todo de negro, muy derecho y sin reirse, porque su suegro el marqués le habia dicho que toda seriedad era poca en el dia de la boda. En fin, el tio habia hecho una buena provision de alfileres que tenia guardados en las vueltas de las mangas, porque calculó que en un dia de boda necesariamente se habia de desprender algo.

Llegaron los tres convidados: Alfredo y Eduardo, que habian hecho el sacrificio de aquel dia, procuraban mostrarse risueños, pero Mr. de la Pincerie, que acababa de entrar en el salon, tenia el semblante mas ceñudo que de costumbre, y Robineau, para imitar á su suegro, ponía una cara triste ó sentimental: cambiáronse recíprocamente algunos cumplimientos con tanta seriedad, que parecia se encontraban en un duelo. Sin embargo, monsieur Berlingue ya habia hecho á media voz algunas observaciones malignas, y el caballero dicho algunas mentiras, cuando por fin se presentaron las señoras.

El adorno y el traje de Cornelia eran muy esmerados, y si sus miradas no parecían exigir homenaje, le merecia. Al verla, Robineau dió un paso atrás, y asiendo con fuerza al brazo de Alfredo, exclamó:

—¡Dios mio!... está deslumbradora.

Mr. de la Pincerie tomó de la mano á su hija, y dirigiéndose con ella hacia Robineau, le dijo con tono doctoral y casi amenazador:

—Señor de la Roca Negra, os entrego una hija soberbia... perfectamente educada... vástago de una familia ilustre. Me lisonjeo de que os hareis digno del honor de esta alianza. Pero si supiese que mi hija no era feliz... que tenia motivos para quejarse de su esposo... entonces... yo os hablaria, señor de la Roca Negra.

—Será dichosa... mi querido suegro, lo será... y yo tambien... me congratulo de ello... dijo Robineau, que parecia temia llevar azotes si no obraba con cordura. El desayuno nos aguarda, y tenemos los momentos contados.

Fueron á almorzar, y Eudoxia, que queria que tambien se ocupasen de ella, sufrió un pequeño ataque de nervios mientras comían unas chuletas: no tuvo consecuencia, pero previno á la concurrencia que quizá la repetiría aquel dia, porque la ceremonia del matrimonio la producía sensaciones muy vivas. Los caballeros, á quienes aquel suceso no habia quitado el apetito, la tranquilizaron asegurándola que estaban provistos de frasquitos. Mr. Berlingue que no llevaba nada en el suyo, le llenó de agua, pero afirmó que aquello haria el mismo efecto que el éter: el caballero Tantignac enseñó una botellita metida en un estuche de piel de zapa, con cuyo contenido aseguraba haber resucitado á mas de veinte personas.

Al fin del almuerzo, Ferulus sacó del bolsillo un pa-

pel y se preparaba á leer, cuando el marqués dijo con tono solemne:

—Ya es tiempo de marchar á la ciudad.

Ferulus volvió á guardar sus versos, y todos se levantaron: Robineau, que no se atrevia á dar el brazo á su futura, delante de la cual tenia constantemente los ojos bajos, por temor de no quedar deslumbrado, dejó á Eduardo el cuidado de conducir á Cornelia á la carroza, en donde se colocó con el suegro y Eudoxia. Alfredo y los tres testigos ocuparon la tartana, y Robineau entró en la silla de posta con el tio y Ferulus, que en cuanto estuvo en el carruaje comenzó á recitar sus versos, que el hermano del marqués escuchaba rascándose la nariz y enseñando los dientes.

Pero la silla de posta no llevaba mas que un caballo cojo, y no podia seguir á los otros dos carruages que iban á buen paso. Cuando Robineau no vió ya inmediata la carroza del marqués, exclamó:

—¡Dios mio!... me voy á retrasar... mi futura tendrá que esperarme... y esto es muy desagradable...

—Monseñor, dijo Ferulus, podeis estar seguro de que la ceremonia no se empezará sin vos.

—Sin duda: pero el señor marqués me reprenderá.

—Nosotros no tenemos la culpa de que el caballo no quiera andar mas ligero...

—Es cierto, tio mio: vos sois testigo de que la falta es del caballo...

—Si, si, si, respondió el hermano del marqués, ¡oh! es el caballo...

—Este bribon no va á casarse, dijo Robineau sacudiendo latigazos al caballo con toda su fuerza.

—Puede que ahora cojee mas, dijo en voz baja Ferulus.

—Señores, dijo Robineau exhalando un suspiro; ¡qué grande es el dia en que uno se casa!...

—Es un dia que sirve de *memento*, monseñor... *Esi pater ille quem nuptiae demonstrant*.

—Si, si, si, contestó el tio sonriéndose.

—Confieso, prosiguió Robineau, que me conceptuaba mas fuerte... mas fuerte... pero es verdad que mi futura es tan hechicera... me turba sobremanera... se me descompone el cuerpo... Señores, perdonad... tengo necesidad de bajar.

Pararon el caballo, que no apetecia otra cosa: Robineau bajó solo y se puso detrás de un vallado: mientras tanto decia Ferulus:

Ilomo sum, et humani á me nihil alienum puto!

Cuando volvió Robineau emprendieron de nuevo la marcha, y Ferulus quiso comenzar otra vez su declamacion, pero Robineau le detuvo diciendo:

—Mas tarde, mi querido bibliotecario: al tiempo de comer; ahora no me encuentro en estado de oiros... El amor... la felicidad hacen en mis sentidos un efecto singular... Vos no sabeis eso. ¿no os habeis casado alguna vez?...

—Perdonad, monseñor, me he casado una vez y ha sido bastante.

—Y vos, tio, ¿no os habeis casado?

—Yo, me parece que no... ¡ah! no, no... jamás me ha ocurrido eso...

—¡Ah! cuando se tiene un corazon tan sensible como el mio, eso produce un trastorno... Mi futura tiene las formas de Venus, la estatura de Minerva... y cuando pienso que esta noche... perdonad: paremos otra vez si gustais.

Pararon, en efecto. Robineau volvió á bajar y se escondió entre unos árboles: Mr. Ferulus tomó un polvo y dijo:

Naturam expellas farca, tamen usque recurret.

Robineau no tardó en regresar: rompieron nuevamente la marcha y trataron de resarcir el tiempo perdido dando fuertes latigazos al caballo; pero éste no andaba mas ligero, y el futuro esposo se desconsolaba y decia:

—El señor marqués se va á encolerizar... estoy seguro

de que ya han llegado á la mairia y nos aguardan... Señores, sois testigos de que la falta depende del caballo.

—Hay ademas otra causa, contestó Ferulus, pero no la diremos.

Hallábanse á un cuarto de legua de Saint-Amand, cuando Robineau paró el carruage y volvió á bajar diciendo:

—Verdaderamente esto es cruel... no sé lo que quiere decir...

—Animo, monseñor, dijo Ferulus: *Labor improbus omnia vincit*.

—¿Qué tiene que baja tantas veces? preguntó el tío á Ferulus cuando Robineau se hubo alejado.

—¿Qué tiene!... ¿pues qué no lo habeis adivinado todavía?... Pardiez... tiene una *bilis suffusio*... dice que es efecto del amor... de todos modos, si ese efecto se prolonga veinte y cuatro horas, le va á color en una posicion muy falsa...

Robineau volvió al carruage, y llegaron por fin á la ciudad. El futuro preguntó por la carroza de su suegro, y le respondieron que hacia ya mas de media hora que la novia, el padre, los testigos y demas acompañamiento, le estaban esperando en la mairia, y que ya habian enviado dos hombres al camino para ver qué les habia ocurrido.

Robineau se apresuró á dirigirse á la mairia, diciendo:

—¿Qué me dirán?... el señor marqués tal vez se habrá ofendido. Y mi futura... estará incomodada... Felizmente mis amigos están con ella.

Llegaron á la mairia; el marqués se paseaba encolerizado por el salon: los jóvenes conversaban con las señoras. Mr. Berlingue lanzaba algunos epigramas por la tardanza del futuro: el antiguo arrendatario no hablaba una palabra, solo veia en perspectiva la comida que le esperaba, y el caballero de Tantignac para calmar á monsieur de la Pincerie, decia:

—En el matrimonio de una de mis primas, el novio se retrasó únicamente cinco minutos, y cuando llegó, su prometida se habia casado ya con otro, para enseñarle á que otra vez anduviese mas listo.

Robineau se presentó seguido de sus dos compañeros.

—Señor de la Roca Negra, gritó el marqués dando golpes en el suelo con su baston, ¿sabeis que es una cosa indecorosa hacer aguardar á una gente como nosotros?

—Mi querido suegro, no ha sido...

—Caballero, ¿con quién creéis que vais á casaros? ¿pensais que es con una labradora?

—No por cierto, señor marqués, pero yo...

—Pero merecíais que ya no os concediese la mano de mi hija, porque otra vez no nos tuviérais papando moscas durante mas de una hora.

—Mi venerado suegro, he aqui mis testigos... Preguntad á vuestro hermano y á Mr. Ferulus, y os dirán que si no he llegado antes, no ha sido por falta de deseo.

—Es cierto, dijo Ferulus, no ha faltado voluntad.

—Nuestro caballo, añadió Robineau, es el que ha contenido nuestra impaciencia...

—Si, si, si, dijo el tío, ha sido el caballo y la *bilis suff...*

Robineau pisó el pie á su tío y le aplastó dos callos para que guardase silencio, lo que produjo el efecto contrario, pues comenzó á chillar como un endemoniado: pero no le hicieron caso, y dieron principio á la ceremonia civil, durante la cual el novio estuvo desasosegado, pero se atribuyó á la emocion y al gozo. En seguida salieron de la mairia y subieron en los carruages para ir á la iglesia, aunque no distaba mas que dos pasos, porque no era decoroso el ir á pie. Sin embargo, el novio no subió en el carruage, desapareció al salir de la mairia, y llegaron á la iglesia sin él. Allí el marqués advirtió que faltaba su yerno, y como el templo estaba lleno de gente, porque en una poblacion pequeña una boda es un acontecimiento, Mr. de la Pincerie estaba enfurecido con-

tra Robineau que descomponia la entrada triunfal y dilataba la ceremonia.

—¿En dónde está? gritaba el marqués, mientras Cornelia dirigia sus miradas á la multitud y decia:

—¡Esto es inconcebible!... ¿es tan indecente el hacerse guardar dos veces?... si la cosa no estuviese tan adelantada, rompía abiertamente.

—¿Por qué le habeis dejado? dijo Mr. de la Pincerie á su hermano y á Ferulus.

—No le hemos dejado; él ha sido quien nos ha dejado á nosotros diciéndonos:—Id, que al momento nos reunimos.

—¿Pero qué demonios puede tener que hacer en el momento de casarse?

El tío se rascaba la nariz, y Ferulus se mordía los labios.

—El amor le ha trastornado la cabeza, dijo Alfredo.

—Caballero, las consideraciones, la etiqueta deben anteponerse al amor... Si no hubiese formado el plan de casar á mi hija... ¿pero no viene?... Esta vez no culpará al caballo.

En fin, se presentó Robineau encarnado, sudando y jadeando: se colocó al lado de su novia y de su suegro, que agarrándole la mano se la apretó con fuerza, y le dijo al oído:

—Caballero, despues de la ceremonia nos veremos....

Robineau no sabia donde estaba: felizmente para él, llamaron á los esposos al altar y marchó á él con Cornelia: mientras se celebraba la ceremonia, Mr. de la Pincerie, que ya se habia tranquilizado, reflexionó que no seria conveniente retar á muerte á su yerno el mismo dia de su boda.

La ceremonia concluyó. Cornelia era Mad. de la Roca Negra y Robineau habia cesado de ser soltero. Recibieron los cumplimientos y felicitaciones sinceras ó falsas de las personas que habian asistido á la bendicion nupcial, y luego volvieron á tomar el camino del palacio en el mismo orden que habian seguido anteriormente: Robineau no hizo parar el carruage mas que una vez.

Eran ya las cuatro cuando regresaron al castillo. Las señoras se retiraron á su cuarto para ponerse otro vestido: las mugeres que concurren mucho á bailes y tertulias emplean gran parte del tiempo en vestirse y desnudarse.

No tardaron en llegar y reunirse á la sociedad, que se encontraba en el palacio, una docena de personas convidadas á comer. Cuando entraba alguno, el marqués tomaba de la mano á Robineau, y saliendo á recibirle, decia gravemente:

—Os presento mi yerno.

Entonces los recién llegados cumplimentaban al marqués y á Robineau, y despues de mirar si habia alguien á quien cumplimentar, iban á tomar asiento en el salon. Mas parecia que toda aquella gente se habia puesto de acuerdo para no reirse, porque en las provincias creen que el estar alegre un dia de boda es de mal tono. Es, pues, necesario pasar el tiempo hablando de cosas insignificantes. Alfredo hacia cuanto podia para animar la conversacion, pero estaba distraido: el recuerdo de su encuentro en la torre le ocupaba mas que el matrimonio de Robineau. Eduardo procuraba tambien ser amable, pero maldecia interiormente la lentitud del dia.

Ya hacia dos horas que las señoras habian subido, cuando por fin entraron en el salon. El adorno de Cornelia era mas elegante que el de por la mañana, y aquella vez Robineau quedó tan deslumbrado, que tuvo que sentarse temiendo le diese algun desmayo. Volvieron á circular los cumplimientos. Durante las reverencias y los saludos, Robineau se fué á uno de los rincones del salon á mojarse las sienes con agua, y luego volvió con aire menos tímido al lado de su muger, que se ocupaba de todo el mundo menos de su marido.

Ferulus, que todavía no habia cumplimentado á los nuevos esposos porque aguardaba á que estuviesen todos reunidos, se presentó delante de Cornelia, á quien salu-

dó inclinándose hasta el suelo, y la presentó un papel atado con un hilo de rosas y otras flores, diciéndola:

—Permitidme, señora, que uniendo el incienso de mis votos al perfume de las felicitaciones que ya han embalsamado vuestro paso, os dedique este opúsculo en albricias de vuestro himeneo: que las risas y los juegos rodeen siempre vuestro tálamo... y plegue al cielo concederos hijos masculinos, femeninos y neutros, de quienes yo sea el preceptor.

El cumplimiento del bibliotecario hizo mucha sensación: los hombres se reían, las mugeres se preguntaban unas á otras en voz baja qué eran hijos *neutros*, y Robineau, que habia vuelto á frotarse las sienes con agua de Colonia, para prometerse no regalar otros perfumes á su muger.

Cornelia tomó el papel con aire de proteccion, y devolviéndosele luego á Ferulus, le dijo:

—Léedmele á los postres.

Los criados anunciaron que la mesa estaba preparada, y todos marcharon al comedor marcando el paso como los soldados prusianos.

Mr. de la Pincerie ocupaba el gran sillón. Cornelia estaba enfrente de su esposo, y aquella vez Ferulus fué replegado á un extremo de la mesa, en donde no podia servir ni trinchar. Tal era el orden establecido por madama de la Roca Negra, que no se mostraba muy sensible á los versos que el sábio habia escrito para ella: Mr. Ferulus nada dijo, sufría en secreto aquella afrenta, y se propuso comer, si podia, cuatro veces mas. Las gentes que sufren humillaciones por comer bien, tienen siempre buen ánimo y excelente apetito.

La comida pasó con tanta seriedad como todo lo que la habia precedido. El primer servicio solo fué interrumpido por un ligero acontecimiento: el hermano del marqués estuvo espuesto á ahogarse con un alfiler que de la manga se le cayó en el plato, pero consiguió estraérsele de la garganta, y quedó restablecida la calma. La cocinera se escedió á sí misma. La comida era magnífica, pero Robineau comió poco: parecia preocupado, inquieto, y cuando miraba á su muger, daba unos suspiros capaces de apagar las velas. Cornelia habia tomado ya las maneras de ama de casa: mandaba con un tono que anunciaba á los criados tenían que andar derechos. Como no tenían intencion de bailar, ni sabían en qué emplear la velada, permanecieron largo tiempo en la mesa: al fin de la comida, los brindis animaron un poco á los convidados. El viejo arrendatario dijo algunas chanzas graciosas; el caballero de Tantignac declaró que daría la mitad de su fortuna por hallarse en el lugar del marido, y Mr. Berlingue pretendía que su fortuna era tan desconocida como su caballo. Robineau bebia mucho para perder su timidez y atreverse á mirar á su muger: y hasta el tío, que habia olvidado su accidente, cobró brios y habló un poco: en fin, el señor marqués se sonrió mas de una vez por los chistes que se dijeron y que él solo comprendía.

Ferulus creyó que habia llegado el momento de leer sus versos, y miró á Robineau para saber si debía ó no comenzar, pero no era éste quien mandaba ya: era madama de la Roca Negra. Pero la misma Cornelia dijo:

—Segun creo, ese caballero tiene que leernos algo: espero no será tan largo como su última cancion.

—Me lisonjeo, señora, de que por el contrario mis versos os parecerán demasiado cortos, respondió Ferulus, á quien no agradaba mucho aquel recuerdo de su cancion, y luego sacando de su bolsillo el rollo, y desatando la cinta, se levantó y comenzó:

—Homenaje en verso en honor de la union de los dos conjuntos.

—Me parece, caballero, dijo el marqués con altanería, que hubierais podido decir: de la union de la señorita Cornelia, hija del marqués de la Pincerie, con el señor de la Roca Negra: esto hubiera sido mas conveniente que decir, da los dos conjuntos, como si se tratase de Santiago y Petronila.

—Mi noble suegro tiene razon, dijo Robineau, no me gustan los conjuntos...

—Señores, respondió Ferulus, disimulando su despecho, esa locucion es gramatical: la encontrareis en *Lhomand, Wailly, Boiste*, y en todos los diccionarios...

—Por piedad, señores, dijo Eudowia, dejaos de diccionarios: me parece que hoy solo debe hablarse de cosas dulces y agradables.

—Así es, señora, contestó Ferulus, que he tomado por testo de mi composicion, este verso de *Propertio*:

Nec domina ulla meo ponet vestigia lecto.

—¿Y qué quiere decir eso, caballero? hariais mejor en darnos la traduccion.

—Sí, añadió Robineau, para eso es terrible... ya le he dicho cien veces que solo me gustan las traduccion.

—Señora, prosiguió Ferulus, esforzándose en parecer amable, eso quiere decir en nuestro idioma: ninguna otra querida ocupará mi lecho.

—¡Dios mio, que horror!.. ¡qué indecencia!.. exclamó Eudoxia ocultando la cabeza detrás de la espalda de Alfredo.

—Caballero, ¿cómo os permitis hacer unos versos tan libres? dijo Cornelia.

—Señora, tengo el honor de deciros que son de *Propertio*, y que...

—¡Ninguna querida en su lecho!.. exclamó á su vez el marqués de la Pincerie, cáspita... desearia saber que... Jesus mio, ¿qué significa esa alusion?

—Os juro que no sé nada, respondió Robineau, é ignoro porque Ferulus se permite una proposicion tan aventurada.

—Señor, contestó Ferulus, os repito que es la traduccion del verso, y que...

—Está muy bien, caballero, basta, dijo Cornelia; despues de un principio semejante, ya no quiero oir mas... si el resto corresponde al texto, no puede recitarse delante de señoras.

—Pero, señora, os haré la observacion...

—Nada de observaciones, caballero, dijo Mr. de la Pincerie levantándose de su sillón como si fuese á acometer al literato; os digo que vuestra composicion no vale nada... me parece que no estais aquí para imponer la ley, caballero.

Ferulus se dejó caer sobre su silla, restregó el papel entre las manos, le arrojó debajo de la mesa, y metiéndose tres almendrados en la boca con la mayor cólera, por poco se parte la lengua. El hermano del marqués, que habia bebido un poco mas de lo acostumbrado, y que hacia media hora se movia sin cesar en su silla, comenzó entonces á reir diciendo:

—Yo tambien he compuesto una cancioncita para mi sobrina, me ha ocurrido comiendo... es una improvisacion...

—Veamos tu cancion, dijo Mr. de la Pincerie. ¡Diablo!... no sabia que hacias versos... canta... canta...

Callaron todos, y el hermano del marqués, enredando con la servilleta, cantó:

Sé feliz sobrina amada,

cuando admiro tus ojos

es con toda mi alma

Ture lure

Me parece hallarme en la boda

de Robin ture lure.

—¡Bravo!... muy bien, exclamó el marqués, y todos aplaudieron, se rieron y pidieron se repitiese: hizose así, y Mr. de la Pincerie dijo:

—He aquí la verdadera cancion francesa... en el género de nuestros padres... Son versos libres, es cierto, mas no por eso es menos graciosa.

Ferulus, á quien el buen éxito de la coplilla del tío de Cornelia acabó de sofocar, murmuró entre dientes:

—Si algunos de mis discipulos hubiese hecho esa copla, habria sufrido azotes quince dias consecutivos.

Levantáronse de la mesa para ir al salón, y solo Ferulus no siguió á la sociedad: fué á acostarse diciendo: que me esperen para jugar el whist no abriré mi puerta.

Mas pudieron arreglar un whist sin el bibliotecario, y aun jugaron tambien á los cientos y al ajedrez. En fin, la tertulia concluyó tranquilamente como si fuese en casa de unos que llevasen veinte años de matrimonio.

Robineau, que habia obtenido el permiso de no jugar,



La amable niña estrechaba tiernamente la mano á Eduardo, y no temia manifestarle cuanto la complacia el amarle.—Pág. 77.

salió muchas veces del salón; estaba siempre pensativo é inquieto, aunque cada vez que miraba á su muger decía: nunca me ha parecido tan seductora como esta noche... mi amor va adquiriendo mas fuerza.

En una de sus escursiones fuera del salón, Robineau fué á visitar su habitacion en la que su muger debia acostarse con él. El tiempo estaba ya fresco, todavia no habian encendido la chimenea, y el novel marido dijo para si: Temo tener frio esta noche con mi esposa... no por que... pero apesar de todo debian templar un poco esta habitacion.

Al salir de ella encontró á Juanita: Robineau se acordó entonces de las funciones de la rolliza jóven, y le ocurrió una idea... se dió un golpecito en la frente con júbilo y llamó á la criada.

—Juanita, esta noche calentareis el lecho nupcial... ¿lo oís?

—¿Quiere el señor que se caliente la cama?

—Sí, Juanita, eso debe agradarnos á mi muger y á mí.

—Está muy bien, señor.

—Juanita, le calentareis con azúcar: eso es mas delicado y estará mejor.

—¿Con azúcar? pero señor es que....

—Haced lo que os mando, Juanita.

Robineau marchó al salón, y Juanita cuando quedó sola comenzó á rascarse las orejas diciendo: ¡Qué caliente su cama con azúcar!... ¿cómo he de hacer eso?... yo no lo comprendo absolutamente.

Para que se lo esplicase, Juanita, que habia visto entrar á Ferulus en su cuarto, fué á llamar á la puerta, diciendo: soy yo, señor.

—Estoy durmiendo, contestó Ferulus desde su cama,

—Pero, señor, es para que me esplicueis una cosa....

—Os digo que duermo: *retro Satands*.

—El amo quiere que le caliente la cama con azúcar...

—Calentádsela aunque sea con las cuatro especias, y dejadme descansar.

No pudiendo obtener respuesta, Juanita fué á buscar la cocinera Cheval, y la dijo:

—Sabeis que hay que hacer para calentar una cama con azúcar.

—Pues por cierto que la pregunta tiene gracia.... se pone azúcar en el calentador, y nada mas.

—El amo me ha dicho que eso seria bueno.

—Sí, hace como una especie de caramelo.

—¡Ah! con que se hace una especie de caramelo.... pues estará gracioso... yo nunca hubiera creído eso.

Juanita pidió algunos terrones de azúcar, y subió á la habitacion nupcial diciendo para si:—Que ideas tan extravagantes tienen estas gentes ricas... pero es igual: puesto que mi empleo es ese, forzoso será obedecer.

Y Juanita se metió en el lecho nupcial que estaba rodeado de cortinas de seda: luego procuró azucarar el calentador diciendo:

—Pues les gusta esto, hagámosles caramelos.

La cama preparada para los esposos era muy blanda; Juanita se estendió en ella con placer: creia que para su amo debia calentarla con esmero, pero como estaba cansada porque habia trabajado mucho aquel dia, pues habia tenido que vestir á las señoras, y servir á la mesa, pensando en lo que habia hecho, en los adornos de la casada, y en los diferentes platos de la comida, la jóven comenzó á bostezar, cerró los ojos, y concluyó por dormirse en el lecho nupcial.

Los convidados concluyeron de jugar al whist, el ajedrez y los cientos, saludaron con gravedad á los esposos



El aparecido.—Robineau se presenta en calzoncillos, en cuya pretina habia colocado un par de pistolas, debajo del brazo izquierdo su escopeta, en la mano derecha una navaja de afeitarse.—Pág. 90.

y marcharon del palacio. Eduardo y Alfredo dieron las buenas noches á Robineau, que les apretó la mano como si tuviese crispatura de nervios. Eudoxia á quien aquel momento daba vahidos hacia ya mucho tiempo que se

había retirado. En fin, el marido dió el brazo á su esposa, y se dirigió con ella á su habitacion.

Habia luz en ella, pero lo atribuyeron á una atencion de los criados. La sala era espaciosa, y el lecho que se hallaba en la alcoba tenia corridas las cortinas. Antes de acercarse á él era necesario quitarse los adornos, á lo que procedió Cornelia con la mayor tranquilidad del mundo, mientras Robineau que ya habia arrojado su ropa exterior, daba saltos por la habitacion diciendo: soy muy afortunado.

En fin, Cornelia concluyó de ponerse la ropa de dormir y se dirigió á la alcoba, pero en el momento de descerrar las cortinas, dió algunos pasos hacia atrás, palideció, y dijo:

—¿Es muy extraño?... Pero venid aqui con silencio... escuchad... me parece oír la respiracion de alguno.

—¿Qué es eso! ¿qué hay! preguntaron Alfredo y Eduardo.

—Tomad armas... daos prisa, armaos... hay alguien en nuestro lecho... he pensado en el aparecido, pero mi muger dice que será un ladrón.

—Vamos, dijo Alfredo; somos muchos en número para tener necesidad de armarnos... No puede haber en tu alcoba una cuadrilla de foragidos.

Y Alfredo se dirigió con Eduardo hacia el lecho nupcial, los esposos, el marqués y los criados les siguieron. Cuando llegaron á la cama, los jóvenes apartaron bruscamente las cortinas, y todos vieron á Juanita que dormia apaciblemente.

—¡Es Juanita!... dijeron Alfredo y Eduardo riéndose á carcajadas...

—¡Es Juanita!... fueron repitiendo todos.



Mr. Berlingue era un hombrecillo de unos cincuenta años, cuyo semblante chocarero parecia buscar continuamente alguna cosa de que burlarse.—Pág. 67.

—Robineau se estremeció, no quiso acercarse á la cama, y su muger tuvo que ir á buscarle: cuando llegó junto al lecho oyó distintamente que habia en él alguien, entonces le flaquearon las piernas, se vió precisado á apoyarse en un sillón.

—¿Oís?... dijo Cornelia á media voz.

—Sí, sí, sí.

—Pues ahí está alguno que quizá no duerme...

—Será el duende de la torre... que viene á turbar nuestra felicidad....

—No señor, no es un aparecido, quizá será un ladrón.... Vamos, caballero, corred, llamad, tirad de la campanilla...

—Señora, no puedo moverme...

—¡Jesus, qué hombre!...

Cornelia abrió la puerta, salió de la habitacion y pidió socorro; cuando Robineau se vió solo junto á la cama, recobró sus fuerzas, corrió detrás de su muger, y unió sus gritos á los suyos. Al oír las voces de los esposos, los habitantes del palacio que aun no estaban dormidos acudieron con luces: estaban impacientes por saber que era lo que hacia gritar de aquel modo al marido y la muger. Llegaron á medio vestir, y encontraron á Robineau pálido como la muerte, y á Cornelia en un desorden que nada tenia de espantoso.

29 Biblioteca española.

—¿Qué hace esa joven en vuestra cama, caballero? dijo Cornelia mirando á Robineau con sorpresa.

—En efecto, dijo Mr. de la Pincerie, ¿qué significa esa criada acostada en vuestro lecho? eso es bastante sospechoso...

—Os juro que no sé nada... soy la inocencia misma... que despierten á Juanita, y ella nos explicará como se encuentra ahí...

Menearon á la robusta joven, que bostezó, estendió los brazos, se restregó los ojos, y mirando con sorpresa en derredor suyo, exclamó:

—¡Dios mio!... habré dormido mucho...

—¿Cómo os encontráis en esa cama? preguntó Cornelia á Juanita, mirándola con ojos iracundos.

—¡Cómo!... señora, os pido perdon... por una cosa bien natural... para calentarla.

—¿Para calentarla?...

—¿No es verdad, señor, que me habeis mandado calentar vuestra cama?

—Es cierto, contestó Robineau, me pareció que eso agradaría á mi esposa; pero no os he mandado que os metieseis en mi lecho.

—Señor, como no hay calentador en el palacio porque todavia no se ha comprado, Mr. Ferulus, que pretendia era inútil, me ha enseñado á calentar como lo hacian los

La Casa Blanca. 4

antiguos... en fin; hasta ahora, le he calentado siempre la cama con mi *gravedad*, como él dice.

—¡Qué horror!... exclamó Cornelia, vuestro sabio es un tuno, caballero, y espero que mañana saldrá de casa.

—Señora, soy de vuestra opinion, dijo Robineau: además no sirve mas que para hacer malos versos.

—Es un perillan, dijo Mr. de la Pincerie, y si no estuviere casi en camisa, iria ahora mismo á arrancarle las orejas.

—Entre tanto, no me meteré en esa cama, dijo Cornelia, y pues que han desarmado la mia, voy á acostarme con mi hermana.

—Pero mi querida esposa... dijo Robineau.

—No señor, está decidido; eso os enseñará á no admitir en vuestro palacio á gente que se conduce de semejante modo.

Cornelia tomó una luz, y sin escuchar á su esposo se fué al cuarto de su hermana. El marqués aprobó la conducta de su hija. Juanita, que ya se habia levantado, marchó con los demas criados.

Alfredo dijo á Robineau:

—Tú lo has querido... Este se quedó solo en la habitacion nupcial y se acostó diciendo: quizá esta noche conviene mas pasarla así.

CAPITULO XXVI.

Visita nocturna á la Casa Blanca.

Para indemnizarse del dia que habia pasado sin ver á Isaura, Eduardo se levantó al rayar el alba, y todavia dormian todos en el palacio cuando ya marchaba por el camino de las montañas. Habia prevenido á su amiga que pasaria un dia sin visitarla, y la jóven le habia contestado con ternura.

—Solo pensaré en pasado mañana. Avivó su caballo para hallarse mas pronto al lado de Isaura, porque no dudaba participase de su impaciencia.

Llegó por fin al valle, ató su caballo y se dirigió á la casita, pero le sorprendió el que Isaura no estuviese esperándole á la ventana como tenia de costumbre: despues de un dia de fastidio ¿no debia desear verle cuanto antes?

Llamó á la puerta, Valiente comenzó á ladrar, y no tardaron en abrir. Presentóse Isaura delante de su amante, pero no corrió á arrojarle en sus brazos: parecia que no la animaban el placer ni el amor, y en vez de recibirle con la dulce sonrisa que la era habitual, bajó los ojos pronunciando con tristeza:

—¡Sois vos!...

—Sí, yo soy: contestó Eduardo asombrado de la mudanza que observaba en Isaura. ¿No me aguardábais?

—Sí, siempre creí que vendriais.

—Isaura, ¿qué teneis?... ¿qué os ha sucedido?... ¿qué ha pasado aquí en el corto tiempo que he estado ausente?... por piedad, contestadme...

Isaura se sentó en la sala baja, y respondió suspirando:

—No ha pasado nada... no me ha ocurrido nada...

—Me engañais, Isaura: no sois ya la misma... Creéis que no comprendo esa tristeza, esas lágrimas que humedecen vuestros ojos... ¿Quereis engañar á vuestro amante, al hombre que os adora?... Hablad... lo exijo... os lo suplico... ¿Qué nuevo misterio es ese?... No me amais ya...

—¡Ay!... os amaré siempre, dijo Isaura fijando en Eduardo sus ojos llenos de lágrimas; sí, siempre... aunque me han dicho que obro mal en amaros y escucharos...

—¿Y quién os ha dicho eso?... gritó Eduardo.

—Os ruego que no os encolericéis. ¡Ay!... eso no serviria para nada... ¡Amigo mio!... perdonadme el haberos inspirado amor... no es culpa mia... mas puesto que no puedo ser vuestra... pues que es preciso renunciar á la felicidad que nos habiamos prometido... olvidadme... Os amaré siempre... ese será mi único sentimiento... mi único consuelo... mi único pensamiento...

Las lágrimas que corrian entonces por las mejillas de

la jóven, parecian confirmar la verdad de su dolor. Sin embargo, Eduardo, vivamente agitado, se levantó y se alejó de Isaura diciendo con voz alterada:

—¿Con qué asegurais que me amais y no quereis ser mia?... Cuando olvidando lo que tantas gentes toman en el mundo por regla de su conducta, quiero daros mi nombre, llamaros mi esposa, no vivir mas que para vos... alguien os prohíbe amarme y escucharme, y al momento variáis conmigo... al punto quereis cesar de verme... y es necesario que renuncie á mis mas dulces esperanzas... No, no me amais... si compartiérais mi amor, me prefeririais á cualquier otro... En fin, señorita, ¿qué poder tiene sobre vos esa persona á quien me sacrificais?... No es vuestro padre, porque muchas veces me habeis repetido que no le teneis... ¿Con qué derecho pretende separaros de mi esa persona que se oculta con tanto misterio?... ¿en dónde está?... quiero conocerla... verla... hablarla...

—No, no penseis en eso, exclamó Isaura. Si me amais, os suplico que no penseis en conocer á esa persona... jamás ha querido ser vista, ni ahora tampoco quiere la vean...

—¿No quiere?... dijo Eduardo con despecho, muy bien... Es un hombre... acabais de descubrirlos...

—Descubrirme... contestó Isaura levantando al cielo sus hermosos ojos llenos de lágrimas; ¿qué mal hay en que sea un hombre?...

—¿Quién es ese hombre?... ¿qué derechos tiene sobre vos?...

—¿Quién es?... lo ignoro yo misma... pero tiene sobre mi los derechos mas fuertes y sagrados... los del reconocimiento... A él lo debo todo...

—¿Se lo debéis todo?... ¡Cómo!... ¿no habeis sido recogida y criada por los honrados aldeanos que habitaban esta casa?... ¿no es á ellos solos á quien debéis gratitud?...

—¡Ah!... no: no es á ellos solos... Los buenos aldeanos que habitaban aquí me querian mucho, es cierto, pero al recibirme en su casa, al tratarme como hija, no hacian mas que obedecer las órdenes de aquel á quien tambien yo debo obedecer hoy... Hago muy mal en decirlo todo esto: me está espresamente prohibido...

—Isaura, cuando las intenciones son puras, nadie se oculta de ese modo, ni se rodea de tanto misterio; y si esa persona no quiere mas que vuestra felicidad, ¿por qué os prohíbe el amarme, el que seais mi muger?...

—Vuestra muger... no... me ha dicho que jamás puedo serlo de nadie... que no os vuelva á ver, ni os reciba aquí... porque eso, dice, hará que piensen mal de mí... ¡Ay! no sabia que fuese malo el complacerme en estar á vuestro lado...

—¿Y obedecereis esa orden que os separa de mí?

—Es preciso... el que nos separa lo siente tambien en extremo, porque es muy bondadoso y me ama mucho...

—Esto ya es demasiado, dijo Eduardo saliendo con cólera de la casita: hay otro que siente afligirla... que la ama: y por premio de mi amor, para recompensarme de no haber obrado como tantos hombres habrian hecho en mi lugar, me suplican que no vuelva... ¡Ah!... seria demasiado necio si os amase todavia... Adios... quedareis satisfecha: no me volveréis á ver.

—¡Eduardo!... ¡Eduardo!... ¿de ese modo me dejais? gritó Isaura que siguió al jóven fuera de la casita. Pero Eduardo no la escuchó: lleno de despecho y de celos montó á caballo, y tomó al galope el camino del palacio.

Hallábanse reunidos todos en el salon, escepto Ferulus que habia recibido la orden de salir del castillo, concediéndole únicamente veinte y cuatro horas para hacer sus preparativos, y que se hallaba entonces en la biblioteca, en donde dando al diablo á la esposa del señor de la Roca Negra, empaquetaba los volúmenes que habia llevado al palacio. Alfredo estaba en el salon con la familia, y miraba sonriéndose á Robineau que parecia cada vez mas tímido delante de su muger, y mas sumiso con su suegro.

Eduardo estaba demasiado agitado para presentarse en el salón, y se fué á su cuarto, á donde rogó á Alfredo que acudiese.

No tardó éste en satisfacer el deseo de su amigo. Al ver la palidez y el desorden de Eduardo se quedó admirado; corrió á él, y estrechándole la mano con ternura: le dijo:

—¿Qué ocurre? habla.

Eduardo no pudo contestarle, el dolor le ahogaba, quisiera hablar, pero su corazón estaba muy oprimido: por fin se arrojó en los brazos de su amigo balbuceando:

—Querido Alfredo, me has sacrificado tu amor á Isaura... deseabas fuese feliz... has visto el exceso de mi pasión por esa joven... pues bien, por premio de mi amor no quiere ya verme. Debo perder toda esperanza de poseerla. ¡Cuando olvido que no es mas que una aldeana sin nombre y sin fortuna, se niega á ser mía!..

—¿Quién te ha dicho eso?

—Ella misma: acabo de dejarla en este instante.

—¿Y qué motivos ha alegado?

—La obediencia á un hombre que la prohíbe el volverme á ver...

—¡No me han engañado!... exclamó Alfredo pasado un momento.

—¿Cómo!... ¿qué quieres decir?

—Escucha. Hace dos noches, cuando fui á reconocer la torre, encontré en efecto á un hombre, al vagabundo que tantas veces hemos visto en las montañas: supuso que por hablarme en secreto se había introducido de noche en el palacio, y me dijo que Isaura era indigna de tu amor; que hacia mucho tiempo sospechaba de su conducta, y que por fin había adquirido la certeza de que iba de noche á la Casa Blanca, para ver á un hombre que acababa de llegar á ella...

—¡Pérfida!... va á verle de noche... y yo que respetaba su candor, su inocencia... que temía marchitar su hermosura... ¡Ay! amigo mio, las mugeres... las mugeres... yo me ahogo... no puedo mas... tengo en mi pecho un peso que me oprime, que me mata...

—Vamos, Eduardo, sé hombre, vuelve en tí... una muger que nos hace traición, ¿merece tanto sentimiento?

—Amigo mio, no tengo tu carácter, ¿mas por qué me has ocultado lo que sabías?

—Antes de darte ese disgusto quería adquirir alguna certeza... tenia razones para dudar de la veracidad de la narración de ese miserable que tanto se complace en desacreditar á esa joven... y aun dudo todavía...

—¿Qué?... cuando ella misma acaba de anunciarme que no quiere verme... porque un insolente se lo ha prohibido... ¿Y he de sufrir semejante ultraje?... No, conoceré á ese hombre... veré á mi rival... tendré su vida ó me arrancará la mía...

—Eduardo, tranquilízate: reflexiona antes de...

—Toda reflexión es inútil... estoy decidido á batirme con el que me arrebató el corazón de Isaura...

—Que te le arrebató... no es exacto: piensa que mas bien tú eres quien se le ha usurpado... Ese hombre conocía á Isaura antes que tú... si alguien tiene razón para quejarse es él...

—Si, ese hombre conocía á Isaura... pero antes que volviese á estos sitios, me amaba... me lo juraba al menos... Cada día parecía verme con nuevo placer... y dejarme con pesar... Desde el regreso de ese protector desconocido, me rechaza y ya no puede verme... Ya ves que él es quien me arrebató á la que amo... que él es quien causa mi desgracia...

—Veo que es imposible traer á la razón á un enamorado.

—Amigo mio, mi resolución es irrevocable; esta noche buscaré á mi rival... me cederá á Isaura ó me quitará la vida...

—¿Cederte á Isaura?... ¿pues qué todavía tratas de darte tu nombre?...

—No sé lo que haré... mi sangre hierve... mi cabeza se abrasa... ¡Ay, Alfredo!... ¡plegue á Dios que jamás conozcas los tormentos de los celos!... No me hagas mas

reflexiones, porque no escucharé nada hasta haber satisfecho mi furor.... Esta noche iremos juntos á la Casa Blanca... Allí encontraré á ese hombre que se rodea de tanto misterio... Cuento contigo para que me acompañes. Sin embargo, si no apruebas mi resolución, iré solo...

—Querido Eduardo, ¿me crees capaz de abandonarte en semejante momento? iré contigo.

—Llevaré mis pistolas... toma tú tambien armas...

—Saldremos del palacio á pie, á las ocho, y á las diez llegaremos... Ahora déjame volver al salón.

—Discúlpame de no presentarme en él, dí que estoy indispuerto: en la actualidad me seria imposible concurrir entre gentes con quienes tendria que reprimirme.

Alfredo apretó la mano á su amigo, y no insistió en permanecer con él, porque sabia que en los grandes pesares hay momentos en que hasta los consuelos son importunos. Regresó, pues, á donde se hallaban reunidos los de la casa, y anunció que Eduardo estaba indispuerto. La ausencia de uno de los jóvenes, y la tristeza y preocupacion de Alfredo, no contribuyeron á animar la comida.

Por la noche se trató de jugar al whist, mas como faltaba Ferulus, que por la última vez que había de pernoctar en el castillo no queria complacer al marqués, se propuso á Alfredo el reemplazarle; pero éste contestó que estaba cansado y se retiraria temprano. Entonces el marqués de la Pincerie hizo que sus dos hijas se sentasen á jugar entre cinco, en que su hermano se creia bastante fuerte, porque decia *paso*, antes de mirar las cartas. A las ocho, dejando á Robineau refunfuñando con su suegro y con su muger por una mala jugada que había hecho, Alfredo salió del salón, fué á su cuarto, tomó las armas y su capa porque el tiempo era húmedo y frio, y se dirigió en busca de Eduardo que se paseaba con impaciencia por su habitacion, esperando á su amigo.

—Héme aquí, dijo Alfredo.

—Partamos, contestó Eduardo, ya es tiempo.

—¿Por qué vamos á pie?

—Me parece que así nos descubrirán menos y no nos sentirán llegar. ¿Quién sabe si el que yo quiero encontrar tiene en el camino algunos espías encargados de avisarle, para evitar una sorpresa?

—Sea en buen hora, marchemos á pie: tal vez el ejercicio y el aire fresco de la noche te calmarán un poco.

Eduardo no contesto: tomó sus pistolas, se embozó en la capa y bajó la escalera. Los dos jóvenes hicieron les abriese la puerta el conserje, á quien Alfredo puso una moneda de oro en la mano, para que aguardase que volviesen al palacio, lo cual podría ser ya muy avanzada la noche. Salieron por fin al campo, y á la pálida claridad de la luna que se veia de cuando en cuando entre nubes, tomaron el camino que conducia á las montañas.

Eduardo marchaba silencioso con precipitado paso, y Alfredo no se atrevia á turbar sus reflexiones: se contentaba con mirar alguna que otra vez los peñascos y montañas que les rodeaban: aquel viaje de noche le recordaba el que habían hecho al ir á la Roca Negra: pensaba en su alegría de entonces, y suspiraba al meditar cuán poco tiempo había sido suficiente para disipar la felicidad que les prometia el porvenir.

Después de andar legua y media sin detenerse, y cuando ya se hallaban á corta distancia del valle, Alfredo dijo á su amigo:

—Descansemos un momento... tomemos aliento... e que buscas quizá no estará tan pronto en la Casa Blanca.

—Bien, dijo Eduardo, descansemos aquí: y se sentó junto á Alfredo en una peña: como guardaba silencio, Alfredo le agarró la mano y le dijo:

—¡Pobre Eduardo!... es necesario que convengas en que somos muy locos en afanarnos tanto por una muchacha... muy linda, es verdad... ¡pero hay tantas que todavía no conocemos!...

—Alfredo, esto podrá ser una necedad, una locura... Conozco que haria mejor en olvidar á Isaura, en despreciarla... pero, amigo mio, los hombres perseveramos en una cosa, aunque estemos convencidos de que obramos

mal. Ya te lo he dicho; tú no comprendes el amor como yo... y es para ti una felicidad... Has amado á Isaura apasionadamente, pero en cuanto tomaste la resolución de sacrificarme ese amor, has podido alejar de tu pensamiento una imagen adorada, y pasados algunos días ya te acordabas de ella mucho menos. Yo amaba á Isaura sin manifestarlo tanto, pero de un modo, que mi amor solo concluirá con mi vida.... Quiera Dios que no tenga que padecer mucho tiempo... Vamos, trascurren las horas, y estoy impaciente por llegar.

Levantóse Eduardo, emprendieron otra vez la marcha, y al cabo de diez minutos llegaron al valle. Entonces Eduardo se vió obligado á detenerse: temblaba todo su cuerpo, respiraba con dificultad, y casi tenía que apoyarse en el brazo de Alfredo para sostenerse.



Los testigos de Robincan.

A guarda, aguarda... le dijo; la vista de este sitio me hace un daño.... Perdóname, querido Alfredo, todos los disgustos que te causo.

Por única respuesta, Alfredo le apretó la mano, y bien pronto volvieron á proseguir la marcha: pero no vieron que el hombre del baston nudoso que estaba parado á corta distancia, seguía entonces sus pasos, procurando mantenerse constantemente oculto.

—Vamos primero junto á su casa, dijo Eduardo, y sabremos si se halla en ella.

Marcharon en silencio, procurando hacer el menor ruido posible con sus pasos, y no tardaron en llegar á la casita: vieron luz en la habitación del piso principal, porque la ventana estaba abierta, y divisaron desde lejos á Isaura.

—¡Allí está!... dijo Eduardo en voz baja.

—Si, contestó Alfredo, y se encuentra sola.

—No hace nada... parece absorta en sus pensamientos... Alfredo... mira que hermosa es siempre...

—Amigo mio, por ser infiel, no deja una muger de ser bella... y aun algunas veces, despues lo parece mas...

—Se levanta... va á acariciar á Valiente... mira, casi se diría que llora. ¡Ay! amigo mio, si no me contuviese iría á arrojarme á sus pies...

—Aguarda, se acerca á la ventana... ocultémonos entre esos árboles.

Isaura se llegó á la ventana y miró á la Casa Blanca.

—Allí, y siempre allí dirige su vista... dijo Eduardo con dolor. ¡Insensato!... ¡y juzgaba que pensaba en mí!...

Durante diez minutos, Isaura permaneció en la ventana, y los jóvenes, colocados detrás de los árboles, no la perdían de vista como tampoco á la Casa Blanca. Pasado aquel tiempo apareció una luz en una de las ventanas de la casa misteriosa.

—Sin duda es la señal que aguardaba, dijo Alfredo. En efecto, la joven se quitó al punto de la ventana, desapareció de la habitación, y salió con mucha precaución de la casita. Eduardo apretó con fuerza el brazo de Alfredo; no podía hablar, pero seguía todos los movimientos de Isaura. Esta, despues de cerrar la puerta, atravesó con paso precipitado la pradera. Llegó bien pronto á la puerta de la Casa Blanca, se deslizó en ella, y volvieron al momento á cerrarla.

Siguieron los jóvenes, la vieron entrar en la casa, y se detuvieron á algunos pasos.

—No hay duda... dijo Eduardo con voz apagada, ahí está... ahí... con mi rival... voy á...

—¿Qué vas á hacer? dijo Alfredo conteniendo á su amigo, ¿á llamar á la puerta?... ¿á meter ruido?... no te abrirán, y no sabrás mas. ¿No valdría mas aguardar á que salga?... quizá el que está adentro la acompañará, y podremos oírlos y observarlos sin ser vistos... Siempre te queda tiempo para desafiar á tu rival, pues hallándose ahí no se puede escapar.

—Si, si, tienes razon, dijo Eduardo, aguardemos... procuraré tener la ventaja.

—Coloquémonos entre esos árboles, estaremos precisamente enfrente de la puerta, y no nos podrán ver... Ven...

Alfredo arrastró tras sí á Eduardo hasta los árboles que estaban á unos cuarenta pasos de la Casa Blanca. Allí se pusieron en el sitio mas sombrío, y allí aguardaron en silencio á que volviese á abrirse la puerta que tenían enfrente.

Trascurrió un cuarto de hora en tan penosa expectativa, y Eduardo moría de impaciencia y de celos: sin embargo, el deseo de adquirir pruebas de la perfidia de Isaura, le daba fuerzas para resistir los impetuosos movimientos de su alma. De repente se oyó un ligero ruido, pero no venía de la Casa Blanca, si no de detrás de ella.

—Me parece haber oído algo, dijo Eduardo.

—Y á mí tambien, contestó Alfredo.

—¿No estaremos solos aquí?

Miraron con atencion en derredor suyo, pero no vieron á nadie. En aquel momento la luna, que acababa de salir de entre las nubes, permitió distinguir muy bien los objetos, y Eduardo se estremeció al oír abrir la puerta de la Casa Blanca. ¡Hélos aquí!... dijo.

Isaura salió primero: la seguía un hombre de estatura alta, embozado en una capa y con sombrero redondo metido hasta las cejas. Aquel hombre é Isaura se hallaban entonces en la sombra que proyectaba la casa. Bien pronto la joven dijo con tono triste: Adios amigo mio... á dios; me vuelvo á mi habitación... No me volvereis á reprender, ¿no es así?... No vendrá mas... ya le he dicho que no podía admitirle...

El hombre que estaba con Isaura la contestó en tono muy bajo para que los jóvenes pudiesen oírle, pero segun hablaba daba algunos pasos acompañando á la joven hacia su morada. Eduardo los siguió manteniéndose siempre oculto en el lado de la sombra, mientras Alfredo se quedó escondido entre los árboles al frente de la casa, para cortar la retirada al desconocido.

Isaura y su compañero se detuvieron, y este estrechó con ternura á la joven entre sus brazos. Al ver aquello, Eduardo enfurecido iba á arrojarse sobre ellos, pero ya Isaura corría hacia su casa, mientras que el otro marchaba á paso acelerado hacia la casa, siguiendo la hilera de árboles que ocultaban á Alfredo á la vista. Como la luna daba entonces de lleno en el rostro de la persona que pasaba por su lado, Alfredo pudo examinarla á su satisfacción: pero lejos de detenerla é impedirle que entrase en

la Casa Blanca, Alfredo se quedó inmóvil en el sitio que ocupaba. Eduardo corrió detrás del que quería acometer, pero le vió introducirse en la casa, cuya puerta cerró en seguida.

—Ha pasado por junto á tí, le dijo á Alfredo, ¿y nó le has detenido?... no le has impedido sustraerse á mi furor... Ahora ya no puedo dudar de la perfidia de Isaura... Ese hombre la ha estrechado entre sus brazos... ¡Ah!... ¡va á pagar con su vida su felicidad!... si, en el caso de que se niegue á abrirme, aunque tenga que escalar las tapias y romper las ventanas... no se me escapará...

Eduardo corria ya hácia la casa con las pistolas en la mano, pero recobrado Alfredo del estupor que se habia apoderado de él, corrió detrás de Eduardo, le agarró del brazo, y le detuvo diciendo:

—Eduardo, te suplico que no pienses mas en ese combate... no puede verificarse...

—¿Qué no piense en vengarme?... ¿Para usar ese lenguaje has venido á acompañarme?... Déjame...

—No, en nombre de la amistad te ruego que arrojes esas armas... me causan horror...

—Pues que interés te inspira ese hombre... yo le detesto... le aborrezco... y su sangre...

—Qué dices, ¡desgraciado!... es mi padre...

—¡Tu padre!... exclamó Eduardo en quien aquellas palabras hicieron el efecto de un rayo, mientras que un poco mas lejos el vagabundo repetia con voz ronca: ¡su padre!... y luego se alejó y desapareció entre los árboles.

Después de algunos momentos de silencio, Eduardo, que parecia que solo entonces habia recobrado el sentido, entregó sus pistolas á Alfredo, diciéndole:

—Toma, toma... quitame esas armas... tienes razon... no puedo batirme con él...

Sin dejar tiempo á Eduardo para variar de resolucion, Alfredo le agarró del brazo, y se le llevó precipitadamente lejos de la Casa Blanca.

CAPITULO XXVII.

La despedida del castillo.

Alfredo condujo á su amigo por el primer camino que encontró al paso: no pensaba mas que en apartarle de la Casa Blanca y de la mansion de Isaura. Los dos jóvenes anduvieron largo tiempo al azar y en silencio. Su corazon estaba demasiado oprimido para que pudieran comunicarse todavía sus pensamientos. Pero después de caminar un gran rato sin mas objeto que el de alejarse del valle, estenuados de cansancio y emociones, se detuvieron en una espaciosa pradera: Eduardo se tendió sobre la yerba diciendo á Alfredo:

—Descansemos aquí... necesito respirar un momento.

Alfredo se sentó junto á su amigo: durante largo tiempo guardaron ambos silencio, mas por fin, Eduardo dijo con voz alterada:

—¿Estas bien seguro de que ese hombre es tu padre?

—Amigo mio, los ojos de un hijo ¿pueden acaso engañarse?... Si, él es... pasó junto á mí: la luna alumbraba perfectamente, y tuve tiempo suficiente para mirarle y reconocerle... lleno de sorpresa me quedé inmóvil, y no salí de entre los árboles que me ocultaban á su vista... de lo que doy gracias al cielo... Un hijo, jamás debe dar lugar á que el autor de sus dias se ruborice delante de él. No debo tampoco procurar conocer los motivos de la conducta de mi padre, ni los sentimientos que experimenta por Isaura... ¿No es dueño de sus acciones?... y si tiene algunas debilidades, ¿no las recompensa con mil buenas cualidades?... ¡Ay! ¡mi querido Eduardo!... ¡cuando pienso en el desastroso acontecimiento que podia haber ocurrido, si no hubiese conocido á mi padre... si la oscuridad nos hubiera ocultado sus facciones á los dos!... ¡Todavía me estremezco!... ¡mi corazon se hiela!... Mi padre... tan bueno, tan indulgente para mí... que no

anhela mas que hacerme dichoso... que es para mí el amigo mas tierno... ¿habria muerto quizá por tu mano en presencia de su mismo hijo?... ¡Ay! ¡amigo mio!... ¡créeme, todas las penas del amor, todos los tormentos que nos causa una muger, jamás llegarán á la angustia que experimenta el corazon de un hijo con solo el pensamiento de haber podido, sin saberlo, servir de testigo al asesino de su padre!...

—Alfredo, ahora creo que estas tranquilo.

—Si... estoy persuadido de que respetarás á mi padre... y ademas, amigo mio, es necesario ser justos, no es él quien te ha engañado... Isaura es únicamente la culpable... no debia haber correspondido á tu amor... no debia darte esperanzas... pero las mugeres ceden siempre al deseo de agrandar, sin pensar en lo que luego podrá resultar. En tu celoso furor, quieres batirte con el que la ha prohibido volverte á ver y escucharte... Sin embargo, ¿no tenia derecho para ello? ¡sin duda conoce á esta joven hace largo tiempo! he ahí el motivo de sus frecuentes viages en que jamás me proponia que le acompañase... ¡Oh! si, hace mucho tiempo que viene á la Casa Blanca... pero un amorio... Confieso que eso me asombra, y tengo mucha dificultad en creerlo. Desde la muerte de su segunda esposa, de esa Adela á quien amaba tanto, le he oido decir cien veces, que ninguna muger podia ya conmover su corazon... Sé muy bien que el decir eso no impide que... pero lo repito, eso me asombra... En lo que ha hecho mal ha sido en no haberme confiado esa intriga, y en no decirme dos palabras acerca de ella... ¿no soy yo tan amigo suyo como hijo?... Entonces no hubiéramos ido á pasearnos junto á la Casa Blanca, ni á hacer la corte á la muchacha: no me habria espuesto á ser el rival de mi padre... mas puesto que quiere ocultarlo, respetemos su secreto... Ignora que estamos en este pais; jamás se lo he escrito, y seguramente si la niña le ha hablado de un Eduardo, no habrá pensado que es el amigo de su hijo.

Eduardo escuchó tranquilamente á Alfredo; parecia aprobar cuanto acababa de decir: estaba mas sosegado, y la razon se hacia oír. El aire puro y fresco de la noche, y el descanso que acababan de disfrutar, habian hecho tambien su efecto: la sangre circulaba mas libremente, las opresiones eran menos fuertes; el que se entrega á la ira de los celos y no sueña mas que en tomar venganza, estaria menos furioso si se pasease al aire libre por espacio de un cuarto de hora. Lo físico y lo moral tienen entre sí alguna relacion.

Después de nuevos instantes de silencio, Eduardo dijo á su amigo:

—No quiero permanecer ya en este pais... por el contrario, me apresuraré á alejarme de él... Mañana me despediré de los habitantes del palacio, y dejaré la Auvernia, á donde por mi tranquilidad, jamás hubiera debido venir.

—Partiré contigo... comienzo ademas á cansarme del palacio de la Roca Negra, y de todas las personas que encierra...

—Si, mañana nos despediremos... Volveremos á Paris para buscar distracciones, ó si lo prefieres, iremos á visitar la Suiza y la Italia...

Te acompañaré á todas partes... el tiempo... y la amistad llegarán á borrar de tu pensamiento, penosos recuerdos... Vamos, dame la mano, Eduardo... Créeme, cuando uno posee un amigo verdadero, no es completamente desgraciado.

Los dos jóvenes se apretaron largo tiempo la mano, y Eduardo prometió á Alfredo hacer cuanto pudiese por olvidar á Isaura.

—¿Endónde estamos? dijo Eduardo pasado un momento.

—No lo sé, á fe mia... hace ya largo rato que andamos, y no he fijado la atencion en el camino. No conozco este parage, y la luna se ha ocultado. Como pudiéramos extraviarnos, en mi concepto lo mejor seria que nos quedásemos aquí hasta el amanecer, y en siendo ya de dia, nos dirigiremos al castillo.

Eduardo fué de la misma opinion de Alfredo, y ambos se tendieron sobre la yerba para dormir un poco, pero el sueño huyó de los párpados del amante de Isaura, que tenia siempre fijas en su pensamiento las graciosas facciones de aquella á quien habia contraído la dulce costumbre de amar y de ver todos los dias.

En cuanto comenzó á rayar el alba, los jóvenes se levantaron, y los labradores, que iban á su trabajo, les indicaron el camino del palacio. Llegaron á él á las ocho de la mañana, y encontraron en el patio á Ferulus, que tenia en su casaca los grandes botones de acero, pero que llevaba debajo del brazo unos libros como el día en que fué á establecerse en la Roca Negra.

El sabio se detuvo en medio del patio, dirigió la última mirada á las ventanas de la habitación que ocupaba, y exclamó: ¡Adios, Roma, yo parto! Al volverse vió á los dos jóvenes, se acercó á ellos con aire triste y les hizo una profunda reverencia.

—¿A dónde vais tan temprano, señor Ferulus?

—Me marchó, señores, deo para siempre estos sitios; me despiden, me han destituido... ¿Y por qué? porque he enseñado á una joven á servirse del calentador que nos ha dado la naturaleza... No es culpa mia que no hubiese otros en el palacio.

—¿Pues qué no se ha arreglado eso?.... Robineau es buen muchacho.

—Desde que se ha casado es la nulidad mas completa, pobre y querido joven... Verá desengaños mas crueles... No he tenido la dicha de agradar á su esposa... no le han parecido buenos mis versos, ó por lo menos no ha querido oírlos... Señores, no hay que esperar nada del que no sabe respetar la ciencia... Despues que me he fastidiado todas las noches jugando con ese insolente la Pincerie, y con su imbécil hermano, he aquí la recompensa... *Saturus sum opprobriis*.... y puesto á la puerta de la calle, sin pagarme ni siquiera un mes de mi sueldo de bibliotecario... ¡Pero que encuentren otro como yo!... La señora dice que su tio hará lo que yo hacia aquí... ¡qué blasfemia!... Segun parece, todos los empleos que el querido tio debía conseguir, se reducirán á ser criado en casa de su sobrina. Me llevo la biblioteca debajo del brazo; me pertenece, es mi única fortuna... Voy á volver á formar otra escuela, ó á ver si encuentro otro *Mecenas* que quiera un Virgilio para llegar á la inmortalidad, mediante cien escudos por año... me parece que esto no merece la pena de carecer de él. Por lo que hace á este castillo, pronto le vereis, señores, comido, saqueado, vendido y abandonado: se desplomará sin que se recuerde el nombre de su último poseedor, y se buscará la Roca Negra como ahora se buscan *Babilonia*, *Tebas* y *Ninive*.

—No veremos eso, querido Ferulus, porque tambien vamos á dejar el palacio.

—¿Vais á dejarle, señores? dijo Ferulus gozoso: pláceme en extremo... Esas gentes no son dignas de poseerlos... Fuera de vos y de mí, ¿qué quedará que valga algo en el castillo?... ¿Regresais á París?

—Tal vez... pensamos viajar un poco...

—¿Necesitais un intérprete para serviros de trujuman en los países que vais á recorrer?

—No, sabemos bastante para hacernos comprender á donde vayamos.

—¿No teneis, por casualidad, algunos hijos cuya educación sea necesario formar?

—No, señor Ferulus, á lo menos por ahora.

—Pues entonces, señores, os saludo; *vale et me ama*.

El sabio se alejaba tristemente: los jóvenes hubieran querido hacerle aceptar su bolsa para evitar que se muriese de hambre un hombre que solo aspiraba á conducir á sus semejantes á la inmortalidad, pero no sabian como componerse para no ofender su amor propio: sin embargo, Ferulus, que caminaba con lentitud y pesadumbre, dejó caer un volumen de los del paquete que llevaba debajo del brazo, y continuó su marcha sin advertir la pérdida. Alfredo recogió el tomo, puso debajo

de él su bolsillo, llamó al sabio, que se detuvo inmediatamente, y corriendo á él, el joven le puso en la mano el libro y la bolsa diciéndole:

—Señor Ferulus, se os ha caído este volumen.

—*Jehova*... es el tratado de Séneca sobre el desprecio de las riquezas.

—Quizá os hará falta.

El ex-bibliotecario cerró inmediatamente la mano en que le habian colocado los dos objetos, dirigió una amable sonrisa á Alfredo, y luego se alejó con presteza, como si temiese que le quitasen lo que acababan de darle.

Alfredo y Eduardo volvieron á su cuarto hasta la hora de almorzar, y entonces acudieron al salon en donde estaba reunida toda la familia. Aunque se habia acostado con su muger, Robineau no estaba menos tímido á su lado; pero Cornelia apenas tenia tiempo para contestar á su marido; regañaba á todos los criados, y acababa de anunciar á su marido que Juanita, el jockey y Cunette, no tardarian en seguir á Ferulus. Robineau tampoco tenia tiempo para aprobar las resoluciones de su muger, porque cuando queria hablar, su suegro le cortaba la palabra diciéndole:

—Dejad obrar á vuestra esposa, y no la contradigais jamás, ó pardiez... tendreis que habéroselas conmigo.

Los jóvenes anunciaron que iban á dejar el palacio, y Eudoxia dijo á media voz:

—Esto va á quedar muy divertido... seguramente no estaré aquí mucho tiempo.

La señora de la Roca Negra recibió aquella noticia con suma frialdad: los dos jóvenes habian quedado poco deslumbrados con sus atractivos, para que sintiese su ausencia. Pero Robineau, que comenzaba á observar que desde que se habia casado no se divertia tanto como esperaba, dijo:

—¿Cómo!.... ya quereis dejarnos.... marchar... ¿y cuándo?

—Hoy mismo, le contestó Alfredo.

—¿Hoy?... no lo consentiré... no lo consentiremos: eso disgustaria á mi esposa. Todavía algunos dias mas, no se marcha tan bruscamente...

—Pues bien, no partiremos hasta mañana, respondió Eduardo, que hacia algunos minutos parecia ocupado en profundas reflexiones.

—Sea mañana, dijo Alfredo, que estaba sorprendido de que su amigo quisiese dilatar la marcha.

No tardaron todos en hacer lo que mas les agradaba. Eudoxia, que sin duda queria que Alfredo se despidiese de ella, le pidió el brazo para ir á pasear por el jardin. Cornelia se quedó sola con Robineau y le dijo: ¿Por qué os permitis detener á esos caballeros en casa, sin saber si yo quiero ó no?

—Amiga mía, he creído que...

—Vuestros amigos son muy poco amables: todo el tiempo le pasan yo no sé donde, y solo vienen aquí para comer... En adelante, caballero, yo convidaré á las personas á quienes quiera recibir.

—Bien, querida amiga, si quereis voy á decir á Alfredo y Eduardo que pueden marcharse ahora mismo si gustan, pues nos es indiferente...

—Otra necedad... no señor: no digais nada, no hagais nada, no os mezcleis en nada; he ahí lo que se os exige.

Despues de decir esto, Cornelia dejó á Robineau, que cuando se vió sin testigos dió una patada en el suelo y dijo:

—No quiero contradecirla porque estamos en la luna de miel, pero yo sé que soy el amo, y eso me basta.

Despues de pasear largo tiempo con Eudoxia, Alfredo volvió al castillo, lo dispuso todo para su próxima partida, y luego regresó al lado de Eduardo.

—¿Por qué motivo has querido dilatar nuestra marcha? le dijo Alfredo: me parecia que debias tener prisa para alejarte de este país... de estas montañas...

—Si, si, sin duda, contestó Eduardo un poco embarazado, pero antes de dejar la Auvernia... á donde no volveré jamás... quisiera... Alfredo, ¿vas á reprenderme?...

—No, dime francamente lo que todavía esperas.

—Yo no espero nada, pero no puedo resistir al deseo de volver á ver otra vez á Isaura... de dirigirla la última despedida...

—No lo aguardaba.

—La he dejado bruscamente... á pesar de que entonces no conocía toda su perfidia.. pero tranquilízate, no es para darte quejas inútiles por lo que quiero verla, al contrario, la diré... que la perdono todo el mal que me ha hecho... que deseo sea feliz... que jamás su imagen. ¡oh! no, no la diré eso, y sin embargo... ¡Ay! amigo mio, vitupérame mi debilidad, pero me parece que la amo mas que nunca...

—¿Quieres ir á ver á Isaura?... ¿pero lo has pensado bien?... ¿y si encontramos ó tú encuentras allí al baron?..

—Acecharé el momento en que se halle sola: sabes muy bien que permanece pocos momentos en la Casa Blanca: aunque no la hable mas que un instante, es preciso que la vea otra vez... Alfredo, piensa en que será la última...

—Pues bien, te acompañaré: iré contigo .. al menos estaré mas seguro de que no cometes ninguna imprudencia, y podré velar para que no te sorprendan á su lado.

—Querido Alfredo, cuán bondadoso eres!

—Es necesario que yo sea cuerdo cuando tú haces locuras: á cada uno le toca su turno. Voy á decir al jockey que tenga los caballos preparados para esta tarde, porque no veo la necesidad de ir tambien á pie. Partiremos á la hora de acostarnos, y nos retiraremos pronto pretestando nuestra marcha de mañana... Eduardo, espero que no llevarás armas...

—¡Qué idea!... ¡ah! no, no quiero ver mas que á ella.. no quiero mas que decirle adios antes de separarme de ella para siempre...

Convenido ya todo, los jóvenes fueron á reunirse con la familia. Como Ferulus habia predicho, la comida fué menos alegre que de costumbre. Alfredo y Eduardo tenian demasiado en que pensar para sostener la conversacion. Eudoxia parecia fastidiarse: el marqués de la Pincerie estaba de mal humor, porque preveía que ya no tendria á nadie con quien jugar su partida: Cornelia conservaba su aire de altivez y apenas hablaba: su tio se mostraba muy contento, porque la sobrina le habia encargado muchas cosas en la casa, y en fin, Robineau trataba á sus amigos con estremada frialdad, con la esperanza de complacer á su muger.

Por la noche se despidieron los jóvenes.

—Es posible, dijo Alfredo, que marchemos antes de que estas señoras se hayan levantado.

—Como gustéis, caballeros, dijo Robineau, y si os agrada marchar esta noche, podeis...

El señor de la Roca Negra no concluyó, porque su muger le tiró del frac de manera que por poco se le hace pedazos. Alfredo y Eduardo se sonrieron, y despues de algunas horas de conversacion, interrumpida por los frecuentes bostezos del marqués y los abogados suspiros de Mad. Hautmont, se dijeron adios, y se separaron.

Los jóvenes dejaron que los individuos de la familia se encerrasen en sus respectivas habitaciones: bajaron luego al patio, en donde encontraron los caballos ensillados, y mandaron al conserje que los abriese, diciéndole:

—Volveremos dentro de dos horas.

—Volved cuando queráis, les respondió Canette que segun su costumbre estaba achispado, la puerta la encontrareis abierta. La señora me ha dicho que puedo buscar otra colocacion, y ya comprendéis que no me he de incomodar en tener cuidado de la puerta... Me voy á acostar, y entre quien quiera no pienso moverme.

CAPITULO XXVIII.

Atentado.

—Con mucha frecuencia hemos recorrido de noche estos campos, dijo Alfredo haciendo marchar su caballo al

29 XX La Casa Blanca.

lado de Eduardo. La lluvia que habia caido desde media tarde habia puesto los caminos intransitables, y solo andando con precaucion podian los ginetes avanzar sin contratiempo.

Eduardo solo contestó á su amigo exhalando un profundo suspiro. Alfredo concibió que en el momento de ver á Isaura por la última vez estaria enteramente ocupado en sus recuerdos y en su pesar, y respetando el silencio y la tristeza de su amigo, se mantenía á su lado sin hablarle una palabra.

No habian andado mas que la tercera parte del camino: la lluvia era muy fria, y dos veces que Eduardo trató de avivar su caballo por poco cae el animal: el camino era bastante pendiente, y tuvo que resignarse á marchar al paso.

—Creo que hubiéramos adelantado mucho mas á pie, dijo Eduardo con impaciencia.

—¿No nos sobra tiempo para llegar? le contestó Alfredo: no tenemos prisa para volver al palacio... y además, para decir adios á Isaura no necesitas toda la noche.

—No sé lo que tengo, pero me parece que no llegaré bastante pronto á su lado... me oprimen pensamientos siniestros... Alfredo, ¿crees tú en los presentimientos?...

—¡Qué bobada! cuando se experimenta algun disgusto, cuando uno se ha engañado, y vé mal correspondido su afecto, á cada instante teme una nueva desgracia: suele llamarse á eso presentimientos, cuando no es mas que el resultado de la disposicion de nuestro ánimo. Las personas felices, á quienes todo sale bien, no tienen presentimientos; pero si alguna vez les acontece algo desagradable, como no lo han previsto, porque no lo ven todo con negro colorido.. Maldito caballo... como tropieza... Francisco, que ha estado últimamente en Clermont, me ha dicho que allí venden dos muy buenos; si quieres que viajemos asi, los compraré.

Eduardo no contestó: estaba pensativo, y solo dijo en voz baja:

—¡Qué oscura y triste está la noche!... ¡qué diferencia de la de ayer!...

—Si, respondió Alfredo, comienzo á creer que el invierno no debe ser muy delicioso en Auvernia.

—¡Ah! si me hubiese amado como decia... si hubiera podido vivir á su lado... esas montañas cubiertas de nieve, esos ventisqueros, esos sitios agrestes, habrian sido siempre risueños para mis ojos...

—Vamos, Eduardo, ten juicio: el tiempo te consolará... yo tambien amaba á Isaura... si, estaba loco, y sin embargo he conseguido triunfar de ese amor.

Eduardo nada respondió, pero suspiró y dijo entre si: ¡estaba muy lejos de amarla como yo!

Llegaron por fin á la bajada del valle: se detuvieron y ataron los caballos en el sitio acostumbrado, y en seguida se dirigieron hacia la casita. Alfredo agarró del brazo á Eduardo, cuya turbacion se aumentaba á medida que se iba aproximando á la habitacion de Isaura.

—¡Está en la casa!... exclamó Eduardo que acababa de ver luz, por hallarse entreabierta una ventana del piso principal. Amigo mio, detengámonos un momento... mi corazon late con tanta violencia... Está en su cuarto... temia no volverla á ver... desesperaba llegar á tiempo. Tienes razon, Alfredo, cuando hay algun pesar, la imaginacion le aumenta. Pero la ventana está de modo que no puedo verla como ayer... verla... sin que sepa que estoy aqui...

—Puesto que quieres hablarla por última vez, es preciso que sepa que estás ahí... ¿golpeamos en la puerta, ó prefieres llamarla?

—No sé... aguarda... ¿y si hubiese alguien con ella?.. ¿Ves la luz en la Casa Blanca?...

—No.

—¿Y cómo nos hemos de cerciorar de que se encuentra sola?... ¿y si tu padre estuviese ahí?... Aguardemos: tal vez abrirá la ventana, ó saldrá para ir á la Casa Blanca.

Los dos jóvenes aguardaron algunos minutos, y Eduardo tenía siempre fija la vista en la ventana en donde brillaba la luz.

—Es muy extraño, dijo por fin, no veo ninguna sombra á través de las cortinas... la luz no varia de sitio... y ni el menor ruido anuncia que esté ahí... y sin embargo, en este solitario valle se oye cualquiera movimiento por leve que sea... Alfredo, esta calma profunda tiene algo de aterradora.

—¡Todavía ideas tétricas!... eres incorregible... ¿Qué quieres que haya ocurrido?... ¿Se han visto acaso en este país ladrones ó bandidos....

—Ven, acerquémonos á la casa: quizá oigamos algo...

Alfredo siguió á Eduardo, y ambos se arrimaron á la puerta de entrada, pero el mas profundo silencio continuaba reinando en la mansion de Isaura.

Eduardo, poseido de un recuerdo repentino, exclamó:

—¡Gran Dios!... hemos llegado hasta la puerta, y no ladra Valiente, que desde bien lejos siente acercarse á alguien...

—En efecto, respondió Alfredo: esa circunstancia es singular.

—No puedo resistir mas: llamemos.

Eduardo golpeó con el llamador en la puerta, al principio ligeramente, y luego con mas fuerza, pero ningun ruido anunciaba que se dispusiesen á abrir.

—¡Isaura!... ¡Isaura!... soy yo, dijo Eduardo colocándose debajo de la ventana: vengo á deciros adios... antes de alejarme de este país... ¿No quereis verme ya?

No recibió ninguna respuesta: la agitacion y la turbacion de Eduardo llegaron á su colmo:

—Ha jurado no volverme á hablar ni oirme... exclamó, y en su despecho llamó fuertemente á la puerta: entonces un quejido sordo que parecia salir de detrás de la casa, respondió al ruido que Eduardo acababa de hacer.

—¿Has oido?... dijo á Alfredo.

—Si, me ha parecido...

—Escucha... ese sonido lúgubre ha resonado en mi corazón... alguna desgracia ha ocurrido á Isaura... es preciso entrar en la casa.

Alfredo, que entonces participaba ya de los temores de Eduardo, le ayudó á forzar la puerta de la casita, que cedió por fin á su violento impulso, y los dos jóvenes entraron en la sala baja, en donde reinaba la mas profunda oscuridad.

—Subamos... vamos inmediatamente á su cuarto, dijo Eduardo buscando á tientas la escalera; la encontró y subió por ella con rapidez: bien pronto se encontró en frente de la habitacion de donde salia la luz y cuya puerta no estaba cerrada. Eduardo, seguido de Alfredo, entró en el cuarto de la joven, pero le encontraron desierto, y observaron en él un desórden que no era natural. Los cajones de la cómoda estaban abiertos y tirados por el suelo algunos vestidos de muger: parecia que solo habian tomado á la ligera algunos efectos, y varias monedas caidas en el pavimento, indicaban que se habia extraído tambien el dinero que aquel mueble encerraba.

—No está aquí... exclamó Eduardo, mirando con terror en derredor suyo. ¿Qué significa el desórden que reina en este sitio?... ¿la han arrancado de su morada contra su voluntad?...

—Ven, dijo Alfredo tomando la lámpara, registremos la casa, y tal vez encontraremos algun indicio... Averiguemos primero de donde sale ese ruido que hemos oido.

Volvieron á bajar, entraron en todas las piezas llamando á Isaura, pero no obtuvieron respuesta: mas al pasar por junto al patio que estaba entre la casa y el huertecito, volvieron á oír el mismo quejido que tanto les habia alarmado. Dirigiéronse al patio, y vieron manchas de sangre. Eduardo sintió helársele el corazón... pero bien pronto se horrorizó al ver á la entrada del jardinillo á Valiente, atravesado con muchas estocadas, bañado en su sangre, pero que todavía procuraba arrastrarse hacia los que reconocia por amigos de su ama.

—Es Valiente... está asesinado... dijo Eduardo. ¡Ay! amigo mio, ¿qué horroroso acontecimiento ha ocurrido?... se habrán introducido en esta habitacion algunos foragidos... algunos asesinos... Pero ¿qué han hecho de Isaura?... han muerto al que queria defenderla... y yo no estaba aquí... ¡Pobre Valiente!... parece pedirme á su ama... Por el jardin se la habrán llevado... ven, registremos todavía mas.

—Pero Valiente no está muerto, dijo Alfredo, quizá sus heridas, que parecen hechas con una espada, no sean graves. Dejaremos sin socorro al que se ha atrevido á defender solo á su ama?... ¡Pobre perro... como nos mira! Aguarda que lave sus heridas... tu pañuelo y el mio, tal vez bastarán para contener la sangre.

A pesar de su impaciencia por volar en busca de Isaura, Eduardo ayudó á su amigo en los cuidados que prodigaba al celoso defensor de la joven. Valiente fué conducido con mucho tiento á la cama de su ama, y envuelto en una sábana. En seguida los jóvenes volvieron al jardin, y encontraron abierta todavía una puertecita que daba al campo. Las gotas de sangre anunciaban que el perro habia seguido hasta aquel parage á su ama, y que por allí se la habian llevado.

Eduardo queria recorrer el campo y seguir la huella de los raptos de Isaura; esperaba alcanzarlos, y pidió á Alfredo sus armas.

—¿Qué quieres hacer ahora? le dijo Alfredo: ignoras por qué lado han encaminado sus pasos... ¿con una noche tan oscura á donde quieres dirigirte? ¿no vale mas aguardar á que sea de día?...

—Aguardar... y tal vez en este momento me llama en su socorro.... Todo parece indicar que no hace todavía mucho tiempo que se ha cometido este horrible atentado... Alfredo, te suplico me des tus pistolas... ¿Qué tienes que temer?... solo pretendo devolver Isaura á tu padre... Si hubiese estado aquí, indudablemente la habria defendido... ¡Ven!... ¡ven!... recorramos esas montañas: quizá sea aun tiempo de salvarla.

Alfredo cedió á los deseos de su amigo, le dió una de sus pistolas, se quedó con la otra, y procuró seguir á Eduardo, que con paso precipitado recorria el campo.

El tiempo continuaba siempre muy nublado, y era muy difícil el descubrir los objetos sino á corta distancia. Eduardo se paraba y escuchaba, por si acaso oia gritos ó marchar á alguien. Pasaron la Casa Blanca y se dirigian hacia Chadrat. Alfredo estaba un poco detrás de Eduardo, cuando oyeron pasos delante de ellos. Al punto Eduardo se arrojó hacia aquel lado, y antes que Alfredo pudiera detenerle ni recomendarle que obrase con prudencia, se encontró delante de una persona, á quien detuvo bruscamente gritando:

—¿A dónde vais?... ¿de dónde venís?...

La persona á quien Eduardo acababa de detener dió un paso atrás, y sacando el brazo de debajo de la capa, presentó al joven la boca del cañon de una pistola, respondiendo con voz firme:

—¿Con qué derecho me interrogais?

Al oír el acento de aquella voz tan conocida de su corazón, Alfredo se colocó con presteza delante de Eduardo, exclamando...

—Desgraciado!... ¿qué haces?... es mi padre...

El baron de Marcey, (porque efectivamente era él) lanzó un grito de sorpresa al reconocer á su hijo, mientras Eduardo permanecia inmóvil.

—Eres tú... Alfredo... de noche... en estas montañas y con...

—Tranquilizaos, padre mio, contestó Alfredo: el que veis conmigo es Eduardo, y si os ha detenido tan bruscamente, estad seguro de que no nos hemos hecho saltadores de caminos... Por el contrario, procuramos descubrir las huellas de los raptos de una joven, y al veros Eduardo os ha detenido por uno de los que buscamos.

—¡Vosotros en este país... vosotros aquí!... dijo el baron que no podia volver de su sorpresa, y esa joven...

—Es Isaura, contestó Eduardo.

—¿Isaura!... ¿conoceis á Isaura?... exclamó el baron cuya agitacion y sorpresa iba en aumento. Pues qué, Eduardo, ¿es de vos de quien me ha hablado tanto?...

—Si señor: yo soy el que la amaba... el que siempre la adoro, el que queria darla mi nombre, mi mano, y no separarme nunca de ella... porque no sabia que otro tuviese derechos sobre su persona... y que ese otro era el padre de Alfredo... Pero en este momento, señor baron, no pensemos mas que en buscarla... en socorrerla... Su habitacion está desierta... Valiente atravesado de estocadas, y todo anuncia que Isaura ha sido arrebatada.

—¿Gran Dios!... ¡pobre niña!... Pero si estuviese en la Casa Blanca... si hubiera podido refugiarse en ella... ¡Ah! venid, venid... nos resta esta última esperanza... plegue á Dios no desaparezca bien pronto...

El baron comenzó á andar á paso largo, y los dos jóvenes iban á su lado: todos guardaban silencio, porque solo les animaba un mismo pensamiento y un mismo deseo: no tardaron mucho en llegar á la Casa Blanca. El baron abrió la puerta y entró el primero: encendió un fósforo y luego una luz, y los tres recorrieron la casa y el jardin, pero Isaura no estaba allí.

—¿Cómo hubiera podido entrar hallándolos ausente?... dijo Eduardo mirando al baron con curiosidad.

—Tenia una llave de la puerta del jardin de esta casa; contestó el baron de Marcey: pero vamos á su habitacion y veamos si encontramos algun indicio que pueda ayudarnos á descubrir los autores de este atentado.

Volvieron á la casita, lo examinaron y reconocieron todo, pero escepto en el cuarto de Isaura, no se observó nada en la casa.

—¿Se ha llevado una parte de sus efectos!... dijo el baron que parecia anonadado con la desaparicion de Isaura.

—¿Habrá marchado voluntariamente?... dijo Eduardo.

—¿Voluntariamente?... replicó Alfredo, ¿y ese perro asesinado, no prueba por el contrario, que alguien se ha introducido en esta habitacion para arrancar de ella á Isaura?... Habrán entrado por el huerto... ¿Tenia la joven algun dinero?...

—Podria tener una cincuentena de luises, respondió el baron.

—No se encuentra aqui ese dinero, dijo Eduardo; luego es un ladron el que ha entrado... ¿pero un ladron se habia de llevar á Isaura?...

Salian ya de la casa, cuando al pasar por el patio, Alfredo vió junto á la pared una cosa que brillaba: acercó la luz y vió á sus pies una espada teñida de sangre: todo parecia anunciar que con aquella arma habian herido á Valiente.

Examinada la espada con atencion, vieron que era al parecer muy vieja: la guarnicion estaba rota por muchas partes, y no era posible distinguir las cifras que en otro tiempo habian estado grabadas en la hoja, cuyo temple era excelente.

—Semejante arma no puede pertenecer á un ladron, dijo el baron: los dos jóvenes fueron de su dictámen, y formaban mil conjeturas. De repente, Alfredo dijo:

—Atended, yo no sé qué me dicta que ese miserable... ese vagabundo que andaba siempre por estas montañas, no es extraño á este acontecimiento...

—¿De qué hombre hablas? preguntó el baron.

—De un desgraciado cuya conducta, cuyas espresiones y discursos parecian anunciar uno que en otro tiempo viviera en una clase bien acomodada de la sociedad... no podíamos dar un paso sin encontrárnosle... Os conocia, padre mio, por lo menos así nos lo ha dicho, y al oir vuestro nombre se habia demudado de un modo extraordinario. Le ofrecí oro, y le rehusó... pero no sé qué motivo le inclinaba á pensar mal de Isaura... ¡Miserable! si hubiese seguido sus consejos, hace largo tiempo que habria hecho robar esa joven... Calificaba semejante accion de una simple travesura... y no cesaba de repetirme que una joven que vivia sola, no merecia ser tratada de otra manera.

—¡Miserable!... dijo el baron, no conocia á mi Isaura... querido Alfredo... ¡cuántos pesares hubieras experimentado si hubieses cedido á una pasion pasajera! no sabes todavia quién es esa joven tan dulce, tan interesante... ignoras qué vínculos me unen á ella... no queria hacerte conocer este misterio... deseaba permanecer eternamente oculto... mas puesto que los acontecimientos te han hecho encontrar á tu padre en estos sitios, lo sabrás todo; conocerás ese secreto que ha hecho la desgracia de mi vida... Compadecerás á tu padre, pero me parece que no podrás vituperarle. Y vos, Eduardo, que tal vez creéis ver en mí un rival, sabreis cuán puro y desinteresado es el cariño que profeso á Isaura... vereis, que al procurar alejarla del mundo, no era mi objeto el que habeis podido suponer.

—¿Pues qué, caballero, podria ser?... exclamó Eduardo, cuyos celos acababan de disipar aquellas palabras, no amais á Isaura... No me engañaba pues, cuando me decia que me amaba, y que pensaba sin cesar en mí!... Sus lágrimas no eran fingidas... ¡Dios mio!... ¡y he podido aumentar sus penas con mis sospechas... con mis celos!...

—Este no es el momento de entregarse á un pesar inútil, dijo Alfredo; ahora es necesario encontrarla. Si el que sospecho es el autor de este rapto, quizá se halle todavia por estas inmediaciones... Ese hombre, cuya audacia es estremada, es capaz de haber llevado á Isaura al castillo... á la torre... á los subterráneos tal vez.... No debemos olvidar nada... corro al palacio, y registraré hasta el último rincon de la parte deshabitada.

—Vé, querido Alfredo: mientras tanto, el señor baron y yo, continuaremos nuestras pesquisas por estos campos... ¡Ah!... no tendré un instante de reposo hasta que no vuelva á ver á Isaura...

—Mañana, al rayar el alba, dijo el baron, nos reuniremos en la Casa Blanca: allí es, hijo mio, donde quiero darte á conocer mi conducta misteriosa... Eduardo sabrá tambien mis desgracias... Ama á Isaura, y es amado... es necesario que sepa todo cuanto concierne á su nacimiento: despues reflexionará si quiere todavia que sea su esposa.

—Siempre... siempre... caballero.

Alfredo no dejó á Eduardo tiempo para volver á hablar de su amor: le hizo comprender que en aquel momento era mas urgente obrar y procurar alcanzar á los raptos de la joven.

Alfredo montó á caballo, Eduardo hizo otro tanto, y el baron se volvió á la Casa Blanca, quedando antes convenidos en reunirse al dia siguiente al salir la aurora.

Alfredo espoleó á su caballo, con riesgo de romperse la cabeza en los difíciles senderos de las montañas, y llegó al palacio á las tres de la mañana. Como el conserje habia dicho, la puerta no estaba cerrada, y el palacio de la Roca Negra se hallaba á disposicion del que quisiera entrar en él. Pero Alfredo necesitaba luz, y queria que el conserje le abriese los subterráneos y las habitaciones abandonadas, de que tenia las llaves. Llamó, pues, con fuerza al cuarto de Cunette, que dormia como un liron, y no contestó. Importándole muy poco turbar el reposo de los habitantes del castillo, Alfredo repitió los golpes, y bien pronto se abrieron algunas ventanas menos la del conserje.

Robineau dejó su lecho, el marqués se asomó cubierto con un gorro de algodón, Eudoxia medio tapada con una manteleta, Cornelia con almilla con encajes, y la cocinera Cheval en camisa.

—¿Qué hay? ¿qué es eso? preguntó Robineau.

—¿Por qué ese alboroto? dijo Cornelia.

—¿Está hechizado este palacio? añadió Eudoxia.

—No puede una estar aqui á su gusto, dijo la cocinera.

—Verno, dijo el marqués de la Pincerie, os mando que vayais y apaleis á los que perturban mi sueño.

—Señor marqués, contestó Alfredo, siento mucho el haberos molestado, mas nunca creí que me apaleasen por eso.

—¿Cómo!... ¿es Alfredo el que arma ese estrépito?...

—Amigo mio, vuélvete á acostar con tu muger: no hay ladrones, ni duendes en el palacio. Pero es posible haya alguien oculto en la torre, y eso es lo que trato de averiguar.

—¿Alguien oculto en mi casa?...

—No seria la primera vez que ha pasado la noche en ella.

—¡Dios mio!... ¡se oculta gente en mi palacio sin saberlo yo!...

—Ya veis, caballero, dijo Cornelia, que no estamos bien guardados: mañana pongo en la calle á todos los criados...

Sin embargo, con la seguridad de que no habia nada de nuevo, todas las ventanas se volvieron á cerrar poco á poco. La cocinera dió una luz á Alfredo, y este se decidió á pasarse sin el auxilio del conserje, y reconocer por si solo los subterráneos y la torre. La cocinera propuso con intrepidez acompañar al jóven, pero éste le dió las gracias, y se dirigió solo á la parte que no estaba habitada.

Alfredo encontró todavía abierta la puerta de la torre: subió á todos los pisos, visitó todas las piezas, y volvió á cerrar con cuidado todas las puertas: bajó en seguida á los sótanos, á que se habia dado el nombre mas noble de subterráneos, pero ni encontró á nadie, ni vió nada que probase que el vagabundo habia vuelto á presentarse en aquellos sitios.

Alfredo empleó cerca de dos horas en aquel reconocimiento, y ya comenzaba á rayar el dia cuando fué á su cuarto á tomar lo que necesitaba para su marcha. Mandó á Francisco que hiciese conducir sus efectos y los de Eduardo á la Casa Blanca, y se disponia á salir del palacio, cuando vió á Robineau, que habia madrugado para ver á su amigo antes de su partida.

—¿Con qué te vas?... le dijo á Alfredo.

—Sí, amigo mio... nada puede detenerme ya.

—¿Y Eduardo?

—Me espera en la Casa Blanca.

—¿En la Casa Blanca?

—Sí, ahora ya conocemos al propietario.

—¡Bah!... ¿y la jóven?...

—La han robado y la estamos buscando.

—¡Robado!... ¡á la hechicera!...

—Adios, cuando vuelva á verte te diré mas.

—¿Pero quién es esa persona que se atreve á pasar la noche en mi palacio?

—El hombre de Clermont Ferrand.

—¡Dios mio!... y no me lo decias... voy á mandar demoler la torre del Norte...

—Haz únicamente cerrar bien y condenar todas las puertas, especialmente la que hay en el jardin detrás de la estatua de Marte, y ya no se introducirá en tu casa sin tu permiso, á menos que tu conserje no deje abierta la principal como ha sucedido esta noche.

Al decir esto, Alfredo apretó la mano á Robineau, y dejándole aturdido con lo que acabada de saber, dejó el castillo para ir á la Casa Blanca, lisonjeándose de que su padre ó Eduardo habrian sido mas afortunados en sus pesquisas.

Alfredo no encontró mas que al baron en el sitio de la cita: Eduardo no habia vuelto todavía, y esperaban que no hubiese descubierto las huellas de los raptos de Isaura.

—¡Pobre niña!... dijo el baron; si no podemos encontrarla me imputaré eternamente esta desgracia: sin embargo, tu juzgarás, Alfredo, si he obrado bien ó mal... y si el amor y los celos me han hecho injusto.

—Padre mio, le respondió Alfredo, si os es costoso descubrirme ese misterio, si debiéseis ruborizaros delante de vuestro hijo, no quiero saberlo.

—Amigo mio, hubiera podido avergonzarme en la sociedad, aunque yo no sea en manera alguna culpable... pero no puedo menos de ser compadecido por mi hijo: lo sabrás todo.

Al cabo de dos horas llegó Eduardo, pero solo, des-

consolado, y sin haber podido averiguar nada de Isaura.

—Antes de proceder á nuevas indagaciones, dijo el baron, escuchadme, amigos míos: sabed, en fin, los motivos de mi conducta, y el misterio de mis relaciones con Isaura.

CAPITULO XXIX.

El segundo matrimonio del baron de Marcey.

Alfredo y Eduardo se sentaron junto al baron en la sala baja de la Casa Blanca, cuyas puertas estaban cerradas con cuidado, y Marcey, despues de estrechar con ternura la mano de su hijo entre las suyas, y de exhalar un profundo suspiro, satisfizo en fin la curiosidad de los jóvenes.

«Entré muy jóven en la carrera militar, que tenia muchos atractivos para mí; era entusiasta de la gloria, vivo é impetuoso, pero mi corazon jamás fué insensible á las penas de mis semejantes; y aun en el campo de batalla siempre me acordé de que combatia á hombres que solo la política habia hecho mis enemigos.

«Amaba tambien apasionadamente á las mugeres... Como tú, querido hijo, fui algun tiempo veleidoso; corria de conquista en conquista, olvidando al dia siguiente la que la vispera me habia encantado: este tiempo fué el mas feliz de mi vida... fué corto: mi corazon, sensible en el fondo, procuraba fijarse de otro modo que por lazos frívolos. Pero era celoso; ese sentimiento cruel me habia hecho ya desgraciado con mugeres á quienes apenas amaba: debia, pues, temer que se aumentase con una muger á quien adorase. Por eso, mis padres me hicieron contraer á la edad de veinte años un matrimonio de los que se llaman de conveniencia. Sin estar perdidamente enamorado, me casé con Celina de Coneville... tu madre, querido Alfredo. Un año despues de nuestro himeneo, te dió á luz. Tu nacimiento y las virtudes de tu madre, hubieran asegurado mi felicidad: cada dia sentia aumentarse el afecto que profesaba á Celina, y daba gracias á mis padres por la eleccion que para mí habian hecho, cuando transcurrido un año de tu nacimiento, perdi á mi esposa. Eras demasiado niño para que pudiese encontrar consuelo á tu lado, pero la guerra que habia vuelto á comenzar me llamó á los campamentos, y me proporcionó distraccion á mi dolor.

«Mas de cinco años pasaron desde la muerte de tu madre, de quien conservaba un recuerdo tan dulce como el de un amigo de que la suerte nos separa. Una herida grave, para cuya curacion necesitaba mucho tiempo, me hizo dejar el servicio: habia pagado mi deuda á mi pais, y era justo que me consagrara á mi hijo. Sin embargo, para restablecer mi salud, debilitada desde la herida, los médicos me mandaron viajar por el Mediodia: eras muy pequeño todavía para que pudieras llevarme contigo. Te dejé en manos seguras, y me dirigí á Tolosa, Marsella y Burdeos.

«Estaba ya hacia algun tiempo en esta ciudad, mi salud se habia restablecido, y me disponia á volver á París, cuando un dia me presentaron en casa de Mr. de Monfort, antiguo oficial de marina, muy rico, que estaba viudo, y no tenia mas que una hija de diez y siete años llamada Adela. Me seria difícil pintaros todas sus gracias y atractivos... Adela no era una hermosura extraordinaria, pero era imposible resistir los encantos de su figura, la expresion de su mirada y la dulzura de su voz... me enamoré ciegamente de ella, y desde el instante que lo observé, conocí que de ella dependeria en adelante la felicidad de mi vida.

«Mr. de Monfort no tenia en manera alguna los modales ni la amabilidad que tanto agradaban en su hija. Era un hombre de mirada dura, continente severo, y sus ojos chispeaban cuando estaban animados por la cólera: habia conservado de marino, el tono brusco y arrebatado al que parecia que nada debia resistir.

«Sin embargo, Mr. de Monfort me recibió muy bien;

casi estuvo amable conmigo, y sea que mi fortuna, mi rango, ó las heridas que habia recibido por mi país, le inclinasen á mirarme con interés, me manifestó mucha amistad, y me invitó á que le visitase con frecuencia.

«Este permiso era para mí muy precioso: estar al lado de Adela era mi único deseo, resuelto á casarme con ella si su padre me concedía su mano, quería procurar agradarla: ella, por su parte, parecia verme con alguna complacencia, y que me tenia inclinacion: me lisonjaba de que aquella amistad se convertiria en amor, pero observaba con disgusto en ella un fondo de tristeza, una melancolia que nada podia disipar: solo en presencia de su padre, delante del cual era fácil observar que temblaba, Adela se esforzaba en parecer alegre y en tomar parte en las distracciones de la reunion.

«Jamás podia estar solo junto á ella: solo me era permitido verla con testigos, hablarla y hacerla comprender el amor que me inspiraba... parecia que no se atrevia á responderme, y la veia estremecerse á la menor mirada que nos dirigia Mr. de Montfort.

«Ardia en deseos de asegurar mi felicidad, y apenas hacia quince dias que visitaba á Mr. de Montfort, cuando le declaré mi amor á su hija.

«Ya lo habia adivinado, me contestó con su brusquedad acostumbrada, y si ese amor no me hubiera parecido conveniente, debéis conocer que no os hubiera dejado venir con tanta frecuencia á mi casa. Conozco á vuestra familia; poseís una buena fortuna, teneis excelente conducta, y un hijo de vuestro primer matrimonio: pero vuestros bienes son mas que suficientes para sostener y educar otros hijos, y estoy seguro de que Adela amará al vuestro. Me convenis para yerno y os concedo la mano de mi hija.

«Yo me hallaba en el colmo de la alegría. Monsieur Montfort añadió: Os confieso que no me disgusta casar á mi hija cuanto antes: mi carácter no es para vigilar sin cesar á una niña. Mi Adela es prudente, pero linda. Ya algunos jóvenes se han manifestado prendados de ella, pero no me convenian... es necesario que mi yerno me agrade á mi primero.

«¿Pero y si alguno hubiese agradado á Adela, le dije: —¿Pues qué mi hija debe amar á nadie antes que yo se lo permita? me contestó con airado semblante. No señor, no, eso no debe ser. Un tal Savigny, cuya familia es muy antigua segun tengo entendido, ha sido el que se ha mostrado mas enamorado de Adela: pero en cuanto yo me he apercebido de ese amor, le he prohibido que vuelva á presentarse en mi casa, porque ese Savigny es mal sujeto, jugador... libertino.... Un suceso escandaloso, un duelo por una muger, acaba de obligarle á dejar á Burdeos, en donde residia hacia ya algun tiempo... y semejante hombre habia de ser el esposo de mi hija.... No, aunque se hubiese de morir de amor, jamás consentiria en esa union.

«Espero que no amaré á Savigny... dije con una inquietud que ya no era dueño de contener.

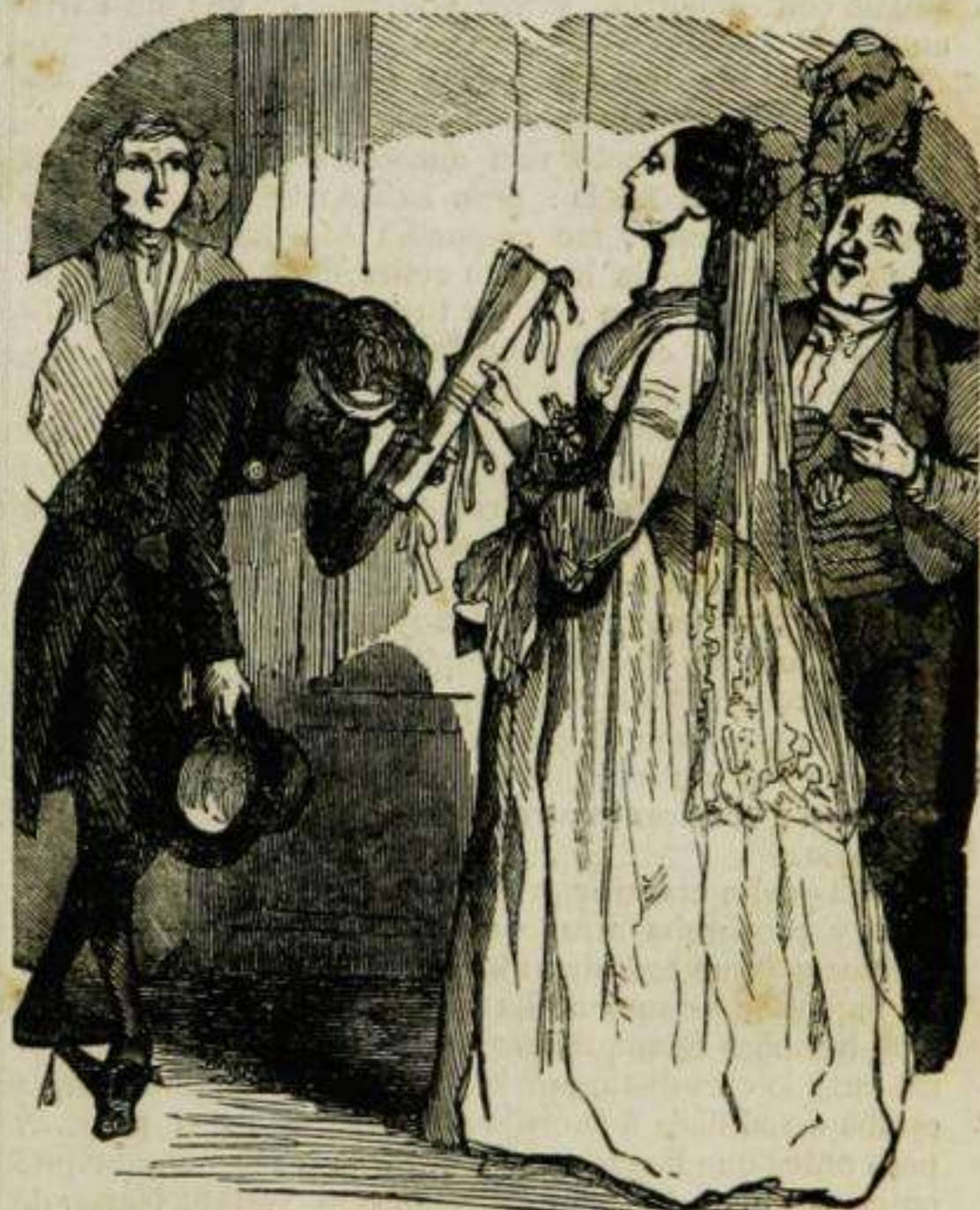
«Creo que no la desagradaba, replicó Mr. de Montfort, es decir, que como todas las mugeres, Adela ha sido deslumbrada por las maneras galantes y el tono melifluido de ese perillan, que para introducirse en mi casa, supo disfrazar sus inclinaciones violentas. ¿Pero amarle?... mil fragatas... se hubiera guardado muy bien de ello. Y sobre todo, caballero, si no creéis á mi hija digna de vos, todavia no hay nada hecho... pero entonces os invitaré á que ceseis en unas visitas que pueden perjudicar á su reputacion, y á que no me volvais á hablar mas de vuestro amor.

Mr. de Montfort era un hombre con quien habia que decidirse pronto: susceptible hasta el extremo en todo lo concerniente al honor, si hubiese vacilado un momento, veia que Adela era perdida para mí. Estaba muy enamorado de ella para renunciar á la esperanza de ser su esposo: aun en el caso de que hubiera recibido con gusto los homenajes de Savigny, ¿debía abandonar por eso mis pretensiones? Savigny no era ya admitido en casa

de Mr. de Montfort en donde yo jamás le habia visto. Habia abandonado á Burdeos y se ignoraba su paradero. Adela no tenia mas que diez y siete años, ¿no debía esperar que mis atenciones y mi ternura borrasen bien pronto de su corazon los recuerdos que otro podia haber dejado en el?... En fin, me apresuré á responder á Mr. de Montfort, que mi único deseo era el llegar á ser bien pronto el esposo de su hija.

«Satisfecho de mis sentimientos, me aseguró que dentro de ocho dias Adela seria mi muger: y mandando llamar á su hija, que se presentó inmediatamente en donde estábamos, la anunció bruscamente sus intenciones, mandándola que se preparase para darme su mano.

«Al oír aquella noticia, Adela se puso pálida, y un repentino temblor se apoderó de todos sus miembros: la



—¿Que las risas y los juegos rodeen siempre vuestro lecho!... y plegue al cielo concederos hijos masculinos, femeninos y neutros de quienes yo sea preceptor.—Pág. 93.

vi próxima á caerse, y balbuceó algunas palabras que no pude entender: volé á su lado, la sostuve en mis brazos, y la supliqué me dijese si la afligia la idea de ser mi esposa. Pero estaba allí su padre, la miraba con ojos amenazadores, y contestó á media voz:—Obedeceré á mi padre: luego se retiró á su cuarto.

«La turbacion de Adela me habia desconcertado, pero Mr. Montfort fué el primero en chancearse: no conocia mas que una cosa: la obediencia á su voluntad. Mi querido amigo, me dijo, cuando se anuncia á una joven que va á casarse, ¿no debe ruborizarse, palidecer, suspirar y conmoverse? Eso es de costumbre.... pero ocho dias despues del himeneo, cuando el marido tiene carácter, la muger ya no padece vapores, síncope ni ataques de nervios.

«No me proponia tomar por modelo á Mr. de Montfort: esperaba obtener la ternura de Adela á fuerza de dulzura y de amor. Mr. de Montfort quiso que nuestro matrimonio se celebrase en una casa de campo que tenia cerca de Burdeos. Inmediatamente se trasladó á ella con su hija: yo permaneci algunos dias en la ciudad para arreglar mis negocios y hacer las compras de costumbre: luego fui á reunirme con mi nueva familia.

«Siempre encontraba á Adela triste y temblorosa delante de su padre. Durante los cuatro dias que todavia debian preceder á nuestra union, me lisonjeaba de que podria conversar á solas alguna vez con mi futura esposa: pero Mr. de Montfort casi siempre estaba alli, y nos dejaba muy poco: cuando me encontraba solo con Adela y la hablaba de mi amor, suspiraba, bajaba los ojos y no me respondia.

«Llegó el dia de nuestro matrimonio: Adela, á quien hermozeaban su palidez y turbacion, marchó conmigo al altar. En el momento de pronunciar el juramento que debia unirnos el uno al otro, la vi vacilar y mirar á su padre... En fin, quedamos unidos, y recibí en mi mano la suya que temblaba. Me hubiera encontrado en el colmo de la felicidad, si la tristeza de mi esposa no me hubiese inquietado en secreto: pero, lo repito, la amaba con idolatria, y me lisonjeaba de que me haria amar.

«El dia de nuestro enlace pasó sin ruido y sin fiestas: solo nos acompañaron algunos vecinos y amigos. A cada momento veia aumentarse el abatimiento y la tristeza de Adela: pero cuando la preguntaba si estaba indispueta, me respondia con dulzura que no tenia nada. Llegó la hora de retirarnos: Adela marchó á nuestra habitacion, y yo tuve que permanecer algunos instantes con la reunion: en fin, se marcharon todos, y me apresuré á irme á reunir con mi muger.

«Nos habian dado por habitacion un hermoso pabellon que caia al jardin y que estaba separado del cuerpo del edificio: despedí á los criados, y bien pronto estuve en mi cuarto, en donde esperaba hallar á mi esposa, pero habia desaparecido. Sorprendido de no ver á Adela, registré las habitaciones inmediatas, llamé y busqué á mi muger, pero me convencí de que no estaba en el pabellon. Aquella ausencia me inquietó, y luego observé que la puerta que daba al jardin estaba abierta: pensé que Adela se sentiria indispueta y que tal vez habria salido al jardin á respirar el aire libre, y al punto me dirigí á buscarla.

«El jardin era muy grande: caminaba con precipitacion, y procuraba atravesar con mi vista las calles de árboles que me rodeaban: mi corazon estaba oprimido, y mi inquietud se aumentaba á cada instante. Me acercaba á un hermoso estanque que regaba una espaciosa pradera, cuando creí distinguir la sombra de una muger que estaba arrodillada á la orilla del agua. Doblé el paso.... pero antes que llegase, la que habia visto se precipitó en el estanque. Vi flotar en las olas el vestido blanco de mi Adela... Bien pronto estuve á su lado, y conseguí agarrarla y sacarla á la orilla: la tomé en mis brazos, la volví á llevar á nuestro cuarto, en donde sin llamar á nadie la produgué inmediatamente todos los auxilios necesarios.

«Adela habia sido socorrida con mucha prontitud, para que pudiese temer por su vida: en efecto, mis cuidados fueron bien recompensados: volvió á abrir los ojos y me vio á su lado, humedeciendo con mis lágrimas sus manos que acababa de calentar.

—¡Me habeis salvado!... me dijo con la expresion del mas profundo dolor.

—Si, la contesté, si... el cielo ha permitido que llegase bastante á tiempo para volveros la vida... Pero á mí, ¿quién me salvará de mi desesperacion?... ¿quién aplacará los remordimientos que tengo de haberos hecho contraer una union que os causa tanto horror?... Adela, ¡mucho me aborreceis!... Os inspiro una aversion insuperable, pues habeis preferido la muerte á ser mia...

«Adela pareció enternecerse del exceso de mi desesperacion, sus ojos se llenaron de lágrimas y me respondió sollozando.—No, no os aborrezco... y aun os profeso la mas tierna amistad... ¡pero ay!... no podia ser vuestra esposa... y sin embargo, era necesario obedecer á mi padre... á mi padre á quien temo tanto... y cuya cólera es tan terrible... Me habria muerto si hubiese resistido á su voluntad... He preferido darme la muerte despues

de haberle obedecido... por piedad, perdenadme y dejadme morir...

«La infortunada se puso de rodillas y me alargaba sus manos suplicantes... la levanté, la supliqué se tranquilizase, y que no viese en mí mas que un hermano, un amigo, y por último, que no me ocultase la causa de su dolor.

—«¿Lo quereis? . me dijo, pues bien, voy á obedeceros... esta confesion es muy cruel... mas fácil me hubiera sido morir... pero debo sufrir todavia esta posicion. Ya os lo he dicho... soy indigna de llevar el nombre de esposa vuestra... Otro tiene mi amor... me decia que moriria antes de abandonarme... y sin embargo, ha marchado... y yo he tenido la debilidad de creer en sus juramentos... Esperaba que nuestro padre consentiria en unirnos... pero lejos de eso ha negado con dureza mi mano al que me llamaba ya su esposa; y cuando yo dejé entrever á mi padre que correspondia al amor del que arrojaba de su casa... ¡ah! ¡si supierais cuán terrible ha sido su cólera!... He comprendido que me daria la muerte si llegaba á descubrir mi falta... pero no queria morir á manos de mi padre... Si, soy culpable... estoy perdida... y llevo en mi seno el fruto de mi deshonor.

«Ya podeis juzgar que efecto produciria en mí semejante confianza. Los celos y el furor trastornaban mis sentidos. Me faltaba tiempo para dar la muerte á Savigny, ó recibirla de su mano, porque aunque Adela no habia nombrado á su seductor, no podia dudar que fuese el hombre de quien Mr. de Montfort me habia hablado. Mientras que cediendo á los primeros trasportes de mi furor me paseaba aceleradamente por la habitacion, pronunciando el juramento de vengarme, la infeliz que acababa de hacerme tan cruel confesion, habia perdido otra vez el uso de sus sentidos. Pálida é inanimada, yacia tendida en el suelo: al verla, volví en mí, y me reprendí mi barbarie, porque sin duda despues de la confesion de su falta, Adela habia oido las amenazas que me habia inspirado la desesperacion, y yo habia aumentado sus tormentos. La tomé en mis brazos, y examinando sus facciones tan dulces y tan hermosas, me propuse hacer cuantos esfuerzos me fuese posible para volver á su alma, sino la felicidad, al menos la calma. A fuerza de cuidados volvió otra vez á la vida, pero no se atrevia á mirarme, porque temia ver en mi semblante la expresion del desprecio: pensaba que yo no la perdonaria jamas el haberme dado su mano cuando ya estaba deshonrada, y me repetia con acento desgarrador, que no la restaba mas que morir.

«Me senté á su lado, coloqué una de sus manos entre las mías, y la supliqué me escuchase tranquilamente.

«Adela, la dije, un seductor ha abusado de vuestra inocencia, de vuestro candor... él fue especialmente el culpable; pero tranquilizaos... esa falta quedará siempre oculta... nadie podrá adivinar este misterio... vuestro padre lo ignorará eternamente. No tendré de vuestro esposo mas que el nombre; seré para vos un hermano.... un amigo, si algun día me juzgais digno de este título. Uniéndome á vos, cuando vuestra tristeza y vuestra secreta melancolia debian anunciarme que yo no tenia vuestro amor, he cometido una falta. Demasiado presuntuoso, sin duda, no he escuchado mas que la pasion que experimentaba: me lisonjeaba de haceros participar de ella... Es preciso renunciar á este venturoso porvenir... y sin embargo, conozco que me es todavia muy dulce el pasar la vida á vuestro lado, procurar calmar vuestras penas y volver la paz á vuestra alma... Si, tal será desde hoy en adelante mi único objeto... por premio de mis cuidados, no quiero mas que volver á ver algun dia la sonrisa en vuestros labios, y en vuestros ojos un poco de amistad para mí.

«Adela me apretó la mano diciéndome con voz conmovida:—¡Cuán bondadoso sois, caballero, y cuánto aumenta vuestra conducta mis remordimientos!... Mas puesto que lo quereis, viviré: disponed de mi suerte: en las menores acciones de mi vida no tendré mas voluntad

que la vuestra: ojalá pueda al menos con mi sumisión, probaros mi respeto y mi reconocimiento...

«Después de unas emociones tan vivas, Adela tenía necesidad de reposo: la dejé en su cuarto y me retiré al mío. Así pasó la primera noche de nuestro matrimonio, y cuando tantos envidiaban mi felicidad, yo consagraba con amargas lágrimas aquel triste enlace.

«Al día siguiente hice en secreto pesquisas acerca del caballero de Savigny, pero había salido de Burdeos dejando deudas enormes, y se ignoraba hacia que parte había dirigido sus pasos. Lo que averigué de aquel joven, me convenció de que Mr. de Montfort no le había calumniado, y de que electivamente era mal sugeto. No obstante, semejante hombre había sabido hacerse dueño del corazón de Adela; más por desgracia es muy frecuente el que las mugeres empleen mal su amor. Jamás pronuncié su nombre delante de mi mujer: eso hubiera sido obligarla á avergonzarse.... y ya sentía bastantes remordimientos de su falta. Conocía el nombre de su seductor, y esto no era suficiente para estar seguro de que no se presentaría impunemente ante mi vista.

«Había ya adoptado mi plan de conducta. Pasamos todavía quince días con Mr. de Montfort, y al cabo de este tiempo anuncié que íbamos á hacer un viaje á Italia. Reconociendo mi suegro en nosotros el derecho de obrar según nuestra voluntad, se contentó con desearnos buen viaje, inquietándole muy poco el que nos dirigiéramos por cualquier lado. Partimos mi mujer y yo sin un solo criado, y comenzamos un viaje que debía durar hasta que Adela diese á luz el niño que llevaba en su seno.

«Recorrimos la Italia, los Alpes, la Suiza: habían transcurrido ya más de seis meses desde nuestro matrimonio, y nos encontrábamos en Auvernia cuando Adela conoció que sería bien pronto madre.

«La salud de Adela nos obligó á detenernos entonces en una aldea, que me parece se llama Saint-Sandoux, á dos leguas de aquí: yo había tomado el nombre de Gervais, allí dió á luz una niña que hice bautizar con el nombre de Isaura Gervais.

—¡Isaura!... exclamó Eduardo interrumpiendo al barón, pues qué, Isaura es...

—La hija de Adela... sí, Eduardo; pero os ruego me dejéis concluir esta penosa relación. Conforme al proyecto que había formado ya hacia largo tiempo, aquella niña no podía permanecer al lado de su madre. Recorri solo los caseríos y campos inmediatos, llevando debajo de mi capa á la inocente criatura que quería aborrecer, pero que á pesar mío, ya me inspiraba interés. Llegué á este valle y entré en la casita que habitaba Andrés Sarpotte y su mujer: ésta daba de mamar á su hijo: la propuse si quería ser nodriza de la niña que llevaba en mis brazos, forjando una historia acerca de los padres de Isaura.

«Los sencillos auverneses aceptaron mi proposición que apoyé con un bolsillo lleno de monedas de oro: me juraron tener el mayor cuidado de la niña que les confiaba, y más tranquilo, fui á reunirme con Adela, á quien anuncié que no tuviese inquietud por la suerte de su hija, pero sin decirle, no obstante, en donde la había dejado.

«En cuanto Adela estuvo restablecida marchamos de Auvernia, pero antes de volver á París y de dejar el nombre supuesto que había tomado en mis viajes, tuve cuidado de tomar muchas precauciones para evitar que se descubriese lo que mi honor tenía tanto interés en ocultar. En fin, llegamos á París, y corri á abrazarte, querido Alfredo. Allí presenté en la sociedad á mi nueva esposa, que por su dulzura, sus gracias y sus amables cualidades, supo conciliarse la estimación general. Solo un pensamiento turbaba todavía mi tranquilidad: podía encontrar al seductor de mi esposa... pero entonces su sangre hubiera lavado el ultraje que había hecho á Adela. Sin embargo, mis deseos de venganza quedaron siempre defraudados: jamás volví á ver al caballero de Savigny, ni oí hablar de él.

«Adela no se atrevía á hablarme de su hija, pero te profesaba, querido Alfredo, la ternura de una madre: no era aficionada á las reuniones, y solo deseaba estar contigo y abrazarte: ¡cuántas veces al prodigarte sus caricias y al darte muchos besos, la vi con los ojos llenos de lágrimas que la arrancaba la hija desterrada de sus brazos!... y sin embargo, jamás se la escapaba ni una queja, ni una palabra sobre este particular: llena de atenciones, de cuidado y de obediencia para conmigo, en cada acción de su vida parecía que trataba de probarme su reconocimiento.... ¡Qué mujer!... ¡Cómo no había de adorarla!... ¡Ah!... si había sido culpable un momento, ¡cuántas hay en el mundo que lo son mucho más, y no pueden ofrecernos nada para compensar sus debilidades?...

«Cinco meses después de nuestra llegada á París, partí secretamente para la Auvernia, y siempre con el nombre de Gervais, fui á ver á la niña Isaura. Las buenas gentes á quienes se la había confiado, la querían como si fuese su hija. Entonces Andrés trataba de vender esta casa, que acababa de construir: calculé que su adquisición podría convenirme para los viajes que hiciera á este país. Compré, pues, la Casa Blanca, siempre con el nombre de Gervais: la hice amueblar con cuanto me fuese necesario cuando viniese á ella, y después de hacer jurar á los aldeanos que no dirían que el que había comprado la Casa Blanca era el mismo que les había confiado á Isaura, volví á París, en donde proporcione á Adela el más dulce placer, dándole noticias satisfactorias de su hija.

«Trascurrieron dos años: cada seis meses venía secretamente á la Casa Blanca. En cuanto veían luz en ella, Andrés y su mujer se apresuraban á traerme á Isaura. Como el niño de aquellos buenos aldeanos había muerto, me prometieron adoptarla para que reemplazase al que habían perdido: por mi parte les di palabra de dejar siempre la niña en su casa.

«La salud de Adela estaba muy deteriorada: la creía mucho mejor de lo que en realidad se encontraba, pues siempre me recibía con risueño semblante, y me ocultaba sus padecimientos. Sin embargo, bien pronto la fué ya imposible engañarme acerca de su estado. Persuadido de que el pesar de hallarse separada de su hija era la causa de aquel dolor que la minaba secretamente, la juré que en breve encontraría medio para traer cerca de nosotros á la niña, sin que se pudiera descubrir su nacimiento. Adela me dió las gracias con ternura: pero ¡ay! ya era demasiado tarde: el mal hizo en poco tiempo progresos espantosos, y bien pronto vi sucumbir en mis brazos á aquella mujer á quien adoraba... Murió suplicándome que no abandonase jamás á su hija, que la perdonase la falta de su madre, y que amase un poco á su Isaura.

«No os pintaré mi dolor... jamás había amado á ninguna mujer tan apasionadamente como á Adela... pero me quedabas tú, hijo mío, y en ti recayó todo mi afecto.

«Sin embargo, fiel al juramento que había hecho á Adela, volví á ver á Isaura. Andrés acababa también de morir y su viuda no tenía más consuelo que su hija adoptiva: temblaba que se la quitase, y la tranquilicé. ¿Para qué había de sacar aquella niña de estas montañas? ¿no podía vivir en ellas más feliz que en el mundo, en donde su nacimiento habría sido un obstáculo para su establecimiento?

«Desde la muerte de mi Adela, la residencia en París me era muy penosa, y á no haber sido por tí, querido Alfredo, habría abandonado la capital y retirádome á esta casa solitaria. En medio de estas montañas, cerca de Isaura, que con sus facciones y sus gracias infantiles me recordaba tan perfectamente á su madre, quería pensar en esa mujer infortunada que no había conocido del amor más que las penalidades, y que en su corta carrera no había gozado esos dulces placeres, esas amables emociones, que parecen el patrimonio de la juventud y de la hermosura.

«Pero tú ibas creciendo, querido Alfredo, y el mundo se presentaba ante tu vista con sus brillantes quimeras: te ofrecía alegría, placeres y felicidad: te hallabas en la época en que el hombre goza de la vida: yo salía ya de ese círculo en que tu ibas á entrar. Me era, pues, muy fácil venir con mas frecuencia á Auvernia, sin que observases mis ausencias. Algunas veces pasaba aquí quince días. Pero temiendo que me conociese alguien y hablase de mis viages á la Casa Blanca, procuraba no llegar á ella mas que de noche, y salir tambien cuando no se veía. De ahí los rumores que los supersticiosos montañeses divulgaron acerca de esta habitación, pero yo advertí á la viuda de Andrés que no los sacase de su error: el terror que este sitio los inspiraba, favorecía por el contrario mis miras y mis deseos, alejando á todo el mundo de las cercanías de esta casa.

«Cuanto mas veía á Isaura, mas se aumentaba mi inclinación hácia ella: buena, sensible y cariñosa, tenía

aldeana: pero el placer que me causaban sus adelantos, me hizo olvidar la prudencia: no tuve presente que tanto talento, tales atractivos y tantas gracias, deberían chocar al viagero que atravesase por estas montañas.

«Isaura me amaba como á su protector, y no me conocía mas que con el nombre de Gervais. La he dicho que sus padres habían muerto y la habían recomendado á mi cuidado, y que escepto yo, no tenía en el mundo quien se interesase por ella. Era inútil afligir su corazón con la narración de los pesares de su madre. La di el retrato de Adela, que la infeliz me había entregado para su hija, pero la hice jurar que jamás le enseñaría á nadie, ni hablaría de mí, ni de sus visitas á la Casa Blanca: hasta ahora ha cumplido su promesa.

«Hace cerca de tres años que la viuda de Andrés murió, dejando su casita á Isaura, que gozaba en ella de cuantas comodidades podía proporcionarla sin escitar demasiado las sospechas. Cuando murió la labradora, di



Rapto de Isaura.—Pág. 412.

el corazón y el talento de su madre. La vida solitaria á que la condenaba su nacimiento debía fijarla eternamente en estas montañas. Sin duda, para evitar llamase la atención la pastorcilla y que se concibiesen sospechas, debería haberla dejado tan ignorante como las demás aldeanas. Pero á pesar mio, al hablar con Isaura, me complacía en iluminar su entendimiento y en formar su juicio: pensaba que destinada á vivir lejos del mundo, la lectura sería para ella un manantial de placeres y distracciones agradables. La enseñé, pues, á leer: Isaura me escuchaba con tanta atención y docilidad, que en el poco tiempo que yo permanecía en la Casa Blanca, hizo rápidos progresos. Así fué adquiriendo sucesivamente conocimientos y maneras que no eran los de una

á la joven un custodio vigilante y fiel, y yo procuraba venir con mas frecuencia á ver á la hija de mi Adela. Cuando los pacíficos habitantes de los campos estaban entregados al reposo, anunciaba á Isaura que había llegado por medio de una luz colocada en una de las ventanas de la casa. Por el día me divertía en visitar á pie los mas hermosos sitios de la Limagre, y hasta por la noche no volvía aquí. Sola en estas montañas, Isaura era feliz: se reía en secreto del terror de los aldeanos que la creían hechicera, porque poseía algunos conocimientos de botánica, y tenía un libro que trata del modo de criar y cuidar los ganados: en fin, me repetía con frecuencia que no tenía ningún deseo, y que cifraba su felicidad en vivir en su casita y llevar á pacer sus cabras á la mon-

taña. Pero la amable niña no conocía todavía el amor... Habéis venido vosotros á este valle, y habéis hecho experimentar á Isaura un nuevo sentimiento, mas vivo, mas imperioso que todos los demas: desde entonces, la casita, las cabras y el campo, ya no han sido suficientes para su felicidad.

«Hace dos dias llegué, vi á Isaura, pero no era ya la misma... no necesité interrogarla acerca de su corazón: la amable niña me confesó con candor, que un jóven llamado Eduardo, habia llegado á su casa con uno de sus amigos: que ese Eduardo habia vuelto todos los dias y la habia dicho que la amaba, y queria llamarla su esposa. Mi hijo no me habia indicado á que parte marchaba con sus dos amigos, y estaba muy distante de sospechar que erais el Eduardo de quien me hablaba Isaura. Mas por el retrato que me hizo de vuestra elegancia y de vuestras maneras, pensé que un jóven de mundo no podia tener intencion de casarse con una aldeana: no vi en el amante que me pintaba con tanta ternura é interés, mas que un nuevo seductor que queria abusar de una jóven sin defensa. He aqui, Eduardo, los motivos que me decidieron á prohibir á Isaura que os escuchase. Tambien podeis apreciar los que me inducian á no dejar que se descubriese el misterio en que se hallaba envuelto su nacimiento... os he revelado este secreto penoso... os he hecho esta confesion tan costosa á mi amor propio... Ahora si el cielo permite que volvamos á encontrar á Isaura, y todavía la juzgais digna de ser vuestra muger, no me opondré á ese enlace, pues que ya sabeis toda la verdad.»

Eduardo estrechó la mano que le alargó el baron, y le dijo:

—Ahora, caballero, no amaré menos á Isaura... no veré en ella mas que la hija de vuestra Adela... sus atractivos y sus virtudes compensan la falta de su nacimiento... Plegue á Dios devolvérsela pronto, y mi mayor felicidad será llamarla mi esposa.

Alfredo, despues de abrazar tiernamente á su padre, como para hacerle olvidar los pesares que aquella relacion acababa de renovarle, alargó la mano á Eduardo, diciéndole:

—Si, es necesario recobrar á Isaura... ahora la quiero como un hermano: yo te ayudaré. No tendré un momento de reposo hasta no volverla á tus brazos.

—¡Pobre Isaura!... dijo el baron, desde que nos la han robado conozco toda la estension del cariño que la tengo... ¿Quiénes son los que la han arrancado de su morada?... ¿Qué motivo ha podido guiarlos?... Si fuesen ladrones, habrian saqueado la casa completamente, pero no se hubieran llevado á Isaura. ¡Un amante!... pero estais bien seguros de que nadie mas que vosotros venia á este valle. En cuanto á ese miserable, ese vagabundo de que ha hablado Alfredo, ¿qué razones puede haber tenido para arrebatarnos á Isaura? y solo, ¿cómo puede haberla obligado á seguirle?

El baron y los jóvenes se perdian en conjeturas, mas no por eso descuidaban el prepararse para ponerse en campaña. Fueron á comprar caballos á Clermont Ferrand, é hicieron trasladar á Valiente á casa de unos buenos aldeanos que prometieron cuidarle con esmero, y les entregaron las cabras y cuanto componia la riqueza de la jóven: Alfredo se llevó la espada que habia encontrado en casa de Isaura, y luego los tres se internaron á la ventura en las montañas, resueltos á reconocer hasta la cabaña del mas miserable pastor, á recorrer los senderos mas escabrosos y poco frecuentados, y á emprenderlo todo para encontrar á la jóven.

CAPITULO XXX.

El rapto de Isaura.

La noche que Alfredo y Eduardo fueron al valle para espiar los pasos de Isaura, un hombre habia seguido constantemente á los jóvenes en la oscuridad; aquel hombre que nuestros lectores habrán reconocido por el que

al parecer no tenia mas asilo que las montañas, no perdía de vista á los dos amigos, parecia tener un grande interés en que conociesen las acciones secretas de la jóven, y aguardar con impaciencia lo que resultase de aquel descubrimiento.

En cuanto Alfredo reconoció á su padre en el hombre que acababa de dejar á Isaura, y se le habia nombrado á Eduardo, el vagabundo, escondido detrás de ellos, habia hecho un movimiento repentino como si hubiera querido arrojar sobre el baron de Marcey, pero se detuvo casi al momento murmurando:

—No tengo armas: y despues se dirigió rápidamente hacia la casa de la jóven.

Llegó enfrente de la casa, se paró, la examinó largo tiempo y parecia meditar algun plan de venganza: de repente se animaron sus ojos, y una sonrisa amarga contrajo sus facciones mientras murmuraba:—Esto vale mas.. Si doy muerte al baron, todo habrá concluido... perderia la vida en un momento, y no padeceria nada... pero ya hace diez y ocho años que estoy sufriendo... Procuremos pagarle lo que me ha hecho.. Mucho cariño debe tener á esta jóven, para tenerla oculta en este sitio y venir á verla con tanto misterio... Es necesario apoderarse de Isaura: mañana será mia... Mas para ejecutar este proyecto necesito tambien armas, y no tengo dinero... ni nada... La otra noche... sin la llegada de ese Alfredo, hubiera encontrado en la torre lo que buscaba... pero



Adela de Montfort era mas graciosa que hermosa, pero imposible era verla sin quedar prendado de su figura, su mirada y su voz.—Pag. 104.

todavía tengo tiempo para ir á ella... si no encuentro otro medio de proporcionármelas.

Al momento se puso en marcha con tanta precipitacion, á pesar de la oscuridad, como si fuese en medio del dia, dirigiéndose por caminos de travesia que acortaban la distancia del palacio de la Roca Negra, al que tardó muy poco en llegar. Bien pronto abrió la puertecita del jardin, entró en él, y se dirigió hacia la torre abandonada, en donde se introdujo sin encontrar á nadie. Subió rápidamente la escalera en espiral, y no se detuvo hasta la pieza en donde Alfredo le habia hallado noches antes. Reinaba en derredor suyo la mas profunda oscuridad, y

vaciló un momento; pero al fin sacó del bolsillo un eslabon y encendió luz aun á riesgo de difundir otra vez la alarma en el palacio.

Llevaba siempre consigo una linterna sorda, que le habia sido muy útil en las montañas: encendida ya, reconoció todos los rincones del salon que fué en otro tiempo armeria del castillo, y buscó una arma que estuviese todavia en estado de poderle servir. Despues de revolverlo todo, y de arrojar con cólera lanzas rotas y sables llenos de orin, se apoderó de una espada que todavia estaba de buen uso, é iba á alejarse, cuando en un rincon vió otra que estaba colgada, y alcanzándola la examinó y exclamó: —héla aqui... esta es la que buscaba... Con esta espada aprendí á batirme como noble... á deshacerme lealmente de un enemigo... ¡Pobre Ricardo!... que tanto le gustaba darme lecciones, y que se envanecía del talento de su jóven discipulo... al presentarme esta espada, cuantas veces me repetia este mote ó lema español: *No la saques sin razon, ni la envaines sin honor...*

El vagabundo estrechó la espada contra su pecho, é iba á arrojar la primera que habia tomado, pero se contuvo y la guardó diciendo: —esta me servirá para deshacerme de Valiente y para arrebatár á la jóven... al menos el arma de mi juventud no quedará manchada con esta accion...

Apagando entonces la linterna, y colocando con mucho cuidado las dos espadas debajo de su ancho redingote, el vagabundo volvió á bajar la escalera, salió de la torre y dejó el palacio por el mismo camino que habia entrado. Mirando entonces al cielo, y calculando lo que restaba de noche, y el tiempo que necesitaba para volver á la casita, dijo en voz baja: —hoy es demasiado tarde: mañana será.

Al dia siguiente, en cuanto la noche estendió su sombra por los campos, el vagabundo llegó al valle, lo examinó todo; nada se escapó á sus miradas ni pudo engañar su precaucion. Es cierto que no habia todavia nadie en la Casa Blanca, y que Isaura se encontraba sola en su habitacion. Todo lo habia previsto y calculado: bien pronto llegó á la tapia del jardin de la casita, y dejó en el suelo á algunos pasos de la puertecita, una de las espadas, diciendo: á ti ya te volveré á tomar al marchar: luego escaló fácilmente la pared.

No habia andado muchos pasos, cuando comenzó á ladrar Valiente, y se arrojó enfurecido sobre él: pero el vagabundo, que esperaba aquel ataque, estaba preparado para defenderse, y dirigiéndose al animal amenazador, le introdujo la espada en el cuerpo; á pesar de su herida el perro saltó sobre su adversario, y le mordió con fuerza en el cuello y en el rostro, pero la pérdida de su sangre le debilitó, y otras estocadas acabaron de vencerle: el pobre Valiente cayó exánime á los pies del vagabundo, que entonces arrojó el arma de que acababa de servirse, y subió precipitadamente al cuarto de Isaura.

La jóven estaba tristemente sentada junto á la ventana, y el recuerdo de Eduardo era todo su consuelo: no debia volverle á ver, pero podia amarle siempre, y se entregaba enteramente á este sentimiento. Cuando son contrariados nuestros deseos, experimentamos una secreta satisfaccion en persuadirnos de que al menos podemos disponer á nuestro arbitrio de nuestro corazon: y las mugeres sobre todo, se aprovechan de este consuelo, porque en sus acciones, son menos dueñas que nosotros de seguir su voluntad.

A los primeros ladridos de su fiel guarda, Isaura se estremeció, pensó que alguno andaba al derredor de la casa, y escuchó todavia, luego llamó á su perro diciéndole:

—¿Qué es eso Valiente? ¿qué te causa miedo?...

—Soy yo, contestó el vagabundo entrando bruscamente en el cuarto de la jóven. Isaura dió un grito de terror al ver á aquel hombre, cuyo rostro y cuello estaban llenos de sangre, y que la dirigia miradas amenazadoras.

—Vamos... es necesario seguirme: es preciso dejar inmediatamente esta casa, dijo el desconocido acercándose

con aire feroz á Isaura que estaba pálida y temblando: tomad algunos de vuestros efectos... hacedlos un lío... eso me servirá... dadme todo el dinero que tengais aqui... no os debe faltar... tendrémos necesidad de él... Vamos... ¿me ois?...

Isaura lo habia oido, pero no podia creer á sus sentidos: se arrodilló, estendió sus manos suplicantes hácia el hombre que tenia delante y exclamó:

—Caballero ¿qué quereis hacer de mí?

—Ya os lo he dicho, quiero llevaros conmigo y nada mas.

—Llevarme... ¿y adonde?...

—Adonde quiera: ya lo vereis...

—Caballero, mirad... en ese cajon está mi dinero... es cuanto poseo... tomad ese oro... tomad todos mis efectos... cuanto gustéis, pero os suplico que no me lleveis...

El vagabundo abrió la gabela que le indicaba la jóven, y se llenó los bolsillos del dinero que encontró murmurando: —Bueno... con esto se puede vivir un siglo en este pais... Luego se volvió, y viendo á Isaura inmóvil, de rodillas, y en el mismo sitio, dijo con cólera:

—¿No me habeis oido?... Os he dicho que hagais un lío con vuestros efectos... daos prisa.

—¡Dios mío!... ¿con qué insistis en llevarme?... dijo Isaura con voz suplicante.

—Si, para eso me he introducido en vuestra casa, para eso he arrostrado la muerte... La sangre que corre por mi rostro debe probaros que mi resolucion es invariable... que no cederé á vuestros ruegos ni á vuestras lágrimas... vuestros gritos serian inútiles: nadie puede oiros... vuestros defensores, vuestros amigos, no se hallan ahora cerca de vos... vuestro fiel guarda ha muerto.

—¿Ha sido muerto Valiente?... exclamó Isaura lanzando un grito de terror, que bien pronto fué seguido de abundantes lágrimas.

—Si, Valiente ha muerto, y de nada os sirve. Vamos... os lo repito, todas las palabras y todas las súplicas son infructuosas... es necesario que me sigais de buen grado... si no...

El extranjero agarró del brazo á la jóven y se le apretó con tal violencia, que casi perdió las fuerzas y no pudo mas que balbucear.

—Voy á obedeceros. Entonces el vagabundo la soltó el brazo y la empujó bruscamente hacia la cómoda.

No sabiendo ya ni lo que hacia, ni lo que seria de ella, Isaura reunió al azar algunos vestidos, los colocó en un pañuelo que ató en seguida, se le puso en el brazo, y se apoyó en la pared para no caer.

—Está bien, dijo el vagabundo: ahora dadme el brazo y venid.

Tomó la mano que le alargó temblando la jóven, y la arrastró hacia la escalera, pero conociendo que la flaqueaban las piernas, la obligó á apoyarse en su brazo. Cuando llegaron al patio, Isaura vió á Valiente bañado en su sangre: el fiel animal dió un lastimero quejido é hizo un esfuerzo para volverse á levantar y defender á su ama. Al verle, Isaura perdió el sentido é iba á caer al suelo, pero su conductor la sostuvo en sus brazos, y colocándosela vigorosamente sobre el hombro izquierdo, se dirigió al jardin porque preferia salir por alli, mas bien que por la puerta principal. Abrió la puertecita que daba al campo, recogió la espada que habia dejado en aquel sitio, y luego, á pesar de la carga, marchó con paso firme y rápido hácia las montañas.

El tiempo estaba muy oscuro, y la noche fria y lluviosa, mas á pesar de todo el vagabundo avanzaba con ligereza, trepaba por los peñascos mas escarpados, y escogia los senderos mas tortuosos. De cuando en cuando volvía la cabeza para mirar á la que llevaba: Isaura continuaba sin sentido, su rostro encantador tenia la palidez de la muerte, y estaba mojado por la lluvia que la caía sobre todo el cuerpo.

Pero poco enternecido con el mal estado en que se encontraba la jóven, su raptor, despues de mirarla, se

contentaba con murmurar:—Ella volverá .. eso no es nada. Despues de marchar de aquel modo algun tiempo, el extranjero se detuvo en la cima de una montaña, y examinó el terreno en derredor suyo, como para reconocer el sitio en que se encontraba: luego puso en la humedecida tierra á la jóven desmayada y dijo:

—No pesa mucho, pero sin embargo, en una distancia larga, se siente.

Examinó algun tiempo aquel cuerpo tendido á sus pies, que parecia pertenecer ya á la muerte, y mientras miraba á Isaura se asomó á sus labios una sonrisa amarga y dijo:

—Hé aquí en mi poder á la que el baron venia en secreto á ver en estas montañas... á esta aldeana cuya educacion ha formado... á quien sin duda adora... en fin, voy á disfrutar el placer de la venganza .. Queria que Alfredo se llevase esta muchacha, queria inducirle á que cometiese mil sandeces, y á batirse con su amigo: pero todo eso no le hubiera desconsolado tanto como la pérdida de esta jóven.. Si, sé lo que se experimenta cuando otro nos arrebató á la que adoramos... tambien yo amaba á Adela... era mia... debia mirarla como mi esposa, y sin embargo me la quitó...

Trascurrieron algunos momentos en que el vagabundo parecia enteramente entregado á sus recuerdos, mas al fin miró otra vez á Isaura, inclinó un poco la cabeza hacia ella, y dijo:

—No vuelve .. no hace ningun movimiento .. ¡se morirá!... no quiero su muerte, no... mientras esté conmigo puede vivir... pero con Marcey jamás.

Levantó la cabeza de la jóven, la colocó sobre sus rodillas, y procuró calentar en las suyas las heladas manos de Isaura. Buscó en el lio de sus vestidos, y con lo primero que encontró limpió el mojado rostro de la pobre niña. En fin, su semblante pareció reanimarse, y los latidos de su corazon fueron mas precipitados: Isaura abrió los ojos, miró en derredor suyo, y al verse en medio de la noche, tendida en la cima de una montaña, y apoyada su cabeza en el pecho del hombre que la habia arrancado de su morada, hizo un movimiento de terror.

—Tranquilizaos... volved en vos y nada temais, la dijo el extranjero.

—¡Dios mio!... ¡no es un sueño!... exclamó Isaura incorporándose completamente, ya no estoy en la casa de Andrés... en el asilo donde pasé mi infancia... vos sois quien me habeis arrancado de ella... vos el que habeis muerto...

—Si, contestó el vagabundo: yo soy el que ha muerto á Valiente para no ser despedazado por él: era preciso... tambien os hubiera sacrificado si no hubieséis querido seguirme...

—¡Cuán desgraciada soy!...

—Vamos, no tengais miedo, niña... me habeis acompañado, estais conmigo, y no teneis nada que temer... á menos que no hagais aspavientos... y trateis de escaparos... pero me parece sereis racional, y os someteréis á vuestra suerte. Comprendo muy bien, que os agradaria mas el vivir regaladamente en vuestra casita en donde teniais de todo con abundancia, en donde vuestro misterioso protector no os dejaba carecer de nada, y en donde en fin, podiais hacer la coqueta con los jóvenes que iban á veros... Esa vida era mucho mas deliciosa para una jóven, que la que tendreis conmigo... Convengo en ello... pero es necesario que adopteis vuestro partido... porque mi voluntad es irrevocable: vuestras lágrimas, vuestras quejas, vuestros suspiros todo seria inútil conmigo.... He decidido que ya no os separeis de mí... pero sin embargo, no creais que es el amor el que me ha hecho tomar esta resolucion... No .. no estoy enamorado de vos, ni pienso en manera alguna seduciros... en cuanto á ese punto, podeis estar enteramente tranquila. Sois linda, seguramente muy linda, pero eso ya os digo que me es indiferente.

Estas últimas palabras calmaron un poco los temores y el dolor de Isaura, y para no irritar de nuevo á aquel

hombre cuya cólera la parecia terrible, le contestó reprimiendo sus sollozos:

—Pues bien, os obedeceré... haré lo que me mandeis.

—Bien, muy bien, sois una muchacha excelente, dijo el vagabundo estrechando la mano de Isaura; con eso seremos amigos... Pero ya es cerca de media noche, y debemos proseguir nuestro camino. Os sentis con fuerzas para andar... si no yo os llevaré... no os apureis ...

—Si, puedo andar.

—Pues en ese caso dadme el brazo, apoyaos en mí y marchemos

Isaura obedeció sin replicar, y tomó el brazo de su conductor, que colocó el lio en la punta de la espada, y se la echó al hombro. Avanzaron otra vez por senderos pedregosos, se apartaron de Ayda, y llegaron á la cadena de montañas que comunica con las del Cantal y de Puy de Dome: Isaura se veia obligada á apoyarse en el brazo de su compañero para no caer en aquellos senderos escurridizos y pendientes. Caminaban en silencio, mas, sin embargo, el vagabundo dijo algunas veces á Isaura:

—¿Estais cansada? ¿quereis que nos paremos un poco?

—No señor, todavia puedo andar, contestaba la jóven y continuaba su camino.

Iba por fin á suceder el dia á aquella noche tenebrosa y lluviosa: el conductor de Isaura, que habia tenido cuidado de alejarse de las aldeas y sitios habitados, se detuvo con la jóven en el declive de una montaña, miró en derredor suyo, y dijo:

—Descansemos aqui hasta que podamos distinguir mejor los objetos... creo que no me he equivocado.... debemos hallarnos cerca del término de nuestro viage.... Nos faltará una hora cuando mas. Es necesario no extraviarnos.

Entonces se sentó en el suelo, é Isaura hizo otro tanto, colocándose á algunos pasos de él. Triste y abatida, inclinó la cabeza sobre su pecho, y no pronunció una palabra. El vagabundo la miró un momento, y luego volvió la cabeza á otro lado, diciendo para sí:—No esta de humor de hablar... lo comprendo muy bien.

Pasado un cuarto de hora, ya habia suficiente claridad para reconocer los caminos. El compañero de Isaura se sonrió, y dijo:

—No me he engañado... ¡Conozco tan bien este pais! Le he recorrido tantas veces en mi juventud, y hace algunos meses .. Vamos, niña, en marcha; una legua mas y descansareis cuanto gustéis.

Isaura se levantó y volvió á tomar el brazo de su conductor. Bajaron la montaña, y luego se dirigieron hacia la izquierda por senderos estrechos y tortuosos, abiertos en la peña. A cada paso eran mas escabrosos, y el terreno tan árido é inculto, que parecia que en él jamás habia penetrado el hombre: rara vez veian la choza de un pastor y las cabras monteses, por junto á las que pasaban algunas veces, huian al acercarse á ellas, como poco acostumbradas á la presencia del hombre. Despues de andar bastante tiempo por aquellos sitios desiertos, se encontraron al principio de un sendero entre dos rocas muy elevadas, tan juntas por su parte superior, que la luz apenas iluminaba el estrecho camino, que estaba lo menos ochenta pies mas bajo que la cima de los peñascos.

El vagabundo guió á Isaura por aquella oscura senda, y la jóven entró temblando en aquel camino, sobre el cual parecia que iban á desplomarse las peñas.

—¡Dios mio!... ¿por aquí?... dijo estremecida.

—Si, por aquí, y ya hemos llegado, contestó su compañero deteniéndose junto á una casita de madera que se hallaba á la izquierda del camino y pegada al peñasco, que por arriba la cubria enteramente: por la parte exterior se asemejaba bastante á las habitaciones de los canteros.

Isaura miró á aquella miserable casuca que presumia ser su último asilo, pero calló, dejó correr sus lágrimas

en silencio, y no trató ya de enternecer con sus ruegos al que la había conducido á aquel agreste sitio.

A juzgar por lo exterior, la casa debía tener poco



El viejo pastor Charlot.

fondo: tenía un solo piso con una ventana, y otra en la parte baja junto á la puerta, pero todo en tan mal estado, que parecia que de un puntapié se podia derribar todo el edificio.

El compañero de Isaura puso la espada y el fío de la ropa sobre un banco de madera que había fuera de la casa, y despues llamó á la puerta, gritando con una voz que resonó en todo el sendero:

—¡Hola! Charlot... duermes todavía... levántate, perezoso... levántate... es tu amigo... el vagabundo...

Pasó algun tiempo sin oír ruido, mas por fin sintieron el de unas pisadas lentas, pero que parecían venir de mas lejos que de la casa. Fuéronse, sin embargo, aproximando; luego se abrió la puerta y apareció un hombre como de sesenta años, de corta estatura, flaco, de una palidez livida, con los ojos ribeteados de encarnado, de mirada estúpida, descalzo, cubierto el cuerpo con unos pellejos de cabra atados con correas, y cubierta la cabeza con un sombrero de paja que ya no tenía ala.

El hombre á quien el compañero de Isaura había llamado Charlot, no manifestó ni sorpresa ni curiosidad al ver los que llegaban á su casa, y alargó la mano al vagabundo, diciendo con voz pausada y gutural:

—¡Ah!... ¿eres tú?... ya hace tiempo que no habías venido á verme.

—Si, pero esta vez me parece que vengo á verte por una temporada larga, respondió el conductor de Isaura: te traigo compañía como ves.

Y diciendo esto, señalaba á la jóven que Charlot miró con indolencia y contestó:

—Es una muger...

—Adentro tendremos tiempo de hablar, dijo el vagabundo haciendo seña á Isaura para que entrase en la casa de madera. La pobre jóven tenía mucha dificultad en decidirse, miró atrás, y parecia que temia ver el cielo por última vez: pero su compañero la empujó brusca-

mente, y bien pronto se halló en la horrible mansion de Charlot, cuya puerta se cerró en seguida detrás de ella.

Lo interior de la casa se componia en la planta baja de una pieza bastante espaciosa, en la que había unos pies derechos que sostenian el piso superior: á la izquierda una chimenea en que podria colocarse muy bien un hombre sin bajarse, y á la derecha estaba la escalera que conducia al piso principal: algunos bancos, varias vasijas de barro y un poco de paja, componian todo el mueblaje.

Isaura apenas veia nada, pues tenía sus ojos llenos de lágrimas: se había sentado en un rincon de la habitación, en donde casi penetraba la luz, porque el peñasco sobresalía mucho por encima de la casa. Creía que la iban á mandar subir á la pieza de arriba, y aguardaba en silencio á que dispusiesen de su suerte: el vagabundo hizo una seña á Charlot, y entonces éste se dirigió al centro de la pieza, y tirando de una tabla fija en el tabique, dejó ver un paso mucho mas iluminado que lo interior de la casa.

—Venid por aqui, dijo el conductor de Isaura, haciéndola seña para que se levantara. Obedeció; la hizo pasar por aquella estrecha abertura, y entonces se encontró en una escavacion, en la que con el mayor gozo volvió á ver el cielo. Aquel sitio, que podria tener unos treinta pies de circunferencia, se asemejaba bastante al fondo de un pozo, solo que era mucho mas ancho; pero la luz que recibia por arriba, penetraba mejor que en lo interior de la casa, porque habiéndose efectuado aquel hundimiento en linea vertical, nada cubria por lo alto aquella especie de cantera.

En el centro de aquel sitio habían construido una segunda casita de madera, que no tenía mas que piso bajo. En aquel retiro, impenetrable á la vista de los viajeros, hicieron entrar á la jóven que habitaba un valle fértil y risueño.

—He aqui para en adelante vuestro cuarto, dijo el vagabundo, introduciendo á Isaura en aquella habitación. Ya veis que no sin motivo he preferido traerlos á este sitio, que no pueden encontrar mas que los que le conocen... aun cuando viniesen á reconocer la casa, jamás sospecharian que hay otra por detrás... este asilo no pueden verle mas que los que estén allá arriba... sobre el peñasco, á ochenta pies de nosotros... mas como es sumamente escarpado, y no conduce á ninguna parte, nadie procura trepar á él... y solo suele hacerlo de cuando en cuando alguna cabra montés... Estoy, pues, seguro de que aqui no os encontrarán. Esta mansion no es tan bonita ni risueña como la que habitabais; convengo en ello: ¡pero que quereis!... no tenía eleccion... tomad, pues, vuestro partido, y procurad habituaros á vuestra nueva morada. En ella sereis dueña de hacer lo que os plazca, desde la mañana hasta la noche, escepto el salir. Aqui teneis una pieza espaciosa en donde podreis estableceros: en ella hay una cama, una mesa y un banco, es la mejor amueblada de la casa... Si puedo encontrar un pedazo de espejo, os le daré: se que las mugeres le aprecian mucho... Procurad tranquilizaros, y enjugad vuestro llanto... os lo repito, vuestra virtud se halla aqui mas segura que junto á la Casa Blanca. Este sitio os parecerá ahora horrible, espantoso... pero ya os hareis á él, porque nos acostumbramos á todo.

Dichas estas palabras, el vagabundo dejó sola á Isaura en aquella horrorosa mansion, y se volvió con Charlot á la casa que daba al sendero, y allí, sentándose enfrente de su silencioso compañero, le dijo:

—Charlot, te salvé la vida hace dos meses, un día que persiguiendo una cabra ibas á caer en un precipicio, cuando corriendo detrás de ti, pude alargarte mi báculo y sacarte de la sima en que no podias menos de caer.

—No lo he olvidado, respondió en voz baja el viejo pastor.

—Si, prosiguió el vagabundo, desde ese tiempo me has manifestado el mayor afecto: cuando no tenía pan, venia aqui, y estaba seguro de que partirias conmigo

cuanto poseias... Está muy bien, Charlot... eres agradecido, y te has portado conmigo mejor que muchos ricos señores... pero no es bastante, Charlot: en el día es necesario que me dejes disponer de tu casa... aquí tienes oro, dinero, toma lo que quieras.

El vagabundo ponía á la vista del pastor la suma que habia tomado de casa de Isaura, pero Charlot miró el dinero con indiferencia, y se contentó con decir:—¿Y si me quedo sin casa, donde he de buscar otra?

—Habitarás siempre aquí: la jóven ocupará la segunda casa, y yo dormiré allá arriba. Pero es necesario que antes me jures, bajo pena de tu vida, que no dirás á nadie que tienes gente aquí.

—¿A quién lo he de decir, si no veo á persona alguna?

—En fin, si por casualidad viniesen algunos viajeros, me retiraré inmediatamente ahí detrás... y jamás descubrirás esta habitacion secreta...

—No, no.

—¿Me lo juras?

—¡Jurartelo!... te he dicho que no, y eso basta.

—En efecto, creo en tu promesa mas que los juramentos de los demás... ¿pero no tomas este oro?...

—¿Para qué le quiero?...

—Yo te daré dinero cuando vayas á comprar provisiones... procurarás ir muy lejos, y comprarlas en diferentes sitios para no escitar sospechas... Con esta suma y tu destreza en cazar las cabras monteses y los pájaros, tenemos para vivir algunos años. Vamos, estamos convenidos: ¿viviremos juntos?...

—Sí.

—¿No hablarás de nosotros á nadie?...

—No.

—¿Y jamás abrirás la puerta á ningun viajero hasta que yo haya pasado á la otra casa?

—Jamás.

Concluido el convenio, el vagabundo subió á la pieza alta, se tendió sobre unos haces de paja, y se durmió: el pastor, que pasaba una parte de su vida entregado al sueño, hizo lo mismo en la pieza baja. Solo velaba Isaura: de rodillas en la miserable casuca á donde la habian encerrado, elevaba hácia el cielo sus manos suplicantes; dirigia hácia él sus ojos, de los que se escapaba un rio de lágrimas, y en su desesperacion, no tenia fuerza para pronunciar una palabra.

CAPÍTULO XXXI.

Permanencia en la casuca.—Última esperanza frustrada.

En el esceso de la desgracia hay una última fortaleza, un último valor: Cuando se llega al colmo del infortunio, y hay que renunciar á la esperanza de mejor suerte, entonces parece que se experimenta un secreto consuelo en poder desafiar al destino que nos dirija nuevos golpes.

Tal era la situacion de Isaura: aquella jóven apacible, tímida, arrebatada de la mansion que ocupaba desde su infancia, de su protector, y de su amante para habitar en un sitio debajo de la tierra, sin tener mas compañía que dos hombres, uno autor de sus males, y el otro, al parecer, insensible á ellos, llegó, no obstante, á hacerse superior á su desesperacion. Sus ojos no derramaban ya lagrimas, al menos á presencia de sus dos compañeros: ninguna queja se escapaba de su boca, y cuando hablaba al que la habia arrancado de su asilo, lejos de brillar la cólera en sus ojos, ni de que sus acentos espresasen el horror que aquel hombre debia inspirarla, se presentaba delante de él con dulzura, y le respondia con docilidad.

Ya habian trascurrido muchos dias desde que el vagabundo tenia encerrada á Isaura en casa del viejo pastor, y la conducta de la jóven le dejaba sorprendido. Muchas veces la miraba en silencio durante horas ente-

ras, y cuanto mas la veia, mas se aumentaba tambien su sorpresa.

Una mañana que el viejo pastor habia ido á recorrer las montañas, y que solo con Isaura, el vagabundo, sentado en la escavacion junto á la entrada de la segunda casuca, contemplaba ya hacia largo tiempo á la jóven que trabajaba en coser pieles de cabra, asombrado de su dulzura y de su tranquilidad, no pudo menos de exclamar: me sorprendeis, niña; verdaderamente comienzo á creer que os habia juzgado mal, y que por el contrario mereciais el buen concepto que los dos jóvenes tenían formado de vos... Vuestra docilidad... vuestro aire candoroso... No, Eduardo no hacia mal en amaros... en querer casarse con vos... Mas sin embargo, ¿ese hombre que ibais á ver á la Casa Blanca... ¿qué lazos os unen á él?... ¿Desde cuando le conocéis?... Vamos, hablad, respondedme francamente.

Un sentimiento que Isaura no podia definir, pero que no era temor, la inclinaba á obedecer siempre con prontitud al extranjero: le respondió, pues, suspirando:

—Desde la infancia conozco á Mr. Gervais...

—Mr. Gervais... ¿pues no os ha dicho que es el baron de Marcey?...

—No señor, jamás le he llamado mas que Gervais, y con ese nombre le conocian tambien mis padres adoptivos, Andrés y su muger.

—Sí, ya comprendo... habrá querido guardar el incognito... ó sois una hija natural que ha tenido, ó conociendo que llegaríais á ser algun dia muy linda, pensaba haceros su querida.

—¡Su querida!... ¡ay! señor, mi protector me amaba como hija, pero me ha repetido cien veces que mis padres han muerto.

—¿Y fué él quien os colocó en casa de los aldeanos?...

—Sí señor, primero me visitaba rara vez... pero luego ha venido con mas frecuencia... Cuando era pequeña, me tomaba en brazos, me acariciaba: cuando ya fui mas grandecita, me hacia que hablase con él, me enseñó á leer y á espresarme de otra manera. Decia que aprendia bien, y que seria lástima que fuese tan ignorante como los habitantes de estas montañas.

—¿Y en seguida?...

—No ha pasado mas.

—¿No os ha dicho que os presentaria algun dia en la sociedad, y que os proporcionaria mil placeres?...

—No, jamás me ha hablado de eso.

—Y cuando conocisteis y amásteis á Eduardo, ¿se lo habeis confesado?

—Sí señor, no le he ocultado nada.

—¿Y entonces que os dijo?

—Me reprendió, pero con dulzura... me manifestó que habia hecho mal en amar á Eduardo... que era preciso le olvidase... que renunciase á él... que jamás seria mi esposo...

—Estaba bien persuadido de ello... no os educaba para otros, ni os tenia guardada sino para él... para obrar como lo ha hecho es preciso que os amase mucho... Y yo le he privado de vuestra presencia... de vuestras caricias... He destruido todos sus proyectos de felicidad para el porvenir... me he vengado al fin...

Una sonrisa terrible animaba el semblante del vagabundo. Isaura apartó de él la vista con terror. Pasados algunos instantes la dijo:

—No creais que solo por el gusto de cometer una mala accion os he arrancado de vuestro asilo: no. Tengo muchos defectos, y aun vicios... pero causar daño solo por el placer de hacerle, jamás me ha pasado por el pensamiento; y aunque tengo muchas razones para aborrecer á los hombres, les hago todavia bastante justicia para creer que rara vez serian malos, si no encontrasen provecho en ello. Escuchadme, niña, voy haceros saber por qué os he arrebatado del lado de vuestro protector. Sé que no estoy obligado á daros cuenta de mis acciones, y que podría no haceros esta confianza, pero vuestra dulzura, vuestra sumision... me inspiran interés...

Si, cuanto mas os veo, mas os conozco... mas me asombráis... Hago vuestra infelicidad... lo sé... y sin embargo, quisiera veros dichosa... Efecto singular que produce la hermosura unida á la bondad y á la virtud.... Creia que eso no podria enternecer mi corazon, y sin embargo, vos me probais que me habia equivocado...

Isaura miró con dulzura al vagabundo: sus ojos expresaban un sentimiento indefinible, y dijo:

—Yo tambien, señor, conozco que hubiera querido poder ser vuestra amiga... y aun ahora, que causais mi desgracia... no puedo aborreceros como debiera...

—Vamos, callad, niña, y no me mireis de ese modo, respondió el vagabundo volviendo la cabeza para ocultar su emocion. Si, estoy satisfecho de vuestra sumision.... mas no por eso vuestra suerte dejará de ser la misma, porque no puede ser otra cosa, y á pesar del interés que me inspirais, os daria la muerte si viese al baron de Marcey próximo á arrancaros de mis manos... Tranquilizaos y no temais: eso no puede suceder nunca, pues ya veis que he tomado muy bien mis medidas. Volvamos á lo que queria contaros... el motivo de mi conducta; y pues que el destino nos ha reunido para siempre, conoced por fin á aquel con quien debeis pasar vuestra existencia.

No soy un miserable: teneis bastante buen juicio para haberlo conocido. Pasé mi juventud en un palacio, en el seno de las riquezas, y rodeado de muchos criados que procuraban adivinar mis deseos. ¡Qué mudanza!... ¿podia yo imaginar siquiera que me habia de encontrar en un estado tan deplorable?... Sin embargo, el hombre debe esperarlo todo, cuando no sabe dominar sus vicios ni sus pasiones... creo que la desgracia me ha enseñado ha hacer reflexiones morales... De cuantas mudanzas ha obrado en mí, no es esta la menos asombrosa...

El vagabundo calló algunos momentos. Sacó su pipa, la llenó, la encendió, y luego prosiguió su discurso que solo interrumpia de cuando en cuando para quitarse la pipa de la boca.

—Los dos jóvenes que iban á veres con tanta frecuencia, habitaban en el palacio de la Roca Negra, á dos leguas de vuestra casa, como ya os habrán dicho.

—Si señor.

—Pues bien, en ese mismo palacio pasé mis primeros años: pertenecía entonces á una tia mia, viuda anciana y respetable, que me dejaba hacer mi gusto desde por la mañana hasta la noche. Habia perdido á mis demas parientes: poseia una fortuna bastante considerable, sin contar la que me debia dejar mi tia, quien pensaba que un hombre rico y noble no podia conducirse mal, y debia cuanto antes ser dueño de sus acciones. ¡Pobre y querida señora!... Cuanto se engañaba... Comencé desde luego á hacer necedades. Las mugeres... el juego... la gula y la disolucion me ofrecieron atractivos á que no pude resistir, aunque es cierto que tampoco lo intenté... me parecia tan natural satisfacer mis pasiones, y mis menores deseos... Me habia acostumbrado de tal modo á hacer mi voluntad, que sembraba el oro á manos llenas para no encontrar obstáculos en mi camino... Bien pronto semejante conducta me valió en la sociedad una reputacion de que me reia... Era el terror de los padres, el espanto de los maridos... porque mi mayor ventura consistia en seducir á una joven beldad, en hacer que me amase, y en seguida abandonarla á su desesperacion...

—¡Bios mio!... dijo Isaura, ¡cómo se puede encontrar placer en engañar á los que nos aman!...

—Vos no concebís eso, niña... no habeis vivido en el mundo... no sabeis lo que pasa en él... ignorais que hay amor falaz, amistad interesada, que las virtudes son muy raras, y el reconocimiento casi nulo... Si conocieses como yo ese mundo frivolo, quizá os pareceria menos malo habitar en esta escavacion... Pero volvamos á nuestro asunto. No tardé en disipar la fortuna que me habian dejado mis padres: murió mi anciana tia, y me repuse un poco con su herencia: comencé á viajar para buscar

nuevos goces, nuevas hermosuras, y algunas veces para sustraerme de la venganza de algun padre ó de algun hermano: era muy mal sugeto, lo confieso.

La casualidad me condujo á Burdeos; allí vi una joven encantadora, á quien su padre, antiguo marino poco amable, tenia en la mas severa reclusion. Pero las rejas, los cerrojos y las dueñas no eran obstáculos para mí. Conseguí introducirme en casa de Adela, porque tuve cuidado de ocultar mi conducta pasada: era entonces joven y de buena figura, mis facciones no estaban ajadas con las privaciones, ni mis ojos hundidos por el trabajo; estaba formado para agradar... Pero, sobre todo, tenia la habilidad de parecer enamorado... Sin embargo, aquella vez mi pasion no fué fingida: Adela me inspiró un sentimiento que jamás habia experimentado por ninguna, otra muger... crédula y amante, no me fué difícil hacerme adorar de aquella joven... seducirla y triunfar de su inocencia... Pero entonces, lo juro, cansado de la vida que llevaba, mi intencion, mi único deseo, era casarme con Adela. Desgraciadamente su padre tuvo algunas noticias poco favorables con respecto á mí, y ya no quiso recibirme en su casa: bien pronto un desafío me obligó á salir de la ciudad, pero me alejé persuadido de que Adela me seria fiel; muchas circunstancias debian asegurarme de que no seria de otro, y conservaba la esperanza de llamarla mi esposa. Juzgad cual seria mi furor cuando al volver á Burdeos, seis meses despues, supe que Adela hacia ya algun tiempo se habia casado, y que habiendo ido á viajar con su esposo, se ignoraba en que pais se encontraba. Aquella Adela tan tierna, tan amante, que tantos derechos me habia dado sobre ella me engañó tambien...

—Caballero, sin duda se veria obligada á obedecer á su padre, y pues que os amaba, debe haber sido muy desgraciada...

—Si, si... efectivamente me dijeron que su padre la compelió á aquel himeneo. Pero el que se casó con ella fué un infame... no podia ignorar... Adela debió decirselo... No, no podia ser ya suya... Pues bien, ese hombre que me arrebató á la que yo amaba... que me ha privado de la única felicidad verdadera que podia gustar... es vuestro misterioso protector... es el baron de Marcey... juzgad ahora si me será dulce vengarme, y si he tenido razon para arrancaros de su amor.

—Caballero, mi protector al casarse con Adela, indudablemente ignoraria que causaba su desgracia y la vuestra...

—No, no pudo ignorarlo... Al saber aquel matrimonio, quise buscar al baron y darle la muerte ó recibirla de su mano, pero todos ignoraban en donde se hallaba, y bien pronto tuve que huir para librarme de los acreedores que me perseguian. Mandé vender mi posesion de la Roca Negra, pasé á Inglaterra y procuré distraerme con nuevos placeres: pero desde aquel momento, parece que la desgracia seguia mis pasos: el juego me arrebató una parte de mi fortuna, y las mugeres y los falsos amigos se llevaron el resto. Volví á Francia... en tiempo de mi prosperidad, habia prestado mucho dinero y hecho algunos favores á varios amigos: reclamé á mi vez sus servicios, pero nada pude conseguir de aquellos miserables... Supe que Adela habia muerto á los tres años de matrimonio con el baron, y que no le habia dejado hijos... me importaba saber esta circunstancia... El dolor del baron me vengaba ya en cierto modo, pero no era bastante, y sin duda hubiera procurado suscitarle entonces nuevos pesares, si el estado de mi fortuna no me hubiese obligado á huir de nuevo para no ser preso.

Me dirigí á Italia y á España... ya no era el mismo; no era el brillante seductor adorado de las mugeres y temido de mis rivales. Obligado á buscar de continuo nuevos medios de existencia, no me avergoncé de mezclarme con intrigantes viles, con seres despreciables, que algunos años antes hubiera mandado arrojar de mi casa. ¿Pero qué habia de hacer?... ¿trabajar?... No sabia nada, y la idea del trabajo me era insoportable... No tardé

mucho en adquirir las costumbres y las maneras de la canalla con que vivía, y al fin incurri en la crápula.... porque los vicios nos conducen al último extremo. Algunas veces volvía la vista atrás, y consagraba un recuerdo y una lágrima á lo pasado... me abochornaba de mí mismo, y mas de una vez he arrojado con disgusto esta pipa que la ociosidad y el embrutecimiento habian colocado en mi boca, y que despues ha llegado á ser mi único placer y distraccion.

Sin embargo, en medio de mis desórdenes y de mi disipacion, todavia me quedaba un sentimiento de honor... jamás participé de las truhanerías viles de los hombres con quienes me encontraba: se burlaron de lo que llamaron mis principios. Disgustado del lenguaje de aquellos miserables, los dejé por fin, y resolví volver á mi país... y sobre todo á esta Auvernia, en donde habia pasado los dias mas felices de mi vida. Regrese, pues, á pie y sin dinero: pero habian trascurrido muchos años desde mi ausencia, y no temí ser conocido. Habia dejado en otro tiempo amigos y conocimientos, pero unos habian muerto, y otros se hallaban en lejanos climas. Procuré ser útil á los viajeros y proporcionarme trabajo... pero parecia que un hado maléfico alejaba de mí á aquellos á quienes ofrecia mis servicios... Tomé un partido; entré en la choza del montañés, y el auvernés jamás me rehusó el pan ni la hospitalidad... Asi volví á ver el palacio de la Roca Negra, esa posesion de mi anciana tia, en donde me habia criado... Encontré todavia medio de introducirme en él secretamente, y por la noche, mientras el nuevo propietario se entregaba al sueño, me complacia en recorrer la antigua torre... en ver unas paredes que habian sido testigos de mis primeros juegos.... y aquellos pórticos y galerías que tantas veces habian repetido los acentos de mi alegría. Allí, entregado enteramente á mis recuerdos, he olvidado mas de una vez treinta años de mi vida... y me he conceptuado feliz...

El vagabundo inclinó la cabeza sobre su pecho, exhaló un suspiro y se detuvo. Isaura, á quien el final de su narracion habia vivamente conmovido, se acercó involuntariamente á él, y con voz enternecida le dijo:

—Habeis sido muy desgraciado...

El vagabundo levantó los ojos, la miró, parecia que sus facciones y su voz le chocaban cada vez mas, y exclamó:

—Es asombroso... me parece que la estoy viendo y oyendo...

—¿A quién? preguntó con dulzura la jóven.

—A la que mas he amado... y me han arrebatado... si, teneis sus facciones... la dulzura de su mirada... pero quizá no sea mas que una ilusion... En fin, la vista de este país casi me habia hecho olvidar al baron de Marcey: le aborrecia siempre, pero no hubiera abandonado estas montañas por acercarme á él. Sin embargo, la suerte ha permitido que pudiera vengarme: supe primero que Alfredo, el amigo de Eduardo, era el hijo que el baron habia tenido en su primer matrimonio.

—¿Alfredo es el hijo de mi bienhechor?... exclamó Isaura con sorpresa.

—Si, el es, y he ahí porque mas de una vez le he invitado á que os robase... queria inducirle á cometer mil necedades... á batirse con Eduardo... perdiendo al hijo, esperaba vengarme del padre... pero Alfredo tuvo la debilidad de renunciar á su amor... No se todavia porque me habria decidido... Quizá en su sangre hubiera buscado mi venganza... Pero la suerte me ha servido mejor. He sabido por el mismo Alfredo que el hombre de la Casa Blanca era su padre, y desde entonces, variando de proyecto, y apoderándome de vos, he querido devolver al baron una parte de los tormentos que me ha hecho sufrir... Lo he conseguido: estais separada de él para siempre... Ahora, niña, ya lo sabeis todo, y conoceis los motivos que me han impulsado á conducirlos á este asilo impenetrable.

—¡Dios mio!... dijo Isaura poniéndose de rodillas, y levantando sus manos hacia el cielo:—soy muy desgra-

ciada... pero si permaneciendo en este retiro salvo la vida á mi bienhechor y á su hijo... no debo quejarme, y me someto sin murmurar á mi destino.

Enternecido con la conducta de la jóven, el vagabundo la permitia que saliese alguna vez á respirar el aire en el sendero que habia á la entrada de la casuca: entonces Charlot se colocaba de atalaya un poco mas lejos, y al menor ruido que oyese, ó al acercarse alguien, Isaura y su compañero debian entrar en seguida en la segunda casuca. Pero era muy raro que pasase ningun viajero por aquel camino árido, distante de todo sitio habitado. Ya hacia quince dias que se hallaba Isaura en su prision, y todavia no habia visto mas que algunas cabras, que asomaron la cabeza á lo alto del agujero, mas sin embargo, ninguna queja se escapó á la que arrastraba tan miserable existencia. Parecia someterse á su suerte, y si alguna vez proferia el nombre de Eduardo, era porque se creia sola, y que pronunciaba en voz muy baja el nombre de su amante.

Para consolar entonces á la pobre niña, el autor de sus penas la decia friamente:

—Vuestro Eduardo no hubiera valido mucho mas que los otros... su amor habria pasado... porque todo pasa en la vida... luego os hubiera engañado, abandonado... ó se habria arrepentido de casarse con vos, y os lo hubiera hechado en cara.

Isaura nada contestaba, pero no creia que Eduardo se condujese de semejante modo: su corazón la decia que siempre la amaria tiernamente; que aunque no la veia pensaba sin cesar en ella, y aquella idea era el último consuelo, la última felicidad que la quedaba, ¿por qué no habia de procurar conservarla?...

En las largas horas que pasaba en su soledad, pensaba siempre en Eduardo, y algunas veces le llamaba involuntariamente, quizá porque no habia desterrado de su alma toda esperanza: pero cuando se debilitaba su valor, cuando Isaura sentia con mas fuerza todo el horror de su existencia, sacaba de su pecho el medallon que tenia guardado con sumo cuidado, y despues de asegurarse que estaba sola, y de que nadie podia verla, cubria de besos aquel retrato que la habian dicho era el de su madre, y que habia jurado no enseñar jamás á nadie. No pensaba por otra parte, que la vista de aquella imagen querida pudiera interesar á aquellos con quienes estaba condenada á pasar sus dias.

Tres semanas habian pasado desde que Isaura habia sido llevada á la morada de Charlot, y durante todo aquel tiempo solo habian parecido por las inmediaciones dos jóvenes pastores, y para eso no habian pasado el estrecho sendero, y siguieron por otro camino. El vagabundo creia, pues, que aunque no estaba distante de la Casa Blanca mas que unas doce leguas, su prisionera estaba mas segura que si la hubiese conducido á otro país.

Era en medio del dia, é Isaura estaba sentada en el banco que habia junto á la puerta de la primera casa, pero el tiempo estaba malísimo, y no era presumible que ningun viajero se arriesgase por aquellas montañas. Con todo, el viejo pastor estaba en acecho en lo alto de una peña, y el mismo vagabundo, que se hallaba á algunos pasos de Isaura, dirigia su vista á lo lejos.

De repente Charlot hizo la señal convenida para avisar la llegada de alguno: el vagabundo se apresuró á entrar con la jóven en la casuca, y no tardó en reunirseles el viejo pastor.

—¿Qué es eso?... dijo el vagabundo á Charlot.

—Tres hombres que acabo de ver á lo lejos en la montaña.

—Tres hombres... vienen hacia este lado...

—Al parecer no saben donde dirigirse.

—Quédate en tu cabaña, y si esos hombres vienen y llaman á la puerta, ábrelos sin hacerlos esperar: déjalos que descansen... si te piden algo, no les des mas que pan y agua, y si te hacen preguntas, ya sabes como has de responder á ellas.

Charlot hizo un movimiento de cabeza, volvió á su ca-

sa y cerró con mucho cuidado la comunicacion de la segunda habitacion. El vagabundo hizo entrar en ella á Isaura, que se estremeció al oír hablar de tres viajeros: un secreto presentimiento parecia advertirla que eran su protector, su hijo y Eduardo que la andaban buscando. Pero los ojos del vagabundo se volvieron de nuevo amenazadores: se apoderó de la espada que tenia escondida en un rincon de la escavacion, y agarrando del brazo á Isaura la dijo con voz enronquecida:

—Si prorrumpis en un solo grito mientras esos extranjeros estén en casa de Charlot, si tratáis de haceros descubrir... juro daros la muerte... Juradme, pues, que guardareis el mas profundo silencio...

—Lo juro, contestó Isaura temblando: entonces el vagabundo la dejó en su cuarto, y colocándose junto á las tablas que formaban el tabique de la casa de Charlot, por la hendidura de una de ellas veia lo que pasaba en su habitacion.

Mas de diez minutos trascurrieron sin que nadie llegase, y el viejo pastor comenzaba á creer que los viajeros que habia visto habrian tomado otro camino, cuando se oyeron pasos, que se detuvieron junto á la casa de madera, y una voz gritó: —He aqui una habitacion...

El vagabundo se estremeció al sonido de aquella voz que reconoció por la de Eduardo. Llamaron á la puerta, Charlot abrió, y el vagabundo tembló al ver entrar al baron de Marcey Alfredo, y el amante de Isaura.

—Perdonad, buen hombre, dijo el baron, mientras los jóvenes miraban con curiosidad en derredor suyo, sentimos molestarnos... Pero estamos cansados... los caminos de estas montañas son tan malos, que nos hemos visto obligados á dejar nuestros caballos en la aldea inmediata: ¿podremos descansar un momento en vuestra casa?

—Si, señores, descansad; respondió tranquilamente Charlot. Entonces los tres viajeros se sentaron sobre la paja, y sacando Alfredo una espada de debajo de la capa, la colocó á su lado. El vagabundo no pudo evitar cierto movimiento de horror al ver el arma con que habia herido á Valiente. Pero su alma experimentaba una alegría bárbara, al notar la tristeza y el dolor que se retrataba en los semblantes del baron y de los dos jóvenes.

—¿Habitaís solo aqui? dijo el baron al pastor.

—Si señor.

—¿Habeis recibido alguna vez viajeros?

—Jamás viene nadie por aqui.

—¿No recordais haber admitido aqui á un hombre con una joven?

—No...

—Escuchad, dijo Alfredo á Charlot, buscamos á una joven hermosa que uno ó muchos miserables han arrebatado de su casa... si los raptos no han venido aqui, es posible hayan pasado por las inmediaciones, y que hayais oído hablar de ellos... no podeis darnos ningunas noticias de lo que buscamos... os recompensaremos generosamente...

—Ni sé nada, ni he visto á nadie, contestó Charlot con la mayor indiferencia.

—¿Todas vuestras pesquisas son vanas!... exclamó Eduardo con el acento de la desesperacion. ¡Querida Isaura!... jamás podremos encontrarte... volverte á ver... ni aun sabemos en que region buscarla...

El baron tomó la mano de Eduardo y procuró tranquilizarle, aunque era fácil conocer que él no estaba menos afectado. Alfredo se levantó, examinó el sitio donde se hallaban, y al ver la escalera dijo á Charlot: ¿teneis otra pieza allá arriba?...

—Si señor.

—Sin duda da á ese sendero estrecho por donde hemos venido... quizá podremos descansar en ella mejor que aqui...

Y sin aguardar la respuesta del pastor, Alfredo subió á la habitacion, pero la encontró desierta, volvió á bajar tristemente, y se sentó al lado de sus compañeros diciendo:

—Lo mismo estamos aqui...

—Esta parte de las montañas es muy poco frecuentada, dijo el baron á Charlot; ¿cómo vivís en este sitio?

—Voy á comprar pan á la aldea, y le tomo para diez dias...

—¿Qué mansion tan triste!... dijo Alfredo: ¿Cómo puede resolverse nadie á vivir aqui?...

—¿Pobre Isaura!... añadió Eduardo: ¿quién sabe si habitas en otra casuca tan miserable!... Ya han trascurrido tres semanas desde que has sido arrebatada á nuestro amor... y no tenemos ningun indicio que nos haga esperar descubrir las huellas de tus raptos...

Los tres viajeros guardaron silencio durante algun tiempo. Oculto detrás del tabique, el vagabundo no los perdió de vista, ni se apartó de aquel sitio. Al cabo de una media hora, el baron se levantó y dijo:

—Prosigamos nuestro camino... es inútil permanecer aqui mas.

—Si, partamos, añadió Alfredo, y procuremos reconocer los caminos, para no volver dos veces á un mismo sitio, lo cual no serviria mas que para perder el tiempo en pesquisas infructuosas... Además, este sitio es bien fácil de conocer... he visto pocos tan agrestes y tan tristes, como en el que les ha ocurrido construir esta casa. Ven Eduardo...

Eduardo se levantó, dirigió la última mirada á las paredes de la habitacion, y salió lentamente con Alfredo y el baron. Bien pronto se perdió el ruido de los pasos de los viajeros en el estrecho sendero, y desaparecieron completamente de la vista de Charlot, que los miraba desde su puerta.

Entonces el vagabundo volvió con aire triunfante al lado de Isaura, y la dijo:

—Eran ellos... pero no han concebido la menor sospecha... y se alejan de esta habitacion á donde ya no volverán...

—¿Eran ellos!... murmuró la joven. Entonces la pareció que la arrancaban nuevamente de los que amaba, y todavia no habia experimentado un sentimiento tan penoso. Acababa de perder la única esperanza que la quedaba, y cayó sollozando á los pies del vagabundo.

CAPITULO XXXII.

El perro de Terranova.

El baron de Marcey y sus dos amigos, visitaron con el mayor cuidado todos los lugares y aldeas de la Auvernia. La cabaña del pastor, la granja del labrador, no se escaparon de sus pesquisas: por todas partes preguntaban, se informaban, daban las señas de Isaura, y prometian oro á los que les diesen algunas noticias acerca de la joven. Pero todas sus diligencias eran inútiles, y cada dia que trascurría, les quitaba una parte de la esperanza que los sostenia.

Eduardo estaba entregado á la mas sombría desesperacion. Desde que sabia que Isaura le amaba sinceramente, y que ningun otro habia hecho palpar su corazon, su amor era mas violento. Sentia amargamente las sospechas que habia concebido y las lagrimas que habia hecho derramar á la pobre niña. La idea de no volver á ver á Isaura, y de no poder á fuerza de amor hacerla olvidar los pesares que la habia causado, le abrumaba y le hacia insensible á todo otro sentimiento. Si el dolor del baron era menos vivo, en la tristeza de sus miradas y en su aire pensativo: se descubria el profundo sentimiento que le causaba la amable niña, á quien habia prodigado tantos cuidados: y aun muchas veces se acusaba de la desgracia ocurrida á Isaura.—Si la hubiera conservado á mi lado, decia, sino hubiera alejado de mis brazos á la hija de mi Adela, no me veria ahora privado de sus caricias.

Alfredo, cuyo carácter era mas susceptible de sobre llevar el pesar, hacia esfuerzos para distraer un poco á su padre y á Eduardo: cuando estos perdian toda esperanza, Alfredo se apresuraba á hacerla renacer, diciéndoles:

—¿Por qué os desconsolais? cuando menos lo espere-
mos podremos tal vez encontrar á Isaura: quizá pueda
escaparse del sitio en donde la tienen encerrada, y en-
tonces volverá con presteza á la casita, á la Casa Blan-
ca... y ¿quién sabe si á estas horas no se encontrará ya
en ella? ..

Esta última esperanza decidió á los viajeros á volver
al valle. Despues de mas de seis semanas de recorrer las
montañas, vieron, por fin, otra vez la habitacion de Isau-
ra, pero la hallaron desierta. La que buscaban no habia
vuelto á parecer por las inmediaciones de Chadrat, y en-
tonces Alfredo pareció perder tambien toda esperanza.

Antes de ir á la Casa Blanca á descansar de las fati-
gas de su penoso viage, el baron y los jóvenes se diri-
gieron á la choza del aldeano en donde habian dejado á
Valiente: temian no encontrar ya vivo al fiel defensor de
Isaura, pero su temor se disipó bien pronto; todavia es-
taban á cien pasos del albergue del auvernés, cuando sa-
lió de él un hermoso perro, que corrió hácia los viajeros
dando muestras de la mayor alegría. Era Valiente, que
completamente curado de sus heridas, hacia mil caricias
al baron, y luego fué á lamer las manos á Alfredo y
Eduardo, como para darles gracias por haberle socorrido
y curado cuando se hallaba moribundo en el patio de la
casita. Encantados los tres viajeros al volver á ver al
que habia estado á punto de perecer por su ama, le hi-
cieron tambien muchas caricias. Mas de repente, cesan-
do en su alegría, Valiente comenzó á dar vueltas como si
buscase á alguien, miró luego á la casita de Isaura, y se
colocó otra vez delante de los viajeros.

—¡Ay! ¡pobre Valiente!... dijo Eduardo, todavia bus-
cas á alguien... nos preguntas si te traemos tu ama....
No... se ha perdido para nosotros... quizá para siempre...

El perro miraba con atencion á Eduardo, y parecia
que comprendia su dolor: callaba, y se contentaba con
marchar tristemente á su lado. Fueron á casa del aldeano
á quien recompensaron generosamente por el cuidado
que habia tenido con Valiente, y luego volvieron á la
Casa Blanca, en donde pensaban permanecer hasta con-
ferenciar sobre el partido que debian adoptar.

Habia entrado ya el invierno: el viento habia arras-
trado á lo lejos las amarillentas hojas de los árboles y
secado la yerba. Esta estacion es mas cruda y rigurosa
en los paises montuosos: la naturaleza toma en ellos un
aspecto mas triste é imponente; la nieve caia ya con
abundancia en el valle, el tejado de la Casa Blanca esta-
ba cubierto de ella, y los jardines no presentaban mas
que la mezcla de ramas secas y ennegrecidas, con ese
reflejo brillante que el hielo da á la nieve. A pesar de la
crudeza del tiempo y de la tristeza de los campos, el
baron de Marcey, su hijo y Eduardo, estaban todavia en
Auvernia y habitaban en la Casa Blanca, de donde salian
todos los dias para hacer algunas escursiones por las cer-
canias: una secreta esperanza los detenia en los sitios
en donde habitaba Isaura, y no podian resolverse á ale-
jarse de ellos.

Valiente acompañaba entonces á los que buscaban á
su ama, el perro escarbaba la tierra cubierta de nieve
para encontrar la huella de los pasos de Isaura, y mas de
una vez se le vió detenerse y mirar á derecha é izquier-
da con inquietud; pero la capa de nieve que cubria los
campos le hacia perder el rastro y detenerse.

Como el baron y los jóvenes solian recorrer cada uno
diferente camino, Valiente, tan pronto iba con uno como
con otro, y cada vez daba mayores pruebas de su instin-
to: salia de la Casa Blanca muy contento, y regresaba
triste y silencioso.

Alfredo pensaba que permaneciendo constantemente
en un mismo sitio, no conseguirian encontrar á Isaura,
y presumia que sus raptos la habrian sacado de Au-
vernia, por lo que propuso á su padre y á su amigo des-
pedirse por algun tiempo de aquel pais. Además, varios
negocios hacian indispensable la presencia del baron en
Paris, y convinieron en marchar á él por poco tiempo, y
continuar en seguida sus viages.

Pero antes de salir de la Auvernia, Eduardo propuso
dar la última vuelta por las montañas, de las que se se-
paraba con mucho pesar. Aunque no esperaban gran re-
sultado de aquella tentativa, el baron y Alfredo accedie-
ron á su deseo: una hermosa mañana de invierno, los
tres se pusieron en camino á pie, acompañados del fiel
Valiente, y se embozaron en sus capas lo mejor que pu-
dieron: Alfredo llevaba siempre debajo de la suya el
arma que habian encontrado en casa de Isaura.

Los viajeros marcharon una parte del dia por cami-
nos que la nieve habia puesto casi intransitables; pasa-
ron la noche en una aldea, y como sus pesquisas habian
sido infructuosas, se proponian volver á emprender el
dia siguiente el camino de su habitacion. Pusieron en
marcha muy temprano, y siguieron la direccion que les
habian indicado, como la mas corta para llegar á Saint-
Amand; pero despues de algunas horas, se encontraron
en medio de las montañas, en un sitio enteramente de-
sierto, y entonces conocieron que la nieve les habia he-
cho perder el camino.

—¿En dónde diablos estamos? dijo Alfredo detenién-
dose para mirar en derredor suyo; en vez de aproximar-
nos, nos alejamos mas.

—Me parece que reconozco este sitio, dijo el baron, y
que ya hemos venido por aqui...

—Sigamos á Valiente, dijo Eduardo; mirad, continúa
andando y parece quiere servirnos de guia.

El perro seguia efectivamente su camino, manifes-
tando una vivacidad y un ardor extraordinarios. Los via-
jeros se cubrieron con sus capas del mejor modo que
pudieron para preservarse del frio, y se decidieron á
seguir á Valiente. Llegaron bien pronto á la bajada de
una montaña, y enfrente de ellos vieron un sendero es-
trecho y sombrío entre dos peñascos muy elevados.

—Ahora reconozco este sitio, dijo el baron: pasamos
por este sendero hace dos meses, y reconocimos una ca-
saca habitada por un pastor viejo.

—Vamos, dijo Alfredo, es inútil que continuemos por
ese camino que nos alejará de nuestro destino.

Los viajeros iban á retroceder, cuando buscando á
Valiente, vieron que corria hácia el sendero con increí-
ble lijereza. Le llamaron, pero aquella vez no obedeció
la voz de sus amos, y entró solo en el camino abierto
entre las peñas. El ardor con que el perro corria por
aquella parte, llamó la atencion de los viajeros: cuando
estos llegaron á la entrada del sendero, Valiente ladraba
con tanto furor, que anunciaba haber hecho algun des-
cubrimiento importante.

El baron y los jóvenes aceleraron el paso, y vieron al
perro parado delante de la puerta de la casa de madera.
Los ojos de Valiente chispeaban: se abalanzó á la puerta
de la casuca, escarbaba por debajo de ella, y sus ladridos
eran mas fuertes y furiosos.

—¿Qué significa eso?... dijo Eduardo: el furor de Va-
liente nos anuncia que esa casa encierra á su asesino.
Mirad... mirad... no quiere apartarse de la puerta... nos
mira para que ayudemos sus esfuerzos.

—Ya hemos registrado esta casa, dijo el baron.

—No importa... no sin motivo ese fiel animal quiere
penetrar en esta horrible casa... ¡Dios mío!... si encon-
trasemos en ella á Isaura...

—¡Abrid!... ¡abrid!... gritó Alfredo llamando á la
puerta: pero nadie contestó ni se oia ningun ruido en lo
interior. Sin embargo, la cólera de Valiente redoblaba
á cada momento; sus prolongados ladridos resonaban á
lo lejos entre las rocas, y los tres viajeros se decidieron
á entrar en la miserable casuca, de grado ó por fuerza.

En cuanto se sintieron los ladridos del perro, una es-
cena horrible pasaba en lo interior de la segunda habi-
tacion: el vagabundo se encontraba entonces solo con la
joven, porque el pastor habia ido á buscar provisiones á
la aldea inmediata. A los primeros ladridos del perro, el
compañero de Isaura corrió á mirar por detrás de la puer-
ta, y reconoció á Valiente: al punto corrió por su frente
un sudor frio; comprendió que estaba perdido, y que el

encierro de Isaura iba á ser descubierto, porque ningun poder humano haria salir al perro de la casa sin encontrar á su asesino. Bien pronto la voz del baron y los gritos de los jóvenes acabaron de convencerle que ya no podia ocultar a su prisionera, porque Valiente sabia hacerles descubrir la entrada secreta. No le quedaba ningun medio para huir con la jóven: era imposible salir de la escavacion y llegar á lo alto del peñasco: el vagabundo lo previó y calculó todo en un instante, y tomó una resolucion espantosa, volvió á la segunda habitacion, cerró con mucho cuidado la entrada que comunicaba con la primera, y se dirigió hacia la jóven que escuchaba con la mas viva agitacion los ladridos del perro, y decia á media voz.

—¡Dios mio! .. diria que es Valiente... me enviará el cielo libertadores... ¿no habrá muerto mi fiel compañero?...

—Si... efectivamente es él... dijo el vagabundo con voz enronquecida, y lanzando á la jóven miradas aterradoras; pero en vez de salvaros, ese perro es causa de vuestra pérdida.

—¡Gran Dios!... ¿qué quereis decir?... ¿por qué me mirais con esos ojos?... dijo Isaura temblando.

El vagabundo tomó su espada, se acercó á la jóven, agarró una de sus trémulas manos que elevaba para suplicarle, y la dijo:

—Es preciso morir...

—¡Morir!... exclamó Isaura dirigiendo su mirada suplicante al que la amenazaba. ¡Dios mio!... quereis darme la muerte... ¿qué he hecho?... ¿por qué la he merecido?... ¿no os he obedecido sin murmurar desde que estoy con vos?...

—Si... si... no merecis una suerte tan horrible... lo conozco: lejos de aborreceros... os tenia... yo no sé que interés... pero mi odio al baron es mas fuerte que todos los demas sentimientos... He jurado que no volveria á caer viva en sus manos, y... cumpliré mi juramento. Los ois... asaltan esta mansion... bien pronto romperán la endeble puerta... ese miserable perro les hará descubrir la entrada secreta... quieren salvaros... arrancaros de este sitio... no os hallarán viva... Isaura... es preciso morir antes de que penetren aquí...

Desolada y aturdida, Isaura procura todavia enternecer á su asesino, y se arroja á sus pies: pero aquel, en su furor, ya nada conoce, con la mano derecha empuña el acero, y con la otra va á descubrir el pecho de su victima para atravesarla el corazon. Isaura se resiste, intenta salvarse... pero al detenerla con violencia, desgarró la parte del vestido que cubria su pecho, y el medallon que la jóven tenia oculto en él, detiene la punta de la espada que iba á darla la muerte: aquel retrato hirió la vista del asesino, y dió un grito de terror y de sorpresa.

—Podré creer á mis ojos... exclamó: ese retrato... esa muger... hablad... ¿de dónde le teneis?...

—Es el retrato de mi madre... dijo Isaura juntando las manos en ademan suplicante, fué tambien, segun me han dicho, muy desgraciada... por piedad, perdonad á su hija...

—¡Tu madre!... ¡Adela era tu madre!... ¿qué pensamiento!... serás acaso...

No concluyó; se le cayó la espada de la mano, y parecia que le habia herido un rayo. Se oyó un ruido: la puerta de la casa habia sido derribada. Mientras el baron y Eduardo entraban en la pieza baja, Alfredo, ayudado de Valiente, y tocando en todas partes con la espada que llevaba debajo de la capa, descubrió la entrada de la escavacion: se precipitó por el pasadizo, y con la espada en la mano, entró en la segunda habitacion, en el momento en que Isaura, sucumbiendo á su terror, caia desmayada á los pies del vagabundo.

—¡Miserable! .. gritó Alfredo, no me habia engañado... tú eres quien nos la has arrebatado... Pagarás con tu vida tu infame conducta.

—Isaura me pertenece, contestó el vagabundo vol-

viendo á apoderarse de su espada: nadie mas que yo tiene derechos sobre ella...

Pero ya Alfredo se habia precipitado con la espada en la mano: un combate terrible se trabó á dos pasos de la desmayada jóven, pero no duró mas que algunos segundos. Alfredo multiplica sus golpes, y parecia dotado de nueva fuerza y destreza. Su adversario, herido de una estocada mortal, cayó á sus pies, cuando el baron y Eduardo entraban en la prision de Isaura.

Iban á sacar á la jóven de aquella horrorosa mansion y á conducirla al sendero, en donde un aire mas puro debia hacerla recobrar el sentido, pero el que Alfredo habia vencido respiraba todavia, y hacia señas de que queria hablar... rodeáronle, á la venganza sucedió la compasion, y trataron de socorrerle.

—Ahorraos trabajos inútiles, dijo el herido con voz desfallecida, conozco que voy á espirar... pero dejadme examinar todavia las facciones queridas de Isaura... ¡Ah!... no la volvais á la vida hasta que yo haya dejado de existir... Alfredo... habeis vengado á vuestro padre... yo soy Savigny... seductor de la desgraciada Adela...

—¡Savigny!... exclamó el baron haciendo un movimiento de horror.

—Si... ahora lo adivino todo... Isaura es mi hija... la hija de mi Adela... é iba á ser su asesino... pero el cielo no ha permitido que se consume ese crimen espantoso, y le doy gracias... Mi recuerdo horrorizará á esa pobre niña... Prometedme que jamás la direis que era su padre...

Apenas los que rodeaban á Savigny pronunciaron el juramento que les pedia, el desgraciado hizo el último esfuerzo para besar la mano de su hija, cayó y cerró los ojos para no volverlos á abrir.

Llevaron á Isaura al sendero, y la prodigaron toda especie de cuidados. En fin, abrió los ojos, dirigió sus miradas en derredor suyo, y lanzó un grito de júbilo al verse en los brazos de sus amigos.

—¡Dios mio!... me habeis salvado... dijo, mas mirando con terror á la casa, exclamó:

—Está ahí... pero y si vuelve... y si quiere todavia matarme:...

—El que os ha arrancado de nuestros brazos, ya no existe, dijo el baron. No le volvereis á ver, querida Isaura: ha perecido batiéndose con mi hijo...

—¡Ha muerto!... exclamó Isaura que parecia experimentar un sentimiento de compasion, y al punto, poniéndose de rodillas, levantó sus manos al cielo, y dijo:

—¡Dios mio!... perdonadle como yo todo el mal que me ha hecho.

Los que rodeaban á Isaura la dejaron orar con respeto, pero las miradas que se dirigian daban á conocer fácilmente la emocion que experimentaban al ver á aquella jóven, que sin saberlo, invocaba al cielo en favor de su padre.

Ya solo pensaron en apartar á Isaura de aquella espantosa mansion en que habia pasado cerca de tres meses: el viejo pastor volvia entonces: le dieron un bolsillo, mandándole enterrase á Savigny á la entrada del sendero, y que hiciese respetar, mientras viviese, la tumba de aquel desgraciado.

Volvieron á ponerse en camino para el valle: entonces Valiente corria, saltaba y hacia caricias á su ama. Todos procuraban recompensar con las suyas al que debian el haber encontrado á Isaura. La jóven no podia creer todavia su felicidad: estrechaba la mano del baron y de Alfredo, miraba á Eduardo, y en aquella mirada se descubria todo su amor.

En fin, volvieron á ver la casita y la Casa Blanca: en esta última fué donde se establecieron y se entregaron al placer de hallarse reunidos. Allí supo Isaura que su protector ya no se oponia á su union con Eduardo, y que podia amarle sin temor.

Despues de tres meses de padecimientos y de separacion, es muy natural apresurarse á ser felices. Eduardo no quiso dejar la Casa Blanca sin tener el titulo de esposo

de Isaura. Celebróse, pues, esta union en Auvernia, sin ruido, sin fiesta, y sin mas compañía que la del amor y la amistad.

con cuidado, porque si alguna de vuestras hermosas amigas, de vuestras princesas os vé hablar conmigo, ¿qué dira?... Marchaos pronto, no os comprometais...



—Es el retrato de mi madre: fué, segun me han dicho, muy desgraciada.... ¡por piedad, perdonad á su hija....! — Pág. 120.

La jóven se casó con el nombre de Isaura Gervais: creia que este apellido era el de su padre, y todos los que la rodeaban se guardaron muy bien de desengañarla. Eduardo encontró en su esposa tantas virtudes y cualidades apreciables, como gracias y dulzura: pensó que aquello valia mas que una larga genealogia, y dijo parodiando este verso de *Merope*:

El que sabe hacerse amar, no necesita abuelos.

CAPITULO XXXIII.

Tres años despues.

Cerca de tres años habian trascurrido desde los acontecimientos que acabamos de referir, y un señor grueso y pequeño con un ancho redingot á lo propietario, en cuyos bolsillos llevaba metidas las manos, atravesaba á las tres por la calle Vivienne, despues de echar una ojeada á los libros nuevos que habia en la tienda de *Ambrosio Dupont y compañía*. Despues de admirar la hermosa edicion del poema *Napoleon en Egipto*, por Mrs. Barthelemy y Mery, se alejaba saltando, é iba á entrar en el pasage Colbert, cuando tropezó con una señora que salia de él.

Aquella señora, muy compuesta y vivaracha, llevaba una hermosa capota de color de rosa, y temió que al empuje de aquel caballero se descompusiese su adorno: hizo un movimiento de disgusto, é iba á quejarse de su groseria, cuando mirándole prorrumpió en una carcajada: el caballero contestó con una exclamacion de sorpresa.

—No me equivoco... es la encantadora Fifina...

—Calla, es Robineau. Querido amigo... que ajado os habeis puesto en tres años que hace no os he visto...

—Siempre la misma, amable, picante... ¿qué feliz casualidad me hace encontraros?...

—¿Y cómo es que os atreveis á hablarme?... Andad

—¡Ah! Fifina... sarcasmos, epigramas... á vuestro antiguo y siempre tierno amigo.

—Es que yo me acuerdo de la manera que mi antiguo y tierno amigo me dejó plantada cuando hizo fortuna....

—Me habeis juzgado muy mal, Fifina... por el contrario, vos fuisteis la que os incomodásteis al momento y no quisisteis escucharme mas... Teneis mala cabeza... También yo me acuerdo que me dejasteis sin luz... eso me causó mucho sentimiento... y si no hubiera temido ser mal recibido, al dia siguiente habria puesto mi fortuna á vuestros pies, porque lo que os dije no fué mas que para probar vuestro carácter...

—Si, si, ya lo creo... pero no hablemos de lo pasado. Sabes muy bien que jamás me ha gustado sino gozar de lo presente sin inquietarme por lo demas... asi es, querido amigo, que dos dias despues de tu fuga te habia dado un sucesor, porque tú no eres un mozo capaz de producir pasiones incurables...

—Fifina, no me digas esas cosas... Seguramente he podido presumir que otro habia conmovido tu corazon despues de tres años...

—¡Otro!... está eso bueno... otros siete, amigo mio, todos mas amables los unos que los otros, y dotados de fisicos muy confortables... Ahora hablo en inglés...

—Fifina... si supiéseis la pena que me causais, no me hariais semejantes confesiones... Yo, que siempre os he tenido guardada en mi corazon...

—Vamos, no digas tonterías... pero tengo deseos de saber que te has hecho en estos tres años... dame el brazo... ¿puedes dármele sin temor de algun lance?

—Seguramente que si.

—Pues bien, paseémonos un poco por el pasage: hasta las cuatro tengo tiempo, cuéntame eso.

Robineau exhaló un suspiro que hizo reir á la comercianta de modas, y luego comenzó su narracion.

—Despues que nos indispusimos, parti para el palacio que acababa de comprar...

—¿Tenias un palacio... eh?... ¿y en donde?

—En Auvernia.

—Me hubiera gustado en Bebeville; es mas alegre, sobre todo, ahora que hay un bonito teatro como en la barrera Rochechouart.

—Si... tambien he conocido despues que habria hecho mejor en comprar una buena casa de campo. En fin, marché á Auvernia, y llevé conmigo á Alfredo de Marcey y á Eduardo...

—Ese Alfredo es aquel en cuya casa te achispaste tan bien cierta noche, que tuve que hacerte té y otras cosas... para eso era yo buena...

—No lo he olvidado jamás, Fifi.

—A otro can con ese hueso... prosigue.

—Tenia un palacio muy hermoso... ¡Ah!... era magnifico... Torreones, galerías, amercillos en los cielos rasos.

—¡Dios mio!... ¿y hacias el cupido en tu cuarto?..

—Déjame concluir. Desgraciadamente mi palacio no era nuevo: mandé hacer algunas reparaciones, y en seguida me casé para distraerme de vuestra memoria... Me casé con la hija de un marqués que estaba frenética por mí... Creí haber hecho un enlace soberbio... Pero fué preciso casarme con toda la familia, el padre, el tio, la hermana: á todos los tuve en mi casa. Mi suegro, que debia proporcionarme un empleo brillante, no hizo nada. Mi muger puso á todos mis criados en la calle, y recibió otros que me robaron: el demonio del palacio exigia sin cesar reparaciones, y cuando se concluía por un lado, era necesario empezar por otro... Mi tio, que habia sido nombrado inspector general de mi casa, se divertia en buscar alfileres en vez de vigilar á los obreros. Por otra parte, mi suegro me arruinaba con sus planes de economía: me hizo comprar rebaños de carneros que queria ejercitar en tirar del arado, diciendo que la labor se haria mas pronto, pero los pobres animales rebentaban

cuando se queria dar principio á los experimentos, ya las ciruelas se habian echado á perder. Hizo abrir un canal en el parque, pues aseguraba tendriamos en él gobios que haria salar, y venderia por sardinas, pero el canal siempre estaba seco, y jamás se pescó en él mas que ratones. Mientras el señor marqués hacia sus experimentos, mi muger daba comidas y festines espléndidos... Pero yo no podia divertirme en ellos, porque tenia que jugar la partida de whist con el suegro. En fin, mi cuñada se casó con un viudo que tenia tres hijos, y tuve que alojar toda esa gente mas en mi palacio. Quise hacer algunas observaciones, pero mi muger me dijo que los ricos como yo no debian escatimar. Quise saber si efectivamente era todavia rico, y un dia escribí á mi notario: hacia dos años que estaba casado. Me contestó que ya no me quedaban mas que cincuenta mil francos. Habíamos gastado cerca de otros trescientos cincuenta mil en reparaciones, fiestas y empresas económicas. Corrí á decir á mi suegro que no me quedaban mas que dos mil quinientas libras de renta y mi palacio. Entonces mi muger se puso mala, mi suegro agarró un baston y quiso pegarme, suponiendo que le habia engañado, y que por tener el honor de casarme con su hija me habia fingido mas rico de lo que era.

En fin, me cansé de ser reprendido, amenazado, y de jugar al whist, y una mañana salí para París, dejándoles el palacio que despues se han visto obligados á vender, porque no producía nada: pero yo les he abandonado el precio, y me contento con dos mil quinientas libras de renta... y lo único que pido es que mi muger y mi suegro no vengán á hacerme ninguna visita. He aqui, querida Fifi, lo que me ha ocurrido... Mis dos compañeros de viaje han sido mas afortunados que yo: Eduardo se ha casado con una jóven que vivia en las montañas, en las inmediaciones del palacio... No tenia un nombre ilustre, no bailaba como Cornelia, pero parece que hace fe-



Eduardo no quiso dejar la Casa Blanca, sin tener el dulce título de esposo de Isaura.—Pág. 421.

cuando comenzaban á habituarse al trabajo: me hizo llenar de ciruelas pasas los graneros de mi palacio, porque decia que darian mejor azúcar que las remolachas, pero

liz á su esposo: ya tienen una niña muy hermosa, y habitan seis meses del año en la Casa Blanca, bonita propiedad que tienen en Auvernia, á donde me han convi-

dado vaya á verlos, lo que haria con mucho gusto, si no temiese encontrar á mi muger y á mi suegro. Alfredo tambien se ha casado últimamente con una tal Jenny de Gerville, de quien estaba enamorado ya hacia mucho tiempo... su señora es muy amable; voy algunas veces á comer á su casa. He aqui, querida Fifina, lo que he hecho estos tres años. ¿Y tú?

—Yo, he dado vueltas...

—¿Estás en el mismo almacén?

—Vaya... sí... despues he estado en treinta... pero creo que al fin voy á establecerme.... la persona con quien ahora trato, me va á poner una tiendecita *fashionable*.

—Fifina!...

—¿Qué?...

—Pues qué ¿tu corazón no te dice nada?... este encuentro no te causa como á mi una dulce emocion ..

—¡Dios mio!... no, no estoy conmovida.

—Fifina, todavía tengo una buena renta, y espero volver á la administracion... pues que nos hemos vuelto á encontrar, ¿quién nos impide anudar nuestras estre-

chas relaciones, y adorarnos como en otro tiempo?...

—Por cierto que he quedado bien recompensada... yo no anudo relaciones algunas... podias tener otra herencia y dejarme plantada.

—Fifina, qué reprension... me atraviesas el alma...

—Lo siento... pero tú no me atraviesas nada...

—Aprovechemos al menos la casualidad que nos ha reunido... Ven á comer conmigo, Fifina...

—No.

—Conozco un fondista en donde se come muy bien, Fifina, como á tí te gusta.

—Por mas que tomes ese aire enternecido, no voy á comer contigo... no me conmueves... son las cuatro y tengo que dejarte... voy á buscar á mi milord, que me aguarda en la plaza de la Bolsa.

Diciendo esto, Fifina soltó el brazo de Robineau, que exhaló un suspiro, sacó el pañuelo, y levantó los ojos al cielo: pero Fifina se echó á reir y le dejó diciendo:

—Amigo mio, se perdona la infidelidad, pero jamás la ingratitud.



Querido amigo, se perdona la infidelidad pero no la ingratitud.

UNIVERSIDAD DE CÁDIZ



3743012265

